

BIBLIOTECA
DE
AVTORES
ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACION
DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS
(CONTINUACION)

TOMO CXLII

OBRAS ESCOGIDAS DEL
P. FRAY BENITO JERONIMO
FEIJOO Y MONTENEGRO

III

EDICIONES
ATLAS
MADRID

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

TOMO CENTESIMO CUADRAGESIMO SEGUNDO

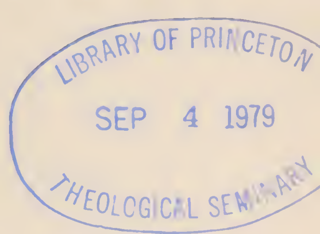


BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.



OBRAS ESCOGIDAS

DEL

P. FRAY BENITO JERONIMO FEIJOO Y MONTENEGRO

MAESTRO GENERAL DE LA RELIGION DE SAN BENITO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

III

EDICION PREPARADA POR D. AGUSTIN MILLARES CARLO

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE

LAS IDEAS BIOLOGICAS DEL PADRE FEIJOO

POR EL EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑON



MADRID

1961

Depósito legal M. 10.999 - 1961

ESTADES, Artes Gráficas. - Evaristo San Miguel, 8. Teléfono 247 54 25. - MADRID

OBRAS ESCOGIDAS DEL P. FEIJOO

TEATRO CRITICO

TOMO IV

Dedicatoria del autor al serenísimo señor Infante de España don Carlos de Borbón y Farnesio, por mano del señor don Francisco de Aguirre y Salcedo, ayo de su Alteza

SEÑOR:

Animosidad temeraria fuera llegar a poner este libro a los pies de V. A. si un accidente feliz, haciéndolo precisión, no le quitase ser osadía. La indignación con que V. A. notó en aquella tabla del cotejo de naciones, compuesto por un religioso alemán y estampada en mi segundo tomo, algunos rasgos poco honrosos a la nuestra, al paso que lisonjeó altamente mi vanidad, pues la indignación contra aquellos borrones suponía la dignación de pasar los ojos por mis escritos, me ocasionó el singularísimo gozo de ver tan amada de V. A. la nación española, que juzgase digna de las llamas (yo mismo oí a V. A. la sentencia) aquella hoja donde estaban impresos sus agravios; pero esto mismo me constituyó en el empeño de desenojar a V. A. y desagraviar la nación, lo que ejecuto en los dos últimos discursos de este tomo; y supuestos aquellos antecedentes, uno y otro designio hace tan propia de V. A. esta obra, que el dedicársela más se debe mirar como tributo forzoso que como obsequio voluntario. El numen ofendido tiene derecho a que en sus aras se exhale el incienso con que se aplaca. Es deuda, no mérito, templarle el enojo; su ceño ejecuta por el sacrificio. Así el rendírsele no es donativo gracioso y el negarle sería nueva ofensa.

Verdad es que aun sin esa circunstancia podría ser que el nobilísimo genio de V. A. me animase a hacer por arbitrio lo que ahora ejecuto por obligación. Esa dulcísima índole, ese agrado soberano que hechiza a cuantos le experimentan, infundiría valor a mi respeto para acercarme a los pies de V. A. con don tan humilde. No por eso defraudaría sus derechos a la grandeza; porque el aliento que inspira la afabilidad del príncipe, en vez de ajarla, ilustra a la majestad confesándole la cualidad de benigna, así como ennoblece la veneración, quitándole lo que tiene de cobarde. ¡Mal podría yo formar estos rasgos si sólo contemplase la excelsa cumbre en que colocó a V. M. su regio nacimiento! Desmayaría el ánimo, y trémula la pluma sólo explicaría los sustos del corazón; pero la imagen que tengo impresa en la mente desde que logré la dicha de ver a V. A. esfuerza mi humildad. La gracia incomparable de esos ojos, que vibrando luces influyen dichas, la apacible hermosura de ese rostro, donde la vista forja cadenas de oro para el alma, la discreta dulzura de esa lengua, que articula encantos pronunciando voces, me inspiran aquella especie de animosa confianza, que como hija del

amor guarda todos sus fueros al respeto.

La grande y bien aprovechada afición de V. A. a todo género de literatura me mueve también a esperar que sea de su agrado este débil parto de mi limitada erudición. Cualquier obra del ingenio es presente más acepto a V. A. que cuanto oro produce el Nuevo Mundo. Esto acredita aquella respuesta que en una ocasión dió V. A. a los que le preguntaron cuál de tantos gloriosos epítetos como lograron sus esclarecidos ascendientes deseaba que se le aplicasen: "Quería (dijo V. A.) merecer que me llamasen Carlos el Sabio." ¡Ah, señor, y cuánto promete esta respuesta! Apenas cabe lo grande de la esperanza en lo inmenso de la imaginación. Será sin duda V. A. llamado Carlos el sabio, *si el cielo, como le pedimos tantos millones de almas, conserva la vida a V. A. para que los altos principios de sabiduría que ostenta en tan tierna edad lleguen a su perfección. ¿Qué ciencia o arte habría inaccesible a una comprehensión tan dilatada que en pocos años ha bebido tantas luces? Hállase ya V. A. versado en la historia general, tanto eclesiástica como secular, en la del Viejo y Nuevo Testamento, en la de España y de Francia, en la geografía y cronología. Sabe, sobre la lengua nativa, la latina, la francesa y la italiana. Está muy adelantado en la aritmética y entiende la música. A esto se añaden las habilidades propias de caballero, como danzar y montar a caballo. En esta última especialmente admiran todos la gentileza, el garbo, el primor de V. A. Tantas prendas juntas a una felicísima memoria y a una exquisita viveza de ingenio, ¿qué no prometen para en adelante?*

Será sin duda V. A. (vuelvo a decir) llamado Carlos el sabio. *La elección que V. A. hizo de este epíteto sobre todos los demás a que puede aspirar la grandeza de su espíritu, ya le califica de tal, siendo cierto que fué sapientísimo entre todos los mortales aquel que dijo que no hay prenda o dicha que iguale el valor de la sabiduría.* (Proverb., cap. 3.) *Será V. A. llamado* Carlos el sabio. *Mas entretanto que llega ese tiempo, conténtese V. A. con que le llamen, como ya le llaman,* Carlos el hermoso, Carlos el discreto, Carlos el amable. *Hoy es V. A. ídolo; mañana será oráculo. Hoy Adonis; mañana Apolo. Hoy cuidado de las gracias; mañana ornamento de las musas. Ruego a la Divina Majestad prospere la vida de V. A. por muchos años, para logro de nuestras esperanzas, para gloria de los españoles, para admiración de los extranjeros, para protección de ciencias y artes. Oviedo y noviembre, 4, de 1730.*

SEÑOR.

Benito Feijoo.

PROLOGO

no al lector discreto y pío, sino al ignorante y malicioso

Todos los escritores dirigen sus prólogos *al amigo lector*, y así lo hice yo hasta aquí. Ahora quiero, contra la práctica común, hablar contigo, lector enemigo, por más que tu mala voluntad me haya desmerecido esta atención. Y para que me lo estimes más, te certifico que no te miro con ojos airados, antes bien, compasivos. Duélome, cierto, de las graves melancolías que padeces de cuatro años a esta parte, al ver que tus continuas murmuraciones no estorban el curso a mis escritos. Es verdad que de tiempo a tiempo has tenido algunos ratos de consuelo, conviene a saber, cuando salía contra mí algún grueso papelón. Entonces te hallabas en tu elemento. ¡Oh qué bien te aprovechabas de la ocasión! Ponderabas el nuevo escrito; decías que me concluía con evidencia; que era imposible responder, y encontrabas muchos que asentían a ello, no por malicia, sino por inocencia. Con este gozo olvidabas tus pasados pesares y esperabas mejor fortuna en lo venidero. Pero, ¡oh, contentos del mun-

qué poco duráis! Esta alegría se convertía después en duplicada mortificación, a tiempo que parecía en público una demonstración invencible de que aquel escrito, que tanto celebrabas, no era otra cosa que un complejo de inepcias, imposturas y puerilidades, con que veías que la sencillez de los engañados revenía de su error, y la malignidad de tus confederados apenas se atrevía a musitar. Conozco que estos son unos lances muy pesados y así de veras tengo lástima de ti.

Es verdad, que así como merece a todos compasión tu fortuna, puede dar a muchos envidia tu valor. Sin embargo de que en la guerra, que cuatro años ha me estás haciendo, has ido siempre hacia atrás, perdiendo terreno y viendo desertar de tu campo la mayor parte de la gente, aún te mantienes con las armas en la mano, bien que tras del último atrincheramiento y destituído de otro recurso, si pierdes ese triste palmo de tierra que te ha quedado. ¿Quieres que me explique más? Harélo.

Después que viste que con cuantos arañoos has dado a mis escritos no pudiste sacar en las uñas ni una pizca de sus créditos, recurriste a una *maula*, con que haces alguna impresión en los espíritus de *gabán y polaina*. Dices que sí, que no se puede negar que el padre Feijoo es hombre ingenioso y erudito, pero que por eso mismo es lástima que no aplique sus talentos a materia más grave. Esta es la última cortadura en que te has refugiado y de que ahora te echaré con tanta facilidad mía como confusión tuya.

Supongo que por materia más grave entiendes o teología dogmática o escolástica o moral o expositiva. Dime ahora: ¿qué necesidad tiene el público de que yo escriba sobre alguna de estas facultades? De teología dogmática y expositiva tiene lo que basta; de escolástica y moral lo que sobra. Quiero preguntarte más: ¿Qué concepto tienes hecho de mi habilidad? Supongo que te guardarás bien de decir (y harás muy bien) que yo sea superior ni aun igual en ingenio y doctrina a los autores más célebres que tenemos sobre aquellas cuatro facultades. Siendo así, ¿qué puedo hacer, sino echar a perder lo que está bien trabajado o copiar lo que ya está escrito? Tú no entiendes estas materias. Asegúrote que de tanto número sin número de teólogos como han llenado las bibliotecas de dos siglos a esta parte, exceptuando algunos pocos ingenios eminentes, los demás se pueden dividir en tres clases: unos, que fueron meros copiantes de sus antecesores; otros, que pusieron por pasiva lo que hallaron escrito por activa; otros, que por decir algo de nuevo nada dijeron de bueno. A mí me fuera muy fácil escribir de cualquiera de estos tres modos sobre cualquiera de aquellas cuatro teologías. Fatigaría mucho menos el ingenio y daría mayores cuerpos al público, siendo cierto que podría dictar tres pliegos de un tratado teológico en el tiempo que ahora me cuesta un pliego de *Teatro Crítico*. Pero ¿qué utilidad sacaría de esto el mundo?

Mas ya que no fuese conveniencia del público, ¿seríalo acaso mía? Muy al contrario. ¿Qué me sucedería si diese a la estampa dos o tres gruesos volúmenes de materias teológicas? Lo mismo que ha sucedido y sucede a otros. Hecha la impresión, pondría una buena cantidad de tomos en las tiendas de dos o tres libreros; con el resto ocuparía los desvanes de tres o cuatro celdas; no pudiendo venderlos a dinero, solicitaría despacharlos a misas y para buscar el estipendio de ellas andaría de ceca en meca besando manos a testamentarios, curas y sacristanes. ¿No es buena conveniencia ésta? Estaba por pensar, enemigo lector, que sólo por verme en este miserable estado clamas tanto que escriba teología.

Esto es en cuanto a la teología escolástica y moral. Y, ¿qué diré de la dogmática? Que es utilísima adonde es necesaria. Pero en España, donde no hay herejías, ¿qué necesidad hay de probar los dogmas? Acaso sería nocivo, porque del mismo modo que donde

hay exorcizantes de profesión nunca faltan endemoniados, se ha observado que donde sin necesidad se cuestionan los dogmas, se originan perniciosas dudas en muchos, que no se acordaran de dudar, si no oyeran discurrir. Bueno es, no obstante, saber aquella doctrina. No hay duda. Pero a quien quisiere aplicarse a ese estudio, ¿quién le quita comprar las obras de Belarmino, de Petavio o de otros famosos controversistas?

Sobre la Escritura, aunque yo pudiese hacer los más bellos comentarios del mundo, no escribiría palabra, porque en España hay poquísimo consumo de este género. Los que se despachan grandemente son los libros conceptistas o de discursos acomodados al uso común del púlpito, porque como hay tantos millares de predicadores pobres, cuyo caudal no alcanza a más que a hacer un sermón compuesto de remiendos, se ven precisados a andar por las puertas de los elencos buscando su socorro en estos libros. Pero habiendo tanto escrito en este género, que el más necesitado halla cuanto ha menester, sería ociosidad aplicarme a semejante trabajo, especialmente después que nuestro doctísimo y reverendísimo Villaroel, en sus ocho tomos de *Tautologías,* ostentoso cúmulo de todas letras divinas y humanas, dió tan grande y tan hermosa copia de conceptos predicables a todos asuntos.

En fin, lector enemigo, hago saber a tu rudeza que la grandeza y pequeñez de un escritor no se debe medir por el tamaño del objeto de que trata, sino por el modo con que lo trata. Virgilio en sus *Eglogas* cantó amores pastoriles; Juvenco, poeta cristiano, escribió en verso la vida de Cristo. Mira la diferencia de asuntos. Ninguno más bajo que aquél; ninguno más soberano que éste. Sin embargo, aunque Virgilio no hubiera compuesto otra cosa que las *Eglogas*, sería celebrado como un poeta divino, al paso que Juvenco no pasa en el común sentir de un poeta muy mediano. Déjate, pues, de morderme sobre si escribo esto o aquello. Fuera de que si lo miras bien, yo escribo de todo, y no hay asunto alguno forastero al intento de mi obra. Pero acaso esto mismo te incomoda, porque oyes decir a algunos (bien que realmente dista mucho de la verdad) que gozo una amplísima erudición de todo género de materias, y nunca hubiera logrado yo este magnífico concepto, si hubiese aplicado la pluma a alguna facultad determinada.

Di lo que quisieres, no podrás negarme la novedad de esta obra, la cual me da el carácter de autor original, por más que lo sientas. Tampoco podrás negar que el desanio de impugnar errores comunes, sin restricción de materias, no sólo es nuevo, sino grande. Si le quisieres negar lo útil, concederé que para ti no lo será, pues por más que esfuerce mis razones no podré desengañarte de las muchas simplezas que te ha metido en el celebro el descaminado juicio del vulgo. Vale.

VIRTUD APARENTE

Discurso primero

§ I

Casi a un paso andan fugitivas de los jos humanos la virtud y la maldad. quélla se oculta debajo del velo de ı modestia: ésta se esconde tras del arapeto de la hipocresía. El vicioso inta en el semblante la virtud, el virıoso la despinta.

2. Es en el mundo mucho mayor l número de los hipócritas de lo que omúnmente se piensa. No hay vicio ın trascendente. Todos los malos son ipócritas. Parece Paradoja. ¿No hay ombres (me dirás), que hacen gala el vicio? Respondo que sí; pero no e todo vicio. Descubren aquella parte el alma que no pueden esconder, y on la jactancia se defienden de la onfusión. Ponen corona al vicio, porue no desautorice la persona. Aunque s peor la maldad arrogante que la mida, ésta es despreciada, aquélla tenida. Una pasión muy dominante rome todos los reparos de la cautela, y n esta situación, no pudiendo el dencuente evitar con el disimulo el odio, rocura granjear con la soberbia el ıedio. Es ésta una nueva hipocresía, on que desmiente su propia concienia. Feo es el delito a sus ojos, y quiee con la gala que le viste deslumbrar os ajenos. Para que el común no inulte al que es conocido por malo, no ay otro arbitrio que sacar al públio la culpa armada de osadía.

3. Pero observa bien a esos mismos, hallarás que al mismo tiempo procuan esconder otros vicios que tienen ostentar virtudes, de que carecen. Confesarán que son incontinentes, pródigos, ambiciosos, osados; pero blasonarán de agradecidos a sus bienhechores, constantes en sus amistades, fieles en sus promesas. Es cierto que el vicio de la ingratitud es comunísimo en el mundo. Con todo, no hallarás hombre alguno que sobre este capítulo no se justifique. Lo mismo digo de la mendacidad, de la perfidia y otros vicios. Luego, si bien se mira, no hay vicioso alguno que no sea hipócrita. No hay que pensar que el vicioso descubierto no tenga más manchas que las que están en la superficie. No habrá virtud que no atropelle, cuando ésta le sirva de estorbo o el vicio opuesto de instrumento, para el logro de la pasión que le domina. ¿Piensas que el muy lascivo, por más que preconice su inocencia en materias de justicia, si le falta el propio, no se valdrá del dinero ajeno para comprar el deleite torpe? ¿Que el ardiente ambicioso, por más que clamoree su gratitud, no volverá la espalda al bienhechor, cuando esta ruindad sea obsequio respecto de aquel que puede elevar a otro grado superior su fortuna?

4. De suerte, que es rarísimo el perverso, que además de aquellos vicios sobresalientes, que descubre a más no poder, no adolezca de otro o de otros que pretende ocultar. Y en caso que no reinen en él otras pasiones, que aquellas que por muy vehementes se vienen a los ojos, éstas bastan para hacerle caer en las culpas, que son objetos de otras pasiones distintas, cuando a éstas las considere medio forzoso para el logro de aquéllas. Ciertamente Alejandro no era de índole cruel; con todo,

tuvo acciones crueles, como fueron la muerte de su amigo Clito y la del filósofo Calistenes. Eran sus pasiones dominantes la vanagloria y la soberbia. Víctima de aquélla fué Clito, porque prefería a las acciones de Alejandro las de su padre Filipo; y de ésta lo fué Calistenes, porque persuadía a los demás que no adorasen a Alejandro como hijo de Júpiter.

5. A veces se ostenta el vicio por política, en atención a que se saca de él algún emolumento. Tal hombre se finge vengativo sin serlo, porque el temor de la venganza retire a los demás de la ofensa. Esto es más frecuente, cuando la maldad es meritoria con los que mandan. Si fuera amante de la justicia Seyano nunca gozara el favor de Tiberio; ni siendo continentes y modestos arribaran al valimiento de Nerón, Tigilio y Petronio.

6. Es de creer que por el motivo de complacer a príncipes malvados haya habido políticos que, hipócritas al revés, fingiesen vicios que no tenían, y (lo que es peor) para comprobarlo llevasen reluctante la voluntad a los propios desórdenes que aborrecían. Cuando se hace mérito del delito, en vez de aquella hipocresía propiamente tal, que contrahace la virtud, se estudia en otra hipocresía inversa, que finge la maldad.

7. Empero, estos mismos afectarán parecer veraces, fieles, constantes, agradecidos. Nunca habrá alguno que no disimule los vicios opuestos a aquellas virtudes constitutivas de los que llamamos hombres de bien. Y así, en orden a estas virtudes, son innumerables los hipócritas.

8. No niego yo que cabe muy bien estar los hombres dominados de unos vicios, y no de otros, porque esto depende en gran parte del temperamento, el cual radica unas pasiones más que otras. Este se deja llevar sin freno de la incontinencia, pero aborrece el hurto; aquél se entrega a la glotonería y embriaguez, pero mira con horror la perfidia. Es así; pero su ojeriza a estos vicios no durará sino entretanto que no los haya menester para desahogar su pasión en los otros. Catilina en sus primeros años no mostró otras pasiones que las de incontinente, ostensoso y pródigo; pero habiéndole reducido estos vicios a pobreza, y no pudiendo por esta razón continuarlos, tomó el designios de tiranizar la República para salir de la indigencia. Así se hizo ambicioso, feroz, cruel, despiadado, pérfido.

9. Soy de dictamen, que nadie se fíe mucho de estos que se llaman hombres de bien, si los ve muy poseídos de algunas pasiones. Aquel vicio que los tiraniza tiene para ellos razón de último fin, a quien ordenan todas sus atenciones; o de ídolo, a quien, si la ocasión lo pide, sacrifican todos los demás respectos. No pretendo que no haya alguna excepción; puede el horror natural a un vicio superar la inclinación que hay a otro. Mas yo en todo caso entregaré mi confianza a aquel, que por el santo temor de Dios en todas materias, tiene cuidado de su conciencia, antes que a equel, que sólo por disposición natural del temperamento o por punto de honra practica aquellas virtudes que se llaman propias de hombres de bien. El temperamento depone su resistencia, cuando lo pide la otra pasión que le arrastra. La honra no influye, cuando se cree que la ruindad no ha de ser conocida: el temor de Dio siempre obra.

10. Es caso bien notable el que refiere la famosa Magdalena Escudery e sus *Conversaciones morales* de un hombre, que expuso la vida en tres desafío por un amigo suyo; pero habiend éste después pedídole en empréstit una corta cantidad de dinero que necesitaba, se le negó. ¿Quién creyera, qu el que en repetidas ocasiones arriesgaba por su amigo la vida, le falta en cosa de tanto menor importancia Es el caso que era tan intrépido com avaro, o tenía por menos preciosa vida que el dinero. Encontróse amistad con su pasión; y la avarici como más poderosa, hizo cejar la neza.

11. La mayor ceguera que los hombres padecen en sus confianzas, es la de fiar de aquellos a quienes experimentaron infieles con otros. Este es un error que todos condenan y en que casi todos caen. Entrego mi secreto al que me captó la gracia, revelándome el ajeno. Doy mi amistad al que en obsequio mío abandonó el amigo que antes tenía. Esto depende del amor propio y concepto superior que hacemos de nosotros mismos. Cada uno juzga en sí propio un atractivo más poderoso, en virtud del cual tendrá fijamente atado a su corazón aquel que con los demás ha sido infiel. Piensa que es fuerza singular de su mérito la que le hizo abandonar al bienhechor o al amigo. Tan lleno está de sí mismo, que no cabe en su imaginación ni aun en el recelo de que en otro hallará mérito más alto, a quien haga de su amistad el mismo sacrificio. Los príncipes y grandes, como la costumbre de ser adulados los hace más presuntuosos, son los que con más frecuencia caen en este lazo. ¡Oh, cuántas veces se ve en las aulas premiada con la elevación la alevosía. Aquella máxima de que agrada la traición, mas no el traidor, está recibida de todo el mundo en la teórica, pero tiene poquísimos sectarios en la práctica. Desagrada el traidor a quien desagrada la traición; pero el que se interesa en la traición mira con buenos ojos al traidor. Esto se compone con dar a las cosas otro nombre. A la traición se llama obsequio y al traidor amigo. Juntamente se interpreta que intervino algún fin honesto; y en caso de no poder discurrirse otro que el de la conveniencia, se alaba la habilidad de elegir el mejor partido. Grande excepción de esta regla fué Isabela de Inglaterra. Un infiel español le vendió por precio señalado una plaza en los Países Bajos; y habiendo pasado, por evitar la pena merecida, a vivir en sus dominios, se le ofreció, como hombre hábil que era para la guerra, a servirla en cualquier empleo. Respondió la Reina: *Andad, que cuando haya menester hacer alguna traición, yo me serviré de vos.*

§ II

12. Los hipócritas perfectos son pocos. Llamo hipócritas perfectos aquellos, cuya superficie toda es devoción, y el fondo todo iniquidad: aquellos, según el dicho del satírico:

Qui Curios simulant, et bacchannalia vivunt.

No hay que admirar que sean pocos éstos, no obstante ser el camino de la hipocresía el más breve que hay para el Templo de la Fortuna. Son pocos los que tienen la robustez de espíritu necesaria para una vida tan trabajosa. Concíbase cuanto se quisiere ardua la virtud, más penosa es la fingida que la verdadera. Es menester un continuo estudio, inseparable de un continuo afán; una vigilancia infatigable en reprimir las irrupciones de la alma, que sin intermisión pretende campear hacia fuera. No hay pasión, que como fiera atada, no forcejee por romper las prisiones en que la pone el disimulo. No late menos la facultad animal del corazón en el semblante, que la vital en la arteria. Su movimiento interno es como el del reloj, que tiene afuera voz que le publica y mano que le señala. No hay palabra, no hay acción, que si no se rige con contrario ímpetu, no siga el impulso de aquella animada máquina. Solicitan importunamente a los ojos la curiosidad y la lascivia: brama por desahogarse en la voz y en el ceño la impaciencia: la chocarrería oída con gusto provoca a la risa, llama la injuria a la venganza: la lengua y el oído están mal hallados con el silencio: no hay miembro, que a su pesar no se haya de dejar regir hacia la representación de compostura; son infinitas las cuerdas de que se compone la armonía de un exterior modesto, y todas deben estar violentamente tirantes; a las puertas de todos los sentidos dan continuas aldabadas los ape-

tecidos objetos. ¿Qué fuerza hay bastante a resistir tantos impulsos o manejar a un tiempo tantas riendas?

13. Añádase a esto el susto de ser cogidos en la trampa. En cuantos ojos los circundan, otros tantos espías enemigos temen. Bien conocen la dificultad de conservar siempre inaccesible el alma a la observación ajena. Por más que se cierren las ventanas, quedan en imperceptibles descuidos innumerables resquicios. Cuando logren engañar la multitud, no faltan espíritus trascendentes que distinguen, en cualquier parte que se halle, lo natural de lo artificioso. Por más que la afectación remede la realidad, una y otra tienen sus notas, bien que inexplicables, perceptibles un carácter especial, que se sujeta a la inteligencia y se niega a la voz. El mismo cuidado de ocultar el alma la hace visible, porque es visible la cautela y es visible también que los corazones inocentes no usan de este estudio. Todo hombre muy circunspecto se hace sospechoso. El que está asegurado de su conciencia obra y habla con abertura. Ni le aprovechará al hipócrita ponerse a imitar aquella nativa franqueza. Nunca acertará con el punto debido. Siempre lo que tienen conocimiento distinguirán entre el original y la copia. Así yo creo que hasta ahora no hubo hipócrita que acertase a engañar a todo el mundo.

14. ¡Oh cuánto más barato les saldría a los hipócritas tomar el camino de la virtud verdadera, que seguir el de la fingida! Aquélla concede al espíritu muchas treguas y le dispensa muchas dulzuras. La ficción de la virtud le obliga al continuo afán de salvar la apariencia. Es fábrica en el aire, que dará en tierra, si un momento se descuida en arrimar el hombro.

15. Dirásme que con el tiempo se llega a hacer hábito de la ficción y entonces ya en fingir no hay dificultad. A la verdad, dudo que la costumbre pueda tanto. Donde el arte lidia con toda la naturaleza, no pienso que llegue el caso de que aquélla logre cabal el triunfo, antes juzgo, que siempre ésta quedará con algún residuo de fuerzas para repetir sus asaltos. Sucede tal vez al más consumado hipócrita lo que a la gata convertida en dama de la fábula de Esopo. Estaba con muy estudiada compostura a la mesa, cuando se apareció en la sala un ratón, y llevada de aquel natural impulso que precede a toda advertencia, a toda fuerza, se arrojó con escándalo de los circunstantes a la presa apetecida.

16. Pero dado caso que el largo ejercicio de fingir venza toda la dificultad, no por eso es menor el yerro del hipócrita. Con menos trabajo se hará familiar la virtud y en menos tiempo que la ficción. Aquélla es según la inclinación del hombre en cuanto racional, y sólo le contradice como sensitivo; ésta, así a lo racional como a lo sensitivo, es violenta. En el país de la virtud en la alma en parte doméstica: en el de la ficción, totalmente peregrina. Luego, más fatiga tendrá en connaturalizarse la ficción que la virtud.

§ III

17. Hay, no obstante, cierto linaje de hipócritas, que viven sin fatiga y engañan con facilidad, porque las apariencias que tienen de virtud en parte se deben al estudio y en parte al temperamento. Carecen de unos vicios y esconden otros: o pocas virtudes que tienen sirven de capa a mayores vicios que ocultan. Así se puede decir que los hipócritas perfectos, de que acabamos de hablar, no se mueven sino a fuerza de remo. Los que ahora vamos a examinar son ayudados del viento.

18. Verdaderamente el público usa bre) es reglado en la mesa, modesto en la conversación; no tiene más co- virtud ajena. El que se justifica sobre ciertos determinados capítulos, sin tropiezo pasa por un gran lleno de virtudes. Emilio (quiero darle este nombre) es regalado en la mesa, modesto en la conversación; no tiene más comercio que el preciso con el otro sexo; asiste al templo frecuente y devoto. No

ı menester más para que respete su rtud todo el pueblo. Sin embargo, yo que este mismo Emilio con pleitos justos oprimió algunos vecinos suyos. éole solicitar honores y riquezas por dos los medios posibles. Cualquier ve injuria que reciba, la estampa n caracteres indelebles en la memo- a. Aunque está bien surtida su casa, ı parecen pobres a la puerta. Asiste la murmuración, y con mucho más ısto si cae la nota sobre sujetos de érito sobresaliente, que le puedan sputar la estimación pública. Favo- ce pretensiones injustas de sus alia- s o dependientes. Cuando se trata de abar o vituperar a otros, la parciali- d es el único móvil de su lengua. aprecia la virtud de otros, y si por gún camino le incomoda, cuanto está su parte la desautoriza. Noto sus ltos hacia los poderosos y sus seque- des con los humildes. En fin, apenas ve movimiento en este hombre que vaya, directa o indirectamente, hacia interés propio, aunque se ofrezca ropellar en el camino el derecho eno.

19. Con todo, el vulgo le tiene por sto, religioso y devoto. Aquellas po- s virtudes hacen espaldas a un grue- escuadrón de vicios. Tiene anida- ıs en el pecho la ambición, la avari- ı, la soberbia, la envidia, el odio; ro nada de esto se le entra en cuen- . La falsa brillantez que en la super- ie producen su continencia y tem- anza, deslumbra los ojos del públi- . Parece que éste sólo tiene por de- ıcuentes los deleites corpóreos, y to- la maldad la reduce a la acción de s o tres sentidos. El demonio no es otón, ni lascivo, ni es capaz de otro guno de aquellos vicios, cuya ejecu- ón depende de las potencias materia- s; mas no por eso deja de ser en lo oral la peor de todas las criaturas.

20. La injusticia de este dictamen más visible en el otro sexo. Una mu- r, con ser casta, juzga que tiene lle- s todos los números de la virtud; con poseer esta virtud sola, juzga ue le son lícitos todos los demás vicios. Así, teniendo bien hechas las pruebas en esta materia, puede ser arrogante, envidiosa, impaciente, soberbia. Y aun hay mujeres, a quienes la seguridad de su fama en punto de pureza hace insufribles y feroces. ¡Oh, cuán molestas son éstas a los pobres maridos! Véndenles a muy alto precio la lealtad, como si no se la debieran de justicia. No falta quien escriba que por este motivo dió libelo de repudio Paulo Emilio a su primera esposa, la noble, casta, hermosa y fecunda Papiria. Plutarco cuenta de un romano a quien, culpándole sus amigos de haberse divorciado con una mujer casta, de bellas dotes de alma y cuerpo, descalzó uno de sus zapatos y mostrándosele, les dijo: *¿Véis qué bien hecho, nuevo y hermoso está? Pues acaso por eso mismo me aprieta y lastima el pie.* Quería decir que las buenas prendas de su mujer la hacían orgullosa, y por tanto, insufrible.

21. Confieso, que no puedo sufrir la gran distinción que se hace en el mundo entre los vicios que pertenecen a una misma especie, sólo en atención a los diferentes medios de que se usa en su ejecución. Es no sólo ladrón, sino hombre ruin y vilísimo, el que entrando clandestinamente en la casa ajena, roba el dinero y la alhaja. ¿Por qué no merecerán los mismos epítetos el que en una demanda injusta, usando de la trampa, usurpa lo ajeno; el mercader que pide sobre el justo precio; el que engaña en la calidad de lo que vende; el oficial que se paga en más de lo que merece su trabajo; y más que todos, el juez que admite el soborno? ¿Qué diferencia hay de aquél a éstos? Todo es hurto, y Dios todo lo ha de castigar del mismo modo, sin atender al medio de que se usó, sino a proporción del perjuicio que se hizo al prójimo. Sin embargo, innumerables de éstos pasan por muy buenos cristianos. No sólo eso; pero si rezan muchos rosarios, oyen Misa todos los días y tienen la insolencia de frecuentar los Sacramentos, aunque no restituyan un maravedí de cuanto usurpan, son vene-

rados como ilustres dechados de virtudes.

22. No obstante que éstos parezcan unos monstruos compuestos de virtud y maldad, nada hay en ellos que no sea muy conforme a la naturaleza. Virtudes y vicios tienen un mismo origen; esto es, el temperamento de los sujetos. Así como no hay tierra tan infeliz que sólo produzca plantas venenosas, tampoco hay complexión tan viciada que sólo radique inclinaciones perversas. En ningún individuo es la naturaleza tan enemiga de la razón, que en todo se le oponga. Apenas se hallará hombre, cuyo apetito no sea limitado en cuanto a las especies de los objetos. Este es solicitado de la gula; pero ningún atractivo tiene para él la incontinencia. Aquél arde en ansias de ser rico, pero no hay para él otro placer que la posesión de un tesoro. Al otro le domina la soberbia y vanagloria, y como logre las adoraciones que busca, ninguna otra pasión le inquieta.

23. A esto se añade, que como el vicio es tan feo, ninguno deja de aborrecer aquellos vicios que no simbolizan con sus inclinaciones, y de amar por consiguiente las virtudes opuestas. De aquí es que los hombres comúnmente vivimos recíprocamente escandalizados unos de otros. Miramos el delito ajeno en su propio color y figura; el propio en la infiel imagen que hace de él nuestro apetito. En aquél vemos lo horrible; en éste lo delectable. La pintura que hace la pasión del vicio es como la que hizo Apeles del rey Antígono. Faltábale a aquel monarca un ojo, y el ingenioso pintor formó la imagen de perfil, mostrando el rostro sólo por la parte que carecía de defecto. Así ladea la pasión el vicio propio, descubriéndole por la parte donde está el deleite y ocultándole por donde está la torpeza. Al ajeno se le da positura totalmente contraria.

24. Contemplo algunas veces, no sin movimientos de risa, cómo el avaro está haciendo ascos del incontinente, y el incontinente mira con horror y abominación al avaro. Todo consiste en que aquél no padece los estímulos de la carne, y éste no adolece de la hidrópica sed del oro. Cada uno de éstos es de bronce por una parte y de vidrio por otra; pero excusándose cada uno con su fragilidad propia, no advierte que el otro, por donde peca, tiene la misma disculpa. Si hiciésemos sobre esto la reflexión debida, no seríamos tan severos jueces de nuestros prójimos. La ojeriza se convertiría en compasión, y lo que ahora enciende el odio, daría asunto a la caridad.

25. Es error común el aplicar sólo a determinadas especies de pecados la disculpa de la fragilidad humana. Esta, como trascendente en todas las pasiones, interviene en todo género de deslices. No hay vicio que no tenga su natural fomento en la complexión del individuo. Los desórdenes que más distan de la parte racional tienen su patrocinio en la sensible. Confieso que no puedo comprehender cómo en nuestra naturaleza caben genios tan aviesos, que se complacen en hacer a otros mal, sin que de ello les resulte algún sensible bien. Con todo, es cierto que los hay también que obran así, porque están dominados de esa villana inclinación. Pues ves ahí la fragilidad. Si su maligno proceder no les produjese algún deleite considerable, no se aventurarían a padecer el odio público.

26. Pero es bien se note que aque llos hombres compuestos de vicios y virtudes, de quienes hemos hablado aun en lo que parece por afuera, no so lo que parecen: quiero decir que au las mismas virtudes que tienen, si bie se mira, no son propiamente virtude sino puras carencias de los vicios. Ve a Crisanto abstraído de todo come cio con el otro sexo. ¿Juzgas que e virtud? No, sino insensibilidad. Ni gún estímulo le incita, y así haz cue ta de que no tiene otra continencia qu aquella que es propia de un tronc Si él se abstuviera por el temor Dios, no tuviera tan poco cuidado co su conciencia en otros capítulos. V a Aurelio muy parco en comida y b bida. ¿Juzgas que es templanza? N

sino falta de apetito. Sucede lo que a un febricitante, que no come más porque no puede. ¿No le ves engullir cuanto puede de hacienda y de dinero? Cree, pues, que si tuviera tan voraz el estómago como el corazón, fuera otro Heliogábalo.

27. Estos son hipócritas por complexión. Hace en ellos el temperamento lo que en otros el estudio. No es virtud la suya, sino una imagen de la virtud; pero imagen que formó, no el arte, sino la naturaleza.

28. Algunas veces oí decir que en la Corte Romana, cuando se trata de la canonización de algún Santo, lo que más prolijamente se examina es el punto del desinterés; y una vez bien justificado éste, por todos los demás se corre con más velocidad. Prescindiendo de si es o no es así, me parece muy conforme a razón este modo de proceder por dos motivos. El primero, porque el desinterés no depende o depende muy poco y remotísimamente del temperamento; y así se debe juzgar que cualquier hombre desinteresado lo es por virtud y no por naturaleza. El segundo, porque esta virtud supone o infiere otras muchas. La razón es, porque el dinero sirve a todos los vicios, siendo medio para el desahogo de todas las pasiones, es señal de que no está dominado de ellos quien no ama y busca el dinero. Así la codicia es un vicio imperado de todos los demás vicios. El incontinente busca el dinero para saciar el torpe apetito; el goloso para la destemplanza; el ambicioso para lograr el ascenso; el vengativo para destruir a su enemigo y así de los demás. Luego, el que no ama el dinero, se debe hacer juicio de que carece de todos aquellos vicios. Téngase, pues, por regla segura de que el mejor índice de la virtud es el desinterés.

29. No obstante, los que tienen por único fin la estimación y aura popular sin ser virtuosos, son desinteresados. Es la vanagloria un vicio puesto en los confines de la virtud. Los antiguos gentiles le creyeron dentro de sus límites. Ciertamente, en orden a la utilidad pública, produce los mismos efectos. El amante del aplauso en la guerra obra como el valeroso, en el tribunal como el íntegro, en la fortuna próspera como el justo, en la adversa como el magnánimo. Es de creer que más héroes dió a Grecia y Roma la ambición de fama que la virtud verdadera.

30. Son los idólatras del aplauso unos espíritus no buenos, pero grandes. Enamorados de la hermosura de la gloria humana, o no adolecen de otras pasiones o se desdeñan de sujetarse a ellas. También en la república de los vicios hay distinción de clases, y algunos se atribuyen, aunque sin razón, la ventaja de nobles. Esta presunción produce la utilidad de no mezclarse con otros más villanos. Uno de éstos es la codicia, y así se guardará bien el vanaglorioso de caer en esta torpeza.

31. Estoy persuadido a que si se averiguase exactamente el origen de cuantas aciones heroicas se hallan en los anales profanos, se contarían entre ellas muchas más hijas del vicio que de la virtud. Más batallas ganó el ansia del premio, que el amor de la patria. ¡Oh, cuántos triunfos se debieron a la emulación y la envidia! A Alejandro le estimulaba la gloria de Aquiles; a César la de Alejandro; y Pompeyo, cuando batallaba, más presentes tenía las victorias de César que las tropas del enemigo. Muchos hicieron cosas grandes por mucho más criminales fines. Fabricaban del obsequio escala para la tiranía. ¡Cuántos sirvieron a su república, para que al fin su república les sirviese, y la hicieron primero vencedora, para hacerla después esclava! Esto era común en los más celebrados hombres de la Grecia. Por esta razón en Atenas llegaron a ser los servicios insignes a la república tan sospechosos, que por la ley de ostracismo eran castigados con destierro como delitos.

32. Lo mismo que en el servicio de la república pasa en los obsequios hechos a particulares. Frecuentemente se atribuye a la fidelidad y al amor lo

que el subordinado hizo sólo por su interés. En cesando la dependencia, se descubre el verdadero motivo.

33. De modo, que si se hace bien la cuenta, se hallará que el mundo está lleno de hipócritas, unos que mienten algunas determinadas virtudes, otros que las mienten todas. El emperador Federico III decía, según refiere Eneas Silvio, que no había hombre alguno que no tuviese algo de hipocresía.

34. No se puede aprobar tan severa y universal sentencia. Pero sería conveniente, a mi parecer, que todos los Príncipes participasen algo de la desconfianza de Federico, pues son los que más experimentan los hipócritas y los que menos los conocen. Raro hombre hay que se descubra enteramente delante de ellos. Los mismos que se franquean entre los iguales, son hipócritas en presencia de los superiores. Apenas hay quien, para ser visto de quien le manda, no afeite el alma y dé colores postizos a su espíritu, como las rameras al rostro, para salir en público. Momo echaba menos en la fábrica del hombre una ventana por donde se le descubriese el pecho. Yo me contentaría con que fuese puerta, de la cual él tuviese una llave y otra el superior. Mas todo esto es hablar de fantasía. Lo que la razón dicta es que las obras de Dios son perfectas.

§ IV

35. Sintiera mucho, que porque voy descubriendo todos los embozos del vicio, se juzgase que soy del número de aquellos genios suspicaces que procuran siempre dar siniestra interpretación a todas las acciones ajenas. Los que me han tratado saben bien que no adolece mi ánimo de esta enfermedad verdaderamente maligna, y algunos me han notado el contrario defecto de una crítica demasiadamente piadosa. Acaso las experiencias de los engaños que he padecido por mi facilidad en creer las apariencias de virtud me hicieron más obvias estas pocas reflexiones, las cuales, sin embargo, en mí siempre se quedan en mera teórica; porque en llegando a la práctica sobre los particulares, prevalecen sobre ellas, ya el genio, ya la advertencia de que en lo moral es mejor errar por piedad que acertar por malicia. Yo quisiera llevar la pluma por una senda tan delicada que hiriera la hipocresía sin lastimar la caridad, y de tal modo descubriera el artificio de los hipócritas, que no despertase la cavilación de los sencillos.

36. También confesaré, que así como el tiempo me hizo ver en algunos sujetos muchos vicios que no creía, me descubrió en otros grandes virtudes que no imaginaba. Así, equilibrado el juicio por la parte de la experiencia y de la razón, es fácil que el genio incline con su peso la balanza al lado de la piedad.

37. Una cosa bien notable he observado, y es, que más fácilmente se ocultan las grandes virtudes que las pequeñas. Esto consiste, ya en que es raro su uso, ya en que comúnmente no es conocido su precio. La asistencia al templo, la modestia exterior, el silencio, el ayuno son virtudes que no pueden menos de incurrir en los ojos de todos, porque diariamente se ejercitan y todos las conocen. Hay otras virtudes de más nobles fondos y que el vulgo no conoce, porque andan en los sujetos que las tienen como señoras, que caminan incógnitas, sin el ostentoso equipaje de las exterioridades. Hay hombres (ojalá fueran muchos) que debajo de un trato abierto, de un comercio libre, de una vida común que no se resiente poco o mucho de los melindres de la mística, alientan dentro del pecho una virtud valiente, una piedad sólida, impenetrable a las más fusiosas baterías de los tres enemigos de la alma. Sirva de ejemplo el que puede serlo para todo y para todos, un hombre a quien siempre he mirado con devota ternura y con profundo respeto el justo, el sabio, el discreto inglés Tomás Moro.

38. Si se mira por la frente la vid

de Tomás Moro, sólo se ve un político hábil, metido dentro del mundo, manejando dependencias del Rey y del reino, dejándose llevar del viento de la fortuna, sin pretender los honores, mas también sin resistirlos; en la vida privada abierto, urbano, dulce, festivo y aun chancero, aprovechando muy frecuentemente en alegres sales el esparcimiento del ánimo y la delicadeza del ingenio, siempre inculpable, mas sin el menor resabio de austero. Su aplicación, por la parte de la literatura, fué indiferente a la sagrada y a la profana: en una y otra adelantó mucho. Su grande estudio en las lenguas vivas de Europa representa un genio acomodado al siglo. En sus obras (exceptuando las que compuso el último año de su vida dentro de la prisión) más parte tuvo la política, que la piedad. Hablo del asunto, no del motivo. En la descripción de la *Utopía* (escrito verdaderamente ingenioso, agradable y delicado) dejó correr tanto la pluma hacia el interés temporal de la república, que parece miraba la religión con indiferencia.

39. ¿Quién en esta imagen de Tomás Moro conocerá aquel glorioso mártir de Cristo, aquel generoso héroe, cuya constancia no pudieron doblar contra su obligación ni las amenazas, ni las promesas de Enrico VII, ni la dura prisión de catorce meses, ni las persuasiones de su propia consorte, ni la triste expectación de ver reducidos a una mísera mendicidad todos los suyos, ni la privación de todo su consuelo humano, quitándole los libros: en fin, ni el cadahalso delante de los ojos? Tan cierto es que los quilates de las almas grandes sólo se descubren en la piedra de toque de las grandes ocasiones, y a manera de los pedernales sólo manifiestan sus luces al excitativo de los golpes.

40. El mismo Tomás Moro era prisionero de Estado que gran canciller de Inglaterra; el mismo en la fortuna adversa que en la próspera; el mismo maltradado que favorecido: el mismo en la cárcel que en el solio; sino que la adversidad hizo visible todo su corazón, del cual la mayor y mejor parte estaba maltratado que favorecido; el mismo razón, del cual la mayor parte estaba antes oculta. Solía dar este grande hombre a sus propias virtudes un aire de humanidad, que a los ojos del vulgo les mitigaba el resplandor; aunque cuanto se retiraba de los vulgares la luz, tanto se aumentaba hacia la parte de los perspicaces el reflejo. Sucedió una vez, cuando era gran canciller, que un caballero, que tenía pendiente de su arbitrio el éxito de cierta pretensión, le regaló con dos botellas de plata. Como no cabía en su integridad admitir el regalo, ¿qué haría Tomás Moro? ¿Encenderse contra el pretendiente, como injurioso a su reputación? ¿Corregirle a lo menos la delincuente audacia de querer hacer venal la autoridad del ministerio? ¿Manifestar siquiera entre los domésticos las delicadezas de su desinterés, mostrándose escandalizado de la tentación? Nada de esto hizo, porque nada de esto era correspondiente a la nobleza y particular carácter de su espíritu. Recibió con buen semblante las dos botellas. Dió al punto orden a un criado para que las llenase del más precioso vino que tenía en su bodega, y de este modo se las volvió a remitir al caballero, acompañadas del recado urbano, *de que se holgaba mucho de lograr aquella ocasión de servirle, y que cuanto vino tenía en su casa estaba muy a su disposición*. Como que entendía (¡discretísima rudeza!) que sólo para este efecto se le habían enviado las botellas. De este modo juntó la entereza con la dulzura, la corrección con la cortesanía, y cuanto le quitó de estrépito a su integridad, tanto le minoró a aquel caballero la confusión.

41. Que la constancia heroica con que mantuvo el partido de la religión, cuando llegó el caso, no fué efecto de algún esfuerzo peregrino, sino de una virtud doméstica, y que en todo obró según las habituales disposiciones del ánimo, se infiere de que siempre, hasta el mismo suplicio, conservó aquella

graciosísima festividad de su genio. No se le oyeron menos chanzas, ni con menos aire entre las cadenas, que antes le habían oído en los salones. Cuando se estaba viendo su causa, y muy cerca de darse la sentencia por aquellos inicuos jueces, que teniendo ya sacrificadas sus conciencias a la voluntad del soberano, querían también lisonjearle con aquella inocente víctima, llegó el barbero a quitarle la barba, que tenía algo crecida, y estando para poner las manos a la obra: *Tente* (le dijo Tomás Moro) *que el Rey y yo estamos litigando ahora a quién de los dos toca esta cabeza; y si le toca al rey, no es razón que cargue yo con el gasto de la barba.* Estando para subir al cadalso le pidió a uno que estaba cerca, por hallarse débil, que le sirviese de arrimo para montar los escalones, diciéndole: *Ayúdame a subir, que para bajar no te pediré ayuda.* ¡Oh virtud eminente! ¡Oh espíritu verdaderamente sublime, que subía al cadahalso con tan festivo desahogo como si se sentase a un banquete! Miren esta grande imagen las almas apocadas, para aprender que la virtud verdadera no consiste en melindrosas circunspecciones.

§ V

42. ¡Oh cuántos antípodas morales de Tomás Moro hay en todo género de repúblicas! En el Occidente, como en el Oriente, hay muchos de aquellos ridículos espantajos, que llaman santones; sino que los de acá no se mortifican tanto a sí y mortifican más a otros. Con una seriedad desapacible, que llegue a ceño; una conversación tan apartada de la chanza, que toque en el extremo de la rustiquez; un celo tan áspero, que degenere a crueldad; una observancia tan escrupulosa del rito que se acerque a superstición, y la mera carencia de algunos pocos vicios, sin más coste están hechos estos misteriosos simulacros de la más alta perfección. Simulacros los llamo, porque todo su valor consiste en la configuración extrínseca. Simulacros los llamo, porque no los informa espíritu verdadero, sino aparente. Simulacros los llamo, porque tienen dureza de mármoles o insensibilidad de troncos. En la ética que los rige están borradas la dulzura, la afabilidad, la compasión del catálogo de las virtudes. Aún he dicho poco. Aquellos dos caracteres sensibles de la caridad, señalados por San Pablo, conviene a saber, la paciencia y la benignidad, son tan forasteros a su genio, que antes los miran como señas, si no de relajación, por lo menos de tibieza. Figúranse santos, sin tener de santos más que la figura o la figurada; y quieren pasar por beatos, faltándoles los constitutivos de tales, que expresa el Evangelio; esto es, blandura, misericordia y mansedumbre: *Beati mites, beati misericordes, beati pacifici.*

43. No niego que entre los mismos santos canonizados por la Iglesia, y aun entre los que canoniza la Escritura, se encuentran algunos, cuyo celo parece muy austero y rígido. Pero son tan pocos, que se debe creer se hallaron en particularísimas circunstancias, en atención a las cuales dirigía entonces la prudencia por aquel rumbo. Esto basta para que en lo general no puedan servir de regla.

44. También es cierto que la virtud toma un género de tinte del genio de los sujetos en quienes existe, y por eso en diferentes individuos muestra diversos colores. Sin embargo, se debe distinguir en esa misma mezcla lo que es genio y lo que es virtud. Hay hombres de genio duro, colérico, desapacible, que juntamente son virtuosos; mas ni por eso es dura, colérica, desapacible su virtud; antes ésta, cuanto es de su parte, y atenta su índole propia, es correctiva de aquellos defectos. El mal está en que los defectos del genio, refundiéndose al juicio, pervierten el dictamen; y el dictamen pervertido estorba que la virtud enmiende los defectos del genio. El virtuoso que es de genio impetuoso, fuerte y desabrido, puesto en

nando, fácilmente cree que se halla n las circunstancias en que la pruden- ia aconseja el rigor. El de genio ex- esivamente blando y amoroso, nunca uzga que llega el caso de usar de la uerza. Uno y otro salvan su concien- ia, y de uno y otro paga los errores el úblico; mas con mucha distinción, se- ún la diversidad de empleos y desti- os. El muy blando es más nocivo en l fuero externo, el riguroso en el in- erno. En orden a las criminales eje- uciones externas, que son perjudicia- es a la República, es perniciosa la de- nasiada clemencia. Para la enmienda nterna de las almas, es no sólo inútil or lo común, más aun nocivo el ri- or, porque el miedo del castigo tem- oral no hace penitentes, sino hipócri- as; quita sólo la obra externa y re- oncentra la mala intención dentro del lma, produciendo otro nuevo pecado n el odio, que ocasiona contra el juez evero.

§ VI

45. He notado que para la conver- ión sincera de los corazones ha hecho randes milagros la benignidad, en oca- iones en que por otra parte se expe- imentaba inútil el rigor. Dos ejem- los ilustres me ocurren ahora, que n diferentes siglos se vieron en el tea- ro de la Francia. El primero es de 'edro Abelardo, aquel sutilísimo ló- ico y famoso heresiarca del duodéci- no siglo. Fueron raras las aventuras de ste hombre. Por lo común experimen-) contraria la fortuna. Padeció mu- has persecuciones, entre ellas algunas njustas. Pero ni las justas, ni las in- ıstas pudieron quebrantar su ánimo mitigar la contenciosa vivacidad de ı espíritu. Después de innumerables ebates fueron condenados sus errores n el Concilio Senonense, a que asis- ó San Bernardo. Apeló al Juicio del apa Inocencio II; éste confirmó la de- isión del Concilio, añadiendo que se uemasen sus libros y él fuese cerrado n prisión perpetua. Tenía Abelardo nfinitos enemigos, de los cuales muchos no lo eran por celo de Religión, sino por otros respetos muy diferentes. Aumentaba su calamidad el que apenas había quien no declarase contra él e instase sobre la ejecución de la sentencia. En este deplorable estado de Abelardo, sólo un hombre tuvo generosidad bastante para declararse por padrino suyo. Este fué aquel santísimo y sapientísimo varón San Pedro Venerable, abad del gran monasterio de Cluni. Este solicitó y obtuvo del papa el perdón de Abelardo. Este le reconcilió con San Bernardo, que fué lo mismo que indultarle contra el odio público. Este le ofreció.

NOTA

«Eloísa, discreta, hermosa y noble francesa, fué en su juventud amante y amada de Abelardo, con tanto exceso, que el amor rompió todas las líneas del honor. Cuentan los historiadores una cosa singularísima de esta mujer; y es, que deseando Abelardo casarse con ella, sin embargo de quererle tanto, repelió la propuesta y eligió antes ser concubina, que esposa, alegando por motivo que no quería que con su matrimonio se privase la Iglesia del gran lustre que le podía dar el supremo ingenio de Abelardo; aunque últimamente, a importunos ruegos y amenazas de sus parientes, consintió. Hízose después religiosa y vivió con grande edificación. Mantuvo siempre la correspondencia con Abelardo, muy tierna y cariñosa sí, pero también muy contenida dentro de los límites de la virtud y el decoro. Luego que tuvo noticia de la muerte de Abelardo, pidió el cadáver a San Pedro Venerable para darle sepultura en el convento donde era prelada, y el Santo Abad condescendió a su ruego. Consta por las Epístolas de Abelardo, que Eloísa, por su virtud y entendimiento, fué generalmente amada y respetada de todos. Dice, que los obispos la querían como hija, los abades como hermana y los seculares como madre.»

contra todos los reveses de la fortuna, el asilo de su monasterio cluniacense. Y éste, en fin, recibiéndole en sus brazos como amoroso padre, le dió en dicho monasterio el hábito de monje. Admirable fué el efecto que hizo en Abelardo la generosa benignidad de San Pedro Venerable. No sólo fué monje, pero monje ejemplarísimo, y un dechado insigne en todo género de virtudes, de que da irrefragable testimonio el mismo San Pedro Venerable en la carta escrita con ocasión de su muerte a la abadesa Eloísa, que está toda llena de altos elogios de la virtud de Abelardo. Dice en una parte, que no se acuerda de haber visto hombre alguno tan humilde como él. En otra, que se admiraba de que un varón de tanto y tan famoso nombre se despreciase tanto a sí mismo. En otra, que su entendimiento, su lengua y su operación siempre se empleaba en objetos divinos. En otra le compara al Gran Gregorio, por estas palabras: *Nec (sicut de Magno Gregorio legitur) momentum aliquod praeterire sinebat, quin semper aut oraret aut legeret aut scriberet aut dictaret.* En el cronicón cluniacense se confirman, y aun, si puede ser, se aumentan estos elogios, pues dice que desde que tomó el hábito de monje siempre fueron divinos sus pensamientos, sus palabras, sus obras: *Et deinde mens eius, lingua eius, opus eius semper divina fuere.*

46. De modo que a este hombre, a quien no pudieron jamás doblar ni cuantos varones sabios había en Francia en continuas disputas contra él, ni la fuerza del magistrado secular, movida varias veces por sus enemigos, ni los prelados eclesiásticos, ni la autoridad de un Concilio, ni el celo y doctrina de un San Bernardo: a este hombre, digo, rindió el dulce, compasivo y amoroso espíritu de San Pedro Venerable. Fueron grandes la estimación y ternura con que este Santo miró siempre a Abelardo después de su conversión. Conócese esto en dos epitafios que hizo para honrar su sepulcro. Pondré aquí parte de uno y otro, para que se vea cuán alto concepto tenía hecho de la insigne sabiduría de este hombre.

PRIMER EPITAFIO

Gallorum Socrates, Plato maximus Hesperiarum noster Aristoteles, logicis, quicumque fuerunt, aut par, aut melior, studiorum cognitus orbi princeps, ingenio varius, subtilis et acer.

SEGUNDO EPITAFIO

Petrus in hac petra latitat, quem mundus Homerum
clamabat, sed iam sidera sidus habent.
Sol erat his Gallis, sed eum iam fata tulerunt:
ergo caret regio Gallica Sole suo,
Ille sciens quidquid fuit ulli scibili, vicit
artifices, artes absque docente docens.

47. El segundo ejemplo, aún más ilustre que el primero, se vió en los hugonotes de la Diocesi de Licieux, en Normandía, en tiempo de Carlos IX. Era obispo de aquella iglesia el piadoso y docto dominicano Juan Hennuyer, que había sido confesor de Enrico II, cuando al gobernador de Normandía vino orden del Rey para que pasase a filo de cuchillo todos los hugonotes de aquella provincia. Opúsose a la ejecución del orden real, por lo que miraba a los de su diócesis, tan eficazmente el venerable prelado, y tantas y tales cosas supo decir al gobernador, proponiendo entre otras, que antes daría su garganta al cuchillo, que consintiese la muerte de aquellos herejes, a quienes siempre miraba como ovejas suyas, aunque descaminadas, que el gobernador suspendió la ejecución; y el Rey, movido de la constancia y celo del piadoso obispo, revocó enteramente el decreto en orden a los hugonotes de aquel Obispado. Colmó la mano omnipotente de bendiciones el paternal amor que el señor Hennuyer profesaba a sus ovejas, y la piadosa acción de salvarles a todo trance las vidas. ¡Cosa admirable! En ninguna de las demás partes de Francia, donde corrieron arroyos de sangre hugonote, ejecutándose a la letra el real decreto, se extinguió la herejía, y sólo a la diócesi de Licieux hizo Dios este gran b

neficio. Tal impresión hizo en los corazones de aquellos calvinistas la experiencia de las paternales entrañas de su prelado, que todos, todos, sin reservar uno, se convirtieron a la Santa Fe Católica. Así triunfa la benignidad de los más rebeldes corazones, cuando la maneja un santo celo y una prudencia consumada (1).

§ VII

48. Volviendo al asunto (pues todo lo introducido en el párrafo antecedente fué disgresión), digo que entre aquellos genios ásperos y saturninos, de que hemos hablado antes, está metida la peor casta de todos los hipócritas. Hablo de los censores de ajenas costumbres con capa de celo. Estos son unos poderhabientes del Infierno o un *quid pro quo* de los diablos, porque su ocupación es apuntar los pecados de los hombres. Gente tan maldita, que están mal con sus prójimos y bien con los vicios de sus prójimos. Dicen que aman a aquéllos y aborrecen a éstos, pero es al revés. Todo es tirar al prójimo mordiscones, relamiéndose al mismo tiempo en sus pecados. No hay noticia para ellos tan alegre como el que fulano y citano hicieron tal y tal picardía. Esta es su comidilla, porque encuentra nuevo pábulo su maledicencia. ¿Qué exclamaciones no hacen sobre el asunto? ¿Qué hipérboles no gastan en exagerar la maldad? Y después que se han ensangrentado bien en el miserable que ha caído en sus manos, se extiende el nublado a toda la República. Está perdido el pueblo. Nunca se vió tal. Dios lo remedie. Es su texto cotidiano el ¡*O tempora*! ¡*O mores*! de Cicerón. La materia de sus conversaciones es propiamente materia, porque toda es podredumbre. No hablan sino de torpezas y desórdenes. Tienen por su cuenta la gaceta de Satanás, donde se dividen los capítulos por barrios. V. gr.: *tal calle, a tantos de tal mes*. Por un expreso que trajo una verdulera se sabe que monsieur de tal tiene muy adelantadas sus negociaciones con madama de tal, pues aunque al principio encontró algunas dificultades, proponiendo después más ventajosos partidos, fué en fin admitido a audiencia secreta, etc. Así se va discurriendo por otras partes en párrafos distintos; y el último es, como se acostumbra, el de la Corte, en esta forma u otra equivalente. Su majestad de Plutón con toda la familia, aunque no dejan de sentir los excesivos calores que reinan en aquel país, con todo se hallan muy gustosos, por la abundante caza de todo género de pescados que encuentan hacia todas partes, etc. (2).

(1) Dijimos que Juan Hennuyer, obispo de Lizieux, fué dominicano. Afírmalo Moreri sobre la fe de los dos hermanos Santa Martas. Pero en el Suplemento de Moreri de 1732, con buenos fundamentos se prueba que fué eclesiástico secular.

(2) Los que ponderan la generalidad de los vicios de algún pueblo, hacen en él un gravísimo daño, que es remover a muchos algún estorbo, que los que retraía de caer en los mismos vicios. Hablando, por ejemplo, del vicio de la incontinencia, dice uno que la ciudad en este capítulo está enteramente perdida; que es una horrenda disolución y desenfreno lo que pasa; que ya con algún recato, ya sin él, apenas hay hombre contenido, apenas hay mujer casta; y realmente este es el vicio sobre el que frecuentemente se hacen tales declamaciones. Oyenlas algunos que no tenían hecho tal concepto, y que se contenían ya por el miedo de la deshonra, ya por temer la repulsa de esta o aquella mujer. A éstos, que sólo o principalmente son continentes, ya por la vergüenza de ser notados, ya por la de ser ignominiosamente repelidos, se les quita todo o el principal impedimento que tenían para arrojarse a empresas torpes. Si todos (dice cada uno hacia sí) o casi todos los hombres del pueblo delinquen en esta materia, levísima es la nota que yo puedo padecer, siendo uno de tantos. Si todas o casi todas las mujeres son impúdicas, muy rara será aquella a quien mi solicitud no halle condescendiente.

2. Algunos con bonísimo celo caen en este absurdo, por no prevenir el inconveniente. Varias veces he oído a predicadores fervorosos gritar que está el pueblo lleno de escándalos: que apenas hay casa, que por todas cuatro esquinas no esté ardiendo con el fuego infernal de la lasciva. Ruego encarecidamente (y Dios me es testigo de la santa intención

49. Es en éstos la capa del celo abrigo de la maldad. Otros hipócritas lo són a costa suya; porque para parecer virtuosos es menester abstenerse de muchas cosas, a que los inclina el apetito. A éstos todo el gasto les hace la honra del prójimo. Bien es verdad que admite sus excepciones esta regla, porque hay algunos tan malignos, que para herir sobre seguro la fama ajena, violentan muchas veces la inclinación propia. Abstiénense de la ejecución externa de aquellos vicios que advierten en otros, para poder censurarlos con libertad. ¡Pasión infeliz! ¡Detestable hipocresía!

§ VIII

50. Réstanos hablar sobre dos capítulos, por los cuales muy frecuentemente el vicio es adorado como virtud. El primero es la semejanza exterior de determinados vicios con determinadas virtudes. Como cada virtud está colocada entre dos extremos viciosos, muchos de éstos toman el color de aquélla. Así frecuentemente la prodigalidad pasa por liberalidad, la temeridad por valor, la terquedad por constancia, la astucia por prudencia, la pusilanimidad por moderación y así de otros.

51. El segundo es la materialidad de la acción, prescindida de la torpeza del fin. Si se explorasen los motivos que intervienen en infinitas operaciones, al parecer rectas, se hallarían éstas muy torcidas. Es harto común ser un vicio estorbo de la obra externa, que pertenece a otro vicio. Este es continente precisamente, por no expender su dinero: aquél, porque le amedrenta cualquier sombra. En el primero es hija la continencia de la avaricia, en el segundo de la pusilanimidad. Este se humilla porque pretende; aquél, por no exponerse a una querella. En el primero nace la humildad de ambición, en el segundo de cobardía. Mucho pudiera decirse sobre estos dos capítulos, pero por hallarse tocada con bastante extensión la materia de ellos en varios libros, lo dejamos aquí, contentándonos con este ligero apuntamiento.

---

con que lo hago) que se abstengan de semejantes declamaciones, porque es mayor el daño que el provecho que se sigue de ellas.

LAMPARAS INEXTINGUIBLES

Discurso tercero

§ I

No hay en toda la naturaleza cosa ás oscura que la luz. Hablo, no resecto del sentido, sino de la razón. ada ven sin ella los ojos y nada ve ı ella el entendimiento. Todo es palır sombras cuando se pone a examiır sus rayos. Su instantánea propaıción por el dilatadísimo espacio de na esfera, cuyo ámbito comprehende uchos millones de leguas, es una maıvilla tan grande, que nadie la creea, a no constarle por experiencia. engo por sin duda que en ese caso no abría filósofo, que atentos sus princiios, no la declarase manifiestamente ·pugnante. Algunos hallaron tan inomprehensible este fenómeno o tan inlaptable a todo ente material, ni susncial, ni accidental, que dieron en extraño pensamiento de que la luz un ente medio entre espíritu y ıerpo.

2. A las insuperables dificultades ue ofrece al entendimiento la natuıleza de la luz tomada en común, añaen otras muchas los diferentes cueros luminosos, a quienes se contrae. l resplandor inextinguible de los asos, la generación del fuego elemenerennidad de los volcanes, la exisncia de luz sin fuego en aquellos ıerpos, ya natural, ya artificialmen luminosos, que llamamos *fósforos*, ın después de tantas especulaciones conservan impenetrables a los más ıtiles físicos.

§ II

3. Mas ve aquí, que cuando nos hallábamos harto embarazados con los fenómenos ordinarios de la luz y el fuego, se ha aparecido en las historias un fenómeno extraordinario, capaz no sólo de poner en nueva tortura a la filosofía, más de hacer dudoso lo que en orden a la naturaleza del fuego nos enseña la experiencia. ¿Qué cosa más sabida o más acreditada por la experiencia que el que el fuego consume la materia que le sirve de pábulo? Esto, pues, puntualmente han puesto en duda las noticias que en varios autores se leen de lámparas que se han hallado en algunos antiquísimos sepulcros, las cuales estuvieron ardiendo, a lo que se pretende, quince siglos o más, y ardieran hasta ahora y siempre si la entrada del ambiente o la inopinada fractura del vaso al abrir los sepulcros no las hubiera apagado.

4. Tres son las lámparas perpetuas más plausibles, de que se halla noticia en los autores. La primera, dicen, se halló por el año de 800 (otros dicen que el de 1401, que es mucha variación) en el sepulcro de Palante, hijo de Evandro, rey de Arcadia, y auxiliar de Eneas en la guerra contra el rey latino, el cual se descubrió en Roma con la ocasión de abrir cimientos para un edificio. Refieren que el cuerpo de Palante, que era de prodigiosa magnitud, se halló entero, y en el pecho se distinguía la herida con que le había quitado la vida Turno, la cual tenía cuatro pies de abertura; que junto al cuer-

po ardía una lámpara y adornaba el sepulcro el siguiente epitafio:

Filius Evandri Pallas, quem lancea Turni
Militis occidit, more suo iacet hic.

5. La segunda lámpara perpetua dicen se halló en el sepulcro de Maximo Olibio, antiguo ciudadano de Padua, por los años de 1500, colocada entre dos fialas, en las cuales se contenían dos purísimos licores, que parece servían de nutrimento a la llama: añaden que una fiala era de plata, la otra de oro, y cada una contenía el metal de su especie, disuelto con alto magisterio en un licor sutilísimo. Había una inscripción en la urna, por donde constaba que Máximo Olibio había compuesto y mandado poner en su sepulcro aquella lámpara en honor y obsequio de la infernal deidad de Plutón.

6. La tercera se atribuye al sepulcro de Tulia, hija de Cicerón, descubierto en la Via Appia; unos dicen que en el pontificado de Sixto IV; otros, que en el de Paulo III. Conocióse ser de esta señora el cadáver por la inscripción latina que tenía puesta por su mismo padre: *Tulliolae filiae meae. A mi hija Tulliola.* Añaden, que al primer impulso del ambiente externo se apagó la lámpara, que había ardido por más de mil quinientos años, y se deshizo en cenizas el cadáver que antes estaba entero. En efecto, sábese que Cicerón amó con tan extraordinaria fineza a su hija Tulia, y estuvo en su muerte tan negado a todo consuelo, que no se debe extrañar que quisiese, siendo posible, eternizar la memoria de su amor en aquella inextinguible llama sepulcral.

7. Añádense a las tres lámparas sepulcrales expresadas otras muchas, que se dice haberse hallado en varios sepulcros en el territorio de Viterbo. Fortunio Liceto, eruditísimo médico paduano, gran defensor de las lámparas perpetuas, en un grueso tratado que escribió a este intento, pretende que los antiguos no sólo las hayan usado en los sepulcros, más también en los templos para obsequio de sus falsas deidades: sobre que alega el fuego eterno que se conservaba entre las vírgenes Vestales; lo que Plutarco, Estrabón y Pausanias dicen de una lámpara continuamente ardiente en el templo de Júpiter Ammón; otra en el templo de Minerva en el puerto de Pireo; otra en Atenas, también en un templo dedicado a Minerva; otra en el templo de Delfos. En fin, pretende que aun para el estudio y otros usos domésticos construyeron lámparas de luz inextinguible algunos grandes hombres como Casiodoro y nuestro famoso abad Tritemio.

§ III

8. Verdaderamente, si las noticias citadas son verdaderas, veis aquí que la industria de los hombres no sólo alcanzó a hacer astros pequeños en la tierra, que en cuanto a lo inextinguible de la luz imiten los del cielo, más aun a repetir y multiplicar el milagro de la zarza de Oreb, que ardía y no se quemaba; siendo preciso que esto mismo se verificase en aquel exquisitísimo licor, que se supone haber ministrado alimento a la llama de las lámparas perpetuas, pues si el licor al paso que ardía se consumiese, vendría en fin a apagarse la llama.

9. Mas sin embargo, de las historias alegadas, muchos hombres erudito[illegible] reputan por fábula y quimera cuanto s[illegible] dice de las lámparas perpetuas. Singu[illegible]larmente escribieron contra Fortunio Li[illegible]ceto, Octavio Ferrai, docto milanés, [illegible] Paulo Aresio, obispo de Tortosa. L[illegible] prueba general contra la posibilidad d[illegible] dichas lámparas se toma de la experi[illegible]mentada naturaleza del fuego, el cua[illegible] consume cualquier materia que le si[illegible]ve de pábulo. Por consiguiente, cual[illegible]quiera licor que se elija para nutrimen[illegible]to de la llama se consumirá, y de est[illegible] modo vendrá a extinguirse la luz.

10. Pero esta razón, si no se pr[illegible]funda y aclara más, parece deja liber[illegible]tad a los contrarios para responder qu[illegible] sólo tenemos experiencia de que

uego consuma los licores, que ordinaiamente se le presentan para su nurimento, de lo cual no puede inferire que no haya algún licor exquisito, ue sea excepción de esta regla, así omo no obstante la casi universal acividad del fuego para disolver y desruir todos los cuerpos, se sabe que el ro es excepción de esta regla. Y aun or eso algunos de los que defienden is lámpara perpetuas se imaginan que l nutrimento de ellas, y especialmene la de Máximo Olibio, haya sido el ro reducido a sustancia líquida por lgún singular arcano de la química, ue hayan alcanzado los antiguos e igoren los modernos.

§ IV

11. Para atajar, pues, esta evasión, s preciso examinar más profundamene el asunto que nos sirve de prueba. ara lo cual debe advertirse que no odo cuerpo que es capaz de padecer n algún modo la actividad del fuego, o es de administrar algún alimento a a llama. Así un cuerpo, cuya sustancia aya logrado perfecta fijación de todas us partes, como el oro podrá calentare, podrá derretirse, pero no podrá inlamarse; esto es, no podrá levantar amás luz o llama, por lo menos en anto que no le agite otro fuego más ctivo que el ordinario. La razón de sto es, porque precisa y únicamente on materia de la llama las partes suiles, volátiles y exhalables de los mixos, a quienes damos el nombre de huno, y los químicos llaman bituminoas, sulfúreas, etc. Así se ve claramente ue la llama no es otra cosa que el umo encendido, y que no por otra osa (como ya en otra parte advertinos) sube arriba la llama en forma iramidal, sino porque sube el humo, ue es materia suya, Vese también que n evaporándose todas las partes voláiles de cualquier mixto, por inflamale que sea, ya es imposible suscitar n él alguna llama; así el carbón leanta llama entretanto que exhala copioso humo, después persevera ardiendo mientras dura la exhalación de otras partes volátiles de la misma naturaleza o menos copiosas o más sutiles; pero en consumiéndose éstas del todo, lo cual sucede cuando no resta más que la ceniza, ya es imposible hallar cebo a la llama.

12. De lo dicho evidentemente se infiere ser imposible licor alguno que preste nutrimento a una lámpara sin consumirse; porque debiendo ser materia de la llama de humo mismo que continuamente se va exhalando, llegará a consumirse enteramente en virtud de la perenne exhalación el alimento de la luz. Por tanto, firmemente creo que el padre Kircher inútilmente anduvo solicitando el aceite extraído químicamente de la piedra amianto para el efecto de hacer lámpara perpetua, pues aun cuando le lograse, o no podría dar alimento a la llama, o, si le diese, necesariamente se habría de consumir.

§ V

13. Este argumento terminaría la cuestión, si los defensores de las lámparas perpetuas no tuviesen otro recurso que aquel licor imaginario; pero entre ellos algunos siguen para defender su opinión un sistema, con el cual enteramente están puestos fuera de la esfera de la actividad de la prueba alegada. Dicen éstos que puede perpetuarse la luz, aunque sucesivamente se vaya exhalando en humo el licor que la alimenta. Para lo cual, suponiendo que la lámpara esté por todas partes cerrada, de modo que no pueda salir de su concavidad el humo, meditan que éste vuelva a condensarse y reducirse a la forma misma de licor que antes tenía. De este modo, con una continua circulación del licor en humo y del humo en licor, conciben que nunca falte pasto a la llama. Y porque en la mecha resta nueva dificultad que vencer, la allanan con que ésta se haga de lino incombustible de asbesto o amianto, del cual dimos noticia (t. 1, disc.,

12, n. 34 y 35). Otros discurren que la mecha sea de oro dividido en sutilísimos hilos. Y de cualquiera modo que se idee la lámpara perpetua, siempre se requiere mecha de materia incombustible o de resistencia invencible a la actividad del fuego.

14. Este sistema, por cualquiera parte que se mire, padece tales dificultades, que le hacen absolutamente improbable. Empezando por lo último en que se supone no haber dificultad alguna, yo lo hallo, no sólo difícil, sino imposible, porque el amianto es incombustible, pero no indisoluble. Quiero decir, que aunque el fuego no pueda reducirle a cenizas, ejerciendo en él aquel acto que con propiedad se llama combustión, pero necesariamente con la continua agitación irá desligando sus partes, de modo que últimamente la mecha se reduzca a polvo. Que esto haya de suceder así, consta de la poco firme textura del amianto, pues con facilidad se desligan y deshebran sus partes; ¿cómo resistirán, pues, el continuo impulso del fuego, no digo por tantos siglos como pretenden los contrarios, mas aun por algunos pocos años? La mecha de amianto, de que usó el padre Kircher por espacio de dos años, y se dice hubiera durado más, si no se hubiera perdido por incuria, nada prueba, pues aun suponiendo que ardiese seis horas cada noche, esta duración sólo equivale a la de medio año continuo; y así es muy conciliable esta experiencia con lo que dice otro autor: que no dura más de un año la mecha de amianto Por lo que mira a la mecha de oro, no sabemos si será a propósito para sustentar la llama; y dado que lo sea, ¿quién, siendo este metal tan licuable, saldrá por fiador de que poco a poco no vaya derritiendo el fuego aquellos sutiles hilos?

15. El regreso inmediato de la materia disipada en humo a su ser primero me parece puramente imaginario. El humo de cualquier licor inflamable, aunque se cuaje en algún cuerpo sobrepuesto, representa una textura y color muy distinto del licor de que se exhaló.

16. Muchos filósofos experimentales asientan que la llama sólo puede durar en aire libre; y así, si la lámpara está del todo cerrada, se apagará luego; y si no lo está, por donde no lo estuviere saldrá el humo y se irá disipando toda la materia.

17. En fin, estando la lámpara del todo cerrada, enrareciéndose con la acción del fuego el ambiente contenido dentro de ella, necesariamente la ha de romper; y aunque esta ruina no se siga muy prontamente, si la lámpara es muy firme y de mucha capacidad, parece que a la continuada fuerza del ambiente contenido irá cediendo poco a poco, hasta que últimamente se rompa.

§ VI

18. Impugnadas así las lámparas perpetuas propiamente tales, resta examinar otros dos arbitrios que se han discurrido para imitarlas. Algunos, creyendo ser imposible mantener siempre la luz sin suministración de nueva materia, pensaron en sugerírsela a beneficio preciso de la naturaleza, colocando la lámpara en alguna parte subterránea, donde haya manantial de petróleo u otro betún líquido, el cual, encaminándose por un estrecho conducto a la cavidad de la lámpara, le suministre siempre nueva materia combustible. De este modo juzgan se pueden hacer lámparas sepulcrales que ardan perpetuamente en muchos lugares donde hay semejantes manantiales de petróleo, como de hecho los hay en varias partes de Italia, de Sicilia y en algunas islas del archipiélago.

19. Todo estaba muy bien, como no quedase en pie la dificultad de la mecha, en que no reparan los autores que dan por exequible este arbitrio Aunque aquélla se haga de la piedra amianto, como quieren, la continua agitación de la llama irá deshilando y deshaciendo, como arriba hemos advertido. Pero aun cuando se conside

e el amianto invencible a toda operación del fuego, resta otro tropiezo totalmente insuperable; y es, que no habiendo algún licor inflamable tan puro, que no contenga algunas partículas heterogéneas, éstas irán entrapando la mecha, de modo que últimamente se cierren los conductos por donde da paso al humo que se exhala y enciende: con que, en fin, necesariamente vendrá a apagarse. El petróleo o cualquier otro aceite mineral (si es que hay otro) fluye por la tierra o por las cisuras de las peñas; de cualquiera modo no puede menos de raer y llevar consigo muchas partículas menudas de tierra o piedra. Por lo cual resolvemos que este modo de hacer lámparas perpetuas, aunque ingeniosamente discurrido, es impracticable.

§ VII

20. Otros, en fin, conociendo la imposibilidad de los medios hasta aquí referidos, recurrieron a los fósforos para salvar en algún modo la verdad de las historias, que testifican la existencia de las lámparas sepulcrales. Llámase *fósforo* (voz griega, que equivale a la latina *lucifer*) cualquiera materia permanentemente luminosa o que luce sin que la encienda algún fuego sensible. Hay fósforos naturales y artificiales. Del primer género son aquellos gusanillos que lucen de noche, las escamas de los peces, las plumas de algunas aves, la madera podrida y otros muchos. Los fósforos artificiales son en dos diferencias; unos que lucen y no arden; otros que arden y lucen. En la primera especie es famosa la piedra de Bolonia, dicha así, porque se halla a una legua de aquella ciudad, a las faldas del monte Paterno, la cual, mediante la calcinación con ciertas circunstancias, se hace luminosa. El modo de hacer esta preparación se halla en el tratado de drogas simples de Nicolás de Lemeri, verb. *Lapis Bononiensis*, en el cuarto tomo de las *Recreaciones matemáticas y físicas*, y en otros autores modernos. El fósforo ardiente se hace de varias partes y excrementos de los animales, pero especialmente de la orina del hombre. Su preparación se puede ver en el libro próximamente citado.

21. Esto supuesto, se puede discurrir que los antiguos supiesen el secreto de la construcción de los fósforos, y usasen para ilustrar los sepulcros de alguna especie de ellos capaz de conservar la luz respecto de muchos siglos, pero tan delicada respecto del ambiente externo, que al primer contacto de éste se apagase, y que esta luz hallada en algunas urnas deslumbró a los obreros que cavaban, de modo que juzgaron y publicaron ser de lámparas que habían estado ardiendo muchos siglos.

22. También se puede imaginar que los fósforos incluídos en los sepulcros fuesen de tal naturaleza, que al contacto del aire externo se encendiesen. El padre Tylkouski, de la Compañía, profesor de Filosofía en Varsovia, en su *Meteorología curiosa*, describe el modo de hacer un fósforo de esta especie. Tómense, dice, mercurio, tártaro, cal y cinabrio, y cuézanse en vinagre hasta que el vinagre se haya exhalado del todo; póngase aquella mezcla en un vaso bien cerrado a fuego vehemente; déjese después enfriar. Si algún tiempo después se abre el vaso, se enciende la materia y levanta llama; pero muy prontamente se disipa. Con esta invención u otra semejante se lograría la misma ilusión, pues siendo prontísimas, así la producción de la llama al contacto del aire externo, como su extinción después de haberse encendido, sería fácil equivocarse los asistentes, juzgando que la llama anteriormente estaba encendida y entonces se apagaba.

23. Sin embargo, creo que ninguno de los dichos artificios lograría el pretendido efecto. La razón es, porque no hay fósforo alguno, el cual conserve siempre la luz. La experiencia ha enseñado que todos se apagan, aunque

a desiguales plazos. Así es quimera pensar que alguno luciese por espacio de catorce o quince siglos. Y aunque algunos dicen que el fósforo puesto en consistencia de cera nunca se apaga, esto no debe significar otra cosa, sino el que conserve la luz por mucho tiempo; pues siendo bastantemente reciente la intervención de semejantes fósforos, nadie hasta ahora pudo tener experiencia de su duración, ni aun por el espacio de medio siglo. Las materias, que con varias disposiciones artificiosas se hacen luminosas o inflamables, no son de tan firme textura como el oro y la plata, ni aun como otros metales. Por tanto, es preciso que con el tiempo se disuelvan o por lo menos admitan nuevas combinaciones en sus insensibles partículas, las cuales no sean aptas para la acción de iluminar.

§ VIII

24. Hasta aquí filosóficamente hemos impugnado la posibilidad de luz elemental inextinguible. Resta ahora decir algo de las historias con que se pretende acreditar su existencia. Por lo que mira al fuego llamado *eterno*, que se cuenta ardía en los templos de algunas deidades del gentilismo, no hay en qué tropezar, porque de antiguos escritores consta que se le daba aquel nombre, no porque no necesitase de nuevo pábulo, sino porque sucesivamente se le suministraba con cuidado, porque nunca faltase la luz en el templo. De la que ardía en el templo de Júpiter Ammón dice Plutarco que sus sacerdotes habían observado que gastaba menos aceite unos años que otros, de donde inferían, que los años eran desiguales en la duración; y aunque la ilación era absurda, pero el hecho sobre que caía la observación muestra que la lámpara consumía el alimento en que se cebaba; por consiguiente era menester socorrerla con nuevo alimento a tiempos. De la del templo de Minerva de Atenas dice Pausanias que duraba un año sin apagarse; lo que persuade, o que la mecha, la cual, según el mismo autor, era de lino asbestino, no podía servir más tiempo (lo que es conforme a lo que arriba discurrimos sobre la imposibilidad de que dicha mezcla dure siempre), o que de una vez la infundían aceite para todo el año, para cuyo efecto podía estar construída la lámpara con el artificio que discurrió Cardano, que hoy está bastantemente en uso, especialmente en las naciones extranjeras, donde se sirven de esta que llaman lámpara de Cardano muchos hombres de letras. Es verdad que Pausanias discurre de otro modo, pero absurdamente y con implicación manifiesta.

§ IX

25. En cuanto a las lámparas sepulcrales de que se habló arriba, podemos decir con seguridad que cuanto se alega es fábula. Empezando por la del sepulcro de Palante, se muestra ser impostura: lo primero, por la gran discordancia de los autores en orden al tiempo en que se señala este hallazgo. Lo segundo, por la enorme grandeza del cadáver y de la herida; pues aunque vulgarmente se cree que los antiguos eran de mucho mayor estatura que nosotros, ya hemos mostrado en su lugar ser éste uno de los errores comunes. Y de paso, por vía de confirmación, añadimos aquí la observación, de que los cadáveres y huesos de santos de la primitiva Iglesia, que en varios santuarios se adoran, no representan mayor estatura que la que tienen los hombres de este siglo. Pues si en mil setecientos años no menguó sensiblemente el tamaño del cuerpo humano, ¿por qué se ha de discurrir que hubo tan enorme diminución en los siglos anteriores? Lo tercero, porque la inscripción latina que se dice haberse hallado en el sepulcro de Palante manifiestamente es supuesta, pues ni en el tiempo en que murió aquel joven ni muchos siglos después se habló de aquel modo en el Latio o país latino. Aun la Ley de las Doce Tablas, que fue

posterior seis u ocho siglos a la guerra de Eneas, está concebida en un idioma tan bárbaro, que sin más subsidio que las instrucciones de la gramática ordinaria no hay quien la entienda. Es sabido que la lengua latina, cual hoy la tenemos de dieciocho a veinte siglos a esta parte no es lengua original, sino derivada de la griega, especialmente del dialecto eolio, con la mezcla de varias voces oscas, etruscas y de otros pueblos antiguos de Italia.

26. Para tener por igualmente fabulosas las lámparas sepulcrales de Máximo Olibio y de Tulíola bastan las razones de imposibilidad alegadas arriba. A que se añade la manifiesta contradicción de dos autores sobre la de Olibio. Juan Bautista Porta dice que se hizo pedazos por inadvertencia de los obreros al abrir el sepulcro. Francisco Maturancio, vecino de Perusa, en una carta a su amigo Alfeno, citada por Fortunio Liceto, asegura que tiene en su poder intactas y enteras la lámpara y las dos fialas de oro y plata, y que no daría este precioso monumento por mil escudos de oro. Donde debo advertir, que esta deposición de Maturancio no debe hacernos fuerza por dos razones: la una, porque sólo nos viene por la mano de Fortunio Liceto, apasionado propugnador de lámparas inextinguibles; la otra, porque posible es que existiesen tales alhajas y se hubiesen hallado en el sepulcro de Máximo Olibio, sin que por eso fuese verdad lo de la luz inextinguible.

27. Cicerón habló mucho de su hija Tulia, después que falleció esta señora. Amábala con extrema ternura y consuelo y aflicción, que su muerte le ocasionó. Su amor, y su dolor llegaron al punto de enloquecer en cierto modo a aquel grande hombre, porque estuvo mucho tiempo en el designio de erigir templo al honor de su hija, y dejarla consagrada en grado de deidad a la superstición de los venideros. Pero nunca hizo memoria de sepulcro erigido a su hija; antes bien, en algunas epístolas a Atico protesta que le desagrada todo lo que huele a sepulcro. De modo, que bien lejos de hallar en las obras de Cicerón vestigio de la llama sepulcral inextinguible (digna por cierto de que hiciese alguna memoria de ella, si la hubiese encendido o quisiese encenderla) al honor de su hija, le vemos desviado de toda construcción de sepulcro, porque su pasión amorosa sólo le inclinaba a ara y templo. Y aunque no se sabe qué paradero tuvo su sacrílego proyecto, es de creer que mitigada con el tiempo la pasión, quedase suspenso entre los dos extremos, por no acreditarla inmortal con el templo, ni confesarla mortal con el sepulcro.

28. En cuanto a las muchas lámparas sepulcrales que se dice haberse hallado en el territorio de Viterbo, persuade que todo es invención el no haberse conservado alguna de ellas. ¿Es posible que todas se rompieron y se derramó el precioso licor que las cebaba? De cualquiera de ellas que se conservase el licor y la mecha, aunque al abrir el sepulcro se apagase, podría encenderse de nuevo y hoy duraría encendida. Y pues no hay tal cosa, no se debe dudar que todo es fábula.

29. De las lámparas de Casiodoro no tenemos más testimonio que el del mismo Casiodoro, y éste sólo da a entender que las que él construyó conservaban la luz mucho tiempo, sin ministrarles nuevo alimento; pero no siempre: *Quae (lucernae) humano ministerio cessante prolixe custodiant uberrimi luminis abundantissiman claritatem* (1). Para esto bastaría que las de Casiodoro fuesen como la lámpara de Cardano. De las que se atribuyen al abad Tritemio podemos decir lo mismo, si es que hay algo de verdad en ello; porque no pienso haya otro fundamento que haber dado algunos químicos alemanes en atribuir a Tritemio el conocimiento de cuantos arcanos inauditos se les pusieron en la cabeza, porque suponiendo, como suponían todos, haber sido un eminente químico

(1) *Inst.*, cap. XXX.

Tritemio, redundaban en honor de su arte las maravillas que referían de aquel excelente profesor.

§ X

30. Varias veces he advertido (y con todo juzgo conveniente repetirlo aquí) que es notable la propensión de los hombres a fingir cosas prodigiosas. Se experimenta un género de delectación tan atractiva en referir todo lo que tiene algo de peregrino y admirable, especialmente si hay la esperanza de hacerlo creer, que frecuentemente ceden a esta tentación algunos sujetos nada inclinados a mentir en asuntos comunes. Y como estas cosas, no sólo con gusto se fingen, más también con igual recreación se oyen y se repiten, hacen un progreso portensoso semejantes fábulas: de modo que lo que pocos años ha se vertió en un corrillo o en una carta, hoy se halla copiado en diez o doce libros. Un ejemplo gracioso de esto referiré aquí, que porque pertenece a la materia de fósforos o cuerpos permanentemente luminosos, de que hemos tratado en este Discurso tiene en él su lugar propio.

31. Juan Fernelio, doctísimo médico francés, en el libro segundo de *Abditis rerum causis*, cap. 17, para persuadir con una demostración sensible que en las cosas más vulgares ostenta la naturaleza propiedades, tan admirables como aquellas que celebramos por extraordinarias y exquisitas, usa de la ficción ingeniosa de representar las propiedades de la llama aplicadas a una piedra preciosa, que supone haber venido aquellos días de la India. Procede aquella obra de Fernelio en forma de diálogo, en que hablan tres personajes Filiastro, Bruto y Eudoxo. Filiastro es quien se hace autor de la especie, diciendo a Bruto: «Que poco ha trajo de la India un hombre una piedra de extraordinarísimas y admirables calidades. Es prodigiosamente luminosa, y en cualquier parte que se coloque de noche da copiosa luz a todo el ambiente vecino. Mal hallada en la tierra, con continuado ímpetu porfía a elevarse sobre ella; no permite que la encierren en parte alguna, antes ama estar siempre en libertad; y se desvanecería de los ojos, si la pusiesen en estrecha custodia. No tiene figura constante y determinada, sino inconstante y que a cada momento se muda. No permite que nadie la manosee y hiere furiosamente a cualquiera que se atreva a tocarla, etc.» Oyendo Bruto la narración dificulta el asenso; pero asegurado por Filiastro que es verdad cuanto le ha dicho, y que se le hará ver con sus propios ojos, confiesa que es la cosa más maravillosa que jamás ha oído. Ves aquí, le replica entonces Filiastro que todas estas portentosas propiedades que te he representado en una exquisita piedra venida de la India, las ves todos los días en la llama que se enciende en cualquier materia combustible, sin que te causen la menor admiración. De aquí se infiere, que se admiran las cosas sólo por el título de peregrinas, y que si se hiciera la reflexión debida, tan admirable se nos representaría la naturaleza en muchas cosas y operaciones vulgares, que todos los días estamos manoseando, como en la atracción del imán, como en el flujo y reflujo del mar. Si el fuego no existiera sino en alguna región remota de la América o de la India oriental, nadie sin grande estupor oiría referir sus propiedades a los que hubiesen estado en aquella región. Pero como el fuego en todas partes se halla, no notan en él propiedad alguna digna de admiración los mismos que admiran por raras y extranjeras cosas mucho menos admirables. Hasta aquí Filiastro.

32. Comunicó Fernelio este discurso o juego de espíritu a Pepino, médico de Ana de Montmoransi, Condestable de Francia, a tiempo que el rey Enrico II, acompañado del Condestable, se hallaba en Boloña y Fernelio asistía al rey en calidad de médico suyo, como Pepino al condestable. Vivía a la sazón en París otro médico, llamado Antonio Mizaldo, bien conocido de los

curiosos de los secretos de naturaleza por el libro que escribió *De Arcanis naturae,* hombre docto, pero muy crédulo y gran compilador de cuanto llegaba a su noticia perteneciente a maravillas y arcanos. Ocurrióle a Pepino divertirse un poco a costa de la credulidad de Mizaldo, con quien tenía correspondencia: para este efecto le escribió una carta, en que le notificaba como hecho verdadero lo mismo que Fernelio había propuesto sólo como ficción ingeniosa. Decía que al rey le habían enviado aquella piedra de la India Oriental, y describía sus propiedades en la forma misma, y aun con las mismas voces que se hallan en el libro citado de Fernelio. El crédulo Mizaldo participó a muchos la carta de Pepino, y en fin llegó su copia al famoso historiador Jacobo Augusto Thuano, el cual creyó la relación no menos que Mizaldo; y sin embargo de que tenía ya entonces impresa su historia, hallando digna la noticia de darse a luz pública, la introdujo en las adiciones que hizo a la primera edición de París. No tardó mucho el Thuano en desengañarse de la fábula y enterarse de la burla que se había hecho a Mizaldo, por lo cual previno que se quitase aquella narración de su historia en todas las ediciones posteriores. Pero ya el remedio llegó tarde, porque como la historia del Thuano fué desde los principios tan bien recibida en toda Europa, los libreros de Francfort hicieron muy presto segunda edición, ingiriendo en el cuerpo de la obra la noticia de la piedra venida de la India, con las demás adiciones. La edición de Francfort se esparció por Alemania y otros reinos y a la sombra de los grandes créditos de sinceridad, discreción y exactitud de su autor se esparció con ella, logrando fe aun entre la gente literata, la resplandeciente piedra de la India. Como ya antes algunos viajeros mentirosos del Oriente habían dado noticia de la luminosa piedra llamada *carbunclo,* una de las más insignes fábulas de la Historia natural, como ya hemos advertido en su lugar, la noticia que se leyó después en el Thuano fué recibida como una confirmación invencible de lo que habían dicho antes los viajeros.

§ XI

33. Este ejemplo debe justamente inducir una prudente desconfianza o suspensión de ascenso a varias noticias de cosas extraordinarias, que se hallan en algunos autores por otra parte muy calificados. ¿Qué historiador ha excedido en estos últimos siglos de créditos del Thuano? ¿Quien más exacto, mas desapasionado, más circunspecto? ¿Quién más proporcionado que él para certificarse de si a Enrico II le había venido aquel exquisitísimo presente de la India? Era personaje de muy alto respeto en toda la Francia por su integridad, por su sabiduría y por los grandes empleos que tuvo. Fué inmediato a los tiempos de Enrico II, o por mejor decir contemporáneo, pues nació seis años antes que muriese aquel Príncipe. Sin embargo de tantas y tan relevantes circunstancias, creyó e hizo creer a toda Europa una solemne fábula, originada de un ridículo principio, en que fué lo peor que otros muchos autores copiaron la misma fábula del Thuano.

34. ¡Oh cuántas veces sucede esto mismo! ¡Y cuántas noticias se hallan muy calificadas en el orbe literario, que no tuvieron mejor origen que la piedra luminosa de Enrico II! Cree un autor muy veraz y clásico lo que fingió un embustero, ignorando muchas veces la oficina del embuste, porque a sus manos llega por las de todo un pueblo o las de toda una provincia, preocupada ya de la fábula. Dala al principio en un libro. Ya tiene la autoridad de un hombre grande a su favor. Trascriben otros lo que hallaron escrito en éste; y al término de cien años o muchos menos, ya se cuentan por docenas los autores que afirman la especie. Esto basta y sobra para que si alguno quisiere impugnarla se le trate de imprudente, temerario, atrevido, etc.

§ XII

35. Aun hay más que decir (y acaso lo mejor) sobre la ingeniosa ficción de Fernelio. No sólo se originó de ella la fábula que hemos referido, más tam bién otra no menos extravagante y en las circunstancias más absurda. Siendo el contexto de Fernelio en el lugar que hemos citado tan claro, ¿quién creerá que de él se haya tomado ocasión para atribuir a este autor la invención de un fósforo artificial excelentísimo? ¿Y quién creerá que una alucinación tan extraña se halle en el gran *Diccionario Histórico* de Moreri. impreso el año de doce? (no sé si se repitió en las ediciones posteriores, porque no las he visto). Nótense estas palabras de dicho diccionario en el cuarto tomo, verb. *Phospore: El inventor del más admirable de todos los fósforos es Juan Fernelio, médico del rey Enrique segundo. El hizo ver a su majestad y a toda la corte, estando en Boloña, una piedra artificial, que arrojaba una grande luz en medio de las tinieblas. Fingió Fernelio que dicha piedra había venido de las Indias para hacerla más estimable; porque, como dice él mismo, lo raro hace las cosas más preciosas: Fernelio murió en este viaje de Calés, y no tuvo tiempo para dar al público la composición de esta piedra.* Advierto, que al fin del artículo se cita a Fernelio *De Abditis rerum causis.* Y siendo cierto que en todo aquel tratado, el cual consta de dos libros, no hay especie alguna de fósforo o piedra luminosa, ni cosa que tenga la menor alusión, sino la que citamos arriba, se conoce la crasa equivocación de los que introdujeron aquella noticia en el diccionario, pues Fernelio, en el lugar alegado, inmediatamente a lo que dice de la piedra traída de la India, clarísimamente confiesa que aquella es una pura ficción o un enigma, en que debajo del nombre en una piedra explica las propiedades de la llama.

§ XIII

36. Me he dilatado en este asunto, porque conduce mucho, no sólo al intento particular del presente Discurso, más también al general del *Teatro Crítico.* No se introdujeran o no tomaran vuelo en el mundo tantas fábulas, si los más de los hombres no tuviesen una casi ciega fe con lo que leen en los autores. No se examinan las fuentes de donde se derivan a ellos las noticias. No se usa de crítica para discernir lo posible de lo imposible, lo verisímil de lo inverisímil y muy pocos tienen los principios necesarios para este discernimiento. No se advierte que los más clásicos autores usaron de ajenos informes, sin exceptuar de esta regla aun los coetáneos a los sucesos, pues siempre sería muy poco lo que podrían ver con sus propios ojos; y aunque ellos fuesen muy sinceros, es muy posible que no lo fuesen todos los que sirvieron de conductos a sus noticias. Ni hay que oponer a esto, que siendo prudentes sabrían distinguir y dar la debida estimación a los informes, pues no hay prudencia humana que alcance a sondear las razones de todos aquellos con quienes se trata. Fuera de que muchos tienen por prudencia asentir a todas aquellas noticias que se hallan extendidas en un pueblo o en una provincia, sin hacerse cargo de la facilidad con que la ficción de un embustero discurre como contagio toda una región. No por eso pretendo una general desconfianza, una total suspensión de asenso a cuanto se halla escrito, sin una sabia precuación para examinar las circunstancias que pueden servir de pruebas o indicios de la creibilidad o increibilidad de las narraciones.

37. Hagamos palpable la distinción que hay entre leer con crítica o sin ella en el asunto del discurso presente. Un entendimiento humilde y vulgar, llegando a saber que son muchos los autores (como de hecho llegarán hoy a centenares) donde se halla escrita la noticia de las lámparas inextinguibles en los sepulcros de Palante, de Máxim

Olibio y de Tulia, aquí para, porque o le faltan los principios necesarios para examinar la verisimilitud del hecho. o aunque los tenga no sabe usar de ellos. La multitud de autores tomada a bulto es para él regla infalible, y tratará de imprudente y temerario a cualquiera que dude o contradiga aquellas noticias. Pero un hombre discreto y dotado de la instrucción y talentos necesarios notará lo primero, las dificultades insuperables que la física, así teórica como experimental, representa en la existencia y aun en la posibilidad de dichas lámparas. Notará, lo segundo, que en los antiguos escritores no se halla sombra ni vestigio de estas luces sepulcrales inextinguibles. Notará, lo tercero las contradicciones de los autores que las afirman en cuanto al tiempo y otras circunstancias. Notará lo cuarto, que ninguno de los autores que las afirman y defienden dice haberse hallado presente al descubrimiento de alguno de aquellos sepulcros. De todas estas observaciones prudentemente concluirá que la especie de las lámparas inextinguibles es uno de los muchos monstruos que engendra el embuste y alimenta la credulidad.

EL MEDICO DE SI MISMO

Discurso cuarto

§ I

1. Está recibido como axioma que los médicos no aciertan a curarse a sí mismos, y por tanto, en el caso de estar enfermos, deben llamar y rendir su dictamen a otro o a otros médicos.

2. Tocaron este punto Paulo Zachias en sus *Cuestiones Médico-Legales*, y Gaspar de los Reyes en su *Campo Elisio*; pero tan de paso, especialmente el primero, que aun se puede considerar la cuestión como indecisa. Pregunta Paulo Zachias si pecará el médico curándose a sí propio o a los suyos, padres, hijos o hermanos. A que dice lo primero, que la opinión del vulgo (por lo cual cita también a Rodrigo de Castro, médico lusitano) niega que esto le sea lícito. Dice lo segundo (declarando su mente) que más debe ser notado de imprudencia que de pecado alguno el médico que, especialmente en las enfermedades más graves, se cura a sí propio. Esta resolución es por dos capítulos oscura: el primero, porque no declara si en el caso propuesto absuelve al médico de todo pecado, dejándole sólo la nota de imprudente, lo que sólo tiene cabimiento si la imprudencia es invencible; porque la imprudencia vencible y voluntaria no puede eximirse de pecado más o menos grave, a proporción de la materia y daño que resulta. El segundo, porque aquella expresión, *especialmente en las enfermedades más graves*, deja ambiguo si en las manos graves carecerá de toda imprudencia el curarse a sí mismo, o si sólo será menor la imprudencia, por ser menor el riesgo. Noto también que este autor no responde al todo de la cuestión propuesta: pues pregunta no sólo si el médico puede curarse a sí mismo mas también si puede curar a sus padres, hijos y hermanos, y respecto de éstos nada resuelve. Noto, en fin, que no apoya con fundamento alguno su resolución.

3. Reyes, aunque algo conciso respecto de la importancia de la materia, procede con más claridad y exactitud Su sentir es que en las enfermedades leves y que no son acompañadas de fiebre, puede muy bien el médico curarse a sí mismo, pero no en las graves o cuando hay fiebre. La razón que da es, que así la fiebre como los grandes dolores, intemperies y síntomas perturban algo la razón, por lo cual impiden al médico enfermo discernir lo que le conviene o daña.

§ II

4. Esta resolución, si se limitase más, no se apartaría de la razón; pero en la generalidad en que la deja el autor no debe aprobarse. La razón es clara, porque la experiencia muestra cada día que no todo dolor agudo, no todo síntoma grave, y mucho menos toda fiebre, perturban la razón. Muchos en enfermedades gravísimas la conservan cabal, y en las fiebres ordinarias casi todos. Lo que, pues, únicamente debería decirse es que se observe si el ardor de la fiebre o la fuerza de los síntomas han alterado el uso del juicio, y en ese caso no permitan que el enfermo se rija por su dictamen.

Esta observación es fácil. Pero soy de sentir que no se fíe al médico asistente, sí que la tomen a su cuenta los amigos y domésticos del enfermo, que sean dotados de alguna prudencia.

5. Esto por tres razones. La primera, porque los que han tenido más trato con el enfermo cuando sano son los más capaces de discernir si el modo de razonar y discurrir que tiene en el estado de enfermo se aparta y cuándo del estado natural y modo de discurrir que gozaba en tiempo de salud. La segunda, porque éstos le tratan a todas horas, y el médico sólo en el breve rato de una casi momentánea visita. La tercera, porque algunos médicos, o por una astuta política o porque así se lo hace juzgar el amor propio, siempre que el enfermo con tesón resiste sujetarse a su dictamen le levantan que delira y de así a poco que rabia. Referiré a este propósito un chiste bastantemente reciente.

6. Entró el médico a visitar a una religiosa, levemente indispuesta, en ocasión que ésta acababa de tomar chocolate. Tentó el pulso, examinó la lengua, y viéndola con el tinte recién dado, exclamó asustado: *Lengua negra, señal de muerte.* Quiso luego tentarla con el dedo en la forma ordinaria Mas la enferma, que había tomado el chocolate contra la expresa prohibición del médico, y no quería que se lo conociese (como era forzoso conocerlo al tacto) acudió pronta, retirando la cara como con asco y diciendo: *Quite allá, señor doctor, que anda entrando el dedo por esos hospitales en las bocas de bubosos y podridos, y me apestará si me toca la lengua con él.* No bien lo oyó el doctor, cuando volviéndose a otras religiosas que asistían, prorrumpió: *Delirio declarado, no tiene remedio*; y con esto se fué, dejando tristísimas a las asistentes y dando carcajadas la que estaba en la cama. Esta reía el disparate del médico y la burla que le había hecho; aquéllas lloraban el delirio imaginado y riesgo de su hermana.

§ III

7. Volviendo al propósito digo que, exceptuando el caso de observarse algo perturbado el juicio, puede y debe el médico enfermo dirigir la curación mucho mejor que otro de igual ciencia y experiencia. La razón es clara, porque él conoce mejor su temperamento que nadie. La sensación propia de la enfermedad y de sus síntomas le da idea más clara de ella y de ellos, que la que pueden adquirir los médicos más sabios del mundo con todas sus especulaciones; y si, como dicen los médicos, lo mismo es conocer la enfermedad que descubrir el remedio (*cognitio morbi inventio est remedii*), él, pues, conoce mejor que todos su enfermedad, mejor que todos acertará con la curación. La medicina es toda experimental. ¿Qué experiencia más segura que aquella que cada uno tiene de sí propio? Si ha padecido otras dolencias de la misma especie, aquéllas le pueden servir de norma. En caso que no, suplen las observaciones generales de lo que dice bien o mal a su complexión. Uno de los principios de la incertidumbre de la medicina es la diferencia individual, frecuentemente lo que a uno aprovecha y a otro daña. De este individuo, del mismo médico que hablamos, de sí propio, ¿quién tiene más conocimiento experimental que el mismo individuo? Cuando llega el caso de dudarse si hay o no fuerzas bastantes para algún remedio, ¿quién puede decidir la cuestión con tanta seguridad como el mismo médico que está enfermo? Allá dentro tiene cada uno una sensación oculta, una percepción evidente de su robustez o su debilidad, muy superior a todas las conjeturas que pueden formar los médicos más doctos y prudentes por las señales externas. En cuanto al régimen, es cosa notoria que sólo él puede prescribírselo a sí mismo con acierto. ¿Quién como él (mejor diré quién sino él) puede saber si tal alimento le asienta bien o mal en el estómago si es proporcionado o no a su complexión, si le disuelve fácilmente o con

dificultad? No hay alimento tan bueno que sea bueno para todos, ni le hay tan malo que no sea bueno para algunos. ¿Quién sino la experiencia propia de cada individuo puede mostrarle cuál le es conveniente o desconveniente? Estoy persuadido a que no hay dos hombres en el mundo que deban alimentarse con perfecta igualdad y semejanza, porque no hay dos complexiones en el mundo que sean perfectamente semejantes, o es caso metafísico el que las haya. La complexión consta de muchas partes, en cuya mixtura son infinitas las combinaciones posibles. Por esta razón es caso metafísico hallar dos caras perfectamente semejantes, y la misma milita, y aun con más eficacia, en las complexiones.

§ IV

8. Veamos ya qué razones alegan los que, puestos de parte de la máxima vulgar, quieren que siempre se fíe a otro médico la curación. Una de ellas es la que ya hemos propuesto de Gaspar de los Reyes; pero esta sólo prueba, como hemos mostrado. Otras dos propone el mismo Reyes sin darles respuesta ni determinar sobre su asunto cosa alguna.

9. La primera es que el amor propio es causa de que al médico enfermo se le representen sus males menos graves y peligrosos de lo que son, y juntamente de que resista los remedios, especialmente los que son más ásperos y desabridos; cuya dificultad sólo puede vencerse dando la obediencia a otro médico, que prescriba y haga ejecutar lo que juzgue conveniente.

10. Respondo lo primero, que el amor propio en la contemplación de bienes y males, tanto y aun más influye temor que esperanza. En esto hace mucho la diversidad de genios. Los muy alegres esperan que todo suceda bien. Los muy melancólicos siempre temen que las cosas vayan de mal en peor. Los de temperamento medio escuchan el dictamen de la razón. Respondo lo segundo, que siendo cierto, como ya hemos probado, que el médico enfermo conoce mucho mejor la gravedad de su mal que otro cualquiera que le asista, de nada servirá que otro médico sea de contrario dictamen al suyo y le represente ser el mal más grave de lo que él piensa, pues siempre creerá más al juicio propio que al ajeno, especialmente sabiendo que aquél se funda en parte en la percepción natural y sensible que tiene allá dentro, y éste en meras conjeturas. Respondo lo tercero, que el médico enfermo mucho menos repugnará los remedios molestos, si su propio dictamen se los representa convenientes, que si solamente otro médico se los propone tales. Esto es tan claro, que no admite duda. Y lo mismo que de los medicamentos se debe discurrir de los alimentos, para abrazar los provechosos y huir de los nocivos.

11. La segunda razón (como la propone Reyes) es, porque como algunos males al principio parecen leves y con el tiempo se van agravando, puede suceder que el médico paciente, o por temor o por incuria, no tome providencia para curarse, y así se aumente el peligro. Extraño argumento por cierto y que tiene más defectos que palabras. Vengo bien en que hay males hipócritas, que debajo de una benigna apariencia esconden profunda malicia. Pero si ésta se oculta al mismo médico paciente, ¿por dónde se ha de revelar a otro médico? Las señas externas unas mismas son respecto de entrambos, y el primero tiene la considerable ventaja de su percepción sensitiva, la cual no pocas veces manifiesta al enfermo más rudo la gravedad oculta de su dolencia, que no entiende el médico más sabio. Decir que el paciente por incuria omitirá su curación, ¿qué significa? Que porque él cuidará poco de sí mismo, llame a otro médico que cuide. Aquí hay una extravagancia y una implicación. La extravagancia es que el médico enfermo cuide menos de sí mismo que ha de cuidar otro médico. La implicación está en que si por incu-

ria deja de curarse, también por incuria dejará de llamar a otro médico. Con que pretender que cuando el paciente peca de incuria llame a otro que le cure, es pretender una contradicción, esto es, que cuide y no cuide *simul et semel*. En fin, decir que por temor omitirá la providencia debida es otro absurdo grande; porque antes bien el temor es espuela del cuidado y excitativo de la providencia. Fuera de que si el médico por tímido no toma providencia para curarse, no llamará a otro médico, pues ésta es providencia para curarse.

12. También se alega por la opinión vulgar una autoridad de Aristóteles, la que no me embaraza poco o mucho, no dando Aristóteles razón alguna, y teniéndolas yo muy buenas por mi sentir. Fuera de que Aristóteles tocó muy de paso y por incidencia este punto (*Politit.* cap. 12), si lo hubiera mirado con la reflexión que yo, tengo por sin duda que sintiera lo misma que yo. Y esto puede servir de respuesta a otras cualquiera autoridades de hombres grandes que se me aleguen en las materias que no tratan de mi intento.

§ V

13. Mi pretensión en el presente discurso hasta ahora se puso en unos términos en que espero hallar muchos que la favorezcan. De aquí adelante toca en un extremo tan distante de la común opinión y práctica, que es de temer que escandalice, en vez de persuadir. Mas, en fin, puede mucho la fuerza de la razón. Pretendo, pues, que no sólo el médico puede serlo respecto de sí propio cuando está enfermo, mas cualquier enfermo puede y debe serlo en parte respecto de sí propio.

14. El doctor Gazola, veronés, médico cesáreo, en su excelente librito intitulado: *El mundo engañado de los falsos médicos*, poco ha traducido del toscano en español, bien que sólo propone, página 62, que teniendo el enfermo un ligerísimo conocimiento de la medicina puede curarse a sí mismo mejor que le curaría otro mucho más instruído en el arte; pero las razones con que prueba esta propuesta hacen derechamente al intento de la mía. Oigamos a este autor, que aunque el pasaje es algo dilatado, se compensa ventajosamente lo prolijo con lo útil.

15. «Supongamos —dice— que un enfermo sepa tanto de medicina cuanto baste para discernir los buenos de los malos médicos; no hay duda que éste no se engañará tan de ligero en la elección; y aunque no llegue a conocer el mejor de todos, a lo menos se guardará de los malos, y antes que valerse de éstos, si los hallase de un calibre, se medicinaría por sí mismo. Para cooperar a la naturaleza propia una pequeña vislumbre que tengamos de esta ciencia es suficiente, porque es una indubitable verdad (conforme al dictamen del señor de la Chambre, lib 1, *Caract. de las pasiones*) que en nosotros hay un secreto conocimiento de las cosas que conducen a nuestra conservación; de manera que con muy corta noticia que tengamos de la medicina podemos con facilidad ser médicos de nuestras enfermedades.

16. «La arte de medicinar es una purísima conjetura, y nadie mejor que nosotros mismos puede adivinar qué tales sean los desconciertos que pasan en nuestros interiores, pues ningún otro puede interpretar los destinos de la naturaleza propia, como los mismos enfermos con quienes en tan varias sensaciones muy frecuentemente se explica. Así las enfermedades se explican más sensiblemente con los enfermos, y es más probable que éstos adviertan las principales circunstancias de su mala condición, mejor que lo puede hacer ningún médico por la simple relación del enfermo. Por esta causa debió de decir Platón que para llegar uno a ser famoso médico era necesario experimentar en sí todas las enfermedades, juzgando que con dificultad podría saberlas con estudiarlas simplemente en sus libros; y quien no co

noce bien el mal, y su causa jamás sabrá remediarle: *Non intellecti nulla est curatio morbi.* ¡Cuántas enfermedades han venido a ser por esto el oprobio de los médicos, porque todavía ignoran su esencia y su causa!

17. »Por el contrario, ¿queréis saber cuán fácil sea medicinarse por sí mismos? Observad todos los animales curarse con el puro instinto de la naturaleza; porque como quiere Catón: *Sua cuique natura est ad vivendum dux*; ella es la primera que facilita el camino y los medios de su conservación. Ni me puedo persuadir que les falte a los hombres este beneficio, mayormente viendo a menudo muchos enfermos que abandonados de los médicos y administrándoles aquello que apetecen, se les quitaron aquellas dolencias de que estaban oprimidos. Ellos se sienten estimular con ciertos deseos, que, así que los cumplen, se recobran, reconociendo en ello su convalecencia.

18. »¿Y es otra cosa todo esto que un puro instinto, o por mejor decir, inspiración de la naturaleza, que hace desear aquello que les puede ser de alivio? Verdaderamente, si los tales enfermos quisiesen en esto tomar antes el parecer del médico, jamás se cumpliría lo que interiormente sugiere la naturaleza próvida, porque lo juzgarían manifiesto desorden el condescender en semejante apetito, por no poder entender ni concebir con los axiomas de su doctrina escolar, que con medios tan extravagantes fuesen libres de semejante enfermedad. ¡Y cuántos sucesos de éstos se leen en sus mismos libros, y cuántos oímos cada día que ellos propios refieren en sus familiares conversaciones haber curado ya a uno, ya a otro de gravísimas enfermedades, con sólo haber cumplido el enfermo su apetito! Por lo cual, filosofando modernamente el padre Malebranche, vino a decir: *Itaque dubium non est quin sensus nostri sint interrogandi etiam in morbo, ut ab iis discamus rationem restituendae sanitatis.* (*De Inquirenda veritate*).

19. »Sin embargo, podrán aquí replicar algunos en defensa del arte médico, no negando que haya un gran número de casos semejantes, que no se sabe por el contrario cuántos hayan muerto por no haber obedecido al médico y querido satisfacer sus viciados apetitos. Esto no puede ciertamente negarse, pero también es mucho más probable que la naturaleza haga apetecer a los enfermos cosas por lo común antes convenientes que dañosas, solicitando ella, y estando como empeñada siempre en la conservación del propio individuo: *Natura omnia pro hominis salute agit.* (*De Inquir. Verit.*). A más de esto, cuántas veces creéis vosotros que los médicos prohiben aquello puntualmente que debieran ordenar, y cuántas ordenan aquello que nunca mejor que entonces debieran prohibir. De aquí nace que los enfermos por lo común tienen aversión a ciertos remedios, como cosas perjudiciales a la salud, sintiendo interiormente la repugnancia de la naturaleza y los presagios de su calamidad. ¡Cuántos con esto habrán muerto, por haberles obligado el médico a recibir la sangría, a tragar la purga u otro brebaje contra la voluntad de los miserables! Cada cual siente estos secretos impulsos, y parece que su alma tiene un género de presciencia de los sucesos futuros, y de ordinario hace ella que se sospeche anticipado el riesgo.

20. »Hay a más de esto muchas cosas que, aunque sean bonísimas, pero encuentran con temperamentos a los cuales son dañosas, y, por lo contrario otras, que por lo común son dañosas y, sin embargo, a ciertas complexiones les son antídotos en sus males. Por lo que no debemos maravillarnos que de tantas cosas que a nuestro parecer habían de dar salud a los enfermos, les sean algunas las más perniciosas, y que de otras muchas, cuyo uso juzgábamos perjudicial, reciban manifiesto beneficio: *Ultimae rerum differentiae nobis ignotae sunt;* ni toda la especulativa del arte médico puede llegar a comprehenderlo, y es más fácil que el enfermo tenga alguna vislumbre con la

propia experiencia y movimientos interiores, que el médico con toda su conjetura; y siendo cierto que lo que agrada nutre, tanto mejor podrá curar y servir de remedio, pues no puede haber mejor medicina que la que al mismo tiempo puede servir de alimento; porque nutriendo las partes vivfica la naturaleza y le da más fuerzas para superar la enfermedad. Ello es cosa que no debe dudarse; que hay en nosotros una cierta individual filosofía, con la cual, si quisiésemos hacer discreta reflexión, cada uno vendría a ser protofísico de sí mismo; que por esto Tiberio se maravillaba cómo hubiese hombre sabio que se dejase tomar el pulso de ningún médico, y no hubiese aprendido a medicinarse por sí en el curso de su edad.»

21. Tres principios se señalan en el propuesto pasaje de Gazola, por donde el enfermo puede mejor que el médico conocer su mal y prevenir su curación. El primero es la experiencia de su complexión: el segundo la sensación de la enfermedad: el tercero el apetito o repugnancia a lo que puede dañar o aprovechar. Por estos tres principios pretende el doctor veronés que con poquísimo conocimiento que tenga el enfermo de la arte médica se curará mucho mejor a sí mismo, que le puede curar uno de los médicos vulgares: y yo, sin disentir a este aserto, añado que de los mismos se infiere que, aunque el enfermo carezca enteramente de las noticias del arte, se le puede y debe fiar en parte su curación. No pretendo que el enfermo no consulte al médico, pero quiero que el médico consulte también al enfermo, por cuanto éste tiene unos principios prácticos conducentes al conocimiento y curación del mal, de los cuales carece el médico, y a quienes debe atemperar los axiomas o aforismos que ha estudiado. *Nuestros sentidos solos* —dice el padre Malebranche— *son más úiles para la conservación de nuestra salud que todas las leyes de la medicina experimás segura que la teórica. Pero la medicina teórica, que atiende mucho a la experiencia y mucho más al informe de nuestros sentidos, es la mejor de todas* (*De Inquir. verit.*, in conclus. trium. prim. Libr.).

22. En este punto quiero que se pongan las cosas. Los médicos que consultando a secas sus aforismos, desestiman enteramente el dictamen de los enfermos, ya en la graduación de la dolencia, ya en el uso de los remedios, ya en la elección de manjares, aunque por otra parte parezcan muy doctos y echen de carretilla cuatrocientos textos de los autores más escogidos, son unos bárbaros, y en vez de aprovechar dañan.

§ VI

23. Empezando por la graduación de la dolencia no es dudable que en Hipócrates y otros autores se hallan muy buenas reglas para discernir si el mal es grave o leve, si carece o no de riesgo, si es mortal o venial. Pero ¡cuántas veces las señas externas que se mandan observar son equívocas, de modo que no se conocen a punto fijo su carácter! ¡Cuántas veces están complicadas y opuestas, de modo que unas inspiran confianza otras miedo! ¡Cuántas veces la enfermedad es tan profundamente hipócrita, que no revela en alguna seña externa su malicia! En estos casos es no sólo importante, sino necesario atender al dictamen del enfermo sobre la gravedad de su mal, porque él suele tener allá dentro una sensación oculta y casi inexplicable, que le representa al vivo el estado de gravedad de su dolencia. El percibe un género de desabrimiento, molestia o pesadilla para quien no tiene voces, y que no ha percibido en otras indisposiciones, que parecían de igual o mayor gravedad. El siente confusamente la decadencia y postración de alguna facultad interna, a quien acaso hasta ahora los físicos no dieron nombre determinado. De hecho se ve (como yo lo he visto y observado infinitas veces) que discrepando notablemente el médico y el enfermo sobre la graduación

de la enfermedad, lo común y comunísimo es que el éxito compruebe el dictamen del enfermo.

24. Mas esto se debe entender con dos limitaciones. La primera es que el enfermo no sea de genio muy pusilánime y aprehensivo, porque éstos en cualquier ligera indisposición imaginan una enfermedad mortal, por lo que convendrá que el médico se informe de los domésticos si su genio adolece de este defecto o si en otras indisposiciones leves es combatido de los mismos temores. Por el contrario, también puede ser el genio tan audaz, confiado y arrogante, que no deje escuchar o que sofoque las voces con que se explica la naturaleza, lo que asimismo podrá el médico saber por el informe de los domésticos. La segunda limitación es que si las señas de gravedad y peligro que ha calificado una constante experiencia son claras y conspiran uniformes, el médico puede y debe despreciar el dictamen del enfermo, por más que éste asegure que su indisposición no es de cuidado; en cuyo caso se puede sospechar un delirio diminuto, que perturba el juicio en orden a la enfermedad o cierto vicio del celebro, por el cual no ejerce la debida sensación. No es tan ideal mi conjetura que no me la haya comprobado con algunas observaciones la experiencia. Comúnmente, cuando en la concurrencia de señas claras de gravedad el enfermo obstinadamente porfía que su mal es levísimo, o el delirio, creciendo después, se hace manifiesto, o el vicio del cerebro se declara en algún afecto capital.

§ VII

25. En cuanto a los medicamentos se debe también atender a la mayor o menor repugnancia del enfermo. Dije *a la mayor o menor repugnancia*, porque el que haya alguna, especialmente respecto de los mayores, viene a ser como trascendente, en atención a que son molestos y desabridos. Pero una cosa es aceptar el medicamento con alguna repugnancia por el miedo de la molestia, y otra resistirle por un especial horror que allá dentro inspira la naturaleza, como que está señalando con el dedo a su enemigo. Así sucede no pocas veces, como otras al contrario, con una secreta y fuerte propensión a tal o tal cosa, está dictando la naturaleza el remedio que le conviene. ¡Cuántos —como advierte el doctor Gazola— abandonados ya de los médicos que los habían desahuciado convalecieron, rigiéndose únicamente por su antojo!

26. Fuera de esto, en dos casos debe ser preferido el dictamen del enfermo a las comunes reglas del arte, en orden al uso de los remedios. El primero, cuando el enfermo tiene experiencias bastantes de que el remedio le es nocivo u otro distinto provechoso. No por ser una misma en especie la enfermedad aprovechará en distintos individuos un mismo remedio, así como no por ser los hombres todos de una especie los nutre bien a todos un mismo manjar. Lo qué tiene de particular cada individuo sólo lo puede enseñar su particular experiencia. Estando enfermo no ha muchos años en Salamanca el doctor don Pablo Carvajo, catedrático de Medicina en aquella Universidad, todos los médicos de ella conspiraron en ordenarle la quina. Resistióla mucho el enfermo, con repetidas protestas de que conocía le había de ser fatal el uso de aquel medicamento. Al fin venció, como suele suceder, la multitud, en que también tuvo su parte la falsa persuasión de que el médico no puede curarse a sí mismo. Tomó el enfermo la quina, y fué como si tomara cicuta, porque se conoció al momento el daño y tardó poco en llegar la muerte. Refirióseme el suceso en la forma que le escribo.

27. El segundo caso en que debe ser preferido el voto del enfermo es cuando alega falta de fuerzas para resistir el remedio. Cada individuo conoce su robustez o la falta de ella por una experiencia sensible y manifiesta,

harto mejor que todos los médicos del mundo por el pulso, el cual es un indicante falacísimo, pues por mil causas diferentes puede suceder que estando postrada alguna de las facultades en que estriba la vida, circule la sangre con la actividad que es necesaria para dar movimiento vigoroso a la arteria. El caso lamentable de aquel incomparable varón Pedro Gasendo puede escarmentar a médicos y enfermos sobre este asunto. Nueve sangrías le habían hecho dar los médicos en su última enfermedad, y no contentos con ellas, aún querían que se sangrase más. Representóles Gasendo la suma postración de sus fuerzas, y ya inclinaba a los más de los médicos a la revocación de su sanguinario decreto, cuando uno entre ellos, el más arrogante y feroz, disputando obstinadamente en contrario, volvió a afirmar a sus compañeros (acaso contra el propio dictamen) en la sentencia cruel. Digo *acaso contra el propio dictamen*, porque, ¿cuántas veces sucede que por no tener valor un médico modesto para sufrir o resistir la insolencia y dicacidad de otro que es vocinglero y osado, le deja salir con lo que quiere, y el pobre enfermo lo paga? Fuéle fatal a Gasendo en esta ocasión aquella dulcísima docilidad de genio que siempre tuvo. Consintió en admitir más sangrías, con que a paso acelerado fué perdiendo el residuo de sus fuerzas, de modo que al acabar de recibir la última le faltó casi enteramente la voz, cuyo uso había gozado hasta entonces, y tardó poco en rendir el espíritu a su Criador.

§ VIII

28. En orden a los alimentos, no sólo tiene el enfermo el primer voto, mas aun casi debe ser el único árbitro. Cuál es el alimento más conforme a la complexión de este individuo sólo él puede saberlo. Discrepamos (como ya se insisuó arriba) unos hombres de otros, tanto en las complexiones como en las caras. Siempre me he reído en la observación de algunos que atienden al régimen o género de manjar y bebida que usaron tal o tal hombre de los que llegaron a edad muy crecida, y toman para sí aquel mismo régimen, juzgando de este modo vivir tanto y con tanta salud como aquéllos. ¡Observación ridícula! Lo que para aquéllos fué bueno, para ellos será malo, y acaso vivirán menos rigiéndose por esa imitación, que si se fiasen enteramente a su apetito natural. Fuera de que hay hombres de tal complexión, que de cualquier modo que se alimenten gozan salud y viven mucho; y otros que de cualquier modo que se traten viven con trabajo y mueren presto. El hábito tiene también una grandísima parte en lo provechoso del alimento; y de aquí viene que alimentándose con suma diferencia los individuos de diferentes naciones, no se observa desigualdad sensible, ni en la prolongación de su vida, ni en su salud o robustez. Los franceses son comedores de carnes; los italianos, de ensaladas. ¿Qué alimentos más desemejantes que carnes y yerbas? Sin embargo, no se nota que vivan más o menos sanos unos que otros. De cualquiera de los dos principios, hábito o complexión, que provenga ser el alimento saludable, cada individuo sabe cuál le es conveniente.

29. Verdad es que el genio de la enfermedad suele alterar esta proporción, y hace que ahora sea nocivo lo que en el estado de salud era provechoso. Mas no deja de explicar entonces la naturaleza esa mudanza con la variación del apetito. Así se ve que aun los hombres vinosos, en el estado de febricitantes, aborrecen el vino. Con aquella repugnancia del apetito explica la naturaleza que no le conviene entonces.

§ IX

30. Pero, ¿podrá el médico tomar por regla general para la forma del régimen el apetito del enfermo? Esta pregunta representa toda la dificultad

que ocurre en la presente materia; porque si se responde a ella asertivamente, se opone que muchas veces los enfermos apetecen cosas que les son nocivas. Si se responde que no, se debe señalar alguna regla para discernir cuándo se ha de fiar el médico y cuándo no al apetito del enfermo, y en defecto de ella cuanto hemos dicho es inútil.

31. El doctor Gazola, citado arriba, dice que por lo común el apetito explica la indigencia de la naturaleza, aunque en tal cual caso engañe. De aquí parece pretende inferir que el médico absolutamente se gobierne por él, porque el juicio prudencial se forma por lo que regularmente acontece, y aunque no siempre acertará, pero acertará muchas más veces prescribiendo comida y bebida según el apetito del enfermo, que según las reglas ideales del arte.

32. Yo quisiera decir alguna cosa más precisa, por no dejar la materia en esta vaga incertidumbre. Y lo primero que me ocurre es, que se atienda si el apetito del enfermo nace de algún hábito inveterado y depravado. El ejemplo que luego se presenta es de algunos hombres extremadamente dados al vino, que aun en el estado de fiebre le piden y apetecen. ¿Y qué se ha de hacer con éstos? ¿Negarles el vino absolutamente? No soy de ese sentir, sino que se les conceda con mucha moderación. La experiencia ha mostrado muchas veces que aun a éstos les es conveniente. Tengo presentes varios ejemplares de hombres muy vinosos, los cuales, negándoles el médico totalmente el uso del vino en la enfermedad y yendo siempre de mal en peor, hasta verse deplorados, con algunos tragos de vino que les ministró, o importunado de sus ruegos o por considerar que ya nada se aventuraba, juzgando la muerte de todos modos cierta, algún asistente, felizmente se recobraron y vivieron después muchos años.

33. Haciendo reflexión y filosofando sobre la causa de este fenómeno, me parece la más verisímil el que los hombres muy vinosos, si se les niega el vino enteramente, caen en un notable langor y postración de ánimo y de fuerzas, por lo cual la enfermedad, aunque en sí no sea muy grave, los rinde y oprime como si lo fuese. Esto se ve aun en los sanos. Si a un hombre dado bastantemente al vino se le quitáis por uno o dos días, le veréis luego desalentado, triste, sin vigor o actividad para ejercicio alguno mental ni corporal. ¿Cuánto más sucederá esto en aquel que sin el subsidio de aquel licor que le anima, tiene sobre sí el peso de la enfermedad que le abruma?

34. Muchas veces he pensado que algunos hombres mueren de pequeñas enfermedades, y no quiero decir solamente que en los principios lo sean, sino que aun son pequeñas en aquel estado de aumento en que matan. Probaré y explicaré esta paradoja con un ejemplo sensible. ¿Será menester para derribar un hombre al suelo, que el que le haya de derribar tenga la fuerza de Hércules? Claro es que no. Tan débil puede ser, que otro hombre de poquísima fuerza, como sea algo superior a la suya, le derribe. En esta situación me figuro yo, respecto de muchos enfermos, las fuerzas de la naturaleza y de la enfermedad; ésta no muy valiente, pero aquélla muy lánguida; en cuya concurrencia es tan seguro que aquélla derribará a ésta, desbaratando su natural armonía, como es cierto que un hombre de pocas fuerzas vencerá a otro que tenga menos.

35. En aquel estado, pues, de langor que tiene un hombre vinoso cuando le privan enteramente del vino, es muy posible que poca enfermedad le postre mucho. Por eso, pues, la naturaleza próvida, explicándose por medio de un constante apetito en las enfermedades de algunos de éstos, insta y porfía continuadamente sobre que la socorran con aquel espiritoso licor, y logrado este socorro, casi en un momento revive.

36. Y verdaderamente los médicos, que obstinadamente niegan a todo febricitante el uso del vino, me parece

que no van consiguientes a sus propias máximas. Ellos no niegan que éste sea un poderoso cordial, y aun el más eficaz de todos. *Potentissimum omnium cardiacorum est vinum*, dice Etmulero. La experiencia lo hace palpar; pues cuanta pedrería, hierbas y confecciones hay en las boticas no confortan, animan y alegran tanto como dos sorbos de vino generoso. ¿Por qué no se ha de usar, pues, este cordial, cuya virtud es sensible y manifiesta, con preferencia a otros, o de actividad más lánguida o que se duda razonablemente si tienen alguna? Responderánme que el vino, aunque pueda aprovechar por lo que conforta, daña por lo que enciende. Pero a esto tengo dos réplicas que oponer. La primera es que ese encendimiento en muchos casos aprovechará, conviene a saber, en aquellos en que la fermentación es muy remisa, y conviene promoverla y fomentarla para segregar la causa morbífica, antes que lo impuro con la mucha detención infeccione y corrompa lo que está sano. La segunda es que muchas veces es notablemente mayor el bien que resulta de la confortación que el daño que puede resultar de aquel aumento de incendio. Esto es claro, porque muchas veces peligra más el enfermo por la falta de las fuerzas, que por el ardor de la fiebre. ¡Cuántas veces los médicos conciben mejores esperanzas de un joven robusto, que está padeciendo una fiebre muy intensa, que de un anciano débil que padece otra mucho más remisa! Luego convendría aquí, por ocurrir a lo que más urge, prescribir lo que es confortativo, aunque tenga algo de inflamatorio.

37. Médicos he visto que tienen presente esta máxima, pero que yerran la aplicación, porque usan de ella sin consultar el apetito del enfermo y aun con manifiesta repugnancia suya, en cuyo caso siempre he visto que el vino, lejos de decir bien al estómago, le altera, irrita y perturba, de modo, que o le arroja luego, o si le retiene, las fuerzas no se reparan y el enfermo padece una inquietud desabridísima. Soy, pues, de dictamen que nunca se haga esto, repugnándolo el enfermo; pero sí cuando muestre inclinación o apetito, aunque se debe proceder con distinción. Y aquí entra lo segundo que me ocurre en la materia.

§ X

38. El apetito puede considerarse en dos partes: en el paladar y en el estómago, y no siempre están estas dos partes de acuerdo. Tal vez la comida o la bebida hacen sensación grata en el paladar, y el estómago no las recibe bien. Tal vez, al contrario, el estómago pide nueva refección, aunque al paladar no agrade. A poca reflexión que haga el enfermo, discernirá de cuál de las dos partes nace el apetito. Pero prescindiendo de su informe, creo se puede dar por regla general que cuando el apetito es muy vehemente proviene del estómago. Vese esto en la sed, la cual, cuando nace de la sequedad del paladar o de las fauces, fácilmente se tolera o con dos gotas de agua se quita. Pero cuando viene de falta de humedad en el estómago, se sufre con mucho mayor dificultad, y va creciendo por instantes hasta hacerse del todo intolerable. Casi lo mismo sucede cuando algún humor acre, punzando las túnicas del estómago, produce en ellas una sensación semejante a la que causa la falta de humedad. Cuando, pues, el apetito nace únicamente del paladar no se debe hacer aprecio de él, sino proceder sobre otras reglas. Mas cuando el paladar y el estómago estén conformes en la inclinación, se debe atender ésta como voz de la naturaleza, que pide lo que le conviene o por lo menos como motivo suficientísimo para que el médico poco a poco vaya tentando a ver cómo le va al paciente, concediéndole a trechos y en cortas porciones aquello que solicita con ansia.

39. He oído decir no pocas veces que los enfermos siempre apetecen lo que les es nocivo. Máxima irracional

que dirigiendo la bárbara práctica de algunos asistentes ha hecho mártires no pocos enfermos, quitándoles la vida después de un tormento dilatado. ¿Cómo es creíble que sea tan madrastra nuestra la naturaleza, que cuando más necesitamos de su socorro nos inspire sólo una feliz propensión a lo que nos es nocivo? No es sino benigna madre, que estimulando el apetito, propone lo conveniente. Vese esto en todas las indigencias naturales del hombre y de todos los demás animales, porque cada una tiene su apetito correspondiente, que señala el tiempo en que se ha de acudir a su socorro. La hambre dicta cuando es necesario el manjar, la sed cuando necesitamos la bebida, la inclinación al sueño cuando es preciso el reposo; aun para la segregación de lo excrementicio se siente en todos los conductos destinados a este ministerio, cuando llega el punto de ser necesaria una eficaz propensión que la determina. Brevísima sería la vida de todos los animales, si la naturaleza no les enseñase con la voz del apetito lo que es conveniente para su conservación.

40. Esta bárbara máxima, fecunda de infinitos intolerables abusos, ha quitado, digo, después de un dilatado martirio, la vida a muchos enfermos. De aquí ha nacido precisarlos a un determinado manjar, que el médico o los asistentes juzgan provechoso (pongo por ejemplo carne o huevos) por más que lo repugnen o aborrezcan con toda el alma y con todo el cuerpo, y lo han de mascar rabiando o se han de quedar sin alimento alguno, sin advertir qué hace aquella repugnancia por instinto natural el estómago, por serle tal alimento entonces desproporcionado, lo que ya algunos médicos de mucho nombre han advertido. De aquí ha nacido hacer morir de sed, exhaustos, ardidos, medio desesperados algunos febricitantes, sin omitir por eso las sangrías y otras evacuaciones, que aumentaban la necesidad de bebida. ¡Práctica tirana y detestable! En un autor médico he leído, que habiéndose anatomizado los cadáveres de algunos que la padecieron, se les hallaron las venas y arterias totalmente vacías. ¿Qué mucho que no quedase gota de sangre en ellas, si por una parte la lanceta la evacuaba, por otra la fiebre la consumía, por otra la sed le agotaba?

§ XI

41. No llega a este punto la severidad de los que tienen algún uso de razón. Pero dicen que por lo menos no se debe fiar la dieta de los enfermos a su apetito, pues se ve que muchas veces los daña aquello mismo que apetecen. Ya hemos visto que el doctor Gazola responde a esto que así sucede una u otra vez, pero lo frecuente es lo contrario. Pero lo primero, yo quisiera que me dijesen de dónde consta con certeza que eso sucede algunas veces. No puede alegarse otra cosa sino la experiencia de que este aquel y el otro enfermo, después de comer o beber, llevados del apetito, alguna cosa contra lo prescrito por el médico, empeoraron y murieron. Pero, ¡válgame Dios! ¿No se experimenta también a cada paso que este, aquel y el otro enfermo, después de observar exactamente cuanto prescribió el médico (aunque sea el médico más sabio) empeoran y mueren? La experiencia es totalmente uniforme: con que, o probará que en este segundo caso la obediencia al médico los mata, o no probará que en el primero los mata la obediencia a su apetito. Decir que en el segundo caso los mata la fuerza insuperable de la enfermedad y no los preceptos del médico, es lo mismo que no decir nada, porque la misma solución se puede aplicar al primer caso. ¿Qué ángel ha revelado si el enfermo murió por beber un poco de agua a media noche o porque la enfermedad de su naturaleza era mortal y le mataría, que bebiese, que no bebiese? Los médicos, o muy ignorantes o muy astutos, siempre que después de observar alguna aparente mejoría en el enfermo ven que se explica de nuevo con mayor fuerza la dolencia, claman que no puede menos de haberse

cometido algún exceso, y entonces ha de pasar indispensablemente por exceso, si no hay cosa más abultada de que echar mano, cualquier fruslería ridícula de que den noticia los asistentes, como enjuagar la boca, mudar camisa, sacar un brazo fuera de las sábanas, cortar las uñas, etc. Mas es que con esto queda acreditado el médico de sapientísimo, como que con su profunda perspicacia conoció al momento la causa del daño, y fácilmente le creen que si no fuera por el exceso cometido le llevaba ya del todo sano. ¡Oh, necia credulidad! ¿Por ventura no hay sus altos y bajos en todas o casi todas las enfermedades, por más uniforme y arreglado que sea el porte del enfermo? ¿Qué dolencia hay donde no asome en uno u otro intervalo de tiempo algún rayo de mejoría? Y cuán común es suceder luego mayor nublado a aquella engañosa serenidad.

42. Lo segundo digo que no se ha de seguir ciegamente el apetito de los enfermos; o por mejor decir no se han de fiar ciegamente los enfermos a su apetito. Deben proceder respecto de él con reflexión; deben examinar si la naturaleza le inspira, o si nace de un hábito de glotonería, que han adquirido contrario a la misma naturaleza (bien que esta advertencia debe servir para minorar la cantidad, no para condenar la calidad) si es vehemente o remiso; si tiene su asiento en el paladar o en el estómago. En fin, deben aplicar la atención, a fin de averiguar si allá dentro sienten alguna repugnancia a lo mismo que apetecen. Esta es la más importante advertencia de todas, aunque parece implicatoria. Siendo varias las partes, facultades y disposiciones de nuestro cuerpo, puede suceder y sucede que se apetezca por una lo mismo que se repugna por otra. El que tiene los pies fríos y la cabeza ardiendo por razón de la opuesta disposición de estas dos partes, ama la cercanía del fuego y la repugna. El que tiene el paladar escoriado o llagado, con el estómago apetece el manjar, porque le necesita; con el paladar le repugna, porque le molesta. Al contrario, apetece a veces el paladar lo que repugna el estómago: y me parece que es caso nada extraordinario en muchas fiebres. Todo o casi todo febricitante, por razón del ardor de la calentura y sequedad de la boca, apetece agua fría. Mas si el enfermo con alguna reflexión, por poca que sea, atiende a la disposición presente de su estómago, sucede muchas veces no reconocer en él exigencia de agua, antes alguna repugnancia. Y en efecto, llegado el caso de beberla, en el paladar siente no poco deleite, más al bajar la agua por el esófago, se advierte claramente que el estómago no la admite bien, y en este cuarto interior del animado edificio es recibido el huésped muy distintamente que en la antesala.

43. Aun dentro del mismo estómago puede haber esta complicación de repugnancia y apetito respecto de la misma agua. Es el caso, que en el estómago hay la disposición propia y característica de tal entraña, y hay la disposición preternatural de la fiebre común a todo el cuerpo. Por razón de la primera suele resistir el estómago la agua, y, sin embargo, apetecerla por razón de la segunda. Ni se me diga que ésta es una sutileza metafísica. Tan física y sensible es la materia que trato como la que más; pero es como otras muchas, para cuya percepción animal basta la materialidad del sentido, mas para explicarlas inteligiblemente piden mucha sutileza del discurso. No habrá febricitante alguno, por rudo que sea, el cual teniendo el estómago en el estado que ahora le pinto, si hace reflexión, no perciba que hay en él dos sensaciones opuestas respecto de la agua: la una de deleite, la otra de displicencia; aquélla por el alivio que siente el estómago en el refrigerio del incendio; ésta porque a su constitución propia, según el estado presente, es la agua contraria y nociva. Díganme los que han padecido fiebres, si entonces cuando bebían sentían que la agua asentase en el estómago con aquella conformidad, con aquel amigable consorcio que

experimentan cuando la beben sedientos en el estado de sanos. Si me responden que sí, resueltamente digo, que en este caso les era provechosa. Si me responden que no, ve ahí lo que digo yo de las dos opuestas sensaciones, la una de deleite, por prestar el agua alivio del refrigerio la otra de desagrado, por ser contraria a la constitución presente del estómago y aun de todo el individuo.

44. Y otra cosa muy importante se debe notar aquí, porque aclara y juntamente persuade con eficacia la máxima que seguimos. Sucede muchas veces que bebiendo el enfermo hasta determinada cantidad, más o menos según el grado de su verdadera indigencia, le asienta el agua perfectamente bien en el estómago; pero si pasa de allí, ya éste empieza a admitirla con una especie de desagrado, tanto mayor cuanto la cantidad fuere más excediente, sin embargo de que por otra parte, goza del alivio del refrigerio, y por este capítulo aún no se ha quitado el ansia o saciado el apetito. Esta es una seña fija de que aquella determinada cantidad era proporcionada a la indigencia del estómago, y por tanto, provechosa, pero pasando de allí empieza a ser nociva.

45. De lo dicho en este párrafo se infiere que el apetito natural del alimento, a quien le examina con reflexión y cuidado, nunca engaña. En cuya conclusión, sobre deberse tener presentes todas las excepciones y distinciones que hemos señalado, se debe atender también a si el enfermo padece una especie de delirio diminuto: lo que debería sospecharse si pidiese cosas muy extravagantes y absurdas, salvo si padeciese aquella especie de enfermedad que los médicos llaman *pica*.

46. Y porque sobre esta enfermedad se nos pudiera hacer alguna objeción, pues en ella los enfermos apetecen y devoran con ansia cosas sumamente contrarias a la naturaleza, como tierra, yeso, carbones, ceniza, etc., decimos lo primero, que como no hay regla general sin alguna excepción, no tendría inconveniente exceptuar esta enfermedad, por el carácter específico que tiene de consistir en un apetito depravado. Lo segundo, digo que Avicena, a quien siguen en esta parte muchos médicos graves, advierte, que aun en la pica apetece el estómago cosas que son contrarias al mismo humor pecante, y así vienen a ser curativas de la enfermedad, aunque no nutritivas: y por esto Etmulero quiere que no se les prive absolutamente de aquellas cosas absurdas, sino que con ellas se les mezclen alimentos sustanciosos que los nutran; lo cual viene a ser alimentarlos y curarlos a un tiempo. A mí me parece admirable este método, y creo que la peoría que tal vez se observa en los que comen aquellas cosas absurdas no proviene del aumento del humor pecante, sino del defecto de nutrición.

47. Concluímos, pues, que no sólo el médico puede serlo respecto de sí mismo estando enfermo, mas todo enfermo debe tener mucha parte en la curación de sí mismo y entonces podrán ir las cosas medianamente (no me alargo a más) cuando no sólo el enfermo consulte al médico, más también el médico al enfermo sobre los tres capítulos graduación del mal, uso de remedios y elección de régimen.

APENDICE CONTRA EL DOCTOR LESACA

48. La materia de este Discurso me hace presente lo que contra mí escribió el doctor don Juan Martín de Lesaca, Médico del ilustrísimo Cabildo de Toledo, en el capítulo último del libro, que intituló: *Apología Escolástica, en defensa de las Universidades de España, contra la Medicina Scéptica del doctor Martínez.*

49. Verdaderamente la *Apología* es tal, que después de leerla toda, juzgando haberme equivocado, volví a mirar el título, a ver si decía *en defensa* o *en ofensa* de las Universidades de España. Quien sale a público desafío por tantas Repúblicas literarias debe reputarse por uno de sus más famosos cam-

peones. Ningún ejército, cuando se ofrece el caso de certamen singular, fía su reputación a la flaqueza de un inválido o a la ignorancia de un bisoño; porque si se experimenta inhábil el que sale al campo por todos, no se hace mejor juicio, antes peor, de los que quedan en las filas. El doctor Lesaca maneja en todo su libro tan infelizmente la principal arma de la escuela, conviene a saber, el raciocinio, que si por él se hubiese de hacer juicio del texto de sujetos que componen nuestras Universidades, estos serían los primeros que saldrían a reñir el duelo con él, como ofendidos. Siendo así que este doctor es tan preciado de dialéctico, que temo que recete a veces por el antidotario de *Bárbara, Celarem*, prescribiendo a los enfermos confecciones de silogismos, no hay en todo aquel capítulo cláusula, argumento o solución donde no se note o alguna equivocación portentosa o alguna inadvertencia notable o algún paralogismo evidente. Notarase compendiariamente cuanto dice contra mí, dejando su derecho a salvo al doctor Martínez, por lo que toca a él, pues no necesita de mi auxilio ni del de otro alguno, aun para enemigos muy superiores en esfuerzo al doctor Lesaca.

50. Página 239. Para impugnar lo que yo dije sobre la nimia confianza que hacen los enfermos de los médicos, me arguye así: *O se curan hoy los enfermos bien o mal. Si se curan bien, ¿qué los puede dañar el tener alguna más confianza de la que debieran? Si se curan mal, es preciso que con más desconfianza y menos confianza se curen peor.*

51. Este argumento peca por tantos capítulos, que más necesita de absolución, que de solución. Lo primero: la pregunta disjuntiva, está mal forada, y contra toda buena lógica, porque bien lejos de precisar a la afirmativa de uno de los extremos, ambos se deben negar. La razón es, porque como *la proposición indefinita equivale a universal* (esta es lógica que estudió el señor doctor en Alcalá y de que hace tanto aprecio) lo mismo será decir *los enfermos se curan bien*, que decir *todos los enfermos se curan bien*, y lo mismo será decir *los enfermos se curan mal*, que decir *todos los enfermos se curan mal*, de las cuales una y otra es falsa, con que no se puede afirmar ni uno, ni otro extremo de las disjuntivas; y no afirmando alguno de ellos, es preciso que el señor doctor se quede con las consecuencias que saca de uno y otro en el cuerpo.

52. Lo segundo: tiene otra nulidad considerable la disjuntiva, que es preguntar cuál de los dos extremos es verdadero al mismo que lleva por dogma, que en esto no hay certidumbre alguna, y en esto funda la desconfianza o menor confianza que se debe hacer de los médicos. Yo digo que por la grande oposición de opiniones y de práctica que hay en la Medicina, es incierto si los médicos curan bien o mal, y así no se debe confiar tanto en ellos. Querer, pues, precisarme a mí a que afirme, o que curan bien o que curan mal, ¿qué es sino haber perdido el tino con el calor del argumento?

53. Lo tercero: el consiguiente que infiere el señor doctor del primer extremo está muy mal inferido. La nimia confianza siempre es necedad, y la necedad en cualquiera materia es dañosa al sujeto en lo que concierne a ella. Determinémoslo a la presente. Aun suponiendo que todos los médicos curen bien, cabe nimiedad en la confianza, y esta nimiedad sería nociva a los enfermos. Puede el enfermo tener tanta confianza, que juzgue que por más desórdenes que haga le ha de curar e[l] médico. ¿Quién duda que esto le ser[á] perjudicialísimo? Item: puede tenerl[e] por infalible en el pronóstico de qu[e] ha de sanar, y con esto, por muy mal[o] que se halle, descuidará de prevenirs[e] cristianamente para la muerte, lo cua[l] le puede ser mucho más perjudicia[l] que lo primero. ¡Ojalá no hubiera su[-] cedido esto infinitas veces! Ni esto e[s] contra el supuesto que se hace, porqu[e] suponer que el médico cure bien, n[o] es suponerle incapaz de errar una u otr[a] vez así en el pronóstico como en la cu[-] ración. Supónese que su ciencia es hu[-]

mana, no celestial o divina. Item: puede el enfermo, sobre la fe de que cuanto recete el médico le aprovechará, importunarle a que recete mucho, y éste condescender por una viciosa docilidad: lo que frecuentemente sucede y se lo he oído confesar a algunos médicos. ¿Y quién duda que aunque cada remedio por sí solo considerado sea oportuno, la nimia copia de ellos es nociva? Ni se me diga que en este caso el médico curará mal, lo cual es contra el supuesto que se hace; porque lo que hace derechamente a mi propósito de corregir la nimia confianza de los enfermos es que el médico mismo, que sin esa nimia confianza curaría bien, por la nimia confianza cure mal.

54. Lo cuarto: Tampoco sale el consiguiente que infiere el señor doctor del otro extremo, antes el contrario. Si el médico cura mal y el enfermo desconfía o tiene una confianza diminuta, no se pondrá ciegamente en sus manos, no acetará todos sus remedios, consultará sus fuerzas cuando se trate de los mayores, su misma desconfianza hará que el médico se vaya con más tiento. Ve aquí cómo la desconfianza o menor confianza no hará que el enfermo se cure peor, sino que se cure menos mal. Dar tanta fuerza a la confianza en el médico para la curación y querer comparar el remedio que se toma con confianza al manjar que se come con apetito, es sacar las cosas de sus quicios. El apetito nace de la misma naturaleza; la confianza en el médico malo es únicamente hija de una aprehensión errónea. Más: El manjar, aunque sea de menos buena calidad, siempre es manjar, esto es, capaz de nutrir; la receta errada no prescribe remedio que sea verdaderamente remedio sino en el nombre. Ve aqui lo que es, descubierto en el análisis aquel argumento bicornuto que el señor doctor con tanta satisfacción suya propone.

55. Página 240. Achácame el señor doctor la proposición universal de que *los médicos no pueden conocer las enfermedades ni sus causas*. En cuanto a la segunda parte, vaya; pero en cuanto a la primera, ¿cuándo o dónde he echado yo esa absoluta? Ni he estampado, ni de cuanto he escrito se puede inferir, que nunca los médicos conocen las enfermedades. Lo que siento y dictan la razón y la experiencia es que muchas veces no las conocen y toman una por otra. En esto hay mucho más y menos, según son los médicos y según son las enfermedades. Entre los médicos, según sus desiguales talentos, unos conocen más, otros menos. Entre las enfermedades hay unas más descubiertas, otras más ocultas. Sería sin duda equivocación atribuirme aquélla absoluta. Y es lástima, porque gasta en la impugnación cerca de tres hojas, donde vierte un buen trozo de sumulas alcalaínas, que el lector le perdonaría de buena gana.

56. En este intervalo (pág. 241.) revuelve también el doctor Lesaca contra el doctor Martínez sobre esta cláusula de su *Carta defensiva: Confieso la ignorancia de las causas morbificas (pues quien negará que se ignora lo que se disputa) pero admito los caracteres por donde experimentalmente se distinguen y curan*. Pretende el doctor Lesaca que en esta cláusula se contradice el doctor Martínez: pretende, digo, que es imposible conocer y curar experimentalmente las enfermedades sin el conocimiento de las causas morbíficas. ¿Quién creyera tal de un médico tan docto? Dígame el señor doctor: ¿no conoce experimentalmente una terciana? ¿No la distingue de un tabardillo? ¿No sabe curarla? Diráme que sí. Pregunto más: ¿conoce su causa morbífica? Aunque me digo que sí, yo sé ciertamente que no, salvo que Dios se la haya revelado. Es tan intrincada, tan abstrusa, tan escondida la causa del recurso o repetición periódica de las fiebres intermitentes, que después de innumerables modos de opinar, que se han escogitado en esta materia, confiesan los médicos que hasta ahora está por apear la duda. He tocado este punto, porque también me toca a mí y no sólo al doctor Martínez.

57. Página 246. Para responder e impugnar lo que yo digo sobre la incertidumbre de la Medicina por la variedad de opiniones alega una autoridad de Hipócrates, que dice puntualmente lo mismo que yo, aunque con restricción a las enfermedades agudísimas. Pero añade luego al punto lo que dice Valles sobre aquel texto; el cual, después de proponer la objeción que se hace contra la Medicina, fundada en que frecuentemente los médicos discrepan en la curación, de modo que lo que uno prescribe como provechoso otro lo juzga nocivo, prosigue así: *Verum haec dicteria popularium sunt et viris sapientibus indigna: non enim adeo dissentiunt medici periti.* En castellano: *Pero estos dicterios son propios de gente popular e indignos de varones sabios, porque no discrepan tanto los médicos perítos.* Hasta aqui Valles y hasta aqui el doctor Lesaca, el cual con este texto de Valles queda tan satisfecho, como si me echara a cuestas una demostración matemática.

58. ¿Qué negocio hace con ese texto el señor doctor? Lo primero es que Valles sólo dice que *no discrepan tanto los médicos perítos.* Esto es confesar la discrepancia y negar el *tanto* ¿Y qué tanto es éste? El mismo que Valles acaba de proponer en boca de los calumniadores de la Medicina, conviene a saber, que casi en cosa ninguna convienen jamás los médicos sobre la curación de las enfermedades agudísimas: *Ut vix ulla de re eodem modo videantur sentire; sed quae alius vituperat, alius commendat.* Este *tanto* niega Valles; y como yo no me he metido en determinar el tanto o cuanto de la discrepancia de los médicos, ni éste es designable, porque unas veces es la discrepancia mayor que otras, nada dice contra mí el señor Valles. Lo segundo es que yo hablo o hablé del estado presente de la Medicina, y en el estado presente es mucho mayor la discrepancia de los médicos, que en tiempo de Valles. La razón es clara, porque entonces reinaban sin oposición Galeno y Avicena; y así la discordia sólo estaba en la varia inteligencia de estos dos autores. Lo tercero, demos que sea poca la discrepancia de los médicos perítos (de quienes únicamente habla Valles) queda lugar a que sea mucha la de los médicos perítos con los imperítos, y de éstos unos con otros. Los enfermos, por lo común, no disciernen los perítos de los imperítos, antes creen pericia donde quiera que ven perilla: así para el efecto de su confusión, perplejidad, incertidumbre y desconfianza queda en su punto la dificultad después de la decisión de Valles. Finalmente, diga Valles lo que quisiere, ¿qué fuerza hará contra lo que está viendo y palpando todo el mundo? Si se registran los autores, a cada paso se halla que lo que éste decreta como conveniente para tal enfermedad, aquél lo condena por nocivo. Si se atienden las consultas de los médicos asistentes, sucede lo mismo; y esto no sólo en las enfermedades agudísimas, pero aun en las menos graves.

59. Página 248 hace un argumento sumulístico a favor de Galeno contra Erasistrato, de que éste se reiría muy bien, si Galeno se lo hubiera propuesto. Decía Erasistrato que en ninguna plenitud es necesaria la sangría. Opónele el doctor Lesaca, que esta proposición, como universal en materia contingente, no puede menos de ser falsa. ¡Oh bien empleadas Súmulas! Erasistrato negaría sin duda y debía negar según sus principios que la materia de esta proposición sea contingente. Es claro, pues él decía que nunca faltan otros medios más cómodos que la sangría para minorar la plenitud, como son la dieta, ejercicio, baños, etc.

60. Página 249 sienta que son mejores para nuestra enseñanza y curación los autores médicos españoles que los extranjeros, por cuanto aquéllos están experimentalmente instruídos en la calidad de los alimentos, en el temperamento de los individuos y en las condiciones del clima. Esta máxima mira a cercenar el crédito de los autores que yo he citado. Pero es notable inadvertencia no considerar la terribl

y evidente retorsión, que está soltando contra su Hipócrates, contra su Galeno y contra Avicena. Todos estos tres próceres de la Medicina fueron asiáticos: Hipócrates de la isla de Coo, en el Archipiélago, que se cuenta por perteneciene a la Asia; Galeno de Pérgamo, en la Troade; Avicena de la ciudad de Bochara, en el Zagatai; de modo que la patria del más cercano dista de la nuestra más de setecientas leguas. Pues señor doctor, ¿en qué ley de Dios cabe que descartemos por extranjeros a los médicos de Italia, Francia, Inglaterra, Holanda y encartemos como naturales a los de Asia?

61. Página 250 me arguye que aunque no haya certeza en la Medicina puede haber una prudente confianza en el médico. A esto se dice que conforme confiare el enfermo y conforme fuere el médico. Si el enfermo confía que el médico hará todo lo que sabe y puede por curarle, respecto de los más médicos será esta confianza prudente. Si confía que ciertamente le curará, podrá ser la confianza o prudente o imprudente, según fuere el médico y según fuere la enfermedad. Pero el doctor Lesaca arguye y responde, tomando las cosas a bulto, sin distinguir ni dividir: lo que es muy de extrañar en un hombre tan preciado de lógico, pues la *división* es uno de los tres modos de saber que enseña la Dialéctica. Así los símiles de que usa para probar su máxima no son del caso. ¿Qué importunidad mayor que parificar la confianza que tiene el enfermo de que el médico le ha de curar, con la que tenemos los cristianos de que Dios nos ha de salvar? ¡Notable absurdo! Pues aquélla se funda en la ciencia del médico, que es sumamente falible; ésta en el auxilio divino, que es seguro e infaliblemente logrará su efecto, cooperando el hombre como puede con su libre albedrío.

62. Página 251 me atribuye haber dicho que la Medicina se funda en la experiencia, sin el concurso de la razón. Y ni yo he dicho ni podía decir tan monstruoso disparate. La experiencia sin razón. es cuerpo sin alma. El caso está en saber qué razón ha de ser ésta. Lo que yo condeno son aquellos discursos ideales, deducidos de cualquiera de los sistemas filosóficos, porque como estos todos son inciertos, es fundar en el aire el método curativo. Pero admito como precisas las ilaciones de las mismas observaciones experimentales, bien reflexionadas y combinadas. En mi Apología, añadida a la segunda edición de la *Medicina escéptica*, puede ver el docor Lesaca cuán de intento me declaró contra los que usan de los experimentos a bulto, y cómo discurro y razono sobre algunos que allí propongo.

63. Página 252 me propone que no debo creer lo que algunos autores médicos dicen contra la doctrina galénica, porque son enemigos de Galeno. ¡Oh qué bien! Tampoco deberé creer a los que alaban la doctrina galénica, porque son amigos suyos: con que queda empatado el pleito. Aquí no hay otra prueba de amistad o enemistad que reprobar o alabar. Si prueba enemistad lo primero, prueba enemistad lo segundo. ¿Pues a quiénes hemos de creer? A los indiferentes. Pero éstos serán los que no hablan ni bien ni mal de Galeno, y por consiguiene no nos dicen nada al caso. Es así, señor doctor, que no se debe creer ni a ésos ni a éstos ni a aquéllos ni a los otros, sino según el mérito de sus razones y fundamentos, y eso es lo que yo hago. ¿Qué daño les hizo Galeno a ésos que están contra él? ¿Matóles padre o madre? Puede ser que acaso con su doctrina lo hiciese; y en ese caso tienen mucha razón para no estar bien con sus escritos, ni aun con sus huesos.

64. Página 253 quiere reprobar los autores ingleses, y holandeses, anatematizándolos por el capítulo de herejes, como arriba los desterró por la nulidad de exranjeros. Y de la misma calidad le cae esto a cuestas que lo otro. ¡Mire qué buenos católicos fueron Hipócrates, Avicena y Galeno! El primero idólatra, el segundo mahometano y el tercero (que es lo peor) no se sabe

qué religión tuvo; sólo sí que se declaró contra la cristiana, y es lo más verisímil que fué ateísta práctico, pues constituyendo el alma racional de la armonía de los cuatro elementos o cuatro cualidades elementales, necesariamente le negaba la espiritualidad e inmortalidad.

65. Concluye el doctor Lesaca, razonando sobre el texto del Eclesiástico: *Honora medicum*, etc., sin hacer otra cosa que repetir lo que otros muchos han dicho y a quienes sobradamente se ha satisfecho.

66. Esto es todo lo que me ha opuesto el doctor don Juan Martín de Lesaca. Y siendo todo tan fútil, tan sin fundamento ni razón, y aun tan contra la dialéctica que ha estudiado en Alcalá y que aprecia tanto, no puede menos de mover, ya a admiración, ya a risa el que en todo aquel capítulo me hable con aire insultante y magisterio despótico: *Desengáñese el padre maestro; sepa el padre maestro; para que vea el padre maestro; debe saber el padre maestro.* Pero todo es nada en comparación de aquel fallo concejil a la página 254: *pues sepan el padre maestro y el doctor Martínez, que no saben lo que se dicen.* No lo dijo con más elegancia Tito Livio. ¡Oh varón verdaderamente urbano y culto, qué bien se aprovechó de la frecuente comunicación que tiene con aquella insigne escuela de sabiduría, urbanidad y modestia, digo el ilustrísimo Cabildo de Toledo! Y esto, ¿por qué es? Porque no pudo responder a lo que arguyeron el doctor Martínez y el padre maestro contra aquel aforismo de Hipócrates: *Concocta medicare oportet, non cruda*, etc., y así dió en vez de respuesta un embrollo arábigo, mezclado con una mala construcción latina: porque dice que *concocta* y *cruda* se pueden entender en ablativo, id est, *materia*: lo que es tan evidentemente opuesto al contexto gramatical del aforismo, que no habrá medianista que no le condene; pues siguiéndose después *nisi turgeant*, y no habiendo nominativo correspondiente a este verbo, sino el *cruda*, es claro que *cruda* se debe tomar en plural, y en acusativo, pues si entendiera *cruda* (id est, *materia*) en singular y en ablativo, había de decir *nisi turgeat*.

67. Creyera yo que el doctor Lesaca, por atender nimiamente a la dialéctica había olvidado la gramática, si no viese que en el presente asunto igualmente peca contra aquella facultad que contra ésta. Es el caso que equivocó mi argumento con el doctor Martínez, tomándolos por uno mismo, siendo así que proceden por distritos medios; y lo peor es que la solución con que pretende escaparse del doctor Martínez le hace caer de hocicos debajo del mío. El doctor Martínez dice que estando cocidos los humores viciosos es excusada la purga, porque por la cocción se han contemperado y reducido a la mediocridad, en cuyo estado ya no son nocivos. Responde a esto el doctor Lesaca que Hipócrates habla en aquel aforismo, no de los humores naturales, sino de los excrementicios segregados ya de aquéllos. Demos que esta solución sea buena (que a la verdad le falta mucho para serlo); ve aquí que con ella dió en mi Escila, huyendo de aquella Caribdis; porque mi argumento procede de esos mismos humores excrementicios, probando que es excusada la purga, porque cuando están cocidos, la naturaleza los evacua por sí misma, como se está experimentando a cada paso. Véase el Discurso quinto del primer tomo del *Teatro Crítico*, núm. 43. Así yo no recurro a la contemperación de los humores, como el doctor Martínez, para juzgar inútil la purga, sino a la evacuación que sin ella hará la naturaleza.

68. De aquí es que se engaña infelizmente el doctor Lesaca en pensar que yo tomé este argumento del doctor Martínez. El doctor don Gaspar Casal, sabio y digno médico al presente del ilustrísimo Cabildo de Oviedo, puede testificar que más de cinco años antes que saliese a luz el primer tomo de la *Medicina escéptica* del doctor Martínez, le había propuesto yo esta dificultad.

PEREGRINACIONES SAGRADAS Y ROMERIAS

Discurso quinto

§ I

El acto de visitar los lugares sagra-os distante de la región o pueblo don-e se habita, para adorar las reliquias e los Santos o aquellas imágenes su-as, que por más milagrosas se hicie-on más ilustres, siempre en la Iglesia atólica fué reputado laudable y me-itorio. Autorízanle algunos Concilios, elébranle los Padres, su misma anti-üedad le recomienda; pues si bien que os herejes modernos dicen que las pe-egrinaciones jerosolimitanas no em-ezaron hasta el tiempo del gran Cons-antino, de algunos lugares de San Je-ónimo, San Cirilo jerosolimitano, Eu-ebio y otros consta que ya en los tiem-os anteriores a Constantino estaban en so.

2. Los herejes que impugnan la doración de las sagradas imágenes y eliquias, consiguientemente imprueban as peregrinaciones que tienen por obje-o este culto. Los petrobusianos, llama-los así por Pedro Buis, de quien toma-on varios errores al principio del duo-lécimo siglo, aun con más rigor las ondenaban, pues no sólo querían que o hubiese imágenes que adorar, más i aun templos donde orar, usando del alaz argumento (como refiere San edro Venerable) que como Dios está resente en todas partes, en todas po-lemos invocarle y en todas nos puede ír.

3. Esta es puntualmente (según uenta Josefo) la misma razón de que se valió el impío Jeroboán para persuadir a los israelitas que no fuesen a visitar el templo de Jerusalén: *Populares míos* —les decía—, *bien creo que conocéis que en todo lugar está Dios, en cualquiera parte oye nuestros votos y atiende a los que le dan culto. Por tanto, no me agrada que vayáis a Jerusalén por motivo de religión* (1).

§ II

4. Sin embargo de ser este error opuesto, como hemos dicho, a una doctrina recibida de toda la Iglesia, hay casos en que se pueden y aun deben persuadir las peregrinaciones sagradas. Este es un acto de religión, no hay duda; pero no obligatorio, sí supererogatorio, y en las obras de supererogación no se ha de considerar sólo la bondad intrínseca que tiene por su naturaleza el acto, mas también lo que dicta la prudencia, consideradas todas las circunstancias; porque como es imposible que sea acto virtuoso el que no es regulado por la prudencia, puede suceder (como de hecho sucede muchas veces) que el acto que considerado en sí precisamente es virtuoso, y laudable deje de serlo en este o aquel individuo en esta o aquella ocasión, y en vez de pertenecer a la virtud de religión, pertenezca al vicio opuesto a esta o a otra alguna virtud, como si es impeditivo de otra obra obligatoria, o si trae consigo riesgo grande de la

---

(1) Josef, *Antiq.*, lib. 8, cap. III.

violación de algún precepto, si estorba mayor bien, etc.

5. Así se hallan en San Gregorio Niseno y en San Jerónimo positivas disuasiones de la peregrinación a Jerusalén. El primero escribió una oración o epístola con el título *de los que van a Jerusalén*, donde respondiendo a la consulta hecha por unos monjes que meditaban aquella peregrinación, los aconseja que *peregrinen de la tierra al cielo, no de Capadocia a Palestina.* Y aunque algunas razones de que usa el Santo sólo miran a los religiosos, otras comprehenden a todos los cristianos: *Cuando el Señor* —dice— *llama a los benditos para conseguir la herencia del reino celestial, no cuenta entre las buenas obras que conducen a este fin la peregrinación a Jerusalén. Cuando anuncia la Bienaventuranza no comprehende esta especie de obra meritoria. Considere, pues, cualquiera que tiene entendimiento, qué motivo puede haber para ejecutar una obra, la cual no conduce* (entiéndese, no es necesaria) *para conseguir la bienaventuranza.*

6. San Jerónimo, escribiendo a San Paulino, obispo de Nola, le disuade la visita de los Lugares Santos de Palestina con las mismas razones que propone a aquellos monjes San Gregorio Niseno: *No haber estado en Jerusalén* —dice el santo—, *sino haber vivido bien en Jerusalén, es digno de alabanza. No se ha de desear aquella ciudad, que mató los profetas y derramó la sangre del Redentor, sino aquella que alegra el ímpetu del río* (la celestial) *la que colocada en el monte no puede encubrirse, la que llama el Apóstol Madre de los Santos.* Y poco más abajo: *Patente está la Corte Celestial a los que quieren ir a ella desde Inglaterra, como a los que quieren desde Jerusalén. El reino de los cielos dentro de vosotros está. El grande Antonio y todos aquellos enjambres de monjes que hubo en Egipto, Mesopotamia, Ponto, Capadocia y Armenia no vieron a Jerusalén, sin que por eso dejasen de hallar abierta la puerta del Paraíso. El bienaventurado Hilarión, con ser natural de Palestina, sólo un día vió a Jerusalén. Vióla, porque no pareciese que despreciaba los Lugares Santos, estando tan vecino; pero vióla sola una vez, para dar a entender que no sólo en aquellos Lugares Santos estaba Dios.*

7. Si las razones de estos dos santos se miran sin la debida reflexión, parecerá no sólo ser las mismas de que usaba Jeroboán y los herejes petrobusianos, sino que caminan al mismo fin. El fundamento de estar Dios en todo lugar y estar patente a todas las regiones del orbe la puerta del paraíso es el mismo; como tampoco tiene duda que en una y otra parte es verdadero. Dios por razón de su inmensidad todo lugar ocupa, y a la celestial Jerusalén pintó San Juan en su *Apocalipsis* con puertas correspondientes al Oriente, al Poniente, al Septentrión y al Mediodía, para dar a entender que de cualquier parte de la tierra hay camino para el cielo. Pero como de un mismo principio se puede usar o con menos o con más extensión, y tirar las consecuencias o hasta la línea adonde deben llegar o pasando de ella, lo primero hicieron los dos padres alegados, lo segundo los herejes.

8. Para condenar generalmente un acto virtuoso de supererogación nunca puede haber motivo; mas para disuadirle en varias ocasiones y circunstancias pueden ocurrir muchos y muy razonables; y entonces entra bien la razón de que Dios está en todas partes: como si dijéramos, no siendo necesario ese acto de supererogación para conseguir la salud eterna, ni aun para arribar a mayor perfección, pues se puede suplir con otros muchos, que Dios, como presente en todo lugar, ve y acepta, se debe omitir en tales o tales circunstancias, según el dictamen de la prudencia.

§ III

9. Cuanto hasta aquí hemos dicho viene a ser como disposición, preludio o para lamentar los abusos que estamos tocando en las peregrinaciones

agradas de este siglo, y solicitar, si uese posible, el remedio, sin que puea mordernos la calumnia con la no:a e que condenamos la sustancia de la bra, cuando ni alguna siniestra intenión la estraga, ni se ejecuta por mera ipocresía.

10. A dos especies podemos reduir las peregrinaciones sagradas que stán en uso. Las unas propiamente ales, que son las que se hacen a sanuarios muy distantes, como las que odos los días están ejecutando banladas de gente de otras naciones, espeialmente de la francesa a la ciudad le Santiago, con el motivo de adorar :l cadáver del Santo Apóstol, que allí stá sepultado. Las otras son las que on voz vulgarizada llamamos romeías, y tienen por término algún sanuario, iglesia o ermita vecina, espeialmente en algún día determinado del ıño, en que se hace la fiesta del Santo itular de ella.

11. En cuanto a la primera especie, ıo pienso que de parte de nuestros esɔañoles se ministre mucha materia, ni ɔara que aplaudamos su devoción, ni para que corrijamos su abuso. Son haro raros entre nosotros los que salen le España con el título de visitar sanuarios extranjeros. Más los que de otras ıaciones vienen a España con este tíulo son tantos, que a veces se pueden contar por enjambres, y abultan en los :aminos poco menos que las tropas de gallegos, que van a Castilla a la siega.

12. La desigualdad que se nota entre la nación española y las demás donde reina el catolicismo tocante a este punto, motiva luego un reparo sobre la materia. Es cierto que no son los españoles menos piadosos, religosos y devotos que franceses, italianos, alemanes, flamencos y polacos. Pero se sabe que son menos curiosos y andariegos. Esta advertencia funda la sospecha de que la frecuencia de los extranjeros a los santuarios de nuestra nación y de otras no nace por la mayor parte de verdadera piedad, sino de un espíritu vagante y deseo de ver mundo.

13. Tengo presente, que entre las muchas revelaciones con que favoreció la singular ternura del amor divino a mi gloriosísima Madre y admirable Virgen Santa Gertrudis la Magna, hay una en que Dios la manifestó el especial motivo que tenía para ilustrar el sepulcro del Apóstol Santiago con la frecuencia de los peregrinos, más que a los de otros Apóstoles. Mas como vemos que no sólo es grandísimo el concurso de los extranjeros a Santiago, más también es muy grande, y con grande exceso sobre los españoles, su frecuencia a los santuarios de otras naciones, sin negar la parte que en semejantes peregrinaciones puede tener la inspiración divina, se hace como preciso dejar otra gran parte a la curiosidad humana.

14. Las observaciones que sobre esta materia hemos hecho parece que no dejan lugar a la duda. Sábese de algunos extranjeros, que con el pretexto de ir o volver de Santiago se están dando vueltas por España casi toda la vida. Ví en esta ciudad de Oviedo un flamenquillo de catorce o quince años, natural de Lila, de admirable viveza de ingenio y bien cultado, pues era buen latino, mediano filósofo, hablaba razonablemente la lengua francesa y lo bastante para explicarse la italiana y la española. Decía éste que pasaba a Santiago con el motivo de voto que había hecho en una grave enfermedad. Como me constase que era pobre, tanto movido de la piedad, como prendado de su espíritu, le ofrecí sustentarle y darle estudios en esta Universidad de Oviedo. Aceptó el muchacho para la vuelta de su peregrinación. Pero no volvió a Oviedo hasta ahora y dudo haya vuelto a su país. Por lo menos tres años después le he visto hecho vagabundo en otro lugar, donde él mismo, transitando yo por una calle, me conoció y llegó a hablarme. Hago memoria de este suceso, no por singular, sino porque me lo estampó más en la memoria el dolor de ver perdida una bella habilidad, por la pasión desordenada de la tuna. En lo demás puedo decir que he notado bastantes ejemplares de extranjeros, que con la capa de devo-

tos peregrinos, son verdaderos tunantes, que de una parte a otra, sin salir de España y sin piedad alguna, se sustentan a cuenta de la piedad ajena.

15. Aumenta mucho la presunción del gran número que hay de tunantes con capa de peregrinos, el que los que acá vemos en el pretexto de ir a Santiago, comúnmente dan noticias individuales de otros santuarios de la cristiandad, donde dicen que han estado: y visitar tantos santuarios, para devoción es mucho, para curiosidad y vagabundería nada sobra. Quiero decir, que haya uno u otro, que únicamente con el fin de hacer a Dios ese agradable sacrificio, quieran dedicar una buena porción de su vida a las peregrinaciones sagradas, muy bien lo creo; pero que sean tantos se me hace sumamente difícil: y mucho más el que Dios excite tan frecuentemente con su gracia a esta obra de piedad a los extranjeros y tan pocas veces a los españoles, siendo estos no menos, antes más adictos al culto y actos de religión (creo que sin injuria puedo decirlo) que otras algunas naciones de la cristiandad.

16. Es cierto que en cualquiera interés de Dios debe preponderar a todas nuestras conveniencias: y así debiéramos dar por bien empleado cuanto consume España en limonsnas para sustentar tantos forasteros, si éstos viniesen con verdadero espíritu de devoción a visitar nuestros santuarios. Pero si la piedad española, a vuelta de cuarenta o cincuenta votos, sustenta millaradas de tunantes, es bien lamentar el dispendio temporal que en esto padece nuestra nación.

17. Y no se piense que este abuso esté adicto a nuestro siglo, de modo que en alguno de los antecedentes no se haya observado el mismo y procurado remediar. El canon décimosexto del Concilio Salegunstadiense, celebrado el año de 1022 ordena que nadie vaya a Roma en peregrinación sin licencia del ordinario: *Nullus Romam eat sine licentia sui episcopi vel eius vicarii.* Sin duda que ya entonces se había experimentado un gran abuso y digno de la aplicación del remedio. ¿Qué mucho, pues, que en nuestro siglo lloremos el mismo mal y solicitémos, si es posible, la cura? Si a alguno pareciere que en esta invectiva contra las peregrinaciones hemos excedido de lo justo, le pondremos delante la sentencia del gravísimo autor del libro, *De imitatione Christi* (ora sea Tomás de Kempis, ora, como sienten otros con gran probabilidad, nuestro abad Gersen:) *Qui multum peregrinatur, raro sanctificantur.* (1) *Los que peregrinan mucho, rara vez se ponen en estado de gracia.*

§ IV

18. Pero el inconveniente que hay en esta especie de peregrinación es casi de ninguna monta, en comparación de los que se observan en la otra especie de las que llamamos romerías. Con horror entra la pluma en esta materia. Solo quien no haya asistido alguna vez a aquellos concursos dejará de ser testigo de las innumerables relajaciones que se comenten en ellos. Ya no se disfraza alli el vicio con capa de piedad: en su propio traje triunfa la disolución. Coloquios desenvueltos de uno a otro sexo, rencillas y borracheras son el principio, medio y fin de las romerías. Eso se hace, porque a eso se va. A la reserva de poquísimos, puede decirse que la más inocente intención que se halla en tales concursos es la de los que acuden a ellos sólo por ver o por ser vistos. Aun el que va con algo de devoción recoje el espíritu muy de paso en el templo y le desahoga muy de intento en el atrio. Las resultas aún son peores que los antecedentes. Allí nacen deseos, que después pasan a ejecuciones. Todas las circunstancias conspiran a hermosear el objeto y a avivar el apetito. La alegría es el retoque más bello que tiene la naturaleza para los colores de un rostro, y de parte del que la contempla es la disposición más eficaz para que haga fuerza su atractivo. A

(1) Lib. 1, cap. 23.

que se añade, que como la tristeza en todo finge peligros, la festiva constitución del ánimo representa desarmados de inconvenientes los mismos riesgos. Todo es fiesta en la fiesta. Todo es jovialidad en la romería. En las conversaciones, pretextando el regocijo, se pasa la raya de la decencia. Habla la lengua más de lo que dicta la razón, y los ojos hablan algo más que la lengua. Hácese generoso el más mezquino: promete con largueza el que no tiene que dar aun con escasez. Todo se cree, porque el distraimiento del espíritu estorba toda cuerda reflexión. A la sombre del bullicio crece en un sexo el atrevimiento y en otro la confianza. Menos máquinas bastan para derribar muros, que a veces caen a soplos. Oculta después la noche las consecuencias del día, y no pocas veces descubre el discurso de muchos días lo mismo que ocultó aquella noche.

19. Este es el plazo en que se cumple aquella amenaza divina, estampada con la pluma del profeta Malaquías: *Dispergam super vultum vestrum stercus solemnitatum vestratum. Sobre* vuestro mismo rostro esparciré el estiércol de vuestras solemnidades. (1) ¿Qué son sino estiércol, inmundicia, abominación, eso que se llama solemnidad, fiesta, romería? ¿Qué son sino torpes cultos al ídolo de Venus, en vez de devotos obsequios a Dios y a sus Santos? ¡Y al fin, ese estiércol a cuantas desdichadas les sale a la cara pasados algunos meses! Yo no hice ni pude hacer observación alguna sobre esta materia. Pero por relación de algunos eclesiásticos que la hicieron, colijo que las romerías son unos cometas de larga cola: hoy lucimiento, mañana estrago.

20. Más no todos los cultos se los lleva en estas solemnidades el ídolo de Venus: También hay víctimas para el de Marte, y muy frecuentemente ocasionadas éstas de aquéllos; en que asimismo tiene su influjo Baco para uno y otro. Parécense estas fiestas a las que la fábula representa en las bodas de Piritón y Hipodamia, donde en vez de luminarias festivas ardieron tres llamas funestas. La del vino encendido en los centauros convidados, la de la concupiscencia, suscitó entre centauros y lapitas la de la ira. Así se terminan éstas, como aquéllas. Tienen por una parte visos de comedias, donde logran su fin los galanteos, y por otra de entremeses, donde los gracejos paran en palos: *Tantum Religio potuit suadere malorum*? Lucret.

(1) Malach, cap. 2.

§ V

21. Este es el fruto espiritual que se saca de las romerías; esta es la ganancia que Dios tiene en estos cultos. Mas ¿qué remedio? ¿Qué se quiten enteramente? No me atrevo a proponerlo, porque las reformas extremas, que por precaver los abusos quieren no sólo cortar las ramas viciosas, más también arrancar las raíces, suelen tener gravísimos inconvenientes. ¿Qué se permita a la frecuencia del concurso no más que la mitad del día, hasta concluir la Misa solemne? Creo que será muchas veces impracticable. Sólo dos expedientes cómodos me ocurren. El uno, que como en Madrid asiste un Alcalde de Corte a las comedias, para las romerías se diputase un Ministro de Justicia, con especial comisión de velar a atajar todo género de desórdenes. El otro, que se prohibiese con proporcionadas penas el que concurriese alguna mujer joven, que no fuese acompañada o del padre o del hermano o del marido o por lo menos de algún pariente cuyo respeto le sirviese de preservativo, con la precisión de no faltar jamás de su lado. Pero en este último se debe prevenir, o que sea mucha la proximidad de la sangre, o mucha la distancia de la edad. De otro modo se puede dar en Escila, huyendo de Caribdis y resultar del remedio más grave enfermedad.

22. Usando de estas precauciones se podrá lograr juntamente con el culto de los Santos una honesta diversión, nada reñida con aquel acto de virtud: *Non enim* (digo con el Nacianceno, orat.

44. in S. Pentec.) *animi relaxationem interdictam volo, sed coerceo petulantiam.* No la recreación, sino la disolución es la que mancha las solemnidades. Antes la modesta alegría se puede decir que es parte del culto. San Gregorio el Grande permite que haciendo de tejidos ramos apacibles tiendas de campaña junto al santuario mismo, con sobrios convites se celebre en ellos la fiesta: *Tabernacula sibi circa easdem Ecclesias de ramis arborum faciant, et religiosis convivis solemnitatem celebrent.* (1) Y añade luego que es conveniente mezclar a los espíritus débiles con los actos de religión exteriores regocijos, porque el entretenimiento les facilite la aplicación a la piedad: *Ut dum eis aliqua gaudia exterius reservantur, ad interiora gaudia consertire facilius valeant.* Esto es poner las cosas en el debido punto. No está la alegría mal avenida con la virtud. Los que sólo predican una devoción o toda asperezas o toda melindres, no logran otra cosa que desviar los ánimos de aquello mismo a que quieren atraerlos. Deben señalarse con puntualidad los confines a la virtud y al vicio, de modo que ni a aquélla se le corte algún espacio a sus naturales ensanches, ni se extienda de modo que pase a ajenos límites.

(1) Lib. 9, epist. 71.

MERITO Y FORTUNA DE ARISTOTELES Y DE SUS ESCRITOS

Discurso séptimo

§ I

Por cualquier camino que los hombres se hagan ilustres pueden influir en su fama, o el mérito solo o la fortuna sola o aliados el mérito y la fortuna. Esto último es lo común. El mérito, faltándole coyunturas favorables para darse a conocer, yace escondido mientras el sujeto vive, y se sepulta con él cuando muere. Aun conocido puede desdorarle la calumnia y oscurecerle la envidia. La fortuna puede elevar a un indigno hasta la altura del trono; pero será rarísimo el caso en que haga su fama gloriosa, por más panegíricos que forme la adulación: porque éstos no se creen entonces y ni aun se leen después. Es, pues, menester por lo común hacer a un sujeto ilustre, que intervenga con la excelencia de sus prendas la concurrencia de accidentes favorables.

2. No puede negarse que Aristóteles fué hombre de rarísimos talentos, de ingenio sublime, de comprehensión vasta, de erudición prodigiosa. Pero también, sin hacer injuria a su mérito, se puede asegurar que la autoridad que logró en estos últimos siglos se debió en gran parte a su fortuna. Es muy justo que Aristóteles sea considerado como uno de los mayores hombres de la antigüedad. Y aun sea norabuena a contemplación de sus sectarios (aunque algunos Padres son de opuesto sentir) el mayor filósofo que produjeron los siglos. Esto le dará derecho para que siempre que se haya de decidir alguna controversia filosófica, no por razón, sino por autoridad, sea preferida la suya a la de otro cualquiera filósofo; mas no para que su sentencia se haya de recibir necesariamente, negado todo recurso al tribunal de la razón. Sin embargo, toda esta plenitud de jurisdicción le atribuyen sus sectarios, de los cuales algunos se han desmandado a enormes exageraciones. Su comentador Averroes dijo que *Aristóteles es la suma verdad*: *que su entendimiento fué el último término del humano entendimiento, y que la Divina Providencia nos dió este grande hombre para que supiésemos cuanto puede saberse.* Mas al fin Averroes fué impío ¿Qué mucho que hablase de este modo? Lo admirable es que algunos doctores católicos no hayan sido mucho más sobrios que Averroes. El famoso teólogo Enrico de Hasia no dudó (según refiere Gabriel Naudeo) estampar que Aristóteles pudo adquirir naturalmente un conocimiento tan perfecto de la Teología, como logró Adán en el sueño que tuvo en el Paraíso y San Pablo en su extático rapto. Un teólogo español de mucho nombre afirmó que ningún hombre puede penetrar los arcanos de la naturaleza tanto como Aristóteles, sin la asistencia particular de algún Angel. Guillermo, obispo de París, mucho antes tenía adelantado este elogio al grado de delirio, diciendo que este filósofo tenía en todas sus acciones por consejero un espíritu, a quien con ciertos sacrificios y ceremonias había hecho ba-

jar de la esfera de Venus. Gasendo refiere que conoció a un célebre profesor de teología, quien (según él mismo decía) estaba en fe de que haría un grande servicio a Dios, testificando con su propia sangre ser verdad cuanto se contiene en los escritos de Arisóteles.

3. Ya veo que de estas y otras semejantes extravagancias sólo se debe hacer cargo a los particulares que las profirieron, no en común a la escuela peripatética. Bien que la alta veneración que infinitos profesores de ella tributan a su caudillo puede mirarse como causa ocasional de aquellos excesos, pues pretender que nadie contradiga a Aristóteles es procurarle aquella sumisión ciega que sólo se debe a una autoridad infalible.

4. Tres causas o tres accidentes favorables me parece concurrieron a dar a Aristóteles toda esta elevación, dejando aparte su grande ingenio y doctrina, que sin duda tuvieron mucha parte en ella; pero no siendo bastantes para el todo, es preciso examinar lo que coadyuvó a su mérito su fortuna.

§ II

5. El primer accidente favorable para Aristóteles fué introducirse su filosofía en Europa a tiempo que en ella no había otra alguna. De los escritos de todos los demás filósofos unos se habían desaparecido y otros no habían parecido jamás, pues aun las obras de Platón se queja Santo Tomás en el tercero de los *Políticos,* que no se hallaban en su tiempo. En orden a todas las demás ciencias naturales era por lo común suma la ignorancia. Sabido es el caso de nuestro sabio benedictino el papa Silvestro II, a quien porque hizo algunas máquinas hidráulicas y otras curiosidades matemáticas, como muy inteligente que era de estas facultades, levantaron que era hechicero, juzgando que sólo por arte diabólico podían ejecutarse tales maravillas; y no se quedó esta voz en algún rincón entre cuatro ignorantes o maldicientes, antes corrió por toda Europa e hicieron caso de ella muchos escritores. Campanela, citando a Juan Vilano, añade que rehusaban algunos cardenales darle sepultura sagrada, porque en su aposento hallaron un libro que juzgaron ser de Nigromancia, porque tenía varias figuras matemáticas. Sabido es también lo del célebre franciscano Rogerio Bacon, que se hizo sospechoso de hechicería por la misma causa; en tanto grado, que le obligaron a ir a Roma a purgarse de la calumnia.

6. En este estado de rudeza halló Aristóteles a Europa, cuando introdujeron en ella los árabes sus escritos por medio de la Escuela de Córdoba. Hallóla, digo, como país abierto y desguarnecido, a quien ocupa el primero que acomete. En tales circunstancias no es mucho se verificase el adagio español: *En tierra de ciegos quien tiene un ojo es Rey.* No hubo competidor que pudiese disputar a Aristóteles el dominio de las escuelas. Así, sin trabajo usurpó esta soberanía, que después pretendió y pretende retener por el título de prescripción.

§ III

7. El segundo accidente favorable para Aristóteles fué haberse aplicado a ilustrarle el angélico doctor Santo Tomás. Como los escritos de este gran maestro fueron recibidos en toda la Iglesia con tanto aplauso, sus créditos se refundieron por vía de reflexión en las obras de Aristóteles. Algunos pretenden que Santo Tomás en todo lo que favoreció a Aristóteles habló según la representación de comentador, no según su propio interior y resolutorio dictamen. De Alberto Magno consta que hizo semejante protesta previniendo a los lectores que usase cada uno libremente de su juicio en admitir o reprobar las opiniones aristotélicas. Y para pensar que Santo Tomás propuso y explicó la doctrina de este filósofo con el mismo espíritu, da fundamento lo que

dice Campanela, citando la *Crónica del Orden de Predicadores,* parte 2, libro I, capítulo 10, que en esta religión ilustre se hizo un decreto para que fuese seguido Santo Tomás en los escritos teológicos y morales, pero no en los filosóficos: *Sequendus est divus Thomas dominicanis in theologicis, et moralibus, non autem in philosophicis.* Parece que para esta prohibición consideraron no como de Santo Tomás, sí sólo como de Aristóteles la filosofía de Aristóteles, que está vertida en las obras de Santo Tomás.

§ IV

8. El tercer accidente favorable y que contribuyó sobre todo a la exaltación de Aristóteles consistió en las invectivas y declamaciones que contra él hicieron algunos herejes, especialmente Lutero, al introducir su infeliz y perniciosa reforma. En parte por deuda a la justicia (pues era iniquidad maltratar tan groseramente a tan esclarecido filósofo) parte por punto de honor, reclamaron contra sus dicterios muchos sabios católicos. De aquí tomaron ocasión otros, más ardientes o menos sabios, para confundir la causa de Aristóteles con la de la Iglesia Católica; de modo que cualquiera que en aquel tiempo se declaraba contra la filosofía o dialéctica de Aristóteles, sin otra razón se hacía para ellos sospechoso en la fe, porque juzgaban que no por otro motivo se impugnaba a este filósofo que porque su doctrina es utilísima para defender nuestros dogmas y refutar los errores opuestos.

9. Esta persuasión más o menos mitigada echó altas raíces en muchas escuelas católicas, entre ellas la de París, pues aun el año de 1629 refiere el padre Renato Rapin que el Parlamento, a instancias de la Sorbona, expidió un decreto contra los químicos, donde se decía, entre otras cosas, *que no se podían impugnar los principios de la filosofía aristotélica, sin impugnar juntamente los de la teología escolástica recibida en la Iglesia.* Censura en que (por no decir algo más) se dió mucho al hipérbole: porque los principios de la teología escolástica son los dogmas reevelados, con los cuales, ¿qué oposición tendrá el que los mixtos se compongan de sal, azufre, mercurio, agua y tierra, que son los principios químicos? ¿Ni qué conexión el que se compongan de agua, tierra, fuego y aire, que son los elementos aristotélicos?

10. Mas adonde se fijó más el celo peripatético y el concepto de que nuestra Santa Fe es en algún modo interesada en la defensa de Aristóteles, fué en nuestra España. Esta es una cantinela que aun hoy se oye a cada paso dentro y fuera de las aulas. Dícese que los herejes generalmente están mal con Aristóteles, porque su dialéctica nos sirve para desenredar sus sofismas e impugnar sus errores: que la teología escolástica estriba toda en la filosofía aristotélica; y así no se puede derribar ésta sin que caiga la otra. En fin, entre nuestros menos sabios profesores se venera a Aristóteles como un escudo de la fe, y se sospecha que los extranjeros que siguen sistema filosófico opuesto son, si no finos herejes, muy tibios católicos. No se piense que digo demasiado, pues en mucho más fuertes términos expresa el ilustrísimo Cano la pasión ciega de algunos peripatéticos por su jurado príncipe. Veneran (dice) a Aristóteles como si fuera Cristo, y a sus dos comentadores, Averroes y Alejandro Afrodiseo como si fuesen San Pedro y San Pablo: *Habent Aristotelem pro Christo, Averroem pro Petro, Alexandrum pro Paulo.*

§ V

11. Aun cuando el supuesto en que se funda esta estimación de Aristóteles (conviene a saber; el odio común de los herejes) fuese verdadero, sería el culto demasiado. Pero el caso es que el supuesto mismo es falsísimo y puede reputarse por uno de los errores comunes que hay en el vulgo de nuestras

escuelas. No sólo son y han sido muchos los herejes amantes de Aristóteles, pero el mismo aristotelismo fué cuna de algunas herejías y sirvió de arma defensiva a varios errores. La herejía de Almarico (de que hablaremos abajo) nació del estudio de Aristóteles. De la misma fuente manó el ateísmo de Averroes. El ilustrísimo Cano dice que en su tiempo corría la voz de que en Italia muchos dogmatizaban contra la inmortalidad del alma y contra la Providencia divina, fundados en Aristóteles. La perfidia arriana, dice claramente San Ambrosio, que tuvo su origen en la doctrina aristotélica: *Sic enim Arrianos in perfidiam ruisse cognoscimus, dum Christi generationem putant usu huius saeculi colligendam, reliquerunt Apostolum, sequuntur Aristotelem* (in Psalmo 118); y en el libro primero *De Fide*, capítulo 3, advierte que todo el esfuerzo de los arrianos se fundaba en las cavilaciones de la dialéctica (la de Aristóteles sin duda): *Omnem venenorum suorum vim Arriani in Dialéctica disputatione constituunt.* El heresiarca Aetio, que añadió nuevos errores a la secta arriana, explicaba a los discípulos sus dogmas, según las categorías de Aristóteles. Así lo refiere Suidas, citado por el cardenal Baronio al año de Cristo 356. Es cosa constante que los errores de Pedro Abelardo y de Gilberto Porretano, en orden a la Trinidad Santísima, esencia y atributos divinos, se ocasionaron de que temerariamente quisieron arreglar tan altos misterios a las imperfectas luces de Aristóteles; y de su dialéctica, en que eran sumamente versados y sutiles, sacaban todos los argumentos con que opugnaban el sentir de los ortodoxos.

12. Ni aun ciñéndonos a los herejes de los últimos siglos es verdadero el supuesto de su odio común contra Aristóteles, pues aun entre éstos tiene muchos y grandes panegiristas su doctrina. Parezca el primero Felipe Melancton, el mayor amigo y de mayor confianza de Lutero. Melancton, pues, no en una parte sola, sino en muchas de sus escritos, abraza ardientemente el patrocinio de Aristóteles y de su filosofía y dialéctica, juzgándolas utilísimas a la República y a la Iglesia. Nótense estas palabras suyas en la epístola a Leonardo Eccio: *Vere iudicas plurinum interesse Reipublicae, ut Aristoteles conservetur et extet in scholis ac versetur in manibus discentium.* Y estas que cita el padre Jacobo Gretsero de él en una oración laudatoria a Aristóteles: *Nunc quaedam de genere philosophiae addam, cur Aristotelicum maxime nobis in Ecclesia usui esse arbitremur. Constare arbitrar inter omnes, maxime nobis in Ecclesia opus esse Dialéctica*, etc. Todo lo que sigue en este pasaje son elogios de la dialéctica, física y ética de Aristóteles. Isaac Casaubon (*In Persium. satyr.*, 5) dice que los libros que escribió de dialéctica Aristóteles exceden cuanto escribieron todos los demás mortales. Hugo Grocio le concede el principado de todos los filósofos: *Inter philosophos merito principem obtinet locum Aristoteles*, in *Praef. ad librum de Jure belli et pacis.* Vosio, apud Pope Blount, afirma que excede a todos los filósofos que le precedieron, cuanto el sol excede a la luna y a las estrellas. Erasmo, que pasa entre muchos por faccionario de los protestantes (apud eundem Pope Blount) le celebra por el más docto de todos los filósofos, sin exceptuar aun a Platón. Finalmente (omitiendo otros muchos particulares que pudiera nombrar) sábese que cuando Renato Descartes empezó a hacer ruido en el mundo con su nuevo sistema, se declararon contra él y a favor de Aristóteles tres universidades protestantes enteras en cuerpo formado: la de Leyden, la de Groninga y la de Duisberga. Y Pedro Bayle en su *Diccionario Crítico*, tratando de Aristóteles, dice: que luego que aparecieron en Francia nuevas opiniones contrarias a este filósofo, tanto los teólogos protestantes, como los católicos acudieron apresurados a su socorro, implorando de una y otra parte el auxilio del brazo secular contra los nuevos filósofos.

13. ¿Dónde está, pues, esa uniforme

conspiración de los herejes contra Aristóteles, que tanto se clamorea? En la imaginación de los que careciendo de noticias legítimas, sólo se informan de rumores populares.

§ VI

14. Miremos la materia por otro lado. Díganme los que consideran la doctrina aristotélica importantísima para defender nuestros dogmas y contrastar los errores opuestos, si en alguno de los más ilustres controversistas católicos hallaron frecuentado el uso de esa doctrina para el fin de convencer a los herejes. Tengo presentes los cuatro tomos de controversia del gran Belarmino, el del eximio doctor contra la herejía anglicana, las *Disertaciones* del padre Natal Alejandro, entretejidas en su *Historia Eclesiástica* contra varias herejías; he visto la parte más considerable de las obras de controversia del famoso obispo Bossuet. Apenas algunos de éstos hacen jamás memoria de Aristóteles ni de cosa suya; si tal vez rarísima le citan, es muy de paso y para materia inconducente a los dogmas, como Belarmino, tocando la división del Gobierno entre las tres especies de monárquico, aristocrático y democrático (*De Rom. Pont.*, *lib.* 1), y el padre Suárez, tratando del Principado Político (lib. 3), aun en estas materias en que pudieran verter muchas y muy buenas cosas de Aristóteles, sólo hacen de él una ligera memoria y acuden a los Padres de la Iglesia como fuentes de la verdadera doctrina. ¿Ni qué uso de los preceptos de la dialéctica se encuentra en estos grandes autores? Ninguno. Uno u otro silogismo, formado de tarde en tarde, pero ni una palabra de conversiones, de reducciones, de equipolencias y demás baraúnda sumulística. Con razón, porque estas no son las armas propias de la Iglesia; pues como dice San Ambrosio, no es del agrado de Dios que su pueblo se defienda con las sutilezas de la dialéctica: *Non in Dialectica complacuit Deo salvum facere populum suum* (lib. I *De Fide*, cap. 3). Así se sabe que San Agustín, mientras fué hereje, toda su fuerza ponía en la dialéctica, porque el error no puede sostenerse sin el artificio del sofisma. Hecho católico, mudó de armas, porque las halló más sólidas. La Iglesia se defendió de todos sus enemigos y los rebatió vigorosamente por el espacio de mil años y más sin Aristóteles. ¿Por qué no podrá hacer ahora lo mismo?

15. No obstante lo dicho, fácilmente convendré en que en varias ocasiones pueda tener su uso la dialéctica contra los herejes, especialmente cuando sea menester descubrir la falacia de algún sofisma suyo o no se pueda sin la forma silogística reducirlos a razonar derechamente sobre el punto de la dificultad. También se debe conceder que la Teología Escolástica en la planta que hoy la tenemos de método y locuciones con que se trata y disputa, no puede subsistir sin la Lógica y Metafísica de Aristóteles, porque el método del aula es todo dialéctico (bien que para esto bastan poquísimos preceptos y es superflua tanta multitud de reglas y cuestiones como se introducen en la Lógica) y las locuciones son en gran parte derivadas de la Lógica y Metafísica. Confieso asimismo que el uso de estas locuciones tiene su utilidad, que es el hablar en las materias con precisión, distinción y claridad. Esta advertencia es del cardenal Belarmino, el cual en el libro 2 *De Christo*, capítulo 2, dice que las voces que usa la teología sin tomarlas de la Escritura no sirven para impugnar a los herejes, sino para discernir sus dogmas de los nuestros: *Nec enim Catholici dicunt istis nominibus oppugnari haereticos, sed damnari, et excludi ab Ecclesia, nam propter novas haereses cogimur nova nomina invenire, ut perspicue distinguamur ab illis, et Catholici sciant quid credere debeant.*

16. Digo que esta conducencia pueden tener la Lógica y Metafísica de Aristóteles para la Teología. Y si se pretendiere más no lo rehusaré. Pero como el encuentro de los aristotélicos con los nuevos filósofos no es sobre Metafí-

sica y Dialéctica, sino sobre la Física, quisiera saber cómo o por dónde puede interesarse la Teología Escolástica y mucho menos la Dogmática en la manutención de la Física de Aristóteles. No niego yo que hay aserciones o errores físicos que se oponen a algunos dogmas teológicos, como en el Discurso primero del segundo tomo notamos en algunos de Cartesio. Pero esto es bueno para que se descarten y condenen todos aquellos en quienes se hallare este vicio, que se opongan que no a la doctrina aristotélica, mas no para que esta sea la norma a que se ha de atender para admitir o reprobar las proposiciones en materia de física. ¿Rigió por ventura el Espíritu Santo la pluma de Aristóteles, para que creamos que todo lo que se opone a Aristóteles se opone directa e indirectamente, expresa e implícitamente a la fe? Antes bien, el ilustrísimo Cano y otros muchos notaron que en Aristóteles se hallan más errores capitales, opuestos a lo que enseña la Fe, que en otro filósofo alguno; sin embargo de que en esta materia suspendo el asenso hasta hacer recuento de los muchos que se hallan en Platón. ¿Qué conclusión teológica, ni aun qué opinión escolástica en materias teológicas se arruina por negar los cuatro elementos aristotélicos, por quitar la privación el usurpado título de principio del ente natural, por explicar las formas sustanciales y accidentales de los compuestos insensibles como las explican los filósofos modernos, por admitir átomos criados, por explicar innumerables fenómenos con el movimiento y figura de las minutísimas partículas y otras mil cosas? Es claro que ninguna. Por tanto, en Francia, en Italia y dentro de la misma Roma hay muchísimos teólogos escolásticos de profesión, aun entre los regulares, que se apartan en la filosofía de Aristóteles. El padre Maignán, que fué un gran teólogo, siguió el sistema físico totalmente opuesto al aristotélico; lo mismo su discípulo el padre Saguens. Corren los escritos de uno y otro sin que ni la Inquisición de Roma ni la de España les hayan borrado una tilde. Lo mimo digo de los escritos (siendo tantos) del incomparable Gasendo.

17. Viene aquí muy a propósito lo que el ingeniosísimo Campanela, enemigo jurado de Aristóteles, refiere haberlo sucedido siendo examinado por los señores inquisidores del Tribunal romano sobre sus opiniones filosóficas. Dice, que habiendo proferido su sentir, y confesado por suyos los escritos que sus enemigos le habían hurtado y presentado al Santo Oficio,, ni le reprehendieron por contradecir a Aristóteles, ni le mandaron que en adelante le siguiese, antes algunos de los Cardenales asistentes aprobaron su modo de filosofar: *Nec reprehensione vocali, nec praecepto recedendi ab impugnando Aristotelem, nec rationibus Patres doctissimi me obiurgarunt, sed laudarunt praecipue Cardinales Sanctorius et Bernerius et Sarnanus. Nescio cur nunc alii murmurant scioli. Videant processus in Sancto Officio, et meas opiniones ibi examinatas* (*Disp. in Prolog. instaurat. scient.*). Es cierto que Campanela filosofó después con la misma libertad que antes y siempre contra Aristóteles, sin que por eso fuese advocado a tribunal alguno, de donde se infiere que no hay en Roma la ventajosa preocupación por Aristóteles que en España.

§ VII

18. En lo que hemos discurrido hasta aquí se ve claramente lo mucho que hizo la fortuna de Aristóteles para su exaltación en las escuelas. Ahora veremos lo poco que hizo para su elevación el mérito en los tiempos que le desasistió la fortuna. Muchos de sus sectarios se imaginan que Aristóteles siempre fué la deidad de la Filosofía, y que los siglos todos, desde su muerte hasta ahora, conspiraron a darle el glorioso título de príncipe de los filósofos. Bien lejos de eso, ningún otro filósofo experimentó tan inconstante y varia la fortuna. Tanto en el mundo como en la Iglesia todo ha sido altos y bajos el

crédito de Aristóteles. Tomemos desde su origen la serie de los sucesos.

19. Por la parte de las costumbres padeció vivo y muerto terribles acusaciones. Los sacerdotes de Atenas intentaron contra él proceso sobre el crimen de irreligión, y se tomó con tal calor el negocio, que Aristóteles se vió precisado a retirarse fugitivo a Chalcis. Notáronle de ingrato a su maestro Platón, hasta llegar a decir que públicamente le había insultado, proponiéndole cuestiones capciosas, cuando Platón por la flaqueza y falta de memoria, ocasionada por su edad octogenaria, estaba inhábil para desenredar quisquillas y sofismas. No sólo le hicieron sospechoso de haber conspirado con Hermolao y Calistenes contra la vida de Alejandro, mas añadieron que había sido cómplice en la muerte de este príncipe y revelado a Antípatro que en un vaso hecho de uña de caballo o asno silvestre se le podía enviar el veneno mortífero del agua de la fuente Estigia, la cual, por ser sumamente corrosiva, todos los demás vasos de cualquier materia que fuesen gastaba y destruía. Publicaron que había sido traidor a su patria Estagyra, haciendo que cayese en manos de Filipo, rey de Macedonia, que la arruinó; aunque después, para expiar en parte tan atroz delito, obtuvo de Alejandro que la reedificase o permitiese reedificar. Imputáronle el crimen de idolatría, respecto de su esposa Pitia, a quien viva, como dicen unos, o muerta, como asientan otros, dió los mismos cultos y honores que rendían los atenienses a Ceres Eleusina. Y para complemento de todo no faltaron quienes diesen los más infames y sucios colores al grande amor que profesó a Aristóteles Hermias, tirano de Atarne, no obstante que todos aseguran que este tirano era eunuco.

20. Creo, siguiendo a los autores de juicio más sano, que ninguna de estas acusaciones tuvo fundamento sólido, y que por la mayor parte fueron hijas de odio y emulación: lo que se hace muy persuasible a vista de que los primeros autores que se descubren de ellas fueron Lycon y Arístipo, filósofos que seguían sectas opuestas a la aristotélica. Sin embargo, algunos de los filósofos modernos, por no omitir género alguno de hostilidad contra nuestro filósofo, de nuevo publican aquellos crímenes como si fuesen ciertos. Conducta reprehensible y condenada por todas las leyes de la justicia y equidad.

§ VIII

21. Pasando de las costumbres a la doctrina (que es nuestro propio asunto) y créditos en ella, el primer revés que se ofrece contemplar en la fortuna de Aristóteles es que Platón no le dejase por sucesor en la Academia, sino a su condiscípulo en la escuela platónica Espeusipo. Es verdad que a favor de éste pudo influir, no tanto el mérito de la doctrina, cuanto el vínculo del parentesco, porque era hijo de una hermana de Platón. Pero podemos conjeturar que fué un ingenio de primer orden, por lo que dejó escrito el filósofo Favorino: que Aristóteles compró sus escritos por tres talentos, suma muy considerable, pues suponiendo habló del talento ático, importaba 180 libras de plata.

22. Resarció Aristóteles la pérdida de la sucesión en la escuela platónica, levantando nueva escuela, opuesta a aquélla, en el Liceo. Así se llamaba un sitio fuera de las murallas de Atenas, donde Aristóteles y sus sucesores enseñaron, de donde pasó el nombre a la misma secta, como el de Academia a la platónica y el de Pórtico a la de Zenón. Dicen unos que Aristóteles levantó escuelas viviendo aún Platón. Otros, con más fundamento, que teniendo con su maestro la atención de no declararse su rival, se abstuvo de enseñar públicamente hasta que aquél murió.

23. Tuvo Aristóteles gran concurso de discípulos, pero quedó muy lejos de alcanzar la monarquía literaria a que aspiraba su ambición. Quería quedar único en el mundo o que el Liceo sofocase a la Academia y no hubiese otra

filosofía que la suya. Esta idea ambiciosa de Aristóteles se manifestó principalmente en el prurito continuo de impugnar, que justa, que injustamente, a todos los filósofos famosos que le precedieron. Muchos han notado en él el vicio de infidelidad en referir las opiniones ajenas, violentando el contexto y el sentido, para darles el peor semblante que podía. Santo Tomás (a quien nadie puede en esta materia recusar ni por testigo ni por juez) lo dice expresamente en el libro cuarto (1) *De Regim. Princ.*, capítulo 4, añadiendo que con quienes practicó más frecuentemente esta iniquidad fué con Platón y con Sócrates. Como estos dos eran los más famosos, y los miraba de más cerca, se interesaba más en su descrédito, por apartar los principales estorbos de su gloria. Dijo agudamente el famoso Bacon que Aristóteles usó con los demás filósofos de la política de los emperadores otomanos, que para reinar seguros matan a todos sus hermanos cuando les llega la sucesión. Es muy verisímil que como trató mucho con Alejandro, el discípulo le pegase al maestro la ambición, pues éste quiso ser único en el mundo en cuanto a la doctrina, como el otro en cuanto a la dominación.

24. Como quiera que fuese, no logró su designio. La Academia se mantuvo siempre con grandes créditos y produciendo hombres insignes. Lo más reparable en el caso es que después del transcurso de algún tiempo se advierte una notable decadencia (si ya no fué extinción total) en el Liceo, manteniéndose entonces y mucho tiempo después con aplauso y gloria la Academia. Esta decadencia se colige de que no se halla noticia más que de seis sucesores de Aristóteles en la escuela, inmediatos unos a otros, que son: el primero Teofrasto, el segundo Estratón, el tercero Licón (distinto de otro que se nombró arriba, enemigo de Aristóteles), el cuarto Aristón, el quinto Critolao, el sexto y último Diodoro. Al contrario, en la escuela platónica se cuentan trece continuados sucesores: el primero Espeusipo, el segundo Xenócrates, el tercero Polemón, el cuarto Crastes, el quinto Crantor, el sexto Arcesilao, el séptimo Lacides, el octavo Evandro, el noveno Egesino (o como le llama San Clemente Alejandrino, Hegesilao), el décimo Carneades, el undécimo Clitomaco, el duodécimo Filón Lariseo, de quien fué oyente Cicerón, el terciodécimo Antíoco Ascalonita; bien que éste tentó conciliar la doctrina platónica con la Aristotélica y la estoica, enseñando una mezcla de todas tres. Véase Tomás Stanleyo en las partes cuarta y quinta de su *Historia de la filosofía*.

25. De modo que cuando llegamos a los tiempos de Cicerón hallamos oscurecida con un fatal eclipse la secta aristotélica. O había faltado la escuela de Liceo o era tan poco frecuentada, y sus maestros de tan poco nombre, que no quedó memoria de ellos. Esta decadencia se hace más notoria por un pasaje de Cicerón (*Init. Topic.*), donde hablando con el insigne jurisconsulto Trebacio sobre que un grande retor de Roma no tenía noticia alguna de Aristóteles, añade que no lo admira, porque aun entre los filósofos eran poquísimos los que tenían noticia de él: *Minime sum admiratus eum rhetori non esse cognitum, qui ab ipsis philosophis, praeteradmodum paucos, ignoratur.* El comercio de Roma con Atenas en aquel tiempo era mucho: conque aunque Cicerón hablase sólo de los filósofos romanos, se infiere lo olvidado que estaba en una y otra parte Aristóteles, pues no podía tener nombre considerable en Atenas, quien casi totalmente era ignorado en Roma.

26. Andrónico, filósofo peripatético natural de Rodas, que vino a Roma po[r] aquel tiempo, trabajó eficazmente po[r] poner en reputación su doctrina, publicando e ilustrando con comentarios al[-]gunos libros de Aristóteles. Más com[o] quiera que sacase los libros y el auto[r] del sepulcro del olvido, le faltó mu[-]cho para colocarlos en el trono. Cobr[ó] Aristóteles nombre y sectarios; pero er[a] sin comparación mayor el número d[e] los que seguían otras escuelas. Dond[e]

se debe advertir que había entonces, fuera de la aristotélica, cuatro sectas célebres de filosofía: la platónica, la estoica, la de Epicuro y la de Pirrón. Todas habían nacido en la Grecia y todas, o por lo menos las tres primeras, tenían lugar destinado para su enseñanza en Atenas, de donde pasaron a Roma. Una cosa no se debe omitir aquí, y es que la escuela platónica produjo tres hombres ingeniosísimos: Cicerón, Plutarco y Filón, judío; la estoica otros tres muy grandes: Estrabón, Séneca y Epitecto. Busquen los aristotélicos en su escuela, discurriendo por todo aquel siglo, no digo otros seis, pero ni aun tres ni aun dos que puedan compararse a aquéllos.

27. Pasando más adelante, parece que no sólo la filosofía aristotélica cayó de aquel tal cual grado en que se había puesto, mas también padecieron notable detrimento la platónica y la estoica, pues Diógenes Laercio dice que sólo florecía en su tiempo la secta de Epicuro. Poco tiempo después de Diógenes Laercio padecieron los filósofos peripatéticos una terrible persecución en Roma, porque el emperador Antonino Caracalla (según refiere Dion Niceo, y otros apud *Gasend.*) los desterró a todos, aunque con un motivo impertinente, esto es, que aborrecía a Aritóteles, creyéndole autor de la muerte de Alejandro, cuya memoria veneraba mucho.

§ IX

28. Entretanto que las cosas de Aristóteles pasaban así entre los profanos, no era mucho lo que por otra parte le favorecían los Padres de la Iglesia y escritores sagrados. San Agustín, aunque conoció y admiró su grande ingenio, estimó más a Platón, como testifica en varias partes. San Jerónimo (1, *Advers. Jovinian.*) elogia hiperbólicamente su altísimo entendimiento. Pero en otras partes advierte que su doctrina es acomodada para defender las herejías y opuesta a los cristianos dogmas. Este era el común sentir de los doctores de la primitiva Iglesia, y por esta parte daban comúnmente grandes ventajas a Platón. San Basilio, en el libro primero contra Eunomio, después de proponerse un argumento de aquel hereje, tomado de cierta doctrina de Aristóteles, habla de éste con desprecio. Dice que no deben hacer caso los católicos de la doctrina de aquel filósofo gentil y aplica a este intento aquellas palabras del Apóstol: *Quae autem conventio Christi ad Belial? Aut quae pars fideli cum infideli.* El juicio de San Ambrosio no es más favorable, como ya vimos arriba. San Gregorio Nacianceno está terrible contra Aristóteles. Así dice en la oración primera *De Theologia*: *Aristotelis ieiunam, et angustam providentiam, versutumque item artificium, et mortales de anima sermones, et nimis humana, atque abiecta huius viri dogmata confuta.* Es verdad que este padre se declara también contra los demás filósofos gentiles, sin excluir a Platón. Así dice en la oración *De moderatione in disputationibus servanda* que las dudas de Pirrón, los silogismos de Crisipo, el malvado artificio de las artes aristotélicas (*artium Aristotelis pravum artificium*) y el hechizo de la elocuencia de Platón *son como unas plagas egipcíacas, que perniciosamente se introdujeron en la Iglesia.* Por lo cual no sé con qué razón dijo el cardenal Pallavicini en la *Historia del Concilio Tridentino*, libro 8, capítulo 19, que el Nacianceno en las oraciones del misterio de la Trinidad mezcló con los oráculos de la Escritura los documentos del estagirita. Muy lejos estaba este padre de dar tanta estimación a la doctrina de Aristóteles. No niego que en aquellas oraciones habla no sólo como teólogo, más también a veces como filósofo. Pero no se hallará que use de máxima alguna propia de la escuela peripatética, ni de otra secta alguna, sino de unas nociones generales y comunes a todos los filósofos. Sidonio Apolinar (lib. 4, epist 3, *a Claudiano*, atribuye a Platón la explicación y a Aristóteles la implicación: *Explicat ut Plato, implicat ut Aristóteles.* Lactancio Firmia-

no (1) (*De falsa Relig.*, cap. 5), haciendo cotejo de la doctrina aristotélica con la platónica acerca de Dios, dice que Aristóteles se contradice a sí mismo, proponiendo cosas repugnantes y encontradas; pero Platón está constante siempre en confesar un solo Dios, autor de todo, Donde se debe advertir, que da a éste el atributo de sapientísimo entre todos los filósofos, según el juicio común: *Plato, qui omnium sapientissimus iudicatur.* Y en el libro *De ira Dei*, capítulo 19, cuenta a Aristóteles entre los filósofos que ni temieron a Dios, ni tuvieron alguna consideración por él. Es cierto que en los escritos de Aristóteles no se puede hacer pie fijo sobre esta materia. Unas veces, y son las más, está por la idolatría y multitud de dioses; otras insinúa sin mucho rebozo que hay un Dios solo; otras parece que no admite ninguno o aquel que admite le despoja de la providencia, de la libertad y de otros atributos; de modo que parece el Dios de Benito Espinosa. Omito a San Ireneo, a San Cirilo, a San Epifanio, Orígenes, Tertuliano y otros, pues los alegados bastan para conocer el infeliz estado en que estaba Aristóteles en los primeros cinco siglos de la Iglesia, entre los principales maestros de ella.

§ X

29. Al principio del sexto siglo se mejoró la fortuna de Aristóteles por la diligencia de aquel insigne hombre, Boecio Severino, que tradujo algunos libros suyos de griego en latín, y le dió a conocer y estimar en el Occidente. Aunque éste fué un resplandor como de relámpago, que duró poco, porque con la decadencia que padecieron las ciencias humanas en los siglos inmediatos cayó también el estudio de Aristóteles.

30. Pero no mucho después que estaba sepultado este sol en Europa se vió amanecer en la Africa. Los árabes, que habían logrado sus escritos, los tradujeron en el idioma propio, aplicándose los más sabios de ellos a ilustrarlos con comentarios y a enseñar su filosofía a la morisma. La dominación sarracena hizo pasar la doctrina peripatética de Africa a España, y Averroes, que sobresalió entre todos los comentadores árabes, la hizo plausible en la escuela de Córdoba. De aquí hizo tránsito a la de París, mediante la traducción de las obras de Aristóteles de árabe en latín; aunque consta que luego se logró otra del griego, heha sobre un ejemplar que se trajo de Constantinopla y se prefirió a la primera. Esta fué una de las épocas felices para Aristóteles, porque no halló, como dijimos arriba, quien le disputase el imperio de la filosofía, ni aun un palmo de su terreno.

§ XI

31. También esta felicidad fué de breve duración, porque habiendo Almarico de Chartres, que de catedrático de Lógica en la Universidad de París pasó a tratar las Letras Sagradas, caído en varios errores, fueron éstos condenados en un Concilio que se juntó en París el año de 1209 y castigados todos los sectarios de Almarico. Este ya era muerto, pero su cadáver fué desenterrado y arrojado a una letrina. O por presunción legal o por certeza de que los errores de Almarico eran deducidos de la doctrina de Aristóteles, en el mismo Concilio fueron condenados los escritos del filósofo y prohibido con censuras leerlos y tenerlos. Rigordo dice que se prohibieron los libros de Metafísica. Roberto, monje antisiodorense, y Cesario refieren que la prohibición cayó sobre los libros de Física. Estos autores se citan en la colección de Concilios del padre Labbé, donde se añade que un legado de la Sede Apostólica, que el año de 1215 (esto es, cinco años después de concluído aquel Concilio) reformó la Universidad de París, prohibió así Física, como Metafísica de Aristóteles por estas palabras: *Non legantur libri Aristotelis de Metaphysica, et de naturali Phi-*

osophia, y que el año de 1231 el papa regorio IX prohibió de nuevo el uso e los libros que habían sido condenaos en el Concilio de París, hasta que iesen examinados y purgados de toda ospecha de error. Natal Alejandro en a *Historia Eclesiástica* dice lo mismo, legando los mismos testimonios. Lo iismo otros muchos. Por lo cual se quivocó el padre Juan Dominico Muincio cuando dice, citando al padre abbé, que las obras que se condenaon en el Concilio de París no eran de ristóteles, sino falsamente atribuídas Aristóteles, pues ni el padre Labbé ice esto, ni lo dice alguno de los auores que cita. Pudieron dar motivo a a equivocación estas palabras del mon- Rigordo: *Libelli quidam ab Arisotele, ut dicebantur, compositi, qui ocebant Metaphysicam*. Pero el expreir que se decía que aquellos libros eran e Aristóteles, cuando más es dejar en uda si lo eran o no; mas está muy ejos de afirmar que no lo fuesen. El ntisiodorense positivamente afirma que os libros condenados eran de Aristóteles, y la prohibición del legado apostóico, seis años después, cayo sobre ellos *ominatim*.

32. Este fué un golpe mortal para a doctrina aristotélica, un precipicio esde el cielo al abismo, un tránsito el trono al cadahalso. Mas como la uerte de nuestro filósofo es caer para evantar y levantar para caer, no tardó iucho tiempo en restituirse a su antiuo esplendor.

§ XII

33. Catorce años después de la conenación de Almarico vino Santo Toiás al mundo, para gran bien de la glesia y mucho honor de Aristóteles, uyos escritos ilustró con ingeniosísiios comentaros, comprobando cuanto ontradecía abiertamente a los sagraos dogmas, admitiendo lo que no tenía oposición con ellos e interpretando enignamente todo lo que tenía sentio dudoso entre la verdad y el error. Duda es que ha ocurrido a algunos, cómo habiendo precedido las prohibiciones que hemos dicho, pudo Santo Tomás leer y comentar la Física y Metafísica de Aristóteles. Campanela conjetura que así él como su maestro Alberto Magno obtuvieron permisión de la Sede Apostólica. Pero no es menester este recurso, porque vesísímilmente se puede dircurrir, que cuando estos dos hombres grandes escribieron, ya la prohibición de leer los libros de Aristóteles estaba totalmente levantada. Sobre lo cual se debe notar que la prohibición de Gregorio IX, que fué la última, tiene limitación *quousque examinati fuerint*. Muy verísímil es, pues, que este examen se hiciese luego y con la anotación de los errores que se hallaban en Aristóteles (para que nadie diese a enso a ellos) se permitiese la lectura.

34. En cuanto al motivo que tuvo Santo Tomás para ponerse tanto de parte de Aristóteles, el cardenal Pallavicino sienta no haber sido otro que el de desarmar a los mahometanos y otros enemigos de la Iglesia, que se favorecían de la autoridad de Aristóteles contra nuestros sagrados dogmas. Para este efecto no conducía tanto impugnar a Aristóteles, como explicarle. Lo primero no derribaría su autoridad, la cual estaba altamente establecida entre los árabes, y éstos eran los que en aquel siglo estaban reputados por los depositarios de las ciencias. ¿Qué hizo, pues, Santo Tomás? Al modo del advertido caudillo, que halla mucha más conveniencia en traer a su partido alguna porción de los enemigos que atacarlos a todos, concibió un proyecto digno de su generoso espíritu, que fué traer a Aristóteles al bando de la Iglesia Católica, y hacer que militasen debajo de las banderas de la verdad las armas que antes servían al error. Con esta mira (según el citado cardenal) puso de concierto a la teología escolástica con la filosofía aristotélica, aprovechándose de las voces y conceptos de ésta para explicar los misterios de aquélla. Donde advertiremos que no fué este Santo doctor, como se dice comúnmen-

te, el primero que transfirió a la teología el método escolástico, pues ya lo habían practicado antes de Santo Tomás Ruscelino Pedro Abelardo, Gilberto Porretano y otros muchos. Pero es gran gloria de Santo Tomás que un método de enseñar la Teología, que poco antes se tenía por peligroso y más acomodado para inspirar errores que para ilustrar verdades (lo que persuadían los funestos ejemplos de los tres teólogos citados, como también el de Almarico) le hiciese con su alto ingenio no sólo inocente, mas también útil.

§ XIII

35. La alta reputación que justísimamente ganó luego en la Iglesia la doctrina de Santo Tomás, hizo brillar la de Aristóteles, a que ayudaron también mucho San Buenaventura, el sutil Escoto y otros famosísimos teólogos; de modo, que en breve tiempo se puso la autoridad de Aristóteles en estado de pasar por inconcusa en las escuelas. No había conocimiento de otro algún filósofo, lo que hizo mucho para que este nombre se le adjudicase a Aristóteles por antonomasia, hasta que en el siglo XV Gemisto Pletón y el cardenal Besarion, Filósofos platónicos (a quienes siguió en el siglo siguiente Francisco Patricio) quisieron rebajar la estimación de Aristóteles, levantando sobre ella la de Platón. Pero tuvo poco suceso su empresa.

36. Por otra parte, Teofrasto Paracelso (que nació cerca del fin de aquel siglo y de quien dimos bastante noticia en el discurso segundo del tercer tomo) tocando la trompeta a favor de la filosofía hermética, que había aprendido en los escritos del famoso benedictino alemán Basilio Valentino, príncipe de los químicos, y en la escuela de otro benedictino alemán el celebérrimo abad Tritemio, de quien se confiesa discípulo el mismo Paracelso, declaró la guerra a las cuatro formidables potencias de Hipócrates, Aristóteles, Galeno y Avicena, con la introducción de los principios químicos. O que realmente hiciese curas admirables, o que tuviese arte y fortuna para persuadirlo, fué ganando algunos sectarios, que después de su muerte se multiplicaron, y otros tantos veneradores le faltaron a Aristóteles, o por mejor decir, otros tantos enemigos se levantaron contra él.

37. Casi al mismo tiempo Bernardino Telesio, natural de la ciudad de Cosenza, en el reino de Nápoles, hombre de sutil ingenio, se declaró contra la Física aristotélica, estableciendo la suya sobre los principios, que después, con alguna variación, siguió Campanela. Tuvo en Italia muchos discípulos y sectarios mientras vivió; pero no sé que hiciese después algún progreso considerable su sistema.

38. No con menos fuerza que Paracelso en Alemania y Telesio en Italia tocó alarma en Francia contra Aristóteles Pedro del Ramo, de cuya osadía en contradecir cuanto había dicho Aristóteles, como también de su muerte infeliz, dimos noticia en el primer discurso del segundo tomo. Este inventó nueva Lógica o nuevo método dialéctico, que fué entonces seguido por algunos; pero hoy apenas se halla tal cual ramista en las naciones.

§ XIV

39. Hasta aquí, desde que Santo Tomás abrazó el partido peripatético, todo fué triunfos para Aristóteles. La semilla de la doctrina química aún no había fructificado. Las demás, ni entonces ni después echaron raíces. Vino después el grande y sublime ingenio de Francisco Bacon, conde de Verulamio gran canciller de Inglaterra, quien con sutiles reflexiones advirtió los defectos de la filosofía aristotélica, o por mejor decir, advirtió que no había filosofía alguna en el mundo; que la Física de Aristóteles era pura Metafísica; que en los escritos de Platón no se hallaba más que una mera Teología natural; que la filosofía de Telesio era sólo instauración de la de Parménides,

a de Ramo, una despreciable quimera; que los químicos habían tomado a la erdad el rumbo que se debía seguir, onviene a saber, el de la experiencia. ero limitada ésta a unas pocas operaiones del fuego, corta base para funlar un sistema; concluyendo de todo sto, que era menester empezar de nueo sobre cimientos sólidos esta gran ábrica de la Filosofía, echando por el uelo como inútil todo lo edificado hasa ahora, para cuyo fin formó el proecto en aquella admirable obra, que lamó *Instauración magna*, compuesta le varios libros, como son el *Nuevo)rgano de las Ciencias, la Historia Naural, los Impetus Filosóficos, la nuea Atlantis*, etc.

40. Los escritos de este hombre hiieron muy diferente eco en el mundo que todos los antecedentes enemigos de Aristóteles: en ellos, además de un suil ingenio, una clara penetración, y ma amplísima capacidad, resplandece m genio sublime, una celsitud de índoe noble, que sin afectar superioridad, l lector le representa tener muy debao de sí a todos los que impugna. No undó Bacon nuevo sistema físico, coiociendo sus fuerzas insuficientes para anto asunto: sólo señaló el terreno londe se había de trabajar y el modo le cultivarle para producir una filosoía fructuosa (1). Esta moderación conribuyó mucho a la estimación de sus náximas, mirándolas como partos de m hombre que no atendía a su gloria, ino a la verdad. Con esto empezó a ninorarse mucho en las naciones la veeración de Aristóteles, y en esta decalencia de culto al estagirita hallaron oco después abierto el camino para ilosofar con libertad Descartes, Gasenlo y otros.

41. Campanela, aunque escribió muho contra Aristóteles, no fué poderoso desposeerle de un palmo de tierra. a suerte de este hombre fué que en todas partes admiraron su ingenio y en ninguna se enamoraron de su doctrina.

42. Descartes, luego que empezó a filosofar, se hizo un gran lugar en las naciones, y hoy tiene muchos sectarios. Pero ya son menos que cincuenta años ha, porque se han ido minorando sus créditos al paso que se fueron exaltando los de su competidor Gasendo. En general se puede decir que la filosofía corpuscular que Aristóteles había arrojado del mundo, ha tomado un gran vuelo en este siglo, porque demás de los que siguen a Descartes, Gasendo y Maignan, hay un gran cuerpo de filósofos experimentales, los cuales trabajando conforme al proyecto de Bacon examinan la naturaleza en sí misma, y de la multitud de experimentos combinados con exactitud y diligencia pretenden deducir el conocimiento particular de cada mixto, sin meterse en formar sistema universal, para el cual son insuficientes los experimentos hechos hasta ahora, aunque innumerables, y acaso lo serán todos los que en adelante se hicieren; por lo cual el designio de Bacon, que era de formar por la combinación de experimentos axiomas particulares, por la combinación de axiomas particulares otros axiomas más comunes, y de este modo ir ascendiendo poco a poco a los generalísimos, acaso cuando venga el fin del mundo no habrá llegado a la mitad del camino. Pero como la experiencia, examinada con sabia reflexión, ha descubierto que varias operaciones de la naturaleza, atribuídas antes a las cualidades aristotélicas, se ejercen precisamente en virtud del mecanismo, es esta una peocupación favorable para la filosofía corpuscular, tomada vagamente y sin determinación de sistema.

43. Finalmente, el estado presente de la Filosofía aristotélica en las naciones es que los profesores regulares por lo común la defienden; pero no son pocos (aun entre éstos) los que absolutamente la han abandonado; y son muchísimos los que cuando llega el caso de explicar cualquier particular fenómeno tocante a las cosas insensibles, re-

(1) *Adviértese que los elogios que aquí se lan a Bacon son relativos precisamente a us especulaciones físicas, confesando que para tros objetos más importantes fué hombre de ortísimas luces.*

curren al mecanismo, sin acordarse de las cualidades peripatéticas. Fuera de las religiones, para cada aristotélico hay cuarenta o cincuenta antiaristotélicos.

44. He representado, siguiendo la serie de los tiempos, los altos y bajos de la fortuna de Aristóteles: en que se ve lo primero que la fortuna no se arregló al mérito, pues éste siempre es uno y aquélla fué varia. Lo segundo, que la autoridad que algunos atribuyen a Aristóteles no está vinculada como juzgan a su doctrina en virtud de una constante, inmemorial y no interrumpida posesión. Pasemos ya de Aristóteles a sus escritos.

§ XV

45. El mérito de los escritos de Aristóteles como hoy los tenemos es inferior al mérito de su autor. Esto por dos razones: la primera, porque es dudoso si hay alguna suposición en ellos. La segunda, por la corrupción o corrupciones que han padecido desde que salieron de la pluma de Aristóteles hasta que llegaron a nosotros.

46. Por lo que mira a lo primero, no es leve la razón de dudar que se toma del catálogo de los libros de Aristóteles, hecho por Diógenes Laercio; en el cual, así como se nombran muchos que no llegaron a nosotros, faltan también no pocos de los que hoy tenemos. No se hace memoria, digo, en el catálogo de Diógenes Laercio de los ocho libros de los Físicos o *De Naturali auscultatione,* de los catorce de Metafísicos, de los cuatro *De Coaelo,* de los dos *De Generatione,* de los cuatro de Meteoros, de los diez de Etica *ad Nichomachum,* ni *De Anima* se nombran tres, sino uno sólo. La gran diligencia de este autor en informarse de la vida, doctrina y escritos de los filósofos hace muy probable que no se les escapen unas obras de tanto bulto como las que hemos nombrado, si fuesen partos legítimos de Aristóteles.

47. Responderase ácaso que se pudieron mudar los títulos de algunos libros, de modo que los que hemos nombrado estén debajo de diferente inscripción en el catálogo de Diógenes Laercio, y que también pudo mucho que entonces estaba comprehendido en un libro, dividirse después en muchos libros. No negaré que todo esto pudo ser y que en parte haya sido; pero en el todo es difícil ajustarlo. Porque (pongo por ejemplo), ¿cómo podremos introducir en el catálogo de Diógenes Laercio catorce libros de Metafísica, si de esta ciencia (según distribuyó aquel mismo catálogo por clases o facultades Francisco Patricio) no se hallan en él sino tres, uno *De Contrariis,* otro *De Principio,* otro *De Idea?* Tampoco (aunque de materias físicas se hallan setenta y cinco libros en el catálogo de Diógenes Laercio) es fácil introducir en ellos los ocho de Físicos que tenemos, porque los títulos de aquellos, exceptuando uno que hay *De Motu,* señalan materias diversas de las que se tratan en los ocho libros de Físicos; sino es que acaso se introduzcan en los treinta y siete que Laercio inscribe *naturalium per elementa.* Pero alguna violencia es menester por aquella restricción *per elementa,* porque en los ocho libros de Físicos no se hace memoria de los elementos.

48. A mucho más extendieron algunos la duda de los libros de Aristóteles. Sobre lo cual léase el siguiente pasaje de Gabriel Naudeo en el capítulo 6 de la *Apología por los grandes hombres,* donde discurriendo sobre los libros que falsamente se atribuyeron a muchos autores esclarecidos, llega a Aristóteles y dice así: *No es, pues, cosa extraña, que Francisco Pico, que sucedió tanto en la doctrina como en el principado de su tío el gran Pico, Fénix de su siglo, se haya esforzado a probar con muchas razones que es totalmente incierto, si Aristóteles compuso algún libro de los que hoy están comprehendidos en el catálogo de sus obras, lo cual fué también confirmado por Nizolio y tan examinado por Patricio, que después de investigar con exacta diligencia*

la verdad de esta proposición, concluye que entre todos los libros de este demonio de la naturaleza no hay sino cuatro muy pequeños y que son de ninguna importancia en comparación de los demás que hayan llegado a nosotros fuera de duda y controversia, conviene a saber: el de las Mecánicas y otros tres que compuso contra Zenón, Gorgias y Xenófanes.

49. La causa de esta incertidumbre que señala Naudeo, citando a Galeno y a Francisco Patricio, y que confirma Gasendo, citando a Ammonio y a Filopono, es la ansia grande de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, a juntar una copiosísima biblioteca, por la cual pagaba a precio excesivo cualquiera libro que le presentasen de alguno de los autores más famosos. De aquí vino que muchos, sabiendo cuán apreciadas eran las obras de Aristóteles, le vendieron, debajo del nombre de este filósofo, muchas que no eran suyas, sino de otros autores. Así, según el testimonio de Filopono, se hallaron en aquella biblioteca 40 libros de *Analíticos* con el nombre de Aristóteles, siendo así que no se admiten comúnmente sino cuatro. Y ¿quién sabe si los cuatro que hoy tenemos son legítimos o algunos de tantos espurios? La misma duda se ofrece en orden al libro de *Categorías*. En la librería de Alejandría dice Ammonio que había dos. Entre las obras de Aristóteles sólo tenemos uno. Acaso se habrá perdido el legítimo y el nuestro será espurio. Sin embargo, contra este capítulo de incertidumbre tenemos algo que decir y se propondrá más abajo.

50. Por lo que toca a la corrupción de las obras de Aristóteles es cuento largo y se necesita de desenvolver un pedazo de historia, el que tomaremos de dos grandes autores, Estrabón y Plutarco. Es de saber que Aristóteles, al tiempo de morir, entregó todos sus libros a su discípulo Teofrasto, como también la presidencia del Liceo. Teofrasto los entregó con el resto de su biblioteca a su discípulo Neleo. Este hizo transportarlos a Escepsis, ciudad de la Troade, patria suya, y los dejó a sus herederos: los cuales viendo la ardiente solicitud con que los Reyes de Pérgamo, de quienes eran vasallos, buscaban todo género de libros, y mucho más los de mayor estimación, para hacer una rica y numerosísima biblioteca, no queriendo enajenarse de los de Aristóteles que consideraban como una porción preciosa de su herencia, los escondieron debajo de tierra, donde estuvieron sepultados cerca de ciento sesenta años, al cabo de cuyo espacio de tiempo fueron extraídos por la posteridad de Neleo de aquella oscura prisión, pero muy maltrados, porque por una parte la humedad destiñendo el pergamino había borrado mucho; por otra los gusanos los habían roído en varias partes. En este estado fueron vendidos a Apelicon Teyo, rico vecino de Atenas y muy codicioso de libros, el cual los hizo copiar, pero los copiantes, que carecían de la habilidad necesaria, llenaron incongruamente los vacíos, supliendo según su capricho los pasajes que estaban borrados o comidos. Después de la muerte de Apelicon, su biblioteca fué transportada a Roma por el dictador Sila, y en ella los libros de Aristóteles, los cuales fueron comunicados por el bibliotecario de Sila al gramático Tiranión, que era amigo suyo, y de las manos de éste pasaron a las de Andrónico Rodio, que hizo sacar varias copias de ellos.

51. Ateneo está opuesto a esta relación, porque dice que Neleo no dejó los libros de Aristóteles a sus heredenos, sino que los vendió a Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto. Y aquí se hace lugar el reparo que ofrecimos arriba. Si los libros que tenemos de Aristóteles no fueron extraídos o copiados de los ejemplares de Alejandría, la multitud de libros espurios o supuestos a Aristóteles que había en aquella gran biblioteca, no induce incertidumbre alguna sobre las obras de Aristóteles que corren. O digámoslo de otro modo: si fueron copiados nuestros libros del original que guardaron los sucesores de Neleo, asegurados estamos por esta par-

te de la legitimidad de ellos, sin que el error que se padeció en Alejandría, comprando los espurios, nos pueda perjudicar. Ahora, pues, en esta materia más fe merecen Estrabón y Plutarco que Ateneo, ya porque son dos contra uno, ya porque Estrabón es más antiguo que Ateneo, ya porque alcanzó a Tiranión y a Andrónico Rodio y vivió en la misma ciudad de Roma, donde estaban aquellos dos: circunstancias que persuaden que estaba bien enterado de los hechos. Añado que no se dice cuándo o por qué medio se nos comunicaron los libros o legítimos o espurios de Aristóteles, que había en la Biblioteca de Ptolomeo Filadelfo. Esta biblioteca, según cuenta Plutarco, fué quemada por los soldados de César en la guerra de Alejandría. Después del incendio no se pudo sacar copia de ellos; antes del incendio no hay testimonio o memoria que lo persuada.

52. En atención a lo dicho, parece ser que el error padecido en Alejandría o la multitud de libros supuestos a Aristóteles que había en aquella Biblioteca, no induce en los que hoy tenemos la grande incertidumbre que pretenden los autores arriba alegados. Pero nos queda para contrapeso la corrupción del texto, ocasionada de los copiantes de Atenas.

53. A ésta sucedió otra segunda en Roma, porque según Estrabón también aquí hubo la inadvertencia de dar a copiar los ejemplares a sujetos idiotas, que cometieron muchos errores en el traslado, y así el texto que había venido de Atenas viciadísimo, en Roma se puso peor. Estos fueron los libros de Aristóteles que se hicieron públicos en Roma, y muy probablemente no había otros en el mundo, pues los de la biblioteca de Alejandría, siendo verdadera la narración de Estrabón, todos se deben creer espurios. Con que siendo preciso que las obras de Aristóteles que hoy existen sean copia de las que traídas de Atenas se publicaron en Roma, es consiguiente necesario que el texto que hoy tenemos esté en muchas partes corrompido, y que atribuyamos a Aristóteles lo que no le pasó por el pensamiento.

§ XVI

54. Aún no se explicó todo el mal, porque no se hizo hasta ahora cuenta de la versión de griego en latín. Toda o casi toda traducción desfigura algo el original: mucho más si se hace de una lengua más abundante de voces en otra no tan copiosa; aún más si la materia traducida pertenece a alguna facultad que se cultiva mucho en la lengua original y poco o nada en la lengua en que se saca el traslado: a que se debe añadir el que la facultad no trate de cosas del uso común o demostrables con el dedo, sino de conceptos inadecuados, cuya distinción o confusión pende del modo con que el entendimiento los percibe.

55. Todas estas circunstancias se hallan en la traducción de las obras de Aristóteles. La lengua griega es sin comparación más copiosa que la latina. De aquí vino introducirse en ésta tantas voces de aquélla, por no hallarse otras equivalentes. Pero aún son infinitas las que faltan; por lo cual se puede decir con Séneca (lib. 2, *De Benefic.*, capítulo 34): *Ingeas es copia rerum sine nomine.* Cuando, pues, uno que es perito en las dos lenguas, griega y latina quiere traducir algún escrito de aquélla a ésta, necesariamente encuentra muchas veces el tropiezo de no hallar voz latina equivalente a la griega, en cuyo caso, o ha de usar de perífrasis o de la colección de muchas voces, o ha de sustituir alguna voz que no tenga la misma significación. La perífrasis o colección de voces suple en cuanto a la significación cuando se trata de objetos que se presentan a los sentidos, y así se explican adecuadamente las voces griegas pertenecientes a matemática y anatomía. Pero las voces del uso filosófico, o por lo menos muchas de ellas, ni aun de este modo se pueden trasladar exactamente de la lengua griega a la latina, porque se ignora qué concepto pura y precisamente

esponde a ellas. Y esta imposibilidad e considera mayor si se atiende lo oco o nada que se cultivaba la física n Roma cuando vinieron a esta ciudad as obras de Aristóteles.

56. Pongamos un ejemplo en la voz *ntelequia*, que ocurre frecuentemente n el griego de Aristóteles. Esta voz, tendiendo al contexto, en unas partes arece que significa *movimiento*, en tras *forma*, en otras *alma*, en otras *uinta esencia*, en otras *Dios*. ¿Quién abrá cuál es el genuino significado de sta voz? Nadie, sin duda. De Hermo-ao Bárbaro, que fué doctísimo en la-ín y en griego, cuenta Pedro Crinito ue consultó al demonio para que le ijese el legítimo significado de esta oz, y el demonio no le quiso respon-er o él no entendió la respuesta. Su-ongo que este es cuento, pero funda-o en la verdadera imposibilidad de ntender aquella voz. De Guillelmo Budeo, que apenas tuvo igual en la in-eligencia de la lengua griega leí que nventó la nueva voz latina *perfectiha-ia* para suplemento de la griega *ente-equia*. Pero, ¿qué concepto nos da la oz *perfectihabia* que nos pueda servir ara la inteligencia del texto de Aris-óteles? Y, sin embargo, sin la inteli-encia de la voz *entelequia* queda os-uro casi cuanto sintió y escribió Aris-óteles en orden al compuesto natural.

57. ¿Qué certeza tenemos de que n otras muchas voces filosóficas no uceda casi lo mismo? ¿Quién podrá segurarnos de que las voces *sustancia*, *ccidente*, *cantidad*, *cualidad*, *relación*, *cción*, *casualidad*, *unión*, *hábito*, etc., orresponden exactamente a las voces riegas por quienes han sustituído? Es-as eran facultativas en Atenas cuando Aristóteles escribió, y hacían una es-ecie de lenguaje que sólo entendían os filósofos. ¿Qué lexicón nos han de-ado para su inteligencia? Aun aque-los primeros peripatéticos griegos que omentaron las obras de Aristóteles es uarto dudoso que las entendiesen bien. Fúndolo esto en lo que dicen Plutarco Estrabón, que los filósofos aristoté-icos que hubo antes que las obras de Aristóteles se hiciesen públicas en Roma sabían poquísimo de la filosofía aristo-télica, y eso poco sin distinción ni mé-todo, por la falta de los libros de su príncipe. Luego no había cuando éstos parecieron sujeto que pudiese estar ase-gurado de entender y explicar perfec-tamente las voces facultativas de la fi-losofía aristotélica. Y si se añade a esto el que Aristóteles en muchos de sus es-critos, especialmente en los *De Physica auscultatione*, *De Anima* y otros, afectó confusión y oscuridad (como sienten algunos) parece queda fuera de toda-duda el que nadie podría penetrarlos en el tiempo que hemos dicho.

§ XVII

58. Finalmente, resta otro capítulo de duda por la cualidad de los traduc-tores. Tradujo Juan Argiropilo los ocho libros de *Físicos*, los cuatros *De Caelo* y los diez *Eticos*. Los *De Generatione*, *De Anima* y otros muchos Pedro Al-cionio. ¿Es seguro por ventura que tra-dujeron bien, de modo que el idioma latino represente fielmente las mis-mas ideas y conceptos que se forman en la lectura de griego? No hay tal se-guridad. De Argiropilo dice Pedro Nan-nio, profesor vovaniense, que tradu-ciendo con material literalidad palabra por palabra estragó el concepto, y le aplica aquel hemistiquio: *Dat sine mente sonum*. El mismo sentir atribu-ye Baillet a otros doctos, los cuales añaden que en los pasajes donde no comprehendió la mente de Aristóteles usó *de un circuito de palabras que nada significan*. De Alcionio refiere Paulo Jovio que habiendo traducido mal al-gunas obras de Aristóteles (*cum ali-qua ex Aristotele perperam, insolen-terque vertisset*) el docto español Juan de Sepúlveda escribió contra él, mani-festando tan claramente los defectos de su traducción, que Alcionio, confuso y corrido, apeló al recurso de comprar en las librerías todos los ejemplares que pudo del escrito de Sepúlveda y hacerlos cenizas.

59. De todo lo dicho sale por consecuencia necesaria que hoy tenemos el texto de Aristóteles sumamente diverso de como le dejó su autor, de tal modo, que apenas podemos asegurar que tal o tal sentencia sea de Aristóteles, aunque la tengamos estampada entre sus obras.

§ XVIII

60. De aquí se sacan tres grandes ventajas para Aristóteles, porque se le defiende de tres grandes notas que hoy le ponen sus enemigos. La primera es la oscuridad; la segunda frecuentes contradicciones; la tercera muchos absurdos. La oscuridad es defecto casi trascendente a todos los escritos muy antiguos de materias doctrinales físicas, que sólo leemos en las traducciones, y en los de Aristóteles más forzoso, por los muchos que entraron la mano en ellos a enturbiar la doctrina que acaso en su fuente estaría clara como el agua. Decimos *acaso*, porque también es probable que en algunos de sus libros no quiso Aristóteles explicarse bastantemente. Y a favor de este sentir se alega la respuesta que dió a una carta de Alejandro, en que este príncipe se quejaba de que hubiese dado *cultatione*; cuya doctrina quería Aleal público los libros *De Naturali aus*jandro quedase reservada entre él y su maestro; a que satisfizo Aristóteles diciendo que aquellos libros estaban escritos de modo que sólo los podrían entender los que se los oyesen explicar a los dos. Bien que no faltan quienes den una interpretación favorable a esta respuesta.

61. Las contradicciones tampoco deben ponerse a cuenta de Aristóteles, habiendo otros muchos a quienes se pueden atribuir con más probabilidad. Mucho más verisímil es que éstas naciesen de los copiantes, que corrompieron el texto y pusieron mucho de su casa, que no que un hombre de un genio tan despejado y comprehensivo no advirtiese sus propias inconsecuencias, siendo tantas y de tanto bulto.

62. Los absurdos pueden considerarse o en las opiniones o en las pruebas o en todo lo que pertenece a la explicación de las materias, como definiciones, divisiones, etc. En cuanto a las opiniones, es justo que se reputen por de Aristóteles aquellas que se encuentran tratadas con extensión y son coherentes a sus principios y a lo que dice en otras partes. Pero se debe desconfiar de todo lo que se halla articulado de paso y no tiene conexión con su sistema, siempre que en ello se halle algún absurdo considerable: siendo más verisímil que éstos sean añadiduras, con que los copiantes llenaron algunos de aquellos espacios borrados o comidos en los escritos de Aristóteles. Lo mismo podemos decir de muchas razones probativas que se hallan en ellos, no sólo insuficientes, pero ridículas. Pongo por ejemplo: en el libro primero (1) *De Caelo*, capítulo 1, prueba que el mundo es perfecto, porque consta de cuerpos; prueba que todo cuerpo es perfecto, porque consta de tres dimensiones; prueba que lo que consta de tres dimensiones es perfecto, porque el número ternario todo lo comprende; y esta última proposición la prueba por cuatro capítulos. El primero es un embrollo pitagórico, más impenetrable que el laberinto de Creta: *Nam, ut Pythagorici etiam aiunt, ipsum omne, ac omnia tribus sunt definita.* El segundo, porque el principio, medio y fin (en que está toda la perfección de cada cosa o incluídas todas las cosas) hacen número ternario. El tercero, porque en los sacrificios de los Dioses se usa del número ternario, como que la naturaleza misma le dicta. El cuarto, porque hasta que haya tres no se dice *todo*; o se empieza a decir *todos* cuando haya tres. Esto es, si hay dos hombres solos, no decimos *todos*, sino *entrambos*; pero en habiendo tres no decimos *entrambos*, sino *todos*. ¿Quién podrá creer que en la mitad de un pequeño capítulo juntó tantas y tan irrisibles inepcias el que se llama príncipe de los filósofos? Omito las razones fútiles con

que resuelve los más de los problemas, pues por ser tantas y su futilidad tan visible, juzgan algunos que es supuesta a Aristóteles aquella obra.

63. La insuficiencia o redundancia que se nota en aquellas divisiones aristotélicas, cuyos miembros dividentes se exponen en un dilatado contexto, no es fácil atribuirlas a la corrupción de los ejemplares. Pero pueden en parte depender de la mala traducción o inteligencia de las voces, las cuales en su original y según la mente del autor tendrían acaso o más extenso o más estrecho significado.

64. En las definiciones se halla muchas veces claudicante Aristóteles, o porque son confusas, o porque no contienen sino una repetición del definido. ¿Qué cosa más confusa que la definición del movimiento: *Actus entis in potentia, prout in potentia*? ¿Qué es esto sino una algarabía? ¿Y qué es esto sino echar tinieblas sobre la luz, definiéndola: *Actus perspicui, quatenus perspicuum est*? La repetición del definido en la definición se halla en muchas, como en la de la cualidad *qua quales esse dicimur*, en la de la alteración *actus alterabilis, prout alterabile est*, y en otra que da del movimiento *actus mobilis, prout mobile est*. ¿Qué se hace en tales definiciones, sino repetir por un circunloquio lo mismo que se expresaba y entendía mejor en una palabra sola? El absurdo de definir de este modo las cosas, que sería intolerable en un profesor de ínfima nota, es increíble en un sabio de tan alto carácter. Por tanto, lo que discurro es que los traductores, o no comprehendiendo la significación, y energía de las voces que vieron en el original sustituyeron las que no correspondían en el latín; o no hallando voces equivalentes en este idioma quisieron suplirlas con unos circunloquios que nada explican en el objeto; que es lo que (como arriba dijimos, citando a Baillet) notaron algunos eruditos en Argiropilo.

§ XIX

65. Lo que se sigue necesariamente de todo lo dicho es que el mérito de las obras de Aristóteles como hoy las tenemos es muy inferior al del mismo Aristóteles. Los escritos son espejos de sus autores; y así les sucede lo que al espejo, que de cualquiera modo que se desfigure, representa desfigurado el original. Cicerón y Plutarco dicen que Aristóteles fué elocuentísimo. ¿Qué seña o qué vestigio de elocuencia hallamos en sus escritos? Una elocución dura, descarnada, seca y en muchas partes se echa menos el método. Así, aunque en el tiempo de aquellos dos sabios estaban ya muy alterados los escritos de Aristóteles, no tanto ni con mucho como ahora. Aun parecía en ellos la elocuencia, que a nosotros enteramente se nos ha desaparecido.

66. Por tanto, sería iniquidad hacer cargo a Aristóteles de cuanto se halla en sus obras, o mal discurrido o mal explicado. Esta injusticia cometen frecuentemente los filósofos modernos, los cuales no dejando piedra por mover a fin de desacreditar a Aristóteles, le imputan como errores suyos muchos que son borrones ajenos.

67. Mas, ¿qué? ¿Pretendemos para restablecer el honor de Aristóteles quitársele enteramente a sus escritos? No por cierto. Yo contemplo a Aristóteles como uno de los espíritus más altos y que acaso no tuvo superior en la humana naturaleza. Sus obras las considero como pinturas de artífice primoroso, en quienes después algunas groseras manos repararon lo que había desteñido la injuria de los tiempos. Veo lo que han afeado la pintura estos suplementos defectuosos; mas no por eso se me esconde la valentía de los primeros rasgos.

68. Esto es hablando de aquellos tratados que por la oscuridad de la materia o por impericia de los copiantes y traductores están más viciados; pues algunos hay y de mucha importancia, que conservan bastantemente en cuanto a la sustancia su integridad antigua. Lo

que escribió de ética, de política, de retórica casi todo es admirable y todo muestra una comprehensión y magisterio insigne. Los 18 libros que se conservan (otros muchos se perdieron según el testimonio de Plinio) pertenecientes a la historia de animales, todos son excelentes y utilísimos, aunque es obra ésta en que resplandecen más la diligencia, exactitud y erudición que el ingenio. Aumenta su precio el que fué traducida por Teodoro Gaza, el más sabio, perspicaz y puntual traductor de cuantos pusieron la mano en los escritos de Aristóteles.

69. En efecto, ninguno de los antiguos filósofos, ni aun todos juntos, nos dejaron cosa que sea comparable a las obras que poseemos de Aristóteles. Unos nada escribieron, como Sócrates. De otros sólo quedaron algunos fragmentos, como de Epicuro. De otros perecieron todos o casi todos los escritos, como de Trismegisto. Otros sólo escribieron teología natural, filosofía moral y política, como Platón, exceptuando aquella poca física que vertió en el *Timeo.* Otros sólo filosofía moral, como Séneca. Y se debe confesar, que cuanto escribieron de esta facultad Séneca, Platón y todos los demás antiguos se queda muy atrás de la ética de Aristóteles. Este de todo o casi todo escribió. Erró mucho, es verdad; pero mucho más acertó. ¿Y en qué filósofo antiguo no se hallarán a proporción de lo escrito tantos o más errores que en Aristóteles? En verdad que en Platón, que tanto preconizan los modernos, se encuentran hartos muy capitales.

70. Por otra parte los errores de Aristóteles (hablo de aquellos que son contra los sagrados dogmas) ya no pueden hacer daño alguno en las escuelas. Este es el principal capítulo por donde pretenden desterrarle sus enemigos. ¡Objeción vana y terror imaginario! ¿Qué importará que el filósofo que reina en las aulas haya caído en esos errores, si ya las aulas unánimamente los tienen descartados? ¿Qué filósofo de nuestras escuelas católicas se ha visto declinar a la idolatría ni al ateísmo? Si se me responde con Lucilio Vanini, repongo que éste no estudió a Aristóteles como se enseña en las aulas, sino como lo comentó Averroes.

71. Otra objeción especiosa hacen los modernos contra Aristóteles, y es que por sus escritos nadie se puede hacer físico o filósofo natural, porque cuanto enseñó en los ocho libros de *físicos* es pura metafísica. Respondo que en esto acaso procedió Aristóteles con más sobriedad que muchos de los filósofos que le precedieron. Lo mismo digo de los que hoy siguen a Aristóteles, respecto de los que abrazan alguno de los sistemas modernos. Yo estoy pronto a seguir cualquier nuevo sistema, como le halle establecido sobre buenos fundamentos y desembarazado de graves dificultades. Pero en todos los que hasta ahora se han propuesto encuentro tales tropiezos, que tengo por mucho mejor prescindir de todo sistema físico, creer a Aristóteles lo que funda, bien sea física o metafísica, y abandonarle siempre que me lo persuadan la razón o la experiencia. Mientras el mar no se aquieta, es prudencia detenerse en la orilla. Quiero decir: mientras no se descubre rumbo libre de grandes olas de dificultades para engolfarle dentro de la naturaleza, dicta la razón mantenerse en la playa sobre la arena seca de la metafísica.

TRANSFORMACIONES Y TRANSMIGRACIONES MAGICAS

Discurso nono

§ I

Las fábulas de las transformaciones mágicas de los hombres en bestias son por lo menos, tan antiguas como los más antiguos poetas cuyos escritos nos han quedado. En Homero y Hesíodo se leen los compañeros de Ulises transformados en brutos por los encantos de Circe, y Escyla convertida en escollo, para vengar en ella los desdenes de Glauco. A los poetas creyó esta fábula la turba del gentilismo, y de la turba del gentilismo se propagó al vulgo de la cristiandad.

2. Esta errada creencia venía a ser como consectario o secuela de la teología pagana, porque como en ésta eran venerados como deidades los demonios, se atribuía al demonio el poder que es privativo de la deidad. Sólo el supremo Dueño de la naturaleza puede ejecutar semejantes transformaciones. Así leemos como maravillas de su brazo omnipotente la de la mujer de Lot en estatua de sal y la de Nabucodonosor en buey. Como los gentiles, pues, atribuían al demonio autoridad divina, le creían capaz de hacer estos prodigios, o por sí mismo inmediatamente, o tomando por instrumentos a sus magos.

3. La tierra humilde del vulgo es de tan buena condición para trasplantarse a ella las patrañas, que las da alimento y conserva aun separadas de las raíces. Quiero decir, que aun extinguidas aquellas doctrinas erradas que dieron ocasión a la producción de las fábulas, suelen conservarse éstas en el vulgo. Así, aun removida con la luz del Evangelio la ceguedad gentílica, que atribuían jurisdicción divina al demonio, quedó en muchos la persuasión de que esta criatura infeliz puede hacer algunos prodigios superiores a la actividad de toda criatura.

§ II

4. No dudo se me extrañará al leer esto el que hable tan decisivamente en una materia, en la cual no pocos hombres doctos sienten lo mismo que el vulgo. Las transformaciones de brujas o hechiceras en gatos, sapos, lobos y otras especies de brutos, aun fuera del vulgo, tiene bastantes patronos. Sin embargo, la autoridad y la razón me arman tan poderosamente contra esta fábula, que fuera cobardía temer la multitud que está por ella, y colocar al error con mi respeto en el grado de opinión.

5. La razón, y a la verdad ineluctable, se funda en que el alma del hombre no puede naturalmente informar cuerpo que no esté organizado con organización humana. Toda forma pide necesariamente determinada configuración de la materia; de modo que es imposible subsistir en configuración propia de otra especie. Esta es doctrina comunísima de todos los filósofos. Luego no pudiendo, según la de todos los teólogos, arribar la virtud del demonio a operaciones sobrenaturales y milagrosas, es preciso confesar que no

puede el demonio hacer que el alma racional informe cuerpo alguno que esté configurado con organización propia de alguna especie irracional: luego no puede, sin romper la unión del alma con la materia, hacer que el cuerpo del hombre se transfigure en organización de otra especie. Esta es la razón. Vamos a la autoridad.

6. El gran padre San Agustín en varias partes de sus escritos se declara resueltamente contra la posibilidad de estas transformaciones mágicas, especialmente (1) en el libro *De Spiritu et Anima,* capítulos 17 y 18, y en el libro 18 *De Civitate Dei,* capítulo 18. La doctrina constante del Santo es que el demonio no puede transmutar el cuerpo del hombre en el de otra alguna especie. Y haciéndose cargo de varias historias que hay en orden a estas transformaciones, como de los compañeros de Ulises en brutos y de los Diómedes en aves, dice que en caso que no sean fabulosas estas narraciones se debe entender que aquellas transformaciones fueron sólo aparentes e ilusorias. Añade, que aun cuando los mismos pacientes testifican y aseveran haber sido convertidos en asnos, en lobos, etcétera, y haber hecho tales y tales cosas debajo de aquella peregrina figura, todo es ilusión y fantasía, nada realidad. Consiste esto (prosigue el Santo) en que el demonio, adormeciendo al paciente con profundo sueño, pinta en su fantasía con vivísimos colores la imagen de su conversión en la figura brutal, y asimismo de tales o tales operaciones consiguientes a ella, como que en la figura de jumento sirvió algún tiempo de portear varias cargas; y después, derpierto, cree haber ejecutado realmente lo que sólo fué soñado.

7. Mas, ¿qué responderemos cuando el caso se propone con tales circunstancias, que lo mismo que asegura el paciente deponen otros testigos de vista? Pongo por ejemplo, que el paciente dice que transformado en jumento sirvió en alguna casa o pueblo distante, individuando los viajes que hizo y trabajos que padeció en todo el tiempo que duró aquella miseria, y que la relación que hace es enteramente conforme a lo que vieron y observaron los vecinos de aquel pueblo o los domésticos de aquella casa.

8. Aun propuesto de este modo el caso se hace cargo de él San Agustín y se mantiene en que todo es ilusión. Dice que a este engaño concurre el demonio con dos operaciones distintas, aunque acordes y conspirantes al mismo fin. La primera es la ya expresada de representar al paciente en un profundo sueño las especies que quiere, con tal viveza, que aun saliendo del letargo juzgue que fué realidad lo soñado. La segunda, engañar los ojos de los que están despiertos con la fantástica apariencia de todo lo que soñó el otro; de modo que éstos vean lo mismo que el otro sueña; y así unos y otros concuerden en la testificación, aunque nada hay en todo ello sino fantasía y apariencia. En cuanto a las cargas que ponen al jumento, dice el Santo, que o esas son también mera ilusión de los ojos, o que el demonio invisiblemente las sostiene y transporta.

9. Esta es la doctrina de San Agustín. A que podemos añadir, que sólo con el engaño del paciente se puede salvar todo el contexto de la fábula; esto es, representándole en su letargo, que convertido en jumento ejecuta todo lo que el demonio sabe que realmente ejecuta algún jumento que sirve en algún pueblo distante; en cuyo caso conspirarán del mismo modo en la aseveración el paciente y los testigos de vista.

§ III

10. En conformidad de lo dicho pueden explicarse todas las historias, que en varios autores se hallan escritas de transformaciones que algunos hechiceros ejecutaron, en sí mismos o en otras personas, sin admitir transformación verdadera, sí sólo aparente y fantástica. De este mismo sentir son Alfonso de Castro, Delrío, Torreblanca y otros

ıuchos, y es el más común de los teó- ɔgos.

11. Pero podremos adoptar la mis- ıa solución a aquellas transformacio- es que algunos autores refieren com- robadas con todo rigor de derecho ı tribunales competentes, sobre que ıyó sentencia definitiva en toda for- ıa. ¿Diremos que o los testigos min- eron o los jueces se engañaron o los ıtores no estaban bien informados de ›s hechos? Ninguna de las tres cosas ; física o moralmente imposible. Por ınto, me ciño a lo que dice don Fran- sco Torreblanca, haciéndose cargo de sta objeción: *Yo no sé cómo pasaron sas cosas: lo que sé y me consta cier- mente, es que el demonio no puede wertir la naturaleza humana en otra gura peregrina.*

§ IV

12. Lo que decimos de las transfor- aciones mágicas han querido decir ros de las transmigraciones o vuelos octurnos de las brujas, conviene a sa- ɜr: que todo es fantástico, que no hay ealmente tales vuelos, sino que o esas ɔbres mujeres, por depravación de la ıente, juzgan que realmente vuelan y ısten a aquellos demoníacos conven- culos de que tanto se habla, o el de- ιonio, adormeciéndolas, les propone ꞁuellas representaciones en la fantasía. ıra esto alegan ejemplares de algu- ıs, que, sin embargo de la persuasión ı que estaban de que tal noche y a tal ɔra se habían hallado en aquellos abo- inables convites, esa misma noche y la misma hora las vieron dentro de ı cuarto durmiendo profundamente. l padre Delrío y Torreblanca citan ıstantes autores por esta sentencia.

13. Lo que se puede decir en esto que los dos asuntos son muy diferen- s, y así no hay consecuencia de uno otro. Las transformaciones son impo- bles al demonio, como hemos proba- ›. Las transmigraciones le son faci- ›imas, como Dios no se lo estorbe. l transferir las brujas en un brevísí- o tiempo de un lugar a otro, aunque diste centenares de leguas, no envuelve cosa que supere la facultad del demo- nio; y así puede suceder lo uno y lo otro, o que sea realidad, o que sea sue- ño o demencia. Lo cual supuesto en or- den a hechos particulares, haremos el dictamen según lo que hubieren decla- rado jueces prudentes y doctos.

14. Lo que me parece dignísimo de observarse es que ha mucho tiempo que los casos de justificarse estas transmi- graciones nocturnas son rarísimos en los tribunales. Atribuirlo a que el miedo del suplicio estorba la culpa (como dis- curre cierto autor moderno) no me pa- rece razonable, porque en otros deli- tos de más fácil comprobación y que están sujetos a iguales penas vemos in- finitos delincuentes. Puede ser que hoy se proceda con más tiento y cautela que en los tiempos pasados, y se discier- na lo que es o fatuidad en el confiten- te o ilusión en el acusador o vana pre- sunción en los testigos. Lo que en ge- neral se puede decir es que son rarísi- mos los casos de hechicería, desde que la gente es menos crédula. Los señores inquisidores pueden hablar con más de- terminación en esta materia, como quie- nes la manejan por la parte de adentro. Los que estamos de la parte de afuera no podemos pasar de una racional con- jetura. Remítome a lo dicho en el se- gundo tomo, discurso 5, desde el nú- mero 24 hasta el fin. Sin embargo, a lo que hemos escrito en aquel lugar nos pareció añadir aquí una poderosa confirmación, deducida de un libro que poco ha dio a luz monsieur de San An- drés, médico del rey cristianísimo que hoy vive y viva más que su augustísi- mo bisabuelo.

15. Este autor, en un escrito com- puesto de doce cartas, cuyo extracto hemos visto en las *Memorias de Tre- voux* del año 1726 pretende probar que cuanto se dice de brujerías y he- chicerías, nada menos es que lo que se dice. Todo lo atribuye ya a embuste, ya a ilusión, ya a ignorancia. Por los dos primeros capítulos se finge o cree exis- tente lo que no existió jamás. Por el último se imputan al influjo del demo-

nio algunos hechos verdaderos, los cuales dependen precisamente de causas naturales, aunque ocultas a los que no saben filosofar. No aprobamos en cuanto a su generalidad el empeño de este docto médico, antes le juzgamos algo arrojado. Pero algunas noticias bien justificadas que nos participa pueden ser muy útiles para moderar la nimia credulidad en esta materia.

16. La más señalada es de dos grandes pesquisas y procesos que en unos cantones de la Baja Normandía se hicieron los años de 1669 y 1670. ¡Cosa admirable! Por estos procesos constaba que en una campaña de aquellas cercanías hacían sus execrables asambleas cuatro mil brujos y brujas. ¿Es creíble esto? ¿Se hace verosímil que Dios permita al demonio reducir a tan mísera esclavitud tanto número de infelices, y esto dentro de dos palmos de tierra? Diráse que acudían allí de otras regiones y acaso de todo el mundo, como que allí tuviese fijado su trono el común enemigo. Pero esto podría admitirse si no hubiese otras mil relaciones, no pocas autorizadas también con actos judiciales, de que en otras tierras hay las mismas asambleas. Fuera de que del extracto que he visto se infiere que todos o los más reos eran de aquel territorio.

17. Dice el autor que tuvo los procesos expresados en su mano y que los examinó con gran reflexión; pero en vez de brujerías sólo halló en ellos delirios y boberías; de modo que indignado estuvo más de veinte veces para tirarlos al fuego. Añade que aunque de las deposiciones de los delincuentes resultaba haber en aquellos detestables festines furiosos bailes, destempladas comilonas y cocerse en una caldera gran multitud de tiernos infantes, los mismos que habían asistido, a la mañana se hallaban con el apetito de comer vivo y sin algún sentimiento de cansancio: la yerba del sitio señalado parecía intacta y fresca, y ninguna madre se quejó de que algún hijuelo suyo se le hubiese desaparecido.

18. De estas y otras circunstancias que omito colige el autor citado que nada había de realidad en las deposiciones expresadas, sino que todos aquellos miserables tenían viciada la imaginación con la horrible impresión de aquellos diabólicos congresos, comunicada (verisímilmente desde la infancia) por relación de otros; y recurriendo a la fantasía sus especies en el sueño, la viveza de la representación equivalía para su persuasión a la misma realidad. Nada tiene esto de imposible ni aun de inverisímil, pues se ven tantos maniáticos, que dominados de una fuerte imaginación, aun en el estado de vigilia se persuaden invenciblemente a que ven lo que imaginan.

19. Ni contra esto hace fuerza el que los deponentes mostrasen en otras materias tener el juicio en su asiento, pues se sabe que hay maniáticos de este género, que sólo deliran en asunto determinado. Tampoco la uniformidad de las deposiciones, porque como todos habían oído las mismos cosas con las mismas circunstancias, y acaso de unos a otros se habían comunicado las noticias, unas mismas cosas representaba en todos la imaginación viciada, en fuerza de la alta impresión que habían hecho las especies en el cerebro. A que se añade que la imaginación fuerte, especialmente en orden a objetos terríficos, a mediana disposición que halle es contagiosa. Ni es fácil atribuir a otra causa la imaginaria (en el senti[do] más bien fundado) posesión de toda[s] las monjas de Loudun. Tengo notici[a] de otros dos conventos de religiosas donde se repitió el mismo suceso d[e] esta universal posesión o universal ima[gi]ginación. Advierte, no obstante, el au[tor], que no fueron las deposiciones ta[n] uniformes, que no hubiese sus encuen[tros] en algunas circunstancias.

20. Sólo una dificultad queda qu[e] digerir, y es la presunción legal a fa[vor] de los jueces, de los cuales no s[e] debe creer dejasen de advertir los po[de]derosos motivos que se han propuest[o] para no dar asenso a aquellas depos[i]ciones. Mas tampoco esta objeción em[ba]baraza mucho, a vista de que el Parl

mento de Ruan, a quien se interpuso apelación, decretó se sobreseyese en la ejecución de la sentencia dada por los subalternos; y en caso de duda, antes se debe favorecer el juicio del tribunal superior que del inferior.

21. Aún se debilita más la objeción opuesta con lo que, según el autor refiere, sucedió en otra apelación interpuesta, también sobre el caso de hechicería, al mismo Parlamento de Ruan. Había el tribunal inferior condenado a pena capital por hechicera a una mujer llamada María Bucaille. Apeló ésta al Parlamento, y examinado en él el proceso, no hallaron más que el que era una insigne hipócrita, y con fingidas apariciones de ángeles cubría un comercio infame y sacrílego que tenía: en cuya consecuencia reformaron la sentencia fulminada contra ella. ¿Y es menester nada de esto? A cada paso se ve revocar en un tribunal la sentencia dada por otro. En cuyo caso, o éste o aquél yerra. Luego la decisión de los jueces no derriba a la prudencia y al discurso de la posesión en que están de examinar los motivos, para formar el juicio particular sobre ellos.

§ V

22. Una cosa no puedo menos de advertir aquí; y es, que habiendo yo en el discurso próximamente citado, número 65, virtualmente aprobado la solución del padre Martín Delrío al argumento que contra la realidad de las transmigraciones de las brujas se toma del canon *Episcopi* del Concilio Anciano, mirado después con más reflexión dicho canon, me ha parecido que la interpretación que le da el padre Delrío es violenta y opuesta a su contexto.

23. Trátase en aquel canon de unas desdichadas mujeres, las cuales, prevaricadas por el demonio dicen y creen que de noche, gineteando sobre ciertas bestias, vuelan por el aire grandes espacios de tierra y asisten con otras muchas mujeres a unos congresos, donde preside, o Diana, diosa del gentilismo, o Herodías, a quien como señora y reina suya sirven y obedecen. Dicen, pues, los padres del Concilio, que todo esto es mera ilusión de su fantasía, que no hay tales congresos ni tales transmigraciones, ni aquellas infelices salen siquiera de sus aposentos, sino que el demonio en sueños les representa éstas y otras especies semejantes; pero ellas seducidas, creen haber sido realidad lo que puramente fué sueño.

24. Sobre este supuesto, el padre Delrío con otros muchos afirma que esta canon no comprehende a las que hoy llamamos brujas y que volando de noche a lugares muy distantes, asisten a aquellos detestables conventículos donde adoran al demonio y cometen con él las abominables obscenidades que ellas mismas refieren. Su fundamento consiste sólo en las diferentes circunstancias que hay en la relación de unas y otras; esto es, que las brujas de estos tiempos ni vuelan sentadas sobre bestias, ni ven a Herodías, ni a Diana, ni creen que ésta sea verdadera deidad, que merezca adoración, etc. Añade que Diana es un no ente, que Herodías no puede salir del infierno, ni Dios permitirle al demonio que presente a aquellas mujeres, o a otro algún mortal alguna sombra o imagen suya para que la adoren. Al contrario, cuanto refieren las brujas de estos tiempos todo es posible y que no excede la facultad natural del demonio.

25. Así razona el autor citado. Pero todo me parece insuficiente para excluir de aquel canon a nuestras brujas. Lo primero, porque aunque los padres expresan aquellas particulares circunstancias, proceden luego a una sentencia universal y absoluta, independiente de ellas, y que es igualmente adaptable a las circunstancias que refieren las brujas de estos siglos; pues después de decir que todas aquellas visiones son puramente fantásticas, inspiradas por el espíritu maligno, prosiguen así: *Porque Satanás, que se transfigura en ángel de luz cuando llega a dominar la mente de cualquiera mujercilla, suje-*

tándola por la infidelidad, luego se transforma en las especies y semejanzas de diversas personas; y engañando en sueños la mente que tiene cautiva, mostrándole ya objetos alegres, ya tristes, ya personas conocidas, ya incógnitas, la lleva por cualesquiera precipicios o derrumbaderos; y siendo así que todo esto sólo lo padece el espíritu, la mente infiel juzga que acontece al cuerpo lo que pasa únicamente en el ánimo, porque, ¿quién hay que en los sueños y visiones nocturnas no salga de sí mismo y vea muchas cosas durmiendo que nunca había visto velando? Pero, ¿quién será tan necio y rudo, que estas cosas que sólo pasan en el espíritu, juzgue que también acontecen al cuerpo? Esta decisión es absoluta o independiente de tales o tales circunstancias determinadas; y en términos generales propone la práctica que tiene el demonio para engañar a estas infelices mujercillas. Ni se me diga que el canon habla sólo de las mujeres idólatras que perdieron la fe, estribando en aquellas palabras, *sujetándola por la infidelidad.* Porque si respecto de éstas, que por el crimen de infidelidad están más sujetas a su imperio, no tiene arbitrio para transferirlas corporalmente por los aires a los lugares donde se dice celebrarse aquellos congresos, y sólo puede engañar su imaginación en sueños con representaciones fantásticas, ¿qué verosimilitud hay de que tenga aquel poder a las que, por no haber perdido la fe, no están tan plenamente debajo de su dominio?

26. Lo segundo, porque el canon no ciñe a las personas de Diana y Herodías la sentencia de que esta representación se hace en sueños, antes con expresión la extiende indeterminadamente a otros objetos. Nótese aquellas palabras: *Mostrándole ya objetos alegres, ya tristes, ya personas conocidas, ya incógnitas.* Luego no se liga la sentención del canon (como juzga el padre Delrío) precisamente a aquellas mujeres que en sus congresos decían ver a Herodías y a Diana.

27. Lo tercero, porque no hay más imposibilidad en que aquellas mujeres ejecutasen y viesen corporalmente todo lo que referían, que en que sea verdad todo lo que confiesan las brujas de estos tiempos. Confieso que a Herodías no puede sacarla el demonio del infierno. Pero ¿por qué no podrá formar su imagen, representándola en un cuerpo aéreo que viesen aquellas mujeres con los ojos corpóreos? ¿O bien representar en ellos ese objeto precisamente con la inmutación del órgano? Decir que Dios no lo permitiría o no lo podría permitir es muy voluntario. ¿Cuántas historias hay de sucesos en que Dios le dió licencia al demonio para ilusiones semejantes? Lo que es cierto es que nunca Dios permitirá que el demonio engañe a los hombres en tales circunstancias, que sin culpa suya carezcan de toda luz para el desengaño. Esto repugnaría a su piedad. Pero aquellas mujeres que voluntariamente habían apostatado voluntariamente se cegaban. De Diana digo lo mismo. No hay ni hubo Diana, sino es que por este nombre se entendía, como entendían muchos, la Luna o alguna mujer célebre por su castidad y por el ejercicio de la caza, que los antiguos quisieron elevar a deidad. Pero ¿qué dificultad tendría el demonio en formar su imagen visible a los ojos en el modo que la figuraban los gentiles con arco y flechas, vestido purpúreo, los cabellos sueltos, acompañada de sus Ninfas? La transmigración por el aire igualmente es posible en un caso que en otro; y el demonio, que invisible o debajo de otra figura las traslada, ¿qué inconveniente tendrá en conducirlas debajo de la figura de alguna determinada bestia?

28. Paréceme, pues, más conforme a razón responder con otros que aquel canon es espurio o intruso. Cierto es, y lo confiesa el padre Delrío, que en muchos ejemplares griegos y latinos del Concilio Ancirano no se halla. Tampoco en las colecciones de Dionisio Exiguo y de Isidoro Mercator, que son las más antiguas. Ni debe hacernos fuerza el verle comprehendido en las de Burchardo, Ivón y Graciano, pues es

no ha obstado para que algunos doctísimos varones, aun después de la corrección de Graciano, hecha por orden de los papas Pío IV y Pío V, le tengan por apócrifo. Natal Alejandro refiere uno por uno el contenido de todos los cánones del Concilio de Ancira, hasta veinticuatro, sin hacer memoria del canon en cuestión. Asimismo se omitió en la colección del padre Labbé. Y el padre Harduino, que aumentó aquella colección, insinúa en el prólogo que no se debe hacer aprecio de los cánones que en ella se omiten, aunque se hallan en algunos colectores que nombre, y entre ellos Burchardo, Ivón y Graciano. ¿Qué necesidad hay, pues, de forzar con interpretaciones violentas el contexto de aquel canon, si tenemos este camino para salir de todo embarazo?

ADICION

29. Estando para darse a la prensa este Discurso adquirí noticia de un libro, no ha muchos años impreso en Alemania debajo del título *Cautio criminalis in processu contra sagas*, obra, que según el informe que de ella y de las circunstancias de su autor hace Vicente Placcio en su *Teatro de anónimos*, tomo I, tít. *De Scriptoribus iuridicis*, llena todos los números para desvanecer la opinión vulgar de la multitud grande de brujas que se imagina hay así en Alemania como en otras regiones. Su autor (como después se puso, porque el libro salió anónimo) fué un docto jesuíta alemán, llamado Federico Spee; y el motivo que tuvo para escribirle, explicado en una carta, cuyo extracto pone Placcio, del famoso barón de Leibnitz, contiene una narración, curiosa sí, pero trágica y lamentable en supremo grado.

30. Eran en el obispado de Herbipoli (Uvitzburg) muy frecuentes las causas criminales de brujas, y muy repetido el suplicio del fuego sobre aquellas infelices, que tenían contra sí las pruebas jurídicas de haber caído en tan horrendo crimen. Vivía a la sazón y era en aquella ciudad venerado de todos el padre Federico Spee, por su eminente doctrina y piedad, prendas que de continuo ejercitaba con las personas de uno y otro sexo que eran castigadas por el delito de magia o hechicería, no sólo administrándolas el beneficio del Sacramento de la Penitencia, mas también acompañándolas al lugar del suplicio, y esforzándolas con sus eficaces exhortaciones, hasta que exhalaban el último aliento. Sabíase que este padre tenía menos edad que la que representaba en sus muchas canas: lo que dió motivo para que en una ocasión de casual concurrencia le preguntase el señor Juan Felipe Schoemborn (a la sazón canónigo de Herbípoli, que después fué promovido al obispado de la misma Iglesia y en fin al arzobispado electoral de Maguncia) en qué consistía estar mucho más cano de lo que correspondía a sus años. Respondióle el venerable jesuíta que las brujas a quienes había conducido a la funesta pira le habían encanecido antes de tiempo. Admirado el prócer y sorprendido de tan extraña respuesta le explicó el padre el enigma. Díjole que ninguna de tantas personas como había acompañado al suplicio por el crimen de magia le había cometido realmente. Todas (*relata refero*) estaban en cuanto a esta par te inocentes. Que todo su mal venía de que cediendo a la fuerza de los tormentos, confesaban en ellos el delito de que falsamente eran acusadas, y después persistían en la confesión por el terror pánico de ser puestas de nuevo en la tortura; pero debajo del sigilo del Sacramento de la Penitencia, donde carecían de aquel temor, manifestaban no haber cometido jamás tal delito, y que, en fin, todas morían protestando su inocencia, culpando la ignorancia o malicia de los jueces y apelando entre dolorosísimos gemidos y tiernas lágrimas a aquel tribunal soberano, donde jamás puede ocultarse la verdad. La tristeza (añadió el padre) y aflicción de ánimo que le ocasionaba la muerte ignominiosa y terrible de cualquiera de aquellos inocentes eran tan grandes, que

la repetición de tan lamentable espectáculo, viciando la temperie natural de sus humores, antes de tiempo le había cubierto la cabeza de canas. Consiguientemente le manifestó el jesuíta al señor Schoemborn cómo movido de caridad y compasión había compuesto el libro de que hemos hablado, a fin de hacer más cautos o menos crédulos los jueces en aquella especie de delitos, y librar del suplicio a los que en adelante fueren injustamente acusados de haber incidido en ellos. Aquel noble eclesiástico se aprovechó tan bien de los avisos del libro y del autor, que siendo después obispo de Herbípoli, y en fin, promovido a la silla de Maguncia, advocó a sí todas las causas de hechicería que ocurrieron en los dos tribunales, en cuyo examen halló ser verdaderísimo lo que le había dicho el docto jesuíta; y por este medio cesó en aquellos países la quema de presumidos hechiceros y brujas, que antes era muy frecuente.

31. Hasta aquí el contenido de la carta del barón de Leibnitz, que se halla copiada en Placcio. Y aunque no debo disimular que estas noticias nos vienen de la pluma de un luterano, porque se sepa lo que por esta parte desmerecen el asenso, tampoco ocultaré que el barón de Leibnitz, sin embargo de su errada creencia, a que infelizmente le condujeron el nacimiento y la educación, está reputado comúnmente entre los más sabios católicos de Francia, Italia y Alemania, no sólo por un genio sublime y de prodigiosa universalidad en las ciencias humanas, mas también por autor cándido y sincero. A todo el mundo se debe hacer justicia. Pueden verse los elogios que sobre uno y otro capítulo le dan en varias partes los sabios jesuítas, autores de las *Memorias de Trevoux*. A que añado, que él testifica haber sabido toda aquella relación de boca del mismo señor Juan Felipe Schoemborn, el cual actualmente vivía y era arzobispo maguntino, al mismo tiempo que Leibnitz escribió aquella carta, y no es de creer que tuviese el atrevimiento de citar falsamente el testimonio de tan ilustre personaje.

32. Trae también Placcio el prólogo que a la segunda edición del libro del padre Federico Spee hizo el que la costeó; el cual dice que este libro hizo abrir los ojos a muchos supremos magistrados de Alemania, donde eran muy frecuentes los procesos contra brujas y hechiceras, para examinar con más atención tan grave materia: por cuya razón, habiéndose consumido prontamente todos los ejemplares de la primera edición, a algunos del Consejo Aulico y de la Cámara Imperial de Espira había parecido conveniente que se reimprimiese cuanto antes, juzgando su dirección importante, no sólo a la indemnidad de muchos inocentes, mas también al honor de Alemania y aun de la Religión Católica: *Quoniam agitur de sanguine humano et fama non solum Germaniae, sed et fidei Catholicae.*

33. Todo lo que hemos escrito en esta edición se debe entender propuesto como historia, no como doctrina; pues no necesitan de ésta los prudentísimos Tribunales de España, ni se debe tirar consecuencia a nuestra región de los excesos o inadvertencias en que acaso habrán caído varios magistrados de Alemania. Antes esto mismo nos da a conocer la necesidad que hay en otros reinos de erigir para semejantes causas el rectísimo tribunal de la Inquisición, que acá por gran dicha nuestra tenemos.

FABULAS DE LAS BATUECAS Y PAISES IMAGINARIOS

Discurso Décimo

§ I

Notable es la autoridad que logran y en todos los tiempos lograron, no sólo en el vulgo, más aún en mucha gente de letras las tradiciones populares. Puede temerse, que desvanecidas con el favor que gozan, aspiren a hombrear con las opostólicas. El autor que para cualquier hecho histórico cita la tradición constante de la ciudad, provincia o reino donde acaeció el suceso, juzga haber dado una prueba irrefragable, a que nadie puede replicar.

2. Varias veces he mostrado cuán débil es este fundamento, si está destituído de otros arrimos para establecer sobre él la verdad de la historia; porque las tradiciones populares no han menester más origen que la ficción de un embustero o la alucinación de un mentecato. La mayor parte de los hombres admite sin examen todo lo que oye. Así en todo pueblo o territorio hallará de contado un gran número de crédulos cualquiera patraña. Estos hacen luego cuerpo para persuadir a otros, que ni son tan fáciles como ellos, ni tan reflesivos, que puedan pasar por discretos. De este modo va poco a poco ganando tierra el embuste, no poco a poco ganando tierra el embuste, no sólo en el país donde nació, más también en los vecinos, y entretando con reciendo la memoria y perdiendo de vista los testimonios o instrumentos que pudieran servir al desengaño. Llegando a verse en estos términos van cayendo los más cautos y a corto plazo se halla la mentira colocada en grado de fama constante, tradición fija, voz pública, etc. Refiere Olao Magno que habiéndose desgajado por un monte altísimo la poca nieve que en la cumbre había movido con sus uñas un pajarillo, se fué engrosando tanto la pella con la nieve que iba arrollando en el camino, que hecha al fin otro monte de nieve, arruinó una población situada al pie de la montaña. Este suceso (sea verdadero o fabuloso) es un símil tan ajustado al asunto que vamos tratando, que omitimos la aplicación por ser tan clara.

3. Mas aunque varias veces, como acabo de decir, procuré mostrar cuán flaco fundamento son las tradiciones populares para establecer sobre ellas la verdad de la historia, espero ahora con un insigne ejemplo dar más brillantes luces a este desengaño.

§ II

4. Es fama común en toda España que los habitantes de las Batuecas, sitio áspero y montuoso comprehendido en el obispado de Coria, distante catorce leguas de Salamanca, ocho de Ciudad Rodrigo y vecino al santuario de la Peña de Francia, vivieron por muchos siglos sin comercio o comunicación alguna con todo el resto de España y del mundo, ignorantes e ignorados aun de los pueblos más vecinos, y que fueron descubiertos con la ocasión que ahora se dirá. Un paje y una doncella de la

casa del Duque de Alba, o determinados a casarse contra la voluntad de su amo, o medrosos de las iras de éste, porque ya la pasión de enamorados los había hecho delincuentes, buscando fugitivos sitio retirado donde esconderse, rompieron por aquellas breñas, y vencida su aspereza, encontraron a sus moradores, hombres extremamente bozales y de idioma peregrino, tan ajenos de toda comunicación con todos los demás mortales, que juzgaban ser ellos los únicos hombres que había en la tierra. Dieron después los dos fugitivos noticia de aquella gente (y aun se añade que con esta noticia aplacaron a su airado dueño) y se trato de instruirla y domesticarla, como luego se logró. Señálase comúnmente el tiempo de este suceso en el reinado de Felipe II.

5. Esta es en suma la historia del descubrimiento de las Batuecas, a que yo di asenso mucho tiempo, como los más ignorantes del vulgo. Y verdaderamente, ¿quién había de poner en duda una noticia patrocinada del consentimiento de toda España, mayormente cuando la data del hecho se señala bastantemente reciente? Digo que di asenso a esta historia, hasta que un amigo, con la ocasión de hablarme de mis primeros libros, me avisó que el retiro y descubrimiento de los batuecos debía tener lugar entre los errores comunes, por ser todo mera fábula; para cuyo desengaño me citó la *Crónica de la Reforma de los Descalzos de nuestra Señora del Carmen*. No fué menester más espuela para que yo me aplicase al examen serio del asunto, y fuí tan feliz en la averiguación, que sin mucha fatiga logré un pleno convencimiento de ser verdad lo que me había dicho el amigo, añadiendo al testimonio el que me había citado otro de no menor persuasión y fuerza.

§ III

6. Empezando por la *Crónica de la Reforma del Carmen*, transcribiré aquí sus palabras, cuales se hallan en el tomo tercero, impreso en Madrid año de 1683, libro 10, capítulo 13, donde después de referir cómo el padre fray Tomás de Jesús, electo provincial de Castilla la Vieja el año de 1597, formó el designio de edificar en su provincia un convento de desierto; cómo para este efecto envió al padre fray Alonso de la Madre de Dios a las cercanías de las Batuecas, que se informase si entre aquellas sierras había sitio a propósito para la fundación; cómo éste, animado de las noticias que le dieron, penetró las sierras y bajó al pequeño valle circundado de ellas (que es donde hoy está edificado el convento que llaman del Desierto de las Batuecas); digo que después de referir todo esto, hace el historiador una exacta y amena descripción de todo el sitio, concluída la cual prosigue así (1):

7. «La extrañeza y retiro de estos montes, de estas rigurosas breñas habían derramado en los pueblos circunvecinos opinión que allí habitaban demonios, y alegaban testigos de los mismos infestados de ellos. Decían que la causa de no ser frecuentado de los ganados era el miedo de los pastores. En los pueblos más distantes corría fama que en tiempos pasados había sido aquel sitio habitación de salvajes y gente no conocida en muchos siglos, oída, ni vista de nadie, de lengua y usos diferentes de los nuestros; que veneraban al demonio; que andaban desnudos; que pensaban ser solos en el mundo, porque nunca habían salido de aquellos claustros. Añadían haber sido halladas estas gentes por una señora de la casa de Alba, que rendida al amor de cierto caballero, dió tan mala cuenta de sí, que le fué necesario huir para salvar la vida; que ella y él, buscando lo más escondido de Castilla, hallaron estas gentes, a quienes oyeron algunas voces góticas entre las demás que no entendían; que hallaron cruces y algunos vestigios de los antiguos godos. De esta historia, que también aprobó

(1) Opinión falsa de haber sido este sitio habitación de demonios y salvajes.

el P. Nieremberg (1) da otro autor moderno por autores a nuestros archivos carmelitanos, por haber hallado en ellos después que entró allí la religión no se ven ni oyen las apariciones y ruidos que antes. Dice también que oyó decir a un padre de San Francisco que conoció a los nietos de aquellas gentes bautizados ya y hechos a nuestra fe, lengua y traje, repartidos en los pueblos de la serranía.

8. »Esta relación tiene de verdad la fama que en la Alberca y otros pueblos cercanos había, de que los pastores veían y oían algunas figuras y voces de demonios. También tiene de verdad, que después que la religión allí entró y se dijeron misas cesó todo, aunque no sé que se haya verificado el hecho con examen jurídico de los pastores. Lo demás de la historia dicha es relación de griegos, sin día ni cónsul, y ficciones poéticas para hacer comedias, como se han hecho y creído en Salamanca, Madrid y otras ciudades, de aquellos que sin examen reciben lo que oyen. Hallándose ya en aquel yermo los religiosos, preguntaron a muchas personas de aquella serranía, de las más antiguas y de mayor razón, el fundamento de esta fama, y dice el padre fray Francisco de Santa María, primer presidente que fué de la fundación: "Unos se reían de nosotros, con ser ellos serranos, de que hubiésemos creído semejante fábula: otros se quejaban de los de la Alberca, diciendo que por hacerles mal la habían inventado, dándoles opinión de hombres bárbaros y silvestres; y unos y otros juraban que era novela y que ni a padres ni a abuelos la habían oído, ni jamás en sus pueblos hubo tal noticia."

9. »Pasando más adelante y probando, aunque serranos, su intento decían: "¿Cómo es posible, padres, que en tan pequeño sitio como el de ese valle y sus cañadas se escondiese por tantos tiempos esta gente? Los rastros que vuestras reverencias aquí hallaron no fueron de población, sino de unas chozas que en tal y tal tiempo tuvieron Fulano y Fulano, pastores. ¿No ven que en estas sierras no hay lugar de esto ni asiento a propósito para población? Estas gentes, si crecieron, ¿cómo no se derramaron por estos pueblos y alquerías, donde nosotros vivimos, tan antiguos como la Alberca? ¿Cómo los que aquí bajamos de mil años a esta parte con nuestros ganados y a pescar las truchas y peces de este río jamás los vimos? ¿Cómo los que pasan por aquel camino real y conocido, por el cual Castilla la Vieja se comunica con Extremadura y Andalucía, nunca vieron estos hombres, siendo así que todo lo descubren, como vuestras reverencias echan de ver? Pues si desde esta vega estamos viendo el camino que sube y baja por aquellas sierras, claro está que los que por él caminan habían de ver los que aquí habitaban. ¿Qué sitio hay aquí competente para sustento de tanta gente, que con el tiempo había de multiplicar? ¿Donde cogían trigo? ¿Dónde apacentaban sus ganados? ¿Es posible que en tanto tiempo no hubo uno de alentado corazón que subiese a esos oteros y columbrase nuestras alquerías, penetrase por estos caminos algunas leguas y viese tantos pueblos en Castilla y Extremadura? Créannos, padres, que todo es mentira, y que no son sabios todos los que viven en las ciudades."

10. »Estas razones dichas a su modo de aquellos montañeses los convencieron ser imposible la ficción, y reparando en ella, he considerado no haberse hallado ni en nuestras historias, ni en las extranjeras caso semejante de gentes encerradas por muchos años en el corazón de los reinos, sin ver ni ser vistos de nadie. He advertido esto aquí, porque me consta que autores de obligaciones han recibido la novela y la han impreso, y me pareció servicio del Señor que no pasase adelante. Bien dijo Tertuliano que muchas veces co-

(1) Nieremb. Curios. Philos. Lib 1, cap. 35. M. Alons. Sanch. De Reb. Hispan. lib. 7, capítulo 5.

mienzan las tradiciones de alguna simplicidad o mentira, y cobrando fuerzas con el tiempo y con el patrocinio de la autoridad, se atreven a la verdad y la oscurecen. Porque no suceda esto aquí he dado este testimonio, de que es testigo fiel toda nuestra Provincia de Castilla la Vieja, que con el trato ordinario de aquellos pueblos ha cobrado esta verdad.»

11. Hasta aquí el historiador carmelitano, de cuya narración, así como se colige con toda certeza que cuanto se ha dicho del retiro, barbarie y descubrimiento de los batuecos todo es patraña y quimera, se infiere también que la fama ha sido y es algo varia en orden a algunas circunstancias del embuste. Lo que comúnmente oímos es que la cómplice fugitiva que dió ocasión al descubrimiento de las Batuecas era doncella de la casa del duque de Alba; pero en la relación citada se califica *señora de la casa de Alba,* y al que la acompañó se da el título de *caballero,* no de paje, que aunque podía ser uno y otro, era más natural nombrarle paje, si lo fuese. También se advierte en la misma narración alguna inconstancia de la común opinión en cuanto a señalar la gente que se crió encerrada y solitaria por tanto tiempo: pues por una parte se descubre que esto sólo se atribuía a los habitadores de un pueblo imaginario, colocado en el mismo valle, donde hoy está el convento de los carmelitas, y cuando más a otros que se decía moraban en las cañadas vecinas al mismo valle; y por otra parece que también eran comprehendidos en la fábula los demás que habitaban en varias alquerías por aquellas sierras. Como quiera que se discurra, es totalmente imposible el hecho. La villa de la Alberca, capital de las Batuecas, pero colocada fuera de la sierra, dista sólo dos leguas del valle donde está el convento y poco más de un cuarto de legua de la cima de la montaña, de donde se desciende al valle. En tan corta distancia los pastores de la serranía, que mediaban entre el valle y la Alberca, precisamente habían de tener noticia de esta villa y del pueblo situado en el valle, si le hubiese, y recíprocamente en cada pueblo era necesario que hubiese noticia del otro y juntamente de los serranos que mediaban. La villa de la Alberca siempre fué conocida y tuvo comunicación con el resto de Extremadura y Castilla, de lo cual hay instrumentos auténticos en dicha villa, como luego veremos. Luego es totalmente imposible que ni en el valle ni en las cañadas ni en las caídas ni en las cumbres de la sierra hubiese la gente ignorante e ignorada de todos que se ha soñado.

§ IV

12. Cuando después de pruebas tan claras restase alguna duda, la disiparían enteramente las que al mismo intento añadió el bachiller Tomás González de Manuel, presbítero, vecino del lugar de la Alberca, en un libro que intituló: *Verdadera relación y manifiesto apologético de la antigüedad de las Batuecas,* y fué impreso en Madrid el año 1693. Este autor, no sólo prueba la imposibilidad del hecho en cuestión con razones eficaces de congruencia, tomadas de la inmediación de los lugares circunvecinos, más también con varios instrumentos auténticos, de los cuales apuntaré algunos.

13. Dice hallarse en el archivo de la Alberca escrituras de más de quinientos años de antigüedad, en que los vecinos de aquellas alquerías, que serán hasta quinientos, se obligan a pagar al lugar de la Alberca ciertos pares de perdices, por vivir en la dehesa que llaman de *Surde,* centro de aquel país.

14. Que en Nuño Moral, que está en la mitad de esta dehesa, hay iglesia, donde dice el autor que estando una semana santa, fué a registrar los libros de bautizados, y los halló muy antiguos, aunque mal parados, y encontró asimismo un breviario, que mostraba tener mucha antigüedad.

15. Que la iglesia del lugar de la Alberca tiene un privilegio original, lado era de 1326, que equivale al año le 1288, en que se le concede un coto dehesa del distrito de las Batuecas, as cuales se expresan en dicho privilegio con este mismo nombre.

16. Añade que aun en tiempo de os romanos estuvieron pobladas, lo que se prueba de haber hallado un ústico arando en la alquería que llaman *Batuequillas* unas medallas de plaa de Trajano, las cuales con una desripción de las Batuecas, que se hizo l año de 1665, guardó en el archivo e Coria el señor don Francisco Zapa y Mendoza, obispo de aquella iglea.

17. Funda otra demonstración en ue los lugares de Palomero y Casal, ue son de las señoras comendadoras e *Santo Espíritu* de Salamanca, por onación del rey don Fernando I, año e 1030, rodean estas dehesas, y en que camino real, por donde se ha ido empre a Salamanca, atraviesa de meio a medio las Batuecas.

18. Alega otros muchos instrumens y memorias de tres y cuatro siglos antigüedad, por los cuales invencilemente consta que el lugar de la Alerca fué siempre conocido y comuniido con todo el resto del reino. Conuye con el chiste de un religioso gra, el cual estaba preocupado de la inión común; y hallándose de paso aquella tierra, quiso informarse invidualmente por el autor. Este le dijo ie a otro día le enteraría de todo: de hecho, el día siguiente le llevó vaos instrumentos de trescientos a cuaocientos años de antigüedad. Pero el ligioso, que entre tanto no había tedo ociosa su curiosidad, y por otro do se había desengañado, le dijo lue: «Déjese vuestra merced de eso, ie ya estoy bien informado de que los tuecos somos nosotros que hemos eído tal disparate.»

19. A vista de tantas y tan patentes uebas de ser falso lo que se dice de s habitadores de las Batuecas, ¿quién no admirará que esta fábula se haya apoderado de toda España? ¿Qué digo yo España? También a las demás naciones se ha extendido; y apenas hay geógrafo extranjero de los modernos que no dé el hecho por firme. Así se halla relacionado en el *Atlas Magno*, en Tomás Cornelio, en el *Diccionario* de Moreri y otros muchos; Cornelio y Moreri, verb. *Batuecos*, dicen que éstos son unos pueblos de España pertenecientes al obispado de Coria, en un valle muy fértil, que llaman *Valle de Batuecas*. ¿Qué cosa tan absurda como colocar muchos pueblos en un valle tan estrecho, que según las noticias seguras que hoy tenemos, apenas da espacio para una muy pequeña población? Sin embargo, con toda aquella amplitud le imaginan todos los que en España están preocupados de la fábula común, atribuyéndole la circunferencia de ocho o diez leguas, y constituyéndole una pequeña provincia, compuesta de varios pueblos, que habitaba aquella bárbara y solitaria gente. ¡Oh qué desengaño para tantos crédulos contumaces, que están siempre obstinados a favor de tradiciones populares y opiniones comunes!

§ V

20. Por dar más extensión y amenidad a este discurso, y porque concierne derechamente tanto a su materia, como a mi intento, me ha parecido dar aquí alguna noticia de algunos países o poblaciones, cuya existencia se ha creído un tiempo o aun ahora se cree, los cuales no tienen ni han tenido más ser que el que tienen los entes de razón.

21. Acaso se debe hacer lugar entre los países imaginarios a la grande isla *Atlántida*, que prolijamente describió Platón, señalándole asiento enfrente del estrecho de Hércules, que hoy llamamos de Gibraltar. El no hallarse hoy esta isla, ni vestigios de ella, no sirve para condenada por fingida, pues ya Platón se previno diciendo que un gran terre-

moto la había hundido y sepultado toda debajo de las aguas. Pero el señalarla por reino propio de Neptuno, que la dividió entre sus diez hijos, la hace sospechar tan fabulosa como la deidad cuyo trono se coloca en ella. Algunos quieren que la Atlántida de Platón sea América, y que por consiguiente esta parte del orbe haya sido conocida de los antiguos. Pero esta interpretación es opuesta al contexto de aquel filósofo, el cual dice que de la Atlántida se pasaba fácilmente a otras islas situadas enfrente de un gran continente, mayor que la Europa y la Asia. De donde es claro, que en la relación de Platón este continente, y no la Atlántida, es quien representa a la América. La ilación que de aquí se puede hacer, que los antiguos tuvieron noticia de esta cuarta parte del mundo no es segura, porque como tal vez una imaginación sin fundamento acierta con la verdad, pudo sin noticia alguna de la América, soñarse por Platón o por otro alguno de aquellos siglos un continente distinto del nuestro, proporcionado en su extensión a la América.

§ VI

22. La *Panchaya*, fertilísima de aromas, tan celebrada de los antiguos, tiene contra sí las diversas situaciones que la dan los autores. Plinio la coloca en Egipto, cerca de Heliópolis, Pomponio Mela en los trogloditas, Servio, a quien siguen otros, comentando aquel verso de Virgilio del segundo de las Geórgicas: *Totaque thuriferis Panchaja pinguis arenis*, la pone en la Arabia Feliz. Pero la opinión más famosa es la de Diodoro Sículo, que en el libro 5 hace a la Panchaya isla del Océano arábico, muy abundante de incienso y muy rica por la frecuencia de mercaderes que concurrían de la India, de la Escitia y de Creta. Esto último no puede ser, si no es que se diga que esta isla se sumergió como la Atlántida, pues hoy con los repetidos viajes a la India Oriental, están reconocidas cuantas islas hay en todos aquellos mares que bañan las costas meridionales de Africa y Asia. Fingieron los antiguos ser la Panchaya patria del Fénix; y es natural que para cuna de una ave que nadie ha visto buscasen una región por donde nadie hasta ahora ha peregrinado.

§ VII

23. Don Sebastián de Medrano, en su *Geografía*, citando al padre Haitón, dominicano, dice que hay en la Georgia (región de la Asia) una provincia llamada Ansen, que tendrá tres jornadas de travesía, la cual está siempre cubierta toda de una nube oscura, sin que pueda entrar ni salir nadie en todo aquel territorio, y dentro se oye ruido de gente, relinchos de caballos, canto de gallos, y por cierto río que de allá sale, trayendo en su corriente algunas cosas, se conoce manifiestamente que debajo de aquella nube habita gente. Esta noticia no se puede dudar que es fabulosa, pues no se halla en alguno de los geógrafos modernos ni en alguna de las muchas relaciones de la Georgia, escritas por varios autores que han viajado por aquella región; y el argumento negativo en estas circunstancias es concluyente, siendo moralmente imposible que todos callasen una cosa tan singular. Si hubiese una nube que circundase, no sólo la provincia de Ansen, sino toda la Georgia, imposibilitando la entrada y la salida, sería muy cómoda a las pobres georgianas, a las cuales, por ser reputadas las más hermosas mujeres que hay en el mundo y por serlo efectivamente, a cada paso roban sus propios parientes para venderlas en Persia, Turquía y otras partes

§ VIII

24. El grande imperio del Cata[illegible] que hicieron tan famoso algunos ge[illegible] grafos, es no menos fabuloso que [illegible] moso. Colocábase este vasto domi[illegible] en lo último de la Asia, al norte de[illegible]

China, y se le señalaba por Corte la iudad de Cambalú, proporcionada por l número de habitadores y majestad e edificios a la grandeza del monarca ue en ella residía. Mas al fin corte, ionarca y monarquía se han desapaecido, hallándose que lo que se llaiaba Catay, no es otra cosa que la par- septentrional de la China, la cual omprehente seis provincias, como la ieridional nueve, y que la ciudad de ambalú es distinta de la corte de Peín. El origen que pudo tener esta fábula que los moscovitas llaman a la China *Kin-tai*; y como en los tiempos paidos, ni estaba el imperio del zar tracado ni se sabían sus límites ni se ensaba que fuesen tan dilatados, cuan- los moscovitas decían que confinain con el imperio del *Kin-tai* (como hecho se extiende el dominio del r hasta las puertas de la China), los iropeos entendían por el *Kin-tai* un an estado intermedio entre el de Mosvia y el de la China. Y si es cierto que se lee en el *Diccionario* de Mori que los moscovitas y sarracenos dan Pekín el nombre de Cambalú, parece puede colegir como seguro que de s diferentes nombres que se daban la capital y al imperio vino el error juzgarlos distintos, siendo uno sólo. imismo conjeturo, que una ciudad pulosísima llamada Quinsai o Quini, que algunos geográficos ponen en Oriente, es indistinta de Pekín, y e este error nació del mismo prinpio; quiero decir que la voz *Kin-tai*, e los moscovitas dan a la China, co-mpido a *Catai*, se tomó por un imrio, y corrompido a *Quintzai* por a ciudad.

§ IX

25. Muchos juzgan existente despés del Diluvio el Paraíso terrenal, debajo de esta razón debe ser comprehendido entre los países imaginarios. gunos padres y expositores graves ron de aquel sentir; lo que era exable en ellos, porque en su tiempo estaba tan pisado el orbe como ahora, y eran muy escasas y aun muy mentirosas las noticias que había de las regiones más distantes. Pero hoy que no hay porción alguna de tierra donde verisímilmente pueda colocarse el Paraíso, que no esté hollada y examinada por innumerables viajeros y comerciantes europeos, carece de toda probabilidad la opinión que le juzga existente. Dije *donde verisímilmente pueda colocarse el Paraíso*, por excluir algunas opiniones absurdas que hubo en esta materia, señalando su lugar, o ya debajo del Polo ártico o sobre un monte altísimo vecino a la luna o sobre la superficie de la misma luna, etc. Es cierto que la amenidad, fertilidad y temperie dulce del Paraíso pedían una región y sitio muy templado, cual no se puede hallar sino a mucha distancia de uno y otro Polo, y cuantas regiones gozan de esta distancia están hoy bien examinadas, sin que se haya visto seña alguna del Paraíso o de su vecindad. Lo que algunos cuentan que cierto monje llamado Macario con tres compañeros se aplicó a buscar el Paraíso, y después de peregrinar muchas y remotísimas regiones llegó a la vista de él, mas no se le permitió la entrada, es fábula de que se ríen todos los cuerdos.

§ X

26. A alguna distancia de la Islas Canarias se señala otra, a quien se dió el nombre de *San Borondón*, y de quien se cuenta una cosa muy extraordinaria. Dicen que esta isla se descubre desde la que llaman *del Hierro*, cuando los días son muy claros; pero por más diligencias y viajes que se hicieron para arribar a ella, jamás pudieron encontrarla. El doctor don Juan Núñez de la Peña, en su *Historia de la conquista y antigüedades de las Canarias*, refiere que el año de 1570 salieron en tres navíos a buscarla Hernando de Troya y Fernando Alvarez, vecino de Canarias, y Hernando de Villalobos, regidor de la isla de Palma; como también el año de 604 salió otro navío de la Pal-

ma, que llevaba por piloto a Gaspar Perez de Acosta y al padre fray Lorenzo Pinedo, de la Orden de San Francisco, insigne hombre de mar; pero en uno y otro viaje, no sólo no se encontró la pretendida isla, pero ni aun vestigio en los aguajes, fondo, vientos y otras señales que se observan cuando hay tierra cercana. Tengo también noticia de que habrá diez u once años, siendo gobernador de las Canarias don Juan de Mur y Aguirre, sobre nueva noticia de que se había divisado la isla, se despacharon embarcaciones a buscarla y volvieron como las antecedentes.

27. Sin embargo, el autor citado asiente a la existencia de dicha isla, movido de unos papeles viejos que vió en poder del capitán Bartolomé Román de la Peña, vecino de Garachico, en quienes se contenía una información hecha el año de 1570 en la isla del Hierro, de orden de la Audiencia, por Alonso de Espinosa, gobernador de aquella isla. En dicha información deponen muchos haber visto la isla en cuestión desde la del Hierro, y que el sol se escondía al ponerse por una de sus puntas. Esto es lo más jurídico que hay en comprobación de su existencia, porque lo demás se reduce a deposiciones singulares y cuentos de algunos marineros, que por accidente arribaron a ella, pero no pudieron detenerse por los rigurosos temporales que les sobrevinieron (1).

28. Tomás Cornelio, en su *Diccio nario Geográfico*, se inclina al mism sentir de que realmente hay tal isla aunque conviene en el hecho de que en muchas tentativas que se hicieron ja más se pudo encontrar. En uno y otr procede sobre la fe de Linschot, que e el único autor que cita, y que lo es d una descripción de las Canarias. Yo por el contrario, estoy persuadido qu la isla de San Borondón es una mera ilusión, para lo cual me fundo en la observaciones siguientes.

29. Observo lo primero, que las distancias en que colocan esta isla respecto de la del Hierro (que es de donde dicen se divisa), los autores que quieren acreditar su realidad discrepan enormemente. Tomás Cornelio la pone cien leguas distante de la del Hierro otros en la cercanía de quince a diecio cho leguas. Esta diversidad por sí sol basta a inducir una suma desconfianz de las noticias que nos dan de esta isl sus patronos. Donde debe advertirse que si la distancia fuese tanta como dic Tomás Cornelio, sería imposible verl desde la isla del Hierro.

30. Observo lo segundo, que si l distancia fuese tan corta que desde un isla se descubriese la otra, es totalme te inverisímil que algunas de las em barcaciones destinadas a buscar la is pretendida no hubiesen dado con ell Dicen algunos, o por mejor decir echan a adivinar, que está siempre c bierta de nubes que estorban el hall go. Pero si es así, ¿cómo se ha vi

(1) En un manuscrito que tengo sobre la cuesión de la isla de San Borondón, cuyo autor es un jesuíta que poco ha era rector del Colegio de Orotava en la isla de Tenerife, leí una particularidad de la información hecha el año de 1737 en prueba de la existencia de aquella isla, que arguye, o que no se hizo jamás tal información, o que se hizo con testigos nada veraces. Uno de ellos, que decía haber estado en aquella isla forzado de los vientos, al venir del Brasil en una carabela portuguesa, cuya piloto se llamaba Pedro Bello, depuso, entre otras cosas, que había visto en la arena de playa pisadas humanas de la gente que habitaba la isla, que representaban ser los pies doblados mayores que los nuestros y a proposición la distancia de los pasos. Añade el jesuíta que el mismo piloto y un compañero suyo, que fueron de otros dos testigos examinados, en lo prin pal convinieron contestes. ¿Quién se acon dará a ceer, que en un sitio tan vecino a Canarias y debajo del mismo clima haya gentes tales, cuales no se ven, no sólo en Canarias, mas ni en otra parte alguna mundo? Así aquella información, si se hi más es prueba en contrario que a favor. jesuíta que citamos dice que de dicha formación nadie ha visto sino una copia s ple que dejó Próspero Gazola, ingeni avecindado en las Canarias por los años 1590 y se inclina a que fué supuesta. Aun nosotros damos a la isla cuestionada el n bre de *San Borondón*, el jesuíta la llama si pre de *San Blandón*.

ι veces desde la isla del Hierro? Mas: ¿quién quita a las embarcaciones irse lerechamente a esas misma nubes o ieblas que la cubren? Las cuales, bien ejos de ser estorbo, antes servirían de uía. Y en caso que se finja ser aquelas nubes como la de la Georgia, que o permitía penetrarse, ¿cómo arribaon algunos marineros por casualidad según se cuenta) a aquella isla? Más: n aquellos días clarísimos, en que se ivisa desde la del Hierro. fácil sería espachar prontamente un bajel, el ual en este caso no la perdiera de ista.

31. Dicen o sueñan otros que la coriente del agua es tan violenta en aquel tio, que desvía a los bajeles, preciindolos a otro rumbo. Pero, ¿cómo rribaron los que se dice que por caıalidad arribaron? ¿O ese grande ímetu es a tiempos o continuo? Si a empos, fácilmente se pudo observar yuntura favorable para que arribasen s embarcaciones destinadas a este innto. Si continuo, ningún bajel podría ribar jamás. Estas razones, y otras que puedieran añadir, son tan fuertes, ie algunos, previéndolas, han recurrido milagro, como se puede ver en Tomás ornelio: recurso infeliz de fenómeos deplorados. No hay mentira que no ieda defenderse de este modo. Mala usa tiene el reo que se acoge a saado, y suena en algún modo a sacríga osadía buscar la Omnipotencia ıra que haga sombra a una patraña.

32. Observo lo tercero, que según regla comunísima y prudentísima ie hasta ahora se ha observado para ndenar por fabulosas varias noticias rtenecientes a la historia natural, se be asimismo condenar por fabulosa isla de San Borondón. Es cierto que que los antiguos naturalistas nos jaron escrito de hombres con cabes caninas, otros con los ojos en los mbros. otros sin boca, que se alientan de olores, etc., se derivó de alnos viajeros que decían haber vist aquellas monstruosidades. No obstıte lo cual, porque en los muchos viajes que en estos últimos siglos se hicieron por las regiones de Africa y Asia no se encontraron tales hombres, se tienen por fabulosos. Aplicando esta regla a nuestro caso digo que en atención a que la isla de San Borondón jamás fué encontrada por los que de intento la buscaron, se debe despreciar la relación de uno u otro marinero, que dijeron haber aportado a aquella isla.

33. Observo lo cuarto, que la información hecha de haberse visto algunas veces la isla de San Borondón desde la del Hierro nada prueba. Es constante que en los objetos que por muy distantes se divisan confusísimamente, cada uno ve lo que se le antoja, y suele ser la apariencia muy distinta de la realidad; un peñasco representa ser edificio, la junta de muchas peñas una ciudad formada, un rebaño de cabras nieve que cubre la cima del monte. ¿Qué dificultad, pues, hay en que a muchos vecinos de la isla del Hierro se les representase ser isla alguna nube o niebla que a tiempos se levante hacia aquella parte donde colocan la isla de San Borondón? Puede aquel sitio, por razón de los minerales que estén sepultados en él, ser más a propósito que otros para levantar a tiempos hálitos o exhalaciones, que miradas de lejos hagan representación de isla o montaña que se eleva sobre la aguas.

34. ¿Qué digo yo de objetos distantes? Aun en los más cercanos suceden semejantes ilusiones. Pocos años ha que en la ciudad de Santiago se hizo información plena de que en el Santuario de nuestra Señora de la Barca (hacia el cabo de Finisterre) se veían frecuentemente ángeles danzando delante de aquella santa imagen. No sólo ángeles, mas toda la corte celestial, según las deposiciones de muchos, bajaba a dar culto al venerable simulacro. Uno veía a San Francisco con sus llagas; otro a Santa Catalina con su rueda; otro al Apóstol Santiago con su esclavina; otro un Eccehomo; otro un Crucifijo. Cada uno veía el santo o misterio que quería; y sólo faltó que

alguno viese las once mil vírgenes y las contase una por una. A todo esto dió ocasión una cortina pendiente delante de la imagen, la cual, cuando por estar descosidos por una parte la tela y el aforro, el ambiente movido, introduciéndose por la abertura la agitaba, juntándose la circunstancia de que el sol hiriese una vidriera puesta enfrente con los varios ondeos de la tela y el aforro hacía diferentes visos, que cada uno interpretaba a su modo. El portento corrió por toda España acreditado por aquella información. Pero no se tardó mucho en hacer nuevo y más atento examen por sujetos de gran juicio y literatura, en que no se halló sino una imperfectísima apariencia: ni aun ésta perseveraba, cuando en lugar de aquella cortina se ponía otra.

35. Ultimamente observo, que aun cuando imprimiese en los ojos perfecta imagen de isla la que se veía desde la del Hierro, no se infiere de aquí que realmente lo fuese. Desempeñarán ésta, que parece paradoja, dos célebres fenómenos. El primero es una apariencia que los moradores de la ciudad de Reggio en el reino de Nápoles llaman *la Morgana*. Vese muchas veces levantarse sobre el mar vecino a aquella ciudad una magnífica apariencia, en que se divisan edificios, selvas, hombres, brutos, en fin todo lo que puede componer una ciudad con el territorio adyacente. El segundo es el que observó pocos años ha el padre Fevillé, mínimo, doctísimo matemático de la Academia Real de las Ciencias. Pareció una mañana enfrente de Marsella una nueva tierra, en que se veían y divisaban con catalejos, árboles, montes, ríos, animales y todo lo demás de que consta un país poblado. Fué avisado de tan portentosa novedad el padre Fevillé, quien subiendo a su observatorio vió lo mismo que los demás; pero haciendo luego atenta reflexión sobre el caso, volvió los ojos a la tierra de Marsella y halló que en la nueva tierra se representaba todo lo que había en aquélla: de donde coligió ser una nube especular, donde se imprimía la imagen de la ciudad y territorio que tenía enfrente, como sucede en los espejos. Asimismo pudo suceder que la isla descubierta desde la del Hierro no fuese más que una imagen de ésta (más o menos clara, más o menos confusa) impresa en alguna nube especular a cierta distancia.

§ XI

36. Dase el nombre de Frislandia a una isla del Océano Septentrional, muy vecina al polo, que se dice haber sido descubierta tres siglos ha por Nicolao Zeno, veneciano (Nicolao Zevi le llama el Diccionario de Moreri, citando a Baudrant, pero éste dice Zeno y no Zevi). De esta isla no se ha hallado después algún vestigio, aunque el lugar que se le señalaba, conviene a saber, junto a la Groenlandia, es todos los años frecuentadísimo de los pescadores europeos. Discúrrese que el Zeno se equivocó, tomando alguna parte de la Groenlandia por isla distinta.

37. De esta misma naturaleza es l[illegible] que llaman *Java menor* en el Océan[illegible] Indico, al Oriente de otra grande isl[illegible] que llaman *Java mayor*. Pero consta [illegible] por la deposición de muchos navega[illegible]tes modernos, que no hay más de u[illegible] Java, la cual por ser muy larga pu[illegible] motivar la opinión de que alguna po[illegible]ción suya, mal reconocida, era isla [illegible]parada y diversa de la otra. Por tant[illegible] en las tablas geográficas modernas [illegible] no se pone más de una isla con el no[illegible]bre de Java (1).

§ XII

38. En la América hay algunos p[illegible]ses o poblaciones imaginarias, que [illegible]bricó en la fantasía de nuestros es[illegible]ñoles la codicia del precioso me[illegible]. Aquel ente de razón, *mons aur*[illegible]

(1) Acaso la isla que antes se llamaba [illegible] *menor* es la que hoy, mudado el nombre [illegible] llama *Baly*.

monte de oro, que anda tanto en las plumas y bocas de los lógicos, parece que tuvo su primer nacimiento en los descubridores y comerciantes del Nuevo Mundo. De la codicia, digo, de nuestros españoles nació el soñar que hacia tal o tal playa hay algún riquísimo país y que después inútilmente buscasen como verdaderas unas riquezas que eran puramente soñadas. Esto es puntualmente lo de Claudiano, hablando de un avaro, cuando despierta después de soñar tesoros:

Et vigil elapsas quaerit avarus opes.

A veces (según nota el padre Acosta) hacía esto de embuste de los indios, que por apartar de sí a los españoles, procuraban empeñarlos en el descubrimiento y conquista de algún país riquísimo, que fingían hacia tal o tal parte.

39. En el Perú ha muchos años corre la opinión de que entre aquel reino y el Brasil hay un dilatado y poderoso imperio, a quien llaman *el gran Paititi.* Dicen que allí se retiraron con inmensas riquezas el resto de los incas, cuando se conquistó el Perú por los españoles, fundando y sustituyendo el nuevo imperio al que habían perdido. El adelantado Juan de Salinas (según refiere el padre José de Acosta), Pedro de Ursúa y otros hicieron varias entradas para descubrirle, volviéndose todos sin haber hallado lo que buscaban. Tengo noticia de que en los últimos años del señor Carlos II, un paisano mío llamado don Benito Quiroga, hombre de gran corazón, mas no de igual cordura, empeñado en buscar el gran Paititi, con gente armada a su costa, arruinó todo su caudal, que era muy crecido, y después de tres años de peregrinación se restituyó, trayendo consigo una cosa más preciosa que el oro, aunque menos estimada en el mundo, que fué el desengaño (1).

§ XIII

40. En Tierra Firme, en la provincia que llaman de la Guayana, que está al sur de Caracas, dicen también que hay un pueblo, a quien llaman *El Do-*

(1) En la dedicatoria del libro *Nobiliario de Galicia,* obra póstuma del maestro Felipe de Gándara, augustiniano, la cual dedicatoria es compuesta por un tal Julián de Paredes y dirigida a don Antonio López de Quiroga, maestre de campo en los reinos del Perú, se lee que don Benito de Ribera y Quiroga, sobrino del expresado caballero, fué enviado por su tío a la conquista del grande imperio del Paititi, y que llevaba ya gastados en la empresa, cuando se hizo le dedicatoria, trescientos mil pesos; a que añade el autor que se esperaba duplicar este gasto en la prosecución del empeño. Allí mismo se da por existente este riquísimo imperio y se demarca como confinante con las provincias de Santa Cruz de la Sierra y Valle de Cochabamba.

2. El padre Navarrete en su *Historia de la China,* dice que le afirmaron personas de toda satisfacción, que en la corte del gran Paititi la calle de los Plateros tenía más de tres mil oficiales; pero el autor de los *Reparos Historiales Apologéticos,* después de reírse de la credulidad del padre Navarrete, confirma todo lo que hemos dicho en orden al Paititi, el Dorado, ciudad de los Césares y gran Quivira. Copiaré aquí lo que dice sobre la materia, porque afianza las noticias que hemos dado y añade otras.

3. La verdad es, que los sueños de la codicia, permitiéndolo así Dios para que se propague la Fe, han imaginado montes de oro. Por la parte de la América Septentrional, en la gran Quivira, que tantas diligencias y desvelos costó a muchos españoles; por la parte de la austral, en la rica *Ciudad del Sol,* cerca de la Línea; en las ciudades de los Césares, junto al Estrecho de Magallanes, y en la tierra del Paititi, junto al Marañón; sin que hayan hallado los que han tornado esta empresa otra cosa más que unas tierras pobres, habitadas por indios bárbaros, que, ya rancheados junto a los esteros de los ríos, ya embreñados en los picachos de los montes, añaden al maíz lo que pescan y lo que cazan, y principalmente, se sustentan de comerse unos a otros. Buscando las ciudades de los Césares, entró la tierra adentro pocos años ha el padre Nicolás Mascardo, de la Compañía de Jesús, apóstol de las Indias de Chiloe, y sólo consigupió morir a manos de su celo, sin encontrar nada de lo que buscaba. El padre Francisco Diaztaño, de la misma Compañía, después de muchos trabajos, llegó a la tierra que se presumió ser la del Paititi, y nada se halló menos que todo lo que el padre Navarrete pone de más. Lo que hay en aquella tierra es una pobre gente, desnuda y como brutos, sin más lugares, gobierno ni política que andarse de una parte a

rado, porque es tan rico que las tejas de las casas son de oro. El adelantado Juan de Salinas, de quien se habló arriba, buscó asimismo este precioso pueblo, y después de él otros muchos, todos inútilmente.

41. Y porque no se piense que la falta de industria o de osadía estorbó a nuestros españoles el hallazgo, copiaré aquí, con sus propias palabras, una cosa bien notable que refiere el padre Acosta: «El adelantado Juan de

---

otra siguiendo a los hechiceros, que con embustes que les predican, los engaitan y embelesan.

4. Esta fama o hablilla del Paititi es tan antigua, que el padre José de Acosta, que imprimió su *Historia Natural de las Indias* en Sevilla, año de 1590, hace mención de ella como cosa recibida. Y en el capítulo 6 del lib. 2 dice que el río Marañón pasa por los grandes campos y llanadas del Paititi, del Dorado y de las Amazonas. El licenciado Antonio de León Pinelo, en el curioso y docto *Tratado del Chocolate*, fol 3, dice: *En las tierras del Tepuarie y del Paititi, que por la Arixaca se han descubierto a las cabezadas del gran río Marañón, dicen las relaciones que se hallan montes de cacao.* Si estos montes son acaso los que encontró el padre Cristóbal de Acuña en el descubrimiento del caudaloso río, no puede haber tierra más desengañada que la del celebrado Paititi. Allí no hay más que selvas y mucha maleza, raros habitadores y sin rastro de cultura ni vida civil; con que por esa parte hay muy mal aliño de encontrar la opulenta metrópoli del Paititi.

5. El padre fray Domingo Navarrete se gobernó por los informes del P : : :, que dijo haber llegado a la corte del Imperio del *Paititi*, y en prueba de ello, motraba en Lima, pintado en un mapa, todo aquel felicísimo país, señalando en él tres cerros de inestimable valor y riqueza. ¡Gran cosa es tener ingenio para adelantar ideas! Siendo virrey del Perú el conde de Chinchón ofreció a los de Cochambra cierto personaje muy celebrado por su extravagante espíritu el descubrimiento de tres cerros de plata, cada uno tan rico como el Potosí; y el efecto que tuvo esta oferta fué que los cerros de plata se quedaron en el espacio imaginario, y el dinero que se prestó sobre el crédito de esta confianza en el estado de la imposibilidad. El ejemplar de este engaño quedó más corto, pues los cerros del Paititi tuvieron más recomendación, porque el uno era de oro y el otro de plata y el tercero de sal, con que no había más que pedir; y no hay que ponerlos en duda, pues así estaban pintados en el mapa.

6. El celo del servicio del Rey no permitió que este punto se quedase solamente en presunción; y así, después de otras entradas que en vano se hicieron por la parte del Cuzco, siendo virrey el conde de Lemos, entró por la parte de Atixaca don Benito de Ribera (*es el mismo que nosotros llamamos don Benito de Quiroga, porque tenía uno y otro apellido*) en nombre de su tío Antonio López de Quiroga (*a quien está dedicado el* Nobiliario *del padre Gándara*) con la escolta de soldados que pareció bastante para esta importante empresa, llevando por su sargento mayor a don Juan Pacheco de Santa Cruz. Acompañóle, para asistir en lo espiritual y eclesiástico, el muy reverendo padre fray Fernando de Rivero, de la orden de Predicadores, pareciéndole muy digno de su apostólico celo el heroico asunto de tan gran conquista. Faltóle el suceso, mas no el merecimiento. Lo que hallaron, después de larga peregrinación, sólo fueron algunos indios pobres y desamparados, divididos en incultas y cortas rancherías; el cielo turbio de nubes, que se desataba en continuos y tempestuosos aguaceros, la tierra inculta, pantanosa y estéril y todas sus esperanzas engañosas.

7. Parece que a estos conquistadores les sucedió poco menos que lo que refiere Cornelio Witfliet, en el aumento de la descripción de Ptolomeo, le sucedió a Francisco Vázquez Coronado, capitán más valiente que dichoso. Poco después de la conquista de Méjico, un religioso llamado fray Marcos de Niza, informado de la verdad de su celo y confiado sin duda de la poca verdad y débiles testimonios de los indios, afirmaba con grande aseveración que había descubierto el reino de *Cevola* y la tierra llamada de las *Siete-Ciudades*, de quien pregonaba tantas riquezas y fertilidad que le pareció al virrey don Antonio de Mendoza que era digno empeño de la persona de don Pedro de Alvarado, el más célebre compañero de Hernán Cortés y más afamado entre los conquistadores de la Nueva España; y por su muerte fué escogido Coronado. Este valeroso caudillo partió con mucha infantería y cuatrocientos caballos; y habiendo perdido en el trabajoso viaje tiempo, caballos y gente, halló que la ciudad de *Cevola* era un aldea de doscientas chozas; y en el país de las *Siete-Ciudades* apenas hallaron cuatrocientos indios, que en su desnudez y desaliño, mostraban cuánta era la pobreza y esterilidad de su patria. Viendo la inutilidad de esta empresa se dejaron persuadir de otra semejante voz para ir a buscar la gran *Quivira*, donde decían que latamente imperaba el gran príncpe *Tatarrajo*, y que la tierra era abundante de oro y plata y muy rica de piedras preciosas. Con los estímulos de esta codicia caminaron con incansable tesón por sendas escabrosas, y parajes incultos climas destemplados y campos inhabitables;

Salinas —dice— hizo una entrada por el río Marañón, o de las Amazonas muy notable, aunque fué de poco efecto. Tiene un paso llamado *El Pongo*, que debe ser de los peligros del mundo, porque recogido entre dos peñas altísimas tajadas, da un salto abajo de terrible profundidad, adonde el agua con el gran golpe hace tales remolinos, que parece imposible dejar de anegarse y hundirse allí. Con todo, la osadía de los hombres acometió a pasar aquel paso, por la codicia del Dorado tan afamado. Dejáronse caer de lo alto, arrebatados del furor del río, y asiéndose bien a las canoas o barcas en que iban, aunque se trastornaban al caer, y ellos y sus canoas se hundían, tornaban a lo alto, y en fin con maña y fuerza salían:

> *Quid non mortalia pectora cogis*
> *auri sacra fames*"

§ XIV

42. En Chile hay otro país imaginaio (ciudad dicen unos, reino o nación ·tros) a quien llaman *de los Césares*. ːs tradición que en tiempo de Carɔs V, por quien le dieron aquel nomre, salió un navío cargado de famiɑs para poblar aquel sitio; que el ajel varó en la costa, y ellos entraron erra adentro y fundaron aquella ciuad. Cuentan que los han visto arano con rejas de oro y otras cosas de ste jaez. Muchas veces salieron a bus·rlos, según refiere el padre Alonso e Ovalle en su *Historia de Chile*, pero empre sin fruto. Donde noto una ingne equivocación del padre Claudio Clemente; el cual, en sus *Tablas cronológicas*, al año de 1670, dice que el padre Nicolás Mascardi descubrió la ciudad de los Césares, por estas palabras: *El padre Nicolás Mascardi, de la Compañía de Jesús, descubre la ciudad de los Césares en Chile y predica a los indios gentiles poyas*. De las dos partes de esta cláusula sólo la una es verdadera. El caso, como le refiere el padre Manuel Rodríguez en su *Indice cronológico peruano*, fué que el padre Mascardi entró el año de 1670 a predicar a los poyas, con ánimo de pasar de allí a la ciudad de los Césares, si pudiese descubrirla. Pero este segundo intento no llegó a ejecución, pues el padre perseveró predicando entre los poyas hasta el año de 1673, en que fué martirizado por ellos.

§ XV

43. Al norte del Nuevo Méjico hay un país llamado *Quivira*, de quien tratan todos los geógrafos que he visto. Así no se duda de su existencia ni le comprehendemos entre los países imaginarios en cuanto a la sustancia, sino en cuanto a los accidentes con que le adornan en la Nueva España. Constituye allí la opinión vulgar de los mejicanos un imperio floridísimo, a quien por este respeto, añadiéndole epíteto magnífico, llaman *la gran Quivira*. Dicen que no sólo abunda de riqueza, sino que la gente es muy racional y política. Añaden que aquel imperio se formó de las ruinas del mejicano, retirándose allí no sé qué príncipe de la sangre real de Moctezuma. En efecto, puntualmente se cuentan las mismas cosas, con proporción de la gran Quivira en Méjico que del gran Paititi en el Perú.

44. Es muy verisímil que esta fábula tuvo su primer origen de un viaje que el año de 1540 hizo hacia aquellas partes Francisco Vázquez Coronado, de quien dice el padre fray Juan de Torquemada en el primer tomo de

---

ːcon mil fatigas y fracasos lastimosos llegaɩ al fin al término deseado. Pero, ¿qué fué l que hallaron? La corte era un triste aduar ·baro y corto, el príncipe Tatarrajo era un ɔre viejo, desnudo, cuya riqueza se cifra en un joyel de alquimia, en que se disguía de los demás. Hasta aquí el autor de *Reparos historiales*, quien en la relación viaje de Coronado discrepa algo de lo fray Juan de Torquemada, que citamos el *Teatro*.

su *Monarquía indiana* lo siguiente: *Tuvo noticia de los indios que habitaban aquellos desiertos; que diez jornadas adelante había gente que vestía como nosotros y que andaban por mar y traían grandes navíos, y le mostraban por señas que usaban de la ropa y vestidos que nuestros españoles; pero no pasó adelante por parecerle que dejaba lejos a los demás*, etc. Posible es que aquellos indianos, los cuales sólo se explicaban con señas (lenguaje ocasionado a grandes equivocaciones) no quisiesen significar la gente de Quivira, sino los habitadores de las colonias francesas de la Canadá; y según el sitio en que se hallaban los españoles, sin mucha violencia se podían aplicar las señas a una y otra parte.

45. Puede ser que después esforzase la gloriosa fama de Quivira una información, que según el mismo autor citado se presentó a Felipe II, donde entre otras cosas se le decía que no sé qué extranjeros arrebatados con la fuerza de los vientos desde la costa de los Bacallaos (hacia aquella parte donde se señala la situación de Quivira) *habían visto una populosa y rica ciudad bien fortalecida y cercada y muy rica de gente política y cortesana y bien tratada y otras cosas dignas de saberse y ser vistas*. No expresaba la información el nombre de Quivira; pero fuera de convenir a ésta la circunstancia de la situación, en que se decía haberse descubierto aquella ciudad, la fama antecedente de la policía de los quiviritanos era bastante para persuadir que era de aquel imperio la ciudad descubierta.

46. Como quiera que sea, pues ni Felipe II ni alguno de sus sucesores se dejó mover de aquella información para emprender el descubrimiento de Quivira, sin duda tuvieron eficaces razones para desconfiar de ella. Lo mismo digo de la noticia ministrada por Francisco Vázquez Coronado. Ni los españoles de Nueva España ni los franceses de Canadá emprendieron alguna entrada en aquella tierra. Y si la emprendieron y ejecutaron se infiere, pues dejaron en paz aquella gente, que no hallaron en ella la opulencia que buscaban. Si los de Quivira fuesen tan poderosos y políticos no dejarían de darse a conocer en ciento y noventa años que ha que Francisco Vázquez Coronado dió la primera noticia de ellos. ¿De qué les sirven sus grandes navíos, si con ellos no se apartan más de sus costas que los demás americanos con sus canoas y piraguas?

47. Los geógrafos modernos, bien lejos de representar en la Quivira un imperio político y opulento, aseguran que es la gente inculta y pobrísima. Tomás Cornelio dice que sólo se visten de cueros de bueyes; que no tienen género alguno de pan ni grano para hacerle; que comúnmente comen la carne cruda; que engullen brutalmente la grasa de las bestias recién muertas y beben la sangre; que viven divididos por bandadas y mudan de habitación, según los brinda la comodidad de apacentar sus vacas, que es la única riqueza que tienen. Los autores del *Dicionario de Trevoux* dicen que es fama que los españoles entraron en este país, y viendo frustradas sus esperanzas de hallar riquezas en él se retiraron. Pero si esta entrada es la misma que se lee en el *Diccionario* de Moreri, atribuída como a caudillo de ell[a] a un español llamado *Vázquez Corneto*, con mucha razón se puede dudar d[e] su verdad: pues el que en dicho *Dic[cionario]* se nombra Vázquez Cornet[o] es natural que sea aquel Francisc[o] Vázquez Coronado de quien hablam[os] arriba; y éste no llegó a Quivira, [...] sólo tomó noticias de aquel país, qu[e]dándose algunas jornadas más atrá[s]. Digo que es natural que aquellos d[os] sujetos sean uno mismo, ya porque [se] acerca mucho y es fácil equivocar Vá[z]quez Coronado con Vázquez Corne[to], ya porque Corneto no es apellido [es]pañol.

§ XVI

48. Entre las Filipinas y las Mo[lu]cas hay quienes creen están situa[das]

otras islas, que llaman *de Palaos*, y de quienes cuentan extrañas grandezas, como el que se sirven de ámbar en vez de alquitrán para carenar sus navíos. A este andar, poco falta para que se nos diga que sólo comen ambrosía y beben néctar. No sé cuándo o cómo se inventó esta fábula. Solo me participó un caballero, noticista insigne y muy verídico de sucesos modernos, que el padre Andrés Serrano, procurador de la Compañía, con las noticias que le dió por señas un indio de lengua no conocida hizo una relación, que imprimió en Madrid, sacando cédula de su majestad, para que se aprestase un navío en Manila que hiciese el descubrimiento. La orden iba tan apretada, que temiendo el gobernador don Domingo Zabulzuru que se le hiciese cargo de la omisión, armó el navío, haciendo embarcar a dicho padre, y mandando que se estuviese a su orden en todo. El salió de Manila habrá doce o trece años, pero hasta ahora no ha vuelto ni se ha sabido cosa alguna de su destino. No obstante, no me atrevo a negar la existencia de semejantes islas, aunque algunas circunstancias parezcan totalmente fabulosas; porque en varios viajeros de este siglo y en el mapa de las Filipinas, que los años pasados se imprimió en Madrid, halló noticia individual de estas islas Palaos y de su capital Panloco, y de la misión y aun martirio de algunos padres jesuítas. Así dejo esto en su probabilidad, hasta lograr relaciones más determinadas (1).

§ XVII

49. Aquí, inflamada ya del celo mi ira, se vuelve contra vosotros, ¡oh, españoles de la América! Contra vosotros, digo, españoles, que dejada la patria donde nacisteis, aún os alejáis mucho más de la patria para que nacisteis. Peregrinos de ese Nuevo Mundo, os olvidáis de que para otro mundo nos hizo Dios peregrinos. Después de poseer estas tierras fértiles de metales, todo es buscar nuevas regiones que os tributen mayores riquezas. Todo esto es meditar:

Si quis sinus abditur ultra,
si qua foret tellus, quae fulvum mitteret aurum.

Queréis hallar tierras, donde no sólo haya minas de oro, sino que las mismas

---

(1) Eran muy defectuosas las noticias que teníamos de las islas de *Palaos* cuando escribimos de este asunto. Hoy las logramos más exactas por medio de la lectura de las *Cartas Edificantes*, en los tomos primero, sexto, décimo, undécimo y décimosexto. Estas islas están situadas entre las Filipinas, las Molucas y las Marianas. La primera noticia que se tuvo de ellas fué el año de 1696, por el accidente de haber arrebatado un viento impetuoso a un bajel en que treinta y cinco habitadores de una de aquellas islas pasaban a otra vecina y conduciéndole a pesar suyo a una de las Filipinas. Algunos años después el padre Andrés Serrano, que treinta años había ejercido el empleo de misionero en las Filipinas se formó el proyecto de pasar a tentar la conversión de los habitantes de Palaos, para cuyo efecto vino a Roma, y de allí a Madrid, a procurar las disposiciones necesarias para esta empresa. Esto fué el año de 706. A fines del de 1710, otros dos jesuítas, el padre Duberon y el padre Cortil, precediendo al padre Serrano, entraron en las islas. Poco después tentó el mismo viaje el padre Serrano. Pasaron muchos años sin que en Europa se supiese qué había hecho Dios de estos misioneros, hasta que el de 720, por carta del padre Cacier, escrita de la China, se vino a entender que los padres Duberon y Cortil habían sido víctimas de la Religión entre aquellos bárbaros, y que el padre Serrano padeció naufragio en su navegación, en que pereció él y toda la gente que iba en el bajel, a la reserva de un indio que se salvó y por quien se supo la tragedia.

2. En orden a la riqueza de aquellas islas hubo quienes sospecharon que abundasen de oro, plata y especiería, pero sin fundamento. Las noticias que los nuestros pudieron adquirir de los metales que aportaron a las Filipinas, persuaden todo lo contrario. Tan lejos estaban de poseer metales, que miraban con admiración y apetecían con ansia cualquier pedazo de hierro. Una cosa muy particular referían de una de aquellas islas, que no omitiré aquí; y es que era habitada de una especie de Amazonas, esto es, mujeres que componen una república, donde no es admitida persona de otro sexo. Es verdad que las más son casadas, pero no admiten los maridos sino en cierto tiempo del año, y dividen los hijos, llevando los padrse a los varones, muy pocos días después de nacidos, y dejando a las madres las hembras.

poblaciones, paredes, tejados, utensilios todo sea oro. ¡Oh, ciegos, cuantos erráis el camino! Eso que buscáis no se halla en la tierra, sino en el cielo. Oídselo a San Juan hablando de la celestial Jerusalén: *Ipsa civitas aurum mundum simile vitro mundo*. Toda la ciudad es de oro purísimo y muy superior en nobleza al de acá abajo, porque se aumenta la preciosidad del oro con la diafanidad del vidrio. Pero vosotros antes creéis a un indio embustero que a un Evangelista; a un indio embustero, digo, que por eximirse de la opresión que padece, desviándoos de su país, os representa otro más rico y distante que fabricó en su idea. ¿Qué término ha de tener esa insaciable ansia? ¿Qué término, sino aquel adonde ella misma os encamina? La codicia que os mete en las entrañas de la tierra, siguiendo la vena preciosa, cuanto más os profunda en la mina, tanto tanto más os acerca al abismo, tanto más os aparta del cielo. Selló Dios en el peso del oro el carácter de su destino. Es el más pesado de todos los cuerpos, y por tanto con más poderosa inclinación que todos los demás se dirige al centro de la tierra, donde está el infierno.

50. La causa de religión que alegáis para descubrir nuevas tierras, no niego que respecto de algunos pocos celosos es motivo; pero a infinitos sólo sirve de pretexto. ¿Qué religión plantaron vuestros mayores en la América? No hablo de todos, pero exceptúo poquísimos. Sustituyeron a una idolatría otra idolatría. Adoraban en algunas provincias aquellos bárbaros al Sol y a la Luna. Los españoles introdujeron la adoración del oro y la plata, que también se llaman sol y luna en el idioma químico. Menos villana superstición era aquélla, pues al fin tenía sus ídolos colocados en las celestiales esferas; ésta, en las cavernas subterráneas. Si atendéis al rito, igualmente detestable y cruel fué el de los españoles al tiempo de la conquista que el de los más brutales indios de la América. Estos sacrificaban víctimas humanas a sus imaginarias deidades. Lo mismo hicieron, y en mucho mayor número, algunos españoles. ¡Cuántos millares de aquellos míseros indígenas, ya con la llama, ya con el hierro sacrificaron a Pluto, que así llamaban los antiguos a la deidad infernal de las riquezas!

51. ¿Qué importará que yo estampe en este libro lo que está gritando todo el orbe? Vanos han sido cuantos esfuerzos se hicieron para minorar el crédito a los clamores del señor don Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, cuya *Relación de la destrucción de las Indias*, impresa en español, francés, italiano y latín está continuamente llenando de horror a toda Europa. La virtud eminente de aquel celosísimo prelado, testigo ocular de las violencias, de las desolaciones, de las atrocidades cometidas en aquellas conquistas, le constituyen superior a toda excepción. ¿Qué desorden se vió jamás igual al de aquel siglo? Disputaban indios y españoles ventajas en la barbarie: aquéllos, porque veneraban a los españoles en grado de deidades; éstos, porque trataban a los indios peor que si fuesen bestias. ¿Qué había de producirnos una tierra bañada con tanta sangre inocente? ¿Qué había de producirnos, sin lo que nos produjo? La nota de crue les y avaros, sin darnos la comodida de ricos. El oro de las Indias nos tie ne pobres. No es esto lo peor, sino qu enriquece a nuestros enemigos. Por ha ber maltratado a los indios somos ah ra los españoles indios de los dem europeos. Para ellos cavamos nuestr minas, para ellos condujimos a Cád nuestros tesoros. No hay que acus providencias humanas, que cuando divina quiere castigar insultos hace i útiles todos nuestros conatos. Más fin, el que nosotros padecemos es castigo benignísimo. Desdichados aq llos, que oprimiendo con sus violenc ción. ¿Quién os parece que arde en n ción. ¿Quién os parece que arde n voraces llamas en el infierno, el

dio, idólatra ciego, o el español, cruel y sanguinario? Fácil es de decidir la duda. En aquél la falta de instrucción minora el delito; a éste el conocimiento de la verdad se le agrava. Españoles americanos, no sea todo explorar la superficie de la tierra buscando nuevas regiones o sus inmediatas cavernas, para descubrir nuevas minas. ¡Levantad los ojos tal vez al cielo o bajadlos hasta el abismo, y ya que no los apartéis de la superficie, considerad que de esa misma tierra, cuya grande extensión en todo lo hasta ahora descubierto no basta a saciar vuestra codicia, el breve espacio de siete pies sobrará a vuestro cuerpo!

Unus Pellaeo iuveni non sufficit Orbis,
aestuat infelix angusto limite mundi:
sarcophago contentus erit.

NUEVO CASO DE CONCIENCIA

Discurso once

§ I

La falta de advertencia o sobra de ignorancia, aun en lo que más importa, es en el mundo mucho mayor de lo que comúnmente se piensa. No solo los bárbaros, los estúpidos, la gente del campo, los que no han tenido estudio alguno ignoran o dejan de advertir verdades pertenecientes a la seguridad de su conciencia, que muestra la luz de la razón a la primera ojeada, mas aun muchos que tratan con gente docta, muchos que son tenidos por discretos, muchos que revuelven libros, muchos (digámoslo de una vez) que no sólo los leen, mas también los escriben. Por desterrar esta ignorancia en un caso particular de conciencia que ocurre frecuentemente en la práctica, atendiendo juntamente por otra parte a la utilidad pública, me he movido a escribir este discurso, en que se manifestará un error muy craso y tan común, que alcanza, como acabamos de insinuar, a algunos, aunque pocos, escritores de libros.

2. Es inconcurso entre los teólogos morales y dictado por la razón natural, que el que vende cualquiera cosa, ocultando algún vicio o defecto notable de lo que vende, peca gravemente (si la cantidad es bastante a constituir pecado grave de hurto) y queda obligado a restituir. ¿Qué hombre de razón ignora esta regla? Tomada así en general nadie; pero aplicada a una particular materia digo que la ignoran o no hacen reflexión sobre ella algunos escritores de libros.

3. Son los libros alhajas, precios estimables, en quienes, aun supuesta la igualdad de volumen y calidad de letra y papel, cabe ser muy desigual el valor intrínseco. Hay libros excelentes, libros medianos y libros ruines. Hay libros muy útiles, libros algo útiles y libros totalmente inútiles. Distinguimos estas tres clases para mayor claridad; no porque desde los libros excelentes a los totalmente inútiles no se vaya descendiendo por innumerables grados distintos, a quienes corresponden asimismo distintos precios. También se debe advertir que la utilidad de los libros, para el efecto de reglar los precios, no se mide por la mayor o menor importancia del fin a que sirve su lectura, sino por la mayor o menor conducencia al fin, para el cual, en consideración de su título, los busca el comprador. No hay duda que para el bien del alma, que es el de suprema importancia, más conduce cualquier pequeño libro que contenga cuatro instrucciones morales, que cuanto escribieron todos los historiadores y poetas profanos. Sin embargo, a aquél corresponde un precio bajísimo, y los escritos de estotros valen inmenso dinero. Los *Diálogos* de Luciano, no sólo son inútiles para reglar las costumbres, pero pueden ser nocivos. Con todo, son de mucho valor intrínseco respectivamente a su volumen, porque en ellos no se busca el aprovechamiento del espíritu, sino el deleite que produce el gracejo, el cual es supremo en aquel autor impío. Lo mismo decimos de lascivo Catulo, del torpísimo Petronio. Es precioso aquel por el primor del verso, éste por la pureza y delicadeza del es-

tilo. Para eso los compra el que los compra.

§ II

4. Mucho tiempo ha que resuena por todas partes la justa queja de que la invención de la imprenta llenó el mundo de malos libros. Antes, como era tan costoso copiarlos, sólo se trasladaban aquellos que por el juicio de los inteligentes estaban bien calificados. Esta dificultad contenía también a los escritores, porque los que no se consideraban con los talentos necesarios para serlo, no tomaban la penosa tarea de escribir libros, previendo, que sobre no producirle fruto alguno, luego habían de ser sepultados en el olvido. Hoy que se sacan mil copias en menos tiempo que antes una y están esparcidas antes que el público haya hecho juicio de la calidad del libro, cualquiera se mete a escritor, sobre seguro de extender su nombre por todo un reino y con la esperanza de adquirir con infinitos ignorantes utilidad y aplauso. De aquí viene la inmensa copia de autores, los cuales (usando de las palabras de Erasmo), *implent mundum libellis, non iam dicam nugalibus, quales ego forsitam scribo*; *sed ineptis, indoctis, maledicis, famosis, rabiosis, et horum turba facit, ut frugiferis etiam libellis suus pereat fructus*. (Erasm., *in Proverbium* «festina lente».)

5. No hay duda que muchos de éstos, o por total falta de conocimiento, o por un grande exceso de amor propio se imaginan que son muy buenos sus escritos. Pero como no todos los padres están tan preocupados de la pasión que les parezcan hermosos sus hijos cuando son feos, no faltan escritores que conozcan las imperfecciones de sus obras, y que son a veces tan grandes, que las hacen indignas de la pública luz. Si se me opusiere que faltándoles el discurso necesario para escribir con acierto, también les faltará para conocer los defectos de lo que escriben, respondo, que para lo segundo se necesita mucho menos talento que para lo primero. Un pintor, aunque sea de los más inhábiles, conoce los defectos de esta pintura y los primores de aquélla, sin que por eso acierte a evitar estos defectos, ni imitar aquellos primores.

§ III

6. Hablando, pues, de los que conocen los defectos de sus escritos, ve aquí que nos hallamos en el caso propuesto. Un escritor inhábil, destituído de ingenio, estilo y erudición, imprime un libro inútil y le expone en venta pública, señalando el precio a proporción del volumen, igual aquel por lo común al precio en que se vende el libro más excelente, salvo que éste haya venido de las naciones extranjeras. Digo que peca gravemente y está obligado a la restitución. La razón es clara, porque el libro (como suponemos) tiene defectos notables, los cuales el autor no sólo no manifiesta, antes positivamente los oculta, pidiendo por él el precio correspondiente a un libro bueno: luego por la regla propuesta arriba peca gravemente y está obligado a restituir.

7. Responderase acaso, que los defectos del libro no son ocultos, sino manifiestos, pues se conocen pasando por él los ojos, y así no está el escritor obligado a decirlos. Pero contra esta respuesta está, lo primero, que al comprador no le dejan leer el libro antes de comprarle, sino una u otra plana, y para enterarse de los defectos que tiene sería menester leerlo todo; y aún sucede que no basta leerlo una vez sola. Lo segundo, que muchos y los más que compran libros, no son capaces de conocen su valor; y así a cada paso oímos celebrar como excelentes algunos libros muy despreciables.

8. Responderase lo segundo, que es lícito vender cualquiera género en el precio tasado por el príncipe: por consiguiente será lícito vender el libro según la tasa que en nombre del prínc

pe puso el Real Consejo. Ni esta solución aprovecha, porque la tasa del príncipe supone la bondad y pureza del género: por esto, aunque el príncipe tase el trigo a veinte reales, el que vendiere a aquella tasa trigo viciado o mezclado con tierra, no dejará de pecar gravemente y quedar obligado a restituir.

9. Responderase lo tercero, que para eso antes de imprimir interviene el examen de los censores deputados por el Consejo y el ordinario, los cuales cuando aprueban el libro le califican por bueno. Este efugio no es menos vano que los antecedentes: porque los censores no aprueban el libro, sino respectivamente a que no contiene cosa alguna contra las regalías del príncipe o contra la Fe y buenas costumbres, lo cual no prohibe que en otros asuntos esté atestado de disparates. Ni el que los censores frecuentemente aplaudan el libro en un todo debe hacer fuerza a nadie, ya porque esto se tiene por una especie de urbanidad precisa, ya porque para aprobar la obra en lo que no conduce a los expresados capítulos no tienen comisión ni más autoridad que otro cualquier particular, ya porque frecuentemente sucede que los censores no han tenido estudio alguno sobre las materias que contiene el libro, ya en fin, porque sería trabajosísimo el examen que es necesario para hacer concepto cabal de un libro; pues siendo uno de sus mayores defectos o el mayor de todos la falta de fidelidad o legalidad en alegaciones y citas, se vería precisado el censor a la insufrible tarea de revolver infinitos libros y examinar con gran reflexión el contexto. Y, ¿cuántas veces no hallaría los libros, por más que los buscase, ni en su librería ni en las ajenas?

10. Es, pues, indubitable, que ni la tasa del Consejo, ni la aprobación de los censores regula el precio del libro, y así esto queda a cuenta de la conciencia del que lo vende. Aunque se debe advertir que la tasa del Consejo obliga a que no se venda sobre el precio señalado; pero se deberá rebajar de éste cuanto correspondiere a la inferioridad de su valor intrínseco. Tal también puede ser el libro y tales son algunos, que se debe rebajar todo; esto es, que no se puede recibir por ellos precio alguno, por ser del todo inútiles en orden al fin para que se compran.

§ IV

11. Aún no lo dije todo. Puede suceder que el que vende el libro, no sólo quede obligado a restituir todo su importe, pero mucho más, si la restitución es posible. La razón es clara, porque puede ser el libro, no sólo totalmente inútil, sino nocivo; en cuyo caso resulta de parte del vendedor la obligación, no sólo de restituir todo el precio recibido, mas también de resarcir el daño que ha causado, como es doctrina constante de los teólogos con Santo Tomás, 2, 2, quaest. 77, art. 3, hablando en términos generales.

12. Que hay libros, no sólo inútiles, sino nocivos en todo género de materias es fácil de demostrar. Cualquier error en materia práctica que se persuada en un libro es pernicioso. En teología moral (pongo por ejemplo) es perjudicial a la conciencia; en medicina a la salud; en jurisprudencia a la hacienda: en el arte militar puede destruir un ejército; en la náutica una armada; en agricultura una cosecha; así de todo lo demás. Esto es claro, pero aun en materias puramente teóricas ocasionan sus daños los malos libros. Hagamos manifiesto esto con un ejemplo.

13. Sea un libro que no contiene sino especies históricas, pero que refiere como verdades algunas fábulas y no es legal en las citas. Cómprale un hombre de corta erudición, el cual cree que todo lo que refiere es verdad y que los autores que cita dicen puntualmente aquello para que los alega. Sucede después, que en una conversación o en un escrito usa de aquellas especies y cita los mismos autores que halló citados; lo que resultará de aquí

es que los que ignoran que con buena fe bebió en una fuente viciada, le tengan por mentiroso y falsario, y los que lo saben le juzguen nimiamente crédulo, que es lo mismo que mentecato. Con que el que le vendió el libro, no sólo le hizo la injuria de llevarle el dinero mal llevado, más también la de arriesgar su crédito. ¿Es por ventura metafísica este caso? Tan físico y tan práctico es, que está sucediendo cada día.

§ V

14. A la verdad yo no extraño los yerros involuntarios que se estampan, por muchos que sean. Hay sujetos de tan angosto espíritu, que no sólo no son hábiles para escribir, pero ni aun conocen su inhabilidad. A estos debemos tolerarlos caritativamente, porque proceden con buena fe. Hay otros que no dejan de conocer que les falta o genio o erudición o uno, y otra para sacar una obra al público, los cuales, sin embargo de advertir el corto mérito de sus producciones, y que careciendo ellos de los talentos necesarios, no pueden ellas menos de ser muy defectuosas, las venden, si pueden, al precio correspondiente a los mejores libros. Estos pecan gravemente, como se ha probado, y están obligados a restituir, o la parte del precio que excede del valor intrínseco del libro, o todo el precio, si el libro es totalmente inútil; o, demás de restituir el precio, resarcir el daño, si el libro es nocivo.

15. Pero los peores de todos son aquellos que con total voluntariedad y conocimiento llenan un escrito de defectos notables, como son razonamientos sofísticos, noticias fabulosas citas falsas. ¿Y es posible que haya genios de tan mal temple en la República literaria? Y cómo que los hay. Dios nos libre de que uno, que no tiene talentos para escritor, quiera acreditarse de tal. El medio que elige es impugnar a algún autor conocido y que ha adquirido alguna fama. Pónese a escribir sobre este asunto, y para llenar un librito o un cuaderno no hay inepcia, fruslería, ni puerilidad que no acumule. Introduce, en vez de argumentos, trampantojos. Tuerce el sentido a las cláusulas del autor que impugna. Mete las noticias que le hacen al caso, aunque no estén justificadas. Alega autores, cuyo contexto no entendió o de intento ha querido viciar. Imprime esta bellísima obra: engalánansela con los perendengues que le ponen en cabeza y frente dos aprobantes de su confidencia; que los que escriben en la corte fácilmente logran este amaño, solicitando la remisión para sujetos, o de inclusión suya, o émulos del autor impugnado, y a quienes ya de antemano mostró la obra. Para añadirle el sonsonete de unas coplillas, donde se diga que es un Sol, un Fénix, etc., no faltan dos versitas mendicantes, que están rabiando por ver impresos a costa ajena sus décimas y sonetos. Adornado de este modo su librejo le saca al público y le vende como puede.

16. ¡Válgame Dios y cuántos daños hace este hombre! Sácales inicuamente el dinero a muchos pobres, que piensan hallar en aquel libro la piedra filosofal, y sólo encuentran después, como los Alquimistas, ceniza y carbón. Hace de más a más, que sean tenidos por uno mentecatos, cuando llega la ocasión d que delante de gente erudita vierter como suyo o aplauden como ajeno l que leyeron en el libro. Dejo (aparte la injuria que hacen al autor que im pugnan, cuando procuran desacreditar le contra lo mismo que sienten. ¿Contr lo mismo que sienten? ¿Puede creers que suceda esto alguna vez? ¿Será ju cio temerario? No, sino palpable e periencia. Pudieran señalarse casos pruebas.

17. No dudo que entre los escritor ineptos es grande el número de los qu con error invencible, tienen buena o nión de sí mismos y de sus obras. I chosos hombres por cierto, *felices err re suo*, como nunca llegue a ellos desengaño; pero si viene, aunque t

de, son harto dignos de compasión, porque al mismo tiempo que despiertan de tan dulce sueño, carga sobre su conciencia un peso intolerable. Obraron con buena fe al vender sus obras, y así no pecaron entonces; pero al punto que conocen su poco o ningún valor están obligados a restituir. Esta también es doctrina común. *Si el vendedor* (dice Santo Tomás, 2, 2, quaest. 77, artículo 2) *ignora los defectos de la cosa que vende, no peca cuando vende, porque sólo comete injusticia material; pero luego que lleguen a su noticia, está obligado a compensar el daño* (esto es restituir) *al comprador.*

18. El caso del desengaño es corriente cuando el escritor, después de vendidos algunos o todos los ejemplares de su obra, ve la desestimación que hacen de ella los hombres de erudición y capacidad. Lo mismo digo cuando por escrito o de palabra se le han manifestado con evidencia los errores o defectos de ella; y aunque esté tan encaprichado de su mérito o tan ciego del amor propio, que no por eso desista del errado concepto que antes tenía, no por eso se exime de la obligación de restituir, porque en estos casos el error es vencible y culpable.

§ VI

19. Hasta ahora hemos hablado del fraude que pueden padecer los compradores de libros en la calidad de ellos. Resta decir (usando de la división que hace Santo Tomás tratando en general de los defectos que hay en las ventas) el que pueden padecer en la cantidad en la especie.

20. Un libro puede fingirse mayor de lo que es (esto es engañar en la cantidad) o imprimiendo en papel basto grueso o usando de caracteres de imprenta muy crecidos o, en fin, dejando los folios flojos y sin batir en la encuadernación. Estos dos últimos engaños son los que más frecuentemente se practican; y en el primero de los dos es donde más se interesan los escritores; por una parte ahorran de trabajo, porque con poco manuscrito sacan un impreso de bastante cuerpo; y por otro ahorran dinero, porque al impresor pagan mucho menos por componer el folio.

21. El engaño en la especie se comete cuando el contenido del libro no corresponde al asunto que en el título se propone. Esto puede ser en todo o en parte; si es en el todo, está obligado el vendedor a restituir todo el precio; si en parte, puede ser ésta tan pequeña, que se repute por materia leve; siendo porción mayor, se debe por lo menos restituir la cantidad correspondiente a ella. La razón de todo esto es porque se engaña al comprador en la especie del género que se vende. En el título le prometen un asunto y en el cuerpo del libro le dan otro.

22. Hay muchos modos de engañar en los títulos de los libros. Señalaremos los tres principales. El primero es el que acaba de expresarse, cuando en ellos se finge asunto diferente del que se trata. En el libro *Charlatanería eruditorum* se cuenta de un médico de Lipsia que sacó a luz un impreso con el título: *Jus publicum.* ¿Quién debajo de esta inscripción no esperaría un amplísimo tratado de jurisprudencia? Nada contenía el libro sino unas conclusiones médicas sobre el dolor de cabeza. Y aunque también esto se expresaba en la frente del impreso como explicación del título, no obviaba el engaño, porque en las *Gacetas* suele ponerse el título a secas, sin el aditamento que le explica. No ha mucho tiempo que en Madrid se imprimió un libro con este gran título: *Historia o magia natural o ciencia de filosofía oculta, con nuevas noticias de los más profundos misterios y secretos del Universo visible,* etc. ¡Qué brindis tan eficaz para que los curiosos acudiesen como moscas! Sin embargo, no hay cosa en todo el libro que no sea comunísima y se encuentre en otros infinitos.

Lo principal es que apenas se halla en él cosa que corresponda al título. Divídese en seis tratados: en el primero se dice algo, y eso poco, de la magia en común: en el segundo se trata de la tierra, de su magnitud, división de las regiones tenidas por inhabitables, etc.; en el tercero, del Paraíso terrenal: en el cuarto, de los montes de la tierra; en el quinto, de los campos, valles y bosques de la tierra; en el sexto y último, de los metales y algunas piedras de la tierra. ¡Qué contentos quedarían después de la lectura los que le habían comprado debajo de la esperanza de hallar en él arcanos inauditos para ejecutar mil cosas prodigiosas!

23. El segundo modo de engañar es poner títulos vagos, que no determinan el asunto o suenan comprehender mucho más de lo que realmente se trata en el libro. Habrá año y medio que salió a luz un pequeño impreso, cuyo título se puso así en la *Gaceta*: *Juicio particular sobre el juicio universal*. ¿Quién adivinaría por la inscripción qué materia se trataba en él? Unos juzgaban que tenía por objeto el discretísimo *Tratado del juicio final sobre la astrología jidiciaria*, que escribió el doctor Martínez; otros, que era algún discurso místico sobre uno de los cuatro novísimos; otros suspendían el juicio, y nadie daba en el intento del autor ¿Qué mucho, si lo que contenía el impreso era precisamente la impugnación de una máxima estampada en el segundo tomo del *Teatro Crítico*, envuelta en algunos dicterios contra su autor? No debió dar lumbre esta inscripción a secas; y así, dentro de pocos días, se repitió en la *Gaceta* el llamamiento, con la adición de *contra el Teatro Crítico Universal*. Este es el anzuelo literario de esta era. El que no puede escribir otra cosa o aunque estuviese escribiendo toda la vida no ganaría un cuarto, con hacer que suene que su obra es contra el *Teatro Crítico*, vende a buen precio cualesquiera fruslerías. Pero aquel aditamento también era muy doloso, porque la expresión general de ser aquel impreso *contra el Teatro Crítico* significaba una impugnación común contra el contenido de los dos libros que ya habían salido a luz, siendo así que todo lo que se impugna en aquel escrito no ocupa media plana en el segundo tomo.

24. Pareció después el *Belerofonte literario*, título altisonante, inscripción horrísona, que puede espantar los niños mejor que el coco y la marimanta. ¿Y qué había debajo de tan portentoso epígrafe? No más que una querellita con un médico de Córdoba, por quítame allá esas pajas.

25. El tercer modo de engañar con los títulos es formarlos de modo que aunque en alguna manera expresan el asunto, pero le expresan con un género de magnificencia fastuosa, que da una grande idea de la obra: como la *Arte universal de Raimundo Lulio*; *Crisol de la teología moral*; *Farol de las ciencias*; *Prodomo de todas las ciencias y artes*; *Cirugía infalible*; *Teatro délfico contra el teatro crítico*; *Antiteatro*, y otros innumerables. Comúnmente la grandeza afectada de los títulos se busca con estudio, para despachar a sombra de ella los escritos más despreciables. Pero, ¿qué otra cosa es esto sino engañar al público en materia grave? Es, pues, sin duda, que todos éstos llevan el dinero mal llevado y quedan obligados a la restitución. No dudo que a todos o los más que hasta ahora cayeron en este defecto les absuelve por lo menos de pecado grave su inadvertencia; pero no les absuelve de la obligación de restituir, siéndoles posible después de intimada esta doctrina.

RESURRECCION DE LAS ARTES Y APOLOGIA DE LOS ANTIGUOS

Discurso doce

§ I

Uno de los delirios de Platón fue, que absuelto todo el círculo del año magno (así se llamaba a aquel grande espacio de tiempo en que todos los astros, después de innumerables giros, se han de restituir a la misma positura y orden que antes tuvieron entre sí) se han de renovar todas las cosas; esto es, han de volver a parecer sobre el teatro del mundo los mismos actores a representar los mismos sucesos, cobrando nueva existencia hombres, brutos, plantas, piedras; en fin, cuanto hubo animado e inanimado en los anteriores siglos, para repetirse en ellos los mismos ejercicios, los mismos acontecimientos, los mismos juegos de la fortuna que tuvieron en su primera existencia.

2. Este error, a quien unánimes se oponen la fe y la luz natural, tiene tal semejanza con una sentencia de Salomón, tomada según la corteza, que puede servir de confirmación a los que juzgan que Platón tuvo algún estudio en los Libros Sagrados y trasladó de ellos muchas cosas que se hallan en sus escritos, aunque por la mayor parte viciadas. Dice Salomón en el capítulo primero del *Eclesiástes*, que *no hay cosa alguna nueva debajo del sol*: *que lo mismo que se hace hoy es lo que se hizo antes y se hará después*: *que nadie puede decir*: *esto es reciente, pues ya precedió en los siglos anteriores.* Pero los sagrados intérpretes, examinando el intento de Salomón en aquel capítulo, hallan su sentencia ceñida a muchos más angostos límites que la platónica, como que sólo haya querido que se repiten en el discurso de los siglos los mismos movimientos celestes, las mismas revoluciones elementales, y en orden a las cosas humanas se observe la misma índole de los hombres en unos siglos que en otros, las mismas aplicaciones; que, finalmente, en lo que pende el discurso de la fortuna y el albedrío haya bastante semejanza entre los tres tiempos, pasado, presente y futuro, pero con algunas excepciones.

§ II

3. La excepción que principalísimamente señalan es en orden a los nuevos descubrimientos en las ciencias y artes. La experiencia parece muestra en esta materia muchas cosas totalmente incógnitas a los pasados siglos; y la persuasión fundada en esta experiencia se fortifica mucho con la preocupación en que están comúnmente los hombres, de que los genios de nuestros tiempos son para muchas cosas más vivos, más penetrantes que los de nuestros mayores, concibiendo en éstos unos buenos hombres, cuyas especulaciones no pasaban más allá de lo que inmediatamente persuadían las representaciones de los objetos en los sentidos.

4. Pero el concepto que se hace de la menor habilidad de los antiguos es totalmente errado. Nuestros mayores fueron hombres como nosotros, dota-

dos de alma racional de la misma especie que la nuestra, a quien por consiguiente eran connaturales todas las facultades, o virtudes operativas que nosotros poseemos. Los efectos asimismo lo acreditan en los ilustres monumentos que nos han quedado de su ingenio, respecto de algunas artes. ¿Qué cosa hay en nuestro siglo que pueda competir los primores de la poética y oratoria del siglo de Augusto? ¿Qué plumas tan bien cortadas para la historia, como algunas de aquel tiempo? Retrocediendo dos o tres siglos más, y pasando de Italia a Grecia, se hallan en aquella región floreciendo en el más alto grado de perfección, no sólo la retórica, la historia y la poesía, mas también la pintura y la escultura. En las ciencias teóricas es preciso que concedan grandes ventajas a los antiguos todos aquellos que no quieren que nos apartemos ni un punto de espacio de la dialéctica, física y metafísica de Aristóteles. Y los que en este tiempo se oponen a Aristóteles buscan el patrocinio de otros filósofos anteriores, especialmente el de Platón. Acaso fueran preferidos a Aristóteles y a Platón otros filósofos de aquella remota antigüedad, si hubieran llegado a nosotros sus escritos. Si son verdaderas las noticias que nos han quedado de la penetración de algunos de ellos, ciertamente se infiere que su conocimiento físico era muy superior al de todos los filósofos de este tiempo. De Ferecides, maestro de Pitágoras, se refiere que probando la agua de un pozo predijo que dentro de tres días habría un terremoto, lo cual sucedió. Otra predicción semejante, comprobada también con el éxito, se cuenta de Anaximandro, príncipe de la secta jónica. De Demócrito se dice que presentándole un poco de leche o con su inspección o con la prueba del paladar conoció ser de una cabra negra, que no había parido más que una vez, y que a una mujer, a quien la tarde antecedente había saludado como virgen, *salve virgo*, porque de hecho lo era entonces, viéndola a otro día, uso en la salutación de voces, con que notó haber sido violado aquella noche *salve mulier*, lo que después se verificó.

§ III

5. Una ventaja no puede negarse a los modernos para adelantar más que los antiguos en todo género de ciencias, pero debilita, no a la habilidad, sino a la fortuna. Esta consiste en la mayor oportunidad que hay ahora de comunicarse mutuamente los hombres, aun a regiones distantes, todos los progresos que van haciendo en cualesquiera facultades. El mayor comercio de unas naciones con otras y la invención de la imprenta hicieron a nuestro siglo este gran beneficio. Algunos antiguos filósofos lograron cierto equivalente en los viajes que hacían a aquellas regiones donde más florecían las letras para consultar a sus sabios. Especialmente los de Grecia era frecuente pasar a comunicar los de Egipto. Pero hoy se logra mucho mayor fruto y con mucho menor fatiga, teniendo presentes dentro de una biblioteca, no sólo los sabios de muchas naciones, más también de muchos siglos.

6. La falta de imprenta, que dificultaba la comunicación recíproca de los antiguos, casi del todo cortó la de los antiguos con los modernos. Muchos de aquellos nada escribieron, temerosos de que por la grave dificultad que había en multiplicar ejemplares se sepultasen luego en el olvido sus escritos; y faltándoles el cebo de la fama, no es mucho que mirasen con desamor la fatiga. Otros escribieron, pero cayeron en el inconveniente que a los primeros movió a no escribir.

7. De aquí viene el que necesariamente ignoremos a qué términos se extendió el conocimiento de los antiguos en varias materias, y por una retorsión injusta transferimos a ellos nuestra ignorancia, pretendiendo que se les ocultó todo aquello que a nosotros se nos oculta si lo supieron o no.

8. Para desagravio, pues, de toda l

antigüedad, a quien injuria este común error, sacaré aquí al *Teatro* varios inventos pertenecientes a distintas facultades, tanto prácticas como especulativas, con pruebas legítimas de que su primera producción fué muy anterior al tiempo que comúnmente se les señala por data. Así se verá, no sólo que el ingenio de los antiguos en nada fué inferior al de los modernos, más también que los modernos injustamente se jactan de inventores en muchas cosas de que realmente lo fueron los antiguos.

§ IV

9. Empezando por la filosofía, es ;ierto que la que se llama moderna (esto es la corpuscular) es más antigua que las que hoy se llaman antiguas. Hiiéronla, no nacer, sino resucitar en el iglo pasado Bacon de Berulamio, Gaendo, Descartes y el padre Maignan; ues su primera producción se debió a Leucipo, maestro de Demócrito, y anteior algunos años a Platón. Algunos le lan mucho mayor antigüedad, derivánlola de Mosco, filósofo fenicio, que floeció antes de la guerra de Troya.

10. Aun las máximas, que como esecialísimamente suyas ostentó Descares, es probabilísimo que no fueron legíimamente adquiridas por sus especulaiones, sino robadas a otros autores que e precedieron. Jordán Bruno, filósofo apolitano, y Juan Keplero, famoso maemático alemán, habían escrito claraaente la doctrina de los turbillones, a ue está vinculado todo el sistema caresiano. Así, el doctísimo Pedro Daniel Iuet, en su *Censura de la filosofía caresiana* no duda afirmar que Descares fué en esta y otras cosas copista de Keplero, si bien que ni aun a éste quiee dejar la posesión de autor de los turillones, pues les da mucho más aniano origen, atribuyéndolos a Leucio, de quien hablamos en el número anecedente. A la verdad, en la doctrina e este filósofo propuesta por Diógenes aercio se hallan delineados con bastante claridad aquellos portentosos giros de la materia en que consiste el sistema de Descartes. De modo que a esta cuenta, Descartes robó a Keplero lo mismo que Keplero había robado a Leucipo. Posible fué (no lo niego) que estos tres sabios, sin valerse de luces ajenas, ocurriese el mismo pensamiento; pero por lo menos contra Descartes está la presunción, porque por una de sus cartas consta que manejó las obras de Keplero.

11. Otros muchos robos literarios imputaron a Descartes algunos enemigos suyos, entre los cuales se cuenta que todo lo que dijo de las ideas lo tomó de Platón. Pero valga la verdad: no hay ni un rastro de semejanza entre lo que el antiguo griego y el moderno francés escribieron sobre esta materia (1).

---

(1) A las doctrinas filosóficas que en el citado lugar señalamos como de invención anterior a los modernos que se creen autores de ellas, añadiremos algunas otras.

2. La materia sutil, que se juzga producción de Renato Descartes, quieren muchos haya sido conocido de Platón. Aristóteles y otros antiguos, debajo del nombre de éter, a quien daban el atributo de quinto elemento, distinto de los cuatro vulgares. Mas a lo menos por lo que toca a Aristóteles, se padece en esto notable equivocación. Conoció sin duda este filósofo y habló de la materia etérea como de cuerpo distinto de la agua, la tierra, el aire y el fuego; pero dejándola en las celestes esferas, de quienes la consideró privativamente propia, como sería fácil demonstrar exhibiendo algunos lugares suyos. Esto dista mucho de la doctrina de Descartes, que hace girar y mover incesantemente su *materia sutil* por todo el mundo sublunar, penetrando todos los cuerpos, mezclándose con todos y animándolos, digámoslo así, de modo que sin ella se reduciría a una estúpida y muerta masa el resto de los demás cuerpos. Ni aun de Aristóteles consta líquidamente si tuvo a la materia etérea por flúida o sólida, y yo me inclino más a lo segundo.

3. Mas ya que no Aristóteles, en otro filósofo antiguo, en Crisipo hallamos la materia sutil en la forma que Descartes la propuso, esto es, mezclada con todos los cuerpos. Así lo testifica Diógenes Laercio, alegado por el padre Regnault. El autor de la *Filosofía mosaica*, citado por dicho padre, atribuye la misma opinión a los pitagóricos. tablecer una alma común del mundo, en esa
tablecer un alma común del mundo, en esa

§ V

12. En cuanto a medicina y anatomía hay tanto que decir de los que creen en nuevos descubrimientos y no lo son, que Teodoro Jansonio imprimió un libro en Amsterdam sobre este asunto el año de 1684, de que se da noticia en la república de las letras al mismo año. En él prueba que la opinión que tanto ruido hace de un tiempo a esta parte de que la generación del hombre se hace en un huevo, se halla en Hipócrates, en Aristóteles y otros antiguos. Que los conductos salivares, cuya invención se atribuye a un médico danés llamado Estenón, no fueron ignorados de Galeno. Lo mismo pretende de las glándulas del estómago, de cuyo descubrimiento se hizo honor Tomás Uvilis. Que Nemesio, autor griego del cuarto siglo, conoció el uso de la bilis en orden a la digestión de los alimentos, aunque se cree que Silvio poco ha fué pócrates como Galeno conocieron el el primero que lo advirtió. Que así Hijugo pancreático, de que se juzga inventor Virsurgo, médico paduano, y las glándulas de los intestinos, manifestadas muchos siglos después por Peyero. Lo mismo dice de las venas lácteas, cuyo primer descubridor se jactó Gaspar Aselio, médico de Cremona. Que la circulación de la sangre fué conocida por Hipócrates. También la continua transpiración de nuestros cuerpos. En fin, que este sabio griego comprehendió que la fiebre no es causada por el calor, sino por el *amargo* y el *ácido* (1).

13. No aseguraré que el autor citado pruebe eficazmente todo lo que propone. En el resumen que leí de su libro se exhiben las asertaciones sin las pruebas; pero me inclino a que en algunos puntos no son aquellas muy sólidas. En cuanto a la generación en el huevo, así Hipócrates como Aristóteles, en un lugar que he visto del primero y en dos del segundo sólo dicen, que lo que se ve en el útero poco después del concepto tiene alguna semejanza con el huevo. Aristóteles: *Quae*

---

alma entendieron lo mismo que Descartes en su materia sutil, como pretenden algunos modernos, nos parece nada verisímil.

4. Aunque se crea que Galileo descubrió en el siglo pasado el peso del aire, ya en otra parte hemos escrito que Aristóteles lo conoció; pues afirmó que un odre lleno de aire pesa más que vacío. Su comprensibilidad y expansibilidad alcanzó Séneca; conque no pudo menos de alcanzar la elasticidad. *Aer, dice, spissat se, modó expandit... alias contrahit, alias diducit* (lib. 5, *Natural. quaest*).

(1) Una de las grandes y utilísimas obras de la medicina quirúrgica, que se juzga invención de estos últimos tiempos, es la operación lateral para extraer el cálculo de la vejiga. Un tercero de la Orden de San Francisco, llamado fray Jacobo Beaulieu, natural del Franco Condado, empezó a practicarla en su país con grande reputación, la cual aumentó después viniendo a París; pero examinados con más cuidado los sucesos, se halló ser por la mayor parte infelices. Sin embargo, no cayó de ánimo el nuevo operador. El método en la sustancia era admirable, pero acompañado de defectos que podían remediarse, como en efecto los remedió en gran parte fray Jacobo, ya por reflexiones propias, ya por advertencias ajenas. Perficcionó más el mismo método monsieur Rau, célebre profesor de cirugía en Leide. Siguióle y le adelantó monsieur Douglas, cirujano inglés. Finalmente, con más felicidad que todos los que precedieron practicó el mismo método (o lo practica, si vive aún) monsieur Cheselden, también inglés, al cual, de cuarenta y siete calculosos en quienes hizo la operación, sólo se murieron dos, y aun esos tenían otras circunstancias para morir. Monsieur Morand, gran cirujano parisiense, habiendo ido a Londres y visto obrar a Cheselden, tomando su método, le practicó después en París, también con felicidad, acompañándole o imitándole al mismo tiempo monsieur Perchet, de modo que habiendo cada uno hecho la operación lateral en ocho calculosos, a cada uno se murió uno no más, esto es, de dieciséis dos: siendo así que de doce que en el Hospital fueron tratados con el método común que llaman el *grande aparejo*, murieron cuatro. Lo que hace a nuestro propósito es qu monsieur Cheselden, cuando la improbaba el arrojo de una operación nueva y nada ar rizada en materia de tanto riesgo, no respor día otra cosa, sino: *Leed a Celso*. En efect la descripción de la operación lateral se h lla en *Celso*, lib, 7, cap. XXVI, aunque r con la perfección que hoy se practica; modo que una operación médica, que se ju gaba inventada a fines del siglo pasado, halla tener por lo menos diecisiete siglos antigüedad.

vero intra se pariunt animal, iis quodammodo post primum conceptum oviforme quiddam efficitur. Y en otra parte: *Velut ovum in sua membranula contectum.* Hipócrates: *Genituram, quae sex diebus in utero mansit, ipse vidi: qualis erat ego referam, velut si quis ovo crudo externam testam adimat.* Este modo de decir dista mucho de la opinión de los modernos: lo primero, porque estos absolutamente profieren que es huevo perfecto y no sólo cosa como huevo aquel de que se engendra el hombre (lo mismo que todos los demás animales). Lo segundo, porque Hipócrates y Aristóteles sólo después de la concepción afirman aquella semejanza del huevo. Los modernos han hallado os huevos perfectos y formados antes e la concepción en los vasos, que por sto llaman ovarios, de donde por las ıbas dichas falopianas (denominación omada de su descubridor Gabriel Faopio, célebre anatómico, natural de Módena) bajan al útero en la obra de ı generación.

14. Por lo que mira a ser causa de ı fiebre el *amargo* y el *ácido*, no sé ıe haya otra cosa en Hipócrates, sino lo ıe dice en lo de *Veteri Medicina*, que s immutaciones morbosas de nuestros ıerpos dependen mucho menos de las ıatro cualidades elementales que del nargo, el ácido, el salso, etc. Pero ırece que hay poca consecuencia de lo ıe profiere Hipócrates en este lugar lo que pronuncia en otros infinitos, onde imputa a sólo el exceso de las alidades elementales casi todas nuesas dolencias. He dicho casi, por exptuar aquellas de las cuales, por sospchar causa más recóndita, dice que nen no sé qué de divinas.

§ VI

15. En orden a la circulación de la sagre muchos modernos se han empeñdo en que Hipócrates la conoció, y ra eso alegan algunos lugares suyos; ro hablando con sinceridad, traídos por los cabellos. Este es conato inútil, ocasionado de un vano pundonor de aquellos que no quieren que a Hipócrates se le haya ocultado cosa alguna que otro hombre haya alcanzado (1).

16. Mas aunque no podamos remontar el gran descubrimiento de la circulación hasta el siglo de Hipócrates, podremos por lo menos darle origen algo más antiguo que el que comúnmente se le atribuye. La opinión común reconoce por su inventor al inglés Guillelmo Harveo; pero algunos dan esta gloria al famoso servita fray Pablo de Sarpi, más conocido por la parte que le infama; esto es, su desafecto a la Iglesia romana, bien manifestado en la mentirosa *Historia del Concilio de Trento*, que salió a luz debajo del nombre de Pedro Suave, que por su universal erudición en casi todas las ciencias. Dicen que éste, habiendo penetrado con sus observaciones el gran secreto del movimiento circular de la sangre, sólo se le comunicó en confianza al embajador de Inglaterra, residente a la sazón de Venecia, y al insigne anatómico Fabricio de Aquapendente: que Aquapendente se la participó al inglés Guillelmo Harveo, estudiante entonces y discípulo suyo en la Escuela de Padua: que el embajador y Harveo guargaron exactamente el secreto confiado, hasta que Harveo, restituído a Londres, le publicó por escrito el año de 1628, haciéndose autor de él.

17. Esta noticia necesita de más firmes apoyos para su crédito que la simple relación de algunos modernos, porque tiene bastantes señas de inverisímil. ¿Qué motivo podía tener el padre Sarpi para hacer tanto misterio del descubrimiento de la circulación, que sólo se lo participase a un íntimo amigo suyo (pues se asienta que lo era Aquapendente) y a un señor extranjero? Bien

(1) En las *Actas físico médicas* de la Academia Leopoldina, compendiadas en las *Memorias de Trevoux* del año de 1729, art. 10, en nombre de monsieur Heister se citan dos pasajes, uno de Plutarco, otro de un antiguo escoliador de Eurípides, en que formalmente se expresa la circulación de la sangre.

lejos de ocasionarle algún perjuicio este hallazgo le daría un grande honor, como hoy se le da entre los que le juzgan autor de él. Dice un autor protestante que en los países católicos cualquiera novedad, aun la más inconexa y distante de los dogmas sagrados, se trta como herejía, y que en esta consideración escondió su descubrimiento el padre Sarpi, temeroso de pasar por hereje, o a lo menos por sospechoso en la Fe. Extravagante impostura, pero muy propia de la religión de su autor, pues mucho tiempo ha que los protestantes calumnian nuestro celo por la Fe, como que declina a estupidez o barbarie! No se niega que hay entre nosotros algunos profesores rudos y malignos (como los hay en todo el mundo), los cuales, al ver que con razones se les combate alguna antigua máxima respectiva a su facultad, de que están ciegamente encaprichados, tocan a fuego, queriendo hacerlo guerra de religión y traer violentamente a Cristo por auxiliar de Aristóteles, Hipócrates, Galeno o Avicena. Pero éstos son las heces de nuestras escuelas, perillas toleradas, que no tienen parte alguna en los rectísimos tribunales donde se deciden las causas de religión. Por otra parte, el padre Sarpi dió tantas pruebas de osado y resuelto en puntos mucho más graves y que de hecho perjudicaban notablemente a la religión católica, que viene a ser sumamente irracional la sospecha de que por un temor tan vano huyese de descubrirse autor de la circulación de la sangre. El indiscreto celo por su patria contra las prerrogativas de la Silla Apostólica movió al papa Paulo V a llamarle a Roma, y después a excomulgarle por inobediente. No sólo no desistió de su contumacia el atrevido servita, pero en venganza dió luego a luz su *Historia del Concilio Tridentino*, que verdaderamente es una apología de los herejes y una violenta sátira contra todo el gobierno de la Iglesia católica, fuera de otros escritos con que hizo creer a los protestantes (como aun hoy lo creen) que en el corazón y en la mente fué totalmente suyo. ¿No es insigne delirio atribuir un temor desnudo de todo fundamento a un hombre que toda su vida hizo profesión de temerario?

18. Pero dejemos ya aparte las conjeturas, que son excusadas cuando hay argumento concluyente. La verdad y verdad constante, es que ni Harveo ni Sarpi fueron inventores de la circulación de la sangre, sino Andrés Cesalpino, natural de Arezzo, famoso médico y filósofo, el cual floreció algo antes que Sarpi y que Harveo. Esta gloria de Cesalpino no se funda en arbitrarias conjeturas ni en rumores populares, sino en testimonios claros que nos dejó en sus escritos. Exhibiremos uno que se halla en el libro 5 de sus *Cuestiones peripatéticas*, capítulo 5, y es el siguiente: *Idcirco pulmo per venam arteriis similem ex dextro cordis ventriculo fervidum haurien sanguinem, cumque per anastomosim arteriae venali reddens, quae in sinistram cordis ventriculum tendit, transmisso interim aere frigido per asperae arteriae canales, qui iuxta arteriam venalem protenduntur, non tamen osculis communicantes, ut putavit Galenus, solo tacti temperat. Huic sanguinis circulation ex dextro cordis ventriculo per pul monis in sinistrum eiusdem ventricu lum optime respondent ea, quae ex di sectione apparent. Nam duo sunt va in dextrum ventriculum desinenti duo etiam in sinistrum; duorum aute unum intromittit tantum, alterum ed cit, membranis eo ingenio constitut* Otro igualmente claro se lee en el lib segundo de sus *Cestiones médicas*, pítulo 17 (1).

---

(1) El barón de Leibnitz, en una de Cartas, citada en las *Memorias de Trev* del año de 1737, afirma como cosa bien av guada que el verdadero descubridor de la culación de la sangre fué aquel famoso he antritinitario Miguel Servet, que fué que do vivo en Ginebra por orden de Calv Fué éste algo anterior a Andrés Cesalp La comprehensión y exactitud histórica barón de Leibnitz dan una gran segur a esta noticia. Conque la gloria del desc miento de la circulación de la sangre,

19. Lo que pues debe discurrirse es que Harveo, habiendo leído los escritos de Cesalpino, supo aprovecharse de ellos más que todos los demás que los leyeron. Meditó la materia, penetró la verdad y halló las pruebas: en que le queda a salvo una no leve porción de gloria, aunque algo manchada ésta con el ambicioso deseo de la fama del inventor, quitándosela injustamente al que realmente lo había sido.

20. Ya veo que no es mucho el exceso de antigüedad, que respecto de la opinión vulgar, doy al invento de la circulación haciéndole retroceder de Harveo a Andrés Casalpino; pero basta para el asunto de este Discurso, donde es mi intento mostrar que muchos descubrimientos en ciencias y artes tienen data anterior a la que le ha puesto la opinión común. Si se quiere pasar de Europa a Asia, mucho mayor antigüedad se le hallará, pues Jorge Pasquio, citado en las *Memorias de Trevoux*, y otros autores dicen que más de cuatro siglos antes que se publicase en Europa era conocida la circulación de la sangre en la China.

21. El mismo Pasquio dice también que el conocimiento de las enfermedades por el pulso tuvo su origen en la China en tiempo de su rey Hoamti, cuatrocientos años después del Diluvio. Si ello es así, esta invención tiene más de mil quinientos años más de antigüedad que la que le da Galeno, quien hace primer autor de ella a Hipócrates. Pero, ¿qué hombre cuerdo se constituirá fiador de todo lo que dicen los chinos de sus ilustres antigüedades?

§ VII

22. No podemos saber hasta dónde llegaron los antiguos en el curso de las matemáticas, porque se perdió la mayor parte de sus escritos. Es verisímil que en los que perecieron se hallarían algunos de los que se tienen por nuevos descubrimientos y acaso otros que hasta ahora están escondidos a la sagacidad de nuestros matemáticos. Lo que nos ha quedado (pongo por ejemplo) de Arquímedes, de Apolonio Pergeo, de Teodosio Tripolita, Diofanto Alejandrino persuade que en lo que pereció hemos perdido grandes tesoros (1).

...asta ahora se disputó entre tres italianos y ...n inglés, viene a recaer en un español. Ejer...ó éste mucho tiempo la medicina en París. ...sí a su salud, como al honor de su patria, ...ubiera estado bien que contentándose con ser ...édico no se hubiera metido a teólogo.

(1) Los espejos ardientes, tanto por refracción, como por reflexión, fueron conocidos de los antiguos. En cuanto a los cóncavos o ustorios por reflexión, es legítima prueba lo que se cuenta de Arquímedes y de Proclo, que quemaron con ellos las naves enemigas; pues aunque ésto sea, como lo juzgamos, fábula, la fábula misma supone que hubo conocimiento de estos espejos en la antigüedad. La ficción dióles el tamaño o actividad que no tenían ni acaso podían tener; pero ciertamente, cayó la ficción sobre la realidad de otros de menor actividad y tamaño. Añado a esta prueba testimonio expreso y formal de Plutarco, que en la vida de Numa Pompilio, hablando del fuego sagrado y eterno que guardaban en Roma las vestales y en Atenas y Delfos unas sacerdotisas viudas, dice que cuando por accidente sucedía apagarse aquel fuego, teniendo por sacrilegio usar para encenderle del fuego elemental, le encendían con una especie de espejo cóncavo a los rayos del sol: *Negant eum fas esse ex alio accendi igne, sed novum et recentem parandum, eliciendamque puram ac liquidam ex Sole flammam. Succedunt eam* scaphis cavatis *in aequalia latera orthogonia trigonalia, quae ex circunferencia in unum centrum sunt devexa. His Soli obversis radii undique flagrantes coguntur et contrahuntur ad centrum.*

2. El que los antiguos conociesen los espejos ustorios de vidro o por refracción parece mucho más extraño. Sin embargo, este descubrimiento debemos a monsieur de la Hire, el cual halló una clara expresión de ellos en la primera escena del segundo acto de la comedia de Aristófanes, intitulada *Las Nubes*. Hablan allí Strepiades (viejo gracioso) y Sócrates. Dicen:

Strepiades. ¿Has visto en las casas de los Droguistas aquella bella piedra transparente con que se enciende fuego?

Sócrates. ¿No quieres decir una piedra de vidro?

Strepiades. Puntualmente.

Sócrates. Y bien, ¿qué harás con ella?

23. Las obras admirables de maquinaria de algunos ingenieros antiguos, cuya noticia hallamos en las historias, nos convencen de su gran comprehensión en esta parte de las matemáticas. Tres años detuvo Arquímedes con sus invenciones las armas romanas debajo de las murallas de Siracusa. Con una mano sola trasladó de la playa a las ondas la grande nave de Hierón, que no habián podido mover todas las fuerzas de Sicilia. Cuarenta célebres inventos mecánicos le atribuye Papo; y de tantos, no sé que se nos haya conservado otro que la coclea acuática, llamada comúnmente *Rosca de Arquímedes*. De Diógenes, ingeniero de Rodas, cuenta Vitrubio, que teniendo sitiada aquella ciudad Demetrio Poliorcetes, levantó sobre la muralla y metió dentro una grande torre movediza, que había aplicado a ella Epimaco, ingeniero de Demetrio. Lo mismo refiere de Callias, famoso arquitecto de Fenicia. Aristóteles, arquitecto de Bolonia, que floreció en el siglo quince, trasladó una torre de piedra de un lugar a otro. Cuéntalo Jonsio, el cual dice que cuando lo escribía aún vivían testigos de vista. Esta translación es sin duda mucho más admirable que la que hizo el célebre Fontana del obelisco vaticano en tiempo de Sixto V, cuanto va de mover un edificio compuesto de innumerables piedras, cuya contextura, al menor desnivel, era preciso descuadernarse a mover una pieza sola. Omitimos por cosa sabida de todos las estatuas de Dédalo y la paloma de Arquitas tarentino.

§ VIII

24. En materia de cosmografía la opinión de Nicolao Copérnico, que pone al sol inmóvil en el centro del mundo, trasladando a la tierra los movimientos del Sol, y que como una novedad portentosa fué admirada en el mundo, se sabe que es muy antigua, pues Aristarco de Samos y Seleuco llevaron la misma, según refiere Plutarco; y según otros, ya antes de Aristarco era corriente entre los pitagóricos.

§ IX

25. El descubrimiento atribuído a los astrólogos modernos de que los cometas son cuerpos supralunares o celestes, y no exhalaciones (como comúnmente se cree) encendidas en la suprema región del aire, ya tuvo sectarios más ha de diecisiete siglos, pues Plinio dice que algunos de aquel tiempo eran de este sentir.

§ X

26. Los dos grandes instrumentos de la astronomía y de la náutica, el telescopio y la aguja tocada del imán antes fueron conocidos de lo que comúnmente se piensa. Atribúyese la invención del telescopio o largomira a Jacobo Mecio, holandés, por los años de 1609, y su perfección poco después al famoso matemático florentín Galileo de Galileis. Pero si hemos de creer al célebre franciscano Rogerio Bacon ya éste, más de trescientos años antes había descubierto este maravilloso instrumento, pues en el libro *De nullitate magiae* dice que por el medio de vidrios artificiosamente dispuestos se pueden representar como muy vecinos los objetos más distantes. Ni es de omitir que nuestro sabio monje francés don Juan de Mabillon en su relación del viaje de Italia dice haber visto en un monasterio de la Orden un manuscrito antiguo de más de cuatrocientos años, donde está dibujado el astrónomo Ptolomeo contemplando los astros con un tubo compuesto de cuatro caños. Y aunque se pudiera discurrir, como se discurre

Strepiades. Cuando vengan a ejecutarme con la escritura, de que consta la deuda, yo tomaré esta piedra, y poniéndome al Sol, desde lejos quemaré la escritura.

(*Historia de la Academia Real de las Ciencias*, año 1708, pág. 112.)

el *Diccionario* de Moreri, que aquella imagen no represente el telescopio, sino un simple tubo sin vidrios, del cual acaso usarían Ptolomeo y otros antiguos astrónomos a fin de dirigir la vista con más seguridad y limpieza a los objetos, la circunstancia de ser compuesto de cuatro caños conduce naturalmente a pensar que se haría de diferentes piezas, a fin de colocar los vidrios intermedios, lo que siendo de una pieza sola era imposible. ¿Para qué la prolijidad de armarle de muchas piezas, si siendo de una servía del mismo modo para el logro de asegurar la vista y dembarazarla de la concurrencia de objetos extraños? (1).

---

(1) Monsieur de Valois, de la Academia Real de las Inscripciones, pretende probar por la historia la antigüedad del telescopio... Dice que uno de los Ptolomeos, reyes de Egipto, había hecho edificar una torre u observatorio muy alto en la isla donde estuvo el famoso faro de Alejandría, y que en lo más alto de la torre hizo colocar telescopios de un prodigioso alcance, que descubrían a seiscientas millas de distancia los bajeles enemigos que venían con intención de desembarcar en aquellas costas. *(Historia de la Acad. de Inscrip.*, t. I, pág. III.) Mas, a la verdad, yo hallo esto imposible, no porque haya repugnancia alguna en telescopio de tanto alcance, sino porque a tanta distancia era preciso que la curvatura del arco del globo terráqueo, interpuesto entre las naves y la torre, estorbase la vista de aquéllas, aun cuando la torre tuviese algunas millas de altura.

(1) Por el testimonio del docto Claudio Fauchet en las *Antigüedades de la lengua y poesía francesa*, ni se debe al Gioya Amalfitano haber inventado la *aguja Náutica*, ni a Marco Paulo Véneto haber conducido su uso de la China; porque antes de uno y otro se halla memoria de ella en un verso de un poeta francés llamado Guiot de Provins, que según dicho Fauchet escribió por el año 1200 o al antes. El verso es como se sigue:

Iccele estoille ne se muet
un arft font, qui mentir non puet,
par vertu de la marinette
une pierre laide, et noirette.
ou le fer volentiers se joint.

Marinette es la antigua voz francesa con que se nombraba la aguja magnética o el imán, sirviendo a la navegación, como significando inmediatamente piedra del mar. La flor de lis, que en todas las naciones ponen sobre la rosa náutica, apuntando al Norte, da motivo a los franceses para discurrir que la invención se debe a la Francia.

2. Lo que dijimos que muchos aseguran que cerca del año 1260 trajo Marco Paulo Véneto de la China el conocimiento de la aguja náutica, es verdad en cuanto la proponemos como opinión ajena, esto es, que muchos lo aseguran; pero absolutamente y en realidad falso, en cuanto al tiempo que se señala, pues de los mismos escritos de Marco Paulo consta que salió de Europa por los años 1268 ó 1269 y que no volvió hasta el de 1295. Conque no pudo conducir a Europa aquel conocimiento cerca del año 1260, esto es, cerca de treinta y cinco años antes que volviese a Europa y cerca de ocho o nueve antes que saliese. Así es cierto que los padres Ricciolo, Dechales y Tosca, que señalan el año 1260, padecieron engaño.

3. Algunos han querido darla mucho mayor antigüedad, aun dentro de la Europa, para lo cual producen este verso de Plauto en la comedia *Trinummus*.

Hic secundus ventus est, cape modo versoriam.

La voz *versoria* quieren que no signifique otra cosa que la aguja magnética. Pero a la verdad en este pasaje nada se puede fundar, porque la voz *versoria* es muy equívoca; pues significa también el timón, significa una cuerda o complejo de cuerdas que sirven al manejo de las velas, y en fin, la frase *capere versoriam*, según Paseracio, significa también retroceder.

§ XI

27. De las dos propiedades insignes del imán, atractiva del hierro y directiva al polo, la segunda se cree totalmente ignorada de los antiguos. Sin embargo, el inglés Jorge Wheler, citado en el *Diccionario Universal de Trevoux*, asegura haber visto un libro antiguo de astronomía, donde se suponía la virtud directiva de la aguja tocada del imán, aunque no empleada en el gobierno de la náutica, sino en algunas observaciones astronómicas. Dícese que el primero que la aplicó a la navegación fué Juan de Joya (otros llaman Goya y Gyra), natural de Melfi en el reino de Nápoles, cerca del año de 1300. Pero otros aseguran que en la China era antiquísimo este uso y que de allá trajo su conocimiento Marco Paulo Vénero cerca del año 1260 (1).

§ XII

28. Jactan sobre manera los músicos de estos tiempos los grandes progresos que han hecho en su profesión, como que de una armonía insípida, pesada, grosera, pasaron a una música dulce, airosa, delicada, llegando a figurarse muchos que la práctica de esta facultad llegó a colocarse en este siglo en el más alto punto de perfección a que puede llegar. En el primer tomo cotejamos la música del siglo presente con la del pasado. Aquella cuestión conduce poco al intento de este discurso. Lo que aquí más importa examinar es si la música de ahora (en que comprehendemos la del presente y la del pasado siglo) se debe considerar como adelantada o superior a al que veinte siglos ha practicaron los griegos (1).

29. Trató doctísimamente este punto el autor del *Diálogo de Teágenes y Calímaco*, impreso en París el año de 1725. Este autor afirma y prueba que los músicos antiguos excedieron a los modernos en la expresión, en la delicadeza, en la variedad y en el primor de la ejecución. Del mismo sentir, en cuanto al exceso en la perfección tomada en general, es nuestro grande expositor de la Escritura el padre don Agustín Calmet, en el tomo I de sus *Disertaciones bíblicas*, página 403, donde aprueba y confirma el dictamen y gusto que en orden a la música hemos manifestado en el primer tomo, por cuya razón pondré aquí sus palabras:

30. «Muchos —dice— reputan como rudeza e imperfección la sencillez de la antigua música; pero nosotros sentimos que esta misma dote la acredita de perfecta; porque tanto un arte se debe juzgar más perfecto, cuanto más se acerca a la naturaleza. Y, ¿quién negará que la música sencilla es la que más se acerca a la naturaleza y la que mejor imita la voz y pasiones del hombre? Deslízase más fácilmente a lo íntimo del pecho, y más seguramente consigue halagar el corazón y mover los afectos. Es errado el concepto que se hace de la sencillez de la antigua música. Era sencillísima, sí, pero juntamente numerosísima, porque tenían muchos instrumentos los antiguos, cuyo conocimiento nos falta, no faltándole por otra parte la comprehensión de l: consonancia y la armonía. Añadíase para hacer ventajosa su música sobre l nuestra, el que el sonido de los instru mentos no confundía las palabras de canto, antes las esforzaba; y al mism tiempo que el oído se deleitaba con l dulzura de la voz, gozaba el espírit la elegancia y suavidad del verso. N debemos, pues, admirarnos de los pr digiosos efectos que se cuentan de l música de los antiguos, pues gozaba juntos y unidos los primores que (

---

(1) Una práctica en materia de música, que se juzga ser invención de este siglo, es estampar las notas musicales sobre una línea sola, en que hay la conveniencia de ahorrar el mucho papel que se gasta en la práctica ordinaria de colocarlas en cinco líneas. Monsieur Sauveur propuso como utilísimo este método de descifrar la música en una sola línea; pienso que el año de 1709 y generalmente es tenido por inventor de él. Pero monsieur Brossard, maestro de capilla de la Catedral de Estrasburgo, que murió siete años ha, músico eminente en la teórica y en la práctica, en una *Disertación* escrita en forma de carta a monsieur de Moz, muestra que esta práctica es antiquísima, porque de Alipo, músico antiguo, que floreció, según Monsieur Brossard, muchos años antes de Cristo, quedó, dice, una obra, en que las notas musicales están puestas sobre una línea sola. Añade que este método se practicó constantemente muchos siglos, esto es, hasta nuestro famoso benedictino Guido Aretino, que como mucho más cmodo para la práctica inventó el método de figurar la música en cinco líneas.

2. Dos años después que la idea de monsieur Sauveur era pública en Francia, un mozo español, aficionado a la música, se dió en Madrid por inventor de aquel método; y sobre introducirle tuvo algunas pendencias con otros músicos, en una de las cuales mereció que le desterrasen. El mismo se me dió a coconocer el año de 28, que estuve en la Corte, jactándose conmigo de inventor de este método. Como yo sabía que el francés Sauveur le había precedido sobrado tiempo para que él pudiese apropiarse la invención ajena, en vez del pláceme del descubrimiento, (términos templados recibió de mi una corr ción de la impostura.

nuestros teatros sólo se logran divididos.»

31. Debemos confesar que no se sabe a punto fijo el carácter específico de la música antigua, porque aunque Plutarco y otros autores nos dejaron algo escrito sobre esta materia, no hallamos en ellos la claridad y extensión que es menester para hacer un exacto cotejo de aquella con la nuestra. Así sólo por dos principios extrínsecos podemos decidir la cuestión. El primero es el que insinúa el padre Calmet de los efectos prodigiosos de la antigua música. ¿Dónde se ve ahora ni aun sombra de aquella facilidad con que los más primorosos músicos de la Grecia ya irritaban, ya templaban las pasiones, ya encendían, ya calmaban los afectos de los oyentes? De Antigénidas se refiere que tañendo un tono de genio marcial enfurecía al grande Alejandro de modo, que en medio de las delicias del banquete saltaba de la mesa medio frenético y se arrojaba a las armas. De Timoteo, otro músico de aquel príncipe, se cuenta que no sólo hacía lo mismo, pero lo que era mucho más, después de encendido en cólera Alejandro, mudando de tono, al punto le templaba el furor y helaba la ira No es menos admirable lo que se dice de Empédocles (o el famoso filósofo de Agrigento o un hijo suyo del mismo nombre), que tañendo en la flauta una canción suavísima detuvo a un furioso mancebo, que ya con el hierro desnudo iba a atravesar el pecho a un enemigo suyo. Y de Tirteo, capitán de los lacedemonios, en una expedición contra los mesenios, el cual tañendo un tono de gravedad tranquila, al ir a entrar en la batalla (porque era costumbre de aquella gente hacer preludio al combate con la música, y el mismo caudillo era excelente en esta profesión), introdujo un género de sosiego manso en los soldados, que los hubiera hecho víctimas de sus enemigos, si advertido el riesgo por Tirteo no hubiera pasado a un tono belicoso, con que embraveciéndolos de nuevo y encendiendo su coraje, los hizo dueños de la victoria. La misma reciprocación de tempestad y calma se dice que produjo Pitágoras variando los tonos en un joven, en orden a otra pasión no menos violenta que la de la ira. A todo excede la maravilla atribuída a Terpandro, que pulsando la lira apaciguó una sedición en Lacedemonia.

32. No sólo se experimentaba en la música de los antiguos esta valentía en conmover los afectos, mas también la eficacia para curar varias enfermedades. Teofrasto refiere que con el concepto de varios instrumentos se curaban las mordeduras de algunas sabandijas venenosas. A Asclepiades se atribuye la curación de los frenéticos con el mismo remedio, y a Ismenias tebano de la ciática y otros dolores. No pretendo que todas estas historias se admitan como inconcusas, pero sí que pasen como probables; pues no hay imposibilidad alguna en los hechos, antes todos los efectos de la música expresados se pueden explicar con un mero mecanismo y sin recurrir a cualidades ocultas o misteriosas simpatías.

33. El segundo principio extrínseco, de donde se puede deducir la perfección de la música antigua, es la grande aplicación que había a ella entre los griegos. Era muy frecuente en ellos al acabarse los banquetes pasar de mano en mano la lira entre todos los convidados y el que no sabía pulsarla era despreciado como hombre rústico y grosero. Los árcades singularmente tenían por instituto irrefragable ejercitarse en la música desde la infancia hasta los treinta años de edad. No es dudable que cuanto más se multiplican los profesores de cualquier arte, tanto más ésta se perfecciona, ya porque la emulación los enciende a buscar nuevos primores con que sobresalgan, ya porque es más fácil entre muchos que entre pocos hallarse algunos genios excelentes, tanto para la invención como para la ejecución. Siendo, pues, mucho más frecuente el ejercicio de la música entre los antiguos que entre los moder-

nos, es muy verisímil que aquéllos excediesen a éstos; y por consiguiente, en vez de añadir nuevos primores la música moderna sobre la antigua, se hayan perdido los principales de la antigua, sin que encontrase otros equivalentes la moderna.

§ XIII

34. En cuanto a los instrumentos músicos pudiéramos decir mucho de la gran variedad de ellos que había entre los antiguos. Nuestro Calmet, que trata de intento en una disertación de los que practicaban los hebreos hace descripción de muchos; y en su *Diccionario bíblico* representa en una lámina veinte distintos. Es de creer que entre los griegos, gente de más policía y más amante de la música, hubiese muchos más. No tenemos por qué lisonjearnos de que nuestra inventiva en esta parte sea mayor o mejor que la de los antiguos, pues habiendo perecido la ingeniosa invención de los órganos hidráulicos que se practicaba entre ellos y de que se cree autor Ctesibio, matemático alejandrino, más de cien años anterior a la era cristiana se trabajó después inútilmente, según refiere Vosio, en restaurarla. También es del caso advertir que algunos instrumentos que entre nosotros se juzgan invención de los últimos siglos ya estuvieron en uso en otros muy remotos. Tales son el violón y el violín, cuya antigüedad prueba el autor del *Diálogo de Teágenes y Calímaco* por una medalla que describe Vigenere y una estatua de Orfeo que hay en Roma.

§ XIV

35. Lleguemos ya a la química, facultad, según el sentir común, totalmente ignorada de los antiguos. Esta voz *quimia* o *química* tiene diferentes sentidos, porque ya se toma por aquella filosofía teórica, que constituye por elementos de los mixtos el sal, azufre y mercurio, ya por el arte práctico de resolver y anatomizar los mixtos, mediante la operación del fuego, ya por aquella apetecida ciencia de transmutar los demás metales en oro. Aunque para significar esto último se ha variado un poco el nombre y se dice alquimia, que quiere decir quimia elevada o sublime.

36. De la quimia filosófica o teórica se proclama vulgarmente autor Teofrasto Paracelso, de quien en otra parte dimos bastante noticia. Pero es razón despojarle de este usurpado honor, por restituirle a su legítimo acreedor Basilio Valentino, monje benedictino alemán, cien años anterior a Paracelso. Así lo han reconocido Juan Bautista Helmoncio, Roberto Boyle y otros ilustres químicos. Es de creer (con más seguridad que la de simple conjetura), que la doctrina de Basilio Valentino se comunicó a Paracelso por medio de nuestro famoso abad Juan Tritemio, pues de éste se asienta que fué insigne químico, y Paracelso en varias partes se gloría de haber sido discípulo suyo. Por donde se puede inferir que la filosofía química estuvo desde Basilio Valentino escondida en nuestros monasterios, hasta que comunicada por Tritemio a Paracelso la hizo este gran charlatán notoria al orbe.

37. Aunque algunos profesores de la quimia práctica pretenden que sea antiquísima, derivando el nombre *quimia* o *quemia* de Cam, hijo de Noé, a quien hacen inventor de este arte y de quien por medio de su hijo Mizraim dicen pasó a los egipcios, de éstos a los árabes, etc., éste se reputa un vano esfuerzo de los químicos por calificar la anciana nobleza de su facultad. El caso es, que llegando a particularizar, apenas se sabe cosa en ella que no quieran que sea invención de los dos últimos siglos, en lo cual, o se engañan, o nos engañan. Cito un buen testigo, el famoso médico holandés Herman Boheraave, el cual (*Prolegom. ad institut. Chymiae*) dice que en la Biblioteca de Lieja hay los escritos de Geber, griego,

apóstata de la religión cristiana a la mahometana, y en ellos se hallan expuestos infinitos experimentos en orden a la manipulación de los metales, que hoy se tienen por inventos modernos y todos son verdaderísimos: *In eius libro infinita experimenta, et quidem verissima hodie experta habentur, et quidem quae hodie pro recentissimis inventis habita sunt.* Floreció Geber al principio del octavo siglo. Algunos le hacen español, natural de Sevilla.

38. El mismo Boheraave (*ibi*) advierte que en los escritos del famoso franciscano inglés Rogerio Bacon, que floreció más ha de cuatrocientos años, se leen los inventos que como propios suyos propaló Mr. Homberg poco ha en la Academia Real de las Ciencias. Y en fin, que cuanto escribió del antimonio el francés Lemeri lo sacó del libro intitulado: *Currus triumphalis antimonii* de nuestro monje Basilio Valentino, de quien se habló poco ha.

§ XV

39. En orden a la Alquimia o arte transmutatoria de los metales en oro no tengo que decir sino que este arte ni es de invención antigua ni moderna, porque ni ha existido ni existe sino en la idea de algunos, a quienes la golosina de la piedra filosofal hace gastar infructuosamente el tiempo y la moneda. Remítome a lo dicho en el Discurso octavo del tercer tomo. Con cuya ocasión advertiré aquí, que el autor de la *Apelación sobre la piedra filosofal* (a quien debo hacer la justicia de confesar que escribe con limpieza, gracia y policía) me acusa injustamente de contradicción o inconsecuencia, por haber dicho en una parte de aquel discurso que es posible la producción artificial del oro, y en otra que es imposible. ¿Qué contradicción hay en decir al principio que es posible absolutamente la producción artificial del oro y probar después que es imposible por los medios por donde la intentan los alquimistas? No mayor que en decir que es absolutamente posible que un hombre vuele, y añadir después que es imposible que vuele con alas de plomo. Aquello he escrito yo. Pues, ¿qué contradicción se me arguye?

§ XVI

40. Las dos artes destinadas a la diversión y el embelesamiento de los pueblos, *schoenobatica* y *praestigiatoria* (*Volatinería y juegos de manos*) parece que estuvieron sepultadas algunos siglos y no ha mucho empezaron a admirarse como nuevas. Pero realmente son antiquísimas, y griegos y romanos las practicaron con igual o mayor primor que hoy se practican. Hacen mención de los volatines (que los griegos llamaban *schoenobates* y los latinos *funámbulos*) Juvenal, Marcial, Manilio y Petronio. No sólo había hombres y mujeres muy hábiles en este género de ejercicio, pero, lo que es sumamente admirable, llegaron a industriar en él aun los mismos brutos. Plinio, libro 8, capítulo 2, y Séneca, epístola 85, testifican que en algunas fiestas romanas se dió al pueblo el prodigioso espectáculo de elefantes funámbulos. No sólo confirman este portento Suetonio y Dión Casio, pero añaden sobre él otro mayor; esto es, que en unas fiestas que dió al pueblo Nerón, un caballero romano bajó la maroma sentado sobre la espalda de un elefante. Pondré las palabras de uno y otro escritor, porque maravilla tan alta pide acreditarse con el testimonio de dos historiadores tan famosos. Suetonio: *Notissimus eques Romanus elephanto super sedens per catadromum decucurrit.* Catadromo era una maroma inclinada del alto al suelo del teatro; aunque es verdad, según consta de algunas monedas, que para los elefantes funámbulos se ponían tirantes dos maromas. Dión Casio: *Elephas ad superius theatri fastigium conscendit, atque illinc per funes decurrit sessorem ferens.*

41. Sospecho que en Egipto se con-

servó la arte schoenobática después que se perdió en Europa, porque Nicéforo Gregoras, en el libro 8, refiere que en su tiempo salieron de Egipto a varias partes cuarenta volatines, de las cuales pocos más de veinte arribaron a Constantinopla, donde hicieron sus habilidades, más prodigiosas que las que hacen los volatines de estos tiempos, sacando de la gente gran suma de dinero. En lo que se deja entender que esta arte era doméstica en Egipto y peregrina en las demás regiones.

§ XVII

42. La arte prestigiatoria ya en siglos muy remotos estuvo válida, de modo que había profesores que la tenían por oficio, pues Ateneo en el libro primero nombra tres antiquísimos, famosos en este arte: Jenofonte, Cratistenes y Nimfodoro. Y en el libro 12, tratando de los festines que hubo en las bodas de Alejandro, refiere que tuvieron parte en ellos, ejerciendo su ilusoria sutileza, tres prestigiadores peritísimos: Scimno, natural de Taranto, Filistides, de Syracusa, y Heráclito de Mitilene. El mismo Ateneo en el libro 4, dice que en las bodas de Carano, antiquísimo rey de Macedonia, sirvieron al regocijo de los convidados unas mujeres que brincaban sobre las puntas de las espadas y arrojaban fuego por la boca: *Quaedam mulieres mira facientes, in enses praecipites saltantes, ignemque ex ore nudae profundentes, accesserunt.* Carano precedió a Alejandro Magno algunos siglos. ¿Quién dijera que aquellas mismas destrezas con que hoy emboban a la gente nuestros jugadores de manos en las cortes más cultas, ya en tiempo de Alejandro Magno eran vejeces?

43. Del juego de los gubiletes y pelotillas hace expresa memoria Séneca en la epístola 43. De los que con nervios o sutiles cuerdecillas, ocultamente manejadas, hacían mover unas pequeñas estatuas, a quienes nosotros llamamos titiriteros y los griegos daban el nombre de neurospastos (esto es, tiradores de nervios) hablan Aristóteles, Jenofonte y Horacio. He leído también que aquellos puñales de que se usaba en las antiguas tragedias para representar la acción de herir o matar, estaban formados con el mismo artificio que aquellas leznas de que hoy se usa en los juegos de manos; esto es, era hueca la empuñadura, y al ejecutar el golpe, el acero retrocedía a su concavidad, con lo cual figuraba que se introducía por el cuerpo del que se fingía herir.

44. Demás de estas ilusiones que practicaban los antiguos jugadores de manos y se imitan frecuentemente en estos tiempos, dan noticia algunos escritores de otras más difíciles o más artificiosas que no se ejecutan ahora o por lo menos no ha llegado a mi noticia. Jenofonte habla de los que se entraban en una rueda, y haciéndola girar por el suelo, al mismo tiempo escribían y leían. Plutarco dice que había prestigiadores, los cuales se tragaban espadas desnudas, y Apuleyo, como testigo de vista refiere que en Atenas uno, por bien poco precio, se tragó una espada ecuestre y después un venablo. Quintiliano da noticia de otros, que con sólo el imperio de la voz, hacían mover las cosas inanimadas hacia el lugar que querían: *Quo constant miracula illa in scenis Pilariorum, ut ea quae emisserint, ultro venire in manus credas, et qua iubentur decurrere* (lib. 10, cap. 7). Llamábanse *pilarios*, con denominación tomada de la voz *pila*, que significa pelota, porque hacían sus juegos de manos con pelotillas, como los de ahora.

45. Debe advertirse que entonces de parte de la gente que asistía al espectáculo sucedía lo mismo que en nuestro siglo. Los más advertidos sabían que todo aquello era ilusión y artificio con que se representaba ser lo que no era. Pero el vulgacho, rudo por la mayor parte, creía que realmente se arrojaban llamas del pecho, se tragaban las espadas, se movían al imperio de la voz las cosas insensibles, etc.

§ XVIII

46. Ya dijimos en otra parte, siguiendo a muchos autores informados por relaciones seguras, que el arte de la imprenta es mucho más antigua en la China que en Europa. Algunos, fundados en probables conjeturas, discurren que de allá se comunicó a los europeos este arte. Lo cierto es que el modo con que en los principios se practicó en Europa era el mismo que se usa en la China. Los primeros impresores europeos no usaban de letras movibles o separadas, sino de planchas de madera grabadas, las cuales se multiplicaban según el número de las páginas del libro que se quería imprimir. Este es el modo de imprimir en la China, y les es imposible usar del que hoy tenemos nosotros por la innumerable multitud de sus caracteres, de los cuales cada uno equivale a una dicción y a veces a una frase entera.

47. En orden a la antigüedad que tiene en Europa la imprenta hay bien poca discrepancia entre los historiadores, pues ninguno pone su descubrimiento más allá del año de 1420 ni más acá del de 1450. Pero hay mucha sobre la persona del autor. Lo opinión más común está por Juan de Guttemberg, vecino de Strasburg, el cual, habiendo gastado todo su caudal en los primeros ensayos, pasó a Maguncia, donde confió el secreto a Juan Fausto, vecino de esta ciudad, y los dos de acuerdo prosiguieron el empeño. Pero como necesitasen de operarios que los ayudasen, introdujeron algunos, tomándoles primero juramento de guardar inviolablemente el secreto. La ejecución de Guttemberg y Juan Fausto se ciñó a imprimir con planchas de madera grabadas. Poco después Pedro Schoeffer, yerno de Juan Fausto, inventó los caracteres separados. Esta relación tiene el grande apoyo de nuestro abad Juan Trithemio, el cual dice fué informado a boca por el mismo Pedro Schoeffer. Con lo cual se hace improbable la opinión de los que, invirtiendo la narrativa que hemos hecho, atribuyen la invención a Juan Fausto, pretendiendo que éste, por falta de medios, se valió para la ejecución de Guttemberg. Si fuese así, no le quitaría Pedro Schoeffer a su suegro esta gloria por transferirla a otro.

48. No faltan quienes introduzcan por inventor a Juan Mentel, vecino de Strasburg, diciendo que un criado suyo, llamado Juan Gansfleisch, cometió la torpe infidelidad de descubrir el nuevo arte a Juan de Guttemberg.

49. En fin, los holandeses quieren para sí por entero todo el aplauso que merece esta invención, porque dicen que Lorenzo Coster, vecino de Harlem, no sólo discurrió los primeros rudimentos del arte, mas la condujo a su perfección, usando al principio de caracteres de madera, después de plomo y estaño; finalmente, que acertó con la composición de la tinta de que usan los impresores. Añaden que Juan Fausto, que vivía en su casa, le hurtó los caracteres una noche de Navidad, y huyendo a Maguncia se aprovechó felizmente del robo. Persuadido el Senado de Harlem de la verdad de estos hechos, hizo grabar sobre la puerta de Coster los versos siguientes para eternizar su memoria, insultando al mismo tiempo la ciudad de Maguncia, como inicua usurpadora de una gloria que no le pertenece:

Vana quid achetypos es praela, Maguncia [iactas:
Harlemi archetypos, praelaoue nata scias.
Extulit hic, mostrante Deo, Laurentius artem:
Dissimulare virum, dissimulare Deum est.

50. Pero el más lorioso monumento de la gloria atribuída a Coster es un libro impreso (según dicen) por él, antes que en Maguncia ni en otra parte se imprimiese nada, con el título *Speculum humanae salutis*, el cual se guarda en la Casa de la Villa en un cofre de plata, con tan religioso cuidado, que rarísima vez se logra el verle, porque no puede abrirse el cofre sin la concurrencia de muchas llaves repartidas entre varios magistrados.

§ XIX

51. De la pólvora y artillería dicen también muchos que son muy antiguas en la China. La opinión común es que un religioso franciscano alemán, llamado Bertoldo Schuvart, natural de Friburgo, gran quimista, inventó la pólvora cerca del año 1378. Añádese, que en parte no fué intentado, sino casual el hallazgo. Estando moliendo un poco de salitre para no sé qué efecto prendió en él el fuego; y viendo la pronta inflamación con que todo se alampó en un momento, meditando sobre el impensado fenómeno, poco a poco fué adelantando hasta descubrir la construcción de este violentísimo mixto artificial que llamamos pólvora.

52. Pero aun prescindiendo de la antigüedad de esta invención en la China, y de si por algún ignorado conducto se comunicó de aquella región a Europa, hay bastantes testimonios de que su uso es anterior al tiempo en que se señala por autor suyo al religioso alemán. En el *Diccionario Universal de Trevoux* son citados dos autores españoles, Pedro Mexia y don Pedro, obispo de León, de los cuales el primero dice que el año de 1343 los moros, en un sitio puesto por el rey don Alfonso XI, disparaban unos morteros de hierro que hacían estrépito semejante al del trueno; y el segundo cuenta que los moros de Túnez, en una batalla naval que tuvieron con los nuestros mucho tiempo antes, jugaban ciertos toneles de hierro que tronaban terriblemente. Esta era sin duda una especie de artillería. En el mismo *Diccionario* es citado también el sabio Mr. Du Cange, el cual testifica que por los registros de la Cámara de cuentas de París consta que ya por los años de 1338 estaba introducido en Francia el uso de la artillería. Esta noticia se fortifica mucho con la que el *Diccionario* añade poco después, de que Larrei en su *Historia de Inglaterra* dice que algunos autores refieren que los franceses se sirvieron de piezas de artillería en el sitio de Puy-Guillaume en Auvergne el mismo año de 1338.

53. La deposición de estos autores, especialmente los dos últimos, cuya noticia es más clara y decisiva sobre el asunto, prueba eficazmente que es incierta la opinión común de haber sido inventor de la pólvora el franciscano alemán. Prueba asimismo ser incierto lo que se halla escrito en muchos autores, que la primera vez que se usó la artillería en Europa fué en la guerra que tuvieron los venecianos con los genoveses el año 1380, valiéndose de ella los primeros contra los segundos. Si se da asenso a lo que dice el segundo autor español citado arriba, lo que se debe inferir es que el uso de la pólvora se comunicó de Africa a Europa. Como quiera sale que esta invención es más antigua de lo que vulgarmente se juzga. Acaso el religioso alemán la perficcionó y adelantó, y de aquí vino el error de que la inventó.

§ XX

54. Desde que se inventaron las letras anduvieron los hombres solícitos buscando materia cómoda en que imprimirlas. Al principio las grabaron en leños, piedras y ladrillos. Este uso, según el testimonio de Josefo, es anterior al Diluvio, pues dice que los hijos de Set, noticiosos por revelación hecha a Adán y manifestada a ellos de que había de haber dos estragos universales, uno de agua, otro de fuego, en beneficio de la posteridad inscribieron todas las ciencias que con larga contemplación de la naturaleza habían alcanzado en dos columnas, la una de ladrillo, la otra de piedra; aquélla para que les preservase del fuego, ésta de la agua. Sucedió después escribir en cera extendida sobre delicadas tablillas. Hallóse luego más comodidad en usar de hojas de árboles, especialmente de palma. Sucedió a esto el emplear las cortezas íntimas de ellos; y habiéndose hallado que la mejor de todas para este uso era

la de una planta llamada *papiro* (de donde tomó su nombre el papel), que se cría en Egipto, todas las naciones cultas dieron en aprovecharse de ellas. Pero como los reyes de Egipto llevasen mal la emulación de los de Pérgamo en juntar una grandísima biblioteca, cuya gloria querían para sí solos, con severos edictos prohibieron la extracción de aquella corteza fuera del reino, porque no tuviesen donde copiar los escritos que pudiesen lograr prestados o renovar los poseídos. Esta necesidad dió ocasión a los de Pérgamo para discurrir el uso de pieles de animales para la escritura, y del nombre de la nación se denominaron pergaminos las pieles que servían para este efecto. En fin se inventó el papel que hoy usamos, artificio maravilloso que apenas cede a otro alguno ni en el ingenio ni en la utilidad. Comúnmente sientan los autores que se ignora el tiempo de su origen. Juan Rai, que debió de hallar algunas memorias particulares sobre el asunto, le señala en su *Historia de Plantas*, libro 22, cerca del año 1470, añadiendo que en aquel tiempo dos franceses, llamados Miguel y Antonio, pasando a Alemania, llevaron consigo esta preciosa arte, ignorada antes en aquella región. En efecto, la sentencia común es que este artificio es de muy corta ancianidad, pero no tan corta como quiere Rai, pues acá en nuestra España se hallan muchísimos instrumentos originales escritos en papel desde el siglo XIII hasta el presente. Y nuestro grande expositor el padre don Agustín Calmet alega un testimonio de San Pedro Venerable, con que se le prueban más de quinientos años de antigüedad. Y aun no para aquí, pues luego añade que se conservan aún algunos menudos fragmentos de la antigua escritura egipcíaca en papel semejante al nuestro. De aquí se colige que este artificio, después de florecer poco o mucho en tiempos muy remotos, se sepultó ocultándose a la noticia de los hombres, y resucitó, más que nació, en los últimos siglos.

§ XXI

55. La fábrica de la porcelana fina se tiene por propia privativamente de la China, pues aunque en varias partes de Europa se procura imitar, aún dista mucho la copia de la perfección del original. Jacobo Savari, que en su *Diccionario de Comercio* se muestra muy apasionado por la que se fabrica en las manifacturas de Pasi y de San Cloud, cerca de París, confiesa no obstante su gran desigualdad en la perfección del blanco, respecto de la de la China. He visto otra muy ponderada de Alemania; pero hablando con verdad, excede tanto la de la China a ésta, como ésta a la Talavera común. Pero acaso supieron los antiguos europeos inventar lo que no aciertan ni aun a imitar los modernos. Digo esto, porque en las *Memorias de Trevoux* (mayo de 1701) hay una carta de Mr. Clark a Mr. Ludlon, en que dándole noticia de algunas antigüedades romanas que se hallaron en el año 1699 enterradas en el condado de Viltonia en Inglaterra, añade estas palabras: *Dijéronme que en aquellos parajes se hallaban muy frecuentemente vasos de tierra, que exceden en fineza a las más bellas porcelanas de la China.*

56. Una objeción, pero débil, se me puede hacer para probar que aun supuesta la verdad de aquel hecho, no se infiere de él que antiguamente fuese conocida y practicada la fábrica de la porcelana fina en Europa. Esta se funda en la opinión de Julio César Escalígero, Jerónimo Cardano y otros eruditos, los cuales sienten que los vasos murrinos, tan celebrados de Plinio como la más exquisita preciosidad que gastaron en sus mesas algunos romanos, no constaban de otra materia ni eran otra cosa que los que ahora tienen el nombre de porcelana de China. Aquellos, según el mismo Plinio, venían del Oriente. Luego, de esos mismos pueden ser los que se hallaron enterrados en el condado de Viltonia: por consiguiente, este hallazgo no prueba que haya florecido en algún tiempo en Europa su fábrica.

57. He dicho y repito que esta objeción es muy débil, porque del contexto de Plinio consta manifiestamente ser falsa la opinión de Escalígero y Cardano: lo primero, porque Plinio claramente da a entender que estos vasos eran obra de la naturaleza y no del arte: lo segundo, porque dicen que venían principalmente de Carmania, país hoy comprehendido en la Persia, que dista mucho de la China: lo tercero, porque la descripción que hace de ellos no muestra la menor semejanza. En fin, porque sienta que los que tenían algo de transparencia eran los menos estimados, siendo así que la transparencia es quien hace a los de la China más preciosos.

58. Los que están preocupados de la opinión vulgarizada por no sé qué relaciones, que los vasos de China no tienen excelencia alguna cuando salen de la mano de los artífices, y la adquieren después, sepultados en tierra por espacio de cien años, juzgarán que se confirma esto con el descubrimiento de Viltonia, como que unos vasos de un barniz común hayan logrado tanta perfección por haber estado debajo de tierra siglos enteros. Pero ya se sabe con toda certeza que es falsa aquella noticia y que los chinos se ríen cuando son preguntados sobre este asunto por algunos europeos. Su porcelana tiene todo el lustre de que es capaz luego que sale del horno.

§ XXII

59. Finalmente, entre los inventos antiguos que se juzgan modernos podemos colocar la tuba estenterofónica o trompeta parlante (largoi se llama por acá comúnmente), instrumento destinado a propagar la voz articulada; de modo que se oye y entiende a mucho mayor distancia que pudiera sin este auxilio. Dícese que el caballero Morland inglés, la inventó en el siglo pasado. Pero el padre Kircher, Mr. Bordelón y otros autores aseguran que este instrumento fué conocido de la antigüedad: que Alejandro Magno usaba de él para hablar de modo que fuese entendido de todo su ejército y congregarle cuando estaba disperso, y que los sacerdotes idólatras le aplicaban al crédito de sus supersiciosos cultos, articulando por él, sin dejarle ni dejarse ver, los oráculos, a fin de que el pueblo tuviese por respiración de la deidad aquella voz portentosa que tanto excede a la humana y común.

§ XXIII

60. No sólo fueron precursores nuestros los antiguos en muchos artificios que se creen inventados en nuestros tiempos, mas también inventaron algunos de cuya construcción no llegó el conocimiento a nosotros ni por muchas tentativas que se han hecho hemos podido lograr la imitación. En este número pondrán algunos los espejos ustorios de Arquímedes y Proclo, y las lámparas inextinguibles de los sepulcros. Pero yo no tengo arbitrio para hacerlo, habiendo atrás condenado por fabulosos uno y otro arcano (1).

---

(1) En tiempo de Clemente Alejandrino eran conocidos los espejos ustorios convexos o que obran por refracción. Así dice el autor: *Viam excogitur qua lux, quae a Sole procedit, per vas vitreum aqua plenum ignescat.* (*Stromat*, lib. 6.)

2. También en tiempo de Séneca era conocido el microscopio. Así dice este flósofo, libro 1, *Natural quaest*, cap. VI: *Litterae, quamvis minutae et obscurae, per vitream pilam aqua plenam, maiores clariosque cernuntur.*

3. El *Hidrómetro*, instrumento con que se averigua el peso de las aguas potables, esto es, cuál es más pesada o más ligera, se cree también invención moderna. Pero por una epístola de Sinesio a la docta Hipatia se evidencia que se usaba de él hace más de mil doscientos años con el nombre de hidroscopio. Es verdad que algunos en aquella epístola han entendido por la voz *hidroscopio* otra cosa muy diferente. En el *Diccionario de Trevoux* se pretende que signifique un reloj de agua. Pero el contexto de la carta, donde se describe el instrumento y su uso, contradice toda otra inteligencia que la expresada. El mismo principio de la carta basta para quitar

§ XXIV

61. Del vidro flexible, que Plinio dice hacía cierto artífice en tiempo de Tiberio y por mandado del emperador se destruyó su oficina y todos sus instrumentos (otros añaden que se le quitó la vida al mismo artífice), porque una preciosidad tan exquisita no envileciese los más ricos metales, no sé qué juicio haga. No ignoro que muchos tienen por imposible la flexibilidad del vidro, fundados en que es incompatible con la transparencia: porque ésta —dicen— consiste en la rectitud de los poros, y al doblarse el vidro necesariamente habían de perder los poros la rectitud doblándose con él.

62. Pero esta razón no me hace fuerza: lo primero, porque hasta ahora no se sabe con certeza la causa de la diafanidad, y el colocarla en la rectitud de los poros no pasa de los límites de opinión; lo segundo, porque es harto difícil reducir a este principio la diafanidad del aire y del agua, cuerpos que se agitan, ondean y revuelven de todas maneras. Demás que los filósofos modernos suponen ramosas y flexibles las partículas del aire y del agua; especialmente las del aire es preciso que lo sean; a no serlo, no fuera capaz este elemento de la portentosa compresión y dilatación que con infinitos experimentos se han comprobado. Luego, la flexibilidad no es incompatible con la transparencia.

63. Por otra parte, no puede negarse que tiene el vidro alguna flexibilidad: lo primero, porque es cuerpo sonoro, pues el sonido no puede formarse sin un movimiento de tremor, en que las partículas del cuerpo sonoro se desvíen algo de la situación que respectivamente tienen cuando están quietas, lo cual necesariamente se ha de hacen doblándose algo y deponiendo la rigidez. Lo segundo, porque tiene resorte, pues dos bolas de vidro, si se encuentran con violencia, retroceden. Para esto es preciso que haya compresión en el choque. Lo tercero, porque se experimenta (como yo lo he experimentado varias veces) que una lámina de vidro algo corva, comprimiéndose un poco con la mano sobre un cuerpo plano, se blandea tanto cuanto. Finalmente, he leído que en Alemania se hacen ciertas botellas de vidro sumamente delicadas en el fondo, el cual soplando o recogiendo el aliento por la boca de ellas se dilata hacia fuera o encoge hacia dentro notablemente, haciéndose ya cóncava, ya convexa una y otra superficie (1).

64. Estas razones persuaden que no hay en el vidro algún estorbo invencible para la flexibilidad. Pero en cuanto al hecho me inclino a que la relación sea fabulosa: lo primero, porque Plinio se inclina a lo mismo; lo segundo, porque la razón que se dice movió a Tiberio para hacer perecer tan bella invención, es insuficiente o por mejor decir extravagante. Siéndoles fácil lograr el fruto para sí sólo, iba a ganar mucho en conservarla; y tanto más, cuanto más perdiesen de su estimación la plata y el oro. Ya veo que los príncipes, como Tiberio, obran muchas veces por capricho y no por razón; pero rara vez

---

la duda. Así empieza: *Ita male affectus sum, u, hidroscopio mihi opus sit. Me hallo tan enfermo, o tan indispuesto, que he menester usar del hidroscopio* ¿De qué serviría o qué conduciría a un enfermo un reloj de agua? Un *hidrómetro sí,* según la común opinión, que tiene por más sanas las aguas que pesan menos. Así dice el célebre matemático Pedro Fermat, explicando la carta de Sinesio al principio de su tomo, *Varia Opera Mathematica: Este instrumento servía para examinar el peso de diferentes aguas para el uso de los enfermos, porque los médicos están convenidos en que las más ligeras son las más sanas.* La voz *hidroscopio,* que es tomada de la griega *hidroscopos,* significa lo que en latín *aquae speculatio,* que coincide a lo mismo.

(1) Monsieur Reamur, de la Academia Real de las Ciencias, reflexionando sobre que el vidro cuanto más delgado o sutil se fabrica, tanto más flexible se experimenta, llegó a discurrir y proponer que se podría formar el vidro en hilos tan sutiles que fuesen capaces de tejerse en tela, y así se podría hacer un vestido de vidro. En efecto, él mismo hizo hilos de vidrios casi tan sutiles como los de las telas de araña, pero nunca pudo arribar a prolongarlos tanto que sirviesen para tejido.

prevalece el capricho, cuando es inmediata y derechamente contra el propio interés.

§ XXV

65. Con más razón deberá tenerse por secreto reservando a la antigüedad aquella confección con que los egipcios embalsamaban los cuerpos para preservarlos de corrupción. Era aquélla de mucho mayor eficacia que las que ahora se usan, pues el efecto de éstas apenas llega a dos o tres siglos, y el de aquélla se cuenta por millaradas de años. Puede restar alguna duda si el suelo donde depositaban los cadáveres contribuía a su conservación, pues como hemos advertido en otro lugar hay terrenos que tienen esta virtud. Y aquí añadiremos haber leído que en las cuevas donde ha estado depositada cal algún tiempo se conservan los cadáveres hasta doscientos años.

66. El asunto que acabamos de tocar nos trae a mano la ocasión de desengañar de un error común en materia importante. Dase el nombre de mumias a aquellos cadáveres que hoy se conservan embalsamados por los antiguos egipcios. Bien que la voz *mumia* ya se hizo equívoca, porque unos entienden en ella el cadáver que se conserva en virtud de aquella confección de que hemos hablado; otros la misma confección; otros el mixto que resulta de uno y otro; otros, en fin, quieren que esta voz se extienda a aquellos cadáveres que en las arenas ardientes de Libia prontamente desecados ya por el aridísimo polvo en que se sepultan, ya por la fuerza del sol se conservan siempre incorruptos.

67. La mumia, tan decantada por médicos y boticarios y aun mucho más por los que la venden a éstos como eficaz remedio para varias enfermedades, se toma en el segundo o tercer sentido: en que encuentro alguna variedad, porque el Matiolo quiere que toda la virtud esté en aquellas drogas con que el cuerpo fué embalsamado; Lemeri y otros en el conjunto y mezcla de uno y otro. Bien que en alguna manera se pueden conciliar las dos opiniones, porque la primera no atribuye su actividad a la confección únicamente por los ingredientes de que consta, sino también y principalmente por los aceites y sales que éstos sorben del cadáver; de modo, que la mezcla de aquéllos y éstos forman este celebrado remedio.

68. El que la mumia, aun siendo legítima y no contrahecha, tenga las virtudes que se atribuyen, es harto dudoso. Unos dicen que los árabes la pusieron en ese crédito. Gente tan embustera merece poco o ningún asenso, especialmente si los que acreditaron la mumia hacían tráfico de ella. Otros dicen, que un médico judío, maliciosa o irrisoriamente fué autor de que estimásemos esta droga. Peor es este conducto que el primero; pero como tal vez sucede lo de *salutem ex inimicis nostris*, la experiencia debe decidir la cuestión. Verdad es que la experiencia en materias de medicina pronuncia sus sentencias con tanta oscuridad, que cada uno las entiende a su placer. El célebre Ambrosio Pareo en la experiencia se fundó para condenar esta droga por inútil.

69. Pero lo peor que hay en la materia es que la mumia legítima, esto es, la egipcíaca, no se halla jamás en nuestras boticas. Así lo testifican el Matiolo sobre Dioscórides y Lemeri en su *Tratado universal de drogas simples*. Este último dice que la que se nos vende es de cadáveres que los judíos (y también acaso algunos cristianos), después de quitarles el celebro y las entrañas, embalsaman con mirra, incienso, acíbar, betún de judea y otras drogas; hecho lo cual, los desecan en el horno para despojarlos de toda humedad superflua y hacerlos penetrar de las gomas, lo que es menester para su conservación. Matiolo ni aun tanto aparato admite en lo que se vende por mumia, pues dice que sólo se prepara con el asfalto o betún de judea (de quien tomó nombre el lago Asfaltites) y pez; o bien con l

napta o pisafalto, que es otra especie de betún, muy parecido a la mezcla del de judea y la pez: por cuya razón éste se llama pisafalto artificial y aquél natural.

70. Algunos quieren que aun la mumia, en el último sentido que le hemos dado arriba, tenga sus virtudes. Yo creo que un cadáver desecado por el intenso calor del sol es duplicado cadáver; esto es, destituído, no sólo de aquella virtud que se requiere para las acciones humanas, mas también de la que es menester para los ejercicios médicos. Es preciso que el sol haya disipado todos sus aceites y sales volátiles: echados éstos fuera, ¿qué cosa digna de mucha estimación se puede considerar que quede en aquella tierra organizada? Los cadáveres habían de servir para el desengaño y los droguistas los hacen instrumentos de la ilusión.

§ XXVI

71. Finalmente (omitiendo otras cosas de menos valor) una invención envidio mucho a los antiguos, la cual se perdió y no atinó hasta ahora a resucitarla el ingenio de los modernos. Este es el arte de escribir con un género de notas o caracteres, de los cuales cada uno comprehendía la significación de muchas letras; de modo que el que poseía este artificio podía trasladar al papel una oración que estaba oyendo, sin faltar una palabra y sin que la lengua dejase atrás la pluma. De estas notas tomaron el nombre los que se llamaron entonces notarios, y tenían el ejercicio de escribir cuanto se profería en los actos públicos legales. Paulo Diácono dice que Ennio fué inventor de ellas. Plutarco, en la vida de Catón el Menor, atribuye no sé si la invención o la publicación a Cicerón, con el motivo de inferir cómo siendo cónsul hizo escribir una oración de Catón, al paso que éste la iba pronunciando en la curia, por unos escribientes, a quienes él antes había enseñado el artificio: *Hanc orationem Catonis perhibent unam extare, quod consu Cicero expeditissimos scribas ante docuisset notas, quae minutis et brevibus figuris multarum vim litterarum complecebantur.*

72. No puedo persuadirme a que aquel artificio consistiese en caracteres que representasen dicciones enteras, al modo de la escritura chinesa, de suerte que a cada dicción correspondiese distinta nota. La enseñanza de este género de compendio sería sumamente prolija, por los innumerables caracteres que sería preciso aprender, y después de aprendidos pasarían muchos años antes de lograr hábito de escribir de corrida. Que no era tan difícil la enseñanza ni tan ardua la ejecución de las notas ciceronianas se colige: lo primero, del lugar alegado de Plutarco, porque un hombre de las muchas y graves ocupaciones de Cicerón no había de cargar con la prolongadísima tarea de enseñar a algunos escribientes la formación y significación de treinta o cuarenta mil caracteres distintos. Múchos más tienen los chinos, y así apenas en tan vasto imperio se halla alguno que sepa escribir o leer con perfección, bien que son muchísimos los que toda la vida ocupan en este estudio. Colígese lo segundo, de que el glorioso mártir San Casiano, según refiere el poeta Prudencio, enseñaba a los niños este modo compendiario de escribir. ¿Cómo podía ser capaz la infancia de tomar de memoria y hacer la mano a tanta multitud de notas, cuando para escribir con veinticuatro caracteres solos se gastan en aquella edad uno o dos años? Lo tercero, de que el mismo Prudencio da a entender que esta escritura compendiosa, o en todo o en parte consistía en unas notas minutísimas, a quienes da el nombre de puntos. Si el número de los caracteres fuese tan grande, no podían ser tódos tan menudos, siendo preciso para tanta variedad multiplicar en cada uno los rasgos.

Verba notis brevibus comprehendere cuncta [peritus
Raptimque punctis dicta praepetibus sequi·

73. Por la misma razón, y aun mucho más fuerte, no se puede imaginar que aquellas notas fuesen representativas de las diferentes combinaciones posibles de las letras del alfabeto común. Estas combinaciones (aun hablando sólo de las pronunciables y de las que pueden caber en dos o tres sílabas) hacen una multitud indecible y exceden muchísimo en número a todas las voces que puede tener el más copioso idioma que haya en el mundo.

74. Tampoco se puede asentir a que el artificio consistiese en multiplicación de las que llamamos abreviaturas. Algunos modernos hicieron por este camino sus tentativas, de que se pueden ver ciertos ensayos en el padre Gaspar Schot; pero este método es insuficientísimo para lograrse por él aquella gran velocidad en escribir, de que hemos hablado. Por más que se multipliquen las abreviaturas, lo más que se podra lograr será el ahorro de una tercera parte del tiempo que se gasta en la escritura común; y aunque se ahorrase la mitad, no podría la pluma más veloz seguir la lengua más tarda. Así yo concluyo que el método de los antiguos era alguna ingeniosísima invención que distaba mucho de los tres modos expresados, los cuales a la verdad son de fácil invención en la teórica e inútiles o imposibles en la práctica. Así me parece que no debemos lisonjearnos mucho con aquella jactanciosa decisión, ocasionada de la invención de los logaritmos, *sapientiores sumus antiquis*, pues cualquiera, a poca reflexión que haga, conocerá que es sin comparación obra más ardua abreviar tan portentosamente la escritura, que buscar algún atajo a pocas reglas de aritmética (1).

(1) La arte de hablar con la mano, figurando en la varia inflexión y posturas de los dedos las diferentes letras del alfabeto, es invención que comúnmente se tiene por bastantemente nueva. Algunos la reconocen algo antigua, atribuyéndola al venerable Beda. Pero de Ovidio consta que es mucho mayor su antigüedad. Suyo es el verso:

Nil opus est digitis, per quos arcana loquaris.

§ XXVI

75. Pero la más eficaz apología de los antiguos en el asunto que vamos siguiendo no consiste en noticias recónditas, sacadas con prolija lectura de los libros, sino en lo que está patente a los ojos de todos, aunque apenas hay alguno que lo observe. Extiéndase la vista por todas las artes factivas, útiles o necesarias a la vida humana. En todas se hallarán innumerables e infalibles monumentos de la ingeniosa inventiva de los antiguos. Apenas hay arte cuya invención no pida un genio sumamente elevado sobre el común de los hombres. Por eso los gentiles creían ser autores inmediatos de todos sus dioses. Cuanto los modernos han discurrido sobre aumentar y perficcionar cualquiera de ellas no iguala, ni con mucho, la excelencia de aquella ideal especulación con que se trazaron sus primeros rudimentos. Tanto es más admirable en las obras del arte la invención que la perfección, cuanto en las de la naturaleza la generación que la nutrición. Si se me preguntase cuál es lo más grande de cuanto hay en el mundo sublunar y visible, respondería que lo más grande es lo más pequeño. Dígolo por las semillas. Estos átomos de cuantidad son montes de virtud. Los filósofos modernos niegan a todas las causas segundas actividad para engendrar semilla alguna. Sin duda que contemplando tan admirable obra les pareció correspondiente únicamente a la infinita virtud de la primera causa. Lo que en la naturaleza las semillas son en el art[e] los primeros rudimentos. Allí está con[-]tenido en virtud cuanto después la fa[-]tiga de los que van añadiendo aument[o] de extensión.

76. Contemplemos aquella arte e[n] quien más sudó el discurso de los hom[-]bres para darle seguridad y perfección digo la náutica; toda está llena d[e] maravillas del ingenio humano. Si[n] embargo, ninguno de cuantos trabaj[a]ron gloriosamente en asunto tan út[il] me admira tanto como aquel que pa[...]

caminar sobre la inconstancia de las aguas, dirigiendo con certeza el curso al término deseado, discurrió el uso del esquife y del remo. Para los créditos del artífice ideante, más obra fué la primera góndola que hubo en el mundo, que la mayor nave de cuantos surcaron después el Océano. ¿Y qué diré del que inventó las velas, haciendo con ellas servir los ímpetus de un elemento contra la indomable fuerza de otro? Ya ha cerca de tres mil años que la industria humana había hallado en remos y velas pies y alas para caminar y para volar sobre las ondas; pues Dédalo, que se cree inventor de las velas (por cuya razón la fábula le atribuyó el artificio de volar), se supone anterior a la guerra de Troya.

77. Aun en los instrumentos de las artes más vulgares o en los instrumentos más vulgares de las artes se halla obrado motivo para celebrar la inventiva sagacidad de los antiguos. No sólo a sierra, el compás, la tenaza, el barreno, el torno me parecen partos de una nvención ingeniosísima, más también n la garlopa, el martillo, el clavo, las ijeras hallo qué aplaudir. Nada de sto se celebra comúnmente. La frecuencia y ancianidad del uso engañosamente usurpan a las cosas el aplauso merecido, porque los hombres, no siendo muy reflexivos, nada juzgan excelente, si no trae consigo la recomendación de nuevo o de raro. Si cualquiera e aquellos instrumentos se inventase hora, sería el autor considerado como n hombre prodigioso. De Dédalo, quel celebradísimo artífice de estatuas utónomas, se cuenta que mató alevomente a Talao, sobrino y discípulo uyo, porque éste inventó la rueda del llero y la sierra, previendo que un genio de tan altas muestras enteramente había de ofuscar su gloria. Tuvo n duda por obra de más discurso inentar aquellos instrumentos, que hacer mover por sí mismas como vivientes s cosas inanimadas.

78. Finalmente, la más ilustre gloa de la antigüedad consiste en habernos dado el más noble, el más útil, el más ingenioso artificio entre cuantos salieron a la luz en la dilatada carrera de los siglos. Hablo de la invención de las letras del alfabeto, este sutilísimo arte de la escritura, que como canta un poeta francés,

Las voces pinta y habla con los ojos.

79. ¿Quién creyera, antes de verlo, que era posible un arte, en virtud de la cual los ojos suplan con ventajas el oficio natural de los oídos? ¿Un arte que dé eterna permanencia a la volátil inconstancia de la voz? ¿Un arte que haga hablar piedras, troncos, cortezas de árboles, pieles de brutos, hebras de lino despedazadas? ¿Un arte por quien sea más elocuente la mano que la lengua? ¿Un arte con la cual un hombre, sin salir de su aposento, haga entender sus pensamientos en todo el ámbito del mundo? ¿Un arte por quien sin hablar con nadie de cerca, se hable con cualquiera desde España a la China? ¿Un arte por quien se pueda decir que se sabe todo lo que se sabe, pues sin el subsidio de la escritura, órgano de todas las ciencias, que hubiera en el mundo sino ignorancias?

80. Esta invención prodigiosa nos dejó la antigüedad, y antigüedad tan remota, que ocultándose a los más ancianos monumentos, se ignora en que siglo salió a luz este gran parto. Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, trajo las letras y uso de la escritura a la Europa más de mil y cuatrocientos años antes de la era cristiana. Esta es la sentencia más corriente. Pero los mismos autores de ella suponen que no fué Cadmo el inventor, sino que ya las letras estaban introducidas entre los fenicios, y que esta nación fué la patria de tan ilustre arte. Así Lucano:

Phoenices primi (famae si credimus) ausi
mansuram rudibus vocem signare figuris.

81. Filón, judío, a quien siguen otros, dice que no fueron los fenicios inventores, sí que Moisés, pasado el Mar

Bermejo, llevó consigo las letras a Fenicia. Otros suben hasta Abraham; y aun entre éstos hay su división, pretendiéndose por una parte que este patriarca haya sido autor de las letras; por otra, que las haya tomado de los asirios. En fin, esto es inaveriguable, y sólo está averiguado que la invención de las letras pertenece a aquellos distantísimos siglos, en que se imagina que no había en el mundo más que una rudísima torpeza: de donde se infiere que los hombres siempre fueron unos; esto es, siempre racionales.

TOMO V

TEATRO CRITICO

Dedicatoria que hizo el autor al muy ilustre señor don Juan de Goyeneche, señor de Belzulce, etc.

No busco mecenas en V. S., porque nadie busca lo que tiene. Desde que vieron la luz mis primeras producciones, se declaró V. S. protector de ellas y mío, dicha que carga toda sobre mi agradecimiento, por no haber tenido parte en ella mi solicitud. La estimación de mis escritos pasó muy luego en V. S. a inclinación amorosa a mi persona, como me testificaron los muchos favores que debí a V. S. cuando estuve en esa corte y que hasta hoy me continúa, no sólo dignándose de honrarme con su correspondencia epistolar, mas acreditando con finísimos hechos las tiernas expresiones de que siempre abundan sus discretísimas cartas. Dice el gran canciller Bacon, que antiguamente era costumbre entre los autores dedicar los libros a sus amigos. Melius veteres, qui non aliis quam amicis atque aequalibus scripta sua dicare solebant. Este sí era obsequio puro, porque por ningún lado le manchaba el interés. El que antecedentemente se experimentó amigo, ya está ganado para en América, adonde le conducía la nuevo el anzuelo de una dedicatoria. Sin esa diligencia será mecenas ahora el que sin ella lo era antes. Y en caso que la indigencia del autor le constituyese en términos de aspirar a otro favor de menos decoroso sonido, tampoco esperaría un amigo poderoso y generoso a la mendicante sumisión de la dedicatoria para mejorar su fortuna.

Revoco, pues, señor, ahora al uso moderno la noble práctica de los antiguos escritores. De un amigo tan fino, tan magnánimo como V. S. no espero. ni quiero, sino lo que ya estoy poseyendo, que es su afecto, como V. S. sabe muy bien que no he querido hasta ahora otra cosa. Pero mucho mejor lo sé yo, porque tengo altamente estampadas en la memoria sus repetidas generosas ofertas. Y lo que es mucho más, ¿cómo podré jamás olvidar lo que poco ha sucedió, que habiendo dado yo a un sujeto de mi cariño una carta de recomendación para V. S., sólo a fin de que le solicitase algún patrono en la América, adonde le conducía la estrechez de su fortuna, harto desproporcionada a su mérito, no contento V. S. con ejecutar lo que yo le suplicaba, con instancias le ofreció el dinero necesario para los gastos de tan largo viaje? ¿Qué haría conmigo quien hace esto con otro, sólo por saber que es de mi afecto? Ya se ve que me constituiría yo indigno de tanto amor si el mío no fuese tan desinteresado como el de V. S. generoso.

Mas no por eso, señor, quiero jactarme de que vaya desnudo de toda ambición el respetuoso culto de colocar el nombre de V. S. en la frente de este libro. Soy tan sincero, que he de confesar lo que tengo de ambicioso. Un alto interés acompaña a mi gratitud en esta acción. Aspiro con ella a un grande honor. ¿Cuál es? Que conozca todo el mundo que V. S. es mi amigo. Para los que saben quién es el señor don Juan de Goyeneche (¿y quién hay que lo ignore?) significa mucho a mi favor su amistad. Los raros talentos de V. S., tan acreditados en el mundo, a todo el mundo persuaden que nunca yerra en

la elección de amigos ni coloca su cariño sino donde encuentra la proporción de los méritos. Dotó Dios a V. S de una singularísima perspicacia y claridad de entendimiento, y sobre todo le concedió en grado eminente aquella parte, la más alta, la más útil y juntamente la más difícil de la política, que es la íntima penetración de los sujetos que trata. Cuanto yo puedo y debo inferir de aquí, es que algo de bueno debo tener cuando V. S. me ama tan de veras. Pero es sin duda que el público inferirá aún mucho más, porque son pocos los que advierten que por discreto y justo que sea el que favorece a muchos, nunca la dispensación es tan independiente de la fortuna, que en uno u otro individuo no supla por el mérito la suerte.

Ello es constante, que en la opinión común la afición de V. S. es una calificación de muy singular carácter, por la experiencia que hay de que V. S., aunque en general ama todo lo bueno, sólo se prenda de lo exquisito. Días ha que empecé a observar que no oí nombrar sujeto alguno por amigo o favorecido de V. S. que por un camino u otro no estuviese adornado de excelentes prendas. Yo mismo, estando en la corte, noté que siempre que vi a V. S. le hallé acompañado de sujetos tales como planeta superior del cielo literario, circundado siempre de satélites luminosos. Es la casa de V. S. noble academia donde concurren los más escogidos ingenios, no humilde tertulia donde se admiten míseros pedantes. No hallo en la historia ejemplar más ajustado al genio de V. S. que el de aquel gran romano, Lúculo, a cuya habitación, dice Plutarco, acudían los doctos como a hospicio propio de las musas (velut ad Musarum hospitium), *y donde hallaban mesa franca los ingenios sobresalientes de aquella era, esto es, los griegos:* In summa erant convivium, et prytaneum Graecis omnibus Romam commeantibus eius penates.

Hasta aquí he celebrado a V. S. sólo en aquella parte donde por reflexión vuelve hacia mi persona el eco del aplauso. A mí mismo me adulo con el elogio. Mas si vuelvo los ojos a todas las demás brillantes cualidades de V. S., pierdo la vista y el tino en tanta copia de luces, como el que se pone a contar las estrellas. ¿Qué parte hay en la ética ni en la política, donde no se pueda señalar a V. S. como ejemplar de singularísima nota? ¿A quién no admira ese corazón soberanamente magnánimo e igualmente que magnánimo benéfico, donde jamás se cierra la puerta al ruego y las más veces se anticipa la liberalidad a la súplica? ¿Quén no envidia esa comprensión maravillosa que de todo entiende y a todo atiende? Ya el general consentimiento va haciendo proverbio común de aquella sentencia que profirió un discreto y aprobaron luego todos los que lo son: Todos para sí; Goyeneche para todos y para todo. *un dicho tan expresivo, tan definitivo de quien es V. S., no dejándome que añadir en la sustancia, por eso mismo me obliga a que le ilustre con algún género de comento.*

Es V. S. para todos, porque como el Sol a todos extiende su beneficencia siempre que se presenta oportunidad o lo dicta la razón. Es para todos, porque todos hallan en V. S. lo que respectivamente les corresponde: el soberano, fidelidad; el superior, respeto; el igual, franqueza; el humilde, afabilidad; el virtuoso, amor; el sabio, veneración; el ignorante, enseñanza; el pobre, piedad, y todos dulzura, veracidad y honor. Es para todos, porque de todos se hace amar. Príncipes y vasallos, grandes y pequeños, señores y populares, togados, religiosos, militares, en fin, todos y de todas clases, desde el instante que empiezan a tratar a V. S., empiezan a amarle. Confieso que la virtud sola, por grande que sea, no es capaz de producir tanto efecto. Es menester que a la virtud se añada lo que en V. S. ciertamente se añade: una gracia eficazmente persuasiva en gesto, acciones y palabras; una exterioridad naturalmente amable y decorosa, que al más rudo revela de golpe las buenas calidades del alma: Oris decor

et amoenae gratiae genius (*decía allá Barclayo de su héroe*) cuius virtute omnes ipsius motus, omnes nutus placebant. *Es V. S. para todos, porque la conversación se acomoda al genio, capacidad y lenguaje de todos. Es ésta una felicidad tan rara, que yo dijera que sólo se podía hallar en la idea, si sobre lo que me ha mostrado la experiencia, no me hubiesen testificado infinitos que la han palpado en V. S. Parece que en la lengua de V. S. está depositado el maná de la discreción. Todos gustan de ella, por más que los gustos sean varios y aun opuestos.*

Es V. S. no sólo para todos, mas también para todo. Esta es la otra parte de la definición. ¿Qué asunto, qué objeto o útil o glorioso a la sociedad humana y a la república se halla fuera de la esfera de actividad de V. S.? Las ciencias le reconocen por protector, las artes por promotor. ¿Quién, hasta ahora, ha consultado a V. S. sobre cualquiera materia práctica que se fuese, que no debiese a su dirección el acierto? ¿En qué cosa ha puesto V. S. la mano (habiéndola puesto en tantas y tan arduas) que no correspondiese el suceso al designio? Ha hecho V. S. solo lo que los extranjeros imaginaban no podrían hacer todos los españoles juntos. Los que entre ellos más honraban a nuestra nación, sólo la creían ingeniosa para sutilezas teóricas. V. S. les ha mostrado que nada es inaccesible al genio español, rebajándoles al mismo tiempo los intereses que a su diligencia tributaba nuestra desidia. El establecimiento de tantas manufacturas, el alto y felizmente logrado proyecto de conducir las intratables asperezas de los Pirineos y aun del centro de esas mismas asperezas árboles para las mayores naves, la fundación de un lugar hermoso y populoso en terreno que parecía rebelde a todo cultivo, pedían sin duda no sólo una comprensión elevadísima, mas una grandeza de ánimo incomparable. Uno y otro nos deparó el cielo para bien de España en V. S. Era menester, sobre un entendimiento de miras muy sublimes, un espíritu heroico en el grado más eminente, para tomar por su cuenta un hombre solo la fábrica de cristales, habiendo visto perderse sucesivamente dos compañías formadas al mismo intento. Rodulfo, el primer emperador austríaco, no quiso hacer jornada a Italia, aunque al parecer lo pedían los intereses del Estado, por haber observado que todos los emperadores antecedentes que habían hecho el mismo viaje, habían perecido en aquella región, e instado para ello por sus aulicos, los satisfizo con la fábula de la zorra, que llamada del león no quiso ir a su cueva por haber advertido en el camino muchas pisadas de los demás animales que habían sido llamados, pero todas de ida, ninguna de vuelta. Era dotado aquel príncipe de gran corazón, pero para meterse en un empeño donde se perdieron todos los que le emprendieron antes, no basta un espíritu precisamente grande; es menester que sea supremo. Nació V. S. con grandes obligaciones, pero el espíritu es tan superior a las obligaciones del nacimiento, que la voz común, cuando dice que don Juan Goyeneche tiene corazón de príncipe, *aún no explica adecuadamente su magnanimidad.*

El heroísmo tiene diferentes clases. Los hombres pueden hacerse famosísimos por varios rumbos. Cada uno podrá repartir entre ellos su estimación como quisiere. Lo que yo siento es que más fácil es hallar en una república un guerrero tan ilustre como Escipión, un cónsul tan político como Apio Claudio, un orador tan discreto como Tulio, un hombre tan docto como Varrón, que hallar un todo como el de don Juan de Goyeneche; hallar, digo, un hombre tan para todos y tan para todo. No creo que estaba fuera de este sentir nuestro monarca Felipe V cuando dijo a su confesor que si tuviese dos vasallos como Goyeneche pondría muy brevemente a España en estado de no depender de los extranjeros para cosa alguna, antes reduciría a éstos a depender de España para muchas. Por los apuros grandes de la monarquía no pudo lograr tanto el monarca con un

Goyeneche solo, pero fué mucho lo que logró y no tiene duda que España debe inmortales gracias a V. S. porque con las manufacturas que estableció le produjo la conservación de grandes cantidades de dinero que antes llevaban las extranjeras.

Rindió la antigüedad divinos honores a Minerva, no por otro mérito que haber inventado el huso y las obras de lana, que generalmente juzgaban que no debían corresponder con menos que templos, aras y sacrificios a cualquiera que hacía algún señalado beneficio a los mortales. Deus est mortali iuvare mortalem, *dijo Plinio el Mayor. Debe España a V. S. no sólo innumerables obras de lana, de quienes respectivamente a nuestra monarquía se puede V. S. decir inventor, mas otras muchísimas fábricas de quienes no se acordó Minerva. Es, pues, acreedor V. S. a que la nación le celebre no como a deidad tutelar suya (vayan fuera hipérboles y metáforas), pero sí como a un grande héroe de la política yverdadero padre de la patria. Yo a lo menos reconoceré y veneraré siempre estos dos gloriosísimos atributos en V. S., cuya vida guarde nuestro Señor muchos años. De ésta de V. S., San Vicente de Oviedo, y marzo, 4, de 1733.*

B. L. M. de V. S.
su más obligado servidor, amigo y capellán,

Fr. Benito Feijoo

PROLOGO

Al lector

Quizá acusarás, lector mío, mi tardanza en presentarte este quinto tomo, si desde el tiempo en que pudiste prometerte su lectura no has logrado otra mejor en los dos que poco ha dió a luz mi íntimo amigo el P. Mro. Fr. Martín Sarmiento con el título de *Demostración críticoapologética del Teatro Crítico Universal,* obra excelente por cualquier parte que se mire. Ya habrás conocido, si la leíste, que el autor es aquel a quien en el tomo IV, discurso XIV, núm. 84, coloqué, sin nombrarle, entre los mayores ingenios que en estos últimos tiempos produjo el suelo español, y de quien dije que era *un milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas.* Oculté su nombre por no ofender su humildad, y él, por ser tan humilde, se descubrió. Juzgó y aun juzga ahora, que los rasgos de su pluma están muy lejos de llenar la idea que yo había dado de él en el lugar citado. Así salió al público, pareciéndole que su obra no sólo no persuadiría a alguno, que él era el objeto de aquellos elogios, pero disuadiría a los mismos que se los apropiaban. Esta desconfianza de las propias obras es cualidad característica de los grandes ingenios; ya porque su perspicacia les descubre allá en los senos remotos de lo posible otra perfección más alta que aquella adonde arriban, y por mucho que suban creen que se quedan en el valle, entre tanto que no asciehden a aquel elevadísimo monte que se les presenta a la vista, ya porque cuando tratan de medirse a sí mismos, cuanto les encoge la modestia, les rebaja en la apariencia la estatura.

Pero si no has visto aquella obra, se exhorto a que la busques y la leas. Complaceraste sin duda de ver que en el lleno de erudición ya no tiene nuestra España que envidiar ni a Italia sus Escalígeros, ni a Francia sus Turnebos, ni a Alemania sus Reuclinos, ni a Holanda sus Grocios, ni a Inglaterra sus Userios. Aprovecharás mucho en su lectura. Mas no por eso quiero venderte la fineza de que en este deseo atiendo sólo a tu utilidad. Mézclanse en el designio mi honra y tu provecho.

Ya sabes que muchos días ha hicieron liga contra mis escritos unos (no sé cómo los llame), unos pobres de la república literaria, de estos que cuando quieren hacer algún papel en el mundo, su miseria los precisa a andar por las puertas y zaguanes de los li-

bros, los índices quiero decir, mendigando harapos de noticias y cosiéndolos con imposturas, dicterios y chabacanismos. Venden después al rudo vulgo como tela de algún precio lo que puesto en la mano de cualquier docto al primer tirón se descubre ser mera podredumbre. Por tales manos y con tales medios se forjaron casi todas las impugnaciones que hasta ahora parecieron contra mí, especialmente la que poco más ha de tres años produjeron sus autores debajo de título sonante, como quien dice al público al presentarle el plato: *ésta es liebre*, pero luego se vió que era gato, gozando todos un desengaño clarísimo de las infinitas nulidades de aquella obra con el beneficio de mi *Ilustración Apologética*. Este escrito, que alumbró a todos los desapasionados, por mucha que fuese o su preocupación o su ignorancia, cegó más a mis impugnadores. Irritados de verse tan claramente convencidos, no hubo armas, por vedadas que fuesen, de que no echasen mano para herirme. Pasó la hostilidad a rabia y furor. Si te he de decir la verdad, miré esto como complemento de mi triunfo. Ezzelino, aquel tirano de Padua, furioso de verse vencido en una batalla, con sus propias manos rasgó más las heridas que había recibido en ella. ¿Qué otra cosa sucedió a mis contrarios? Respirando de la apostema que les engendró en las entrañas el dolor del vencimiento venenoso hálito por las heridas recibidas, las empeoraron, haciendo de simples llagas úlceras hediondas.

Esto y nada más lograron con el nuevo escrito que dieron a luz para vengarse de la *Ilustración*, obra en cuya producción se disputan quién tuvo más parte: la rusticidad, el furor, la ignorancia, el odio y la impostura. ¿Qué juicio se puede hacer por estas señas de sus autores? ¿Que les faltó crianza y les sobra malicia? No por cierto, sino que los cegó una rabiosa impaciencia de ver descubierta su profunda ignorancia a las luces de la *Ilustración*: *Iratus nihil nisi crimina loquitur*, dijo Séneca el trágico.

¿No es seña clarísima de la ceguera de mis contrarios y de que la ira los tenía enteramente fuera de sí, después de aplaudirme repetidas veces en el primer escrito como sujeto de *grande erudición*, en el segundo tratarme a cada paso de hombre ignorantísimo? ¿Tenían los que cayeron en tan enorme inconsecuencia a todos los lectores por unas bestias estúpidas que no habían de advertir tan visible contradicción? ¿Cómo podía yo pasar en el discurso de dos o tres años de insignemente erudito a sumamente ignorante? Antes es natural, pues consta que en todo tiempo no dejé los libros de la mano, que adquiriese algo más de erudición.

Pero ¿qué te parece, lector mío? ¿Que no perdí más que la erudición en esos dos o tres años, o que fueron muchas mis pérdidas en el lenguaje de mis contrarios? Dígotelo para que te rías muy a gusto tuyo y muy a costa de ellos. Sábete que en este mismo discurso de tiempo perdí la reverendísima, que ellos mismos me habían dado de gracia. Perdí la paternidad, que gozaba de justicia. Perdí dos magisterios que tenía, uno por mi religión, otro por esta Universidad de Oviedo. Era yo, cuando mis contrarios trabajaron y publicaron su primer escrito (y así me nombraban ellos mismos), *el Rvmo. P. Mro. Fr. Benito Feijoo*. ¿Y después? En el escrito de que hablamos y en una hoja volante que salió después me despojaron de todos mis honores y títulos, aun con más rigor que el otro poeta español al doctor Juan Pérez de Montalván en aquella famosa copla donde le hizo quedar *con sólo señor Juan Pérez*. ¿Cómo esto?, me dirás. Y yo te respondo que leas aquel escrito y una carta que después echaron a volar y verás como en una y otra parte ya me nombran *el P. Fr. Benito*, así, sin más ni más, ya el *Padre* mondo, ya *Fray Benito* a secas, ya *Feijoo* en carnes. ¡Oh cuánta envidia le tengo al *señor Juan Pérez*! Que al fin el satírico émulo suyo no lo hizo tan mal con él que

no le dejase con su nombre, con su primer apellido y un *señor* de más a más. Pero yo, miserable de mí, por haber padecido la desgracia de caer en manos de unos tertulios despiadados, sobre la pérdida de la reverendísima y el magisterio, que me rayeron a navaja como al otro el Montalván y el doctorado, ya me veo unas veces con nombre sin apellido, otras con apellido sin nombre y otras sin uno ni otro, y soy solamente el *Padre*, que allá se va con *un quidam*.

¿Qué piensas de esto? ¿Que el intento de los tertulios fué sólo ridiculizarse a sí mismos? Nada menos. Eso fué lo que consiguieron, pero el designio era ajarme a mí. A los ojos estaba que había de suceder aquello y no esto. Pero su ceguera era tanta que ni eso vieron.

Todo cuanto hay en el nuevo escrito manifiesta la misma falta de luz, las mismas densas tinieblas que les habían anochecido la razón. Sólo en una cosa anduvieron bastantemente reflexivos, que fué en amontonar tantas imposturas, ya en la falsedad de sus citas, ya en atribuir frecuentemente este defecto a las mías. Sabían muy bien que son poquísimos los lectores que tengan a mano los libros que ellos y yo citamos, para examinar quién es legal y quien no. Sabían también que aun los mismos que están en estado de poder consultar los libros no lo hacen, por no cargar con una fatiga en que no se consideran interesados. Sobre estos dos supuestos se hicieron la cuenta de que con citar a roso y belloso, y decir a troche y moche que yo citaba mal, por lo menos se empataba el plebeyo, y dividido el reino en bandos, unos estarían por los tertulios, otros por el padre.

Sólo un reparo podía ofrecérseles contra esta máxima, y es que la presunción para lograr el asenso del público está más a favor del padre que de los tertulios. En cualquier tribunal, cuando se encuentran en las deposiciones dos testigos, es preferido el más condecorado al que lo es menos; el que por su estado está ceñido con más estrechas obligaciones al que no las tiene iguales. Estas dos ventajas incontestablemente están de mi parte. Sobre las obligaciones del estado religioso que profeso se me añaden las de los muchos honores que he debido a mi religión, quien me dió el grado de maestro general suyo, la prerrogativa de voto perpetuo en sus capítulos generales, me hizo dos veces abad de este Colegio; a más de esto, me ofreció una vez la prelacía de mi insigne Monasterio de San Julián de Samos y otra la del de San Martín de Madrid, no queriendo yo aceptar ni una ni otra, como constó a toda la religión (sepan esto de paso los señores tertulios y añádanlo a lo que ya les dijo el P. Mro. Sarmiento de la renuncia que hice la primera vez que tuve la de este Colegio, para que otra vez no se pongan a escribir con tanta confianza que yo *no dejaría la vida de prelado por la vida de un particular*). A los honores que me dió la religión se agregan los que he ganado con mi sudor en esta Universidad, donde sobre la borla de doctor he ascendido a la cátedra de vísperas de teología por los grados de las cátedras inferiores, sin haber tenido lección de oposición que no me granjease algún ascenso. ¿Qué duda tiene que todas estas prerrogativas me constituyen en un grado muy superior para ser creído del público a un tertulio desnudo de todo carácter? He dicho *de un tertulio*, pues aunque otros sugieran a éste gran parte de lo que escribe, como sólo su nombre se ve en la frente del escrito, sólo sobre él carga el deshonor de la ilegalidad. Los demás tiran la piedra y esconden la mano. Este presenta al rechazo no sólo la mano, pero la cabeza.

Verdaderamente, ¿qué hombre de algún juicio, al ver dos escritos que mutuamente se contradicen en cuestiones de hecho, uno firmado de un religioso, adornado de muchos títulos honrosos, logrados por su religión y por una Universidad, otro firmado de un escritor de quien sólo se sabe que se llama don Fulano de tal, no dará más crédito al primero que al segundo?

Este reparo, digo, es harto verosímil que se les ofreciese a los tertulios. Pues no los contuvo para escribir con más legalidad, es también harto verosímil que le despreciaron sobre el supuesto verdadero de que es en el mundo infinito el número de necios, y éstos, para dar fe a un escrito, no atienden a las cualidades ventajosas del autor, sino a la osadía, o llamémosla insolencia, con que asevera lo que escribe. Desbarre cuanto quisiere, que como desbarre con arrogancia y, sobre todo, como llene de improperios al autor a quien impugna, tendrá a todos los necios de su parte. Estos comprarán sus escritos y le darán de comer, que es lo que se busca.

Las consideraciones dichas alentaron sin duda a los tertulios para llenar sus escritos (no pudieran componerlos de otro modo) de tantas citas falsas, y para imponer al vulgo que adolecen de este vicio muchas de las mías. Más que esto hicieron. Como yo cito pocas veces, levantaron el grito que muchas de las noticias que propongo sin señalar los autores en quienes las he leído eran forjadas en mi celebro. En esto acaso procedieron con una máxima no mal discurrida, que fué tentar si así podían obligarme a llenar de citas mis libros, de que resultaría necesariamente hacerlos fastidiosos y molestos y, por consiguiente, hallar pocos lectores; porque, ¿quién duda que el multiplicar citas en un libro es multiplicar tropiezos en su lectura, es interrumpir la corriente de la pluma, es afear la hermosura del estilo, es destrozar el concierto de los períodos, es turbar el nativo resplandor de los conceptos?

Por estas razones y por imitar la práctica corriente de los mejores escritores de otras naciones he excusado y excuso citar lo más que puedo, si embarazarme la duda de si me creerá el público. Ni aun tal duda se me propuso cuando empecé a escribir, y aun si alguno me la propusiera la despreciara, pues le dijera yo: ¿Qué motivo tiene el público para no creerme? ¿Por qué no ha de creer a un religioso y religioso tan atendido y honrado en su religión? A un religioso, que de conocido va a perder muchísimo en incurrir entre los suyos la nota de embustero, pues justamente merecerá su desprecio y aun su indignación, por el deshonor que a la religión misma resulta de permitir la impresión de unos libros que abundan de fingidas especies? Esto se vendrá a los ojos de todos cuantos lean en la frente de mis escritos mi nombre, mi estado y parte de mis títulos. En caso que alguno, considerando que no hay regla sin excepción, y que ya se han visto uno u otro escritor de iguales obligaciones a las mías, notados de poco fieles, dude de mi veracidad, fácil le será salir de la duda, preguntando qué créditos tengo en cuanto a esta parte en mi religión. Estoy cierto de que generalmente los individuos de ella, aun comprendiendo los que me miran con menos afecto, me confiesan la partida de veraz. Con toda seguridad afirmo que les merezco este concepto y a cuantos de ellos me han tratado, y provoco para que cualquiera de ellos señale alguna mentira ni aun leve en que me haya cogido.

Así respondería yo a quien me propusiese aquella duda. Pero esto no es del caso para los tertulios, de quienes no juzgo que no me creen; sí sólo que abusan de la ignorancia y rudeza del vulgo, para inducirle a que no me crea. Para este efecto los ha servido algo cierta tropa auxiliar, que no peca de ignorancia o rudeza, sino de malicia. ¿De quiénes piensas que hablo? De esas pestes de la humana sociedad; de esos infelices que pasan en esta vida el noviciado del infierno; de esos a quienes una doméstica furia está despedazando continuamente el corazón; de esos a quienes un maligno incendio, como cantó Virgilio, les está consumiendo las médulas, dejando intactos los huesos; de esos en quienes, como advirtió Ovidio, es severísimo suplicio la misma culpa. Sin más señas conocerás que hablo de los envidiosos. Estos son los ilustres protectores de los tertulios; éstos los que a cualquier papelón que

sale de sus manos, aun viendo sus inepcias, palpando sus despropósitos, notando sus imposturas, con afectado magisterio, aseguran que está admirable, que es difícil o imposible responderle, etc. Y como ésta es gente reputada de tanto cuanto literata, porque la envidia pide alguna coincidencia en la misma profesión, tiene la autoridad que es menester para esforzar entre los mentecatos la persuasión de los tertulios.

Mas al fin, ya todos sus conatos se hallan hoy enteramente desvanecidos. Y aquí es donde vuelve a enlazarse la noticia que arriba te di de la obra del padre Mro. Sarmiento. Habiéndole parecido a este gran ingenio conveniente dar el último y más eficaz desengaño al público (el que de mí no se podía esperar por estar resuelto a cumplir la palabra que di en el prólogo de la *Ilustración* de no continuar la contienda) se resolvió a hacerlo por sí mismo y lo hizo tan cumplidamente que dudo haya parecido hasta ahora obra apologética de este género que llene más exactamente todas las obligaciones de tal.

Represéntase en ella un guerrero invencible de pluma, que en cada rasgo logra una victoria, en cada discurso deja erigido un trofeo. A los contrarios no sólo los bate: los derriba, los postra, los atropella. Con tanta claridad, con tan palpables demostraciones manifiesta los innumerables errores en que cayeron, que para no conocerlos es ya menester degradarse de racionales y pasar a la clase de las bestias. Apenas hay línea donde no les descubra o una alucinación, o una ignorancia, o una trapacería.

Lo más esencial para el intento está en la calificación de todas mis noticias. Habían los contrarios aseverado, con osada frente, que muchas de aquéllas para quienes no cito autores, no se hallaban en autor alguno, y que muchas, para quienes los cito, no parecían en los autores y lugares señalados. ¿Qué hizo el maestro Sarmiento? Justificó todas mis citas, mostró la falsedad de muchísimas de los contrarios, y para aquellas especies que ellos decían no se hallaban en autor alguno se los alegó a montones.

Pero ¿qué hacemos con esto?, me dirás. Los que tuvieron la osadía para acusar de falsas las especies y citas del maestro Feijoo, ¿no la tendrán para hacer lo mismo con las citas y confirmaciones del maestro Sarmiento? Respóndote que acaso la tendrán, pero no les servirá de nada, a menos que encuentren con lectores tan insensatos como los más estúpidos brutos. A todo ocurrió la precaución del maestro Sarmiento, ofreciendo en el prólogo de su obra dar a cualquiera que le busque para asegurarse de la verdad abiertos y registrados todos los autores que cita, así en confirmación de sus noticias, y mías, como los que alega para convencer de falsas las citas y especies de los contrarios.

Ahora bien, lector mío, ya no hay lugar a tergiversación alguna. El maestro Sarmiento está en la corte y rarísima vez sale de su Monasterio de San Martín, con que si tú también estás en la corte, cuando quieras le hallarás. Apunta, pues, todas las citas y especies de cuya verdad o falsedad quisieses asegurarte y acude con ese apuntamiento al maestro Sarmiento. El te abrirá al punto los autores y te hará patente que no hay cita ni noticia suya ni mía que no sea verdadera y que todas las que él ha notado de falsas en los contrarios ciertamente lo son. Si no estás en la corte, por un corresponsal de tu confianza que habite en ella puedes adquirir el mismo desengaño. Pero dígote que sea de tu confianza y conocimiento, porque no siendo así, podrías caer en manos de alguno de la congregación tertuliana que te engañase de nuevo y sería *novissimus error peior priore.*

Contra esta demostración no hay réplica ni escapatoria. No por eso te digo que los contrarios no escribirán de nuevo o folletos o librejos o librotes. Antes estoy moralmente cierto de que lo harán. Uno de ellos ha confesado que ha menester escribir para comer; y siéndole imposible escribir otra

cosa que mordiscones a ajenas obras (cosa para que los más ignorantes y rudos tienen bastante habilidad, especialmente si se arrojan a toda impostura y a toda inepcia), o alguna frusleria de poco bulto y ningún momento, ¿qué remedio le queda sino sacar a luz nuevos embrollos? Convencido está no hay duda; pero, ¿para cuándo se hicieron los embrollos, sino para estos apuros?

Así, lector mío, si eres de aquellos cerriles cuyos cerebros de cal y canto son impenetrables a las evidencias; si no haces más uso de tu razón que dejarte embobar de cada papelón nuevo que sale; si eres tan insensato que reputas por legítimas impugnaciones las injurias, dicterios y calumnias; si tan estúpido que cantas la victoria por el último que gruñe o grazna en la palestra; si, en fin, para ti cuanto parece escrito de molde todo es uno y como si este fuera el juego de la malilla o el de la manta, has de tener por triunfo la última carta de la baraja, desengañadamente te lo digo, no escribo para ti. No son para ti el *Teatro Crítico* y sus *Apologías*. Tan ignorante te quedarás después que hayas leído uno y otro como estabas antes. Apaciéntate de torpes y groseras sátiras, come pullas de tabernas, bebe chistes de caballerizas, engulle patrañas, sorbe calumnias (que es lo mismo que tragar sapos y culebras), pues tienen estómago para esas cosas. Cree norabuena el sonsonete de reclamos gacetales, fíate de títulos engañabobos y gasta tu dinero en comprar ilusiones. Igualmente desprecio tus vituperios y tus elogios. Mira qué falta me harán los aplausos de un necio ni de mil, cuando veo volar glorioso mi nombre (dicha no merecida, yo lo confieso), no sólo por toda España, mas por casi todas las naciones de Europa. No trabajaré más por desengañar a quien no es capaz de desengaño. Constante me ratifico en el propósito de no responder a papelón o libro que salga contra mí. No sólo no le responderé, pero ni le veré, como hice con el librote de los tertulios, de quien santamente te protesto que no sólo no leí cláusula suya, pero ni aun le vi por el pergamino ni tengo noticia que haya más que un ejemplar en todo este principado. Para los que tienen uso de razón, lo que se ha escrito sobra; para los incapaces nada basta. Así, lector mío, si eres de éstos, tú te quedarás con tu rudeza, los contrarios con su porfía y yo con mi fama.—VALE.

REGLA MATEMATICA DE LA FE HUMANA

Discurso primero

§ I

1. Preguntado una vez Tales Milesio cuánto distaba la verdad de la mentira, «lo mismo —respondió con agudeza— que distan los ojos de los oídos».

2. Sin duda que aquel primer filósofo de la Grecia conocía bien el mundo y que el mundo era entonces como ahora. Son los ojos el órgano común del desengaño y los oídos del embuste. Es tan poca la sinceridad que hay entre los hombres, que ya que la razón no deba descaminar como géneros de contrabando todas sus noticias, le había de ser lícito, por lo menos, detenerlas a las puertas de las orejas, hasta examinarlas por medio de fieles testimonios. Si todos los objetos fuesen visibles y estuviesen en proporcionada distancia, deberíamos apelar continuamente del informe de los oídos al de los ojos. *Ver y creer*, dice el adagio, y dice bien en cuanto sea posible la práctica.

3. Mas como hay muchos objetos invisibles, unos que lo son esencialmente, otros por accidente, es preciso, para no parecer engaño respecto de ellos, usar de otro testimonio que el de la vista. Tres géneros hay de objetos: sobrenaturales, metafísicos y materiales. De éstos, los dos primeros son esencialmente invisibles. Los terceros lo son muchas veces por accidente, porque aunque se consideren absolutamente dentro de la jurisdicción de la vista, es imposible el uso de ella por la distancia.

4. Las noticias que de estos tres géneros de objetos llegan a las puertas de los oídos deben traer respectivamente distintos testimonios para ser admitidas. Las de los objetos metafísicos, el de la evidencia; las de los sobrenaturales, el de la autoridad divina; las de los materiales, que no puede examinar la vista, el de la autoridad humana. Los dos primeros son absolutamente infalibles. Pero el tercero está muy expuesto a error y ése es el que pretendemos en este discurso precaver.

§ II

5. Llámase fe humana aquel asenso que se funda únicamente en la autoridad de los hombres, y esta autoridad mal entendida o mal regulada es quien ha llenado el mundo de fábulas. El suceso más extraordinario, más peregrino, más irregular, se juzga bastantemente comprobado con la aseveración de un hombre fidedigno; mucho más si son dos, cuatro o seis los que deponen. Este juicio se hace a bulto y se hace mal. Debiera preceder un examen circunspecto de la fidedignidad del sujeto, porque hay muchos que a primera vista parecen fidedignos y en la realidad no lo son. Examinada la fidedignidad, se debe pesar con la irregularidad o inverosimilitud del suceso, para ver quién prepondera a quién, pues no hay hombre alguno que sea infinitamente fidedigno o cuya fidedignidad sea de infinito peso. Unos lo son más que otros, pero todos en grado determinado. Así, según el mayor o menor grado

de fidedignidad, gozan mayores o menores derechos sobre nuestra fe. Hay hombres que son bastantemente fidedignos para que se les crea un suceso ordinario, pero no si éste sale de las reglas comunes, y cuanto más se aleje de ellas, tanto más alto grado de fidedignidad se ha menester de parte del testigo para ser creído.

6. Esta es la gran clave de la prudencia humana en esta materia. Esta es la regla de que debe usar para suspender, conceder o negar el asenso a lo que se oye. Puestas en la balanza intelectual, por una parte la inverosimilitud del suceso y por otra la autoridad del que le refiere, se ha de ver cuál pesa más; si pesare más aquélla que ésta, se ha de negar el asenso; si ésta más que aquélla, concederse, y si quedaren las dos en equilibrio, dejar tambien en equilibrio el juicio, no asintiendo ni disintiendo.

7. Siendo esto lo que dicta la recta razón, es muy contrario a ella el proceder común, Por extravagante, por irregular que sea la noticia, se asiente a ella, suponiendo ser fidedigno el sujeto que la refiere, en que suelen cometerse dos errores: el uno, que la fidedignidad se juzga sobre unas reglas comunes muy falibles; el otro, que aun siendo cierta la fidedignidad, no se mide o pesa para examinar si iguala o sobrexcede a la inverosimilitud de la narración. Sin embargo, al que más cauto o más advertido, mirando más bien las cosas, o disiente o suspende el juicio, se le impropera como a un hombre temerario, tenaz, incrédulo; se le da en rostro con que echa por los suelos la fe humana, tan respetada en todo el mundo, y es injurioso a la reputación bien adquirida del autor de la noticia.

§ III

8. He dicho que la fidedignidad se juzga frecuentemente sobre unas reglas comunes muy falibles. La autoridad del puesto, la edad avanzada, la gravedad del estilo, la majestad del rostro, son otros tantos sellos que autentizan con el pueblo el privilegio para ser creído un hombre, y debajo de esas bellas apariencias puede y suele ocultarse un gran fementido. Es terminante al caso el suceso de la honesta Susana. Dos ancianos jueces deponen contra la inocencia de aquella señora. Estaban a favor de ésta su nobleza, su santa educación, su buena fama. Sobre esto la fábula, como fabricada tan repentinamente, se había tejido tan mal que cualquiera que la examinase con alguna reflexion vería la inverosimilitud. Con todo, la autoridad que a los dos ancianos jueces daban la edad y el puesto, se llevó de calles el asenso del pueblo: *Credidit eis multitudo, quasi senibus et iudicibus populi.*

9. Persuádome a que no faltarían en aquella multitud algunos, aunque muy pocos, que tuviesen bien comprendida la virtud de Susana; que hubiesen penetrado la perversidad de los jueces, supuesto que la reprensión que les dió Daniel después, supone que ya entonces habían cometido muchas maldades; que considerasen la gran dificultad que envolvía el contexto de la historia, pues según la serie de ella, la fuga del supuesto adúltero por la puerta del huerto venía a incidir casi en el mismo momento que los criados de la casa llamados de las voces de Susana y de los jueces, acudieron a entrar por la misma puerta, en cuyo caso parece forzoso le viesen o encontrasen. Conside rado todo esto, darían sin duda el vot a favor de Susana, pero le darían der tro de su corazón, sin osar explicars de miedo de ser gritados por el pu blo como unos insolentes, temerario injuriosos a la venerable canicie de ta insignes magistrados.

10. Lo que sucedió en aquel pueb sucede en todos los demás, pocas v ces en fábulas de la misma especie frecuentemente en otras muchas y versísimas. Ni es menester tanta rep sentación como la de aquellos jue para que el dicho pase por texto en la multitud. Con una mediana capa algo de aparente modestia, tiene un

nante cuanto ha menester para que en los corrillos le escuchen con respeto cuanto quiera mentir de sus viajes. Por tales conductos se introdujeron en Europa, tanto tiempo ha, las fabulosas noticias de haber muchas gentes variamente monstruosas en las regiones muy distantes de nosotros. No tuvieron otro origen los pigmeos, los arimaspos (1), los cinocéfalos (1), los acéfalos (2), los ástomos (3) y otros muchos monstruos de este jaez, que por siglos enteros se creyeron existentes, hasta que los re-
ú'timos tiempos descubrieron ser todos
últimos tiempos descubreron ser todos ellos entes de razón. Aun después que :l mundo empezó a peregrinarse con ılguna libertad y no hubo tanta para nentir, nos han traído de lo último del Oriente fábulas de inmenso bulto, que se han autorizado en innumerables libros, como son las dos populosísimas ciudades Quinzai y Cambalú, gigantes entre todos los pueblos del orbe; el opulentísimo reino del Catay, al norte le la China; los carbunclos de la India; los gigantes del Estrecho de Magallanes y otras cosas, de que poco ha nos hemos desengañado.

§ IV

11. Aun conocida la fidedignidad del ujeto, resta graduarla o examinar hasta dónde llega su valor. Todo lo que iene algo de irregular, admirable o prodigioso, pide testimonios más fuertes para su comprobación. Una noticia extraordinaria y singular necesita le singulares y extraordinarias pruebas. Bastará, pues, una veracidad común para hacer creer una cosa que nada tenga le especial; mas tratándose de dar asento a alguna noticia que por muy especial o prodigiosa hace ardua la creencia, es menester que venga testificada por una veracidad heroica y peregrina.

(1) Hombres que no tienen más que un ojo

(1) Hombres con cabeza de perro.

(2) Hombres sin cabeza.

(3) Hombres sin boca.

Esto llamamos reglar matemáticamente la fe humana. Y tan claramente dicta la luz natural ser necesario el uso de esta regla, que no puedo ver sin admiración el que sea tan rara entre los hombres su práctica.

12. Si hubieran observado esta matemática proporción, ni los israelitas hubieran creído a los exploradores de Canaán la asombrosa estatura de los habitadores de aquella tierra, ni los europeos a Marco Paulo Véneto la existencia de una ciudad del Oriente tan enormemente populosa que dentro de su ámbito había doce mil setenta puentes de piedra. Yo no hallaré repugnancia en creer a un hombre que tenga las señas comunes de honesto y veraz, el que haya visto un diamante legítimo del tamaño de una grande avellana o de una pequeña nuez, mas para asentir a que le haya visto tan grande como una manzana ordinaria será menester que conozca en él una extraordinarísima virtud, porque sé que el mayor de que hay hasta ahora noticia en el mundo es en tamaño y figura como la mitad de un grueso huevo de gallina y está valorado cerca de cuatro millones de pesos.

§ V

13. Entre lo raro y maravilloso deben contarse las operaciones de mágica, todo género de espectros o fantasmas, visiones o apariciones del otro mundo, porque todo esto está muy fuera de la serie ordinaria y curso común de las cosas humanas. No niego la existencia de hechiceros y brujas, pero aseguro que esto es una cosa rara, porque el Autor de la naturaleza, que estableció con tan constantes leyes el influjo de las causas segundas, no es creíble permita que cualquier hombre o mujercilla perversa que quiera entregarse al demonio, las baraje, atropelle y estorbe su actividad como y cuando se le antoje. Siendo esto así, ¿no es cosa ridícula que cualquier caparrota se atribuya derecho para que le crean que en tal o tal parte vió pro-

cesiones de brujas, soldados invulnerables, hombres que volaban en pocos momentos a distintas regiones, etc.?

§ VI

14. Y no es menos ridícula la razón con que los espíritus crédulos defienden al que refiere alguna cosa extraordinaria, cuando alguno le niega el asenso. No es imposible (dicen) lo que cuenta, pues ¿por qué no se ha de creer a un hombre de bien? Argumento sumamente despreciable y a que hay mil cosas que reponer. Lo primero, que de la hombría de bien suele no haber más testimonio que el vestido que trae sobre los hombros. Lo segundo, que la hombría de bien es por la mayor parte fingida y contrahecha, siendo cierto que hay en el mundo muchos más hipócritas de esto que vulgarmente llamamos honradez, que de la cristiana y verdadera virtud. No todos quieren que los tengan por santos, pero todos quieren ser reputados por hombres de bien. Lo tercero, que aun suponiendo ser verdadera la hombría de bien, es menester medirla y saber qué extensión tiene. Cuando para acreditar sus noticias se dice que un sujeto es hombre de bien, o se quiere solamente significar que es tal que no puede presumirse de él que cometa alguna acción gravemente alevosa, ruin y torpe, o que es tan constante enamorado de la verdad, que jamás miente, mintió ni mentirá. Lo primero no es del caso, porque muchos de los que son hombres de bien en ese sentido dicen sendas mentiras, cuando con ellas a nadie quitan brazo, pierna, honra ni hacienda. Lo segundo pide unas pruebas relevantísimas y muy extraordinarias. Cuando el santo rey David pronunció la sentencia de que *todo hombre es mentiroso*, quiso por lo menos significar que es rarísimo el que en una u otra ocasión no lo sea.

15. Lo cuarto, que aunque esté comprobada con millares de experiencias la veracidad de un sujeto, no basta esto para autorizar su testimonio, cuando refiere alguna cosa admirable y asombrosa. La razón es porque para no mentir en orden a cosas comunes basta una virtud común para no mentir jamás, aun en orden a las extraordinarias, es menester una veracidad heroica. Es grande el placer y halago interior que sienten los hombres en fingirse testigos de alguna cosa portentosa y peregrina. Hay hombres que no mentirán, aun cuando de la mentira hayan de usufructuar algún interés sensible, y caerán en la tentación de fingir que trataron en tal parte un famoso nigromántico: que se les apareció en el silencio de la noche un formidable espectro; que vieron un jayán de extraordinarísima robustez o agilidad, si hallan ocasión de persuadirlo. Es extraño el deleite que se percibe en tener atentísimos a todos los circunstantes, unos con la boca abierta, otros arqueando las cejas, otros estremeciéndose, otros haciendo gestos, otros repreguntando circunstancias. Pienso que Virgilio, para introducir en la boca de Eneas la prolija relación de la ruina de Troya y sus viajes, cuando ya instaba la hora del sueño, con gran juicio y reflexión echó delante el preliminar de *intentique ora tenebant.* Sería absolutamente inverosímil que aquel héroe, a quien el quebranto de la tempestad pasada y la fatiga de ceremonias y cortejos hacían mucho más necesario el reposo, emprendiese una narración tan larga en aquella hora y pudiese concluirla tan a deshora, si no se le propusiese en la atenta y profunda expectación de todos los circunstantes un poderoso atractivo para animarle.

16. Lo quinto y último, que la posibilidad de una cosa nunca puede ser regla ni aun coadyuvante para creer su existencia. Ni aun Dios puede hacer que todo lo posible exista, aunque no hay posible alguno a quien no pueda hacer existir. Dista muchas leguas lo posible de lo verosímil. Una cosa es inverosimilitud y otra imposibilidad. Las cosas muy extraordinarias no son repugnantes, pero son inverosímiles en el mismo grado que extraordinarias, porque si se mira bien inverosímil e

no sólo aquello que nunca sucede, mas también lo que sucede rarísima vez, y a proporción de lo extraordinario de su existencia va creciendo la inverosimilitud. Pongo por ejemplo: si me dijesen ahora que tal príncipe muy circunspecto o tal filósofo gravísimo se divertían en el juguete pueril de pasearse jineteando en un bastón, acompañando en esa diversión a sus hijuelos, o que un grande emperador pasaba lo más del día y todos los días cazando moscas, dificultaría la creencia y pediría un testimonio muy fuerte para asentir, pareciéndome la cosa algo inverosímil por imposible. No por cierto, que no lo es, sino por muy extraordinaria. ¿Es cosa que nunca haya sucedido? Tampoco, si dicen verdad los autores, pues lo primero se cuenta del rey de Esparta, Agesilao, y del filósofo Sócrates, y lo segundo del emperador Domiciano.

17. Donde advierto, y es muy digno de advertirse, que lo mismo que es inverosímil aplicado a tiempo, lugar y sujeto determinado, es verosímil propuesto vagamente, sin determinación de tiempo, lugar ni sujeto. Cualquier grande irregularidad de un suceso le constituye poco verosímil. Pero no es poco verosímil, antes mucho y aun moralmente necesario, que en la inmensa multitud de sucesos comprendidos en todo el ámbito del mundo y del tiempo, haya habido algunas grandes irregularidades. Cada monstruo en particular es una cosa extraordinaria y admirable, pero aun más admirable sería que, considerada la naturaleza en toda su extensión, nunca se hallase en ella monstruo alguno. Apliquemos esta regla a alguno de los casos expresados. Es una extravagancia tan grande, tan ridícula, tan indigna, el que un príncipe que no es fatuo ni niño haga su ordinaria diversión de cazar moscas, que si ahora me lo refiriesen del emperador reinante lo recharería como inverosímil y no lo creería sin unas grandes pruebas. Mas al mismo tiempo confesaré que no es inverosímil que entre tantos millares de príncipes como ha habido alguno haya dado en esa extravagancia.

§ VII

18. Supuesto, pues, que la inverosimilitud no se mide por la imposibilidad, sino por la extrañez, y que la existencia de cualquier cosa, tanto se reputa más o menos inverosímil cuanto es más o menos extraordinaria, es vano recurrir a la posibilidad para persuadir la verosimilitud y dar derecho a cualquier relacionero, para que le creamos cosas admirables, a título de que no hay imposibilidad alguna en lo que cuenta. Lo que se ha de hacer es poner en la balanza del entendimiento la autoridad del testimonio y la irregularidad del objeto, y si aquélla no pesare más que ésta, o negar el asenso o suspenderle.

19. Supongo que esto ha de ser sin violar las reglas de la caridad y de la urbanidad; quiero decir que el disenso no salga de los labios en presencia del sujeto a quien no se cree, salvo que sea en justa defensa propia, pues se reputa en el mundo injuria grave decirle a un hombre que miente, aunque no se le diga con esta voz.

§ VIII

20. Hasta aquí hemos tratado del asenso que se funda en la autoridad de uno solo. Pero ¿qué diremos cuando los testigos son muchos? Lo primero que ocurre es que para este asenso extrajudicial de que tratamos no favorece a la multitud de testigos la regla común de los tribunales de justicia, donde dos o tres hacen plena probanza, ya porque éstos deponen con juramento lo que no sucede en la comunicación común de noticias, que sea de palabra, que por escrito, ya porque aquella regla se estableció no porque no se juzgase expuesta a muchos errores, sino por parecer el expediente más cómodo para la terminación de las causas y para no de-

jar la sentencia pendiente del mero arbitrio de los jueces. Así sucede no pocas veces que los jueces sienten en el foro interno que la información hecha no sólo por dos o tres, mas aun por ocho o diez testigos es falsa; con todo, arreglan a ella la sentencia. Y muchas sucede que creen lo que depone un testigo solo, sin que esto para sentenciar en el foro externo tenga fuerza alguna.

21. Lo segundo que ocurre es que también cuando los testigos son muchos se ha de usar de la regla matemática ya expresada, haciendo colección de la calidad y número de ellos y pesándolo todo. Puede haber tales dos testigos que no valgan por uno mediano, y puede haber tales dos que valgan por seis. Si en la calidad no hay diferencia, es claro que su autoridad crece a proporción que el número se aumenta.

22. Lo tercero, que cuando los testigos, aunque muchos se fundan en el dicho de uno solo, sólo se ha de atender a la autoridad de aquel de donde dimanó la noticia. Esta regla, aunque con tanta evidencia dictada por la luz natural, se halla frecuentemente abandonada por los mismos que debieran tenerla más presente, esto es, los profesores de letras, cuando se trata de la comprobación de algún hecho histórico que está en opiniones. Disputase si hay o hubo fénix, y al que niega su existencia le cargan con la multitud de autores que la afirman, sin advertir que lo fueron tomando unos de otros; de modo que apurándolo, venimos a parar en uno solo, que es Herodoto, autor no digno de mucha fe, y aun éste dice que no vió el fénix sino pintado, aunque viajó por Egipto, donde coloca el nido de esta ave: *Est in AEgipto volucris sacra, nomine Phoenix, quam equidem numquam vidi, nisi in pictura.* Herod. lib. 2.

§ IX

23. Pero lo más digno de corregirse en esta materia es el error comunísimo de dar más fe que la debida a testigos no sólo singulares, como los llama el derecho, pero dispersos. Explicaránme los ejemplos. Los que están por la vulgar opinión de la existencia de los duendes, juzgan probarla eficacísimamente con la multitud de testigos que dicen haberlos visto. Pero esta prueba (aun prescindiendo de los errores que en materia de duendes se padecen y de que hemos tratado en discurso particular destinado a este asunto) es muy insuficiente. Lo primero porque son testigos singulares que deponen de distintos hechos. Lo segundo, porque ninguno de los que alegan examinó sino a uno u otro y por la mayor parte a ninguno, contentándose para usar de esa prueba con aquella simple especie que alguien les dió en un corrillo, sin apurar la verdad con algún interrogatorio. Lo tercero, porque los que se citan son de distintas ciudades, provincias y reinos.

24. Esta última circunstancia, que a primera vista parece impertinente, bien reflexionada es de suma consideración. Quiero conceder que hay cien testigos en varios lugares y provincias de España que dicen que vieron duendes. Triunfan, sin duda, viendo tanta gente de su parte, los defensores de la opinión vulgar. Sería —exclaman— temeridad y arrojo grande pensar que todos estos testigos mienten; y cómo dos o tres digan verdad y aun uno solo, ciertos son los duendes, porque asegurada la existencia de un duende, queda puerta abierta para los demás Sin embargo, yo digo que no es temeridad no dar crédito a todos esos cien testigos ni hay imposibilidad física n moral ni inverosimilitud alguna en qu todos ellos mientan, y si como me po nen cien testigos me señalaran dos mil dijera lo mismo.

25. Para que se vea que hablo co razón, pregunto: ¿qué inverosimilitu contiene el que en España haya, n digo ciento, no digo dos mil, sino die veinte y cuarenta mil embusteros? Ll mo embusteros a aquellos que por dele te suyo y del auditorio no tropiezan e

decir una mentira, la cual en su dictamen a nadie es perjudicial. ¡Ojalá no fuesen muchos más los que habitualmente tienen el espíritu en esta mala disposición! Pues ve aquí echado por tierra el argumento y otros que se pueden hacer en semejantes materias. De esos muchos millares de embusteros que hay, hay ciento que dicen que vieron duendes; otros ciento que dicen que vieron brujas; otros ciento que dicen que se les aparecieron almas del otro mundo; otros ciento que testifican milagros estupendos; otros ciento, sucesos peregrinos; otros ciento, cosas que no hay en las regiones extrañas; otros ciento, hazañas propias; sin contar los muchos centenares y millares que hay de mentirosos aventureros, que topan a todo, sin ligarse a asunto determinado; con que nos quedan aún muchísimos embusteros de sobra para reclutar o hacer más numerosas las compañías cuando se quiera.

§ X

26. Añádase que si se examinasen bien los testigos y los sucesos, se disminuiría mucho el número de unos y de otros. Mienten muchos con grande desembarazo, entre tanto que ven que nadie se interesa en apurar si dicen verdad o no. Si a cada cuento de duendes, no sólo se les hiciesen varias preguntas para averiguar si hay contradicción en las circunstancias, mas también se examinasen seriamente los domésticos y los vecinos, ¡oh cómo los cien cuentos se quedarían cuando lo más en tres o cuatro, y aun esos en suma incertidumbre!

27. Nótese bien que estas patrañas comúnmente se oyen a hombres que están fuera de su tierra, donde no hay instrumentos con que convencerlos o rebatirlos. Por eso considero que para sembrar mentiras con seguridad de que fructifiquen no hay territorios iguales a los de las cortes. Concurren a ellas sujetos de varias partes; cada uno miente lo que quiere, y después su mentira, si es mentira que haga eco, se propaga a varias provincias por medio de los habitantes de ellas que se hallaron allí cuando se vertió la especie.

§ XI

28. En otra inadvertencia grande cae el público sobre estas informaciones, en que con gran número de testigos se prueban las patrañas, y es no reparar que jamás pasan de la sumaria. Levántase el rumor de algún portento sucedido en un pueblo, a que dió principio o un embustero o un alucinado, y no pocos, que tienen igual ligereza en la creencia que en la pluma, despachan por la estafeta la noticia a otras partes. Aclárase después la verdad y viene el desengaño para aquel pueblo, mas no para los otros donde se comunicó la especie, porque los que la escribieron o no se acuerdan (especialmente si medió espacio de tiempo considerable) de escribir el desengaño, o no quieren hacerlo, porque no se les atribuya el primer asenso a ligereza, con que queda estampada en los otros pueblos la patraña, porque no llegó el caso de ratificación a los testigos y deshacer en la plenaria el engaño padecido en la sumaria.

29. En todo el pueblo de Llanes (distante de esta capital dieciocho leguas) corrió uno de estos años pasados por indubitable la existencia de un duende, grande enredador, que se decía infestaba continuamente una de las casas de aquella villa. Llegaron aquí repetidas noticias del caso, tan circunstanciadas y citando tantos testigos de vista que aun los más incrédulos de duendes llegaron a dar asenso, y de mí confieso que estuve harto inclinado a lo mismo. Sin embargo, después, por muchos y segurísimos informes se supo que el duende había salido fingido, y que dos muchachas, con un enredillo bien poco artificioso, habían puesto a todo el pueblo en aquella creencia. Pero ¿quién duda que el desengaño que con facilidad pudo venir aquí por el continuo comercio que hay entre los

dos lugares no llegaría a otros muchos adonde se había escrito el embuste?

30. Ya en otra parte dije que a los principios de este siglo corrió en toda España el sudor milagroso de un Crucifijo y de España pasó a otras naciones. Acá luego nos desengañamos de la falsedad, pero a las demás naciones pasó la ficción y no el desengaño. En efecto, este supuesto milagro se halla estampado en las *Memorias de Trevoux* como muy verdadero; y sin duda que los que por allá vieren la noticia acreditada por los doctos, graves y religiosos autores de aquellas *Memorias*, la admitirían como muy legítima, siendo en la realidad moneda falsa, que pasó los Pirineos metida en muchas cartas, y los autores no pudieron discernir el fraude, porque para distinguir en las noticias el hierro del oro de España no hay allá piedra de toque.

§ XII

31. Lo mismo que decimos de los noticistas de maravillas que las comunican en conversaciones y cartas, se puede aplicar a los que las gritan a todo el mundo por medio de la imprenta. ¿Qué dificultad tiene el que entre tantos millares de millares de escritores históricos haya mil o dos mil dignos de poca y aun ninguna fe o por su audacia en fingir y por su ligereza en creer? ¿Hacen por ventura los autores de libros alguna clase de hombres aparte a quienes no se extienda la sentencia de David: *Omnis homo mendax*? No hay duda que no, y por consiguiente tampoco hay duda no es menor error citar como prueba concluyente de alguna cosa admirable diez, doce o veinte autores, que alegar cuarenta o sesenta testigos verbales, dispersos en varias partes.

32. Usaré también aquí de ejemplo. Dúdase si hubo gigantes. Entiendo por esta voz no aquellos que sólo exceden de la estatura ordinaria tres o cuatro pies o poco más (que es todo lo que puede constar de la Escritura), sino hombres de catorce, veinte o treinta codos. Algunos los niegan y yo soy uno de ellos. Los que defienden la existencia de esos montes organizados, juzgan tener vencido el pleito con mostrar veinte o treinta autores que los afirman. Salen al teatro Plinio, con el cadáver hallado en Creta, de dieciséis codos; Solino, duplicando la partida, con otro, desenterrado en la misma isla, de treinta y tres; Apolonio Gramático, con el diente, mayor que un pie ordinario, descubierto en Sicilia; Plutarco, con el cadáver de Anteo, de sesenta codos, descubierto por Sertorio en Africa; Pausanias, con el hueso del pie de Ayax Telamonio, que servía de lanza; Suidas, con Ganges, rey de Etiopía, de diez codos, muerto por Alejandro Magno; Sigeberto, con el esqueleto descubierto en Inglaterra de cincuenta pies; Nauclero, con el de Palante, hijo de Evandro, rey de Arcadia, y muerto por Turno con una lanzada, cuya externa abertura era de cuatro pies y medio; Odorico, con el gigante que vió en la corte del Gran Kan, de veinte pies; Melchor Núñez, con los de quince pies que guardaban las puertas de la gran ciudad de Pekín; Fazelo, con los cadáveres enormes de Sicilia; Pedro Simón con el diente molar tan grande como el puño, hallado cuatro leguas de Méjico; el autor del *Teatro Europeo*, con otro diente de un cadáver hallado en la Austria, que pesó cinco libras; Juan Bocacio con el cuerpo descubierto en su tiempo por unos rústicos en Sicilia, que en la mano tenía una lanza mayor que el mástil de un navío; Luis Vives, con el diente de San Cristóbal, mayor que un puño; un autor moderno (citado por nuestro Calmet en su *Diccionario Bíblico*), con otros dientes hallados en el Delfinado el año de 1667, cada uno del peso de diez libras, y había alguno que pesaba diecisiete; Juan Sommer, con cadáveres gigánteos, vistos por él en la cavernas subterráneas donde se cree estuvo el Laberinto de Creta.

33. Poco me hará al caso el que a los autores que he nombrado se aña-

dan otros veinte o treinta, siendo tan fácil decir de aquéllos lo mismo que diremos de éstos. Entre los nombrados sólo hay cinco o seis que hablan como testigos de vista. Algunos de éstos sólo vieron dientes separados; prueba muy equívoca y falaz, como advertimos en otra parte, pudiendo ser esos dientes de alguna bestia marina cetácea o facticios o piedras de la figura de dientes, como testifica el padre Kirker que las hay. Juan Sommer, que dice vió los huesos gigánteos del sitio del Laberinto de Creta, es creíble que ni aún el sitio vió, o por o menos que no entró en aquellas cavernas, pues el famosísimo botanista de la Academia Real de las Ciencias, Joseph Pitton de Tournefort, que las visitó y examinó muy despacio al principio de este siglo o fin del pasado, nos da una idea de ellas totalmente opuesta a la de Sommer. Este dice que cree habitaron en ellas los gigantes cuyos despojos vió, pero según la *Relación* de Tournefort, ni pudieron habitarlas vivos ni sepultarse en ellas muertos, siendo tan bajas las bóvedas, o tan cercanas al suelo, que al botanista y sus compañeros en varias partes, para pasar adelante, les era preciso bajar las cabezas y en otras caminar a gatas. Por lo cual el mismo autor impugna a Pedro Belonio, que, habiendo visto el mismo sitio, creyó ser aquellas cavernas unas dilatadas canteras, de donde en la antigüedad se sacó toda la piedra con que se edificaron algunas ciudades vecinas. Sobre lo cual remitimos al lector a nuestro cuarto tomo, disc. VIII, núm. 53, para que con esta noticia corrija la que allí dimos derivada de Belonio. Por lo que mira a Odorico y Melchor Núñez, a quienes sólo hemos visto citados por el padre Zahn, lo que podemos decir es que así como los gigantes que guardan las puertas de Pekín son fabulosos, pues de tantos misioneros como han entrado en aquella gran ciudad y han escrito las particularidades de ella y de todo el imperio chino, ninguno dió noticia de ellos, no creemos sea más verdadero el gigante de la corte del Kan.

84. Los demás autores escribieron lo que oyeron o fundados solamente en rumores o tradiciones populares, fundamento el más ruinoso del mundo para especies de este género. Si alguna tradición de estatura gigantesca hay en Europa algo autorizada, es la que en Alemania se conserva de aquel famoso Roldán, Orlando o Rolando, terribilísimo guerrero en tiempo de Carlos Magno y sobrino suyo, pues tiene el adminículo de varias estatuas de enorme grandeza, las cuales se muestran en algunas ciudades de Alemania y se dice ser imágenes de aquel héroe. No obstante, Felipe Camerario testifica haber oído no una vez sola a personas fidedignas que Francisco primero, rey de Francia, deseoso de saber si lo que se decía de la estatura de Roldán era verdad, hizo abrir su sepulcro, donde los huesos se hallaron enteramente podridos y deshechos, pero entera la armadura de hierro con que guarnecía el cuerpo en los combates, la cual el rey se vistió para probar cómo le venía, y la halló con poquísima diferencia acomodada a sus miembros, por donde se conoció ser fabulosa la tradición, pues el rey Francisco no excedía mucho la estatura ordinaria.

§ XIII

35. Aún nos falta examinar otro fundamento de la fe humana, que es la fama pública, grande asilo (como vulgarmente se entiende) de crédulos obstinados, al verse combatidos de las más sólidas razones. Virgilio, cuyo juicio está altamente acreditado, hizo tan poca estimación de la fama que la pinta como un monstruo horrendo, inconstante, ciego, charlatán, perfectamente indiferente a la verdad y a la mentira.

Tam ficti pravique tenax, quorum nuntia veri.

En efecto, la fama, si se mira bien, no tiene más fuerza para persuadir que la de un testigo solo, y de un testigo embozado que no se sabe qué au-

toridad tenga; porque ordinariamente ese gran rumor que llena todo un reino, es eco multiplicado de la voz de un hombre solo; y un hombre no conocido, de quien, por consiguiente, se debe dudar, si por ignorancia, por ilusión o por malicia fué autor de la especie. Así muchas veces sucede que por más diligencias que se hagan por buscar el origen del rumor no se descubre, y otras viene a hallarse que su autor es persona por todos capítulos despreciable. Así la fama viene a ser como el Nilo, grande en el curso, pequeño en la fuente; patente a todo el mundo después que se extiende, y tan escondido en su origen, que tardó muchos siglos en descubrirse; baña reinos enteros, respetado aún de los príncipes, naciendo en un lago entre despreciables arbustos; de inmenso ruido en las catadupas, de voz sumisa en la montaña que le vierte. Y por extender más la analogía podemos decir que como había ocasiones en que los egipcios sacrificaban al Nilo la más hermosa doncella que encontraban, los hombres no pocas veces sacrifican a la fama la más bella hija de su entendimiento, que es la verdad.

36. *Todo el mundo lo dice*, es la ordinaria exclamación de los sectarios de la fama contra cualquiera que los impugna. Tened, exclamo yo: ¿Habéis tomado las declaraciones a todo el mundo? No; pero por ahí en algunos corrillos hemos oído la especie como bastantemente vulgarizada. ¿Y habéis preguntado a los que la propalaron qué fundamento tenían? ¿O por lo menos si la juzgaban cierta, dudosa o falsa? Nada de eso preguntamos, porque nada nos iba ni venía en ello. ¡Oh ciegos, que no sólo creéis, ignorando si hay fundamento para creer, mas aun ignorando si la creía el mismo que os dió la especie! De hecho así sucede comunísimamente. Si se llega a hacer análisis de la voz pública, se halla en muchas ocasiones que nadie afirma aquello que ella suena. Pregúntase a éste y al otro y al otro de qué saben aquello, y si lo tienen por cierto; lo que responden es que lo oyeron decir a otros y que la verdad Dios la sabe. Si tal vez hay la dicha de desvolver el ovillo hasta la extremidad o seguir el curso del agua hasta encontrar con la fuente, se halla que todo aquel gran río viene de un cenagal, que la especie tuvo su nacimiento en una mujercilla, en un borracho, en un embustero, en un mentecato o en un maligno.

§ XIV

37. Sería facilísimo amontonar ejemplos de noticias universalmente recibidas como autorizadas uniformemente por la voz pública, que, sin embargo, se descubrió luego ser falsísimas, pero sólo apuntaremos cuatro, dos de España y dos de Francia. De España ponemos en primer lugar el milagroso sudor del Crucifijo de que hablamos arriba; y en segundo otro famoso milagro que en algunas ciudades de España se dió a pública luz como sucedió en esta de Oviedo. Decía la relación que una señora, vecina de este lugar, que tenía el marido en Indias y había mucho tiempo que carecía de noticias de él y de medios para pasar cómodamente, había ido al convento de San Francisco a hacer oración delante de la imagen de San Antonio de Padua, poniendo a este Santo por intercesor para alcanzar de Dios alguna noticia de su marido y algún socorro a su necesidad; que el día siguiente, volviendo a repetir el mismo ruego, vió la imagen con una carta en la mano, y el sacristán, que concurrió al mismo tiempo, después de notar una cosa tan extraordinaria, advirtió también algo de bulto y peso en la manga del hábito que vestía la imagen. En fin, llegando a reconocer uno y otro, se halló que la carta era del marido que estaba en Indias para su consorte; en ella le decía que le remitía cien pesos de socorro y los cien pesos se hallaron en la manga de la imagen. Esta relación llegó aquí impresa de Sevilla, con tan menudas e individuales circunstancias, que no ex

traño fuese creída en todo el mundo, exceptuando el lugar a quien se atribuía el suceso. Expresábanse nombre y apellido del marido y mujer, y ni aquí hay ni hubo hombre ni mujer de tal nombre y apellido. Después oí que la misma relación vino aquí impresa de Barcelona; y no dudo se imprimiría en otras muchas partes. Este milagro no sólo se extendió por toda España como muy cierto, pero voló en alas de la fama a otras regiones, de modo que dentro de un año, poco más o menos, esta ciudad recibió una carta del magistrado de Estrasburgo, en que pedía le remitiese testimonios auténticos de su verdad, con el fin de confundir con ellos la terquedad de los herejes. La ciudad respondió como debía, que el milagro era soñado.

38. De los dos ejemplos de Francia, sea el primero el de Jacobo Aimar, de quien dimos amplia noticia en el discurso V del tercer tomo. Toda Francia se llenó de los admirables descubrimientos que se decía ejecutaba este hombre por medio de la vara divinatoria. Todos hablaban de ellos como de cosa que no admitía la menor duda. Citábanse muchos testigos de vista. Pasó la noticia, como sobradamente calificada, a otros reinos. Al fin se supo que todo era embuste. Sobre lo cual véase el citado discurso.

39. El segundo, aún puede reputarse más admirable que el primero y más apto para introducir una desconfianza grande de la voz pública. Siglos enteros ha que corre en Francia, como cosa inconcusa, la maravilla natural de una montaña inversa, situada en el Delfinado; esto es, que tiene la punta abajo y la basa arriba, siendo su circuito por lo más alto de dos mil pasos y sólo de mil por la parte que toca la planicie. Llámase la *Montaña inaccesible*, por razón de esta particular situación. Pero a los principios de este siglo, habiendo la Academia Real de las Ciencias comprendido entre sus muchos y utilísimos asuntos el de examinar las maravillas naturales que hay dentro de Francia, puso por testimonios fidedignísimos de testigos oculares, que no hay en el Delfinado tal montaña inversa, y que aquella a quien se da el nombre de *inaccesible*, y que está a ocho o nueve leguas de Grenoble, al mediodía, es una roca escarpada, plantada sobre la altura de una montaña ordinaria, y que tampoco la misma roca tiene figura ni asomos de pirámide inversa; que tampoco había alguna verosimilitud o apariencia de que de la cima se hubiesen destacado algunas porciones de la montaña o de la roca que mudasen su antigua figura, porque está toda circundada de durísimos peñascos, donde no se ve el menor vestigio de algunas ruinas precipitadas.

40. Cosa sin duda notabilísima que en Francia se conservase siglos enteros un error tan craso en orden a un objeto tan visible y que millares de hombres verían no sólo cada año, mas aun cada mes. Si fuese algún dije raro, metido en el gabinete de un príncipe del Oriente o una menudencia corpuscular que sólo se descubriese a la vista por medio de algún excelente microscopio, no habría que extrañar. Pero de toda una montaña, patente a los ojos de vecinos y pasajeros, mantenerse tanto tiempo un engaño tan monstruoso en el mismo reino donde está situada es asunto sin duda digno de la mayor admiración. ¿Qué hemos de decir de esto sino que la inversión fingida en la montaña es verdadera en el espíritu del hombre, y que éste, teniendo sin ejercicio el entendimiento y los ojos, sólo se gobierna por los oídos? La fama es su oráculo, aun cuando le dicta un imposible, y la fama suele tener su principio o en un insensato, a quien por tener puesta al revés el alma se le representa lo de abajo arriba y lo de arriba abajo, o en un embustero, que por darse al placer inicuo de mentir no repara ni en trastornar los entendimientos ni en trastornar los montes.

§ XV

41. Parecerá sin duda a los tenaces en seguir la corriente del vulgo,

que hemos examinado con demasiado rigor los fundamentos de la fe humana, y colocado en excesiva altura la dificultad del asenso. Con todo, les intimo que aun le falta un buen espacio que subir para constituirse en el lugar debido. Hasta aquí sólo hemos regulado la fe humana respectivamente a la veracidad de los hombres; falta regularla en orden al conocimiento.

42. Explícome. Supongo que oímos a un hombre tan fidedigno, que su veracidad pesa más y mucho más que la inverosimilitud de la noticia que nos participa como testigo ocular. ¿Deberemos creerla como segura? Respondo que muchas veces no, porque aunque el testigo no flaquee en la veracidad, puede faltarle la advertencia o conocimiento necesario para enterarse de lo mismo que afirma. Serviránme de ejemplos en este asunto las mismas materias que hemos tratado arriba. Dice un hombre extremadamente fidedigno que vió un diamante fino del tamaño de un huevo de gallina. Aun cuando no mienta, lo que doy por supuesto ahora, quedaré dudoso de si hay o no tal diamante. El motivo es claro, porque no me consta que tenga tanto conocimiento en la facultad lapidaria que no pudiese engañarse, aprendiendo como fino un diamante falso. De hecho los Alanson (llamados así porque se crían en un sitio distante dos leguas de aquella ciudad), entre los cuales hay tal cual que iguala y aun excede a un huevo ordinario de gallina, han engañado algunas veces a los mismos lapidarios.

43. Otro dice que vió un nigromántico, el cual conturbaba el aire y movía tempestades cuando quería. Es menester que me conste que no sólo es sumamente veraz, mas también bastantemente advertido; porque si no pudo engañarle un embustero que por señales naturales previese las tempestades venideras y fingiese ser autor de lo que sólo era pronostiquero; como en efecto, algunos de las regiones septentrionales, los cuales tenían tal cual conocimiento del viento que luego se había de levantar, persuadieron a muchos simples navegantes que con arte mágica excitaban el viento que querían, y así se concertaban con ellos y recibían dinero por levantar el viento que les pedían. Y si bien que muchísimas veces se hallaban los viajeros burlados, no dejó de correr la fábula por las regiones extranjeras e introducirse como verdad constante en muchos libros.

44. Otro cuenta que vió un gran fantasmón. ¡Qué fácil es que al que camina de noche ocupado del miedo se le figure tal un tronco, una columna y aun su propia sombra causada por los rayos de la luna! Otro, que le habló un difunto o que le inquietó varias veces un duende. Son innumerables los artificios con que se pueden contrahacer duendes y difuntos, y algunos tan sutiles y tan bien trazados, que es menester especial perspicacia para discernir lo verdadero de lo aparente, la realidad de la ficción. Y no sólo es menester perspicacia; también es necesario valor, porque el hombre más agudo, si llega a dominarle el pavor, no queda en estado de usar del entendimiento (1).

(1) Es sumamente oportuno para confirmar el dictamen de las ilusiones que hay en materia de fantasmas, un suceso de mi experiencia. Empezando una noche a pasearme en la celda, teniendo la ventana abierta, al llegar a ella, vi enfrente de mí un formidable espectro de figura humana, que representaba la altura de cuatro o cinco varas y anchura correspondiente. A ser yo de genio tímido, hubiera huído al punto de la celda, para no entrar en ella hasta que viniese el día, y referiría a todos la visión del fantasmón, asegurándola con juramento, si fuese necesario; con que a nadie dejaría dudoso de la realidad. Los que me oyesen lo referirían a otros y sobre el supuesto de la opinión de mi veracidad, se extendería a todo el pueblo, y aun a muchos pueblos el crédito del prodigio. No llegó ese caso, por haberme mantenido en el puesto, aunque no sin algún susto, resuelto a examinar en qué consistía la aparición. ¿Qué pensará el lector que era? Nada más que la sombra de mi cuerpo; pero muchos, puestos en el caso, no darían en ello. La luz que había en la celda me daba por las espaldas, pero no había enfrente de la ventana pared o cuerpo alguno opaco donde pudiese estamparse la sombra. Pues, ¿cómo se formaba la aparición? Una densa niebla, que ocupaba el ambiente, suplí

45. A este modo se puede discurrir en otras muchas materias. Pero sobre todo en las de magia se pide especialísima advertencia, por ser infinitas las ilusiones o artificios con que se fingen operaciones mágicas. ¡Cuántas veces quedaron pueblos enteros asombrados con el embeleco de algún prestidigiador, creyendo firmísimamente no poder ejecutarse aquello sin la asistencia del demonio, y averiguada después la traza, se halló ser una invención bien fútil y nada ingeniosa! En una plaza de Roma dejó uno de éstos pasmado a todo el concurso, que era muy grande, mostrando un pequeño papelito donde iban escritos no sé qué extraños caracteres, y diciendo que como fuese alguno a echarle entre los vidrios que estaban de venta en una tienda vecina, sin que lo entendiese el dueño de ellos, cuantos éste tomase en la mano se le caerían irremediablemente de ella y se harían pedazos. Hízose así, y sucedió lo que había pronosticado el prestigiador; en tanto grado que el vidriero irritado y furioso de ver que cuantos vidrios tomaba en la mano se le estrellaban al suelo, ya, como totalmente fuera de sí, hizo pedazos, tirándolos contra las paredes, cuantos tenía sobre una grande mesa. Cuantos sabían la maula del papelillo introducido furtivamente entre los vidrios, hacían a su parecer evidencia de que los caracteres estampados en él eran mágicos, y así en aquella tragedia había intervenido pacto con el demonio. Sabido el caso, todo se había hecho de concierto con el mismo vidriero, el cual prevenido de antemano por el prestigiador y asegurado de que con la invención la redituaría más de lo que valían los vidrios (como en efecto lo hizo, moviendo a escotar a todo el concurso) espontáneamente dejó caer los vidrios y fingió todo aquel rapto de cólera furiosa, sin que el papelillo y sus caracteres tuviesen en todo otra culpa que la de engañar la gente. Refiere este chiste el P. Gaspar Schot en su *Magia Natural*.

46. Si fraudes tan superficiales alucinan a los pueblos, ¿qué harán otras de más profundo artificio, cual es la que voy a exponer ahora? Muchos son los que desprecian como fabulosa, por más que quiera acreditarla mucho mayor número de crédulos simples, la especie de que hay soldados invulnerables por arte mágica, a quienes por esta razón dan el nombre de *duros*. Con todo, si con uno de éstos, que se dicen invulnerables, delante de un gran pueblo se hiciese la prueba de dispararle a quemarropa y a pecho desnudo cuatro o seis veces una pistola bien cargada de pólvora y balas, y se viese que éstas, al llegar al pecho, se caían a sus pies sin hacer la menor mella, pienso que aun los más incrédulos asentirían a que esto sucedía por arte de encantamiento. Pues ve aquí que sin encantamiento alguno y por mero artificio podrá suceder el caso. El secreto está en el modo de cargar el cañón. Tómense dos o tres balas de calibre inferior al hueco de la pistola (o sea escopeta o carabina), échese debajo de ellas poca porción de pólvora y mucho mayor sobre ellas. En el disparo dará la pistola un gran trueno, pero las balas no harán algún efecto sensible. El ajustar los demás requisitos para que cuaje el embuste, como el que ninguno de los circunstantes perciba que se usa de arma de fuego determinada ni la dispara persona de antemano prevenida, es facilísimo. Para esto hay innumerables arbitrios.

---

o servía como cuerpo opaco para recibir la sombra, no en la primera superficie, sino a la profundidad de dos o tres varas, porque toda esa crasicie de niebla era menester para lograr la opacidad necesaria; y como la sombra crece a proporción de su distancia del cuerpo que la causa, combinada con la pequeñez y distancia de la luz respecto del cuerpo interpuesto, de aquí venía la estatura gigantesca de mi sombra. Para acabar de certificarme hizo algunos movimientos con el cuerpo y observé que los mismos correspondían en la imagen. ¡Pero cuántos, aun cuando tuviesen valor para perseverar en el puesto, por no hacer estas reflexiones quedarían en la firme persuasión de haber visto una cosa del otro mundo! Mucho menos que ésto basta para producir en los más de los hombres errores semejantes.

Esta traza es indiferente o para simular encantamiento o para fingir milagro; y con cualquiera de los dos fines podrá utilizarse mucho en ella el embustero que la usare: con el primero, vendiendo a gran precio el fingido secreto mágico a diferentes personas, que dirá consiste en un papel con tales caracteres colgado del cuello o en lo que él quisiere; con el segundo, autorizando como preciosísima reliquia cualquier harapo o cachivache que traiga puesto al pecho. De cualquiera de los dos modos puede ocasionar gravísimos daños, pues los que le compraren el secreto o la reliquia, creyéndose invulnerables, acaso se meterán con segura confianza en los peligros y perecerán en ellos. La precaución de tan gran riesgo es el fin principal por que hago público este artificio fuera del común, a esta última parte del Discurso, cuyo asunto es mostrar que aun supuesta una veracidad suma de parte del que administra las noticias, pueden salir inciertas, por haber sido engañado el que las asegura como testigo. El modo de cargar la arma de modo que haga un gran trueno y ningún daño, fué experimentado por Mr. Casini el hijo y manifestado a la Academia Real de las Ciencias (1).

47. Estos son los documentos que se deben tener presentes para reglar por ellos la fe humana, y que si los

(1) El autor de las *Memorias Eruditas*, citando a Francisco Rhedi, me suministra algunas noticias muy propias para confirmarme en el concepto de que es fábula lo que se cuenta de los soldados *duros* o *invulnerables*. Un relojero de Francia —dice Rhedi— aseguraba al gran duque que conocía muchos hombres, que con virtud de yerbas, piedras y palabras se hacían impenetrables a todo género de armas. No creyéndolo el gran duque ni otros que estaban presentes, hizo, para acreditar su relación, venir un soldado que se gloriaba de *invulnerable*, el cual, presentándose al gran duque, ofrecía el pecho a las balas. Carlos Costa, ayuda de cámara de su Alteza, quería hacer la prueba disparándole al pecho una pistola, pero el gran duque no quiso permitirlo; sí sólo que la disparase a una de las partes más carnosas de su cuerpo, donde la herida, aunque él fuese muy vulnerable, no sería mortal. Ejecutólo así, y rompió en el pobre una grande llaga, con que avergonzado, fué a curarse sin despedirse de nadie. Persistiendo el relojero en su opinión, presentó pasado algún tiempo otros dos soldados, que asimismo aseguraban ser invulnerables; pero en la prueba se conoció ser embusteros y el engaño consistía en el modo de cargar la pistola.

2. Añade el mismo Rhedi que Olao Borrichio, famoso profesor de la Universidad de Copenhague, le escribió que el rey de Dinamarca, el cual era muy curioso y aficionado a la observación de las cosas naturales, habiendo solicitado averiguar si efectivamente había tales hombres invulnerables, halló ser todo ilusión, porque sólo admitían la prueba con ciertos efugios y excepciones. Refiere, finalmente, que *Silio Marsilio*, comerciante del norte, esparció voces de que daría mil ducados al que quisiese presentarse a la experiencia de la impenetrabilidad, y que habiéndose presentado dos hombres, y queriendo Marsilio ejecutar el golpe del cuchillo en el cuello, dijeron que no habían puesto caracteres ni versos en aquella parte. En vista de esto iba a herir en otras, que confesaban estar preparadas, pero ellos, hurtando el cuerpo al golpe, echaron a correr.

3. Lo que de estos sucesos se puede inferir es que de los que se dicen invulnerables, unos son engañados y otros engañadores, y que el embuste o únicamente o por la mayor parte consiste en el artificio de cargar las armas de fuego con el modo que explicamos en el número señalado. El primer soldado que se presentó al gran duque de Florencia, en caso de no ser loco, que por demencia propiamente tal hubiese dado en la aprensión de no poder ser herido, era un pobre simple, a quien otros soldados bribones habían embutido que tales palabras o caracteres tenían esa virtud, y con la experiencia falaz de disparar uno a otro la pistola o fusil cargado en la forma que hemos explicado, le habían dejado en una entera persuasión de la infalibilidad del secreto, sacándole por él algún dinero. Los demás eran embusteros y se ofrecieron a la prueba debajo de la esperanza de componer que la experiencia se hiciese con armas cargadas a su modo, lo que no consiguiéndose, todo el mal a que verosímilmente se exponían era a que los despreciasen como tramposos.

4. Es verdad que el autor de las *Memorias Eruditas* alega por la opinión contraria la autoridad y experiencia del doctor Gabriel Claudero, cuyo pasaje copiaré aquí, como le copió el autor de las *Memorias Eruditas* por que el lector logre ver lo que hay por una y otra parte, advirtiendo primero que parece fué yerro de imprenta dar dos veces el nombre de Doleo, al mismo que al principio había citado con el nombre de Claudero.

5. «Volviendo —dice, de los Países Bajos a Alemania, me tocó por compañero en el camino de Arnhemio un joven, que muchas

hubieran observado todos los escritores no se hallarían tantos libros llenos de portentosas fábulas. Amigo lector, si eres de los cito-credentes, contigo habla aquella sentencia ovidiana:

Ne cito credideris, quantum cito credere laaedat;
Exemplumque tibi non leve procris erit.

APENDICE

al número diez de este discurso

48. En el número citado hemos tratado como fábula lo que se cuenta de que hay hombres sin cabeza y otros que no tienen más que un ojo en la

---

veces por juego dejaba que mis compañeros y yo le punzásemos con espadas y cuchillos, sin lesión alguna. Demás de esto llevaba una espada tan fascinada o encantada, que sin sacarla de la vaina, con sólo poner la mano en el pomo de la guarnición, atemorizaba a todos sus antagonistas, de suerte que quedaban temblando; de lo que nos dió una muestra, irritando y provocando para reñir a doce jóvenes valerosos aunque sumamente repugnantes, por no haber causa para ello.»

6. Dice el mismo Claudero que el artificio diabólico con que se logra la impenetrabilidad a las armas es muy notorio al vulgo y en Alemania se llama *das Festemachen*. Pero añade que los que usan de él muchas veces se hallan burlados, ya porque la preparación de que se valen, aunque impide la penetración de las armas, no los defiende de las contusiones violentas, de modo que no los matará la bala que dispara la escopeta, pero sí la misma escopeta, dando con la culata un fuerte golpe, que les quebrantará los huesos; ya porque de los mismos que practican este arte diabólico, unos a otros burlan el defensivo, ablandándoles el cuerpo, lo que llaman *Cinen auslosen*, ministrándoles el diablo auxilio eficaz para ello. Esto se reduce a que unos están más adelantados que otros en esta ciencia infernal.

7. El destino de mi pluma no permite referir semejantes historias desnudas de toda crisis, y la que puedo hacer de la relación de Claudero no es muy favorable a este autor; porque le preguntaré lo primero, cómo aquel compañero suyo de viaje no se hacía dueño del mundo, lo que le sería sumamente fácil, pues aterrando a todos con la acción de poner la mano en la espada, se apoderaría sin dificultad de sus personas y haciendas. Nadie dirá que dejaba de hacerlo por temor de Dios un hombre tan desalmado que tenía pacto habitual con el demonio. Ya veo que la solución ordinaria a semejantes objeciones es decir que a la benigna Providencia de Dios toca no permitir que el pacto con el demonio sirva a hombre alguno para hacer tanto daño. Sea norabuena, que no quiero detenerme ahora en impugnar esta respuesta.

8. Pero pregunto lo segundo: ¿en Alemania no prohiben las leyes, debajo de gravísimas penas, el horrendo crimen de pacto con el demonio? No hay duda. Pues ¿cómo aquel joven por juguete manifestaba ese delito suyo a tanta gente, poniéndose a tan manifiesto riesgo de ser denunciado y castigado.

9. Pregunto lo tercero: ¿cómo el mismo Claudero no le delató, pues estaba gravemente obligado a ello?

10. Pregunto lo cuarto: Si el pacto que hace a esos hombres impenetrables a las armas, no los indemniza de que un golpe fuerte los quebrante los huesos, ¿cómo pueden, sin grandísimo riesgo, ofrecer el pecho a las balas? Pues aunque éstas no penetren dentro del cuerpo, podrán muy bien, en fuerza de su violento impulso, romperles las costillas.

11. Finalmente pregunto: Si ese artificio diabólico es tan notorio al vulgo en Alemania, ¿cómo los soldados de esa nación no salen victoriosos de todas sus batallas? Si lo que Claudero afirma fuese verdad, con dos regimientos alemanes podría desbaratar el emperador todas las huestes otomanas.

12. En el tomo 23 de las *Cartas Edificantes* se refiere un suceso que confirma, como los propuestos arriba de Rhedi, ser ilusión lo que se dice de los soldados *duros* o *invulnerables* El año de 19 a 20 de este siglo, un rey mahometano llamado Belasi, dueño de la Isla de Butig, una de las Filipinas, puso con sus gentes sitio a nuestra fortaleza de Samboangan, sita en la de Mindanao. Persuadiéronle no sé qué hechiceros, que con sus encantos le habían hecho invulnerable, en cuya confianza el crédulo rey se arrojó el primero a escalar la muralla. Tardó poco, aunque ya inútil para él, el desengaño, porque disparándole de la muralla una grande piedra, le precipitaron malherido al foso, donde los suyos le sacaron todo bañado en sangre y murió en breve.

13. Valga la verdad: Yo creo firmemente que hay hechicerías en el mundo, pero también creo firmemente que no hay tantas como se dice. Acaso ni aun la centésima parte. A este asunto tiene más natural aplicación el concepto de la benigna Providencia de Dios. Aunque haya en el mundo innumerables hombres depravados, dispuestos a solicitar el auxilio del común enemigo para sus perversos fines, y éste esté pronto a granjear por este medio la perdición de sus almas, no es creíble que Dios se lo consienta, sino una u otra rarísima vez que esta permisión conduzca a altos fines de su Providencia.

frente. Y porque hay muchos que, fundados en la autoridad de San Agustín, tienen por verdadera aquella fábula, nos ha parecido preciso desengañarlos, introduciendo en el mismo desengaño otro nuevo precepto, que puede agregarse a los demás de este discurso para reglar la fe humana.

49. El lugar que citan de San Agustín, y se halla en el sermón 37 *Ad fratres in eremo*, no puede ser más formal, expreso y decisivo. Dice el Santo que habiendo ido, después que era obispo, a predicar el Evangelio en la Etiopía, vió en aquella región muchos hombres y mujeres que no tenían cabeza: *Vidimus ibi multos homines ac mulieres capita non habentes, sed oculos grossos fixos in pectore; caetera membra aequalia nobis habentes.* Poco más abajo añade que en la baja Etiopía vió hombres que no tenían más que un ojo y éste colocado en la frente: *Vidimus, et in inferioribus partibus AEthiopiae homines unum oculum tantum in fronte habentes.*

50. Por arduo y difícil que sea creer que hay tales monstruos en el mundo, ¿quién negará que la autoridad de un San Agustín es de un peso tan portentoso que presentándose él como testigo de vista es acreedor al asenso? Permitamos (dirán los que creen la existencia de acéfalos y arimaspos), que es inverisímil el que existan tales gentes; pero mucho más inverisímil es que mintiese San Agustín. Yo lo concedo; pero falta justificar que lo dijese San Agustín. Pues ¿No se lee en sus obras? Distingo: escrito por el Santo, niego; intruso por un embustero, concedo.

51. Este es el sentir de doctísimos críticos, los cuales afirman que todos o casi todos los sermones que con el título de *Ad fratres in eremo* andan entre las obras de San Agustín no son parto del Santo, sino de algún perverso impostor, por hallarse en muchos de ellos, sobre la bajeza del estilo, varias inepcias, errores y fábulas. Así los condenan como obra supositicia, el cerdenal Baronio el año de Christo 382. Y al de 385, el cardenal Belarmino *De Script. Ecclesiast.*; Christiano Lupo, famoso augustiniano, lib. *De Orig. Eremitarum Sancti Augustini*; Bernardo Vindingo, teólogo augustiniano también, in *Critico Augustiniano*; Natal Alexandro, tom. 5, *Hist. Eclesiast.*, y en fin nuestros monjes de la Congregación de San Mauro en la novísima edición de las Obras de San Agustín.

52. Hablando determinadamente del pasaje que se nos opone, se convence su falsedad, porque nunca el Santo fué a predicar a la Etiopía. A haber hecho este viaje, no le callara Posidio, discípulo suyo, que escribió su vida. Sospecho que el impostor que fabricó aquel sermón y los demás *ad fratres in eremo*, se movió a fingir la fábula de arimaspos y acéfalos, porque en el lib. 16 *De Civit. Dei,* cap 8, vió que San Agustín dice que aquellas y otras figuras monstruosas se hallaban dibujadas en la plaza marítima de Cartago. Noto que dicho impostor, sea el que fuese, era ignorantísimo en la historia, pues en el Sermón 48 hace decir a San Agustín, que vió el cadáver de Julio César en Roma, con la distinción de todos sus miembros, siendo constante que el cuerpo de aquel príncipe fué poco después de su muerte reducido a cenizas, conforme al rito funeral más común de los romanos.

53. De lo dicho en este apéndice se debe colegir, para añadir esta nueva regla a las de arriba, que aunque el dicho de cualquier Santo Padre, en lo que afirmare como testigo de vista, prepondera a todas las apariencias de inverisimilitud que puede haber en el asunto, no por eso cuanto se halla escrito entre sus obras, vestido de esa circunstancia de que lo vió el Santo, constituye certeza de fe humana, pues puede haber sido introducido en ellas por algún embustero. Es, pues, menester, siempre que el asunto parezca inverisímil, examinar el juicio de los críticos más hábiles sobre si aquella parte del escrito es del Santo Padre o de algún impostor.

FISIONOMIA

Discurso segundo

§ I

1. He visto, que algunos discretos, al notar la escasez de voces, que padecen aun los idiomas más abundantes, se quejan de que faltan nombres para muchas cosas; pero nunca vi quejarse alguno de que faltan cosas para muchos nombres. Sin embargo, ello sucede así; y esta segunda falta nos debe ser más sensible que la primera. Los nombres de todas las Artes Divinatorias, y aun de otras algunas que no lo son, están ociosos en los diccionarios por falta de objetos. ¿Qué significa esta voz *Astrología*? Un arte de pronosticar, o conocer los sucesos futuros por la inspección de los astros. Gran cosa sería tal arte, si la hubiese; pero la lástima es, que sólo existe en la fantasía de hombres ilusos. ¿Qué significa esta voz *Chrysopeia*? Un arte de transmutar los demás metales en oro. ¡Gran cosa sin duda! ¿Pero dónde está esa señora? Distante de nosotros muchos millones de lenguas, pues no salió hasta ahora.

NUEVO ARTE FISIOGNOMICO

Discurso tercero

§ I

1. El cultivo de las letras tiene lo fácil y lo difícil con orden inverso, respecto del cultivo de los campos. Este desmonta malezas para lograr en el mismo terreno vegetables útiles. Aquél arranca errores, para plantar verdades. La agricultura hace lo primero con gran facilidad, y le cuesta gran fatiga y prolijidad lo segundo. El estudio apenas a costa de inmensos afanes consigue lo primero, pero conseguido lo primero, se halla hecho lo segundo, pues arrancado un error, se ve en el mismo sitio plantada una verdad.

2. Hemos probado en el discurso antecedente la vanidad del arte fisiognómico, y si conseguimos desarraigar del vulgo la engañosa impresión que tiene en orden a él, con eso sustituímos a ese común error una verdad que consiste en el desengaño o conocimiento del mismo error. Bastante es el valor de este fruto para compensarnos la fatiga.

3. Mas si después de desterrar la *fisionomía* falsa, que hasta ahora estaba admitida, pudiésemos introducir otra *fisionomía* verdadera, en que ninguno ha pensado hasta ahora, nadie nos negaría la gloria del logro proporcionada a la arduidad de la empresa. Eso pretendo en este discurso, que será lo mismo que descubrir una nueva luz en el cielo o un país incógnito en el orbe literario. Pero no se espere de mí por ahora más que un diseño vasto, un mapa confuso de este nuevo país, porque la priesa con que camino para dar cuanto antes a luz este quinto tomo, que con instancia me piden de todas partes, no me deja más tiempo que el preciso para lustrar arrebatadamente sus cosas.

§ II

4. Es el magisterio de la Naturaleza sapientísimo, pero en la explicación algo confuso. Dicta infinitas verdades, mas para su inteligencia es menester que sean muy agudos los discípulos. Todos oyen sus voces, pero poquísimos las entienden: los más, ni aun las atienden. Vese esto en la materia que tratamos. Apenas hay quien no experimente, que llegando a conversar con tal y tal hombre, antes que sus obras puedan informarle de su interior, se halla preocupado a favor suyo o contra él, inclinado o al cariño o a la desestimación. ¿Y qué reflexión hicieron los hombres sobre esto? Los más ninguna; algunos pocos muy errada.

5. Estos segundos son los fisionomistas, los cuales, reparando que no pocas veces aquel exterior que a primera vista observamos en una persona, nos deja impresa en la mente cierta imagen o hermosa o desapacible de su espíritu, la cual, aunque confusa, no deja de tener algún influjo respecto del corazón, coligieron que la conformación externa de los miembros del cuerpo era índice de las disposiciones del alma. Esta experiencia fué motivo práctico coadyuvante del fundamento teórico de la *fisionomía*, que expusimos en el dis-

curso antecedente; y los dos juntos persuadieron a muchos grandes hombres, como Hipócrates, Platón, Aristóteles, Galeno, Avicena y otros que siguieron a éstos, que se podían establecer reglas conjeturales para indagar por la figura y color de los miembros todas las cualidades interiores.

6. La voz, que articula la Naturaleza en la experiencia insinuada, guía hacia otro término, pero los fisionomistas no acertaron a seguir su rumbo. Ese es el que ahora voy a descubrir.

§ III

7. Es cierto que hay tal comercio entre el cuerpo y el alma que recíprocamente se comunican varias impresiones, según están variamente afectos uno y otro. Pero esta comunicación es diversa en los dos extremos. Es activa del alma al cuerpo, mas no del cuerpo al alma. Es el cuerpo, no sólo instrumento, mas también sujeto en quien obra el alma. Esta ni es sujeto ni instrumento del cuerpo. Así, aunque herido el cuerpo, o postrado con una enfermedad, se duele el alma, se contrista y padece alguna decadencia en sus facultades, esta comunicación no se hace por medio de algún influjo activo del cuerpo al alma; sí sólo de la representación objetiva del mal del cuerpo, el cual el alma no puede menos de sentir como propio, en fuerza de la unión natural que tiene con él. La decadencia de facultades depende en parte de la aflicción del espíritu, en parte de la mala disposición de los órganos.

8. He dicho que aquel sentimiento nace de la representación objetiva, no ignorando que en esto voy contra la generalísima opinión, la cual atribúyele al consenso harmónico o simpático, que hay entre el cuerpo y el alma. Pero es gravísimo el fundamento que me mueve a opinar con tanta singularidad. El que está padeciendo una aguda fiebre, tiene el espíritu congojado y afligido, participando el alma de los trabajos del cuerpo. Sucede que a este tiempo le asalta un delirio, en que bien lejos de pensar en la enfermedad y sus síntomas, imagina que ve corridas de toros, que asiste a comedias, cazas, bailes, convites, etcétera. Ya le vemos contento y regocijado en extremo. Pregunto: ¿no perseveran la misma fiebre, los mismos síntomas que antes ocasionaban aquella aflicción del espíritu? No hay duda. ¿No subsiste el fundamento de la pretendida correspondencia simpática del cuerpo y alma, que es la unión natural de materia y forma? También. La única novedad que hay está en el celebro, donde por la preternatural disposición del órgano se borra la molestia imagen de la fiebre y de sus síntomas, y en su lugar se representa a la imaginación como existente un objeto dulce y agradable, como es el de banquetes, comedias, toros u otro equivalente. Luego no es aquella conformidad simpática o consenso armónico o désele el nombre que se quisiere, la causa de que sienta el alma los trabajos del cuerpo, sí sólo la representación objetiva de ellos, junta a la eficaz, natural, inevitable persuasión, con que los mira como propios. Dejo aparte que eso de simpatías ya queda descaminado en el tercer tomo como contrabando de la filosofía y fraude de la escuela.

9. La comunicación del alma a cuerpo se ejerce con verdadera y rigurosa causalidad. Apenas hay en e alma algún afecto a quien no corresponda en el cuerpo algún efecto. Lo pasos del espíritu imprimen la huella en el semblante. En éste está la sombra, cuyo movimiento señala el curs del astro que le rige. La vergüenza, llevando la sangre al rostro, le baña c una honesta confusión; la ira, precipitándola tumultuariamente, le viste de una turbación feroz; el miedo retirándola, le desnuda del nativo color; el placer le aviva moderadamente, serena los ojos y dilata un po toda la textura de la cara; el afec de risa varíala considerablemente.

§ IV

10. Estas señales (digámoslo así) de mayor bulto, que todo el mundo percibe, nos guían y llevan como por la mano a explorar otras más menudas, más sutiles, que la común observación no ha notado hasta ahora. Así como en el cielo, además de aquellos astros que tienen bastante magnitud para ser vistos de todos, sin que el arte esfuerce la virtud natural de los ojos, hay muchísimos más, que por ser de muy inferior tamaño, sólo se descubren a favor de la ingeniosa o feliz invencion del telescopio, del mismo modo en nuestro cuerpo, fuera de aquellas señales de los afectos del ánimo, que aun al vulgo se ponen de manifiesto, hay otras muchas que por su delicadeza sólo se dejan descubrir a una perspicacia muy reflexiva.

11. Hagamos patente a todos esta verdad con una observación, cuya solidez podrá experimentar cualquiera que seriamente se aplique a ello. Es cierto que precisamente por la atenta inspección de algunos sujetos, aun cuando ellos no se explican con alguna acción que percibamos distintamente, hacemos juicio de que éste es ingenioso, aquél rudo, éste iracundo, aquél manso, etc. Este juicio se hace natural y directamente, sin reflexión alguna, sobre si tiene tales y tales facciones; de modo que los más, si les preguntan por qué hicieron ese concepto, no sabrán dar respuesta alguna. Nótese ahora que por más que contemplemos un cadáver, nunca nos envía especie alguna, de si fué ingenioso o rudo, iracundo o manso, animoso o tímido, triste o melancólico el sujeto cuando vivo. Como es cadáver en sí mismo, lo es tambien para nosotros; quiero decir, no produce en nuestra fantasía alguna idea de las cualidades del espíritu que antes le informó. Cuerpo es, y no más; cuerpo, y no más, concebimos. Así, por más que le examinemos, quedamos en una perfecta indiferencia para asentir a los informes que nos hicieren los que le conocieron.

12. ¿Qué se infiere de aquí? Dos verdades, en que consiste toda la suma del asunto que tratamos: la una negativa, la otra positiva. La primera es que los lineamientos del cuerpo o del rostro, no significan naturalmente las disposiciones del ánimo, pues aquéllos quedan los mismos en el cadáver, sin que nos expresen éstas. He dicho *naturalmente*, porque aquí hablamos de aquella representación que viene de la misma naturaleza, y así nos informa y persuade, aun sin hacer reflexión sobre alguna regla que nos dirija, a distinción de aquella significación artificial y arbitraria, que establecen los fisionomistas.

13. La segunda es, que esta representación natural no puede consistir en otra cosa que en varios, sutiles y delicados movimientos, que de las varias disposiciones del alma resultan al cuerpo, especialmente al rostro, y sobre todo a los ojos. La razón es clara, porque todo lo que percibe la vista en el cuerpo vivo, persevera en el cadáver, exceptuando el movimiento. La figura es perfectamente la misma, aun el color estable es el mismo; de modo que en él se distinguen el rubio, el blanco, el moreno, el fusco, sin otra diferencia que aquella que da a la tez la agitación o movimiento de la sangre.

§ V

14. Estos movimientos sutiles son los que varían de muchas maneras aquella conformación superficial y transitoria del semblante, que llamamos *gesto*. De modo, que en un mismo hombre, por la precisa variedad de aquella conformación, ya se representa airado, ya tranquilo, ya triste, ya placentero, ya amoroso, ya desafectado, ya complaciente, ya enojado, ya adulador, ya severo, ya modesto, ya inverecundo, etc. Estos son los que hacen diversísimas pinturas del alma en los ojos, figurándola con diversos trajes, según son diferentes los afectos de que se viste. Estos los que en un cuerpo, al

parecer inmóvil, representan debilidad o fortaleza, según qué fibras y nervios están vigorosamente tirantes o lánguidamente flojos.

15. Pero debo advertir que no todos los movimientos que representan las disposiciones del ánimo son sutiles o delicados, pues los que son excitados por afectos muy impetuosos, son bien perceptibles y en una especie de afectos más que en otra, en unos sujetos más que en otros. Pongo por ejemplo: el afecto de risa, elevando las mejillas y extendiendo los labios, da más movimiento al semblante que otros afectos; siendo fuerte, eleva mucho aquéllas y extiende mucho éstos en algunos sujetos, tanto que al mismo tiempo que ríen, se hacen irrisibles.

16. En los afectos que no son impetuosos, es tan tenue el movimiento y tan menuda la variación de figura en el semblante, que aunque confusamente se percibe alguna distinción en él, es menester una atención muy perspicaz y reflexiva para conocer claramente en qué consiste esa distinción.

§ VI

17. En esto debió de poner sin duda especialísimo estudio y con fruto feliz aquel famoso pintor coetáneo de Apeles Arístides, tebano, de quien dice Plinio fué el primero que pintó el ánimo y sus varios afectos y perturbaciones: *Is omnium primus animum pinxit, et sensus omnes expressit, quos vocant Graeci Ethe, item perturbationes.* De donde, para prueba de que esta perfección de Arístides consistía en representar aquella accidental configuración que producen en el semblante las varias disposiciones del ánimo, noto dos cosas. La primera, que este pintor en el colorido no igualaba a Apeles. La segunda, que en el dibujo, cuando más, no le excedía. Lo primero consta de Plinio, el cual expresa que Arístides era algo defectuoso en aquella parte de la pintura *paulo durior in coloribus*; y este defecto ni Plinio ni otro alguno se lo atribuyó a Apeles. Lo segundo tiene por fiadores cuantos escritores antiguos hablaron de Apeles, los cuales le conceden una suprema excelencia en el dibujo. La prueba que dió de ella en el palacio de Ptolomeo, rey de Egipto, fué singularísima. No sé por qué no le quería bien aquel príncipe, desde que le había conocido en la comitiva de Alejandro; y habiendo después dispuesto la desgracia de Apeles, que navegando a otra parte, una tempestad, le arrojase a Alejandría, algunos émulos suyos indujeron a un criado de la familia real para que de parte del rey le llamase a cenar con él, esperando, como era natural, que el rey, ignorante del engaño, castigase la osadía de introducirse a su mesa. Llegó Apeles, irritóse Ptolomeo, disculpóse aquél diciendo que de parte suya le habían convidado. Preguntó el rey: «¿Quién?» Apeles, que no sabía el nombre del engañoso mensajero y sólo le había visto de paso, pidió un carbón y con él formó prontamente en la pared más vecina un dibujo tan vivo del que le había llamado, que todos al punto conocieron el original. No pueden llegar a más ni la viveza de la imaginación ni la energía del dibujo.

18. Supuesto, pues, que Apeles fué superior a Arístides en el colorido y en el dibujo apenas igualado, es fijo que en copiar con una perfecta semejanza los rostros estaba la ventaja de parte de Apeles. ¿Cómo, pues, no logró éste aquel especial primor de Arístides de pintar los afectos y pasiones del ánimo? Es fácil entenderlo. Apeles pintaba sólo la configuración natural o los lineamientos estables del semblante. Arístides pintaba también aquella configuración transitoria que procede de pasiones y afectos. La configuración natural, que es más esencial para los pintores, es totalmente inútil para los fisionomistas, porque no representa el ánimo. La transitoria, que para los pintores se puede considerar como accidental, respecto de los fisionomistas es esencial, pues sólo por ella se puede rastrear pasiones y afectos.

§ VII

19. Es insigne un lugar de Cicerón para confirmar todo lo que vamos diciendo: *A cada movimiento del ánimo* —dice— *corresponde su particular semblante, sonido y gesto. Es el rostro imagen del ánimo, índices los ojos, porque esta es una parte del cuerpo, que puede tener tantas significaciones y mutaciones, cuantos son los movimientos del ánimo. Omnis motus animi suum quemdam a natura habet vultum, et sonum, et gestum: animi imago vultus est, indices oculi, nam haec est una pars corporis, quae quot animi motus sunt, tot significationes, et commutationes possit efficere* (lib. 3 de Oratore). El pasaje es tan claro a mi propósito, que estarían por demás toda explicación o comento. A lo mismo alude lo de Séneca en el *Hércules Oetaeo: Vultus loquitur quodcumque tegis.*

20. Pero calle Cicerón, calle Séneca, callen todos los profanos, porque oigamos el divino oráculo de la Escritura: *Cor hominis immutat vultum illius, sive in bona, sive in mala* (*Ecclesiastic.*, cap. 13): *El corazón del hombre inmuta su semblante.* Esto es, a cada afecto o pasión del ánimo corresponde algún especial movimiento en el rostro, y a cada movimiento especial, especial gesto o configuración.

21. Este texto del *Eclesiástico* nos puede servir de clave para explicar otros de la Escritura que alegan a su favor los profesores de la vulgar fisionomía, cual es aquel de los *proverbios: In facie prudentis lucet sapientia: En el semblante del sabio luce su sabiduría.* Y el otro del libro del *Paralipómenon,* donde hablando de aquel socorro de soldados valentísimos que de Gaddi o del tribu de Gad fueron a asistir a David cuando estaba escondido en el desierto, para significar que en el rostro tenían estampada la fortaleza del cuerpo y del ánimo, se dice que sus caras eran como caras de leones: *Facies eorum quasi facies leonis.*

22. El primer texto no significa otra cosa ni los expositores lo entienden de otro modo, sino que en el rostro del hombre prudente se ve aquella compostura y modestia que dicta la discreción; y esta modestia especialmente brilla en los ojos, como se colige de lo que se sigue en el mismo texto: *Occuli stultorum in finibus terrae: Los ojos de los necios andan vagueando por los términos de la tierra.* Ve aquí una señal fisionómica muy buena. Un mirar tranquilo, oportuno, que sólo se determina a los objetos precisos, significa un ánimo quieto, sereno y cuerdo. Al contrario, un mirar inquieto, vago, travieso, que en ningún objeto para, sino que por todos discurre, significa imprudencia y ligereza de ánimo.

23. El segundo texto parece, atendido según la corteza, oportunísimo para comprobar aquella regla fisionómica que de la semejanza en las facciones, con alguna especie de brutos, colige semejanza en las cualidades. Pero constando del contexto que aquel socorro constaba de algunos millares de hombres, ¿no es cosa ridícula pensar que en una tribu sola se habían de hallar tantos, cuyos rostros imitasen las facciones del león, y que sólo ésos se inclinasen a seguir el partido de David, como si la cara leonina tuviese alguna conexión con el designio de socorrer a un perseguido, cual lo era entonces David de Saúl? El sentido, pues, natural del texto es que aquellos soldados en la constante firmeza del aspecto mostraban la intrepidez y fortaleza de ánimo, al modo que en el león se observa lo mismo.

24. He propuesto la idea general y fundamentos del nuevo arte fisionómico, para que pueda cultivar este terreno quien tenga más ocio y más comercio con el mundo que yo; pues es materia esta que pide necesariamente dos cosas: mucho comercio con el mundo, para hacer observación en muchos individuos, y mucha reflexión para cotejar las señas con los significados. A mí me falta uno y otro. Comunico muy poco los hombres y me llaman la atención otros muchos asuntos.

MAQUIAVELISMO DE LO ANTIGUO

Discurso cuarto

§ I

1. Habiendo de tratar en este discurso de la tiránica doctrina de Maquiavelo, creo complaceremos a los más de los lectores dándoles alguna particular noticia de este hombre, de quien todo el mundo habla y a quien todo hombre de bien detesta, porque por cualquier camino que se hagan los hombres famosos excitan la curiosidad y deseo de conocerlos.

2. Nicolás Maquiavelo, natural de Florencia, vivió a los principios del siglo décimosexto. Fué hombre de más que mediano ingenio. Escribía con hermosura el idioma toscano, aunque tenía corta inteligencia del latino. Era dotado de bastante talento para la poesía cómica, lo que mostró en varias piezas de teatro, especialmente en una, que habiéndose representado en Florencia, la fama del aplauso que tuvo, movió (según refiere Paulo Jovio) al papa León décimo a hacerla repetir en Roma por los mismos farsantes y con las mismas decoraciones. Cuando se tramó la infeliz conjuración de los Soderinis contra los Médicis, indiciado Maquiavelo de cómplice en ella, fué puesto a cuestión de tormento, pero o su valor o su inocencia le hicieron resistir la tortura, sin confesar cosa. No sé si antes o después de este suceso fué hecho secretario de su República, pero es cierto, que después de él se le confirió el título de historiador de ella, y que lo debió, juntamente con muy buenos gajes al favor de los Médicis: o fuese que éstos le creyesen indemne en la conjuración pasada y quisiesen en esta honrosa conveniencia reparar el agravio de la tortura, o que considerándole hombre hábil quisiesen tenerle obligado, o, en fin, que procurasen a su devoción una pluma buena, cual lo era la de Maquiavelo.

3. Este beneficio no impidió nuevas sospechas contra él de que hubiese concurrido después en otra maquinación formada por algunos particulares, para quitar la vida al cardenal Julio de Médicis, que en adelante fué papa con el nombre de Clemente séptimo. Este recelo parece se fundó únicamente en las repetidas alabanzas con que tanto en las conversaciones privadas como en los escritos celebraba Maquiavelo a Bruto y Casio como defensores y vindicadores de la libertad de la República romana, lo que en aquella sazón se interpretaba como una indirecta exhortación a defender la libertad de la florentina, que o en la realidad o en la apariencia querían oprimir los Médicis. Sin embargo, o por alguna mera política o porque el motivo de la sospecha pareció débil, no se hizo procedimiento alguno contra Maquiavelo. Consta que después pasó todos sus días en miseria y abatimiento. Acaso los Médicis, interiormente resentidos contra él y precisados por alguna razón de Estado a no declarar con castigo legal su resentimiento, procuraron por ocultas vías esta venganza sorda. Acaso también se acarreó la pobreza con su mala conducta. En fin murió, anticipándose la muerte, como se la anticipan otros muchos. Un medicamento precautorio, tomado a fin de alargar la vida, se la quitó el año de 1530.

4. Fué Maquiavelo de genio irrisorio y satírico. Créese que tuvo poco o nada de religión. Hay quienes digan que fué menester emplear la autoridad del magistrado para obligarle a recibir los Sacramentos al morir. Otros, que murió profiriendo blasfemias. Léese en varios escritores una insolente impiedad suya con aire de chiste, esto es, haber dicho que más quería ir al infierno que al cielo, porque en el cielo sólo hallaría frailes, mendigos y otra gente mísera y desdichada, pero en el infierno lograría la compañía de papas, cardenales y príncipes, con quienes trataría materias de Estado. Otros sustituyen en el dicho por papas, cardenales y príncipes, los más insignes filósofoc y escritores de política, como Platón, Aristóteles, Séneca, Plutarco y Tácito.

5. Dió a luz varios escritos, entre ellos la vida de Castrucio Castracani, y la *Historia de Florencia,* que no logran la mayor fe entre los críticos. Pero el escrito que le hizo más famoso en el mundo y juntamente más infame, fué uno de política intitulado: *El Príncipe,* en que enseña a los que lo son a reinar tiránicamente o a dominar los pueblos sin equidad, sin ley, sin religión, sacrificando la equidad, la ley, la religión y el bien público al interés, al gusto, al capricho y a la grandeza propia.

§ II

6. Con ser tan pernicioso este libro, no han faltado quienes apadrinen al libro y al autor. Abrahán Nicolás Amelot de la Housaye le defiende por la parte más odiosa, que es aprobando como útiles al público sus máximas, las cuales, dice, sólo son reprobadas por los hombres ignorantes de lo que es política y razón de Estado; y añade que los mismos que siendo particulares y estando fuera del manejo de las cosas, las condenan, si por dicha ascienden al principado o al ministerio, las aprueban y practican.

7. Otros, aunque convienen en que las máximas de Maquiavelo son perniciosas, santifican la intención del autor. Dicen que éste, bien lejos de querer instruir a los príncipes contra los pueblos, sólo miró a avisar a los pueblos del proceder y artes de los tiranos, con el fin de que éstos se contuviesen, viendo sus máximas descubiertas, y aquéllos pudiesen precaverse mejor, enterados de las armas con que la tiranía procura oprimir su libertad. Añaden que le fué preciso a Maquiavelo el modo artificioso de instruir a los pueblos debajo del velo de favorecer el poder absoluto de los príncipes, porque éstos no tolerarían su libro, si claramente hablase contra su total independencia.

8. Prueban este sentir con la consideración de que Maquiavelo fué enemigo acérrimo de la tiranía y amante apasionado de la libertad de la república. Sus dichos y sus hechos conspiraban a manifestar esta inclinación. Sus grandes héroes fueron Bruto y Casio, que mataron a César por restituir a Roma su libertad. Cítase el capítulo décimo del libro primero de sus *Discursos,* donde habla fuertemente contra los tiranos. Fué indiciado de cómplice en la conjuración de los Soderinis contra los Médicis, en quienes se consideraba entonces la intención de tiranizar la república de Florencia, y después, no exento de sospechas en la conspiración contra la vida del cardenal Julio. El Nardi, escritor florentino y contemporáneo suyo, dice que tenía estrechas alianzas con los maquinadores de aquel atentado y con el resto de la facción opuesta a los Médicis. ¿Qué interés podía tener en favorecer a los tiranos quien dió tantas señas de aborrecerlos, en extender la potencia de los príncipes fuera de su natural esfera, quien siempre se manifestó amante de la democracia? Luego es fijo que su intención fué otra y muy contraria a la que suena en la superficie de la letra. Así razonan los que son de esta opinión.

9. Otros, en fin, concediendo que las máximas de Maquiavelo, son detestables, y prescindiendo de cuál haya sido su intención, se limitan a excusa

el autor, afirmando que no tuvo ni tiene algún inconveniente la publicación de ellas. Estos dicen que Maquiavelo nada dijo de nuevo; que sus máximas son las mismas que se hallan estampadas en las historias, como practicadas por innumerables príncipes; que qué más inconveniente puede tener el que se lean en el libro de Maquiavelo que en los demás.

10. Esta misma disculpa pone el Bocalini en boca del mismo Maquiavelo, hablando así en nombre suyo delante de Apolo: *Yo no pretendo defender mis escritos, antes públicamente los acuso y condeno por impíos, por llenos de crueles y execrables documentos de gobernar los Estados. De suerte que si la doctrina que he dado a la estampa es nueva e inventada de mi cabeza, convengo en que al momento se ejecute en mí la sentencia que quisiesen fulminar los jueces. Pero si mis escritos no contienen otra cosa que aquellos preceptos políticos y aquellas reglas de Estado que he deducido de las acciones de algunos príncipes, contra los cuales el decir mal tiene pena de muerte; pero si V. M. me da licencia los nombraré aquí, ¿qué justicia, qué razón hay que dicte que los que han inventado la rabiosa y desesperada política escrita por mí sean respetados como punto menos que divinos, y yo, que no hice más que publicarla, sea tenido por un malvado, por un ateísta? Yo, cierto, no alcanzo por qué razón se deba adorar el original como santo y quemar la copia como execrable, ni por qué yo merezca ser tan perseguido, cuando la lectura de las historias, no sólo permitida, mas aun recomendada. tiene virtud para convertir en otros tantos Maquiavelos todos aquellos que las leen con los antojos políticos.*

§ III

11. Por no dejar al lector suspenso o por no darle lugar a que juzgue que propongo estas tres opiniones problemáticamente, expondré aquí el juicio que hago de ellas. La primera es falsa, horrenda, abominable y sólo digna de un segundo Maquiavelo. ¿Qué razón hay, no digo que dicte, pero ni aun que sufra, las detestables máximas de que *el príncipe más debe a sí mismo que a la república? ¿Que ésta fué instituída por la naturaleza a favor del príncipe, no el principado a favor de la república? ¿Que la tiranía se funda en el mismo derecho de la Corona? ¿Que la muerte desgraciada de los tiranos se debe atribuir al acaso y no al juicio divino?* y otras semejantes.

12. La segunda tiene contra sí el sentido literal y natural del escrito y que la intención del autor no es fácil adivinarse. Admito por buenas todas las pruebas que se alegan de que Maquiavelo era enemigo de la tiranía. No hay hombre alguno que no aborrezca la tiranía entretanto que la considera gravosa a su persona o que tema que parte del peso de ella cargue sobre sus hombros. Pero muchos de los que la aborrecen en general, la desearán en particular, si tienen esperanzas de que el favor del tirano mejore su fortuna. Es muy natural considerar en esta positura el pensamiento de Maquiavelo, cuando escribió su libro. Dominaban ya entonces los Médicis la ciudad de Florencia, y creería lisonjearlos aprobando como natural y debida la dominación dispensada de toda ley, y franquearles, cuanto estaba de su parte, el camino para el despotismo, Acaso le pasaría por la imaginación que algún príncipe le hiciese primer ministro suyo, con la esperanza de elevar a superior grado su grandeza, teniendo a su lado al autor de aquellas máximas.

13. La disculpa con que defiende a Maquiavelo la tercera opinión es manifiestamente sofística. No puede negarse que en innumerables autores se lee practicada por varios príncipes la doctrina de Maquiavelo; mas con esta gran diferencia: que aquéllos la abominan; Maquiavelo la persuade: aquéllos al mismo tiempo que dan noticia del hecho, inspiran el horror de la maxima; éste, enseñando la máxima, ex-

horta al hecho. ¡Oh, con cuánto ardor, con cuánto conato tomó la aprobación y persuasión de la tiranía, cuando tuvo el atrevimiento de proponer a Moisés y a David por ejemplares del gobierno tirano! A esta execrable impiedad llegó la blasfema osadía de Maquiavelo.

14. Por lo que mira a la defensa que en particular hace el Bocalini de Maquiavelo, fácil es conocer adonde apunta sus malignas expresiones: las que pudo omitir muy bien, pues sin tocar en tanta elevación tenía muy a mano con más certeza y sin algún riesgo en la declaración cuanto era menester máximas que publicó y señalar algún cusar a Maquiavelo de inventor de las para su propósito en la persona de César Borja. Quiero decir, que para exejemplar, en cuya conducta las hubiese estudiado, ninguno más acomodado que aquel príncipe, porque fué sin duda César Borja hombre de política inicua y tiránica en supremo grado, capaz de toda maldad, como la hallase conducente a su grandeza: ardiente, osado, cruel y tan furiosamente ambicioso, que abrasaría, si pudiese, todo el mundo por dominar después las cenizas del orbe.

15. Hermano Coringio, autor protestante, dice que Maquiavelo estuvo algún tiempo en el servicio de este príncipe. Si esto es verdad, fácil es que de él aprendiese lo que después escribió, y creo no se desdeñarán los italianos de conceder que su político florentín haya tenido por maestro un español.

16. Pero la verdad es que no había menester Maquiavelo poner los ojos ni en este ejemplar ni en otro alguno de cuantos príncipes concurrieron en su tiempo. Como era hombre de alguna lectura en las historias, todos los siglos se los estaban proponiendo a centenares. Poco menos yerran los que juzgan aprendió Maquiavelo las máximas de los políticos de aquel tiempo, como los que creen que los del tiempo posterior las tomaron de Maquiavelo.

17. Sin embargo, esta segunda es una sentencia muy recibida entre los sujetos o de poca lectura o de poca reflexión, como lo son los más. No pocos, cuando se trata esta materia, añaden con misteriosa gravedad como si sacaran de los más retirados senos del espíritu un profundo apotegma, que aunque Maquiavelo fué el maestro que introdujo esta doctrina, se adelantó después tanto en las aulas, que si hoy volviese el maestro al mundo, tendría mucho que aprender como discípulo.

18. Yo no puedo contener la risa cuando oigo tales discursos a hombres que han tenido bastante enseñanza para razonar con más exactitud. Las máximas de la política tirana son tan ancianas entre los hombres como la dominación. El maquiavelismo debe su primera existencia a los más antiguos príncipes del mundo y a Maquiavelo sólo el nombre. Su raíz está en nuestra naturaleza, y no ha menester siglos: momentos le bastan para explicar su maligna fecundidad, como se presente la ocasión. Ni más ni menos que es natural en el hombre la pasión de dominar, lo es también la de amplificar la dominación. El ambicioso que adquiere el principado no por eso siente saciada su ambición. Siempre desea hacer mayor el mando, ya en extensión respecto de los súbditos ajenos, ya en intensión respecto de los propios. El amor de la independencia pocas veces se contiene en márgenes razonables. El que está dispensado de toda sujeción a otros hombres, aspira a verse independiente de las leyes.

§ IV

19. Estoy tan lejos de pensar qu Maquiavelo haya empeorado al mund en cuanto a esta parte ni que los prín cipes de este siglo hayan refinado l inicua política de Maquiavelo, que cre firmemente que éstos, si atendemos pre cisamente a nuestra Europa, son mu cho mejores por lo común que los d los antiguos tiempos.

20. Hoy, si se trata o de impone algún nuevo gravamen a los vasallos de mover guerra a los vecinos, se con sultan teólogos y juristas, se examina

leyes, se revuelven archivos, y aunque muchas veces la ambiciosa adulación de los consultados atribuya a los príncipes el derecho que no tienen, la malicia de aquéllos es compatible con la buena fe de éstos. En otros tiempos no era así. O se quisiese atropellar a los súbditos o sujetar los confinantes, nada se consultaba, nada se examinaba, sino si había bastantes fuerzas para la ejecución. El poder lo decidía todo. Aun en siglos no muy distantes del nuestro y en los reinos de mayor política, cuando ya la religión verdadera había humanizado los ánimos, si al mover la guerra un príncipe poderoso a su vecino, para despojarle de parte del reino, representaba el invadido los títulos legítimos de posesión, se reía el invasor de la representación como de una insigne impertinencia y respondía ferozmente con aquella sentencia hecha proverbial en aquellos tiempos en boca de reyes y ministros de Estado: que el derecho de los príncipes no consiste en pergaminos viejos, sino en armas flamantes.

§ V

21. Esto, cuanto más retrocede la memoria por la serie de los tiempos, tanto peor lo halla. De aquí viene aquel mal concepto que en la superior edad, por lo común, se hacía de los reyes. Los romanos se asombraron cuando vieron que los de Capadocia, a quien querían hacer república libre, instantáneamente les pidieron que los dejasen vivir debajo de un monarca, reputándolo esto por verdadera y rigurosa esclavitud. Catón decía: «este animal que llaman *rey* es muy devorador de carne humana»: *Hoc animal Rex carnivorum est.* Flavio Vopisco refiere de un bufón romano, el cual, con gracia y agudeza, decía que cuantos reyes buenos había habido en el mundo se podían esculpir en un anillo. Platón, en el diálogo *Gorgias,* representa a los reyes compareciendo en el infierno ante Radamanto, llenos por la mayor parte de injusticias, perjuros y otras maldades. Aristóteles, en el tercero de los *Políticos,* reconoce la regia potestad de todos los príncipes asiáticos de tiránica o próxima a la tiranía. De aquel sagacísimo Aníbal dice Livio que jamás fiaba en las promesas de los reyes: *Fidei Regum nihil sane confisus.* Un legado de los rodios, en el mismo Livio, decía que los reyes siempre querían hacer esclavos a los vasallos. Así se debe dar por constante que en los príncipes de aquellos tiempos era frecuentísimo no respetar alguna ley, siempre que se ofrecía ocasión de aumentar la autoridad.

§ VI

22. Ni se piense que esto sólo lo ejecutaba la fuerza desasistida de la maña. Los mismos arbitrios, las mismas artes que estampó Maquiavelo y que ejercieron los más sagaces tiranos de los posteriores siglos se hallan practicadas en aquéllos. Mírese a Rómulo buscando un pretexto especioso de justicia para quitar la vida a su hermano y remover este estorbo de reinar sin riesgo; a su sucesor Numa Pompilio, consumado hipocritón, todo dado en lo exterior al culto y a la devoción y al rito y aun fingiendo visiones y revelaciones de la diosa Egeria, para que mirándole el pueblo romano como a hombre especialmente favorecido del cielo, no sólo no se atreviese a derribarle del solio, mas le dejase engrandecer a su arbitrio: a Tulo Hostilio, que sucedió a éste, introduciendo con grande arte aquellos ostentosos aparatos externos, que a los ojos del mundo son el medio más eficaz para hacer va respetable, ya formidable la majestad y buscando dolosos pretextos para hacer guerra a las repúblicas vecinas: a Tarquino el Soberbio, valiéndose de la estratagema de que su hijo Sexto, como quejoso y fugitivo de su crueldad, se refugiase a los Gavios; y éste, manejando con tan artificiosa conducta aquella gente, que le hiciese generalísimo suyo con absoluto dominio; con

que fué fácil rendirlos a los romanos.

23. Aquel famoso precepto de Maquiavelo de que con el enemigo puesto en algún ahogo no se use de medio, sino que según dictare el interés propio o se le acabe de arruinar del todo o se le dé la mano para sacarle del riesgo, ¿no es puntualmente el mismo que dictó Herenio a su hijo Poncio, general de los samnites, para que lo practicase con los romanos? Cuando este general tuvo cogido todo el ejército romano en las Horcas Caudinas, envió la noticia a su padre, preguntándole juntamente qué deliberación tomaría con ellos. Respondió el viejo que los abriese generosamente el paso, dejándolos ir libres sin condición o limitación alguna que fuese contra su vida, su libertad o su honor. Creyó Poncio y creyeron todos los principales de la República que se hallaban en el ejército, que Herenio no se había enterado bien de la noticia dada ni entendido que los romanos estaban enteramente a su disposición. Enviaron, pues, segunda legacía, informándole muy por extenso del estado infeliz del ejército romano, a quien tenían sin remedio debajo del cuchillo. Respondió entonces que le degollasen enteramente, sin dejar con vida hombre alguno. Dos respuestas tan encontradas hicieron sospechar a algunos que el viejo había perdido el seso; sin embargo, como le habían respetado muchos años por oráculo y alma de la República, creyendo los más, y bien, que aquella contradicción contenía algún misterio que no entendían, le hicieron venir al campo para que se explicase. Vino y declaró su pensamiento, el cual era que todo o nada: que o se ganase enteramente el afecto del enemigo con una generosidad heroica, o le destruyesen del todo, para que no quedase en estado de vengarse. No se siguió el consejo del viejo. Poncio tomó un medio que fué dejar salir a los romanos con vida, pero sin honor, haciendo a cónsules, oficiales y soldados padecer la insigne afrenta de pasar por debajo del yugo. La resulta fué (bien fácil de adivinar) que los romanos, irritados de la ignominia, no pudieron apartar los ojos de la venganza. Faltando a las condiciones estipuladas, rompieron de nuevo con mayor ira y con mayor fuerza la guerra y derrotaron enteramente a los samnites.

24. El temperamento que tomó Poncio fué imprudente. Mas no por eso se debe aprobar el consejo de Herenio. Era cruel en un extremo y en el otro nada seguro. Otro medio más proporcionado se pudiera tomar, como quedarse con rehenes de toda satisfacción, hace entregar algunas tierras o plazas antes de dejar salir al ejército. Pero pensar que a una gente vana, soberbia, guerrera y poderosa había de hacer más fuerza la fe de los pactos que la ira concebida sobre una feísima afrenta, fué muy necia confianza.

25. Tampoco (ya lo dije) el consejo de Herenio, en cuanto al extremo benigno, era nada seguro, porque en los romanos era más poderosa la ambición que la fe pública y que la ley del agradecimiento. Buen testigo de esta verdad fué Numancia, como manifestamos en otra parte: tal era la política de aquellos tiempos.

§ VII

26. De aquellos tiempos digo, po no culpar sólo a los romanos. En l Grecia, el faltar a la palabra dada aun jurada, cuando su observancia s oponían al interés del Estado, era ta corriente que por esto sólo apenas s perdía la opinión de príncipe justo de hombre de bien.

27. Agesilao, rey de Esparta, fu uno de los más celebrados príncipe que tuvo la antigüedad. Con ser insigne guerrero, colocaba su principal glo ria en los créditos de amante de l virtud y de la justicia. A uno, que lla maba gran rey al de Persia, le dij severo: *No es mayor rey que yo, quie no es más justo que yo.* Era sumamen te sobrio, paciente en los trabajos, ta respetuoso a sus dioses que no perm tía extraer a sus enemigos refugiad en los templos; tan enemigo del fau

to que apenas había en todo el ejército soldado vestido más humildemente que él. Pues este santón del paganismo no hacía escrúpulo alguno en violar la fe pública cuando en la violación veía alguna utilidad del Estado. Por medio de un emisario suyo sorprendió en plena paz la ciudad de Tebas, y aunque en Esparta se disputó algo sobre la acción, luego que les mostró que la conservación de aquella presa era importante al reino, consiguió enviar guarnición a la ciudadela. En su expedición a Egipto abandonó al rey Taco, a cuyo sueldo militaba con las tropas de Lacedemonia, y se juntó al rebelde Nectanebo, sin dar otra disculpa a esta alevosía sino que su patria se interesaba en ella.

28. Arístides, el Catón de los atenienses, a quien llamaron por antonomasia *el Justo*, habiendo hecho jurar a su patria cierta cosa y jurado él en su nombre, la persuadió después a la violación de aquel juramento, porque le traía alguna incomodidad su observancia. Plutarco, citando a Teofrasto, añade que en obsequio de su patria cometió muchas iniquidades. Estos eran los justos de la Grecia y esta era su política.

§ VIII

29. Bien sé que en la opinión de muchos esta moneda también es corriente en estos tiempos, y que va se dice que las palabras o promesas de los que manejan lo sumo de las cosas no tienen fuerza, sino en tanto que no se oponen al interés del Estado. He leído que negociando un príncipe de Italia un tratado de paz con un monarca poderoso, y pidiendo entre las condiciones la restitución de una buena parte de sus Estados, que le había tomado, le replicó el enviado del monarca: *¿Qué seguridad tendrá de V. A. el rey mi amo si le da todo lo que pide?* A lo que respondió el príncipe: *Aseguradle que yo le empeño mi palabra, no en cualidad de soberano, porque en razón de tal es preciso que yo sacrifique todo a mi grandeza y a la ventaja de mi Estado, según se ofrezcan las coyunturas, sino debajo de la cualidad de caballero y hombre de bien.*

30. Sin embargo, en esto hay un buen pedazo de hipérbole. Firmemente, creo que hoy los más de los príncipes observan religiosamente los tratados. Es verdad que a cada paso se acusan recíprocamente unos a otros, como infractores de ellos, mas esto depende de que rara vez es tan clara la justicia o injusticia ni de uno ni de otro de los contendientes, que no dé lugar a la diferencia de opiniones. Así entrambos obran probablemente, y también probablemente se acusan. Si hay uno u otro de tan ancha teología que con conocimiento atropelle todas las obligaciones de la equidad, justicia y fe pública, busca por lo menos algún especioso pretexto y procura salvar las apariencias. Esto mismo prueba que se obra con vergüenza y se teme la nota, lo que no sucediera si fuera tan corriente entre los príncipes, como quieren algunos, el faltar a su palabra.

31. Bien sé que un anónimo francés escribió pocos años ha que habiéndosele dicho al rey don Fernando el Católico que Luis duodécimo de Francia se quejaba de él que le había engañado dos veces, respondió: *Por Dios que miente el francés, que no le he engañado dos veces, sino diez.* Si ello sucedió así, podríamos creer que nuestro don Fernando hacía gala de la perfidia. Pero éstos son cuentos de corrillo, de que los cuerdos no hacen caso. Supongo que para que llegase el chiste o chisme desde la boca de don Fernando a las orejas del francés que lo escribió, sería menester cien conductos distintos, y de los ciento, por lo menos los noventa serían más capaces de fingirlo que el Rey Católico de articularlo.

32. Doy que fuese verdad. Todo lo que puede seguirse es que entre innumerables príncipes de nuestros tiempos, uno u otro, sin rubor alguno, practicase la mentira y el dolo en los negocios de Estado, cuando entre los antiguos

era esto frecuentísimo. Todos o casi todos parece que tenían estampada en el corazón aquella sentencia de Chorebo: *Dolus an virtus quis in hoste requirat?* U otra semejante.

§ IX

33. Pero, ¿qué mucho que pasase así, si aquel gran filósofo, oráculo de la antigüedad, el divino Platón, dió por doctrina constante que a los que manejan las repúblicas es lícito mentir, siempre que sea útil al Estado? *Igitur Rempublicam administrantibus praecipue, si quibus aliis, mentiri licet, vel hostium, vel civium causa ad communem civitatis utilitatem. Reliquis autem a mendacio abstinendum est* (lib. 3 *de Repub.*). Si tenían un tan gran maestro y tan autorizado los príncipes antiguos, ¿qué falta les hacía Maquiavelo?

34. Es verdad que Platón sólo daba por lícita la mentira en obsequio del bien público; Maquiavelo la aconsejaba como útil al interés particular del tirano. Así Platón era un mal moralista; Maquiavelo un mal hombre. Pero esta diferencia en los maestros no quita que los tiranos se aprovechasen de la doctrina de Platón para su interés particular, como los príncipes desinteresados para el bien público; porque como el tirano siempre procura persuadir al pueblo, que ordena a su utilidad cuanto hace por la grandeza propia, cuando le cogiesen en la mentira, aplicaría a favor suyo la doctrina de Platón, suponiendo que había mentido por la causa común. Pero en caso que esta doctrina, de Platón les pareciese muy diminuta a los tiranos, como en la verdad lo es, podrían hallar un copiosísimo suplemento de ella en su discípulo Aristóteles.

35. No quiero decir que Aristóteles fuese fautor de la política perversa o escribiese con ánimo de instruir a los tiranos en los medios de adquirir o conservar la tiranía, pero lo hizo sin querer o sin pensarlo en el libro quinto de los *Políticos*, capítulo II. En dicho capítulo, que es bastantemente largo, está no sólo bien exactamente aplicado al uso de las dos famosas máximas: *Oderint dum metuant*; *divide ut imperes*, pero todas o casi todas las demás que publicó en su libro de *el Príncipe* el escritor florentín. Yo no he visto el libro de Maquiavelo, sí sólo sus máximas capitales, citadas en otros autores; pero óigase a Hermanno Coringio, que le leyó, y también leyó a Aristóteles: *Nicolás Maquiavelo* —dice—, *aquella campana de las artes políticas, casi ningún consejo arcano para conservar la dominación y la tiranía pudo enseñar a su príncipe que mucho antes no hubiese enseñado Aristóteles en el libro 5 de los* Políticos. *Acaso aquel astutísimo maestro de la maldad transcribió de Aristóteles, disimulando el hurto, cuanto estampó en su libro. Mas con esta diferencia: que Maquiavelo aconseja a todos los príncipes lo que Aristóteles más rectamente había escrito que convenía sólo a los tiranos* (Conring., *Introduct. ad Politic. Aristotelis*, cap. 3).

36. Pero valga la verdad. Lo mismo digo de Aristóteles que de Maquiavelo. Nada inventó Aristóteles en cuanto a los arbitrios de la perversa política. Copiólos de las acciones de los reyes de Persia y de Egipto; de los Arquelaos y Filipos de Macedonia; de los Ithalaris; de los Agatocles; de los Hierones y Dionisios de Sicilia; de los Periandros; de los Pisístratos y otras pestes políticas de la Grecia.

§ X

37. Ni veo yo tanta profundidad o agudeza en esas decantadas máximas de Aristóteles o de Maquiavelo, que sea menester aprenderlas o por la lectura o por la tradición de algunos políticos de especialísima perspicacia. Basta para alcanzarlas un entendimiento mediano y para ponerlas en ejecución no se ha menester más que un corazón desapiadado o torcido.

38. El que el tirano se ha de conservar con el miedo, no con el amor de los súbditos, se viene a los ojos; porque, ¿cómo han de amar éstos a quien los está atormentando continuadamente con una dura esclavitud? El que los empobrezca es consecuencia inmediata y forzosa de mirarlos como enemigos, pues cualquiera sabe que cuanto más empobrezca a su enemigo, tanto más le quita las fuerzas para ofenderle.

39. Asimismo es inmediatísima ilación del mismo principio el fiarse más de los extraños, que de los propios. ¿Quién sino un estúpido se fía del que sabe que está ardiendo en ira contra él? Tener gran cantidad de emisarios para que exploren y le avisen de las palabras y acciones de todos, es una cosa que alcanza y en su modo practica cualquiera rústico, el cual, si tiene algún enemigo, no cesa de explorar cuanto puede sus designios. El fingir mucha religión es máxima que alcanza cualquiera mujercilla como útil para ganar el respeto público. El fomentar discordias o facciones opuestas en la república, y procurar mantener su potencia igual, puede aprenderse de los funámbulos o volatines, los cuales se mantienen mientras dura el equilibrio de los dos opuestos pesos.

40. De la reina Catalina de Médicis, que practicó mucho tiempo con vigilantísimo cuidado esta máxima, se dijo (y acaso por esto sólo se dijo), que hacía su lectura ordinaria en Maquiavelo, cuyo libro tenía siempre a mano, de modo, que un escritor satírico le llamó *el Evangelio de la Reina*. Pero ¿qué era menester para eso tener tal maestro al lado? La positura de las cosas le mostraba bastantemente a aquella reina, por su genio propio astuta y cavilosa, la utilidad de dispensar algunos favores hacia los herejes para contrapesar con ellos la potencia de los católicos, que le era sospechosa, pero declarándose siempre católica en la creencia, para no enajenar del todo el otro partido.

41. No han faltado quienes atribuyesen la misma política al gran Constantino, el cual estaba por una parte favoreciendo a los cristianos y por otra conservaba en el ministerio y puestos importantes a los gentiles. Pero esto se debe creer que fué necesidad. Era menester proceder con tiento en la grande y arduísima obra de la conversión de todo el Imperio romano. Si de un golpe solo y a fuerza abierta quisiese derribar el paganismo, nunca lo hubiera logrado.

§ XI

42. Lo mismo digo de todas las demás reglas o prácticas de la política tiránica y dolosa. ¿Qué discurso es menester para invadir con mano armada los Estados de un príncipe, república confinante, y sorprenderle algunas plazas, cuando el dueño está descuidado sobre el seguro de la paz o tregua establecida? Para esto no se necesita otra cosa que haber perdido el miedo a Dios y la vergüenza al mundo. Buscar algún pretexto aparente es facilísimo. Un niño de diez años le encuentra, cuando por interés o por ligereza quiere romper con el amiguito que tenía.

43. La bárbara máxima de deshacerse de los hermanos o parientes para quitar la ocasión más arriesgada de las sublevaciones, no pide ingenio, sino crueldad. Así los emperadores otomanos la practicaron con notable desigualdad. Unos les quitaron la vida, otros la vista, otros la libertad, cerrándolos en una prisión. Todos estaban igualmente informados de la importancia de precaver aquel riesgo, pero no todos tenían igual fiereza de ánimo. Así, según los grados de ésta (o también de los del miedo) era mayor o menor el rigor de la ejecución. Mahometo tercero, no satisfecho con matar cuando subió al trono veintiún hermanos que tenía, hizo arrojar al mar diez sultanas que habían quedado en estado de darle otros diez. Otros se contentaron con guardar a los suyos en una prisión cómoda. Esta gran diferencia no viene de distinto estudio político, sino de la diversidad de genio.

44. Y ya que se ofrece la ocasión, no dejaré de notar aquí de error común la común creencia de que es propia privativamente de la estirpe otomana la sangrienta máxima de sacrificar los propios hermanos a la seguridad de la corona. Esta política atroz es mucho más antigua y fué mucho más general en otras familias reales. Plutarco, hablando de los reyes sucesores de Alejandro, entre quienes se dividieron las vastas conquistas de aquel héroe, dice que en sus descendencias fué tan universal aquella cruel máxima, que se miraba como invariable axioma político y no menos infalible que aquellos primeros principios por sí mismos evidentes que llaman peticiones o postulados los geómetras. *Fratrum parricidia, ut petitiones geometrae sumunt, sic concedebantur habebanturque communis quaedam petitio ad securitatem, et regia* (Plutarc., *in Demetrio*).

45. Yo no sé si el cielo de Asia es más apto para producir estos políticos monstruos que el de Europa; porque en todos tiempos veo los príncipes de las regiones asiáticas más secuaces de las máximas tiránicas y crueles que los de las europeas. Pero mirando determinadamente los tiempos presentes, lo que veo es que los europeos, los cuales por lo común tienen alguna noticia de la doctrina de Maquiavelo, son ordinariamente de un gobierno más justo y moderado, y los orientales, que no saben si hubo tal hombre en el mundo llamado Maquiavelo, practican frecuentemente las mismas máximas perversas que estampó este maestro de la maldad. Pienso que sólo los chinos son excepción de esta regla general de los orientales.

§ XII

46. No por eso pretendo que la lectura de Maquiavelo no pueda ser nociva. Serálo sin duda para muchos, especialmente si son de un temperamento muy resbaladizo hacia la ambición. Ha habido infinitos tiranos y los habrá siempre sin leer *el Príncipe* de Maquiavelo; pero *el Príncipe* de Maquiavelo podrá hacer tiranos algunos, que no lo fueran sin esa lectura. Este libro hará lo mismo puesto en las manos de un príncipe flaco que aplicado a sus oídos un consejero inicuo.

47. Uno de los hechos atroces y alevosos que más ruido hacen en las historias, la muerte indigna del gran Pompeyo, no dependió de otra cosa, sino de tener el joven Ptolomeo, rey de Egipto, un Maquiavelo a su lado en la persona del depravado Teodoto.

48. Roto Pompeyo en la batalla Farsálica, fugitivo del César y de la fortuna del César, no discurrió asilo más oportuno para su seguridad que el reino de Egipto, porque el príncipe que allí reinaba entonces le debía el gran beneficio de haber repuesto a su padre en el trono de donde los propios vasallos le habían derribado. Sobre esa confianza arriba al puerto de Alejandría, avisa al rey de su llegada, pidiendo su protección, que le era tan debida: júntase consejo para discurrir sobre la materia: aplícanse los más votos a lo justo y recto, persuadiendo se dé acogida a aquel héroe infeliz. Pero Teodoto, que por ser maestro del rey joven tenía con él autoridad superior a todos, le sugiere no sólo que no le conceda su protección, sino que le quite la vida.

49. Pero será bien oír a Lucano la razones de conveniencia en que aque político depravado fundó una atrocida tan horrenda, porque se vea si los prin cipios del maquiavelismo estaban bie penetrados en aquel tiempo. Aunqu se debe advertir que Lucano pone consejo, no en la boca de Teodoto, sin en la del eunuco Fotino, al cual otr escritores no hacen consejero, sino eje cutor de la maldad en compañía d general Aquilas, y algunos a este últim atribuyen o en parte o en el todo sugestión.

50. Fuese Teodoto, fuese Aquila o fuese Fontino (cuya diversidad material para el intento, el primer a tor de la maldad, lo que representó Ptolomeo para incitarle a ella fué

siguiente: que por grande que considerase el beneficio hecho a su padre, más se debía a sí mismo que a Pompeyo: que la fortuna se había declarado contra éste y a favor de César, y sería suma imprudencia colocarse en aquel partido, a quien era contraria la fortuna: que acoger a Pompeyo parecía a la verdad una honesta acción, pero los príncipes no debían mirar a lo honesto, sino a lo últil: que el monarca que quiere contener dentro de los límites de lo justo sus operaciones, más es esclavo de sus leyes, que dueño de sus Estados; que la suprema potestad ignora toda ley, como ignora toda sujección: que era indubitable, concediendo el asilo de aquel reino a Pompeyo. tener sobre sí luego las armas invencibles del César y el poder de todo el Imperio romano, a quien no podía hacer la más leve resistencia: que ellos habían cumplido con su obligación antes, deseando la victoria para Pompeyo, pero ya conseguida por César, debían seguir al vencedor, cuya amistad podían ganar quitando la vida a Pompeyo: que tomar el medio de no admitirle ni matarle sería abrazar el arbitrio peor de todos, pues se perdería lo útil, sin ganar lo honesto: que César siempre miraría como enemigo al que pudiendo matar a su enemigo no lo hiciese, y todo el resto del orbe contemplaría como ingrato que no protegía a su bienhechor: que era fácil representar como religiosa la acción cruel de matar a Pompeyo, pues esto en la realidad era hacer un sacrificio a la deidad de la fortuna y era ponerse de parte de los dioses, que ya se habían declarado contra aquel héroe infeliz: que este sacrificio parecía, no sólo dictado por la religión, mas también por la justicia, pues acogerse a Pompeyo en tales circunstancias en aquel reino, no era otra cosa que procurar su desolación, siendo ésta inevitable, si protegiéndole, como él deseaba, se provocase la ira del César; por tanto, se podía proceder contra él a sangre y fuego, como contra un enemigo del Estado.

51. Pregunto si diría más Nicolás Maquiavelo, puesto en aquellas circunstancias a la oreja del rey de Egipto. Así que siempre hubo maquiavelos y que siempre fueron perniciosos colocados en el ministerio, no sólo para los pueblos, mas, por lo común, aun para los príncipes mismos, cuya exaltación o conservación procuraban con impías y crueles máximas.

52. Creo yo que aunque cuantos lean el suceso en que vamos discurriendo, abominarán del consejo de Teodoro, como torpe, tiránico, violento, inhumano y atroz, habrá muchos que atendiendo precisamente a la conveniencia temporal, le juzgan saludable. Pues ve aquí que no fué sino extremamente nocivo. Ejecutóse la muerte del gran Pompeyo, añadiendo a la crueldad la alevosía de sacarle de la nave a tierra debajo de la seguridad de la real palabra. ¿Qué resultado tuvo esto? ¿Qué Ptolomeo sonsiguiese la esperada amistad del César? ¿Que Teodoro, Aquilas y Fotino fuesen premiados de él por bra. ¿Qué resulta tuvo esto? ¿Que Ptolomeo consiguiese la esperada amistad del César? ¿Que Teodoto, Aquilos y Fotino fuesen premiados por él por el gran servicio que le habían hecho en librarle para siempre del cuidado en que le ponía un tan valiente enemigo? No, sino que dentro de pocos días perdió trágicamente Ptolomeo el reino y la vida y murieron desdichadamente los tres autores y ejecutores de la muerte de Pompeyo, Teodoto, Aquilas y Fotino, o sea que las máximas impías por su naturaleza son aptas a producir infortunios, o que aquella alta providencia, que vela sobre las cosas humanas, con especial designio fulmina visibles iras sobre sus autores, porque la maldad sirva de escarmiento y no de ejemplo.

§ XIII

53. Si el caso que se consultó en el Consejo del rey Ptolomeo, se propusiese a los políticos de nuestra Europa y de nuestro siglo, cierto estoy de que

ninguno persuadiría la muerte de Pompeyo, pero tampoco habría quizá alguno tan generoso que aconsejase admitirle y ampararle. A la verdad, las resoluciones generosas, pero arriesgadas, pueden permitirse tal vez a la bizarría de los príncipes, mas nunca sugerirse por sus consejeros. Así, considerándose muy peligroso el arbitrio de amparar a Pompeyo y muy torpe el de sacrificarle a la ira del César, es natural que todos los votos siguiesen el medio de no admitirle ni dañarle, dejando a su libertad la elección de otro asilo y a su fortuna el buen o mal éxito. Ni dudo yo que en la aula de Ptolomeo habría algunos (acaso los más) de esta opinión. Sin embargo, si yo me hallase en aquel congreso, daría mi voto atendiendo no sólo a lo honesto, mas aun a lo útil, por la resolución más benigna; y aun pienso que haría alguna fuerza al rey, si alguno de los que asistieron en él le persuadiese el amparo de Pompeyo en esta o semejante forma:

ORACION A FAVOR DE POMPEYO

54. «Quien te induce, señor, a que por miedo de César destruyas a Pompeyo, te persuade que temas más a los hombres que a los dioses. Quiero suponer a César tan injusto que te agradezca la muerte de Pompeyo y se irrite contra ti si no la ejecutas. Eso mismo, que es lisonja de César, es ofensa del cielo, sin que lo dude el mismo que te lo propone: porque el decirte que de esa suerte te pones de parte de los dioses es una sofistería indignísima de proponerse en tan grave teatro. ¡Qué delirio pensar que podemos acabar de oprimir a los que gimen debajo del peso de la suerte adversa, con el pretexto de cooperar a la providencia soberana! Sería, según eso, justo, al que está enfermo, darle, en vez de medicina, veneno; al herido, no atarle la llaga, sino abrirle segunda herida; al pobre, no socorrerle, sino acabar de quitarle lo poco que tiene. Pueden los dioses hacer que haya en el mundo infelices, porque eso es derecho de su soberanía, y quieren que los haya, por ejercitar en ellos la constancia y en los demás la clemencia. Así, no contradice a los dioses, antes los obedece, quien da la mano compasivo al mismo que ellos hicieron desdichado.

55. »Intimarte, para hacer delincuente a Pompeyo, que buscando asilo entre nosotros solicita la ruina de tu Estado, es lo mismo que decir que procura el incendio del templo quien se acoge a las aras huyendo de su enemigo. Pompeyo te ruega, no te fuerza ni en el ruego te señala el término, hasta donde debes extender su protección, ni aunque le señalase te haría alguna injuria; pues ni ahora ni después de puesto en tus manos, te quita el arbitrio de deliberar, pesando justamente tu poder, tu obligación y tu riesgo. Fuera de que, si se mira bien, puede pedir legítimamente su defensa aun a costa de tu peligro. Tú le debes el cetr que restituyó a tu padre. Aun no e adecuada recompensa de una coron ciertamente adquirida la misma corona sólo probablemente arriesgada.

56. »Suponiendo ya como cierto qu la protección de Pompeyo es justa, pas a esforzar que también es convenient aunque no dejo de conocer que ést a los ojos de la política ordinaria, una extravagante paradoja.

57. »¿Qué concepto hacemos aq de César? Que es tan furiosamente an bicioso que mirará con buenos ojos corazón grato una horrenda perfidi como ésta le desembarace para siemp de aquel enemigo que le ha disputa y aun podrá acaso en adelante disp tarle el imperio. Parece, señor, que t te quieren representar a César, y a verdad, si no es tal, inútil será la al vosía que te propone Teodoto. Mas añado que aun siendo tal, no evit antes aumentas con ella, el peligro perder la corona. Si la pasión ambici sa ciega a César hasta el extremo atropellar por todo, no te redime e vil servicio de que te despoje del r no: su ambición, si este es el íd que adora, le manda extender por

los los medios posibles, aunque injusos, su dominio. No es el opulentísimo eino de Egipto tan despreciable alaja, que la rehuse un ambicioso, por premiar con su posesión a un pérfido.

58. »Lo peor es que si haces lo que conseja Teodoto le das a César un ítulo especioso para la usurpación, y oor eso digo que en vez de evitar el iesgo le aumentas. Es César sumamene advertido. Todo el mundo lo sabe. Aunque desee la muerte de Pompeyo, a ejecutada, fingirá que la llora, Destará, por lo menos en la apariencia, a alevosía de admitirle en Egipto sore la seguridad de tu palabra, para uitarle la vida. De esta hipócrita siuación de su ánimo no tiene sino un revísimo paso que dar para llegar a a resolución de quitarte la corona y acaso también la vida. Harálo para aciar su ambición y querrá persuadir al mundo que sólo mira a castigar el alevoso homicida de Pompeyo. Aunque el prevea que los romanos no le han le creer el motivo, sabe que le han de estimar la ejecución, pues no ignora que idolatran a Pompeyo vivo y desoués de muerto adorarán su memoria. Las demás naciones, que por ser menos oenetrantes no comprehenderán la astua política de César, sólo contemplarán en tu ruina la pena correspondiente a u delito, y aclamarán la justicia heroica de César, que aun habiéndole sido itil la maldad, la castigó. Considera, eñor, si perderá César tan bella ocaión de lisonjear al pueblo romano, le acreditarse de justo con el mundo y de añadir a la corona imperial que stá fabricando el precioso diamante de ste reino.

59. »Sabemos que César en acciones y designios se ha propuesto como único ejemplar al grande Alejandro de Macedonia. Tenemos noticia de que habiendo visto en un templo de España a imagen de aquel héroe, le hizo verter lágrimas la envidia de sus glorias. Escucha ahora, señor, lo que voy a decirte. Luego que Darío fué vencido por Alejandro en la batalla de Arbela, yendo aquel rey infeliz fugitivo del vencedor, le mató alevosamente Beso, gobernador de la Bactriana, pensando ganar con su muerte el favor de Alejandro. ¿Y qué sucedió? Que cogiéndole Alejandro, le hizo despedazar, o inmediatamente por decreto suyo, como dicen unos, o por medio de Oxatres, hermano de Darío, a quien le entregó, como refieren otros. ¡Oh cuán semejantes son, señor, la batalla de Farsalia a la de Arbela, la fortuna de Pompeyo a la de Darío y el genio de César al de Alejandro! ¡Cuánto es de temer que si haces con Pompeyo lo que hizo Beso con Darío, haga César contigo lo que Alejandro hizo con Beso! Hallaráse en las mismas circunstancias que él y lisonjeará sin duda extrañamente su idea de la imitación de Alejandro en una acción que sabe fué aplaudida del mundo. En Alejandría estamos, fundación del grande Alejandro. Aun esta circunstancia puede contribuir a tu desdicha, pues cuando llegue a introducirse en esta corte, es natural se le avive en la idea la imagen del fundador.

60. »Bien conozco que siendo César cual le hemos supuesto hasta ahora, tampoco la protección de Pompeyo carece de peligro. Luego se ofrecen a la imaginación las legiones romanas buscando a este ilustre fugitivo y desolando con bélico furor la tierra que le ampara. Mas si en todos los rumbos se encuentran escollos, ¿qué aconseja la prudencia? Que se haga lo que es justo y se deje a la conducta de los dioses el suceso. Es grande, no hay duda, el poder de César, pero su fortuna depende del cielo, no menos que la nuestra, y el rayo de Júpiter no respeta más al palacio soberbio que a la cabaña humilde. Así podrá vivir con mejor esperanza quien tuviere al cielo más propicio.

61. »Ni aun es menester recurrir a especial providencia de los dioses. Cabe nuestra indemnidad en la serie ordinaria de los sucesos humanos o en el influjo común de las causas segundas. Aun está César lejos y es de creer que tenga mucho que allanar, o ya en Ita-

lia o ya en Grecia, para hacer seguro el fruto de la victoria, antes de venir a Egipto. Entre tanto podemos poner en buena forma las tropas que tenemos, que no son pocas, y añadir nuevas reclutas. A los soldados egipcios, para ser tan buenos como los mejores del mundo, no les falta sino un gran caudillo. Porque le tuvieron en nuestro famoso Sesostris, hollaron triunfantes las más regiones del Asia, como aun hoy testifican las columnas que erigió aquel príncipe y derribó el tiempo. Nadie le disputa a Pompeyo el ser, si no el mayor soldado del orbe, por lo menos igual al mayor. Sus victorias le adquirieron el epíteto de *Grande*, que aún no logró César. Tenemos, pues, en él el caudillo que necesitamos. Ni se me haga objeción con la victoria que acaba de ganar César sobre Pompeyo, cuando sobre mandar éste gente colecticia, fué mal obedecido o nada obedecido en aquella guerra. En nuestra mano está precaver este daño, dejando todo el gobierno militar al arbitrio de Pompeyo. Si no se hallare en estado de lograr la victoria, sabrá guardar la gente, evitando la batalla, que es lo que quería en la Grecia. Entre tanto podemos esperar muchos beneficios del tiempo. Quizá vendrán a Pompeyo socorros de todo el mundo, porque todo el imperio romano es enemigo de César, exceptuando las tropas que militan a su sueldo. Aun cuando no se junte ejército que pueda resistirle, no por eso está César seguro. Aquella República dominante del orbe gime con dolor imponderable la opresión de su libertad, y es muy difícil que entre tantos millones de miembros que la componen, no se encuentre algún desesperado que quiera sacrificar su vida a la redención de su patria. Tiene en su mano la vida de César cualquiera que desprecie la propia. La fuerza que no tienen contra César cincuenta mil lanzas puestas en campaña, sobra en un puñal oculto entre la ropa o en un veneno disfrazado en la mesa. Son muchos los ejemplos de romanos, que se ofrecieron víctimas voluntarias, o al ídolo de la fama o al bien de la República. Acaso tiene ya César a su lado quien está esperando la oportunidad para repetir el mismo sacrificio.

62. »Resta otro estribo grande de nuestra esperanza en la malignidad de nuestro clima. El cielo de Egipto, muy enfermizo aun para los naturales, lo es mucho más para los extranjeros. Los soldados de César nacieron debajo de temple muy distinto y militaron debajo de otros aun mucho más diversos. ¿Cuán natural es que deteniéndose algún tiempo en esta tierra, el cuchillo de una epidemia los acabe?

63. »Si por cualquiera de estos caminos, todos harto probables, se logra la salud de Pompeyo, te harás, señor, el más glorioso príncipe del mundo. Adoraránte los romanos como vindicador de su libertad, y mirarán este reino como el único templo donde se ha salvado su ídolo. Aclamarán tu generosa gratitud las naciones, y viendo cuán fielmente correspondes a un bienhechor tuyo, no habrá príncipe alguno que no desee serlo. Lo que puedes esperar de Pompeyo no cabe en mi voz ni aun en mi imaginación.

64. »Pero doy, señor, que tan bien fundadas esperanzas se frustren: que el cielo prosiga en felicitar las armas de César, que la fortuna fije a favor suyo su inconstante rueda, que veamos las legiones romanas batir los muros de Alejandría, que caigan tras de éstos los de Menfis y amenace la misma ruina a las demás ciudades del bajo Egipto; que en consecuencia de esto nos veamos en la precisión de capitular con César. Este es el mayor ahogo en que puede ponernos la fortuna. Pues ves aquí, señor, que aun colocados en él, tenemos en mejor estado nuestras cosas, que ejecutando el consejo que te propone Teodoto. Pediráte César que le entregues a Pompeyo, ofreciéndote la restitución de todo lo conquistado, porque para él pesa poco toda la tierra que inunda el Nilo, cotejada con la posesión de un personaje, a quien mil accidentes pueden poner en estado de trastornar todo su imperio. Podrás enton

ces hacer este canje y quedar señor de tu reino, disculpándote la dura ley de la necesidad con todo el mundo. Pues ¿qué demencia, qué frenesí, señor, es persuadirte a que mates ahora a Pompeyo con alevosía, sin más interés que el mismo que logras entregándole después sin infamia? He dicho sin más interés: debo añadir, con mucho mayor riesgo. Si cometes tan torpe atentado, es verisímil que César le castigue severamente, o por virtud o por hipocresía. Si le juzgas generoso, júzgale también extremamente irritado contra ti, ya por tu crueldad, ya por tu ingratitud, ya porque le hiciste una grave injuria en pensar que había de admitir como obsequio una alevosía, ya porque le robaste una ocasión preciosa de ostentar con Pompeyo desgraciado su clemencia. Si le contemplas sólo como un político ambicioso y sagaz, hará por simulación lo mismo que podría ejecutar por generosidad y procurará acreditarse con el mundo, tratándote como delincuente. Nada de esto puedes temer cuando llegue el caso de entregar, obligado de la necesidad, a Pompeyo, ya porque falta uno y otro motivo, ya porque no se vió hasta ahora que César faltase jamás a la fe de los pactos ni tratase con crueldad a los vencidos.

65. »Ni es de omitir lo que la disposición del ánimo de César hacia tu persona puede cooperar, o a su virtud o a su política. No ignora César que hasta ahora has seguido con el afecto el partido de Pompeyo. Cuando éste haya perecido a tus manos, bien comprehenderá Cesar que con él hicieras lo mismo, y de mejor gana, si el vencedor hubiera sido vencido. Contempla ahora con qué ojos te mirará entonces César, teniendo presente que el no cometer con el la misma alevosía consiste en su fortuna, no en tu voluntad, o que a pesar de tu voluntad lo debe a su fortuna.

66. »Las razones con que he probado, señor, que aun dejando aparte lo justo, es más conveniente proteger a Pompeyo que matarle, persuaden asimismo que es más útil acogerle que despedirle. La despedida no obliga a César, ofende a Pompeyo y te acusa también de ingrato a los ojos del mundo. Pompeyo, repelido de esta orilla, irá errando por mares y tierras, buscando rincón seguro donde ocultarse, hasta que la desesperación de uno o la conspiración de muchos quite la vida a César, lo que vesisímilmente no tardará largo tiempo. Será entonces Pompeyo dueño más séguro que César de todo lo que hoy domina César. Mira lo que debes esperar de él, haciendo repelido de este reino al que puso la corona en las sienes de tu padre. César, mientras mandare, como no ignora que le eres desafecto, siempre considerará en ti un enemigo a quien sólo la falta de poder o de valor quita obrar como tal. El servicio de abandonar a Pompeyo no le obliga y te envilece, porque bien comprenhende que lo hiciste por miedo. Su desafecto queda en pie y te añades su desestimación.

67. »Mas si benigno acoges a Pompeyo, puedes hacerte cuenta que en cierta manera te haces dueño de Pompeyo y de César: de Pompeyo, porque le tienes en tu reino; de César, porque te concederá partidos muy ventajosos por que le entregues a Pompeyo. No por eso quiero decir que esto es lo que se debe hacer. Mi dictamen absoluto es que por Pompeyo se arriesgue todo, pues todo se debe a Pompeyo. Esto persuade la verdadera virtud. Mas ya que nos hallamos en los términos de consultar sólo la razón de estado, admítase a Pompeyo con ánimo de defenderle, pero no extender su defensa hasta el peligro de tu corona. Esto no basta a la verdad para que el mundo te aclame generoso, pero es suficiente para que no te condene por injusto. Sálvase tu honor y se atiende a tu utilidad. El voto del cielo es en esta materia el mismo que el del mundo. Pompeyo te quedará sumamente agradecido. Veremos acaso a César irritado, pero estos movimientos de su ira cederán luego a su conveniencia y aun a la tuya. Si los dioses, como pueden, favorecen nues-

tras armas mandadas por Pompeyo, respetará tu persona, tu virtud y tu poder toda la tierra. Si pudiere más César, cuando llegues a hacer aquellas pérdidas que basten para tu disculpa, con entregar a Pompeyo reparas todo el daño.»

68. Esta oración me pareció introducir aquí, atendiendo no sólo al deleite del lector, mas también a su utilidad. Es el caso que, habiendo propuesto en este discurso tantas máximas y ejemplos de la política tirana, podrían algunos entendimientos flacos persuadirse a la conveniencia de ella, si no les diésemos mezclada con el veneno la tríaca, mostrándoles con este ejemplo que esos arbitrios violentos que el maquiavelismo propone como convenientes, son por lo común nocivos o por lo menos nada seguros, y que en los mismos casos en que los representa necesarios, no faltan expedientes en quienes se concilia lo honesto con lo útil, si hay voluntad recta que los desee y entendimiento claro que los busque. De modo que esa que llaman política refinada no es más que una escoria de la política, una producción de ingenios groseros que no pasan de la superficie de las cosas. Suelen los maquiavelistas considerar sólo el efecto inmediato de aquel golpe que meditó su malicia, sin advertir que la máquina política está muchas veces dispuesta de modo que aquel movimiento se va propagando con varias reflexiones, hasta retroceder contra el mismo que hizo el disparo. Otra vez lo he dicho y lo repito ahora. rarísimo de estos políticos perversos fué mucho tiempo feliz. Rarísimo ha logrado más que un breve resplandor de la fortuna. Casi todos naufragaron, revolviéndose el viento, cuando a su parecer iban conducidos de la más favorable aura. ¡Cuánta insensatez es seguir un rumbo donde todos los escollos están manchados de sangre de infelices! ¿Quién puede esperar racionalmente su fortuna de las máximas de Maquiavelo, sabiendo que su autor vivió pobre y despreciado y murió desdichado y aborrecido? Acaso este impío político, como aquel desdichado Flegias que pinta Virgilio, desengañado donde no aprovecha el desengaño, con lamentables y espantosas voces testifica el error de sus detestables máximas a todo el miserable pueblo de los prescitos:

... Phelegyasque miserrimus omnes
Admonet, et magna testatur voce per umbras:
Discite iustitiam, moniti, et non temnere Divos.

EL AFORISMO EXTERMINADOR

Discurso séptimo

§ I

1. Este infame epíteto doy al aforismo 52 del libro segundo de Hipócrates, de quien si dijere que quitó la vida a más de cien millones de hombres, aún quedaré muy corto. A tan famoso homicida, justo es se haga plaza en este *Teatro*, donde todo el mundo vea su suplicio.

2. Tal es el aforismo, mejor diré sentencia capital, de que hablamos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaberis.* Quiere decir: *Cuando el médico obra en todo conforme a razón, aunque el suceso no corresponda a su deseo, no ha de mudar el modo de curación, sino insistir o proseguir en el que al principio juzgó conveniente.*

§ II

3. Cuán horrible estrago haya hecho en los míseros mortales este pestilencial aforismo, se conocerá fácilmente considerando que cuantos homicidios cometieron hasta ahora los malos médicos por su detestable contumacia en proseguir el rumbo curativo que erraron desde el principio de la enfermedad, todos fueron ocasionados de este aforismo. Supongo que no hay médico alguno que al empezar a recetar no juzgue que obra conforme a razón. Sucede a cada paso que ejecutando todo lo que ordena, el enfermo empeora. ¿Qué dicta aquí la luz natural? Que se mude de rumbo o se deje la cura por cuenta de la naturaleza. Pero eso es lo que no hará el médico, porque el aforismo le manda que obrando según razón, prosiga, aunque el efecto no corresponda. En que obró según razón no pone duda, y tanto más asegurado estará de eso, cuanto sea más rudo, con que si empezó sangrando, aunque vea que ejecutada la primera sangría se sigue decadencia en las fuerzas, ordena la segunda, y aunque ejecutada la segunda se aumente la postración, se pasa a la tercera.

4. Ya se vé que está clamando la experiencia y a veces claman también los asistentes, parientes y amigos del enfermo contra el proceder del médico, pero éste ancorado en su aforismo afirma que aquello es lo que conviene, que las sangrías están legítimamente indicadas, que si no se ha seguido el efecto deseado es porque la evacuación de sangre que se ha hecho no fué la que bastaba para satisfacer a la indicación, que así se debe proseguir en ella hasta lograr el intento. No importa que contra esto se haga la réplica concluyente de que si la evacuación de sangre fuese el remedio indicado, ya que la primera o primeras sangrías no sean bastantes para extirpar el mal, por lo menos habían de aliviarle en parte, lo cual no se experimenta, antes lo contrario. No importa, digo, esta réplica, porque contra todas estas baterías sirve de parapeto el aforismo.

§ III

5. Pero pase ya el aforismo, y preguntémosle de dónde le consta que en

este caso cumple con él. Esto es, qué principios tiene para juzgar que empezó obrando en la cura conforme a razón. Satisfará con un texto de Galeno, o de Avicena, o de Valles, o de Pedro Miguel, etc. que en tal ocurrencia ordena la evacuación de sangre. Pero aquí de Dios y de la razón. Lo primero, ninguno de esos autores fué ángel que no pudiese engañarse, sí hombre como los demás; por consiguiente capaz de errar. Lo segundo, no un autor solo, ni dos, ni cuatro ni diez, sino cien mil enseñan que el fiador más seguro de los aciertos en la Medicina es la experiencia, y la experiencia en este caso muestra que la evacuación de la sangre no sirve, antes daña. Lo tercero, es máxima inconcusa entre los médicos que *a juvantibus et nocentibus sumitur indicatio:* esto es, que según corresponden los efectos a los medicamentos, se debe hacer juicio de que son útiles o nocivos. Si el remedio alivia algo al enfermo, se debe hacer juicio que es útil; si al uso del remedio se sigue alguna peoría, que es nocivo. Pues ¿cómo se desatiende una máxima tan común y tan segura de la profesión médica por seguir el precepto particular de uno u otro autor? Lo cuarto, no puede tener seguridad alguna el médico de que el texto que cita sea adaptable o determinado al caso presente, en el cual pueden concurrir tales circunstancias, que si se hallase en ellas el mismo autor alegado, no ordenaría evacuación de sangre. De hecho cada día sucede discrepar dos médicos en el dictamen curativo de un enfermo, negando cada uno que los textos que el otro alega sean del caso.

§ IV

6. Opondráseme lo primero que el sentido del aforismo no es que haya de continuar el mismo rumbo aquel médico, que erradamente juzga que obra según razón, sino el que realmente obra según razón. Respondo, concediendo que es así. Mas ¿qué tenemos con eso? El mismo médico que yerra el juicio, hace juicio reflejo de que realmente acierta; y como él es quien decide si ha de proseguir o no por el camino que tomó, infaliblemente se sigue del aforismo que prosiga errando el mismo que empezó errando.

7. Opondráseme lo segundo que el aforismo se debe entender, no en los casos en que ejecutado el remedio el enfermo empeora, sí sólo en aquellos en que no se observa ni mejoría ni peoría, pues en éstos puede hacer juicio el médico de que, aunque el medicamento no haya causado aún alivio alguno, continuado le logrará. Respondo que no ignoro que hay médicos que entienden de ese modo el aforismo, pero sé también que son infinitos los que le entienden y practican del otro, lo que estoy harto de ver y lamentar. Y a la verdad Hipócrates no puede menos de ser culpado de haber hablado con tanta generalidad, que su sentencia tomada a la letra, es aplicable a entrambos casos. Veo que muchos aplauden la concision de Hipócrates, pero yo quisiera menos concisión y más claridad, pues por sobra de aquélla y falta de ésta se hacen pedazos los médicos en las aulas y en los cuartos de los enfermos, sobre si quiso decir esto o aquello.

§ V

8. Puede ser que algunos dificulten el que haya médicos tan bárbaros que viendo que a la ejecución de su receta se sigue empeorar el enfermo, continúen con ella. Pero les aseguro que sucede esto frecuentísimamente. Verdad es que cuando la peoría es poca o poco perceptible, procuran trampearla y persuadir con alguna sofistería que se logró este o el otro fruto del remedio. Mas cuando el daño es tan considerable que no se puede ocultar, se refugian al sagrado del aforismo *facienti secundum rationem*, que es asilo ordinario de médicos delincuentes. Lo más gracioso o lo más desgraciado es que cuando de tal modo se agravan los síntomas, que apenas queda duda de que aquel tumul

to fué ocasionado del remedio, tienen otra admirable escapatoria, que es decir que ya lograron descubrir al enemigo. Esto ostentan como un triunfo del arte, aun cuando para sí conocen el daño que hicieron; y la necia credulidad de los oyentes celebra la acción, como que fué gran industria y sabiduría sacar de la emboscada al enemigo oculto y ponerle en campaña rasa, donde le pueden acometer libremente.

9. Volviendo al aforismo, afirmo que de cualquier modo que se explique, trayéndole a alguna sana inteligencia, nunca llegará el caso de que sirva de nada. Para cuya demostración pongamos que el médico juzga firme y rectamente que eligió en la curación el rumbo que debía. Pongamos también que aunque no ve seguirse a la aplicación del remedio alguna mejoría, con gravísimo fundamento espera que se logre continuando el mismo remedio. Este es el único caso en que puede tener uso el aforismo, pero en este mismo caso el aforismo es inútil y pudo dejársele Hipócrates en el tintero, sin arriesgar cosa alguna, pues aunque no se hubiera escrito tal aforismo, es claro que el médico, en la suposición que se ha dicho, continuaría en el rumbo tomado.

§ VI

10. Abandonada, pues, la regla hipocrática por nociva en una parte y en otra inútil, la que juzgo se debe seguir en la materia presente es la de Cornelio Celso. Este autor, que sin duda fué de excelente juicio, tratando de lo que debe hacer el médico cuando el medicamento aplicado no logra el efecto que se intenta, resuelve de este modo: *Oportet itaque, ubi aliquid non respondet, non tanti putare auctorem, quanti aegrum, et experiri aliud atque aliud, sic tamen, ut in acutis morbis cito mutetur quod nihil prodest; in longis, quos tempus ut facit, sic etiam solvit, non statim condemnetur si quid non statim profuit; minus vero removeatur si quid paululum saltem iuvat, quia profectus tempore expletur* (lib. 3, cap. I).

11. Esta regla infiere una práctica totalmente opuesta a la que se deduce del aforismo hipocrático. Dice que cuando al medicamento aplicado no corresponde el efecto deseado, se pase a experimentar otros remedios distintos, porque el médico debe apreciar más la vida del enfermo que el precepto del autor por quien se gobernó para la aplicación del remedio. Divinamente advertido, pero rara vez practicado por los malos médicos, cuya rudeza está tan dominada de una ciega veneración por el autor o por la escuela que siguen, que ni aun la muerte puesta delante de los ojos es poderosa para desviarlos de sus preceptos.

12. Añade luego que debe hacerse distinción entre las enfermedades agudas y las crónicas; que en aquéllas se abandone al instante el medicamento que nada aprovechó, porque siendo tan ejecutivas, no debe perderse un momento; pero en las crónicas, porque conceden mucho mayores treguas, no se condene luego el remedio a quien no se siguió prontamente el alivio. Parece quiere decir (y es razón legítima) que como las enfermedades crónicas son perezosas en su aumento, lo son también en la declinación: así los remedios obran en ellas muy lentamente, por lo cual, aunque aprovechen, hasta que pase algún tiempo es imperceptible el alivio. Concluye con que no se abandone el remedio que aprovecha algo por poco que sea.

13. Todo esto es dictado por la recta razón; todo dirige a una práctica prudente y segura; nada deja al arbibtrio de un médico ignorante o presuntuoso o alucinado, al paso que el aforismo hipocrático constituye por única regla para abandonar o continuar el remedio, la aprensión del médico de que fué su eleción oportuna, la cual aprensión en ningún médico falta y en los más ignorantes es más fija y tenaz. Confieso que no quiso Hipócrates que el médico que eligió mal, pero falsamente aprende que eligió bien, prosiga por donde

empezó. Pero aunque él no quisiese eso, puesta la regla que puso, es preciso se siga eso.

§ VII

14. No faltarán quienes den tal sentido al aforismo hipocrático, que de él no se siga ese inconveniente, pero será la explicación violenta y contraria a la letra. ¿Y qué haremos con que uno u otro médico le den esa explicación, si los demás no la admiten, antes toman el aforismo como suena? Es Hipócrates oráculo de los médicos, pero oráculo como los del gentilismo, cuyas respuestas ambiguas tomaba cada uno como quería. Este autor dice que aquél no entiende a Hipócrates, y aquél dice lo mismo de éste. Parece que traduciendo a Hipócrates del griego al latín, le pusieron más griego que estaba antes.

15. Quede salvo sin embargo su honor a Hipócrates, que le es muy debido. Dejónos este grande hombre copiosísimo aparato de excelentes preceptos, especialmente en la parte pronóstica. Culparle porque haya errado en algunos, es acusarle de que fué hombre. La oscuridad que hallamos en otros acaso no es tanto suya como nuestra. No quedó obra de aquélla y aun de algo menor antiguedad, que no padezca la misma desgracia. La traducción siempre quiebra algo la fuerza expresiva del original. Lo principal es que el discurso del tiempo altera considerablemente dentro del mismo idioma la significación de muchas voces, de que pudiera mostrar innumerables ejemplos en las lenguas latina y española.

16. Así me parece totalmente ajena de razón la ponderación que hace de la oscuridad de Hipócrates el doctor Bravo de Sobremonte, sólo a fin de engrandecer a Galeno. Dice que es la doctrina hipocrática tan oscura, que hasta que Galeno vino al mundo, casi ninguno la entendió. (*Tyrocin. Prac.*, sect. 3, cap. 3). Lo peor es que añade que de intento envolvió Hipócrates en estas tinieblas su doctrina *como cosa divina, que debía ocultarse en el sagrario.* ¡Qué extravagancia! Cierto que es dignísimo de alabar su celo, si quiso que su doctrina, por escondida, quedase inútil hasta que viniese al mundo un ingenio de aquellos tan portentosos, que apenas se logra uno en cinco o seis siglos, cual pretende el doctor Sobremonte haya sido el de Galeno. De hecho, desde Hipócrates a Galeno pasaron seiscientos años, poco más o menos, y todo este tiempo nada o casi nada sirvió la doctrina hipocrática al mundo (según la sentencia de Sobremonte), por haberla ocultado su autor en el sagrario como cosa divina.

17. Si alguno quisiere saber por qué llama el doctor Sobremonte cosa divina a la Medicina hipocrática, lo hallará explicado con otra extravagancia mayor del mismo autor en su *Disputación Apologética por la Medicina Dogmática*, sect. 1, resolut. 8, párr. 5, donde afirma y prueba con autoridad de Arnaldo de Villanova que Hipócrates y Galeno adquirieron el arte médico por divina revelación. El texto de Villanova es formalísimo: *Quibbus* (Hipócrates y Galeno) *Medicinam divina concessione veraciter, et perfecte novimus esse revelatam.* A tanto llega la supersticiosa veneración que a su Hipócrates y su Galeno profesan los médicos de la escuela común. Pero esto mismo debe servir de excitativo para que los que tienen los ojos abiertos examinen con más atenta reflexión la doctrina de esos dos maestros, pues discípulos tan ciegamente apasionados no dificultarán elevar a infalibles misterios los más palpables errores.

DIVORCIO DE LA HISTORIA Y LA FABULA

Discurso octavo

§ I

1. Perniciosa es en el mundo aquella máxima trivial de que siempre la mentira es hija de algo, porque autoriza la ficción, atribuyéndola un ilustre nacimiento en la cuna de la verdad. Suponen los que la siguen que no hay error alguno que no tenga poca o mucha mixtura de realidad y que la fábula siempre se fabrica sobre el cimiento sólido de alguna verdad histórica.

2. La experiencia y la razón militan contra este vulgar apotema. La experiencia, porque a cada paso se ven embustes que únicamente deben su origen a la malicia del que los profiere. ¿Qué fundamento tuvo la mujer de Putifar para atribuir un infame atrevimiento al casto José? ¿Qué mezcla de verdad hubo en la acusación intentada por los dos lascivos viejos contra la inocente Susana? Pero ocioso es repetir ejemplares de lo que a cada paso encuentran los ojos y los oídos.

3. Si se consulta la razón, se hallará que quien finge la mitad del hecho, fácilmente podrá fingir la otra mitad. ¿Qué más dificultad envuelve para la invención una parte que la otra de la fábula? ¿O qué necesidad tiene de buscar materiales prestados de un suceso verdadero, quien posee una fecundísima mina de ellos en su fantasía? Los lógicos dicen, y dicen bien, que hay unos *entes de razón* con fundamento real y otros sin él. Lo mismo se debe aplicar a las fábulas. Hay muchas que por un lado estriban en algún hecho verdadero, y muchas también en quienes el hierro es puro, sin mezcla alguna de plata u oro.

§ II

4. Esta imaginación de que la mentira siempre está mezclada con alguna verdad de quien tomó principio, no sólo está apoderada del vulgo, mas también se hizo lugar entre muchos sabios, los cuales extendieron la máxima aun a aquellas verdades y mentiras que más distan entre sí; esto es, a las verdades reveladas y errores opuestos a ellas. Pretenden éstos que todas las fábulas del gentilismo tuvieron su principio en los sucesos que refiere la Escritura, o que no son otra cosa dichas fábulas que las mismas historias sagradas alteradas y corrompidas.

5. Inmensa es la erudición que se ha gastado en este asunto. Pedíala sin duda la arduidad del empeño, pues era necesaria una gran lectura de casi todos los autores profanos, para entresacar de ellos todas las circunstancias en que se encontrase alguna alusión entre las fábulas y las historias, y un profundo conocimiento de las lenguas orientales, para buscar por medio o del significado o de la etimología, la conformidad de los nombres de los héroes o deidades del gentilismo con los de los personajes de la Escritura. Uno y otro se ejecutó por sujetos extremadamente hábiles, como el obispo Huet, el padre Tournemine, Samuel Bochart,

Nicolás Burtlero, Heinsio, Vosio y otros. Pero todo fué cultivar con grande afán una tierra que no podía producir sino flores: quiero decir que todas las fatigas de estos grandes hombres sirvieron a ostentar su ingenio y erudición, mas no a descubrir la verdad.

6. Bien conozco que este dictamen mío necesita de mucho apoyo, por el gran séquito que entre los literatos ha logrado aquella máxima de que en las fábulas del gentilismo están envueltas o disfrazadas las verdades de la Escritura, y no teniéndolo yo en la autoridad, es preciso apelar a la razón. Pero por esta parte me considero tan bien puesto, que espero ganar la causa con los lectores que estuvieren desnudos de toda precaución.

§ III

7. Lo primero que hace fuerza contra aquella máxima es la grande oposición que hay en orden a las aplicaciones entre los mismos autores que la apadrinan, pues en una misma fábula unos piensan hallar una historia sagrada y otros otra muy distinta. Pongo por ejemplo: monseñor Huet pretende que en la narración fabulosa de Hércules está envuelta o disfrazada la historia de Josué y Nicolás Burtlero halla en la misma fábula los sucesos de Adán. Monseñor Huet piensa que la fábula de Perseo representa a Moisés, y Mr. Burtlero descubre en la misma fábula la historia de Jonás. ¿No es más claro que la luz del medio día, que siendo tan diversos los sucesos de Josué de los de Adán y los de Moisés de los de Jonás, sólo a beneficio de alusiones violentas se pueden descubrir los de Josué y Adán en una fábula, y los de Moisés y Jonás en otra?

8. Aún es mucho más enorme la discrepancia que voy a proponer ahora. Monseñor Huet, que en los errores del gentilismo pretende descubrir multiplicadas figuras de Moisés, juzga ver pintado al vivo este héroe en la fábula de Prometeo, y en la misma fábula de Prometeo cree el padre Tournemine estar dibujados el delito y castigo de Lucifer. Una contradicción tan grande hace visible que los autores que se emplean en semejante tarea no se gobiernan por algunas luces firmes que hallen en el objeto, sino por algunos falsos visos que les da su propia fantasía.

§ IV

9. Pero aún se hará esto más evidente, reduciendo a un examen analítico las aplicaciones que los dos autores citados hacen de la historia de Prometeo. Y empezando por el padre Tournemine, éste contempla en ella la culpa y pena de Luzbel; lo primero, porque según refiere Duris de Samos, Prometeo fué arrojado del cielo por Júpiter, por haber pretendido aquél el desposorio de Minerva. Yo no sé si Duris de Samos, cuyas obras hoy no existen, dijo tal cosa. Pero si lo dijo, como apunta Natal Cómite, esta fué fábula particular de este autor, no la que reinaba generalmente en el gentilismo, como se ve en los demás autores profanos, los cuales, casi de común acuerdo, escriben que Prometeo, habiendo con la ayuda de Minerva formado al hombre de barro, con el favor de la misma diosa subió al cielo, de donde trajo una porción de fuego, con que infundió vida a la estatua que había fabricado, y que el castigo que Júpiter le dió por el sacrílego robo, fué atarle a una peña del Cáucaso, aplicando a su pecho un buitre que continuamente le despedazase las entrañas. Es claro que esta fábula no es capaz de aplicación alguna a Luzbel, y mucho menos si se añade la que resta; esto es, que Hércules le libró después del suplicio, mantando a flechazos el buitre y desatando a Prometeo, pues el castigo de Luzbel es eterno y no transitorio.

10. La segunda aplicación del padre Tournemine consiste en que, según otros autores, el delito de Prometeo fué envidiar a su hermano Epimeteo, lo cual cuadra muy bien a Luzbel, su-

poniendo que en Epimeteo se presente la persona de Adán, pues luzbel, derribado del cielo por envidia que tuvo a la dicha del hombre, le solicitó a la caída. Pero ni el padre Tournemine señala los autores que atribuyen ese pecado de envidia a Prometeo, ni yo he podido ver alguno que tal diga; antes bien parece suponen todos que Epimeteo tenía mucho que envidiar a Prometeo, y aquél nada que envidiar en éste, pues a Prometeo le pintan sumamente sabio y advertido; a Epimeteo rudo e inconsiderado. Tampoco podía ser motivo de envidia el casamiento que algunos mitológicos dan por sentado de Epimeteo con Pandora, pues ésta fué enviada por Júpiter a Prometeo con la fatal caja o arqueta, donde estaban cerradas todas las calamidades, persuadiéndole a que la abriese, lo que Júpiter solicitaba para vengarse de él y Prometeo como sabio la repelió; pero Epimeteo admitió a Pandora y abrió la caja, con que se llenó de desdichas. Aquí no hay motivo de envidia, sino de lástima. Y tampoco podía Prometeo envidiar la posesión de Pandora, a quien había repelido.

11. Tercera aplicación del padre Tournemine. Según otros autores, Prometeo delinquió sugiriendo a Epimeteo por medio de Pandora que abriese la caja fatal, lo que cuadra oportunísimamente a la tentación de Luzbel a Adán por medio de Eva. Tampoco he visto autor alguno que refiera tal sugestión; antes bien algunos dicen que el previno a Epimeteo que no recibiese presente alguno que le enviase Júpiter.

12. Cuarta aplicación. Según la opinión más común, la culpa de Prometeo fué traer el fuego del cielo a la tierra, con que infundió al hombre las pasiones que le estimulan al vicio; y esto hizo Luzbel, encendiendo con su persuasión el apetito desordenado de Adán. Es cierto que la opinión más común y comunísima es que el delito de Prometeo consistió en el robo del fuego celeste, pero también lo es que el destino y uso de ese fuego fué para animar la estatua de barro, no para inspirar las pasiones al hombre después de animado.

13. Quinta y última aplicación. El poeta Nicandro dice que habiendo concedido Júpiter eterna juventud al hombre, éste, por consejo de Prometeo, la vendió a la serpiente; en que se insinúa que Luzbel con su tentación fué causa de la muerte de Adán y de todos sus descendientes. No sé lo que dice sobre este particular Nicandro, a quien jamás he visto sino citado, pero sé que no se debe o puede usar en esta materia de la ficción particular de un poeta como si fuese error común del gentilismo: mucho menos cuando aquella ficción es opuesta a la opinión comunísima y generalmente recibida de los mitológicos, los cuales atribuyen todas las desdichas del hombre a la caja fatal, donde estaban encerradas y entre ellas las enfermedades. Añádese que monseñor Huet, citando al mismo Nicandro, cuenta la fábula de distintísimo modo. Dice que habiendo recibido el hombre de Júpiter el don de la perpetua juventud, la puso sobre los lomos de un asno; que éste, llegando sediento a una fuente y prohibido de beber en ella por una serpiente que la guardaba, se concertó con ella que le daría lo que traía a cuestas, por que le dejase beber; y hecho el pacto, el asno logró el agua, entregando a la serpiente la juventud perpetua. En esta relación ni hay venta hecha por el hombre ni persuasión de Prometeo. Toda la culpa queda a cuenta del asno.

§ V

14. Vamos ya a las aplicaciones del ilustrísimo Huet. Estas son en dos maneras: unas directas, otras reflejas. Llamo directas aquellas en que se propone alguna semejanza inmediata entre Moisés y Prometeo, y reflejas aquellas en que se busca la semejanza por medio de algún tercero. Pongo por ejemplo: pretende el señor Huet, en virtud de ciertas analogías, que Prometeo es la misma persona que Mer-

curio, y después prueba con otras analogías que Mercurio es lo mismo que Moisés. Este género de pruebas es frecuentísimo en el señor Huet, el cual siguiendo el sistema de confundir en una todas o casi todas las deidades del gentilismo, cualquier semejanza que encuentre en Moisés, respecto de alguna de ellas, le sirve para identificarle con cualquiera de las otras. Mas porque abajo combatiremos de intento este sistema, nos reduciremos ahora únicamente a la enumeración de las aplicaciones directas que hace el autor de la historia de Prometeo a la de Moisés.

15. Primera aplicación. *Herodoto llama a Prometeo marido de la Asia; otros, hijo. Moisés fué oriundo de la Asia, y toda la gente israelítica volvió del Egipto a la Asia.* (*Demonstr. Evang.*, prop. 4, cap. 8, núm. 7.) He puesto las propias palabras del autor, con la cita puntual, porque nadie piense que le impongo algo en tan arrastrada y violenta aplicación. Es sin duda de admirar que un hombre célebre en la república literaria, para asunto tan serio usase de tan despreciable alusión. ¿Quién no ve que por este capítulo puede Prometeo ser copia de cuantos hombres nacieron en la Asia? Y aun con más razón que de Moisés, pues éste no nació en la Asia, de donde solo fué oriundo, sino de la Africa. Fuera de que lo que dice Herodoto de que Prometeo fué marido de la Asia y otros que hijo, no debe entenderse de aquel vastísimo país, que se reputa una de las cuatro partes del mundo, sino de la ninfa Asia, a quien fingieron los poetas hija del Océano y de Tetis, y de quien dice tomó nombre aquel vastísimo país.

16. Segunda aplicación: en la opinión de algunos autores, Prometeo fué hermano de Deucalión, de quien Apolonio refiere que fué el primero que erigió templos a los dioses. Esto se adapta a Aarón, hermano de Moisés, que fué el primer sumo sacerdote de la gente israelítica. Aún más es de extrañar es esta aplicación que la pasada, porque para hacerla cae el ilustrísimo Huet en dos crasas contradicciones. La primera es que poco más abajo, para lograr otra aplicación, supone a Deucalión, no hermano, sino hijo de Prometeo; y ésta es la opinión común. Por lo menos yo no he hallado otra cosa en autor alguno. La segunda contradicción es que en el capítulo 10 afirma y procura probar que Deucalión es la misma persona que Noé. ¿Cómo, pues, pueden ser una misma persona Deucalión y Aarón, siendo la de Aarón tan distinta de la de Noé? ¿Quién creyera esto de un varón tan docto? Dejo aparte que el edificar templos no tiene coherencia alguna con el sumo sacerdocio. Muchos más templos erigieron los príncipes legos que los sumos sacerdotes.

17. Tercera aplicación: refiere Diodoro que Prometeo reinó en una parte de Egipto. Moisés fué caudillo de los hebreos que habitaron una porción de Egipto; esto es, la tierra de Gesén. Fuera de esto, Termutis, hija de Faraón, que le adoptó por hijo, le destinaba al reino paterno. Esta aplicación por la primera parte, procede sobre un supuesto falso, pues Moisés no fué rey ni príncipe de los israelitas mientras estuvieron en Egipto ni se puede decir con alguna verosimilitud que dominase alguna porción de Egipto; antes lo contrario consta claramente d la Escritura. Por la segunda es violenta, pues estar destinado al reino y go zarle son cosas tan distintas como l posesión y la esperanza. Fuera de qu de esta destinación de Moisés a la co rona de Egipto no habla palabra l Escritura. Sólo la refiere Josepho, quien de tan remota antigüedad no e creíble llegase instrumento alguno co que comprobarla.

18. Cuarta aplicación: Promete se vió en grandes angustias por ur exorbitante inundación del Nilo sob las tierras que dominaba, de cuyo apri to le libró Hércules. En este suce quiere el señor Huet se figure el trá sito de los israelitas, y sumersión los egipcios en el Mar Bermejo, sup niendo, para hacer verosímil la alusió

[ue Josué, caudillo militar de los is-aelitas y compañero de Moisés es la aisma persona que Hércules. Todo laudica en esta aplicación. El Nilo vo-untariamente se transforma en el Mar Bermejo; a éste se le supone una inun-lación o exundación (que no hubo) obre la tierra de Egipto. La ruina que casionó el Mar Bermejo en los egip-ios, tan lejos estuvo de angustiar a Ioisés, que antes le puso en salvo. Cómo, pues, se apropian a Moisés las ngustias de Prometeo? Josué en nada ooperó al tránsito de Moisés. ¿Qué elación, pues, puede tener con el su-eso de librar Hércules a Prometeo de us ahogos?

19. Quinta aplicación: las estatuas e Prometeo tenían un cetro en la dies-ra, imagen de la vara prodigiosa de Ioisés. Terrible es el prurito de bus-ar alusiones, cuando se mendigan de ales impertinencias. A esta cuenta to-as las estatuas de príncipes que tie-en cetro en la mano, serán imagen de Ioisés y se podrá decir con la misma azón que todos los príncipes represen-ados en ellas fueron indistintos de Moi-és. Si el señor Huet deja sentado que Prometeo fué rey, ¿para qué busca tro misterio u otro símbolo en que se gurase con cetro en la mano, sino el ropio y natural de ser representación e la autoridad regia? Finalmente, es in diminuta la semejanza que hay en-re un cetro y una vara, que aun sin tender a otros capítulos, por este solo e debiera reprobar la apropiación.

20. Sexta aplicación: Julio Africa-o dice que la fábula de que Prome-eo formó al hombre, tuvo su origen de ue con sabias instrucciones hizo a los ombres advertidos y prudentes, que ntes eran rudos y agrestes. Moisés, con eyes oportunas, formó la religión y olicía de los israelitas. Mirando las osas a esta luz, con más propiedad se ueden identificar con Moisés Rómulo, Numa Pompilio, Minos, Dracón, Solón, Licurgo y todo el Areópago.

21. Séptima aplicación: cuéntase ue Prometeo tuvo algunos coloquios on Júpiter. Moisés los tuvo con Dios. He leído los coloquios de Moisés con Dios en la Escritura, pero en ningún autor los de Prometeo con Júpiter. Doy que los hubiese. Con otros muchísimos mortales habló Júpiter, con que todos esos serán copia de Moisés. En verdad que en materia de coloquios con Júpiter yo apostaré por Ganimedes contra Prometeo y contra todos los demás.

22. Octava aplicación: en una tragedia de Esquilo se introduce a Prometeo diciendo que él fué el inventor del arte de adivinar por la inspección de las víctimas. Moisés regló a los israelitas todo el culto y rito de los sacrificios. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? De ofrecer a la deidad víctimas a adivinar por la inspección de ellas, hay toda la distancia que media entre el culto y la superstición. ¿Y qué caso se debe hacer tampoco de lo que dice un poeta, y poeta griego, en una pieza de teatro? ¿No se sabe que los poemas, especialmente los de este género, piden como esencialmente ficciones propias y particulares sobre los sucesos verdaderos o sobre las fábulas comunes? Así el texto de una tragedia jamás se debe alegar cuando se trata de examinar la verdad.

23. Nona aplicación: en un *Diálogo* de Luciano se propone Prometeo como hombre que conocía los futuros. Moisés fué profeta. Tan oportuno es para este asunto alegar los *Diálogos* de Luciano, como las tragedias de Esquilo. Nadie ignora que Luciano en sus *Diálogos* dió plenísima libertad a su imaginación, introduciendo en ellos cuantas graciosas ficciones le ocurrieron, especialmente las que halló conducentes para hacer burla de todas las deidades del gentilismo. Pero doy que la antigüedad tuviese por adivino a Prometeo. A otros infinitos atribuyó esta cualidad, con que, o todos tendrán derecho para representar a Moisés o ninguno le tendrá. Más: por este capítulo no hay más razón para identificar a Prometeo con Moisés que con cualquiera de todos los demás profetas de quienes da noticia la Escritura.

24. Décima aplicación: el fuego que se dice trajo Prometeo del cielo, puede hacer alusión, ya a los relámpagos, que mezclados con granizo hizo Moisés bajar para aterrar a los egipcios, ya al fuego con que abrasó a doscientos cincuenta sediciosos de los rebeldes de Coré, ya al fuego de la Zarza, ya al celeste resplandor del Monte Sinaí, cuando Moisés hablaba con Dios, ya al fulgor divino de la cara de Moisés cuando bajaba del Monte, ya al fuego perpetuo que ordenó ardiese siempre en el altar. Mucho se abaratan las alusiones, si para encontrar la historia en la fábula, basta hallar en una y otra el nombre de fuego, sin conformidad en circunstancia alguna. De este modo, cuanto se halla escrito de agua en las historias fabulosas se podrá aplicar a cuanto dice de agua la Escritura.

25. Undécima aplicación: Júpiter envió a Pandora a Prometeo para que le engañase; mas éste, conociendo el dolo, no la admitió. En Pandora se representa Eva, cuya historia escribió Moisés abominando su delito. Considere el lector qué concernencia tiene el ser escritor de un suceso con ser actor en él.

26. Duodécima aplicación: Júpiter, por haberle revelado los hombres el hurto de Prometeo, les concedió el don de perpetua juventud. Hace alusión al privilegio que Dios concedió a los israelitas de que sus vestidos no se gastasen en el desierto. Estas más parecen ilusiones que alusiones. A los ojos salta la extravagancia. ¿Para qué se ha de gastar tiempo en ésto?.

27. Terciadécima aplicación: en una gruta del Cáucaso hizo atar Júpiter a Prometeo y que allí una águila le royese las entrañas. Dios colocó a Moisés en una caverna del Sinaí, para mostrarle allí su gloria. ¡Extraño modo de apropiar, donde se confunde el Cáucaso con el Sinaí, un delincuente aborrecido de Júpiter con un justo queridísimo de Dios, y, en fin, el tormento crudelísimo de un destrozo continuo de las entrañas con la mayor dicha que hasta ahora logró algún mortal.

28. Ultima aplicación: Hércules libró a Prometeo de aquel suplicio. Esto quiere el señor Huet que haga alusión a la batalla de Josué (de quien supone ser uno mismo con Hércules) contra los amalecitas, durante la cual Moisés estaba en la cima de un monte con las manos levantadas, hasta que se consiguió la victoria, como que esto fuese librar Josué a Moisés de un género de prisión que padecía en el Monte. Todo es incongruencias y contradicciones. Para la aplicación pasada se acomoda la prisión de Prometeo a Moisés en una caverna del Sinaí; para ésta a Moisés en el collado de Amalec. La fábula de Prometeo no incluye batalla de Hércules contra alguna nación. En fin (omitiendo otros muchos reparos), la aplicación de la fábula es un trastorno de la historia, pues según ésta, más se debe considerar Moisés bienhechor de Josué, que beneficiado. Cuando Moisés levantaba las manos, vencía Josué; luego la victoria de Josué dependió de la acción de Moisés. Pues ¿cómo en la fábula hace todo el beneficio Hércules, figura de Josué, y de parte de Prometeo, figura de Moisés, no hay acción alguna, sino la de recibir el favor?

§ VI

29. Creo que con este ejemplo h evidenciado al lector que es quiméri la empresa de descubrir las verdad de la Escritura en los errores del ge tilismo. Los dos autores alegados abu daban, cuanto otros cualesquiera, ingenio y erudición. Sin embarg aplicando al empeño estos dos tale tos con el mayor esfuerzo posible, na pudieron lograr sino unas aplicaci nes tan violentas, tan arrastradas, tr das (como se dice) tan por los cab llos y en parte fundadas en supuest tan inciertos, que ellas mismas voce la infelicidad del conato de sus au res. Persuádome a que con alusion tan leves como las que he propues no habrá hombre alguno de muy m diana agudeza que no haga simbo

zar cualquier fábula con cualquier historia o representar cualquier historia canónica en otra que no lo sea. Esto es lo que vemos ejecutar a cada paso en los púlpitos. Cualquier predicador de ordinario ingenio y erudición nada extraordinaria figura el santo a quien predica en uno de los héroes de la Escritura, sirviéndose de versiones, glosas y comentos (como el señor Huet de los dichos varios de particulares autores) para multiplicar las alusiones. En la misma especie que tratamos de figurar asuntos sagrados en las fábulas de los gentiles, se ve practicar cada día. Desdichado el predicador que, queriendo, no encuentra en las fiestas gentílicas alguna, en cuyas circunstancias quepan diez o doce aplicaciones a la solemnidad que tiene por asunto. Y sin duda que los de bastante ingenio encuentran algunas harto más oportunas que las que hemos visto del ilustrísimo Huet, sin que por eso se pueda creer (ni lo creen los mismos predicadores que lo dicen) que Dios, al mismo tiempo que permitía y era ofendido de aquellas supersticiones, con particular y oculta providencia las ordenaba de modo que fuesen figura de las solemnidades cristianas.

§ VII

30. No es más feliz el ilustrísimo Huet en las demás partes de su asunto, que en la que hemos propuesto para ejemplo. Pero el discurrir por todas ellas sería negocio de suma prolijidad, cuando su empeño abraza casi todos los dioses y héroes fabulosos, pretendiendo que todos son uno solo y único, y este único es Moisés. He dicho dioses y héroes, porque las diosas y heroínas las reserva para figurar en ellas, ya a Sephora su esposa, ya a María su hermana. Magnífico sistema ciertamente, si pudiera sostenerse; pero su propia magnitud descubre su flaqueza, sucediéndole lo que a los edificios grandes, que si tienen cimientos débiles, cuanto mayores son, más presto vienen al suelo.

31. No siendo, pues, posible impugnar una por una todas las aserciones del ilustrísimo Huet, combatiré unido todo el sistema, a mi parecer con tanta solidez, que espero quitarle toda apariencia de probabilidad.

32. Para cuyo efecto supongo que la idolatría empezó mucho antes que Moisés naciese, y estaba bastantemente extendida en el mundo antes que pudiese ser objeto de ella el mismo Moisés. Esto se hace evidente de muchos lugares de la Escritura. En el *Libro de Josué* (cap. 24) expresamente se afirma que Thare, padre, y Nacor, hermano de Abrahán, fueron idólatras. Estos precedieron a Moisés más de cuatro siglos. También fueron muy anteriores a Moisés los ídolos de Labán, de que se da noticia en el capítulo 31 del Génesis. El ídolo Moloch era antes de Moisés adorado en algunas naciones, como se infiere del capítulo 18 del Levítico.

33. Viviendo Moisés, era comunísima la idolatría. En Egipto es claro que reinaba, porque Moisés, hablando a Faraón, llamaba al Dios verdadero *Dios de los hebreos*, de que se infiere que Faraón y los egipcios no le conocían por tal. También le dijo que no había Dios como su Dios: *Ut scias quoniam non est sicut Dominus noster.* Es verosímil que el Becerro de Oro, que los israelitas adoraron en el desierto, era imagen del buey, que con nombre de *Apis* adoraban los egipcios, de quienes tomaron aquella superstición.

34. Que la idolatría estaba extendida en otras muchas naciones, también es constante. Moloch tenía culto entre los ammonitas. Los moabitas eran idólatras, y las mujeres de aquella región hcieron prevaricar a los israelitas, atrayéndolos al culto de sus falsas deidades. (*Numer.*, cap. 25) En el capítulo 7 del *Deuteronomio* se nombran siete naciones idólatras.

35. Esto es lo que consta claramente de la Escritura, y hay bien fundadas apariencias que no sólo en las naciones expresadas, mas aun en todas las demás (de las cuales la Escritura no habla,

porque era impertinente para la historia de los israelitas), estaba ya en tiempo de Moisés radicada la idolatría. Lo primero, porque la expresión de *Dios de los hebreos* inculcada en la Escritura, como también la de *Dios de Israel*, indican que sólo los israelitas conocían y adoraban al Dios verdadero. Lo segundo, porque no parece verisímil que si en aquel tiempo hubiese otro pueblo fiel a su Hacedor, la Divina Providencia no cuidase de que, o por la pluma de Moisés o por la de otro escritor canónico, nos quedase alguna memoria de él y de los hombres eminentes en virtud que en él hubiesen florecido. Lo tercero, porque si en las naciones vecinas a los israelitas, que veían sus cultos y los prodigios que Dios obraba a favor de ellos, estaba extinguida la luz de la verdadera religión, ¿qué puede creerse de las distantes?

36. Supuesta la idolatría, dominante ya en tiempo de Moisés sobre casi todas las naciones del mundo o por lo menos sobre muchísimas, entra mi argumento contra el sistema del ilustrísimo Huet. Es totalmente increíble que todas esas naciones idólatras depusiesen luego, como de común acuerdo, sus antiguos errores, para formar otro nuevo sistema de religión falsa, cuyo objeto fuese el mismo Moisés: luego es falso que todos los ídolos del gentilismo representasen la persona de Moisés. Pruebo el antecedente: Esta gran mudanza en el culto, si la hubiese, empezaría sin duda por las naciones vecinas a los israelitas, pues éstas fueron las primeras que supieron (o experimentaron) los prodigios que obraba Moisés: y de aquéllas, con la noticia de los prodigios, pasaría la nueva idolatría a las distantes; pero en las naciones vecinas digo que es increíble esta mudanza, porque éstas, así como sabían los prodigios que Moisés obraba, sabían también, por lo menos en común, la religión que él y sus hebreos profesaban. Sabían, digo, que los hebreos no adoraban como deidad a Moisés, sino que así Moisés como ellos adoraban un Dios invisible, en cuyo nombre y por cuyo poder supremo se ejecutaban los prodigios de que Moisés era mero instrumento. Luego, en caso que aquellos prodigios hiciesen impresión en sus ánimos para mudar de religión, abrazarían la misma que Moisés y los hebreos profesaban, y no tomarían por deidad suya un hombre que sabían era mero instrumento de la deidad.

37. Hagamos palpable la fuerza de este argumento en los egipcios. Vieron los egipcios los portentos que ejecutaba Moisés. ¿Inclinaríanse por eso a reconocerle por deidad y darle cultos como a tal? Es claro que no, pues por el mismo Moisés y por los demás hebreos sabían que esos portentos se obraban debajo de la conducta, orden y autoridad de un Dios, a quien Moisés y toda su gente adoraba y daba cultos, y a quien llamaba, ya *Dios de los hebreos*, ya *Dios de Abrahán, de Isaac* y *de Jacob*, que eran más antiguos que Moisés: luego, en caso que movidos de esos portentos, mudasen de religión, abrazarían la de los mismos hebreos y adorarían al Dios verdadero, no a Moisés, ministro suyo, a quien veían que ni los mismos que le tenían por protector y caudillo, reconocían por deidad.

38. Probado que las naciones vecinas a los hebreos no pudieron tomar a Moisés por objeto de su culto, se infiere lo mismo de las distantes, pues a éstas se comunicaban las noticias de aquéllas; por consiguiente, si por la que recibían de los prodigios de Moisés mudasen de religión, sería par. adorar no a Moisés, sino al Dios d Moisés, pues a esto las conducían lo avisos de las naciones vecinas.

39. A este argumento, en mi esti mación invencible, añadamos otro, n de menos peso. En ninguna de tanta naciones idólatras del orbe se conserv el nombre de Moisés, entendiendo e él un personaje a quien venerasen com deidad: luego nunca le veneraron com tal. El antecedente es innegable, pu no hay monumento alguno de la rel gión de ninguna gente, ni en los libr

ni en los mármoles, donde se lea el nombre de Moisés con la significación de deidad. El consiguiente se infiere con certeza moral, pues si todas las naciones algún día hubiesen prestado cultos a Moisés, es moralmente imposible que alguna o algunas no hubiesen conservado su nombre. ¿Cómo es creíble que siendo tantas las naciones del orbe, y habiendo (como pretende el señor Huet) conspirado todas en adorar a Moisés, en todas, sin exceptuar alguna, se hubiese borrado u olvidado su nombre? Los pueblos son tenacísimos en conservar los nombres de sus deidades, y no puede ser otra cosa, porque están en la lengua y memoria de todos los individuos de cada nación. Así se ve que desde Hesíodo y Homero hasta la extinción del paganismo, período que (según la antigüedad que dan a Homero los mármoles de Arondel) comprehendió doce siglos, se conservaron en Grecia los mismos nombres de sus falsas deidades Júpiter, Juno, Diana, etcétera. Luego es absolutamente inverisímil que alguna o algunas y aun las más naciones no conservasen el nombre de Moisés, si éste fuese un tiempo la divinidad que adoraban todas.

40. Concluímos, pues, que carece de toda verisimilitud el sistema del ilustrísimo Huet, y que el vínculo que imaginó entre los errores del gentilismo y las verdades de la Escritura existió sólo en su imaginación.

41. El último argumento que hemos hecho contra el ilustrísimo Huet milita asimismo contra todos los demás autores que por diferentes rumbos se aplicaron a la misma empresa; siendo cierto que en ninguna de las fábulas del paganismo se encuentra alguno de los nombres propios de la Escritura, pues uno u otro que se ha pretendido encontrar, demás de la visible distinción de la voz, a poca reflexión que se haga, se conoce que el significado es muy diferente. Pongo por ejemplo: pretende Burtlero que la voz *Evoe*, repetida en las festividades de Baco, era memoria de *Eva*, nuestra primera madre. Pero los comentadores de Plauto, Virgilio y Ovidio que hallan esta voz en aquellos poetas, la tienen por interjección que exprime sólo el afecto del que la pronuncia. En lo mismo concuerdan los diccionarios latinos y griegos, los cuales le dan este significado: *Bene sit ille*: *Bien le suceda.*

42. Confieso que en una u otra fábula se encuentra una feliz y oportuna aplicación a alguna historia verdadera, mas esto en ninguna manera prueba que la historia diese ocasión a la fábula. El acaso por sí solo es capaz de producir estas coincidencias. Porque a un hombre le suceda hoy algo de lo que soñó ayer, ningún cuerdo inferirá conexión alguna entre el sueño y el suceso. Entre tantas imágenes como forma en sueños la fantasía, casi es imposible que parte de ellas no coincida con algunas realidades. Lo mismo decimos de las ficciones voluntarias. Entre tantos desvaríos y errores de los gentiles, sería insigne maravilla que en uno o en otro de ellos no brillase alguna viva analogía con una u otra de las verdades reveladas.

43. Verdad es que como esta coincidencia puede ser puramente casual, también puede ser relativa o de conexión. Posible es, digo, que una u otra de las historias sagradas, degenerando poco a poco de su pureza, según que, o la malicia o la ignorancia de los hombres fué o quitando o poniendo circunstancias, se envolviese últimamente en alguna de las fábulas del gentilismo. Es verisímil que en el libro primero de los *Metamorphoseos* de Ovidio está desfigurado algo de lo que Moisés escribió en los primeros capítulos del Génesis, como la creación, la delincuente osadía de los que la Escritura llama gigantes, la universal corrupción de los hombres y el Diluvio. Pero no es lo mismo pretender que una u otra fábula se derive de la Historia Sagrada, que hacer de esta derivación sistema general para todos los errores del paganismo. Y aun respecto de esas pocas fábulas se debe proponer la derivación como probable, no como cierta, por la razón, que ya hemos insinuado, de que

pudo ser casual la semejanza del error a la verdad.

44. Fijándonos en este prudente medio, de tal modo nos apartamos de la opinión común que deriva todas las fábulas de la Historia Sagrada, que no declinemos al particular sistema del señor Branchini, sabio italiano moderno, el cual pretende deducirlas todas de las historias profanas. Siente este autor que cuantas relaciones de héroes y deidades se hallan en los antiguos monumentos, tuvieron por objeto varios hombres, que en los tiempos anteriores se hicieron plausibles por diferentes caminos; y habiendo caído sus acciones, ya en las manos de los poetas, ya en las de los aduladores, ya en las de sus apasionados, ya en las de sus propios descendientes, los primeros por su profesión, los segundos por su interés, los terceros por su afecto, los últimos por su gloria, las vistieron de muchas circunstancias fabulosas, y este complejo de verdad y mentira vino a constituir toda la teología del gentilismo.

45. Es constante que ha sido muy frecuente el divinizar unos hombres a otros por todos estos cuatro capítulos. Los poetas lo hacían más ha de dos mil quinientos años, y aun hoy no perdieron esta mala costumbre, pues no hay mujer linda a quien sus plumas no eleven al grado de diosa. Los aduladores hacían deidades de aquellos que por sus vicios eran indignos aun de apellidarse hombres, como se vió en las apoteoses de los emperadores romanos. La vanidad de los descendientes atribuyó origen divino a muchos imperios y repúblicas. Los romanos, no contentos con suponer al dios Marte padre de su fundador Rómulo, al mismo Rómulo hicieron deidad tutelar suya.

46. Por el amor está la más antigua posesión de deificar los mortales, pues en el libro de la *Sabiduría* (capítulo 14) se señala éste por el primer principio de esta especie de idolatría. Un padre extremamente afligido por la muerte de su hijo, arrebatado en la flor de la juventud, hizo formar una efigie de él para desahogar en ella su ternura, y pasando ésta del último límite de los humanos afectos, constituyó luego a la imagen objeto de su adoración. Su autoridad extendió la superstición a los domésticos, el mal ejemplo de los domésticos a todo el pueblo y el mal ejemplo del pueblo a toda la región. Vióse repetir muchos siglos después este delirio, a influjo de la misma pasión, en uno de los mayores hombres de la antigüedad: Cicerón. Aquel Cicerón, oráculo un tiempo de los romanos, y admiración después de todos los posteriores siglos, salió tanto de sí en la muerte de su queridísima hija Tulia, que se mantuvo mucho tiempo en el propósito de erigirle aras como deidad y dejó testificada a la posteridad tan loca extravagancia en algunos de sus escritos.

47. Condujo esta impía ridiculez a lo supremo de la desvergüenza el emperador Adriano, fabricando templos, levantando aras, constituyendo sacerdotes, festividades, sacrificios: ¿A quien? A un muchacho de Bitinia llamado Antinoo, consorte de sus abominables torpezas, que se ahogó casualmente en el Nilo, como dicen unos, o de intento ofreció su vida en un sacrificio mágico que se hacía para prolongar la vida de este emperador, y que según el rito ordenado, pedía una víctima voluntaria, como escriben otros.

48. Pero aunque sea verdad que los humanos afectos, ya de amor, ya de vanidad, ya de interés, ayudados de las ficciones de los poetas divinizaron a muchos hombres, no puede subsistir en su generalidad el sistema del señor Branchini. Lo primero, por la exclusión que hace de todas las historias sagradas, de las cuales pudieron, como hemos dicho, adulterar a algunas los poetas, del mismo modo que a las profanas. Lo segundo, porque pudieron algunas ficciones ser tales, de modo que la fábula no tuviese mezcla alguna de historia ¿Quién quitaba que un embustero de arte, pasando a alguna región remota refiriese prodigios de algún héroe de su nación, que jamás había existido, y

espués el país, donde había vertido mentira, adoptase al héroe imaginao por deidad? Lo tercero, porque haiendo una gran parte del gentilismo lorado los astros a quienes creían aniados, es verosímil que éstos fuesen ɔjeto único de algunas ficciones. Pon-ɔ por ejemplo: entablada ya la adoıción del Sol, pudieron fingir, y es ıtural que fingiesen, que la deidad que animaba había hecho tales y tales ɔsas, sin tener en ello respecto a ninín hombre; sí sólo al numen imagiırio.

49. Ultimamente, acaso las más fáılas del gentilismo no tuvieron otro ·igen que la representación, o mística, moral, o política, o filosófica que al ınos les atribuyen. Quiero decir que s que tejieron aquellas narraciones ɔ tuvieron otro intento que represenr oscuramente debajo del velo de las bulas, o algunos misterios teológicos, máximas filosóficas, o políticas, o moles; y después, la ignorancia del vul-ɔ, entendiéndolas a la letra, vino a rmar de ellas una teología o religión dícula, en que jamás pensaron sus ıtores. Consta que los egipcios, deba- de jeroglíficos escondían, no sólo su religión, mas aun su historia, política y filosofía, y sólo se manifestaba la explicación a los reyes y a los sacerdotes del Sol. Verisímil es que a imitación de los egipcios (en aquellos siglos en que éstos eran venerados como los más sabios del mundo) en otras muchas naciones se practicase lo mismo, como también es posible que los egipcios imitasen a otra alguna nación anterior a ellos en la opinión de sabiduría o que esta práctica fuese común en la antigüedad. Lo cierto es que muchísimas fábulas gentílicas tienen mucho más cómoda aplicación a la física, a la moral y a la política que a la historia. Véase el famoso Bacón en el tratado *De Sapientia Veterum*, donde siguiendo este rumbo, explica felicísimamente no pocas de aquellas fábulas.

50. Así que esta es una materia capaz de innumerables conjeturas y de ningún sistema general, que es lo que hemos procurado demostrar en este discurso, especialmente en orden a la unión de la fábula con la historia, y más especialmente de la historia sagrada, que tanto dista de los errores del gentilismo, como la mayor verdad de la mayor mentira.

NUEVAS PARADOJAS FISICAS

Discurso nono

1. No hay materia alguna tan acomodada para humillar el orgullo del espíritu humano, como las que son objeto de la física. Dos mil años ha (dejando aparte lo que pudo trabajarse en los siglos anteriores, de que no tenemos clara y positiva noticia) que muchísimos hombres de grande ingenio cultivan con bastante aplicación esta facultad. Y en la mayor parte de este largo espacio de tiempo, ¿qué se ha adelantado en ella? Muy cerca de nada. Todo fué establecer o seguir máximas, que la experiencia ayudada de una atenta meditación descubre falsas o inciertas. En el segundo tomo hemos desengañado de algunas de las que se juzgaban más seguras. En este discurso intentamos desterrar otras, que no se reputan menos constantes.

PARADOJA PRIMERA

El fuego elemental es pesado

§ I

2. Esta paradoja consta de los mismos experimentos con que en el discurso duodécimo probaremos que la luz tiene peso, pues si el fuego celeste, que es mucho más puro, es pesado, ¿quién negará esta propiedad al elemental? Fuera de que los experimentos de Boyle, que propondremos allá, derechamente prueban del fuego elemental.

3. Añadimos ahora para confirmación otros experimentos: el primero es de los materiales con que se hacen los platos y demás vasijas que llaman de Talavera, de los cuales es experiencia constante que, al calcinarse, se aumentan considerablemente en el peso, y tanto más cuanto más se calcinan: de modo que los artífices, por el mayor o menor aumento de peso, conocen los más o menos grados de calcinación. El segundo es de los ladrillos con que se forman los hornos, los cuales, después de servir algún tiempo, pesan más que antes, siendo así que parece habían de quedar algo más leves, por evaporar el fuego alguna porcioncilla de humedad que restase embebida en sus poros. En uno y otro experimento no parece otra materia a que atribuir el aumento de peso, sino a las partículas de fuego introducidas en los materiales de las vasijas y en los ladrillos. Por consiguiente, las partículas del fuego son pesadas.

PARADOJA SEGUNDA

No hay humedad y sequedad cualidades

§ II

4. Esta es una cosa tan clara que no puedo dejar de admirarme de que hombres de razón hayan introducido tales cualidades en la filosofía y dádoles tanta parte en la naturaleza, que sin ellas faltarían todos los mixtos y todos los elementos. La humedad no es cualidad o accidente, sino sustancia, la cual no sólo en sí recibe esta denominación, mas también la comunica a los cuerpos

secos, en cuyos poros se introduce. Coge un poco de tierra perfectamente desecada, conjura contra ella cuantos agentes hay en toda la naturaleza; no lograrás humedecerla, a menos que la rocíes con agua o con otro licor, que introduciéndose en los poros o intersticios la ponga húmeda. Asimismo para desecarla no es menester introducir alguna cualidad, sí sólo sacar por vía de evaporación aquella sustancia líquida de sus poros.

5. Hácese esto palpable contra los aristotélicos en la desecación de los cuerpos húmedos hecha por el viento. No es el viento otra cosa que el aire impelido. El aire es húmedo, y aun más húmedo que el agua, según la escuela peripatética. Luego no puede desecar, produciendo en los cuerpos húmedos la cualidad que llaman sequedad; porque, ¿cómo ha de producir una cualidad perfectamente contraria a la que domina en él? ¿Cómo los deseca, pues? Expeliendo con repetidos embates y disipando en menudas partículas de vapor aquella sustancia líquida que estaba introducida y repartida en los poros o intersticios de los cuerpos. Esto es tan visible que agraviaríamos al lector si nos detuviésemos más en probar el asunto.

PARADOJA TERCERA

El ambiente impelido no enfría más que el que está quieto

§ III

6. Esta paradoja moverá sin duda, o a admiración o a risa a cualquiera que la lea, por ser tan universal la experiencia que al parecer acredita evidentemente lo contrario. Todos ven que el ambiente cálido del estío, estando quieto, nos acalora, y movido con un abanico u otro cualquier cuerpo, nos refresca; que el mismo aire que respiramos, aunque sale cálido de nuestras entrañas, impelido con fuerza contra la mano, la enfría; que lo mismo sucede respecto de qualquier licor que sale cálido del fuego; y así, el modo más fácil de templar el caldo, cuando está muy caliente, es soplarle.

7. Sin embargo, la paradoja es verdaderísima. Propongo en prueba de ella un experimento claro: sóplese con unos fuelles cuanto se quiera contra la bola de un termómetro; no bajará el licor poco ni mucho, y bajaría precisamente si el termómetro se enfriase. Esto sucede constantemente en cualquier grado de frío o de calor, en que esté el espíritu contenido en el termómetro. Sólo es menester la precaución de que los fuelles, antes de hacer el experimento, estén algún tiempo en la misma cuadra donde está el termómetro, porque si estuviesen expuestos a otro ambiente más frío, con la frialdad adquirida enfriarían algo el mismo ambiente que reciben y soplan, por consiguiente, el soplo enfriaría levemente el termometro.

8. Porque no todos tienen a mano termómetros para hacer este experimento, digo que lo mismo sucederá universalmene soplando o con fuelles o con la respiración propia cualesquiera cuerpos, de quienes no salgan efluvios cálidos, como informará manifiestamente el tacto. En esta excepción de cuerpos *de quienes no salgan efluvios cálidos*, empiezo a mostrar la clave con que se descifra el misterio de esta paradoja y la solución con que se desata el nudo de la dificultad que ocasionan los experimentos, al parcer encontrados.

9. Digo, pues, que el aire impelido no hace otra cosa que apartar los efluvios cálidos de la superficie de los cuerpos de donde emanan, los cuales con su contigüidad o inmediación conservaban o fomentaban el calor de los mismos cuerpos. Nuestros cuerpos, por ejemplo, incesantemente están expirando gran cantidad de estos efluvios, de modo que siempre están ceñidos de una atmósfera de exhalaciones y vapores, que saliendo calientes del cuerpo, conservan algún tiempo el calor; por consiguiente, defienden del frío del am-

iente externo la superficie de los miem-ros. Lo que hace, pues, el aire impe-ido es remover esta causa conservante lel calor, y entretanto reciben los uerpos en su superficie aquel grado de río y no mayor, que es capaz de pro-lucir el mismo ambiente quieto, no storbado de la atmósfera cálida.

10. La explicación de este fenóme-o me conduce a la de otro también auy trivial. El que mete las manos en iieve o en agua muy fría, y las detie-e en ellas un rato, retirándolas des-ués, en breve tiempo las siente mucho aás calientes que estaban antes. Pre-;úntase la causa de esto. Respondo ue la nieve, entretanto que duró su ontacto, apretando los poros, estorbó ı emanación de los efluvios; de aquí e sigue que después que la nieve se parta, salen en mucho mayor copia, a ue es consiguiente el mayor calor de ı mano.

PARADOJA CUARTA

a agua al helarse no se condensa, an-tes se enrarece

§ IV

11. No pocos extrañarán esta para-oja poco menos que la pasada. Pero ı experiencia que la convence es fácil e hacer. Póngase el agua a helar en na vasija de bastante buque y de cue-o largo y estrecho. Veráse que des-ués de helada sube en el cuello algo ıás arriba de la línea que tocaba antes e helarse: luego ocupa mayor espacio , por consiguiente, está más rara o ıás enrarecida que antes.

12. Quien no quisiere fatigarse en acer este experimento, sin él podrá ersuadirse a la verdad de la parado-ı, sólo con observar que el hielo nada bre el agua líquida: luego es más ve, y, por consiguiente, más raro.

13. La causa de esta rarefacción o ilatación del agua cuando se hiela es e muy difícil averiguación. Dos con-turas racionales pueden hacerse. La primera, que muchas partículas sutilísimas de nitro o espíritus nitrosos, más leves específicamente que el agua, se introducen por sus poros, las cuales los dilatan. Esta conjetura se funda en la opinión hoy muy recibida de que el nitro es causa de todas las congelaciones. La segunda es que poniéndose rígidas las partículas del agua, es verisímil que algunas se desunan o desvíen algo de sus vecinas, y el aire contenido dentro del agua se dilate en aquellos intersticios. Esta segunda conjetura me parece es la que acierta con la verdad, por la experiencia que hay de que si se hiela la agua a quien se extrajo el aire en la máquina neumática, no se dilata, antes se reduce a menor espacio. Testifica esta experiencia Mr. Hartsoeker en sus *Principios de física.*

PARADOJA QUINTA

El aire en tiempo sereno está más pesado que en tiempo lluvioso

§ V

14. Esta paradoja ya dejó de serlo para todos los que han notado los movimientos del mercurio en el barómetro y saben que así como la causa de su suspensión en el tubo es el peso del aire, la de elevarse un poco más es el aumento de aquel peso y la causa de descender algo es la diminución del mismo peso. Remitímonos a lo dicho en el discurso undécimo de nuestro segundo tomo, donde tratamos del peso del aire, para excusarnos aquí de explicar cómo este peso hace subir los licores en los tubos y los tiene suspensos en ellos. Pero en nuestra nación son tan pocos los que tienen noticia de los experimentos y observaciones hechas en el barómetro, que la conclusión propuesta tiene en España todo el rigor de paradoja.

15. Es así que cuando no lo impiden otras causas, en tiempo lluvioso baja algo el mercurio de la altura mediana en el tubo, y en tiempo sereno

sube algo de ella. He dicho *cuando no lo impiden otras causas*, porque no es una sóla, sino varias, las que aumentan o disminuyen el peso del aire. Así sucede muchas veces concurrir dos caucas encontradas, una que aumenta el peso, otra que le disminuye: de modo que se equilibran las dos y el mercurio no hace movimiento alguno. Lo más ordinario, pues, es que el mercurio desciende algo en tiempo lluvioso y sube algo habiendo serenidad o cuando está próxima. Y lo que yo puedo asegurar es que nunca le vi subir en el lluvioso ni bajar en el sereno. Siendo, pues, constante que el mercurio sube cuando el aire le grava con mayor peso, y baja cuando le oprime con menor peso, es evidente la consecuencia de que el aire lluvioso pesa menos que el sereno.

16. La dificultad toda, y grande a la verdad, está en señalar la causa de esto, pues al parecer debía suceder lo contrario, como se muestra en este raciocinio: el agua es más pesada que el aire: luego las partículas de agua, que mezcladas con el aire, constituyen el aire: luego las partículas de agua, que otras partículas de aire de igual volumen: luego tomando igual volumen de uno y otro, el todo heterogéneo, compuesto de aire y partículas de agua, es más pesado que el todo homogéneo, que constase sólo de aire. Aquel todo es el que constituye el tiempo lluvioso y éste el sereno: luego, etc. ¡Qué argumento al parecer tan bien formado! Sin embargo, en él se ve lo que en otros muchos de los más plausibles raciocinios en materia de física no tocan a la naturaleza en el pelo de la ropa, si no van ligados a las observaciones de la experiencia.

17. El celebrado barón de Leibnits, según se refiere en la *Historia de la Academia Real de las Ciencias* del año 1711, tiene la gloria de haber descifrado el enigma, descubriendo con suma sutileza la causa de la menor pesantez del aire en tiempo de lluvia. Como yo no podré explicar su pensamiento y la experiencia que le comprueba, ni con mayor exactitud ni con más claridad que la explica el sabio historiador de la Academia, usaré de sus mismas voces, trasladadas del francés al español:

18. «Dice Mr. Leibnits que un cuerpo extraño que está en un líquido, pesa con el líquido y hace parte de su peso total, entranto que es sostenido en él; pero si cesa de serlo, y por consiguiente, cae, su peso cesa ya de ser parte del peso del líquido, con que éste viene a pesar menos. Esto por sí mismo se aplica a las partículas de agua. Ellas aumentan el peso del aire, siendo sostenidas en él, y le disminuyen cuando el aire deja de sostenerlas; y como puede suceder muchas veces que las partículas de agua más elevadas caigan algún tiempo considerable antes que se junten a las inferiores, la pesantez del aire se disminuye antes que llueva, y por consiguiente baja el mercurio en el barómetro.

19. »Este nuevo principió de Mr. Leibnits puede sorprender, porque el cuerpo extraño, que está en el líquido, no es preciso que siempre pese o sea sostenido o no. ¿Y puede pesar sobre otro fondo, que aquel mismo donde es sostenido el líquido? Este fondo deja de ser el sustentante del cuerpo extraño; y el cuerpo mismo al caer, ¿no es siempre parte del líquido en cuanto al efecto de la pesantez? Si fuese así, cuando se hace una precipitación química, el total de la materia pesaría menos, lo que jamás se ha observado ni parece creíble.

»Sin embargo de estas objeciones, el principio subsiste si se examina de más cerca. Lo que sustenta un cuerpo pesado es comprimido por él. Una mesa, por ejemplo, que sostiene una masa de hierro de una libra, es comprimida por ella, y no por otra razón, sino porque sostiene o resiste toda la acción y esfuerzo que la causa de la pesantez sea la que fuere, ejerce sobre esta masa de hierro para impelerla más abajo. Si la mesa cediese obedeciendo a la acción de esta causa de la pesantez, no sería comprimida ni sustentaría nada. Del mismo modo, el fondo de un vaso que contiene un líquido se opone a tod

la acción de la causa de la pesantez contra este cuerpo, que estando en equilibrio con el líquido, viene a ser en cuanto a esto parte de él. Así el fondo es comprimido por el líquido y por el cuerpo extraño y los sostiene a entrambos. Mas si este cuerpo cae, obedece a la acción de la pesantez; por consiguiente, el fondo cesa de sostenerle ni le sostendría ya, hasta que el cuerpo haya llegado a él. Durante, pues, todo el tiempo del descenso, el fondo es aliviado del peso de este cuerpo, el cual no es entonces sostenido por cosa alguna, sino impelido por la causa de la pesantez, a la cual nada le estorba de ceder.

20. »Mons. de Leibnits, para apoyar su idea, proponía la siguiente experiencia: atense a las dos extremidades de un hilo dos cuerpos, el uno más pesado, el otro más leve que el agua, pero de tal modo proporcionados respectivamente en el peso, que entrambos juntos floten sobre el agua. Métanse así en un tubo lleno de agua, el cual se ha de suspender de una balanza en perfecto equilibrio con otro peso: córtese luego el hilo, donde están atados los dos cuerpos de desigual peso, lo que obligará al más pesado a caer. Aseguraba Leibnits, que mientras aquel cuerpo caiga, el tubo no estará en equilibrio con el cuerpo pendiente de la otra extremidad de la balanza, antes éste hará subir el tubo, por hallarse éste aliviado del peso del cuerpo, que desciende en él. Ya se deja ver que el tubo debe ser bastantemente largo, a fin de que el cuerpo que cae no llegue al fondo antes que el tubo tenga tiempo de ascender en la balanza. En las precipitaciones químicas los vasos son poco largos o las materias se precipitan muy prontamente y tal vez con demasiada lentitud, porque entonces los corpúsculos que descienden están siempre en equilibrio sensiblemente con el licor que los contiene.

21. »Mr. Ramazzini, famoso profesor de Padua, a quien Mr. Leibnits había propuesto su experiencia, la hizo, y correspondió el efecto prometido por su autor. Del mismo modo correspondió a Mr. de Reamur, a quien la Academia había encomendado hacer el mismo experimento. Y ve aquí un nuevo descubrimiento físico, aunque tiene conexión con un principio muy conocido, muy delicado y exquisito sin duda y que nos da motivo para tener que en las materias, que juzgamos penetrar más se nos esconden muchas cosas.»

22. Parecióme justo poner con toda la extensión necesaria la explicación del fenómeno propuesto, ya porque es del asunto de la paradoja, ya porque lograse el lector una idea tan ingeniosa, tan bella y juntamente tan sólida, ya en fin por ser sumamente oportuna a uno de los designios universales de nuestra obra, que es introducir una prudente desconfianza de los discursos más recibidos en materias de física.

PARADOJA SEXTA

El calor de la sangre no es generalmente necesario para la vida de los animales

§ VI

23. Hay animales, cuya sangre en su estdo natural es fría: luego se verifica la paradoja. El antecedente tiene por fiador, en primer lugar, al padre Carlos Plumier, sabio mínimo y uno de los grandes exploradores de la Naturaleza que hubo en estos últimos tiempos. Este aplicado y docto religioso, que por orden del gran Luis décimocuarto hizo diferentes viajes a la América, a fin de enriquecer con sus observaciones la historia natural de aquellos países, tuvo en uno de ellos la oportunidad de asistir a la pesca de tortugas, que se hacía en una de las islas Antillas. Son las tortugas de aquel mar de exquisita grandeza. Recogieron buena cantidad de ellas vivas en el navío, donde, desde aquella isla, volvió el padre Plumier a la Martinica. Sucedió que siendo más prolijo de lo que se podía esperar el viaje, por ser contra-

rio el temporal, llegó a faltarles el agua. En esta penuria les ocurrió socorrer la sed con la sangre de una tortuga (era la única que había quedado viva), y aquí entra lo que hace a nuestro propósito. La sangre sacada de la tortuga viva se halló al tacto de la mano y a la experiencia del paladar fría en aquel grado de frialdad que tiene el agua de las fuentes comunes de Europa. Esta es la expresión del padre Plumier, sujeto dignísimo de toda fe, siendo notorio en toda la Francia, que en nada fueron inferiores su virtud y religiosidad a su sabiduría. Es en segundo lugar fiador de la paradoja el noble físico Francisco Redi, el cual testifica asimismo en el tratado *De Animalculis vivis, etc.*, haber hallado fría la sangre de las tortugas.

24. A este fundamento experimental añadiremos una prueba teórica. El calor de la sangre proviene, según los físicos, del movimiento fermentativo de sus partículas heterogéneas. Supongo que este movimiento fermentativo es preciso en toda sangre, pero puede haberle sin calor sensible, como se ve en las fermentaciones artificiales, que llaman los químicos frías, y aun en las naturales de los vegetables. Una manzana (pongo por ejemplo) está en continua fermentación desde que nace hasta que se pudre, y la encuentra siempre el tacto fresca, a menos que la caliente el sol o el fuego, pues, ¿por qué en la sangre de algunos animales no podía haber movimiento fermentativo sin calor sensible y aun con frío manifiesto? El ser fría o cálida la fermentación depende precisamente de ser el movimiento fermentativo más o menos lento, y es naturalísimo que para la conservación de la vida de muchos animales se requiera un movimiento fermentativo tan lento, que la sangre parezca al tacto fría. ¿Cuánta diversidad hay en la sangre de unas especies a otras? Aun dentro de la nuestra es notabilísima, como se ha observado mil veces. Las experiencias de la transfusión han mostrado que la sangre más bien condicionada de un hombre sanísimo trasladada a las venas de un enfermizo, en vez de corroborarle, le daña. ¿Por qué esto, sino porque cada temperamento especial pide especial mixtión, configuración y textura de las partículas de la sangre? Es manifiesto que a diferente mixtión, corresponde diferente movimiento fermntativo, de suerte que es más o menos veloz, según la naturaleza y dosis respectiva de las partículas heterogéneas que componen el líquido. Luego en unos animales es más tardo que en otros el movimiento fermentativo de la sangre. Supuesto este principio, que es inconcuso, es verisímil en supremo grado que siendo diferentísima la constitución y temperamento en varias especies de animales, se fermente en algunos la sangre con movimiento tan tardo, que a la experiencia del tacto se halle fría como el agua de las fuentes.

25. Nótese que en esta paradoja y sus pruebas tomamos el calor y frío según la acepción vulgar: esto es, hablamos del calor y frío sensibles. Pues hablando en rigor filosófico, no hay licor alguno, por frío que esté, en quien no haya algunos grados de calor, por lo menos entre tanto que es licor o se conserva fluído. Si faltase todo calor, sin duda se congelaría. Pero en el idioma común se llama frío todo lo que es menos caliente que el órgano de nuestro tacto.

PARADOJA SEPTIMA

La vida de un animal puede absolutamente subsistir faltando el cerebro

§ VII

26. Pruébase lo primero con dos ol servaciones del citado Redi, hechas e dos tortugas. A la una, abriéndole l cabeza, le quitó enteramente el cer bro; cerróse por sí misma la herid y la tortuga vivió y se movió despu por espacio de seis meses. A la ot quitó no sólo el cerebro, mas toda cabeza, y vivió veintitrés días. Pru base lo segundo con otras dos observ

ciones, manifestadas en la Academia Real de las Ciencias. La primera en el año de 1703, de un buey degollado en el matadero, a quien se halló el cerebro casi del todo petrificado, el cual, sin embargo, estaba en el tiempo próximo a su muerte gordo y vigoroso cuanto cabe. La segunda, que es mucho más decisiva, en el año de 1711, de un niño que nació en el término regular y vivió después dos horas, siendo así que le faltaban enteramente así el cerebro como la médula espinal. En Bartolino se lee de otro buey que también tenía petrificado el cerebro, bien que éste estaba muy lánguido y flaco. Y en las *Observaciones* de Vander Wiel, de otro niño nacido sin cerebro, que se movió por veinticuatro horas.

27. De las observaciones que prueban esta paradoja, se infiere otra: o bien que los espíritus animales no tienen por patria ni por parte mandante el cerebro, o que sin dichos espíritus ejercen los animales sus movimientos. ¡Oh qué lejos está aún la filosofía de conocer la naturaleza!

PARADOJA OCTAVA

Los peces respiran y sin aire no pueden vivir

§ VIII

28. Como se pruebe la segunda parte de la paradoja, está probada la primera. Algunos físicos modernos prueban aquella por la necesidad del nitro aéreo para animar y mover la sangre. Dicen que sin la comunicación de este nitro o espíritu nitroso, que está repartido por todo el ambiente que respiramos, o sin su mixtión continuada a la masa sanguinaria, ésta quedaría inerte, coagulada y sin movimiento alguno. Ni el aire que respiramos juzgan que por su propia sustancia tenga conducencia alguna para la conservación de la vida, sí sólo por este espíritu nitroso, que mezclado consigo, nos introduce en las entrañas. Como, pues, los peces (lo mismo de todas las demás especies del reino animal) no puedan vivir sin la fluidez y movimiento circulatorio y fermentativo de la sangre, infieren que todos necesitan del aire, comunicado a la sangre por medio de la respiración.

29. Los supuestos en que se funda este Discurso, conviene a saber, la existencia del nitro aéreo y su necesidad y actividad para licuar y mover la sangre se fundan en muy razonables conjeturas. Mas como en materias físicas desconfiamos de todo raciocinio que no tiene por fiadora suya a la experiencia; y por otra parte muchos filósofos atribuyen a otras y diferentes causas la necesidad de la respiración, sin meternos con el nitro aéreo o prescindiendo de él, como también de las opiniones de los demás filósofos, a la luz de la experiencia descubriremos cómo los peces necesitan de aire para vivir. Esta experiencia se hace en la máquina neumática, donde introducido cualquier pez con el agua necesaria, muere luego que se evacua el aire contenido en la cavidad de la máquina. Donde se advierte, que también se evacua el que estaba contenido y enredado en los poros del agua, como se ve claramente en las ampollitas de agua, llenas de aire, que durante el ejercicio de la evacuación van subiendo a la superficie del agua y allí se rompen.

30. Esta experiencia, que se ha repetido muchas veces, prueba cuanto hemos menester para el asunto; esto es, la existencia del aire en el agua y que los peces necesitan de este aire para vivir.

31. Pero, ¿cómo usan los peces de este aire o cómo le respiran, constando por su anatomía, que carecen de pulmones? algunos físicos que estudiaron con cuidado esta materia han hallado que las agallas hacen en ellos el oficio de pulmones. Sobre todo Mr. Du-Vernei, de la Academia Real de las Ciencias, que anatomizó con exactísima diligencia un pez en orden a este asunto, encontró toda la mecánica de los órganos necesarios proporcionadísima

para el efecto de inspirar el aire contenido en el agua por muchos tenuísimos agujeros repartidos en las agallas, adonde corresponden muchas delicadas ramificaciones de una arteria, que del corazón se encamina a aquellas partes, del mismo modo que en los animales que tienen pulmón, la sangre dividida en muchas sutiles ramificaciones llega a tomar el aire a las vesículas de aquella entraña. Absténgome de proponer más por menudo la descripción hecha por dicho académico por ser prolija. Hállase en las *Memorias de la Academia Real de las Ciencias* del año 1701. Absténgome también de explicar el uso del aire mezclado con la sangre, porque esto está en opiniones. Unos dicen que para refrigerarla, los cuales suponen que sería nimia su efervescencia a faltarle este refrigerio; lo que no es creíble. Otros, que para depurarla de sus heces. Otros, que para engendrar los espíritus. Otros dicen que no la sustancia del aire, sino el espíritu nitroso, como ya insinuamos arriba, es el que se mezcla con la sangre. Otros (lo que acaso coincide en lo mismo) que es una quintaesencia del aire la que se extrae de él y se comunica a la sangre.

32. Opondráseme contra esta paradoja que los peces mueren sacándolos del agua al aire. Respondo que los mata el aire, no por ser aire, sino por ser mucho el que entra por los infinitos agujerillos que tienen en las agallas. Mientras está en el agua, entra precisamente el aire suficiente, que es el que se desprende en partículas minutísimas de las partículas de agua, que llegan a tocar en aquellos agujeros; pero colocados en el ambiente, entra éste en mucho mayor copia, sin embarazo alguno y con entera libertad.

PARADOJA NONA

Los insectos son animales perfectos

§ IX

33. Aunque no convienen todos los filósofos en la significación de la voz *insectos*, y unos le dan una y otros otra, parece se conforman en dar este nombre a todos aquellos animales que carecen de huesos y de sangre.

34. Estos pobres animalejos han sido desgraciados en la opinión común, que los tiene por animales imperfectos. Y no sé por qué; pues lo primero, si se mira metafísicamente la cosa, es imposible que haya animal alguno imperfecto por su especie. Lo cual pruebo así: es imposible que haya alguna especie de animal a quien no se contraiga la razón genérica unívoca de animal: luego es imposible que haya alguna a quien no se contraiga toda la perfección genérica de animal. Esto basta para que todos por su especie sean perfectos animales; luego etc. Los lógicos y metafísicos ya ven toda la fuerza de este argumento y que no hay en él proposición que necesite de prueba o que no tenga la prueba muy fácil. Vamos ahora a razones más físicas y sensibles, que sobre ser más eficaces, se acomodan también a escolásticos y no escolásticos.

35. La pretendida imperfección de los insectos, o se ha de hallar en el cuerpo o en el alma. Digo que ni en uno ni en otro. Y empezando por el alma (no nos oiga Descartes) cito a Aristóteles, que en el libro 9 de la *Historia de los Animales*, capítulo 38 y siguientes, reconoce en muchos insectos industria superior a la de todos los demás animales. Pero, ¿qué es menester para esto la autoridad de Aristóteles? ¿No está a los ojos de todos lo incomparable sagaz actividad de las hormigas y las abejas? ¿En qué especie de brutos de los que llaman perfectos hay aquel orden tan concertado de república como en las dos nombradas? Sobre todo las abejas fueron siempre el asombro de cuantos se aplicaron a contemplar su cabalísimo gobierno. Hoy lo son más, después de las recientes observaciones del sabio francés Mr. Miraldi, que redujo a dulce armonía otro docto francés, el padre Jacobo Vanière de la Compañía de Jesús, en su poema latino intitulado *Apes*.

36. Con cuya ocasión advierto ser 'alsa aquella especie, que vulgarmente :orre, de que habiendo querido un cu-:ioso averiguar toda la política y eco-1omía de las abejas, las introdujo en ına colmena de vidrio, cuya diafani-lad permitiría registrar cuanto pasase lentro; pero lo primero que ellas hi-:ieron fué dar un baño de cera a toda a superficie interior de la colmena, :on que cerraron el paso a la vista del :urioso explorador. Digo que esta es-ecie es falsa, pues el señor Maraldi 10 se valió de otro medio que del ex-resado para informarse por sus ojos le toda la conducta de las abejas, y o logró con felicidad, no habiendo uesto aquella inocente grey algún es-orbo a su examen.

37. Por medio, pues, de la colme-ıa de vidrio, observó prolijamente el eñor Maraldi todo el proceder de las ıbejas; y no sólo halló verificado lo nás maravilloso que Virgilio y Plinio ıabían escrito de ellas, mas aun des-ubrió nuevas maravillas. En efecto, llas son admirables en todas las cua-ro partes conducentes a la felicidad de ına república: gobierno económico, olítico, militar e industria mecánica. Vo es razón detenerme en la relación le las nuevas observaciones del señor Iaraldi, pero tampoco callaré un su-eso gracioso de que él fué testigo. En-róse un caracol en la colmena; toca-on alarma las abejas; acudieron to-las, y a picaduras quitaron la vida l disforme huésped. Advirtieron luego ue el cadáver corrompido había de lenar de hedor y horror toda su habi-ación, pero también vieron que no te-ían fuerzas para conducir fuera de lla tan pesada mole. ¿Qué remedio o rbitrio tomarían? El que podía suge-ir la sagacidad del hombre más inge-ioso. Juntando bastante copia de cera, ıcrustaron con ella toda la circunfe-encia del cascarón (habíase metido n él el caracol al verse acosado de las icaduras), y de este modo prohibieron ue las infestase el hedor del cadáver.)igamos tan peregrino suceso al padre 'anière:

Cum tectis vis nulla foras efferre valeret,
Viribus ingenium subvenit: prodiga cerae
Turba ruit, cocleam incrustat, conditque ca- [*daver*
Hoc veluit tumulo, tetrum ne afflaret odorem.

38. Lo que se ha dicho de hormigas y abejas basta para vindicar el honor de los insectos por la parte del alma, pues asegurados de que hay alguna o algunas especies de insectos de tan sagaz conocimiento o llamémosle instinto, como los más industriosos y sagaces animales que hay entre las especies de los que llaman perfectos, se hace evidente que los insectos, por tales, no son de menos noble alma que los de las otras especies.

39. Por la parte del cuerpo, lo primero que se ofrece a la consideración es que su organización y textura debe ser la más perfecta, porque retiene el alma con lazo más firme, Esto se ve en que todos o los más viven algún tiempo considerable, aun después que los han dividido en varios trozos. Ni puede negarse que esta sea una gran ventaja ni que esta ventaja provenga de la excelencia de la organización.

40. A vista de esto, ¿qué importará que carezcan de sangre, y huesos ni que les falten, como comúnmente se siente, algunas de las entrañas más nobles que hay en los demás animales, cuales son el corazón y los pulmones? ¿Qué importa, digo, si esas partes no les hacen falta alguna y en lugar de ellas tienen otras que las suplen con ventajas? Esas partes en los demás animales son nobilísimas, porque son necesarísimas; en ellos serían vilísimas, porque son superfluas. Generalmente deben ser estimadas por mejores partes en cuerpo animado aquellas que más conducen para la conservación de la vida, y tales son las de los insectos, pues la conservan divididas unas de otras mucho más tiempo que las de los animales que llaman perfectos.

41. Fuera de que los supuestos hechos (a la reserva de los huesos) son en parte falsos, en parte dudosos. Nadie niega a los insectos un humor análogo a la sangre que circula y hace los mis-

mos oficios que la sangre en los demás animales. ¿Y por qué no se podrá llamar sangre ese humor? A poca reflexión que se haga, se ve que ésta viene a ser una pura cuestión de nombre. Toda la diversidad que percibimos entre aquel humor y la sangre, es que aquél es blanco y la sangre roja. ¿Y la diversidad de color es específica o la infiere? De ningún modo. Serían a esa cuenta distintos específicamente los etíopes de los alemanes. Mas es que, según los anatómicos modernos, el color rojo no es propio del licor sanguíneo, sino de unos muy menudos glóbulos que nadan en él y se registran con el microscopio. Separados los glóbulos, resta todo lo que es licor, y éste es blanco.

42. Por lo que mira al pulmón, está averiguado que los insectos, no sólo tienen uno, sino muchos, repartidos por todo el ámbito del cuerpo. Esto es, se ha observado que tienen en varias partes unos agujerillos (al modo que arriba dijimos de los que hay en las agallas de los peces) por donde el aire se introduce y comunica a aquel licor que es sangre o hace en ellos el oficio de sangre. De aquí es que metiéndolos en aceite, luego mueren, porque el aceite cierra aquellos conductos, y quitando la entrada al aire, los priva de la respiración.

43. Del corazón no faltan quienes digan con mucha probabilidad lo mismo que acabamos de decir del pulmón: esto es, que no sólo tienen uno, sino muchos corazones. El señor Nicolás Andri, doctor en Medicina de la Facultad de París, en un tratado excelente que escribió sobre la generación de los gusanos en el cuerpo humano, testifica que con el microscopio se han descubierto en algunas especies de insectos muchos corazones, asimismo como muchos pulmones. En los gusanos de seda, por ejemplo, se halla (digámoslo así) una continuada cadena de corazones desde la cabeza hasta la cola. Y el famoso físico Francisco Redi halló lo mismo en la escolopendra terrestre, en quien contó hasta veinte corazones. Pero el mismo Redi en los limazones y otros insectos no halló más de un corazón. Así unos tienen uno sólo, otros muchos, pero ninguno carece de esta parte príncipe o simple o multiplicada, según el testimonio de los grandes observadores que acabamos de citar.

44. Es verisímil que tengan muchos corazones todas aquellas especies de insectos que viven y se mueven después de destrozados, aunque no en todos se haya hecho la misma observación, pues no puede discurrirse causa más proporcionada para aquella conservación de vida que el que cada parte dividida tenga su corazón y pulmón parciales, los cuales puedan servirles para las funciones vitales por algún tiempo.

45. Pero aun fuera de la división de las partes, muestran la tenacidad con que en fuerza de su buena textura tienen asida la vida, en los experimentos que con ellos se han hecho en la máquina neumática. Roberto Boyle, que hizo muchos con varios insectos y con otros animales que no lo eran, testifica que siempre aquéllos resistían mucho más tiempo que éstos la evacuación del aire y tardaban mucho más en morir, con el notable exceso que hay de dos o tres horas a cinco o seis minutos. Si hubiera notado esta gran vivacida de los insectos el célebre satírico francés Nicolás Boyleau, no los hubier dado, contra toda razón, el despreciable epíteto de medio vivos o medio vivientes.

Ut inscte rempant, qui ne vit qui à demi.

46. Si la naturaleza concedió a l cuerpos de los insectos una constitució ventajosa para la conservación del i dividuo, no anduvo menos generosa c ellos en orden a la conservación de especie. Sólo este género de animal logra la ventaja de que en cada ind viduo se junte la perfección de los d sexos, con ejercicio de uno y otro. Es es lo que han reconocido algunos fil sofos experimentales de estos tiemp como Mr. Duvernei y Mr. Poupart, la Academia Real de las Ciencias,

os limazones, en los gusanos de tierra, n los que se crían en los intestinos de os hombres y en otras especies de inectos. Lo más admirable es que siempre que se juntan dos individuos de a misma especie para el fin de la propagación, resultan dos generaciones, porque la unión es duplicada, usando ada uno al mismo tiempo de los órganos de ambos sexos en correspondenia recíproca a sus correlativos. Esto leponen hombres sabios, que no sólo ueron testigos oculares del hecho, mas on riguroso examen anatómico descurieron en cada individuo los órganos ue distinguen los dos sexos.

47. Opondráseme acaso que los hernafroditas son monstruos; luego por so mismo imperfectos. Respondo lo rimero que el antecedente es muy inierto. Paulo Zaquías (*Quaest. Medic. egal.*, lib. 7, tít. 1, quaest. 7) con tros muchos autores y graves fundanentos, afirma lo contrario. Respondo o segundo, permitiendo que sean monstruos aquellos en quienes el órgano de lguno de los dos sexos es inútil, como e hecho sucede en todos los de la especie humana. Así lo enseña Aristótees (lib. 4 *De Generat. Anim.*, cap. 4) quien siguen comúnmente filósofos y nédicos. Y aun añaden que así en uno omo en otro órgano, son comúnmente nfecundos. Digo que puede permitire que sean monstruos éstos, pues por o menos es imperfección tener un órano superfluo. Pero si ambos órganos fuesen infecundos, ¿cómo podrá egarse que una duplicada fecundidad ería mayor perfección física que la imple? Respondo lo tercero, permiiendo que dicha duplicación de óranos, aun supuesta la fecundidad de ntrambos, sea imperfección en la esecie humana y en otras en quienes es rregular esa duplicación; de lo cual o se sigue que no sea perfección en as especies en quienes es connatural. así como ocho ojos en un hombre seían monstruosidad, pero en la araña on perfección.

48. Añado que no pocos autores niean el supuesto del argumento y atribuyen a una crasa equivocación cuantas historias hay de hermafroditas. Pero no es esta materia para que nos detengamos más en ella.

PARADOJA DECIMA

Las observaciones lunares son inútiles para el uso de la agricultura

§ X

49. Confieso que para probar esta paradoja no tengo otro fundamento que el de la autoridad, pero autoridad en el asunto presente muy respetable. Esta es en primer lugar la de Mr. de la Quintinie, director de los frutales y huertas del Rey Cristianísimo, hombre consumado en la teórica y práctica de esta parte de la agricultura, sobre la cual escribió mucho y con grande acierto.

50. Mr. de la Quintinie, pues, en el segundo tomo de sus *Instrucciones*, en el tratado que intituló *Reflexiones sobre la Agricultura*, capítulo 22, declama con notable valentía contra el error común (así le llama) de observar las lunaciones en los ejercicios que pertenecen a la agricultura. Dice que cuantos lo ejecutan, lo hacen, no por razón o experiencia, sino por tradición; que esta tradición no tiene fundamento alguno; que es una práctica, a quien engendró la simple aprehensión y conserva la vana credulidad. En fin, con segurísima confianza trata de pobres ignorantes e inadvertidos a cuantos o la apadrinan o la siguen, no obstante el que se hace cargo de que está por ella toda la inmensa multitud de profesores de la agricultura.

51. No niego que, hablando generalmente, es poca cosa la autoridad de un hombre solo contra todos los de su profesión. Pero si se considera que este hombre solo fué también el único que examinó la materia con toda reflexión; que por espacio de treinta años continuados de práctica (como asegura el mismo) estuvo haciendo observaciones

sobre ella; que fué el hombre más acreditado en su profesión de cuantos tenía en su tiempo la Europa, y que, en fin, en cualquier profesión que sea, todos, como ovejas, van unos en pos de otros, siguiendo cualquier máxima que hallan establecida, por falsa que sea, hasta que alguno, en quien concurran mucha advertencia y mucho corazón, se resuelve a combatirla, no se dificultará seguir a Mr. de la Quintinie, abandonando a todos los demás.

52. Si a alguno le pareciere que alabo demasiado a Mr. de la Quintinie, porque me hace al caso su autoridad, lea su elogio en el *Diccionario* de Moreri, de la edición del año de 25, v. *Quintinie* (Jean de la). Allí verá que éste fué un hombre incomparable en su facultad, verdadero Colón de la agricultura, por los muchos y provechosísimos descubrimientos que hizo en ella, así como también desterró por perniciosas varias máximas que la práctica común seguía como útiles; que fué singularísimamente estimado de reyes y grandes señores por esta excelencia, que el gran Luis décimocuarto, en consideración suya, o para dar ocupación proporcionada a un hombre de mérito tan extraordinario, creó un oficio nuevo, que fué el de Director General de todos los Frutales y Huertas Reales; que el docto e ingenioso Carlos Perrault le contó entre los hombres ilustres del siglo decimoséptimo; que sus libros gozan la aprobación de todas las naciones, y en fin, sus máximas son seguidas por cuantos hombres hábiles hay en ellas.

53. A la autoridad de Mr. de la Quintinie agreguemos la del Columela de estos tiempos, el padre Jacobo Vanière, que en poema latino, intitulado *Praedium Rusticum*, donde trata digna y doctamente todas las partes de la agricultura, se declara alta y vigorosamente contra la observación de las lunaciones, tratándola como aprehensión ridícula de la ignorante plebe, y generalmente dicta que para cuantos beneficios se hacen a la tierra y a sus producciones, sólo se atienda al sol, despreciando a la luna y a todos los demás astros que hay en el cielo. Así canta en el lib. 9.

Quid iubeat, quid Luna vetet, plebs inscia [rerum
Inspiciat, Lunasque meras, atque arbitra ruris
Astra crepet: tu Sole tuos metire labores.
Si qua fides oculo, plantas Sol adiuvant unus

Añade luego con gracia que todos los astros, a la reserva del sol, aunque gozan un gran dominio sobre las mentes de los hombres (por la vana persuasión de sus imaginarios influjos), nada pueden sobre las más tiernas hierbas del campo.

Et quod in humanas possunt vaga sideri men[tes
In teneras id iuris habent non amplius herbas

54. Aunque el padre Vanière cit[a] a favor de su opinión la experiencia como se ve en aquella expresión *[si] qua fides oculo,* no sé si la hizo p[or] sí propio. Mas, en caso de no haberl[o] hecho, lo que no es dudable es que [se] habría informado de hombres muy sin[ceros], hábiles y prácticos, no siend[o] creíble que un religioso tan discret[o] tan resueltamente condenase una op[i]nión tan universal sin solidísimos fu[n]damentos experimentales. Lo que se n[os] hace muy verisímil, atendiendo a q[ue] Mr. de la Quintinie escribió much[os] años antes que el padre Vanière, y q[ue] los libros de aquél fueron generalmen[te] aplaudidos y comúnmente seguida [su] doctrina por los que los leyeron, es q[ue] cuando el padre Vanière tomó la pl[u]ma, halló ya bien recibida y conf[ir]mada con las observaciones de ot[ros] la opinión de Mr. de la Quintinie.

55. Ultimamente podemos alegar p[or] la misma al señor abad de Vallemor[t]; pues aunque éste en sus dos libros [de] *Curiosidades de la Naturaleza y [d]el Arte sobre la Agricultura y el Jardi[na]je* no se explica positivamente por el[la], claramente manifiesta que la sigue, [en] que jamás da precepto alguno en [or]den a observar las lunas, prueba [evi]dente de que despreció tales obser[va]ciones, pues aquellos preceptos eran [...]

excusables en quien escribió ampliamente sobre la agricultura, si los considerase probablemente útiles. Este autor pudo fundarse parte en su propias advertencias, pues en el prólogo dice que por espacio de diez años estuvo observando el cultivo de las huertas de Versalles, parte en la autoridad de Mr. de la Quintinie, a quien respetaba altamente, pues en el mismo prólogo le llama *el hombre más práctico en su profesión que hubo jamás.*

PARADOJA XI

Es incierto el que ningún agente pueda obrar en paso distante

§ XI

56. Impugnamos aquí aquella máxima recibida como inconcusa en las escuelas: *Nullum agens in distans operatur.* Para lo cual supongo que los mismos que la admiten conceden que el agente puede estar según su entidad distante del paso, como produzca en el medio interpuesto alguna cosa que contenga su virtud o se halla como agente, que hace sus veces, el cual llegue a tocar el paso. Explícase esto en el sol, el cual, aunque distantísimo de nosotros, nos alumbra y calienta mediante el calor y luz que produce en todo el medio interpuesto.

57. Digo, pues, que algún agente puede obrar en el paso distante, sin producir cosa alguna en el medio. Pruébolo: cuando se enciende una gran hoguera, toda la llama de ella, y no sólo la última superficie de la llama, calienta a uno que esté dos o tres pasos distante del fuego. Es claro, pues cuanto es mayor la hoguera, más y a mayor distancia calienta: de que con evidencia se infiere que no sólo las partes que componen la superficie exterior calientan, más también las que constituyen su profundidad. Ahora prosigo así. Las partes que constituyen la profundidad no tocan el paso ni por sí mismas ni por alguna cosa que produzcan en el medio: luego obran en paso rigurosamente distante. Pruebo el antecedente. Las partes profundas de la llama, que distan, por ejemplo, media vara de la superficie de la llama, nada obran ni producen en las partes que componen aquella media vara de llama que hay desde ellas a la superficie: luego nada obran en el medio. Pruebo el antecedente, porque según otro axioma común de la escuela, ningún agente obra en paso perfectamente semejante a él; *sed sic est* que las partes profundas o posteriores de la llama son perfectamente semejantes a las delanteras, luego, etc.

58. Esta prueba puede multiplicarse en todos aquellos agentes que, según su mayor cuerpo o cantidad material, obran más eficazmente, lo que creo se verifica en todos a casi en todos.

59. Verdad es que el argumento propuesto sólo tiene fuerza en el sistema común de causas y causalidades, mas no en el de los filósofos modernos, que no conocen otra acción que la emisión de átomos, corpúsculos o efluvios, pues éstos fácilmente responderán que cuanto más corpulenta sea la llama, mayor copia de efluvios ígneos despide, por consiguiente, calienta más, sin que tenga inconveniente alguno el que los corpúsculos que despiden las partes posteriores de llama pasen por medio de las anteriores, pues ésto puede ser sin acción o producción alguna de aquéllas en éstas. Y acaso tampoco hallarán embarazo en negar el axioma de que ningún agente obre en paso perfectamente semejante, como niegan otros muchos igualmente recibidos en las escuelas.

PARADOJA XII

Es falso que ningún violento permanece o dura mucho

§ XII

60. Es otro axioma constante en la Escuela el que ninguna cosa que está

en estado violento permanece mucho en ese estado violento: *Nullum violentum permanet.* El cual, entendido absolutamente y sin alguna condición o limitación añadida, digo que es falso.

61. La prueba está clara en este aire en que vivimos y que respiramos, el cual está siempre en estado violento por la presión del aire superior, quien con su peso le condensa, comprime y reduce a mucho menor espacio que aquel que naturalmente pide ocupar: del mismo modo que una esponja fuertemente comprimida con la mano está en estado violento, por reducirse a menor espacio; y así, luego que se suelta, vuelve a ocupar aquel mayor espacio que ocupaba antes de comprimirse. Esto es general a todos los cuerpos que tienen elasticidad o *resorte,* que vulgarmente llaman *muelle.*

62. Para inteligencia de esta razón se ha de advertir que el aire es capaz de una grandísima compresión y de una grandísima rarefacción. Este es uno de los puntos más curiosos de la física moderna y que se ha examinado con infinito número de artificiosísimos experimentos. Es tan enorme la distancia entre la mayor compresión y mayor rarefacción del aire que, según los experimentos de Roberto Boyle, el espacio que ocupa el aire en su mayor dilatación excede al que ocupa en su mayor compresión, en la proporción que el número quinientos y veinte mil excede a la unidad. Pero se ha de notar que, haciéndose estos experimentos en el aire que respiramos, según su estado ordinario, la rarefacción es sin comparación mayor que la condensación; de modo que dicho aire se enrarece hasta ocupar trece mil tantos del espacio que ocupa ordinariamente, y se comprime hasta ocupar la cuadragésima parte de ese mismo espacio que ordinariamente ocupa. Y como multiplicando cuarenta por trece mil, resulta el número de quinientos y veinte mil, el exceso de este número, respecto de la unidad, señala la proporción en que excede el espacio del aire en su mayor rarefacción al del mismo aire en su mayor condensación.

63. He dicho que esta distancia entre la mayor compresión y la mayor dilatación del aire es arreglada a los experimentos de Boyle. Pero según los de otros, aún es mayor. Francisco Boyle, en su *Curso Filosófico* dice que algunos sagacísimos filósofos ingleses comprimieron el aire hasta reducirle a la sexagésima parte del espacio que ocupaba antes en la ordinaria compresión de la atmósfera. Y tomando la distancia desde esta compresión a la mayor dilatación hallada por Boyle, resulta que el espacio que ocupa el aire en su mayor dilatación, excede al que ocupa en su mayor compresión, lo que excede el número de setecientos ochenta mil a la unidad. Ni hay que admirar que otros comprimiesen el aire mucho más que Boyle: lo uno, porque éste lo comprimió sólo en virtud del frío, sin el auxilio de alguna máquina: lo otro, porque llegando al grado de condensación en que ocupaba la cuadragésima parte del espacio antecedente, se rompió el vidrio en que hacía el experimento, cediendo a la fuerza elástica del aire comprimido, con que hay lugar a que el aire se comprimiese más, si hubiese más resistencia en el vaso. Véase el autor en el tratado *De Condensatione aeris per solum frigus*

64. No son éstos, a la verdad, los últimos términos de la dilatación y compresión del aire. Nadie duda que puede dilatarse más y comprimirse muchísimo más, como se aplique peso o fuerza correspondiente, capaz de vencer la resistencia de su resorte. Mas para la explicación y prueba de la paradoja propuesta bastan la compresión y dilatación insinuadas y bastarían también, aunque fuesen mucho menores.

65. Digo, pues, que pudiendo este aire en que vivimos dilatarse tanto, es evidente que siempre está en estado violentísimo. La razón es, porque la dilatación que puede adquirir es proporcional a la compresión que actualmente está padeciendo siempre por el pes

de toda la atmósfera o del aire superior que carga sobre él. Esta compresión es, sin duda, violenta al aire, como lo es a todo cuerpo elástico. Así se ve que, al momento que este aire se descarga del peso del aire superior, o cesa la fuerza comprimente de la atmósfera, se dilata tanto como hemos dicho. El experimento que lo prueba en la máquina neumática es facilísimo. Introdúcese en el recipiente de ella una vejiga casi del todo arrugada o con poquísimo aire, y fuertemente atado el cuello, de modo que el aire que tiene no pueda escaparse por él. Ciérrase luego por la parte superior el recipiente y se evacua el aire de éste por la parte inferior en el modo ordinario. Al paso que se va evacuando el aire del recipiente (porque ésta es obra que dura algún tiempo) se va entumeciendo la vejiga, porque el aire que está dentro de ella se va dilatando más y más, a proporción que va cesando la presión que sobre él está haciendo el aire del recipiente. Y, en fin, apurando más la evacuación, se dilata tanto el aire de la vejiga, que la rompe con grande estrépito.

66. En este experimento se ve claro que no interviene causa alguna extrínseca que positivamente enrarezca el aire de la vejiga. El por sí mismo, en fuerza de su elasticidad o resorte se enrarece, extendiéndose a aquél mayor espacio que en virtud de esa misma elasticidad, que le es intrínseca, connaturalmente exige. Lo que la operación de la máquina únicamente hace es quitar el comprimente; esto es, el aire del recipiente, el cual, como antes de empezar la evacuación, está en el mismo grado de compresión que todo el resto del aire sobre quien está el peso de la atmósfera, en fuerza de su violenta elasticidad mantiene en el mismo grado de compresión el aire contenido en la vejiga, con quien está en equilibrio. Luego que empieza a evacuarse aquél, el que queda en el recipiente se va enrareciendo a proporción que la evacuación se aumenta (porque va quedando siempre menos), que es lo mismo que decir que los muelles de las partículas del aire se van descogiendo más y más. Y como todo muelle va perdiendo fuerza a proporción que se va descogiendo o apartando de la retracción, es consiguiente que cuanto el aire del recipiente se va enrareciendo, tanto comprima menos el aire de la vejiga, y éste a proporción vaya adquiriendo por el resorte el espacio mayor que naturalmente le es debido, hasta romper la vejiga.

67. Responderá acaso alguno de los filósofos vulgares que no se extiende aquel aire a mayor espacio, porque le pida naturalmente, antes se extiende a mayor espacio del que pide, para impedir el vacío que resultaría en el recipiente por la extracción del aire que había en él.

68. Pero este gran miedo que antes había al vacío ya hoy no cabe en ningún filósofo constante ni es capaz de sacar a ningún elemento cuerdo de sus casillas, como hemos probado en el tomo II, Discurso XI, por la razón (la cual milita aquí del mismo modo) de que no puede resultar movimiento alguno por el influjo sólo de la causa final y sin intervención de alguna causa eficiente; y ésta, así como no la señalan los filósofos vulgares para que impela al agua u otro licor a ascender en los tubos, sí sólo la final de impedir el vacío, tampoco en el caso presente la pueden señalar; y es claro que no la hay, pues al aire contenido en la vejiga suponemos que no se aplica agente alguno que le enrarezca. Es manifiesto, pues, que su propia fuerza elástica le hace dilatar luego que se le aparta el estorbo del aire externo.

69. Arguyo también especialmente al caso en que estamos de este modo: cuando no se introduce vejiga con aire en la máquina neumática, no por eso deja de extraerse el aire contenido en el recipiente. O entonces se sigue vacío o no. Si lo primero, luego ya hay vacío en le naturaleza. Si lo segundo, luego tampoco se seguirá vacío por la extracción del aire, y aunque el que está en la vejiga no se dilate. Más y

más claro: supongo que se introduce la vejiga con el aire, que basta a llenar las dos partes de su capacidad. Puesta así en el recipiente, a pocas entradas y salidas del émbolo se romperá la vejiga, porque siendo tanto el aire que hay en ella, no ha menester dilatarse mucho para romperla. Después de rota, se continúa la operación de extraer el aire del recipiente por mucho tiempo de modo que se extrae después mucho más aire que el que había en la vejiga. Todo esto es hecho constante y evidente para cualquiera que esté instruído en el manejo de aquella máquina. Ahora arguyo así: o cuando se rompió la vejiga instaba el peligro del vacío o no. Si esto segundo, luego el aire de la vejiga no se dilató y rompió la vejiga por impedir el vacío, o no fué el peligro del vacío quien le obligó a dilatarse, pues aun no había tal peligro. Si lo primero, luego después de las repetidas extracciones del aire que se hacen, posteriores al rompimiento de la vejiga, habrá sin duda vacío en el recipiente, pues ahora hay mucho menos aire en él que cuando se rompió la vejiga. Véase, por omitir más pruebas, el Discurso sobre la *Existencia del vacío*.

70. De lo dicho hasta aquí se infiere con toda certeza que el aire en que vivimos está violentísimamente comprimido, y que este estado violento siempre dura, porque siempre persevera el peso del aire superior que le comprime. Luego hay algún violento, que persevera mucho tiempo, o por mejor decir, persevera siempre. Luego se falsifica el axioma *nullum violentum permanent*.

71. Puede ser que nos diga alguno que el sentido del axioma no es el que le damos, sí sólo que las cosas no permanecen en estado violento, sino entretanto que persevera la acción del agente que los violenta, y removida ésta, al momento vuelven a su estado natural. A que replico lo primero, que esa explicación es forzada y buscada como recurso para evadir la invencible fuerza del argumento, pero la muestra inmediata y natural. Lo segundo, que tomado en ese sentido el axioma, es bien excusado en las escuelas, pues no enseña más que aquello que el más rudo alcanza por su razón natural. El caso es que a todos o los más axiomas de la vulgar filosofía alcanza esta desgracia que, o padecen evidentes objeciones o se escapan de ellas, reduciéndose a verdades de Pedro Grullo.

PARADOJA XIII

Es probable que una bola de oro no llegaría al centro de la tierra, aunque se arrojase por una abertura de bastante capacidad continuada hasta dicho centro

§ XIII

72. Hacemos la propuesta en la bola de oro, porque siendo este metal el cuerpo más pesado de todos, probada en él la paradoja, está probada en todos los demás cuerpos graves; y el peso de la bola sea el que se quisiere, pues si la prueba que daremos es buena respecto de una libra, lo será también respecto de mil quintales.

73. Para probar la paradoja, supongo lo primero que el aire inferior tanto es más denso o pesado, cuanto es mayor el peso del aire superior que le comprime o, lo que es lo mismo: cuanto es más inferior o está más abajo, tanto es más pesado, porque a esa proporción tiene sobre sí mayor cantidad de aire que le oprime y condensa. Esta suposición consta de millares de experimentos. Así se ve constantemente que el mercurio sube más en el barómetro puesto al nivel del mar, que a la mitad de la subida de una montaña, y más a la mitad de la subida, que en la cumbre: cuya causa no es otra que la diferente pesadez del aire en diferentes alturas. Cuanto es más bajo el sitio, es mayor el peso del aire, y por consiguiente, mayor su presión sobre el mercurio, con que le hace ascender más arriba. Esta experiencia

dió luz para medir, por medio del ba-
rómetro la elevación de las montañas
sobre el nivel del mar, aunque estén
nuy distantes de su orilla; porque su-
poniendo (lo que también la experien-
cia ha mostrado) que a cada sesenta
pies de altura de aire, con poca dife-
rencia, baja el mercurio en el baro-
metro una línea (en el idioma de la
geometría práctica se da este nombre
a la centésima cuadragésima cuarta
parte de un pie geométrico), se saca
con evidencia, por las líneas que baja
el mercurio, cuando sube con él a la
cima de cualquier montaña, la eleva-
ción que ésta tiene. Es verdad que
como en una misma altura, por dife-
rentes causas, suele variar el aire de
peso en diferentes tiempos, es menes-
ter que concurran dos observadores, que
convenidos de día y hora, examinen
cada uno su barómetro, el uno puesto
sobre la altura de la montaña y el otro
al nivel del mar o en sitio cuya eleva-
ción sobre el nivel del mar sea cono-
cida. También se advierte que la dis-
minución del peso del aire, así como se
va subiendo, no guarda exactamente la
proporción señalada, sí que en iguales
espacios siempre es algo mayor la dis-
minución de peso hacia la parte supe-
rior: de modo que si en los primeros
sesenta pies de ascenso baja el mercu-
rio una línea, es menester después subir
sesenta y uno para que baje otra línea
y aun a mayor altura se disminuye el
peso en mayor proporción.

74. Supongo lo segundo que la al-
tura de la atmósfera (ajustándonos al
más probable cómputo, que es el de
Felipe de la Hire) sea de diez y siete
a veinte leguas francesas, que entran
veinte en cada grado. Entendemos por
atmósfera todo este orbe de cuerpo lí-
quido y pesado que circunda el globo
terráqueo, y a quien con propiedad
llamamos aire, pues los espacios su-
periores a él sólo están ocupados de
una sustancia purísima liquidísima, a
quien se da el nombre de *éter*, y que
enteramente carece de peso. La altura
de la atmósfera se ha examinado tam-
bién por medio del barómetro, compu-
tando por la proporción en que se va disminuyendo el peso del aire la altura a donde llega este cuerpo líquido pesante. Es verdad que en esta materia es casi imposible hacer observaciones tan exactas, que de su combinación resulte alguna cuenta fija, por lo cual algunos discrepan notablemente en señalar la altura de la atmósfera. Pero esto para nuestro argumento no estorba, pues éste subsistirá aunque a a la atmósfera se le conceda la mayor altura que hasta ahora nadie ha imaginado, como se verá. Pero entretanto, por proceder con más método y claridad, suponemos la altura dicha a diez y siete leguas.

75. Supongo lo tercero que el aire inferior contiguo a la tierra es por lo menos trece o catorce mil veces más denso y pesado que el que ocupa la mayor altura de la atmósfera, inmediato a la sustancia etérea. Esta suposición se infiere necesariamente de los experimentos de Boyle arriba alegados, lo que pruebo así: el aire colocado en la mayor altura de la atmósfera tiene por lo menos el supremo grado de rarefacción que puede adquirir por la operación de la máquina neumática: luego si por la operación de ésta se enrarece el aire inmediato a la tierra trece o catorce mil veces más (añado *a catorce mil veces*, por haber leído que Mr. Papin, otro sutilísimo ingenio inglés, logró enrarecer el aire más que Boyle) de lo que está en su estado ordinario, el aire más alto de la atmósfera tendrá por lo menos otra tanta rarefacción. Pruebo el antecedente: el aire en la máquina neumática se enrarece más o menos a proporción que se remueve de él más o menos la presión de la atmósfera, o del otro aire que le circunda, el cual está comprimido por el peso de la atmósfera; por consiguiente, el supremo grado de rarefacción a que puede llegar, es el que tendrá si se aliviare totalmente de aquella presión, lo que es dudoso se pueda lograr por la operación de la máquina neumática. *Sed sic est* que el aire colocado en la mayor altura de la atmós-

fera no padece presión alguna, pues no tiene otro aire sobre sí, luego, etc.

76. Este argumento me parece demostrativo, por lo cual no puedo menos de extrañar que algunos físicos atribuyan al aire más alto de la atmósfera menor rarefacción que la que hemos señalado. Pero tampoco ésto obstaría a nuestro argumento, el cual subsiste, como se verá, sólo con que se conceda lo que nadie niega: esto es, que el aire vecino de la tierra es por lo menos tres o cuatro mil veces más denso que el aire superior de la atmósfera, y aun subsiste, aunque se rebaje sólo a trescientas veces más denso. Pero tomaremos por ahora, para determinación del sitio donde se detendría la bola de oro, la proporción que hemos aprobado.

77. Supongo lo cuarto, que el peso del aire vecino a la tierra, comparado con el peso del oro, se ha como uno comparado con catorce mil seiscientos: de modo, que si el aire que cabe en la cáscara de un huevo pesa un grano, el oro que ocupe otro tanto espacio, pesará catorce mil seiscientos granos. En esto convienen todos los filósofos experimentales, salva la diferencia que han ofrecidos los mismos experimentos, por haberse hecho en diferentes tiempos y países, en que el aire no estaba igualmente pesado. Pero esta discrepancia tampoco es de momento alguno para nuestro propósito.

78. Hechas estas suposiciones, digo que la bola de oro arrojada por el boquerón profundado hasta el centro de la tierra quedaría suspensa en el aire antes de llegar a la profundidad de treinta leguas o antes de bajar treinta leguas contadas desde la superficie de la tierra. La razón es, porque antes de llegar a esta distancia, ya el aire por donde debía bajar la bola sería más pesado que el oro, y como ningún cuerpo puede bajar o sumergirse en algún líquido, sino en suposición de que éste sea más leve o menos grave que él (como no se sumerge un leño en el agua por no ser ésta menos leve que él) se sigue que necesariamente la bola de oro quedaría suspensa en el aire antes de bajar la distancia dicha.

79. Que el aire contenido en el boquerón, antes de llegar a la profundidad de treinta leguas, sería tan pesado como el oro, se prueba porque el aire (por la primera suposición) tanto es más pesado, cuanto es más profundo o cuanto mayor porción de aire tiene sobre sí. Este aumento de peso en la profundidad del boquerón se ha de regular según la proporción en que se aumenta el peso del aire desde la altura de la atmósfera hasta la superficie de la tierra, haciendo la cuenta de este modo: en la distancia de veinte leguas (que es el grueso o alto de la atmósfera, por la segunda suposición) se hizo el aire trece mil veces más pesado en la superficie de la tierra (por la tercera suposición) de lo que era en la altura mayor de la atmósfera: luego en la distancia de otras veinte leguas, contadas desde la superficie de la tierra hacia abajo, será el aire trece mil veces más pesado que en la superficie de la tierra. Luego allí ya será el aire más pesado que el azogue, pues la proporción de peso, que se ha hallado tiene el aire contiguo a la tierra con el azogue, es de uno a diez mil quinientos, poco más o menos. Bajando dos leguas más, ya será el aire tan pesado como el oro, como es fácil hacer el cómputo, luego a la distancia de veintidós leguas, contadas en el boquerón desde la superficie de la tierra, ya quedaría suspensa en el aire la bola de oro.

80. Este cálculo del aumento de peso del aire coincide con poca diferencia con el que hizo Guillermo Amontons, y se puede ver en las *Memoria[s] de la Academia Real de las Ciencia[s]* del año de 1703, aunque yo he usad[o] de diferente regla para deducirle, po[r] que la de aquel sabio físico, aunqu[e] más exacta, es también más embara[-]zosa y confusa para los que no está[n] ya algo instruídos en estas materias.

81. Pero el mal es, que aunque a[sí] la prueba de Mr. Amontons, como [la] mía, tienen apariencia de demostr[a]ciones físicas, una y otra quedan dent[ro]

de la esfera de argumentos puramente probables, porque sólo es probable que el aire sea capaz de tanta compresión. Es verdad que todos los experimentos que hasta ahora pudieron hacerse muestran que el aire tanto más se comprime y condensa, cuanto es mayor el peso que carga sobre él, y en el argumento se propone con evidencia peso bastante para reducirle a toda aquella condensación. Pero ¿qué sabemos si la constitución física del aire es tal, que tenga un término último de condensación, puesto en la cual, ninguna fuerza pueda condensarle más, y que este término último esté más acá de aquel grado de condensación que infiere el argumento? De esto, a la verdad, no puede haber certeza alguna y por eso hemos propuesto la paradoja sólo como probable. Pero la probabilidad sola tiene un grande uso a nuestro intento, que es abatir la presunción del espíritu humano y hacer desconfiar de las más constantes máximas de la vulgar filosofía. ¿Quién hasta ahora no tuvo por evidentísimo lo contrario de lo que establecemos en esta paradoja? Sin embargo no lo es, sino muy incierto.

PARADOJA XIV

Pequeña causa produce grandes efectos

§ XIV

82. Las dos paradojas pasadas rodaron sobre la rarefacción y condensación del aire. En esta explicaremos la portentosa fuerza de este elemento en su tránsito de la condensación a la rarefacción.

83. Parecerá o que sueño o que me burlo, si digo que el aire es el agente más vigoroso que hay en toda la naturaleza, y que este líquido y fácil elemento, que al más leve impulso no resiste, pues se deja romper de las alas de una mosca, tiene una fuerza tan invencible, que en todo lo sublunar no hay cosa que no ceda a ella. Parecerá que delirio si afirmo que un poco y muy poco de aire es quien destroza millares de hombres en la guerra, quien derriba murallas, quien vuela baluartes, quien trastorna montes. Sin embargo, ello es así, como explicaremos al punto.

84. Aquel maravilloso impulso de la pólvora, que se lleva de calles cuanto encuentra, todo viene de un poco de aire depositado en los intersticios y poros de los granos, el cual soltando prontamente sus muelles, por la repentina rarefacción en que le pone la inflamación de la pólvora, con inmenso ímpetu se dilata a ocupar aquel mayor espacio que le es debido; de aquí es el arrojar con tanta violencia la bala en los cañones y levantar peñascos en las minas.

85. Que todo este ímpetu es del aire, se prueba lo primero por la gran verosimilitud que esto tiene, siendo manifiesto que todo cuerpo elástico que está violentamente comprimido, en cesando la compresión, se despliega con notable furia, tanto mayor, cuanto es mayor la compresión: como consta, pues, de lo dicho en la undécima paradoja, que la compresión del aire vecino a la tierra es grandísima, pues le reduce por lo menos a la terciadécima milésima parte del espacio que pide ocupar, es consiguiente que al descogerse aceleradamente, tenga un ímpetu terrible.

86. Pruébase lo segundo con lo que sucede en las escopetas que llaman *neumáticas* o *de viento,* cuya recámara, en vez de pólvora, se carga únicamente de aire, comprimido lo más que se puede; y éste, al darle soltura por la parte interior donde está la bala, la arroja con tanta violencia como pudiera la regular carga de pólvora. Donde se debe advertir, que la dilatación del aire en la *escopeta neumática* es incomparablemente menor que la que por la pronta inflamación logra el aire contenido en los intersticios de la pólvora.

87. Pruébase lo tercero por lo que muchas veces se ha experimentado en la máquina neumática, donde metiendo bastante cantidad de pólvora, si eva-

cuado el aire se le da fuego de la parte de afuera con vidrio ustorio, aunque se enciende, es sin detonación ni ímpetu; de que se colige que éste en los cañones todo es del aire.

88. Pruébase lo cuarto y mucho más eficazmente, con un experimento decisivo de Mr. Hartosoeker, el cual habiendo llenado de pólvora un globo hueco de coble, a quien evacuó enteramente o casi enteramente de aire, dió fuego a la pólvora, la cual no hizo otra cosa que fundirse en un pedazo de masa, sin hacer esfuerzo alguno contra el globo, por lo cual éste quedó ileso. Es claro que si la pólvora tuviera aire, le hubiera hecho mil pedazos.

89. Es cosa sin duda admirable que el aire tenga tanta fuerza, pero aumenta mucho la maravilla el que para tanta fuerza baste poquísima cantidad de aire. Hércules, usando de todo el vigor de su brazo, no daría tanto impulso a una bala, cuanto le da el aire que puede caber en la cáscara de una avellana, pues no será mayor que ésta la porción de aire incluída en la carga ordinaria de un arcabuz.

90. No ignoro se me dirá que esta fuerza no al aire, sino al fuego se debe atribuir, pues éste es quien, enrareciendo el aire, le pone en movimiento. Pero a esto tengo mucho que reponer: lo primero es que para probar la paradoja en la forma que está propuesta, lo mismo hace al caso poco fuego que poco aire, pues de uno y otro modo corresponde mucho efecto a poca causa. Lo segundo, que siempre se verifica que el aire es por lo menos agente instrumental del fuego (pues sin aire nada hace el fuego, como probamos arriba), y que, como tal, tiene fuerza proporcionada para tan violento impulso. Lo tercero, que aunque la fuerza impulsiva venga originariamente del fuego, la fuerza resistitiva toda es del aire: quiero decir, tienen sus partículas unos muelles invencibles, que no se rompen a ningún choque, por violento que sea. Y esto es acaso lo más maravilloso que hay en la materia.

91. Lo cuarto, porque aun sin intervención del fuego, explica el aire su elasticidad con terribilísima violencia. Vese esto en el aire contenido en el agua que se hiela; el cual, si no tiene salida, rompe los más firmes vasos, de cualquier materia que sean. El padre Cabeo refiere que vió romperse por la congelación del agua, que tenía dentro una gran vasija de mármol que no romperían cien yugadas de bueyes tirando de sus lados con opuesto movimiento. Boyle dice oyó a un artífice que trabajaba en mármoles, que habiendo sido algunos de ellos mojados de la lluvia por incuria de los oficiales, sobreviniendo después una violenta helada, se le habían hecho pedazos. Lo mismo oyó a otro artífice le había sucedido con algunos utensilios de metal de campanas que tenía.

92. Que el aire contenido en el agua con su dilatación hace estos portentosos efectos, es claro, porque el agua, de quien se extrajo el aire en la máquina neumática, no se dilata, antes se encoge, cuando se hiela: luego es manifiesto que en aquel volumen, compuesto de agua y aire, lo que se dilata y enrarece únicamente es el aire, por consiguiente éste es el único agente que hace fuerza contra el cuerpo, donde está contenida el agua helada. Pregunto ahora: ¿qué fuego hay allí que dilate el aire? La escuela común me concederá sin duda que ninguno. Los cartesianos recurrirán a la materia etérea, que en todas partes se halla, y es, según su sistema, alma del Universo y primer móvil de toda la naturaleza. Pero queriendo los cartesianos que la materia sutil lo mueva todo, por otra parte ellos la mueven a ella según su arbitrio y sin guardar alguna constante ley, a fin de acomodarla a los fenómenos. Lo que yo aseguro es, que para buscar en sus principios la causa del que tratamos ahora, hallarán más tropiezos, que en la explicación de las del flujo y reflujo del mar y de los movimientos del imán, y que no dirán cosa alguna que sobre ser una mera voluntariedad, no padezca eficacísimas objeciones.

93. Es sin duda que a mi parecer no hay fenómeno más admirable en toda la naturaleza que éste del rompimiento de los mármoles por el ímpetu elástico del aire contenido dentro del agua que se hiela. Consideremos lo primero, que cuando los mármoles o los metales se mojan sólo una parte muy pequeña de agua se introduce en sus delicadísimos poros. Consideremos lo segundo, que sólo el aire contenido en las minutísimas partículas de agua introducidas en dichos poros, es quien con su ímpetu rompe aquellos durísimos cuerpos; pues el agua y aire que bañan la superfice, no pueden hacer conato entre parte y parte, como no están metidos entre ellas para dividirlas. De aquí se colige que es una pequeñísima porción de aire quien hace todo aquel estrago. ¿No es cosa de asombro, que esa pequeñísima porción de aire, cuyas partículas congregadas apenas llenarían una cuarta parte de la cáscara de la más pequeña avellana, rompa un cuerpo que no desunirían veinte elefantes, tirando diez de cada lado.

94. El asombro del efecto se aumenta con la oscuridad de la causa. ¿Quién impele o descoge los resortes del aire dividido en tan menudas partículas? Misterio es éste sepultado en densísimas tinieblas. Todas las *cualidades* de Aristóteles, todos los *átomos* de Epicuro, toda la *materia etérea* de Descartes, son trastos inútiles para penetrar en esta profundidad. Acabemos ya de desengañarnos de la vanidad de los sistemas, y conozcamos que aquel artífice omnipotentísimo y sapientísimo que formó esta grande máquina, juega en ella con unos instrumentos superiores a toda especulación humana. ¿No es cosa digna de risa, que no pudiendo muchas veces descubrir con qué artificio, con qué instrumentos algún maquinero ingenioso da movimiento a un autómato de invención suya, presumamos penetrar aquella íntima primaria disposición, de la cual resultan los varios innumerables movimientos de todos los entes naturales, máquinas de incomparablemente mayor artificio, como obras de artífice infinitamente más sabio? Pero volvamos al propósito.

95. Aunque la fuerza elástica del aire está bastantemente ponderada con lo dicho, la haremos más sensible (por lo menos para los entendimientos vulgares) con la explicación de dos fenómenos, los más espantosos o que más temor imprimen en los pechos de los mortales: esto es, truenos y terremotos.

96. Esos terribles estampidos, con que se explica la cólera del cielo en los nublados, y esos horrendos vaivenes, a quienes no resiste la pesadez de los montes, no tienen otra causa que la fuerza elástica del aire. La formación del trueno en la nube es perfectamente semejante a la de la pólvora en las armas de fuego. Varias exhalaciones de naturaleza sulfúrea, nitrosa y bituminosa se congregan en diferentes senos de la nube, donde en fuerza de una violenta fermentación se encienden, y encendidas, enrarecen el aire contenido en aquellos espacios, el cual rompiendo con ímpetu contra las partes vecinas del nublado que hacen resistencia a su dilatación, produce aquel formidable estrépito, que se hace oír a algunas leguas de distancia. Este estrépito tanto es mayor cuanto el nublado es más denso, porque éste hace mayor resistencia a la dilatación del aire inflamado, del mismo modo que en la escopeta hace la pólvora mucho mayor ímpetu y estruendo estando bien ajustada la bala y el taco, porque entonces resisten más que cuando están flojos. Así se puede notar que cuanto los nublados son más espesos (lo que se conoce en su mayor opacidad y negrura), tanto los truenos son mayores.

97. Como el aire metido en los senos de la nube hace los truenos, cerrado en las entrañas de la tierra causa los terremotos. La experiencia muestra que hay varias cavernas subterráneas, ya más, ya menos profundas, las cuales, sin duda, están llenas de aire. También se sabe por experiencia, que hay fuegos subterráneos, ya permanentes, ya tran-

sitorios. Permanentes son los que llamamos volcanes: transitorios son los que se encienden por la accidental congregación de algunas materias semejantes a aquellas que congregadas en los nublados causan truenos y rayos. Cualquiera de estos dos fuegos, que se comunique en bastante cantidad al aire contenido en alguna caverna, resultará sin duda terremoto, porque el aire, enrarecido por la inflamación, hace un valentísimo ímpetu contra la tierra o peñas que están sobre él, por extenderse a ocupar mayor lugar. Y es tanta esta fuerza a veces, que no sólo trastorna montes, mas aun (lo que fuera increíble si no se viera) conmueve provincias enteras.

98. Pero ¿qué cantidad de aire bastará para esto? Extraña es la paradoja que voy a proponer. Digo que una braza cúbica de aire muy condensado basta para conmover y aun trastornar un gran risco o arruinar una gran ciudad.

99. Mr. Chevalier (como puede verse en las *Memorias de la Academia Real de las Ciencias*, año 1707) citando al mariscal de Vaubán, el mayor ingeniero de guerra que tuvo la Francia a los últimos del siglo pasado y principios del presente, dice que el aire que inflaman en una mina de ciento cuarenta libras de pólvora, es capaz de sostener un peso de doscientas noventa mil libras, aunque esto se entiende en la suposición de que toda la fuerza elástica del aire se ejercite en orden a dicho peso, lo que en las minas nunca sucede por varias razones que aquí sería muy prolijo referir. Ciento cuarenta libras de pólvora ocupan el espacio de dos pies cúbicos; y suponiendo que el volumen de aire contenido en los intervalos y poros de la pólvora sea igual al volumen de los materiales de la misma pólvora considerados por sí solos, resulta que un pie cúbico de aire inflamado es capaz de sostener el peso dicho.

100. Sobre estas suposiciones entra mi cómputo para el asunto propuesto. Una braza cúbica tiene doscientos diez y seis pies cúbicos. Sale, pues, a cuenta segura que si un pie cúbico de aire inflamado sostiene doscientas noventa mil libras de peso, doscientos dieciséis pies cúbicos de aire inflamado sostienen seiscientos veintiséis mil cuatrocientos quintales de peso.

101. Pasemos adelante: este aire, antes de inflamarse, puede comprimirse mucho; pongo por ejemplo, hasta ocupar la cuadragésima parte del espacio que ocupaba antes, que es reducirse de la extensión de doscientos dieciséis pies cúbicos a la de cinco o poco más. Es constante por razón y por experiencia que el aire (lo mismo sucede en todos los cuerpos elásticos) cuanto más se comprime, mayor ímpetu tiene, y que el ímpetu crece a proporción de la compresión, de modo que el aire, que de cuarenta partes de espacio se reduce a la una, multiplica por cuarenta la fuerza que tenía en la antecedente extensión. A esta cuenta resulta que el aire que ocupando doscientos dieciséis pies cúbicos era capaz de sostener 626.400 quintales de peso, reducido a cinco pies, puede sostener 25.056.000 quintales.

102. Parece que el aire que inflamado puede sostener tan enorme peso, podrá con su agitación conmover todo el terreno donde está plantada una ciudad, de modo que derribe todos sus edificios. Pero el caso es que aún falta mucho más, pues hasta ahora no tenemos más aire que el que condensado ocupa cinco pies cúbicos o la cuadragésima parte de una braza cúbica. Debemos, pues, añadir otras treinta y nueve porciones iguales de aire, que en igual grado de condensación ocupen juntas con la otra, toda la braza cúbica. De este modo se multiplica segunda vez por cuarenta aquella fuerza y resulta, que si cinco pies cúbicos de aire en el grado de condensación expresado podían sostener 25.056.00[illegible] quintales, una braza cúbica de air[illegible] en el mismo grado de condensación po[illegible]drá sostener (1.002.240.000) mil dos m[illegible]llones, doscientos cuarenta mil quint[illegible]les de peso.

103. La condensación del aire e[illegible] los lugares subterráneos puede ven[illegible]

de dos principios: el primero es el intenso frío; el cual, aunque no es en ellos regular, se ha observado en una u otra caverna, por producirse en ella o en sus vecindades gran copia de nitro. El segundo puede ser precipitándose algún gran peñasco sobre la caverna, de modo que deje hueca en la profundidad alguna pequeña parte de ella, en cuyo caso comprimirá violentísimamente el aire que ocupaba toda la extensión de la caverna, reduciéndole a aquel corto espacio que queda hueco. Arriba hemos dicho cómo Boyle, en virtud del frío, solamente redujo el aire a la cuadragésima parte del espacio que ocupaba antes. Luego en las cavernas subterráneas podrá suceder lo mismo; y si a la compresión que hace el frío, se añadiese la que puede provenir del segundo principio que hemos propuesto, sería sin duda la condensación del aire mucho mayor: por consiguiente, menor cantidad de aire que la que hemos insinuado bastaría para hacer igual estrago.

PARADOJA XV

Inserción animal

§ XV

104. Aunque el hombre y demás animales tienen vida vegetativa como las plantas, parece que la vegetación de éstas goza grandes ventajas sobre la de aquéllas. Si a un árbol cortan una rama, fácilmente se repara la pérdida, o a beneficio de la naturaleza sola, que por la parte misma donde se hizo la herida hace nueva producción, o con la ayuda del arte, ingiriendo la rama de otro árbol.

105. Mas esto de reparar un miembro o parte orgánica, que en la plantas por común se desprecia, sería una gran maravilla en los animales. Sólo los cangrejos tienen el privilegio de que, quebrándoseles las piernas, les renacen otras. En todos los demás animales parece no hay a qué apelar, sino a curar la llaga y procurar que a la pérdida de la parte cortada no se siga la ruina del todo.

106. Esta era la persuasión general de todo el mundo, hasta que en el siglo décimoquinto un médico italiano, llamado Taliacoto, publicó un *Método quirúrgico* para reponer nueva nariz a un hombre, que por mutilación hubiese perdido la que tenía. Dícese que este médico no fué verdaderamente inventor del remedio, sino que éste estaba archivado de tiempo inmemorial en una familia llamada Boyani, habitadora de Tropea, lugar de la Calabria, cuyos individuos, de padre en hijo sucesivamente sin interrupción, practicaban la Medicina y se iban transfiriendo unos a otros este raro arcano; el cual, por la revelación de alguno de dicha familia, vino a conocimiento de Taliacoto, que le perfeccionó, practicó y publicó. La operación, tomada sumariamente, es como se sigue: hácese una incisión en aquella parte del brazo que pueda acercarse más al sitio de la nariz, descarnando un pedazo de la piel, el cual quedará no obstante pegado al brazo por las dos extremidades, de suerte que la piel descarnada quede en forma de puente. Hácese la incisión sobre el músculo *bíceps*. Cúrase la llaga y se cicatriza la piel destacada, en que se atiende no sólo a la curacion de ella, mas también a que cicatrizándose, se engruese hasta tomar cuerpo bastante para que con nueva conformación pueda hacer el oficio de nariz. Cicatrizada ya, se rompe o destaca del brazo por una de las dos extremidades, y abriendo llaga o descubriendo la carne en lo alto de la nariz, se pega y cose allí la extremidad de la piel del brazo que se desprendió de él, y bien vendado todo, a fin de que brazo y cara se conserven sin movimiento alguno en la inmediación debida, se espera a que aquella extremidad se consolide, incorpore y una con la carne de lo alto de la nariz o del sitio donde corresponde; lo cual logrado, se desprende la otra extremidad de la piel del brazo y se pega y cose en lo alto

del labio superior: ábrense en aquella parte dos agujeros, y se conforma el todo, de modo que logre figura de nariz. Pasado algún tiempo, se une esta extremidad como la otra y está todo hecho.

107. Son muchos los autores que dan noticia de esta práctica de Taliacoto como real y verdadera, y aun se citan testigos muy clásicos, como Marsilio Ficino, Fabricio Hildano, Ambrosio Pareo y Elisio Calencio, que dicen la vieron ejercer felizmente, ya a Taliacoto, ya a un siciliano llamado Branca, ya a otros que aprendieron el secreto, o del mismo Taliacoto o de alguno de la familia de los Boyanis.

108. Sin embargo de todos estos testimonios, hay fuertes motivos para dificultar el asenso. La operación es muy prolija, porque dura sesenta días: de éstos, los catorce ha de guardar el paciente perfecta inmovilidad, teniendo el brazo y el cuello en postura violentísima, para lo que parece no puede haber valor ni tolerancia en hombre alguno. Los casos de mutilación de nariz son rarísimos. Apenas en una región dilatada sucederán cuatro o seis en medio siglo. De los cuatro o seis infelices que padezcan esa desgracia, será mucho que haya uno que tenga valor para sujetarse a tan terrible y tan prolongado martirio. Y también será mucho, que sujetándose no interrumpa la cura, perdiendo la paciencia, o la molestia horrenda de la cura no le haga perder la vida. Lo raro de la operación hace poco verosímil que se adquiriese bastante pericia en ella. Apenas en cada generación de la familia de los Boyanis habría una ocasión de ejercerla. ¿Y qué desesperado se pondría en las manos de un hombre de quien nadie había hecho experiencia, para una operación, donde era cierto un terrible martirio y muy incierta la cura? Esta dificultad es mucho mayor respecto del primer inventor de ella. ¿Quién se arrojaría a curación tan dolorosa, cuando no había ejemplar alguno de su ejecución, sólo porque a algún cirujano ocurrió aquella idea?

109. Estos reparos, vuelvo a decir, algo dificultan el asenso, mas no le imposibilitan, porque no carecen de solución. Y en cuanto al último, que es el más fuerte, puede decirse que acaso esta práctica tuvo principio en el imperio griego, donde las crueles mutilaciones de narices, orejas y lengua eran frecuentes; y siendo así, es natural que muchos se aplicasen a investigar el remedio y algunos de mayor robustez y corazón se expusiesen a la prueba.

110. No faltan quienes digan que esta inserción se puede hacer con mucha menor molestia, o casi ninguna, usando para suplir la nariz mutilada de la carne de otro hombre. El padre Dechales (lib. 4 *De Magnete*, prop. 4), con el motivo de la discusión de un asunto físico, da por supuesto el suceso de un ciudadano de Bruselas, que reparó la nariz perdida con este medio. Pero esto me parece mucho más difícil de creer, pues sin duda se tentaría este arbitrio sin comparación más cómodo, antes de pasar a la crudelísima curación que hemos explicado; y si saliese bien, no se pasaría a este otro. La circunstancia que añade el padre Dechales de que al hombre curado se le pudrió la nariz ingerida al puntc mismo que murió el otro de cuya carne se había formado, añade una presunción violenta de que el hecho e fabuloso. Si aquella carne estaba y incorporada en otro individuo, a cu yas expensas se nutría, ¿qué dependen cia tenía entonces del antiguo dueño No hay que responder a esto, si no e que se recurra al despreciable asil de las simpatías (1).

(1) En el tomo II de las *Observaciones cu riosas sobre todas las partes de la física*, pág na 204, citando el extracto de un diario it liano compuesto por el abad Nazari, se l que habiendo el verdugo cortado la nariz un delincuente, tuvo la dicha de que miembro cortado cayese en un panecillo c liente abierto por medio: que en este e tado volvió a aplicárselo al sitio propio, siendo cosido, se incorporó perfectamen en él.

NOTA

Habiendo en este discurso y en otros, así de este tomo, como de los antecedentes, hablado muchas veces de la máquina neumática, *con el motivo de proponer varios experimentos hechos en ella, considero ya preciso hacer una descripción de esta máquina, con la explicación de su uso. Sin esta diligencia no lograría la mayor parte de mis lectores alguna exacta inteligencia de las doctrinas físicas que hemos deducido de aquellos experimentos.*

Discurso nono

DESCRIPCION DE LA MAQUINA NEUMATICA Y EXPLICACION DE SU USO

Véase la figura adjunta

1. Consta principalmente la máquina de dos vasos o piezas huecas. La de arriba denotada por *A*, a quien se da el nombre de recipiente, es de vidrio. Hácese comúnmente de capacidad para recibir cincuenta o sesenta libras de agua, y de bastante grueso, para que en su manejo no se quiebre. Déjasele en la parte superior una abertura en redondo, cuyo diámetro es de cuatro dedos atravesados, terminando por allí el recipiente en un género de labio, sobre quien se asienta un anillo de metal *BC*, que le cubre y ciñe, así por la parte interior, como por la exterior, conglutinándose fuertemente el anillo de metal al labio del recipiente, con la composición que para ello pareciere más apta. Al anillo se ajusta la cubierta con que se cierra la abertura del recipiente, la cual también es de metal, y en el centro de la cubierta se abre un agujero del diámetro de medio dedo, a quien se ajusta la llave con tornillo *D*.

2. Comunícase el vaso superior con el inferior por el canal o garganta *E*, la cual asimismo es de metal, y a éste se ajusta la llave con tornillo *F*, que debe llenar todo el hueco de la garganta, de modo que cuando se cierre, impida totalmente el tránsito del aire de un vaso a otro. Esta garganta se une y aglutina fuertemente, así al recipiente, como al vaso inferior, para lo cual se usa de la mixtura de pez, resina y ceniza.

3. El vaso inferior denotado por *G*, a quien llaman *antlia*, es de metal. Ajústase exactamente a su concavidad el émbolo, que es un cilindro de madera, el cual está unido a la barra de hierro dentada *H*, y se sube y baja, ocupando y desocupando la cavidad de la antlia, mediante el manubrio *L*, que revolviendo el piñón *M* sobre los dientes de la barra, ya hacia arriba, ya hacia abajo, hace subir o bajar el émbolo, según conviene. Hacia la parte superior de la antlia hay un agujero, a quien se ajusta exactamente el hierro *N*, de modo que de la parte de afuera se pueda introducir y sacarse para el fin que abajo se dirá. Todo lo demás que se ve en la figura desde el anillo *O* abajo, son estribos para sustentar la máquina.

4. El émbolo o cilindro de madera se viste de cuero, dejando la cara más lisa hacia fuera, la cual se baña de aceite. Esto se hace a fin de que el aceite llene todas las rendijas, por sutiles que sean, que quedan entre el émbolo y la superficie cóncava de la antlia, por que ningún aire pueda entrar por ellas.

5. El uso es como se sigue: éntrase lo primero en el recipiente por la abertura de arriba cualquier cosa con que se quiere hacer algún experimento, como un ave o una sabandija, para ver cuánto vive después de evacuado el aire; o una flor, para ver lo que se conserva, o una candela encendida, para ver lo que dura, o el barómetro, para ver cuánto y por qué grados baja el mercurio, etc. Ciérrase luego el recipiente, no sólo por la parte de arriba, más también por la inferior, introduciendo el tornillo *F*, que quite la comunicación del recipiente con la an-

tlia. Abrese el agujero de ésta sacando el hierro *N*, y se empieza la obra de la evacuación, subiendo con el manubrio el émbolo a ocupar toda la cavidad de la antlia, con lo cual expele por el agujero *N* todo el aire que había en ella. Hecho esto, se cierra el agujero *N*, y aflojando el tornillo *F* se baja el émbolo, desocupando la concavidad de la antlia. Ya se echa de ver que aflojando el tornillo *F*, se abre la comunicación entre el recipiente y la antlia, de lo cual resulta necesariamente que parte del aire que había en el recipiente, baja a la antlia, al paso que se va bajando el émbolo. Este descenso del aire no depende de su solicitud, por impedir el vacío que quedaría en la antlia después de bajado el émbolo (como imaginará un filósofo vulgar); sino de que estando sumamente compreso, como lo está todo el aire de acá abajo, y pidiendo por su elasticidad ocupar incomparablemente mayor espacio del que ocupa, como ya tenemos explicado arriba, se extiende hacia la cavidad de la antlia, donde no halla resistencia alguna, porque el aire que había, se expelió de ella y el émbolo se retira. Ya que se bajó el émbolo hasta el orificio interior de la antlia, vuelve a cerrarse la comunicación entre ella y el recipiente con el tornillo *F*: ábrese el agujero *N*, y de nuevo se sube el émbolo para expeler el aire que bajó del recipiente a la antlia. Ciérrase inmediatamente el agujero *N*, aflójase el tornillo *F*, bájase el émbolo, y baja nueva porción de aire del recipiente a la antlia. Esta misma operación se repite muchas veces, hasta que el recipiente se evacua enteramente, o casi enteramente de aire, lo cual sucede cuando llega a experimentarse una gran dificultad en bajar el émbolo, y es menester aplicar grandísima fuerza para extraerle, porque entonces el aire externo obra contra él con toda su fuerza elástica, sin que en la cavidad de la máquina haya aire, que resista aquella fuerza, porque si queda alguno, es poquísimo, y ése extremamente enrarecido, con lo que perdió su elasticidad. Si después de evacuado el aire se quiere mantener la máquina en aquel estado por algún tiempo, se cierran toda las junturas por donde pudiese entra alguna porción de aire con cera u otr alguna pasta glutinosa; lo que respect de la cubierta del recipiente debe esta hecho antes de empezar le evacuación

6. Esta es la decantada máquin neumática, que inventó el alemán Otó Guerico y perfeccionó el inglés Robe to Boyle, obra sin duda admirable de suma utilidad para los progresos d la física, pues en ella se ven todas l cosas como trasladadas a otro mund diferentísimo del nuestro, y median ella se ha conocido que este tenuísin elemento, casi imperceptible a tod nuestros sentidos, que llamamos air y de quien apenas hacían caso los lósofos, viene a ser como un agente u versal, con cuya falta muda de ca toda la naturaleza.

LIBROS POLITICOS

Discurso décimo

§ I

1. Apenas se oye alguna vez hablar de los antiguos en aquel temperamento que prescribe el buen juicio. Ya se les tributa una veneración desmesurada, ya se les aja con un desprecio injusto: esto es, según las materias de que se trata. Si se habla de puntos de ciencia o doctrina, se nos proponen los antiguos profesores como unos maestrazos de comprensión muy superior a todos los modernos, y apenas se quiere conceder que éstos vean algo que aquéllos no hayan antes descubierto. Mas cuando se trata de industria y sagacidad política, toda la ventaja se da a estos postrimeros tiempos, en tanto grado, que los hombres de los siglos anteriores se consideran como unos semibrutos, en quienes sólo obraba una ferocidad ciega, una fuerza desnuda de razón y una osadía desamparada de la maña.

2. Yo creo que este cotejo de los antiguos con los modernos se debe invertir y colocarse en opinión diametral las cosas. Digo que los modernos se deben considerar superiores a los antiguos en la ciencia, pero no en la industria política. La razón es porque la ciencia se comunica por los libros, y hallando, como hallamos, exprimido en ellos todo lo que alcanzaron los antiguos profesores, podemos enriquecer el espíritu con los hallazgos, no solo de uno, sino de muchos sabios. Así un moderno de ingenio y aplicación igual a la de los antiguos, puede contemplarse como un río que se engruesa con el caudal de aquellas fuentes y que sobre eso tiene en su discurso un manantial propio, con que puede añadir algo.

3. No así de la industria política. De ésta apenas tiene hombre alguno más caudal que aquel que le reditúa su propio fondo. Hállanse a la verdad libros llenos de documentos políticos, y las historias proponen numerosos ejemplares, que aun son más instructivos que los documentos, porque representan más sensible la aplicación a la práctica, según las circunstancias ocurrentes. Mas mirándolo con sutil reflexión, esta instrucción es sólo aparente, que hace alguna figura en la teórica y es inútil para la práctica.

4. La razón es, porque cuando quieren ponerse aquellos preceptos en ejecución, nunca concurre en el hecho el mismo complejo de circunstancias que se halla en el libro. ¿Nunca? ¿No cabe en la posibilidad que uno u otro raro acaso traiga las mismas? No por cierto. Siempre, de absoluta necesidad, ha de faltar una, que es la de la persona que obra. Esta circunstancia, en quien nadie hace reparo, es de sumo peso. La misma máquina política, que es utilísima manejada por un sujeto, es inútil y aun nociva puesta en las manos de otro.

5. El modo suele importar tanto, a veces más que la sustancia de las acciones, y éste es inimitable. Cada hombre tiene el suyo especial y característico, que le distingue de los otros; y aun en el mismo individuo varía, según la distinta temperie de su cuerpo o diversa disposición de su espíritu. Una sentencia libre dicha con valor y gracia, suele excitar la admiración, el respe-

to o el aplauso de aquel mismo a quien en alguna manera hiere; y la propia, pronunciada con miedo, con desaire o con un ingrato ceño, mueve a desprecio o a ira.

6. Trató claramente de ladrón a Alejandro un pirata que había caído en sus manos, sin que aquel príncipe se conmoviese; antes parece quedó prendado de la libertad. No llegó a tan grave injuria la insolencia de Clito, y Alejandro le atravesó con una lanza. ¿De qué dependió esta extrema diversidad? De que el pirata habló con una constancia heroica y serena; Clito con una impaciencia grosera y rústica. Esto nunca lo da el estudio, porque es producción privativa del genio.

7. Suele decirse que la adulación es uno de los medios más seguros para hacer fortuna. Con todo, ¡cuántos millares de aduladores vemos despreciados y desatendidos! Consiste en que pocos dan a la adulación aquel punto en que tiene fuerza de mérito. Ni les aprovecha a los desdichados estudiar por ápices los movimientos, las palabras, el aire, el gesto de los dichosos. Esto depende de una genial virtud, que nunca contrahace bien la imitación. ¡Cuántos se hacen ridículos imitando aquello mismo que a otros hace venerados!

8. Cualquier negociación política es como una máquina compuesta de muchos muelles, de los cuales uno solo que esté o más rígido o más flojo de lo que debe, toda la máquina es inútil; o como una operación química de larga duración, cuyo logro depende de diferentes grados de fuego, dados en diferentes tiempos con exquisita puntualidad y precisión. Por más que los libros enseñen o al químico o al maquinario, el pulso de éstos es el todo para que se logre o no su intento. Aun en estas obras materiales, por delicadas que sean, aunque la última exactitud ha de quedar al tino del artífice, pueden acercarle a ella los preceptos. En las políticas no hay regla ni hay compaís que determine la intensión, la remisión, la aceleración, la lentitud y otros mil modos o accidentes de las operaciones.

§ II

9. Hácese más visible la imposibilidad de imitar los ejemplares políticos, si se consideran, demás de la persona que obra, las personas con quienes se obra. ¿Qué importa que tal embajador haya negociado muy bien en tal corte con tales medios? De nada le servirá a otro embajador tener este ejemplar presente, porque (aun prescindiendo de otras infinitas circunstancias cuya perfecta colección es caso metafísico que se repita) ya no negocia con los mismos ministros, y cada genio di
ferente tiene diferente puerta por don
de se ha de entrar a su espíritu.

10. Diráseme que ya previenen es
mismo los libros de política y acomo
dan con discreta variedad los precep
tos, según la variedad de los genios co
quienes se ha de tratar. Nada import
eso: créeme que todo es hablar
aire, porque sobre que el examen d
esos genios no le ha de hacer el auto
del libro, sino el mismo negociant
la diferencia de genios es totalmente in
comprensible al ingenio humano. Cad
hombre le tiene distinto, ni más ni m
nos que el rostro, de todos los demá
Los caracteres con que los diversifica
ya los libros de ética, ya los de polít
ca, son generalísimos; por tanto i
útiles para buscarles su proporción e
pecífica en nuestras operaciones. Dic
que uno es iracundo, otro pacífic
uno ambicioso, otro moderado; u
avaro, otro liberal; uno animoso, ot
tímido, etc. ¿Piensas que esas son
últimas diferencias de los genios?
son sino unos géneros, de los cua
cada uno contiene debajo de sí inn
merables diferencias. ¿No has visto
hombre, que es animoso para bati
con su enemigo en el campo y tími
para defender su dictamen en un
rrillo? Otro, que es paciente para
frir un dolor agudo de cabeza e imp
ciente para oír una injuria? ¿Qué
esto, sino que hay diferentes espec

le valor y de paciencia, a quienes no e ha puesto nombre? Y sería imposiıle ponérselo a todas, porque son inıumerables.

11. Sucede en esto lo que en los coores. Si te preguntan cuántas especies le colores hay, señalarás diez o doce: l verde, el encarnado, el blanco, el .zul, etc. ¿Piensas que esas son espeies últimas? No sino subalternas, como as llaman los lógicos, o géneros, de os cuales cada uno tiene innumerables species. Para tu convicción examina as hojas de cien plantas de diferentes species. Todas las hallarás verdes, y n ninguna hallarás un verde perfectanente semejante al de otra planta alguna. A cada diferente especie de plana corresponde diferente textura de las artículas insensibles de sus hojas, y a liferente textura de las partículas inensibles diferente reflexión de la luz, n que (según la opinión más probaıle) consiste la diversidad de los coloes.

12. Del mismo modo, no hay hombre que no tenga su temperamento paricular distinto de el de todos los denás; y a distinto temperamento no hay luda que corresponde genio distinto.

§ III

13. Ni te parezca que estas menudas liferencias son de poca o ninguna imortancia en el uso político. De ellas lepende muchas veces el todo. Severo nos pintan las historias a Felipe segundo. Severo nos representan también l gran Tamorlán, y aun feroz y cruelísimo, pero esto segundo es falso o ncierto. ¿Quién podrá comprender la diferencia que había entre la severidad de uno y otro? Acaso sería imperceptible. Con todo era bastante para producir en algunas ocasiones efectos diametralmente opuestos. Un bufón, de quien gustaba mucho Felipe segundo, le dijo en una ocasión a ese príncipe una chanza que le pareció poco decorosa a su soberanía, y fué castigado con pena de destierro. Un poeta gracioso, con quien se divertía el Tamorlán, le dijo otra que significaba poco aprecio de su persona y recibió de él un gran regalo.

14. Si me dijeres que esto pudo depender, no de la diversidad sustancial, digámoslo así, de los genios, sino del humor accidental, que a la sazón reinaba en uno y otro príncipe, siendo cierto que un mismo sujeto tiene momentos, ya favorables, ya adversos, según que varias causas internas y externas colocan en diversa positura su espíritu, volteándole, ya hacia el enojo, ya hacia la complacencia, repongo, que para mi intento tanto vale lo uno como lo otro. Esa misma disposición accidental del espíritu es por lo común impenetrable, y sólo se conoce por experiencia en el mal suceso, cuando ya está hecho el daño. Los nublados del alma tal vez se ven en el ceño del rostro, pero los más están ocultos, hasta que los hace conocer el rayo de la ira.

15. De modo que esto, mirado bien, es añadir dificultad sobre dificultad. Debe un pretendiente examinar el genio del príncipe o del magnate; y cuando a fuerza de gran industria y fatiga llegue a conocerle con la exactitud posible, le resta averiguar los momentos en que son benignos o adversos los influjos de aquel astro, lo que no hallará en algún almanaque político.

16. De todo lo dicho se infiere que las instrucciones escritas son de ningún provecho. Hacen políticos de corrillo, no de gabinete. Sirven para hablar, no para obrar. Ya porque es caso metafísico que la positura de los negocios sea adecuadamente la misma en el hecho que en el libro. Ya por la diversidad, tanto sustancial como accidental, de los genios con quienes se trata. Ya por la diversidad del mismo agente que obra. Esta circunstancia última, que es la menos observada, basta por sí sola, por lo que hemos dicho arriba para producir efectos totalmente contrarios a los que prometen los documentos.

§ IV

17. Si la instrucción de buenos maestros fuese capaz de formar sujetos políticos, hubiera sido uno de los mayores del mundo Ricardo Cromuel, hijo de Oliverio, aquel que después de la trágica muerte de Carlos primero, rey de Inglaterra, en la cual fué principalísimo reo, se erigió en tirano de aquel reino, con título de protector. Fué sin duda el padre uno de los más hábiles políticos que jamás vieron los siglos. Su industria y su valor le hicieron subir de una fortuna muy mediana a los más altos grados de la milicia y de la magistratura. Su maña y su osadía lograron aquel atentado sin ejemplo de ajusticiar con proceso y formalidad legal a su propio rey. Muerto el rey, borró la Cámara Alta, dejando toda la autoridad del Parlamento en los Comunes. Después, aun a éstos despojó de toda su autoridad, arrojando ignominiosamente los miembros de la sala donde estaban congregados; y para mayor testificación de la suprema libertad con que obraba y de que aquél no era un despojo transitorio, hizo poner al edificio por la parte de afuera un rótulo, en que convidaba a cualquier particular con la habitación, pues decía *casa de alquiler*. En fin, gobernó el reino hasta el último suspiro con igual o mayor independencia que cuantos reyes le precedieron o subsiguieron, logrando juntamente que un Parlamento, congregado por él para este efecto, declarase la cualidad de protector hereditaria en su familia. Todo esto ejecutado en una nación tan feroz y tan celosa de su libertad como la inglesa, es prueba clara de una suprema habilidad política. En efecto, yo me hallo muy inclinado a creer que, pesadas todas las circunstancias, ningún hombre hasta ahora hizo tanto o dió tantas y tan grandes muestras de habilidad política, como Oliverio Cromuel.

18. En la escuela de este grande hombre fué doctrinado por espacio de muchos años su hijo Ricardo, y no con una enseñanza puramente teórica o verbal, mas también práctica y ejecutiva. Veía todas sus operaciones y movimientos, todos los varios resortes que hacía jugar según la varia positura de los negocios, sin que le ocultase la meditada proporción de los medios con los fines. ¿Y de qué sirvió todo esto al discípulo? De nada, pues, bien lejos de adquirir algo más, aun no supo conservar aquello que le dejó bien entablado el maestro. Antes de pasar un año después de la muerte de éste, le despojaron de la cualidad de protector, no obstante haberle quedado asegurada, al parecer, la posesión en virtud del acto de Parlamento, que la había declarado hereditaria en la familia y redujeron a vivir retirado en una quinta. Dentro del mismo reino, tratando con los mismos genios, durante la misma positura de negocios, mirando a los mismos fines, fueron infructuosas en él todas las lecciones teóricas y prácticas de su padre, de quien es de creer que no le reservaría algún arcano político de cuantos hubiese descubierto su gran penetración. Si una escuela política de tales circunstancias de nada sirvió a quien la frecuentó tantos años, ¿cómo puede esperarse que a la simple lectura de los libros se deba jamás un manejo acertado de los negocios?

19. Ni se piense que Ricardo fué un hombre estúpido, o totalmente incapaz de enseñanza. Nadie le pinta tal. Ni si lo fuese, es creíble que los ingleses le hubiesen dejado la sucesión de su padre en el cargo de protector aun aquel poco tiempo. La verdad es que fué muy inferior a su padre en lo[s] talentos, y ninguna instrucción supl[e] este defecto en la política. Oliverio no sólo fué hombre de grande ingenio sino de ingenio apto para todo. Igual[-]mente sabía mandar un ejército, qu[e] manejar una república. Sobre esto er[a] animado de un corazón extremament[e] bravo. No tuvo soldado más brioso t[o]do su siglo. Hallándose sitiada la vill[a] de Hull por el rel Carlos y con poc[a] defensa, Oliverio, seguido solamente d[e] doce caballeros, se arrojó dentro de l[a] plaza, rompiendo por medio del ejé[rcito]

ito real, y por medio de un continuado granizo de balas que le dispararon; y el salvamento de la plaza se debió a los muchos prodigios de valor que Oliverio hizo en su defensa. En una batalla ganó por su propia mano dos banderas de caballería y una de infantería. En otra, en que el ejército del Parlamento fué enteramente roto y su general el conde de Manchester con todas las tropas puesto en fuga, Oliverio, sin tomar siquiera tiempo para vendar una peligrosa herida, que acababa de recibir en el combate, corrió volando a detener el conde y tropas fugitivas, con quienes pudo tanto su elocuencia, y ardimiento, que los hizo repetir el choque y deshicieron totalmente el ejército del rey. Estas y otras acciones de extraordinario valor, acompañadas de muchas victorias debidas a su intrépido coraje y a su sabia conducta, le conciliaron el respeto y cariño de la nación inglesa, naturalmente enamorada de la bravura e idólatra de la gloria militar.

20. A estas grandes partidas juntó Oliverio la de hipócrita, siempre poderosísima con el pueblo. Al mismo tiempo que estaba bañando de sangre toda la Gran Bretaña para despojar a su rey legítimo y usurparle el mando, se oía frecuentísimamente el nombre de Dios en su boca, a quien procuraba representar como especial director de su conducta y a sí mismo como un instrumento que obedecía fiel y constantemente la voluntad divina, en orden al bien público del reino. Para esforzar más esta ilusión, comunicaba a veces a una embustera protestante, cualificada de beata y reputada de tener inspiraciones divinas, como que éste era un órgano por quien se correspondía con el cielo.

21. Estas buenas y malas cualidades se juntaron en Oliverio Cromuel, concurriendo todas a hacerle capaz de quitar corona y vida a un gran rey, y trastornar una gran república. ¿Qué importa que Ricardo su hijo oyese sus lecciones y viese sus ejemplos, si no heredó sus cualidades?

22. Ya veo que no faltarán quienes quieran responder por él lo que por sí respondió Dionisio el Junior. Preguntóle uno, cómo su padre, siendo particular, había adquirido el principado de Sicilia, y él, hecho por su padre príncipe de Sicilia, se había visto reducido a particular. A que satisfizo Dionisio diciendo: *Es que mi padre me dejó en herencia su corona, mas no su fortuna.* Pero es cierto que la caída de Ricardo dependió de falta de conducta, y muy probable que de lo mismo se originó la desgracia de Dionisio. No hay hombre indiscreto alguno, que no impute a la fortuna los daños que le causó su imprudencia. Dionisio el Junior fué mucho más cruel que su padre, y no le igualó, ni con mucho, en la cualidad de guerrero. Así los siracusanos hallaron en él sevicia que los irritase, y no fuerza que los contuviese. Entre los dos Cromueles fué mucho más visible la desigualdad. El padre tuvo una gran cabeza y un gran corazón; el hijo, ni corazón ni cabeza. Por falta de aquél dejó de apoderarse del caudillo de la facción contraria al empezar el motín; y por falta de ésta se fió demasiadamente, fundado únicamente en el parentesco de un tío y un cuñado suyo, que estaban anteriormente muy enajenados de él, y al fin fueron los que le desposeyeron.

§ V

23. No hay, como dije ya, instrucción alguna capaz de suplir o corregir estos defectos. La enseñanza no da valor a quien no le tiene. El conocer de qué sujeto se puede hacer confianza en tales o tales ocasiones, es efecto preciso de una perspicacia y sagacidad nativa, acompañada de una solicitud vigilante. Ni aquélla ni ésta se aprenden jamás. El que por temperamento es perezoso, nunca se hace activo, porque el temperamento es inemendable. Sucederále, cuando más, lo que a un caballo pesado, que si le dan dos espolazos, aviva por breve espacio el mo-

vimiento, pero luego vuelve a su ordinaria lentitud.

24. Aún es más irremediable la pesadez intelectual. Espolead, si podéis, a un entendimiento tardo, para que discurra con alguna agilidad. No dará paso que no sea un tropiezo; y el que acaso dejado a su natural pesadez acertaría con algo, todo es desaciertos y trompicones si le apuran. Cargadle a éste de lecciones políticas; le haréis con la carga más pesado. Entre tanto que revuelve en la memoria preceptos y ejemplares, y los va examinando uno por uno, para averiguar cuál es el adaptable a la materia y circunstancias ocurrentes, se pasa la ocasión de obrar en el negocio, o de dar su voto en el gabinete.

25. Pero doy que la materia conceda muchas treguas. No hallará en todos los expedientes estudiadós uno que cuadre al caso y circunstancias que ocurren, porque es caso metafísico repetirse en toda su extensión el mismo complejo de accidentes. Si se me pone que el sujeto sea de bastante habilidad para modificar con algunas alteraciones las doctrinas recibidas, de modo que vengan al caso presente, digo que la misma le bastará para buscar sin ese subsidio y sin tanta fatiga el expediente necesario. En que se debe notar mucho que aquel que discurre el mismo que ha de manejar el negocio, aunque inferior mirado en general, siempre es mejor en particular que el que fué parto de otro entendimiento. No hay hombre alguno que no ejecute con más destreza las ideas propias, que las ajenas. Estas son como unas plantas que fructifican poco o nada arrancadas del suelo donde nacieron. Cada uno comprehende la fuerza, el uso, la oportunidad de la máxima que salió de los senos de su espíritu; y por la consonancia que hay entre las facultades discursiva y operativa del mismo sujeto, se acomoda bien el brazo a la ejecución del medio que inventó su discurso.

26. Aun prescindiendo de esta consideración, es cierto que todos los hombres tienen distinto modo de obrar, y el modo de las operaciones es de suma importancia para la consecución de los fines. ¿Qué me importará a mí haber leído el arbitrio con que el otro salió de un ahogo, si en la ejecución me falta aquella destreza, aquella agilidad, aquel aire con que el otro dió espíritu y eficacia al arbitrio? El valor sólo que me falte, lo erraré todo, siendo constante que una mano trémula no tira rasgó que no sea un desacierto.

§ VI

27. Añádase que la utilidad de muchas máximas que se leen en las historias, nació únicamente del descuido, pereza, ignorancia o inadvertencia de los sujetos con quienes se trataba. Si no supongo en el negocio que me ocurre alguno de aquellos defectos por la parte opuesta, la imitación de aquellas máximas, no sólo será inconducente, pero podrá serme nociva. El mismo movimiento del brazo, que en la esgrima mata a un enemigo descuidado, le abre puerta a otro, que es advertido, para triunfar del que con aquel movimiento iba a herirle.

§ VII

28. Finalmente, la experiencia decide en esta materia como en otras. En todos tiempos hubo insignes políticos sin libros y cortísimos políticos con el uso de ellos. Es cierto que en Tácito se hallan bien representados los errores por los cuales algunos príncipes perdieron la corona, y los artificios con que otros la adquirieron o conservaron. Carlos primero de Inglaterra era muy dado a la lectura de Tácito, a quien respetaba como oráculo manual de su gobierno. Sin embargo, ni acertó a evitar los errores de los unos ni a imitar los artificios de los otros. Con toda la gran guía de Tácito, apenas dió paso alguno que no le condujese al precipicio; y siguiendo los rumbos, bien o

mal entendidos, de aquel político, bajó del solio al cadalso.

29. A Carlos el primero de Inglaterra puede contraponerse Carlos el primero de España y quinto de Alemania, el cual, sin el socorro de la lectura, dejado a la fuerza ventajosa de su genio, fué uno de los más profundos políticos de su siglo.

30. Los romanos conquistaron el mundo sin libros, y lo perdieron después que los tuvieron. En tiempo de Augusto se abrieron en Roma las primeras escuelas de política: quiero decir, empezaron a leerse las historias griegas, donde están representadas las industrias y ardides que innumerables sujetos de aquella sagacísima nacion practicaron en el manejo de las cosas. ¿De qué sirvió toda esta instrucción a los romanos? De lo que antes había servido a los mismos griegos. Los griegos, teniendo presente en las historias la conducta de sus mayores políticos, hubieron de rendirse a la habilidad de los romanos, desnudos aún de aquellas instrucciones; y los romanos, después que admitieron aquel cultivo, fueron perdiendo poco a poco todo lo que sin él habían ganado.

31. Livio y Salustio, historiadores romanos, en nada fueron inferiores a los mejores griegos. Ambos escribieron en la edad de Augusto. Ya tenemos a los romanos con maestros domésticos, por si acaso no habían entendido bien a los extraños o por si sus máximas no eran adaptables a otra república diferente. Añadióse para su enseñanza el grande ejemplo de Augusto, que no por la lectura, sino por la excelencia de su genio, fué sin duda un eminentísimo político. Todo fué inútil y acaso nocivo. Roma, que se había ido prosperando continuadamente entre tanto que no tuvo esas lecciones, se fué destruyendo después que las escuchó. O, digámoslo de otro modo, fueron grandes políticos los romanos, cuando acaso no pensaban serlo, y dejaron de serlo, cuando, estudiando máximas ajenas, juzgaban adelantar mucho en la política.

32. Mas ¿para qué es repetir ejemplares? Cuantos fundaron las monarquías y las repúblicas fueron dotados de una suprema habilidad política. ¿Cómo sin eso atraerían a la multitud libre y feroz a recibir el yugo o de un príncipe solo o de muchos magistrados? ¿Qué libros estudiaron, cuando apenas los había? ¿Qué ejemplares atendieron, si ellos fueron los primeros en aquel género de manejo? Los que sucedieron a éstos los tuvieron por ejemplares a ellos. Con todo, los más no pudieron pasar de conservar la dominación heredada; pocos la adelantaron y algunos la perdieron. Por lo que a unos y a otros se puede aplicar respectivamente lo que César dijo al Senado Romano en la oración por Catilina. *Profecto virtus, atque sapientia maior in illis fuit, qui ex parvis opibus magnum imperium fecere, quam in nobis, qui ea bene parta vix retinemus.* (Apud Sallustium.)

§ VIII

33. Lo que hemos dicho en este discurso es adaptable, tanto a la política alta, como a la baja, según la distinción hecha en el discurso IV del primer tomo. Una y otra salen del fondo del alma. La primera pide una índole noble, un entendimiento claro, una virtud firme. La segunda, astucia, disimulación, hipocresía. La actividad y el valor son partidas precisas en una y otra. El que poseyendo estas cualidades, tuviere ocasiones de obrar y se aplicare a la práctica, será buen político sin abrir libro alguno.

34. No negaré, no obstante, que los de historia puedan conducir alguna cosilla, mas no por el camino que comúnmente se juzga. A nadie hará político el estudio de la historia, que no lo sea por genio y naturaleza; pero al que tuviere las prendas naturales necesarias, podrá traerle alguna utilidad, ya porque le da en general más conocimiento de la variedad de los genios de los hombres, ya porque la lectura de muchos

y extraños sucesos, hará que no le sorprendan o pasmen los que ocurrieren. Ya porque los altos y bajos de la fortuna, que se presentan a cada paso en la historia, le harán cauto para no fiarse mucho en la suya.

35. Verdad es que todo esto tiene su contrapeso, porque lo primero puede hacerle perplejo, lo segundo y tercero, tímido. Recogida en la memoria una gran variedad de genios, trae consigo, cuando llegue el caso de examinar alguno en particular, una discusión prolija, que está muy sujeta a equivocaciones. La consideración de los muchos reveses de la fortuna y de las extrañas ocurrencias que no puede prevenir la providencia humana, es apta a introducir en el espíritu una desconfianza tan grande, que cuando no quite obrar, haga por lo menos remisa y lánguida la operación.

36. Por lo que mira a los varios expedientes que presentan las historias, y con que los políticos de otros tiempos lograron los fines a que aspiraban, juzgo que más embarazan que sirven. Aun cuando haya uno u otro adaptable al caso presente, el escogerle entre tanta multitud y conocer perfectamente su proporción, pide más comprehensión y perspicacia, que sacarle del fondo del entendimiento propio.

37. Los libros que de intento tratan de política y proceden por conclusiones, empresas o aforismos, sólo enseñan unas reglas generales, que, o cualquier hombre de buen entendimiento alcanza sin verlas en el libro o admiten tantas limitaciones en los casos particulares, que dadas en aquella generalidad, vienen a ser absolutamente inútiles.

EL GRAN MAGISTERIO DE LA EXPERIENCIA

Discurso once

§ I

1. Al gran reino de Cosmosia arribaron dos famosas mujeres, muy mal avenidas la una con la otra, pero ambas con un mismo designio, que era lograr el dominio de aquel imperio. La primera se llamaba *Solidina:* la segunda *Idearia*; la primera sabia, pero sencilla; la segunda ignorante pero charlatana. La gente del país era ignorante como la segunda, y sencilla como la primera. Así Solidina pensaba captarla con el beneficio de instruirla, e Idearia con la mala obra de engañarla. Abrió Idearia escuela pública, prometiendo con magníficas palabras hacer doctísimos en breve tiempo y a poca costa, a todos los que quisiesen acudir a ella. Lo grande de la promesa, junto con ver a la nueva doctora en elevada cátedra, con representación de alto magisterio y gran charlatanería, presto llenó la aula de gente. Empezaron las lecciones, las cuales todas se reducían a exponer a los oyentes con voces nuevas o inusitadas, las quimeras que pasaban en el dilatado país de la imaginación. ¡Cosa admirable! O fuese que Idearia tenía algo de hechicería o que era muy singular el artificio de su embuste, a pocos años de escuela le persuadía a aquella mísera gente que ya sabía cuanto hay que saber.

2. Solidina seguía rumbo totalmente contrario. En traje humilde, sin aparato alguno, se andaba de casa en casa, domesticándose con todos y enseñando con voces claras y usuales doctrinas verdaderas y útiles. Hasta la choza más retirada, hasta la oficina más humilde eran aula acomodada a su doctrina, porque en todas partes hallaba objetos sensibles, que examinados por el ministerio de los sentidos, eran los libros por donde daba sus lecciones. Bien lejos de inspirar una indiscreta presunción a sus discípulos, ingenuamente decía que cuanto les enseñaba era poquísimo, respecto de lo infinito que hay que saber, y que para arribar a un mediano conocimiento de las cosas, era menester inmenso trabajo y aplicación. Esta modestia de Solidina le fué perjudicial, porque como al mismo tiempo blasonaba Idearia de hacer a poca fatiga universalmente sabios a sus oyentes, unos en pos de otros fueron mudando de partido, pensando en la escuela de Idearia arribar a la cumbre de la sabiduría por el atajo. Ayudó mucho a esto que Idearia y sus discípulos hablaban siempre con desprecio de Solidina, llamándola vil, mecánica y grosera: con que la pobre, abandonada de toda la gente de calidad, hubo de retirarse de las ciudades a las aldeas, donde se aplicó a dar a pobres labradores la enseñanza que necesitaban para la cultura de los campos.

3. Triunfante Idearia con el destierro de su émula, trató de establecer un absoluto despotismo sobre sus discípulos, expidiendo un edicto para que ninguno en adelante creyese ni lo que viesen sus ojos ni lo que palpasen sus manos; sí sólo lo que ella dictase, imponiéndoles de más a más la pre-

cisa obligación de defender su doctrina con invencible porfía y con vocinglería interminable contra cualquiera demostración que la impugnase. Bajaron todos las cabezas al tiránico decreto, y empezaron a creer firmemente muchas máximas, a quienes antes dificultaban el asenso, como el que la verdad no se puede conocer sino por medio de la ficción; que hay un modo de saber todas las cosas, el cual puede aprender un muchacho en cuatro días; que hay un hombre que es todos los hombres (lo mismo en todas las demás especies), y conocido éste, están conocidos todos; que las cosas insensibles e inanimadas tienen sus apetitos, sus odios, sus amores, no menos que las animadas y sensibles; que aquel cuerpo que más que todos luce y quema, nada tiene de ígneo, y al contrario hay un grandísimo cuerpo puramente ígneo, que ni luce ni quema ni necesita de pábulo; que todos los vivientes constan de una buena porción de fuego, sin excluir ni aun a los peces, por más que estén siempre metidos en el agua ni aun a la tortuga, cuya sangre es positivamente fría.

4. Estos y otros portentos semejantes dictaba Idearia a sus crédulos discípulos, quienes los abrazaban como verdades infalibles, hasta que en la Escuela de la misma doctora se formó un contencioso cisma o división escandalosa, cuyo autor fué Papiraceo (este es su renombre propio), hombre de genio sutil, animoso y amante de novedades. Este introdujo nuevos y no menos admirables dogmas: como el que cuantos vivientes hay en el mundo (exceptuando el hombre) son verdaderamente cadáveres; que aun en el hombre sólo una parte mínima del cuerpo goza de la presencia del alma; que la extensión del mundo es infinita; que es sempiterno el movimiento de los cuerpos sublunares, no menos que el de los celestes; que el espacio imaginario es real y verdadero cuerpo; que cuanto hay sobre la faz de la tierra está puesto continuamente en tan rápido vuelo, que en cada veinticuatro horas corre algunos millares de leguas; que en todo se debe creer a la imaginación y en nada a los sentidos; que éstos engañan groseramente en todas sus representaciones; que ni el cisne es blanco ni el cuervo negro ni el fuego caliente ni la nieve fría, etc.

5. Estas novedades y otras de este género, bien que condenadas desde su nacimiento como herejías por el mayor número de los discípulos de Idearia, no dejaron de arrastrar bastante gente, para hacer cuerpo de secta considerable y constituir aula separada. Acerbamente se combatieron los dos partidos, capitulando recíprocamente cada uno de errores absurdos, lo que el otro asentaba como inconcusos dogmas.

6. Esta división, después de largas y porfiadísimas disputas, en que conservándose siempre las fuerzas en equilibrio, por ningún partido se declaró la victoria, abrió en fin los ojos a muchos para conocer que había sido ligereza y aun ceguera, admitir como artículos de fe humana unas doctrinas sujetas a tan terribles contestaciones. Observaron que los argumentos con que cada uno impugnaba las opiniones opuestas, eran sin comparación más fuertes que los fundamentos en que apoyaba las propias. De aquí infirieron que unas y otras eran evidentemente inciertas y muy probablemente falsas. Entonces les ocurrió a la memoria la pobre y desatendida Solidina, haciendo reflexión que ésta probaba con demostraciones sensibles cuanto dictaba. Propagándose más y más cada día esta advertencia en los mejores ingenios de las dos aulas, determinaron finalmente revocar a Solidina de la aldea a la ciudad; lo que ejecutado con solemne pompa, le erigieron aula magnífica, donde desde entonces está enseñando con mayores y mayores créditos cada día, a que contribuye mucho el favor de algunos ilustrísimos próceres, especialmente los dos príncipes Galindo y Anglosio, que aman mucho a Solidina.

§ II

7. Esta historia me dió a leer un extranjero viandante en un libro francés que traía; y arrebatándomele luego de las manos, por que no viese lo que se seguía, me preguntó si entendía lo que había leído. La pregunta me dió a conocer que la historia era misteriosa y debajo del velo de la letra ocultaba significado diferente del sonido. Respondile que no había entendido sino lo que sonaba, mas que si me dejase repetir con alguna reflexión la lectura, acaso arribaría a su inteligencia. Concediómelo, y entonces reparando, lo uno en la calidad de las doctrinas de que se hacía relación, aunque no con toda claridad, lo otro en la alusión de los nombres de los personajes que se introducían en la escena, me fué fácil descifrar todo el enigma, el cual interpreté en esta forma.

8. El reino de *Cosmosia* es el mundo, porque esto significa la voz griega *cosmos*. *Solidina* es la experiencia; *Idearia* la imaginación. Vienen con suma propiedad a una y otra, así la alusión de los nombres, como los caracteres de sus doctrinas. La experiencia *sólidamente* prueba sus máximas con demostraciones sensible; la imaginación en la vana representación de sus *ideas* funda las opiniones. Estuvo mucho tiempo desterrada Solidina y triunfante Idearia, porque desde que Pitágoras redujo toda la filosofía a sus números, Platón a sus ideas, y Aristóteles a sus precisiones, por muchos siglos no hubo más que una física ideal, sin cuidar alguno de la experimental y sólida. En las máximas primeras de Idearia se descubren varios dogmas de la doctrina peripatética: en las segundas los de la cartesiana, a cuyo autor se da el nombre de Papiráceo; porque *carte*, voz francesa, de donde tomó Cartesio su apellido, significa lo mismo que la voz latina *papyrus*. Colócase Cartesio entre los oyentes de Idearia, porque no menos, antes más que los peripatéticos, quiso reglar toda la física por imaginaciones e ideas. Al fin, el desengaño hizo llamar de la aldea a la ciudad a Solidina, porque la observación experimental, de la cual sólo usaban antes los rústicos para el cultivo de las mieses, beneficio de los montes y propagación de los ganados, fué traída como en pompa poco ha a algunas cortes en las academias que se instituyeron para examinar por este camino la Naturaleza. Y como entre todas son las más célebres la Academia Real de las Ciencias de París y la Sociedad Regia de Londres, fundadas debajo de la protección de los monarcas inglés y francés, se dice que los dos príncipes Galindo y Anglosio, cuyos nombres se derivan de las voces latinas de los dos reinos *Gallia* y *Anglia*, favorecen mucho a Solidina.

9. Aprobó en todo y por todo el extranjero mi explicación, asegurándome con el texto, que después se seguía que no había sido otro el intento del autor de aquella misteriosa historia. Pero yo no quise ni pude aprobar en todo y por todo su contenido, por notar en él algunas desmandadas voces, que redundan en desdoro de la doctrina peripatética, confesándole sólo que en lo más esencial me parecía muy bien. Díjome que para ser español y profesor del peripatismo, bastantemente me ponía en la razón. Con esto se despidió de mí y prosiguió su camino, dejándome con deseos de meditar en el asunto y expresar al público las reflexiones que hiciese sobre él, lo que ejecutaré en este discurso.

§ III

10. Lo primero que a la consideración se ofrece, es el poco o ningún progreso que en el examen de las cosas naturales hizo la razón, desasistida de la experiencia por el largo espacio de tantos siglos. Tan ignorada es hoy la naturaleza en las aulas de las escuelas, como lo fué en la Academia de Platón y en el Liceo de Aristóteles. ¿Qué secreto se ha averiguado? ¿Qué porción, ni aun pequeñísima, de sus dilatados países se ha descubierto?

¿Qué utilidad produjeron en el mundo las prolijas especulaciones de tantos excelentes ingenios como cultivaron la filosofía por la vía del raciocinio? ¿Qué arte, ni mecánica ni liberal, de tantas como son necesarias al servicio del hombre y al bien público, les debe, no digo ya la invención, mas ni aun el menor adelantamiento? ¿A qué labrador se ha conducido de las aulas documento alguno para beneficio de las tierras? Háblase mucho de causas, efectos, producciones, disposiciones de la materia, sin que esto hasta ahora haya producido máxima alguna en orden al beneficio con que se debe disponer la tierra para la feliz producción de esta o aquella planta, qué tiempo, qué otras circunstancias se deben observar. Tratan los escolásticos latamente de las cualidades, a quienes colocaron en predicamento aparte, siguiendo a Aristóteles, sin que por este camino se haya descubierto cualidad alguna, ni en los mixtos ni en los elementos; antes bien erró miserablemente Aristóteles en las que quiso señalar a éstos por sus reglas de proporción o combinación, como en orden al aire y agua se probó en otra parte y no es difícil probarlo también de la tierra. Si acaso se acertó con las del fuego (lo que también en orden al calor *in summo* hemos negado en las *paradojas físicas*), no es porque la filosofía las haya penetrado, sino porque nos las manifestaron nuestros sentidos.

11. Estos son los órganos por donde se condujeron a nuestro espíritu todas las verdades naturales que alcanzamos. Aun en las facultades matemáticas, que pretenden fiarlo todo a teóricas demostraciones, no se pudiera (exceptuando las dos elementales, aritmética y geometría) dar un paso, sin llevar delante la luz de la experiencia. Esta enseñó a la geografía la positura de las diversas partes del orbe; a la náutica la virtud directiva del imán; a la estática el peso, descenso y aceleración de los cuerpos, que llaman graves; a la mecánica o maquinaria el aumento de la potencia por la máquina; a la astronomía los movimientos y rumbos de los astros; a la hidrostática la gravitación respectiva de los flúidos; a la música los intervalos consonantes y disonantes; a la óptica y perspectiva cuanto pertenece a la vista respecto de su objeto; a la catóptrica y dióptrica todas las leyes de la reflexión y refracción.

§ IV

12. Y es muy digno de notarse, que aun después de la experiencia hizo los primeros descubrimientos, en que estriba la teórica y práctica de las artes, no bastó por lo común aquella luz primitiva, para que el discurso prosiguiese adelantándolas, antes fué necesario que la misma experiencia fuese dirigiendo sus pasos o corrigiendo sus errores. Explicaránme dos ejemplos tomados de la náutica.

13. El primero es sobre la dirección del imán hacia el polo. Esta admirable propiedad, totalmente incógnita a los antiguos, se descubrió el siglo décimotercio, y luego se aplicó a la navegación. Ya descubierta, los filósofos especulativos la creyeron, según su costumbre, efecto de oculta simpatía, derivada de la misma esencia, forma o sustancia del imán: y como ésta se supone invariable, supusieron, como consecuencia forzosa, invariable la dirección. En esta buena fe se estuvo trescientos años poco más o menos: a cuyo dilatado plazo Criñón, piloto de Dieppa, según unos, o Caboto, navegante veneciano, según otros, observó el primero las declinaciones del imán; esto es, que no miraba por lo común en derechura al polo, sí que declinaba algún tanto, ya más, ya menos, según los diferentes parajes, ya hacia el Oriente, ya hacia el Poniente. Oyeron con gran disgusto esta novedad los filósofos, porque desmentía algunas de sus más constantes máximas, y así la contradijeron con todas sus fuerzas. Mas al fin fué preciso rendirse a continuados experimentos, autorizados por innumerables testigos fidedignos.

14. Habiéndose después visto qu

debajo del meridiano de las islas Azoles no padecía declinación alguna el imán, se creyó por los astrónomos y geógrafos haber hallado un principio fijo para colocar allí el primer meridiano, que antes se había señalado arbitrariamente. Mas luego se desvaneció esta idea, descubriéndose otros dos meridianos exentos de declinación, el uno que pasa por un cabo cerca del de *Buena Esperanza*, que por esta razón se llamó después *Cabo de las Agujas*, tomando la denominación de la Aguja naútica: el otro por la ciudad de Cantón en la China. Sobre este hecho se pensó haber encontrado un principio seguro para formar sistema completo sobre las declinaciones del imán, graduando éstas a proporción de la mayor o menor distancia de los meridianos intermendios a aquellos dos, donde no había declinación.

15. Como la naturaleza frecuentemente se burla de las ideales proposiciones que fabrica el cerebro del hombre, este alegrón se disipó algunos años después, averiguándose que la declinacinó del imán variaba en un mismo lugar de unos años a otros, y que esta variación era perpetua, de suerte que el mismo imán, y en el mismo sitio, declina ya más, ya menos del Polo en diferentes tiempos. Esto, no sólo acabó de desbaratar las reglas antecedentemente imaginadas, mas casi quitó la esperanza de hallar en adelante alguna segura, bien que aun hoy trabajan algunos insignes físicos y matemáticos sobre el asunto.

16. En este ejemplo se ve cuán falibles son los más plausibles raciocinios, que no van acompañados de los experimentos. Lo mismo se verá en el otro que vamos a proponer, tomado del flujo y reflujo del mar.

17. Como el flujo y reflujo del mar está patente a los que habitan sus orillas, y el curso de la luna a todos los mortales, fué fácil notar la correspondencia de uno a otro movimiento: esto es, que la marea sube y maja a proporción que la luna sube y baja, ya en este, ya en el contrapuesto horizonte; y sin duda que los primeros que lo notaron, con esta sola observación juzgaron tener comprehendido el sistema de estos admirables movimientos. Pero duraría poco esta satisfacción, porque luego se advertiría dentro del mismo mes lunar la desigualdad de las mareas, y que éstas son mayores en el novilunio y plenilunio y menores en las cuadraturas. Avanzado este paso, es verisímil que creyensen haber llegado al término, y que sabían cuanto había que saber en la materia, mayormente porque viendo tan exacta correspondencia en las mareas a los movimientos y fases de la luna, no dudarían ser única causa de ellas este astro. Mas también de este error desengañó a los hombres la experiencia, notándose después otra variación en las mareas, correspondiente, no a la revolución de la luna, sino a la del sol; esto es, que son mayores (suponiendo iguales las demás circunstancias) en los equinoccios o cerca de ellos, que en los solsticios. Esto dió a conocer que no era la luna tan despótica en el mar, que no le tocase algo de dominio al sol.

18. Mas después de averiguado todo esto en cuanto a la mera combinación de las expresadas observaciones, se fió el arribo de los bajeles a los puertos, y se cayó en muchos peligrosos errores: porque hay otra dos variaciones muy grandes, y que no pueden (especialmente la una) comprehenderse bajo de alguna regla segura: la una en cuanto al tiempo, la otra en cuanto a la magnitud. Varían las mareas en diferentes puertos en cuanto al tiempo, porque no en todos, aun los que están bajo del mismo meridiano, ocurren a una hora. Varían también en cuanto a la magnitud, porque son más altas con enorme diferencia en unos puertos que en otros, pues hay orillas donde las aguas se levantan a sesenta pies y más; otras donde sólo se aumentan algunos dedos; otras donde apenas es sensible el aumento.

§ V

19. Si son tan falibles las reglas generales deducidas de experimentales observaciones, y es preciso, para evitar todo error, seguir el hilo de éstas tan escrupulosamente, que tímido el discurso, no se atreva a dar un paso sin la luz de algún experimento apropiado, ¿qué confianza se podrá tener en aquellas máximas, cuyo primer origen se debe a nuestras arbitrarias ideas?

20. La naturaleza sigue la idea de su Artífice, no la del hombre, y es gran temeridad del hombre presumir que puede comprehender la idea de su Artífice. Algunas veces he pensado que si tuviésemos noticia de que hay en el Cielo estos cuerpos luminosos que llamamos estrellas, pero no las viésemos, cada uno idearía la distribución y colocación de ellas en la esfera, según aquella proporción que cuadrase más a su gusto particular. Uno las concebiría repartidas en varios cuerpos de figuras regulares, como triangular, hexágona, circular, etc., que harían otras tantas constelaciones, otro, formando entre todas un hermosísimo lazo de bien seguidos y armoniosos rasgos; otro, dispuestas a la manera de las flores que hubiese visto en algún jardín; otro, en la positura de formar varias imágenes, o naturales o místicas. En fin, nadie habría que no les atribuyese algún bellísimo dibujo a imitación de otro u otros, que con más complacencia suya hubiese presentado a sus ojos o el arte o la naturaleza. Sin embargo, todos se engañarían y todos quedarían sorprendidos, si, descubriéndoseles después el firmamento, viesen las estrellas colocadas en otra positura respectiva, distintísima de todo lo que habían imaginado.

§ VI

21. Así sucede frecuentemente que los hombres piensan de un modo y Dios obra de otro. Suponen los hombres, y suponen bien, que Dios obra siempre con orden y proporción; pero aunque suponen bien, discurren mal, porque piensan que no hay otro orden y proporción que la que a ellos se representa como tal. Obra Dios con proporción, pero una proporción altísima y muy superior a todas nuestras reglas. ¡Ciega temeridad del hombre imaginar que Dios en sus obras se ha de atemperar a sus crasas proporciones!

22. Por esto erró torpemente Pitágoras en la dimensión de la magnitud y distancia de los cielos, que quiso reglar por la serie numérica de los intervalos músicos. Y no fueron mucho más sabios que Pitágoras otros, que hallando no sé qué especial perfección en el número cuaternario, quisieron sellar con él toda la naturaleza. De aquí vinieron los cuatro elementos, las cuatro cualidades primitivas, los cuatro puntos cardinales del orbe, las cuatro estaciones del año, los cuatro humores del cuerpo, etc.

§ VII

.23 Aun aquellas consecuencias, que, a nuestro parecer, deducimos inmediatamente de las verdades que la misma naturaleza presenta a nuestros sentidos, falsean muchas veces: ¿cuánto más aquellas que se fundan en principios que sin consultar a la naturaleza establece nuestra fantasía? ¿Qué consecuencia pareció más bien inferida que la de la repugnancia del vacío, fundada en la sensible experiencia del ascenso del agua en la bomba? A la luz de otros innumerables experimentos se conoció el error, descubriendo ser el peso del aire legítima causa de aquel fenómeno y otros semejantes.

24. Nuestros ojos ven que la gravedad (explíquese como se quisiere, o por cualidad intrínseca o por atracción o por impulsión) precipita con pronto movimiento los cuerpos hacia la tierra. Parece discurso naturalísimo, fundado en el famoso axioma, *sicut se habet simpliciter ad simpliciter, ita magis ad magis*, que a duplicada gravedad corresponde duplicada celeración en el

novimiento. pero el hecho dista mu-
hísimo de esa proporción.

25. Es claro que el aire es mucho
bstante, vemos que el agua. ¿Quién
le aquí no inferirá, como consecuen-
ia forzosa, que el aire penetra todos
os cuerpos que penetra el agua? No
bstante, vemos que el agua penetra el
apel, a quien no penetra el aire, o
e penetra tan poco y tan lentamente,
ue puede reputarse por nada.

26. Siguiendo los principos comu-
es, ¿quién no dirá que el heno mo-
ado está mucho más lejos de encen-
lerse que el heno seco? Pero la expe-
iencia hace ver, que amontonando mu-
ho heno húmedo, se enciende por sí
nismo, lo cual nunca sucede al heno
eco.

27. ¿Qué cosa más sentada entre
os físicos, que el que el calor vivífico
e la sangre es indispensablemente ne-
esario para la conservación de la vida?
Con todo, el padre Plumier, sabio mí-
imo, que en un viaje por el mar ame-
icano, por falta de agua se vió preci-
ado a beber sangre de tortugas, que
ban vivas en el navío, testifica haber-
a hallado tan fría como el agua co-
ún de Europa (*Mem. Trev.*, an. 704,
I, pág. 175). ¿Quién por la ley del
aciocinio no dirá que el tercero que
esulte de la mezcla de tres o cuatro
osas fétidas, será fétido? La experien-
ia manifestó que la consecuencia no
s forzosa. Mr. Lemeri, habiendo com-
rado a un droguista una porción de
alvano. otra de sagapeno, otra de be-
ín de judea, otra de opopanax, y me-
éndolas en el pecho, vió que de su
nezcla resultó un olor muy fuerte de al-
izcle, siendo así que el betún de ju-
ea no tiene semejanza alguna con el
lmizcle y las otras tres drogas son féti-
as (*Histor. de la Acad. Real*, an. 1706).

28. Si a un filósofo desnudo de
tras noticias de las que le dió la es-
uela le dicen que dos licores, que el tac-
o percibe fríos, sin aplicar causa al-
una exterior que los inmute, sólo por
nezclarse uno con otro, no sólo se
alientan, no sólo hierven, pero lle-
an a levantar llama, se alborotará terriblemente,y gritará contra la proues-
ta, armado de su incocuso principio *na-
die da lo que no tiene*. Pero grite lo que
quisiere, el hecho es cierto, mezclando
un ácido depuradísimo con el aceite
esencial de alguna planta aromática.

29. Sábese que el agua es muchí-
simo más pesada que el aire. Sábese
también que los vapores que suben de
la tierra no son otra cosa más que par-
tículas de agua menudamente dividi-
das, por consiguiente mucho más pesa-
das que las partículas de aire de igual
volumen. Sábese también que un lí-
quido no puede ascender sobre otro
que en igual volumen es más leve que
él. De estas premisas parece consecuen-
cia forzosa que los vapores no pueden
ascender sobre este aire inferior que
respiramos. Pero por más que la con-
secuencia parezca forzosa, convence lo
contrario la experiencia.

30. Nadie ignora que las especies
aromáticas, el clavo, la pimienta, la
canela son ardientes, como ni que las
regiones septentrionales son frías y las
que llamamos meridionales, calientes.
De estas premisas, ¿qué físico habrá
que no infiera que el uso de aquellas
especies debe ser menos nocivo a los
habitadores de las regiones septentrio-
nales que a los de las meridionales?
La experiencia muestra constantemente
lo contrario. Más ofende a aquéllos un
escrúpulo de clavo que a éstos una drac-
ma ni aun dos.

31. A lo mismo puede concernir en
parte la experiencia de los holandeses
en sus viajes a la India oriental. Suce-
día que al pasar la línea, enfermaba
y moría la mayor parte de sus equipa-
jes, de modo que de tres apenas que-
daba la una, y sólo se salvaban los que
se daban con exceso a la aguardiente.
Dificultaban mucho los médicos que se
debiese el beneficio de la conservación
de la vida a un licor, que bebido sin
mucha reserva y moderación, se repu-
ta pernicioso a la salud. Mas al fin fué
preciso creer a la continuada experien-
cia. Dieron todos en usar con igual li-
bertad del aguardiente, y después li-
braban todos con igual felicidad.

32. Es preciso, pues, rendirse a la experiencia, si no queremos abandonar el camino real de la verdad; y buscar la naturaleza en sí misma, no en la engañosa imagen que de ella forma nuestra fantasía.

§ VIII

33. No ignoro que algunos escolásticos acusan como empleo poco decoroso a la nozleza filosófica la aplicación de los experimentos. ¡Absurdísimo error! Será a esta cuenta ocupación más honrada estudiar las imaginaciones de los hombres, que las obras de Dios. En los libros teóricos se hallan estampadas las ideas humanas; en los entes naturales las divinas. Decida ahora la razón cuál es más noble estudio.

34. De otro modo sentía que estos filósofos escolásticos el príncipe de ellos Aritóteles, cuando dijo que no debemos desdeñarnos de examinar con los sentidos aun las obras menos nobles de la naturaleza, porque en todas resplandece un alto numen y un honesto y hermoso ingenio: *Aggredi enim quaeque sine ullo pudore debemus, cum in omnibus naturae numen, et honestum, pulchrumque insit ingenium.* Es así que en la más humilde planta, en el más vil insecto, en el peñasco más rudo se ven los rasgos de una mano omnipotente y de una sabiduría infinita.

35. Fuera de que a quien busca la verdad lo que importa es elegir aquel camino que le conduce al término, no aquel que le aparta de él, aunque más hermoso a la vista. No hay duda que hace figura más ostentosa un médico presidiendo un acto en el aula, que asistiendo en el Hospital a la disección anatómica de un cadáver, pero en el Hospital averiguará la disposición de las partes internas del cuerpo humano, a lo que jamás arribará disputando toda su vida en el aula. El oro soñado le hallan los errores de la imaginación en los ocios del lecho; el verdadero se encuentra a la fuerza de brazos, cavando en la mina. No de otro modo sólo una apariencia o sombra de la verdad, que llamamos verosimilitud, puede de lograrse a esfuerzos de nuestra imaginación en los retiros del gabineto; mas la verdad misma sólo se hallará penetrando en los objetos sensibles los hondos senos de la naturaleza.

§ IX

36. Otra acusación, no más razonable que la pasada contra las observaciones experimentales, es la que oí algunas veces a ciertos escolásticos superficiales: conviene a saber, que éstas no piden discurso, sí sólo vista, aplicación y memoria; de aquí resulta que las condenen como inútiles para ejercitar el ingenio. ¡Qué poco saben éstos cuáles son y cómo se hacen los experimentos físicos, en que se ejercitan tantos sabios y sublimes espíritus de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania! ¡Cuántas vueltas y revueltas se da a todo experimento, a fin de precaver cualquier apariencia engañosa! ¡Qué modos tan sutiles se discurren para examinar, colocando en diferentísimas circunstancias el objeto, si el fenómeno nace de aquella causa que primero se presenta a los ojos, o de otra accidental, y escondida! ¡Qué combinaciones tan exactas, tan precisas, tan cabales se hacen de unos experimentos con otros, pesando el discurso en delicadísima balanza, así las analogías como las discrepancias, para sacar con certeza casi matemática las consecuencias! ¡Con qué sagacidad se buscan a la naturaleza los más imperceptibles resquicios, para penetrar por ellos sus más retirados secretos! Ciertamente, yo hallo más delicadeza de ingenio y más perspicacia en muchos de los experimentos del famoso Boyle, que en todas las abstracciones y reduplicaciones que he oído a los más ingeniosos metafísicos.

§ X

37. Y es sin duda preciso hacer las observaciones experimentales con ta

xquisita diligencia, para que no nos ngañen, como engañaban a nuestros nayores y aun hoy engañan a muchos, ue fiándose a una experiencia supericial y grosera, precipitan las conseuencias sobre el primer informe de los entidos. Del ascenso del agua en la omba, tomado a bulto, se infirió la epugnancia del vacío. ¡Oh a cuántas atigas se sujetaron, cuántos experimenos diferentes hicieron, y cuán ingenioamente los combinaron Torriceli, Pasal y otros nobles ingenios para desengañar el mundo y darle a conocer la erdadera causa de aquel ascenso! Sore que se puede ver nuestro discurso lel *peso del aire*.

38. Del movimiento de la llama haia arriba se infirió la quimérica región del fuego inmediata al cielo de la una. En las *Paradojas físicas*, número 28, referimos el sutil experimento on que Bacón probó que la llama sube, o por inclinación suya, sino muy ontra ella, obligada de la presión del ire.

39. Hallándome en un conversación on ciertos filósofos de la Escuela, y freciéndose hablar de algunas materias físicas, propuso uno la novedad de que la agua fría (lo mismo se debe enender de otro cualquier licor frío) era nás sutil y penetrante que la caliente, a cual le pareció probar concluyentenente con la experiencia de que cuanlo bebía frío de nieve en el estío, luego que echaba agua en el vidrio, le eía mojarse por la parte exterior, lo ual no podía atribuir sino a que el gua se rezumaba por los poros del idrio; y como esto no suceda estando l agua tibia o templada, infería que sta no es tan tenue y sutil como la fría. A fe que les hizo a los demás circunsantes no poca fuerza la prueba experimental que alegaba y a mí me costó o poco trabajo desengañarlos a todos, unque al fin lo logré, haciéndoles nogorio con varios experimentos clarísinos que aquella humedad que baña el idrio por defuera no es resudor del icor contenido dentro, sino coagulaión de los vapores errantes en el ambiente vecino, los cuales, estando algo calientes, se cuajan de nuevo en agua, siempre que encuentran algún cuerpo frío, y tanto más, cuanto menos poroso fuere éste. Por esta razón los vapores que eleva el fuego se cuajan luego que llegan a la cabeza del alambique. Por la misma, si respiramos hacia una reja de hierro u otro cualquier cuerpo metálico que esté frío, se cuaja en él el vapor que exhalamos por la boca. Por la misma, en las noches de helada se ven las vidrieras mojadas por la parte de adentro, quedando enjutas por defuera, lo que he visto sorprendía a algunos, que pensaban que aquella humedad venía del aire externo. Por la misma, nuestro vaho y el de otros animales se hace visible en tiempo frío, porque el ambiente le condensa lo bastante para que se haga perceptible a la vista. Pero lo más decisivo en el caso de nuestra disputa y que propuse como tal, es que cubriendo por la superficie exterior el vidrio con un papel, no se humedece por defuera poco ni mucho; y es claro que el papel aplicado así no puede impedir que el licor se rezume, sí sólo que el vapor extraño se acerque.

40. Y no dejaré de notar aquí, porque concerne a la misma materia de la impenetrabilidad del vidrio respecto de los licores, otro error comunísimo, originado de consultar con poca reflexión la experiencia. Ordinariamente se cree que el zumo de la cáscara del limón penetra el vidrio, fundándose esta persuasión en que exprimiendo el luquete sobre su superficie externa se percibe después por el paladar en el licor contenido. Yo, juzgando imposible esta penetración, y meditando sobre la materia, fácilmente descubrí la causa del error. Es el caso que al exprimir el luquete, algunas partículas del zumo llegan al borde del vaso o muy cerca de él, en aquella parte donde después se aplica el labio para beber: así al paladar pe rcibe el gusto del zumo, que chupa en el borde del vaso, y la razón engañada juzga que está en el mismo licor. Para asegurarme de esto, habiendo disparado el

zumo del luquete contra el vidrio en la forma ordinaria, volví la copa, y bebiendo por el lado opuesto, no percibí el más leve vestigio de sabor de limón. A cualquiera que haga el mismo experimento sucederá lo mismo.

§ XI

41. No bastan, pues, los sentidos solos para el buen uso de los experimentos; es menester advertencia, reflexión, juicio y discurso, y a veces tanto, que apenas bastan todos los esfuerzos del ingenio humano para examinar cabalmente los fenómenos. El caballero Newton, ingenio de primer orden de la Sociedad Regia de Londres, publicó a los principios de este siglo en varios tratados de óptica una gran novedad para los filósofos y matemáticos: esto es, que todos los colores existen actual y formalmente en los rayos de la luz, los cuales por tanto constituyó heterogéneos y de desigual refrangibilidad. Probó esta singular opinión con muchos experimentos de exquisita invención, reflexionados con no menos exquisita delicadeza, y de hecho hizo no pocos sectarios, especialmente entre los matemáticos ingleses. Mr. Gauger, uno de éstos, esforzó con mayor copia de experimentos la opinión newtoniana. Escribió luego contra éste el señor Rizetti, italiano, no sólo alegando a favor de la opinión común otros muchos experimentos, mas aun pretendiendo que los mismos que proponía Gauger, probaban contra la sentencia de Newton. Volvió a la palestra Gauger, y pagó a Rizetti en la misma moneda: esto es, no sólo salvó la consecuencia que sacaba de los experimentos propios, mas retorció contra el autor italiano los suyos. Tan cierto es que la experiencia abre en muchos objetos un dilatadísimo y fertilísimo campo al ingenio del hombre, y que la naturaleza, aun a quien la busca por este camino, es en varios casos inaccesible.

42. Pero se debe confesar, que por lo común no son las dificultades tan invencibles que no puedan superarlas el discurso y la aplicación, y que los engaños que tal vez resultan de los experimentos, nacen de faltar o la diligencia debida, o el ingenio necesario.

43. En las observaciones médicas sucede esto frecuentísimamente: de aquí viene la enorme discrepancia de las opiniones que se fundan en ellas. Este funda en la experiencia la utilidad de tal remedio para tal enfermedad, y otro funda en la experiencia que el mismo remedio en las mismas circunstancias es nocivo. Uno de los dos se engaña y no pocas veces se engañan ambos, porque ni es nocivo, ni útil, sino indiferente. ¿De qué depende esto? De que aquél vió que un enfermo, habiéndosele aplicado, mejoró, y éste vió que otro, habiéndosele aplicado, empeoró, siendo muy posible que ni uno mejorase ni otro empeorase por el remedio, sino por otra causa distintísima o porque las enfermedades de los dos, en virtud de la diferente disposición interna, oculta por la mayor parte a los médicos, estaban puestas en contrarios movimientos, la una hacia la disminución, la otra hacia el aumento.

44. Ni arriban jamás al desengaño, aunque sean muchos los enfermos, en quienes hacen experiencia; porque suponiendo que ni todos mueren ni todos viven, cada uno según su preocupación imputa al remedio o la felicidad de los que mejoran o la desdicha de los que perecen, sin que ni uno ni otro piensen siquiera en hacer un cómputo prudencial de los buenos y malos sucesos que ocurren en los que usan de aquel remedio, cotejándolos con los de aquéllos que no usan de él.

§ XII

45. Esta inatención es sin duda l
que produjo y la que conserva en e
mundo la estimación que éste da a in
finitas cosas inútiles con el noble nom
bre de *remedios:* ésta es la que ha llena
do los libros de Medicina y las botica
de innumerable broza, que leída, sól

sirve de fatigar la memoria, y tomada, de desbaratar el cuerpo. Para las enfermedades leves y que por sí mismas se curan, hay muchísimos remedios, aunque no todos aprueban unos mismos. ¿En qué consiste esto? En que cada uno mejoró tomando tal o tal cosa. Pero tú, enfermo imprudente, ¿no advertirás que otros muchísimos, que no usan de ese remedio ni aun de otro alguno, mejoran como tú y tan prontamente como tú?

46. Llega la epidemia de un catarro benigno, como lo es ordinariamente, por una ciudad. Unos llaman al médico y se medican; otros no: y es tal la ceguera de los que se medican, que creen deber al médico el recobro de su salud, aunque ven que la recuperaron como él todos los que no se medicaron.

47. La señorita delicada, que a cualquiera leve dolor de cabeza llama al médico, queda, aunque el dolor dure veinte o treinta días, en la persuasión de que las píldoras capitales de que usó, se le quitaron; y no repara la pobre, que esta y la otra vecinas, amigas suyas, que padecen también a tiempos sus dolores de cabeza, sin tomar píldora alguna mejoran, y muchas veces con más prontitud que ella con todas sus píldoras.

48. Ordinariamente los que padecen dolores de muelas (lo mismo digo de otros dolores que por sí mismos se vienen y se van) califican tal o tal remedio, con el cual dicen les va bien; pero se debe entender que cada uno alaba el suyo y reprueba como inútiles aquellos de que usan otros. ¿De qué depende esto? Dirá alguno que como son diferentes los temperamentos, puede, aun dentro de la misma especie de enfermedad, aprovechar a este individuo el remedio que para equél es inútil. Evasión ordinaria, pero insuficiente, y que da por el pie a toda la Medicina, pues si ello fuese así, como todos los individuos tienen distinto temperamento, no menos que distinta cara, sería menester estudiar distinta Medicina para cada individuo, y a todas sus enfermedades aplicarles unos remedios particularísimos, distintos de todos aquellos que en las enfermedades de la misma especie se aplican a cualquiera otro individuo.

49. La causa, pues, de aquella oposición de dictámenes es la que ahora expondré. La primera vez que uno padece dolor de muelas es lo ordinario usar de muchos remedios, porque, aun dejando aparte los que ordena el médico, entre los acuchillados del mismo mal uno le recomienda uno, otro otro; y como el dolor es agudo, el pobre paciente, ansioso del alivio, sucesivamente se va aplicando todos aquellos remedios. Llega el caso de quitarse el dolor, sea al término de ocho, diez o quince días, y como no hay día alguno en que el paciente no use de alguna receta, dichosa aquella que usó la última. A aquélla atribuye su alivio y reprueba las demás como inútiles. Otro enfermo lleva los remedios por distinto orden; porque esto depende de la casual ocurrencia de los consultores y de la fuerza que cada uno tiene para persuadir: con que viene a suceder, que éste usa en último lugar del remedio que aquél tocó entre los primeros, y usa entre los primeros el que aquél tocó el último. De aquí resulta que califica el remedio que aquél reprueba, y reprueba el que aquél califica. Toda la dicha del remedio, sea el que se fuere, está en su casual aplicación en aquel tiempo en que está ya para terminar el dolor, porque de aquí depende que se le atribuqa el alivio. Y no obsta que después en otra ocasión, usando del mismo remedio a los primeros ataques del dolor, no experimente alguna mejoría. Ya preocupado del dictamen que formó la primera vez, aunque la convalescencia se retarde muchos días, siempre piensa debérsela a su querida receta, y juzga que sin ella, o sería el dolor más dilatado o más intenso. Tampoco obsta el ver que otros que no usan de aquel remedio o de ninguno usan, no por eso, padecen más vivos ni más prolijos los dolores, porque eso, aunque lo vea, no lo mira, y si lo mira, no lo pesa.

§ XIII

50. En fin, no sé qué ilusión, feliz para los boticarios y fatal para los dolientes, les persuade a muchos de éstos que sus males serían eternos o incurables sin el auxilio de la Medicina, aunque vean a cada paso sanar otros de las mismas dolencias sin ese socorro. Aunque el mal sea de aquellos leves, de que todos convalecen dejados sólo al beneficio de la naturaleza, en llegando a la convalescencia, se agradece al médico la cura, el cual acaso no hizo otra cosa que retardarla. Protesto haber observado en varias epidemias caterrales, que tanto tiempo duraba el catarro a los que se medicaban, como a los que no. La diferencia sólo estaba en que éstos, luego que les cesaba el catarro, se hallaban perfectamente restablecidos en su natural robustez; pero aquéllos, si habían usado de remedios mayores, tardaban más en recobrarla.

51. Coincide en lo mismo otra experiencia engañosa con que algunos defienden los remedios mayores más comunes contra los que los impugnan. Los rígidos helmoncianos detestan como perjudicales en todos casos la purga y la sangría. Opóneseles la ordinarísima experiencia de los infinitos que se purgan y sangran, sin que por eso dejen de recobrar la salud. Hay semana en que un médico sangra a cincuenta hombres y purga otros tantos, sin que ninguno de ellos perezca. ¿Cómo a vista de esto puede decirse que la purga y la sangría sean tan nocivas?

52. No defiendo a los helmoncianos ni tengo su opinión por más probable que la opuesta, pero digo que de aquella experiencia nada se puede concluir contra ellos. Debe suponerse que los que declaman contra la purga y la sangría, no las juzgan tan perniciosas que degüellen a cuantos se administran. Aun debajo de la suposición de ser muy nocivas, no sólo no matarán a quien se halla en entera salud, mas ni aun a quien padece poco mal. Yo creo que bien que su intempestiva aplicación mata a muchos, pero sólo a aquellos que gimen debajo de una gravísima dolencia, porque como entonces está la naturaleza muy débil y lidiando con una enfermedad fuerte, añadiéndosele otro enemigo en el imaginado remedio, acaba de dar con ella en tierra. Pero los que padecen una dolencia benigna (y muchas lo son, aunque en la apariencia graves) conservan bastante residuo de fuerzas para resistir la enfermedad y demás a más algunas purgas y sangrías; de modo que éstas harán al enfermo algún daño, debilitaránle más las fuerzas y atrasarán la cura, pero no llegarán a quitarle la vida.

53. Siendo, pues, cierto, que es con enorme exceso mayor el número de las enfermedades benignas que el de las peligrosas, ¿qué mucho que los más enfermos convalezcan, por más que los purguen y sangren? De cien personas que visita en una semana un médico, apenas hay uno o dos enfermos de peligro. Para un flemón, para un catarro, para un dolor de cabeza, para una ofemera, para una fluxión a los ojos, para una replecioncilla de estómago y otras indisposiciones semejantes se llama al médico; y éste, si es de los vulgares, no deja de sangrar o purgar. ¿Por eso han de morir, por malas que sean la purga y la sangría? ¿Por que? Si en esa situación no murieran, aun de una puñalada, que no fuese muy profunda ni tocase en parte príncipe.

54. No estoy, como he dicho, de parte de los helmoncianos, pero tampoco a favor de los galénicos. Lo que tengo por constante es que la purga y la sangría, por su intempestiva aplicación, degüellan no pocos hombres por la razón ya expresada de hallar sus fuerzas muy decadentes. Persuádome a que son convenientes en algunos casos. Si son precisas, esto es, si pueden o no sustituirse por otros remedios, es lo que yo no me atreveré a decir, porque tengo presente y me hace fuerza una muy seria protesta del famoso médico Lucas Tozzi. Este, exponiendo el aforismo 3 del libro I de Hipócrates *Habitus athletarum*, etc., después de

mpugnar con razones, al parecer muy eficaces, el uso de la sangría, probando que en ninguna enfermedad es conveniente, se propone por objeción la experiencia de su utilidad, que alegan los galénicos. ¿Y qué responde? Que su experiencia está en contrario. *Si apelan* —dice— *a la experiencia, que les muestra que muchos han sido curados con la sangría, yo testifico por lo contrario, que en el Hospital de la Anunciada de Nápoles, donde ejercí la Medicina muchos años, he curado prontamente, sin sacarles una gota de sangre, a centenares y millares de enfermos de frenesíes, costados, esquinencias, encendimientos de hígado, esputos sanguíneos, erisipelas y fiebres de todos géneros.*

55. ¿Qué hemos de decir a esto? Lucar Tozzi fué, no sólo un gran teórico, mas también expertísimo, felicísimo y acreditadísimo práctico, y como tal solicitado con ansia para la asistencia de los más altos personajes. Véase lo que de él decimos, tomo II, discurso X, en una nota al fin del discurso. Si él curaba sin sangría aquellas enfermedades, que según la opinión común, más necesitan de ese auxilio, y las curaba brevemente, ¿cuáles serán las que no puedan curarse sin sacar sangre?

56. Y es muy de notar, que del mismo modo que hoy comprueban los galénicos con la experiencia la necesidad de la sangría en muchas enfermedades, comprobaban antes la elección de vena respectiva a varias partes del cuerpo, como la hepática y cefálica. Sin embargo, la anatomía hace más claro que la luz meridiana que esa elección no estriba en fundamento alguno, y que no tiene más relación o conexión la cefálica con la cabeza, que la hepática, ni la hepática con el hígado, que la cefálica, y que todas las venas de un mismo brazo son indiferentes para todas las partes del cuerpo, por la razón anatómica que hemos expuesto en otra parte. Como aquella experiencia fué engañosa, puede serlo también la que se alega en general a favor de las sangrías.

57. Lo que veo es que la regla decantada antes por los galénicos como generalísima, de sangrar en los costados, padece tantas excepciones, que ya no se debe mirar como regla general. Ya en otra parte notamos que en algunas epidemias de costado se experimentó manifiestamente nociva. Y ahora poco ha un docto médico francés (de quien y de cuyo escrito dan noticia las *Memorias de Trevoux*) escribió fuertemente contra la sangría en los costados y peripneumonías de invierno, e hicieron gran fuerza sus razones a algunos médicos de París. Yo certifico que el invierno pasado del año 31, en que hubo muchos costados en este país, de varias partes de él vinieron noticias que morían los que se sangraban y se salvaban los que no.

58. Entiéndase todo lo dicho en orden a la utilidad o inutilidad de purga y sangría, consideradas generalmente, sin tomar partido, y sólo propuesto como problemáticamente, a fin de persuadir que se consulte con exactitud y sin preocupación alguna la experiencia, que es una de los designios de este discurso.

59. Es notable flaqueza del juicio estimar alguna cosa como remedio para tal enfermedad, no advirtiendo una diferencia muy sensible y que incurra en los ojos de todos, entre los sucesos de los que usan de ella y de los que no. No han faltado, ni aun hoy faltan, médicos enemigos de la quina. Con todo, nadie le disputa la cualidad de febrífugo en las intermitentes, porque la experiencia muestra que las ahuyenta, prescindiendo de si repiten después o de si la quina deja alguna mala impresión en el cuerpo. Si la sangría o la purga hicieron lo mismo en algún género de fiebres, convendrían del mismo modo todos en atribuirles la virtud febrífuga, aunque algunos acaso prefiriesen otros remedios por más seguros o por más benignos. Bien lejos de eso, sobre eso mismo son fuertes las contestaciones, porque la experiencia no ha manifestado que esos sean remedios con algún cotejo o cómputo que no sea sumamente dudoso y disputable.

§ XIV

60. Cuanto lo permitiese la materia (porque no todas son capaces de una averiguación matemática ni decisiva) se debiera imitar la diligencia de muchos médicos ingleses en el examen del remedio precautorio que usan los turcos contra las viruelas y que llaman, ya inserción, ya incisión, ya inoculación de las viruelas, materia de que se habló mucho estos años pasados, pero que en España se ignora por la mayor parte qué cosa sea. Esto se reduce a hacer dos o tres cisuras muy pequeñas en el cutis de un hombre sano, que quiere precaver el riesgo mortal de las viruelas, e introducir en ellas la materia purulenta de dos o tres postillas de alguno que actualmente padece esta enfermedad. El suceso es que ésta se comunica por medio de dicha inserción, pero en un grado muy remiso y acompañada de levísimos síntomas: de modo que los más no han menester hacer cama y con esta prevención se redimen de padecer más la enfermedad de viruelas en toda la vida.

61. La noticia de este remedio se comunicó a Inglaterra y a otras naciones europeas por Maisland, cirujano del señor Worthei Montaigiu, embajador del rey británico en la Porta, el cual, habiendo visto establecida su práctica en todas las ciudades de Levante, donde reinan más que acá y hacen mayores estragos las viruelas, y observado tener casi siempre felices sucesos, hizo sabidores de todo lo que había notado a su amo y ama, los cuales tuvieron bastante valor para hacer la experiencia luego en un hijuelo suyo de seis años y repetirla en otro después de su vuelta a Ingaterra. Animáronse muchos, ya con los ejemplos, ya con las noticias, y empezó a tomar vuelo este género de cura precautoria en aquel reino. Mas no por esto faltaban quienes la contradijesen. Especialmente los médicos de París se declararon fuertemente contra ella.

62. Como este pleito no debía decidirse por razones especulativas, sino por experimentos, se apeló a la experiencia, y a una experiencia que parecía que excluía toda perplejidad por parte de los que defendían la cura. Recibiéronse y se dieron al público impresas las atestaciones de muchos médicos residentes en varios países de la Gran Bretaña, por las cuales constaban dos cosas: la primera, que la inserción libraba ciertamente del riesgo de padecer de nuevo viruelas; la segunda, que era contingencia sumamente rara el que alguno muriese de las viruelas artificiales, exceptuando el caso de constitución epidémica, en la cual morían algunos de los mismos que procuraban precaverlas, pero sin comparación menos que los que padecían de viruelas naturales, hallándose, por cómputos fieles, que de éstos moría la octava parte y aun algo más; de aquéllos ni aun moría la octogésima.

63. Esto es lo que he leído en las *Memorias de Trevoux* de los años 24 y 25; si después hubo alguna novedad, la ignoro. Puede ser que aquellas atestaciones no se hallasen tan fieles como se publicó. Pero más de creer es que si las contestaciones duran aún, las fomenta por la parte negativa únicamente el espíritu de emulación y parcialidad, porque habiendo llegado a hacerse esta cura precautoria aun en personas de la familia real de Inglaterra, como se lee en las mismas *Memorias de Trevoux*, ¿cómo es creíble que no precediese una experiencia infalible de su seguridad?

64. Ni se me oponga que si la experiencia fuese tan constante, ya habría aquietado todas las contradicciones. Poco conoce la fuerza de las pasiones humanas quien juzga sólida esta réplica. Los que contradicen o por una preocupación ciega o por emulación o por interés o por envidia, rara vez se rinden aun a la misma evidencia: ni hay evidencia que cierre todas las puertas a un falso efugio ni a mil objeciones sofísticas, en quien dominado de alguna de aquellas pasiones le busca. ¡Oh cuánto he palpado yo esta verdad des

de que empecé a escribir para el público!

65. En efecto, algunas objeciones que se hicieron contra la inoculación, fueron de las más ridículas del mundo. Ciertos presbiterianos rígidos lo hacían causa de religión, asegurando que aquella práctica era opuesta a la soberanía y a los decretos de Dios, y un teólogo protestante predicaba que era invención diabólica, procurando persuadir que el demonio, mediante la inoculación, había comunicado a Job las viruelas, y que ésta había sido la enfermedad que tanto afligió a aquel Santo Patriarca. ¿En qué absurdos no precipita el ardor violento de una controversia? Entre cuantos pasan plaza de cuerdos en el mundo, no hay hombre alguno tan parecido a un loco como un disputante apasionado.

66. A vueltas de tan reñida cuestión se vino a saber una cosa harto curiosa, y es que la cura precautoria de viruelas, que tanto ruido hacía como traída de Turquía, estaba mucho tiempo antes establecida dentro de la misma Inglaterra. Esta práctica era frecuente desde tiempo inmemorial en la parte meridional de la provincia de Gales, y se hacía de dos maneras: o refragando una parte del cutis contra las postillas de un virolento o haciéndose en él algunas picaduras con una aguja mojada en la materia purulenta de las postillas. Esto se llamaba comprar las viruelas. En efecto, era así que se concertaban en algún bajo precio con el doliente, y se alegan testimonios fidedignos de que ninguno que adquiría las viruelas con este método, las padecía segunda vez, como ni tampoco había memoria de que alguno muriese de las viruelas artificiales, exceptuando una mujer, en la cual concurrieron las circunstancias especiales de haberse hecho alguna herida y de haber comprado las viruelas a un enfermo que estaba muy a los últimos.

§ XV

67. Concluiremos este discurso manifestando tres errores capitales, de donde se derivan otros infinitos, y que por falta de reflexión se incurren en las experimentales observaciones. El primero es el de tomar por efecto lo que es causa, y por causa lo que es efecto. El segundo, tomar por causa alguna cosa que por accidente concurre sin influjo alguno. El tercero es, entre dos efectos de una misma causa, tomar uno por causa de otro. Pondré ejemplo de estos tres errores en observaciones pertenecientes a la Medicina, porque importa mucho más el desengaño en esta materia que en otras de física común.

68. Sucede que uno, acosado de una sed ardiente y extraordinaria, sin causa manifiesta de ella, bebe agua con grande exceso, y dentro de algunas horas le asalta una fiebre o una fluxión acre. Es corriente en este caso atribuir la indisposición al exceso cometido y aprehender éste como causa de aquélla. Está tan lejos de ser así, que antes la indisposición es causa del exceso. Nótese que hablo del caso en que la sed no fué ocasionada de causa manifiesta, como de haber hecho algún ejercicio violento o haber padecido algún gran calor, o del sol o del fuego o de haber estado mucho tiempo sin beber. Puestas así las cosas, es claro que la sed nació de causa interna. ¿Y qué causa interna? No otra que la disposición morbosa, que ya había empezado a reinar dentro del cuerpo, o, dígase de otro modo, el humor acre o salso, que ya se había puesto en movimiento, y velicando las fibras, donde se hace la sensación de la sed, la había excitado. Todo efecto preternatural y extraordinario pide causa preternatural y extraordinaria: supónese que la sed lo fué y que no hubo causa externa a que atribuirla: luego hubo causa preternatural interna, y no es otra cosa que esto la disposición morbosa.

69. Por falta de esta advertencia se cometen gravísimos errores en la Medicina, porque tomando al revés el rum-

bo de la naturaleza, es preciso errar el camino de la cura. Lo que es efecto se aprehende como causa, a que es consiguiente aplicar como medicina lo que es veneno, pues ya se ve que si se acusa la humedad y frialdad del agua como causa de la dolencia, cuando tiene toda la culpa un humor acre, salso, mordaz o ardiente, el médico irá a corregir aquélla y los correctivos de aquélla son incentivos de éste.

70. Esta especie de error no está limitada al caso que hemos propuesto, antes tiene una extensión dilatadísima. Inclínome mucho a pensar que todos los movimientos extraordinarios y vehementes, tanto de la irascible, como de la concupiscible, que preceden en la distancia de pocas horas a las enfermedades en su estado visible y no tienen causa especial externa, son efectos de ellas consideradas en su principio; quiero decir, en aquella primera agitación del humor pecante. Concibe un sujeto una grande ira por algún leve motivo del cual tiene experiencia que en otras infinitas ocasiones no le alteraba poco ni mucho: a la ira sucede inmediatamente o dentro de pocas horas, una fiebre. Júzgase que la ira es causa de la dolencia, y yo digo que la dolencia es causa de la ira. Pues este hombre en su estado natural nunca padecía algún violento rapto de cólera por el mismo ni aun por algo más fuertes motivos, parece consecuencia forzosa, que el que ahora padece sea efecto de causa preternatural y extraordinaria, que tiene dentro de sí, la cual no puede ser otra, que aquel primer movimiento fermentativo del humor pecante, que poco después se hace manifiesto al tacto en el pulso. En efecto, es fácil observar, como yo lo he observado muchas veces en mí y en otros, que la irascible está mucho más pronta a inflamarse, aun con levísimas ocasiones, en aquellos primeros amagos o casi insensibles preliminares de cualquier indisposición tanto cuanto grave.

71. No por eso niego que el ardor de la ira pueda encender el de la fiebre. Tiene sin duda aquélla una proporción grande para ser causa de ésta, y se puede discurrir que lo es, cuando respectivamente al temperamento del sujeto hubo ocasión bastante para la cólera; mas cuando no la hubo, lo más que pudo pensarse es que la ira haya dado algún aumento a la indisposición subsiguiente, la cual aun sin eso existiera, aunque en grado más remiso. Lo mismo que decimos de la ira se debe aplicar a la tristeza y al miedo, que son, en el lenguaje filosófico, pasiones pertenecientes a la parte irascible.

72. Con no menos generalidad se puede razonar en orden a los efectos de la concupiscible. Cualquier apetito vehemente, totalmente insólito al sujeto, respectivo a objeto ordinario que frecuentemente ocurría a sus sentidos, y que esté desnudo de toda circunstancia especial externa que pueda excitar la inclinación, se debe discurrir que nace de alguna preternatural disposición interna. La expleción o satisfacción de aquel extraordinario apetito nunca deja de cualificarse de exceso, a cuyo mal influjo se atribuye la indisposición, que poco después se descubre; siendo así que la indisposición que antes estaba oculta, irritando el apetito, fué causa del exceso, no el exceso de la indisposición.

73. Este error se comete frecuentísimamente. Uno que miró siempre con indiferencia tal o tal manjar, pongo por ejemplo las lechugas, se halla con apetito vehemente de ellas y cena dos o tres. Si amanece después con dolor de cabeza o con una fluxión al pecho o con diarrea, no dejará de echar la culpa a las lechugas, las cuales ya hallaron hecho el daño dentro del cuerpo, y el daño que estaba dentro del cuerpo indujo a cenar las lechugas.

74. No por eso quiero decir que los desórdenes del apetito no causen frecuentemente varias enfermedades. Nótense bien las circunstancias con que visto mis aserciones, cuya inadvertencia en muchos de los que leen mis escritos es causa de que me hagan mil objeciones impertinentes. Digo que mi resolución se debe entender cuando e

apetito es vehemente, extraordinario al sujeto, y no ha habido causa alguna externa que pudiese irritarle, porque debajo de estas circunstancias es preciso que la haya interna, y que sea de bastante gravedad para merecer el nombre de disposición morbosa, a lo que no llegaría, si el apetito, aunque extraordinario, fuese leve.

75. Confírmase eficazmente lo dicho con la reflexión de que la diversidad de apetitos nace sin duda de la diversidad de temperamentos: de donde es consiguiente forzoso, que a toda alteración en el temperamento se siga alguna alteración en el apetito. Así es fácil ver que ningún enfermo conserva el apetito perfectamente en el mismo tenor que le tenía en el estado de sano; y esto, no sólo en cuanto a la cantidad de comida y bebida, mas también en cuanto a la calidad; y no sólo en orden a los objetos del gusto, mas también a las demás potencias, así internas como externas.

§ XVI

76. El segundo error capital de las observaciones experimentales, que consiste en tomar por causa lo que concurre casualmente y ni causa ni es efecto, aun es más frecuente que el primero. Apenas hay enfermo que no presuma tener bien averiguada la causa de mu mal, y esta causa la halla siempre en cualquiera particularidad que haya tenido poco antes en su modo de vivir, tenga o no proporción con la dolencia que le aflige. Una aceituna que haya comido fuera de su costumbre, medio cuarto de hora más de madrugada, dos gotas más de bebida, dos pasos menos del ejercicio ordinario y otras cosas aun más impertinentes, se juzgan tener la culpa en el mal que ocurre, sin advertir que esta máquina nuestra en la debilidad de su propia contextura tiene suficientísimo principio para sus quiebras. Los humores del cuerpo, aun cuando el influjo de todas las causas externas y cuanto depende de nuestro albedrío estuviese siempre reglado en una perfecta uniformidad, no dejarían de padecer varias alteraciones. La heterogeneidad de ellos, no sólo respectiva de unos a otros, más aun de las partículas de cada uno, los conduce necesariamente a diferentes estados. Si considerasen esto bien aquellos espíritus supersticiosos, idólatras de su salud, que en orden al propio régimen quieren pesar aun los átomos, se librarían de aquel continuo afán con que viven, y que es más molesto que las mismas indisposiciones de que con terror pánico huyen.

77. Pero la acusación más vulgar de todas es contra el tiempo. El que no hace excesos, no descubriendo otra causa de sus males, echa la culpa al tiempo; y aun el que los hace suele echársela, por no culparse a sí mismo. Que sea templado, que frío, que caliente, que húmedo, que seco, que vario, que contante, nunca falta alguna quisquilla por donde hacerle el proceso. Si en julio, como suele, hace calor correspondiente a la estación, se dice que el calor es causa del mal; si el calor es más benigno, o templado, también se le culpa con el motivo de que no es conforme a la estación aquella templanza. Lo mismo sucede respectivamente al frío, o más intenso o más remiso en el invierno. Si el tiempo es vario, nadie hay que no le suponga delincuente; pero si es constante, tampoco se exime, porque se dice que nuestros cuerpos necesitan indispensablemente de la alteración de temporales; que cualquier temperie que dure mucho les hace guerra; que el frío los constipa, el calor los disipa, la humedad los ahoga, la sequedad los consume.

78. Varias veces he notado que a dos enemigos nuestros se imputan vulgarmente casi todos nuestros males; al demonio todos los de la alma; al tiempo los más de los del cuerpo. Apenas hay quien, a fin de minorar en parte su delito, no diga que el diablo le tentó. Tan irracional es quien piensa que si no hubiese diablo que nos tentase, nunca pecaríamos, como quien juzga que

reglando el tiempo en alguna forma, la más perfecta de todas, nunca estaríamos enfermos. Dentro de nosotros, en el fondo de nuestro mismo ser, está el origen de todos nuestros males, así espirituales, como temporales; por su propio peso es llevada nuestra naturaleza a una y otra ruina, aunque a la primera siempre con libertad; a la segunda muchas veces sin dependencia del albedrío.

§ XVII

79. El tercer error de las observaciones experimentales, aunque no tan frecuente como los dos primeros, no deja de ocurrir bastantes veces. Si el que (pongo por ejemplo), por haber hecho algún ejercicios muy violento, excede en la bebida, padece luego una fiebrecilla, ordinariamente se le imputa ésta al exceso de la bebida, porque el común de los hombres apenas considera otros excesos nocivos a la salud que los del paladar. Sin embargo, como un ejercicio violento, por lo que enciende la sangre y conturba los demás humores, es mucho más proporcionado a excitar la fiebre que el exceso en la bebida, especialmente si ésta en la cualidad es templada, es mucho más racional juzgar que el exceso en la bebida no tuvo algún influjo en la fiebre, sino que la fiebre y el exceso, ambos fueron efectos del ejercicio.

80. Creo que de esta equivocación de aprehender entre dos efectos de una misma causa el uno por causa del otro, nació la sentencia tan válida entre los médicos, de que todas las fluxiones catarrales en cualquiera parte del cuerpo que hieran (comprehendiendo muchos aun la gota) bajan de la cabeza. Sucede, siempre que se padece alguna molesta fluxión en cualquiera parte del cuerpo, sentirse, o dolor, o por lo menos pesadez en la cabeza. De aquí, digo, es muy creíble que vino el colocar en el cerebro el origen de todas las fluxiones, lo que ya no pocos modernos contradicen, y en mi sentir con bastante fundamento.

81. Lo primero, yo no sé por qué los humores viciosos, que son materia de las fluxiones, han de hacer el gran rodeo de transitar por la cabeza para venir a caer en esta o aquella parte, pudiendo, en virtud del círculo que hacen con la sangre por venas y arterias, derivarse de éstas inmediatamente a cualquiera miembro.

82. Lo segundo, que si en el cerebro se amontonase tanta copia de humor, cuanta cae en algunas fluxiones, le hiciera totalmente estúpido e inepto para todas sus funciones.

83. Lo tercero, que no es fácil señalar el conducto por donde el humor se deriva de la cabeza. Muchos dicen que por el hueso etmoides o criboso. Pero Schneidero lo contradice, porque no se notan en él algunos agujeros, por donde el humor se cuele, especialmente siendo pituitoso y craso, como lo creían los antiguos; a que se añade que este hueso está apretadamente ceñido de las meninges y de la túnica interior de la nariz. Es verdad (como advierte el doctor Martínez en su *Anatomía completa*) que su parte superior es muy porosa, y por eso se llama criboso o espongioso; pero como esos poros no lo taladran todo (aun dejando aparte el embarazo de las túnicas que le ciñen), no podrá derivarse por ellos el humor. Si se dice que baja por los nervios pregunto: ¿cómo no causa en ellos obstrucciones y otros peligrosos efectos?

84. Lo cuarto y último, que cualquiera conducto que se señale, se ofrec[e] la grave dificultad de cómo en él y e[n] las partes inmediatas no se hace sentir sí sólo en aquella, que se considera tér[-]mino o asiento suyo. No es totalment[e] increíble que si el humor fluyente, o a[l] pecho o al estómago o a los intestino[s] o a las articulaciones de los pies, baj[a] de la cabeza, no se haya de sentir (sien[-]do por lo común tan acre, y mordaz) e[n] las partes intermedias. Esta dificulta[d] que muchos años me ha ocurrid[o] he propuesto a algunos médicos, per[o] no me hice bastantemente capaz de s[u] soluciones.

85. Si se me opone (lo que arri[b]

hemos apuntado) que es frecuente acompañar dolor de cabeza a las fluxiones que se hacen a otros miembros, respondo que de eso no se puede inferir que el humor fluyente baje de la cabeza. Lo primero, porque muchas veces, aun las más (como en mí mismo he observado bien) no hay dolor de cabeza, y para que la ilación fuese buena, debiera haberlo siempre. Lo segundo, porque aun cuando acompañase regularmente el dolor de cabeza a la fluxión, se evacuaría oportunamente la dificultad, diciendo que su concurrencia simultánea depende de que son efectos de una misma causa, no uno causa de otro. De hecho la razón persuade que esto sea así. El humor acre, que separándose de la masa de la sangre, fluye a esta o a la otra parte, no tiene estorbo para verter alguna porción suya en la cabeza y excitar dolor en ella, mayormente porque el asiento de dicho humor fluyente son las glándulas, entre quienes puede numerarse el celebro, por cuya razón Hipócrates y Warton le llaman la grande glándula.

86. Si se me replica que en toda fluxión algo fuerte, ya que no dolor propiamente tal, a lo menos se percibe un género de pesadez en la cabeza, por lo cual está menos apta para todas las operaciones que se ejercen en aquel órgano, confesaré que es así; pero añadiré dos cosas: la primera, que esto no es privativo de las fluxiones. En las demás enfermedades sucede lo mismo, sin que por eso pretendan los médicos (exceptuando los pocos que siguen a nuestra doña Oliva de Sabuco) que todas dependen de la cabeza. La segunda, que esa pesadez o ineptitud tampoco es privativa de la cabeza. La misma, si se hace reflexión, se observa en los demás miembros. Cualquiera que padezca una fluxión fuerte, que sea en la garganta, que en el pecho, que en el estómago, que en otra cualquier parte, hallará que tiene todo el cuerpo más pesado que en el estado de sano; que todos los miembros están menos aptos para el movimiento; que todos, a poco que trabajen, se fatigan mucho. Así con ninguna razón se atribuye a la cabeza, como propia privativamente de ella, una pesadez compañera de todas las fluxiones, cuando ésta es común a los demás miembros; y por no hacer reflexión sobre esto, se ha creído venir todas las fluxiones de la cabeza.

NUEVAS PROPIEDADES DE LA LUZ

Discurso XII

1. Ya en otra parte dije que para los ojos del entendimiento no hay cosa más oscura que la luz. Algunos de los filósofos más sutiles de este siglo y del pasado, que trabajaron con infatigable aplicación en el examen de esta bellísima criatura, hicieron dudoso (y en parte hallaron falso) casi cuanto de ella creyó la antigüedad. De suerte, que como poco ha la astronomía halló no pocas manchas en el Sol, la filosofía descubrió muchos sombras en la luz. Dígolo así, porque mucho de lo que la antigua filosofía tenía por claro y evidente, en fuerza de la investigación de los modernos se ha visto ser oscuro y dudoso. Bien que por otra parte, en fuerza de la misma investigación, se ha dado nueva luz a la luz, descubriendo en ella, ya por lo que toca a la filosofía, ya por lo que mira a la óptica, algunas verdades que ignoraron los pasados siglos. En este Discurso propondremos, para instrucción y deleite del lector, lo más delicado, curioso y exquisito que nos ocurre sobre la materia, dividiéndolo en diferentes conclusiones.

PRIMERA CONCLUSION

La luz es pesada

§ I

2. Esta conclusión se prueba eficazmente con los experimentos de Mr. Duclos y Mr. Homberg, de la Academia Real de las Ciencias. El primero, habiendo calcinado el régulo de antimonio, en cantidad de cuatro onzas, con el espejo ustorio, le halló aumentado de dos dracmas hecha la operación. El segundo halló mucho mayor aumento en el régulo de Marte expuesto al vidrio ardiente. Uno y otro aseguraron haber ejecutado las operaciones de modo que ninguna otra materia más que la de la luz podía haberse introducido en los minerales expresados. Véanse las *Memorias de la Academia Real de las Ciencias* del año 1705.

3. Compruébase la verdad de los experimentos expresados con los que alega el famoso Boyle en el tratado *De Ponderabilitate flammae,* por los cuales consta que los metales incluídos en vasos sellados herméticamente y reducidos a fusión o calcinación por el fuego, aumentan sensiblemente su peso, lo cual no puede venir sino de las partículas sutilísimas del fuego que, penetrando los poros del vaso, se incorporan con el metal derretido o calcinado. Digo que no puede venir de otra cosa, por la sagaz precaución con que Boyle hizo aquellos experimentos, hasta usar de gruesos vasos de vidrio, que se sabe son totalmente impenetrables al humo y a otro cualquier cuerpo extraño que se mezcle con la llama; y pesando el vaso después de la operación, en el cual nunca se halló la más leve diminución en el peso, la que, si se encontrase, daría lugar a la conjetura de que algunos ramentos o partículas desgajadas de su superficie interna habían aumentado el peso de los metales.

4. No sólo con metales, mas con otros cuerpos no metálicos, como la cal y el coral, hizo Boyle experiencia, y

en todos experimentó el aumento referido.

5. Ni se me oponga que los experimentos de Boyle no prueban nuestra conclusión, pues aquéllos se hicieron con el fuego impuro y grueso de acá abajo, y nuestra conclusión habla de la luz o llama purísima del Sol. Esta distinción no sirve aquí para respuesta, pues aunque debemos conceder que este fuego elemental es impuro, pero la llama, que penetra el vidrio, va desprendida de toda impureza, y se puede asegurar que es tan pura como los rayos del Sol, siendo el vidrio impenetrable a todos otros corpúsculos que puedan considerarse incorporados en la llama, sean de azufre, humo, aire, tierra, etc. Así es constante, cuanto hay de heterogéneo en la llama se queda fuera, y lo que entra por los poros del vidrio es llama simplicísima y purísima.

6. Advierto aquí, por excusar más objeciones, que no todos los metales o materias son igualmente susceptivas del aumento de peso por la llama. El metal que en los experimentos de Boyle adquirió mayor porción de peso fué el hierro y el que menos la plata. Aquél se aumentó más de una quinta parte; ésta apenas adquirió una centésima vigésima parte de peso. Y aun Boyle sospechó que este leve aumento se hiciese en alguna pequeña porción de cobre, que frecuentemente está incorporada con la plata vulgar. De oro nada dice en el tratado citado; pero por lo que asegura en otra parte, que después de tener dos meses en continua fusión al fuego una porción de oro, le halló sin diminución ni aumento alguno en el peso, se infiere que por lo menos este fuego elemental, así como no se lo disminuye, tampoco se lo aumenta.

7. Esta desigualdad se debe creer que depende de ser la textura de los cuerpos más o menos proporcionada para detener y fijar las sutilísimas partículas de la llama.

SEGUNDA CONCLUSION

La luz no sólo se propaga por línea recta, mas también por líneas curvas

§ II

8. La propagación de la luz por línea recta se ha tenido por máxima inconcusa en la óptica y en la filosofía, y aun hoy está comúnmente recibida como tal por ignorancia de las observaciones que persuaden lo contrario. El padre Francisco María Grimaldi, célebre jesuíta, fué el primero que observó que los rayos del Sol, al encuentro de cuerpos opacos, se doblan un poco; de modo que los que tocan sus lados opuestos, ya no prosiguen paralelos, sino algo divergentes, y así la sombra del cuerpo opaco interpuesto es de más anchura que el mismo cuerpo. El experimento que hace más sensible esta verdad, es el de un cabello puesto a un agujero muy pequeño, por donde entren los rayos del Sol a un cuarto oscuro. En él se ve que la sombra del cabello es mucho más ancha que el mismo cabello, lo cual no pudiera ser, si los rayos que tocan los dos lados opuestos del cabello prosiguiesen observando el paralelismo. El caballero Newton confirmó e ilustró en gran manera las observaciones del padre Grimaldi. A esta mudanza de determinación del curso de la luz dieron el nombre de *inflexión* a distinción de las dos que eran únicamente conocidas antes, conviene a saber: *reflexión* y *refracción*.

9. Siendo esto así, me parece que nunca la luz del Sol se nos comunica por línea recta, pues los corpúsculos opacos que nunca faltan en la atmósfera, deben dar alguna inflexión a sus rayos, bien que ésta es tan poca, que si la materia no se examina con particulares observaciones, parecen venir por línea recta.

10. El caballero Newton, que a fuerza de muchos experimentos acompañados de agudísimas reflexiones estableció o pretendió establecer la heterogeneidad de los rayos del sol, const

uyendo en la diversidad intrínseca de llos toda la diversidad de los colores no en la diferente modificación que es dan las superficies de los cuerpos pacos en quienes inciden, asímismo retende que unos rayos padecen más nflexión que otros; pongo por ejemlo: los rayos rojos o que constituyen l color rojo, son los que se doblan más los de color violado son los menos lexibles. Es de fácil ejecución un exerimento, con que lo prueba. Abierto n pequeño agujero por donde entre a luz del Sol en un cuarto oscuro, pónase en él un cuerpo opaco que no le cupe todo, sí que quede algún espaio por donde entre la luz, entre las xtremidades del cuerpo y las del aguero; veráse que en la semisombra foriada a las extremidades de la sombra otal (llamémosla así) del cuerpo inerpuesto, se forman tres bandas distinas de diferentes colores, en que el más ercano a la sombra total es violado y l más distante rojo. Para que no yerre l experimento alguno que quiera haerle, advierto que si el agujero por onde entra la luz se ensancha algo más, os tres colores se pierden o confunden, sólo queda a las extremidades de la ombra total una banda de semisomra, en la forma misma que la vemos otidianamente en las sombras de tolos los cuerpos que no están colocados on la precaución dicha de dejar estreha entrada a la luz.

11. Pero a mí me parece, que así la nflexión de la luz, como la mayor inlexión de unos rayos que de otros prescindiendo de que esto provenga le su misma naturaleza o de otra caua) se pueden probar bien con el fenóneno regular de la semisombra misna, que ciñe las extremidades de la ombra total de los cuerpos opacos deados libremente a toda la plenitud le la luz; quiero decir colocados, no en lgún agujero por donde la luz entre strechada, como propone Newton, ino en sitio totalmente ilustrado o a ielo descubierto.

12. Nótese lo primero, que aquella emisombra no es igualmente oscura en toda su latitud, sí que es más oscura a proporción que se va acercando a la sombra total, y se va aclarando a proporción que se aleja de ella; de modo que de la sombra total a la luz total se va disminuyendo la oscuridad por grados insensibles. Nótese lo segundo que la semisombra tiene más latitud cuanto es mayor su distancia del cuerpo opaco interpuesto.

13. Este fenómeno se explica perfectamente supuesta la inflexión de la luz mayor en unos rayos que en otros, y parece imposible explicarle sin ella. Lo primero, si la luz no padeciera inflexión al encuentro del cuerpo opaco y desigual ésta en distintos rayos, no resultaría de él semisombra alguna, sí sólo sombra perfecta, perfectamente y sensiblemente terminada. La razón es porque si los rayos que vienen por el lado del cuerpo opaco, siguiesen la misma dirección que antes traían, ilustrarían el espacio que ocupa la semisombra, del mismo modo que ilustraban otro espacio de igual latitud antes de llegar al cuerpo opaco: luego, como al espacio anterior ilustraban perfectamente, ilustrarían perfectamente a éste; por consiguiente, no habría en él semisombra alguna. La consecuencia es clara y no lo es menos el antecedente, porque dos espacios iguales, heridos de igual cantidad de rayos (que en el grado de luz se suponen ser iguales y aun los mismos) igualmente son iluminados.

14. Lo segundo, el espacio que ocupa la semisombra, es iluminado de algunos rayos, porque si no, sería totalmente sombrío, como el que está inmediatamente a las espaldas del cuerpo opaco; pero no de tantos como otro igual espacio, que es perfectamente iluminado; pues siendo así, también él estaría iluminado perfectamente: luego en aquel espacio hubo disgregación de rayos, doblándose unos o haciéndose más afuera que otros. Y lo que el fenómeno persuade es que son muy pocos los que se doblan poco o se hacen más hacia la sombra total, pues la parte de faja inmediata a la sombra total es más oscura que el resto.

15. Lo tercero, el aumento sucesivo de la latitud de la semisombra, al paso que se va alejando del cuerpo, confirma dicha inflexión de la luz, pues doblándose ésta de la línea recta que seguía, es preciso que su desvío de la sombra total, cuya margen es continuación de aquella misma recta, sea menor en el principio que en el progreso. Esto es general a toda línea que se aparta de la recta, con cualquier determinación que sea.

16. Todo esto se haría más claro usando de figura. Pero esta especie de figura para explicar todas las circunstancias de la semisombra, pide un género de dibujo artificioso y delicado, de que es capaz mi idea, mas no mi mano.

TERCERA CONCLUSION

La luz tiene fuerza impulsiva

§ III

17. Pruébase esta conclusión eficacísimamente con dos experimentos de Mr. Homberg, de que da noticia la *Historia de la Academia Real de las Ciencias*, al año de 1703. El primero fué, que poniendo una materia muy ligera, como el amianto, en bastante cantidad, al foco del espejo ustorio, los rayos del Sol unidos en él la arrojaban del carbón donde estaba colocada. El segundo, que habiendo fijado en un madero el muelle de una muestra por una de sus dos extremidades, y dejado la otra extremidad libre, enderezó contra ésta varias veces los rayos de Sol recogidos en el foco de un vidrio ardiente, cuyo diámetro era de doce a trece pulgaradas, y vió que siempre la extremidad libre del muelle se movía con vibraciones muy sensibles, como si la hubiesen impelido con un palo. Estos dos experimentos juzgo que no dejan en la conclusión propuesta alguna duda.

CUARTA CONCLUSION

Es muy probable que la propagación de la luz no se hace instantáneamente

§ IV

18. Hasta estos últimos tiempos nadie puso duda en la propagación instantánea de la luz. Todos han creído que, no obstante la enormísima distancia que hay de los más remotos astros a nosotros, en aquel momento mismo que se coloca cualquier astro sobre nuestro horizonte, llega su luz a la tierra.

19. Algunos insignes astrónomos modernos, como Romer, Newton, Huighens y otros, pretender haber demonstrado claramente lo contrario, hasta llegar a calcular los minutos que tarda en venir la luz del Sol desde su superficie a la de la tierra. La demonstración es como se sigue: sábese por las tablas astronómicas el punto fijo, en que se deben eclipsar aquellos planetas menores o secundarios, compañeros de Júpiter, que llaman *satélites* suyos. Hállase, empero, que hay tiempos en que estos eclipses se ven de acá siete u ocho minutos primeros más temprano y tiempos en que se ven siete u ocho minutos más tarde de lo que deben arribar según las tablas. Dicen estos astrónomos que la anticipación sucede cuando, según el sistema copernicano la tierra con su movimiento annuo se pone entre el Sol y Júpiter; y la retardación, cuando, según el mismo sistema, el Sol está colocado entre Júpiter y la Tierra; esto es, cuando la Tierra con su revolución annua está en la mayor cercanía y en la mayor distancia que puede tener respecto de Júpiter. De que se sigue, que la luz tarda de catorce a dieciséis minutos primeros en correr todo el diámetro del orbe annuo o del círculo que forma la Tierra con su revolución annua, que se computa tener sesenta y seis millones de leguas; y siendo la mitad de este diámetro la distancia que hay del Sol a la Tierra, sale que la luz tarda de siete a ocho minutos en correr esta distancia

cia, por consiguiente, en cada minuto primero anda cuatro millones de leguas con corta diferencia.

20. Es verdad que estos astrónomos envuelven en la demonstración el movimiento annuo de la Tierra, porque siguen el sistema copernicano, pero en la realidad la demonstración es independiente de él, y se verifica del mismo modo en los demás sistemas, que suponen la Tierra inmóvil, siendo cierto que, según los más ajustados cómputos, Júpiter se aleja de la Tierra de sesenta y dos a sesenta y seis millones de leguas más en unos tiempos que en otros. Que esta gran diferencia de distancias provenga del movimiento de la Tierra por el orbe annuo, como quería Copérnico, o del movimiento de Júpiter y sus satélites por un círculo muy excéntrico a la tierra, como pone Tico Brahe, o, en fin, de hacér los planetas su curso por líneas espirales, como hoy después de Keplero está muy recibido, no hace al caso. Del mismo modo corresponden las observaciones en cualquier sistema. Por consiguiente, si ni en ellas ni en la constitución de las tablas astronómicas hubo error, sale por consecuencia fija que la luz tarda los minutos que se ha dicho en la distancia referida. Pero el error en tantos minutos primeros, que hacen la cuarta parte de una hora, sería tan grande y monstruoso, que se hace increíble en unos astrónomos tan hábiles. Adviértese que las leguas de que aquí hablamos son de las que caben veinte en un grado.

21. Fuera de la demonstración dicha, se prueba la propagación sucesiva de la luz por los mismos experimentos con que probamos la tercera conclusión, pues es imposible tener la luz fuerza impulsiva o ejercerla sin movimiento local, como es claro. Para que un cuerpo impela o mueva localmente a otro, es preciso que tenga en sí el mismo movimiento, sin que sea posible señalar en toda la naturaleza algún ejemplar en contrario. Ahora prosigo así: ningún movimiento local se puede hacer en instante: luego la luz no se propaga instantáneamente. La menor subsunta se prueba concluyentemente. Lo primero, porque el movimiento local, en confesión de todos los filósofos, o esencialmente es sucesivo, o por lo menos, sin milagro, no puede dejar de serlo. Lo segundo, porque de ser instantáneo, se seguiría necesariamente estar el cuerpo movido en el mismo instante en dos lugares: conviene a saber, en el lugar de donde se mueve y en el lugar adonde se mueve.

22. Puede probarse lo mismo por la primera conclusión, pues los corpúsculos de la luz, que aumentan el peso a los cuerpos con quienes se mezclan, no pueden introducirse en sus poros sin movimiento local, como parece evidente: por consiguiente, hay en esta progresión alguna sucesión, aunque cortísima, de tiempo.

V

curs

máti

1

e

a

ne

con

es

ma

ter

nic

EXISTENCIA DEL VACIO

Discurso trece

Véase para inteligencia de este dis-urso la explicación de la máquina neu-ıática, que está al fin del discurso IX.

§ I

1. La cuestión sobre la posibilidad existencia del vacío se hizo tan famo-a en estos tiempos, que vino a dar una ıueva denominación a los filósofos que ontienden en ella, según los diferen-es partidos que siguen, pues se lla-nan *vacuistas* los que afirman la exis-encia del vacío; *plenistas* los que la ıiegan.

2. Aristóteles puso al mundo en po-esión de la *plenitud*, dando por abso-utamente repugnante que haya en él lgún espacio, ni aun mínimo, que no sté lleno u ocupado de algún cuerpo. ,os aristotélicos cristianos mitigaron el igor de la sentencia de su maestro, li-nitando la imposibilidad del vacío, o lejándola solo respectiva a la fuerza le los agentes naturales, pues conceden ue Dios, usando de su absoluto po-ler, es capaz de inducir algún vacío n un Universo. Y no es dudable que ıristóteles pondría la misma limitación, i tuviese la misma idea que nosotros enemos del infinito poder de la pri-nera causa. Pero el mal es que aquel utilísimo filósofo alcanzó muy poco le lo que está de tejas arriba.

3. Descartes, que con su nuevo sis-ema trastornó todo el aristotelismo, en onsecuencia del mismo sistema volvió ı establecer en cuanto a esta parte, bien ue fundado en distinto principio, la loctrina de Aristóteles. No sólo la res-tableció, pero la puso mucho más rí-gida, pues no sólo afirmó que Dios, usando de todas las fuerzas de su om-nipotencia, no podía introducir vacío alguno en parte alguna de este grande espacio, comprehendido por la circunfe-rencia exterior o convexa del cielo em-píreo, más también que aun aquellos inmensos espacios, que nosotros llama-mos *imaginarios*, son verdaderamente corpóreos o están llenos de alguna ma-teria. Véase lo que en orden a esta opi-nión cartesiana hemos escrito, tomo I, discurso XIII, desde el número 17 has-ta 20 *inclusive*, y tomo II, discurso I, desde número 37 hasta 41 *inclusive*.

4. Estando la disputa entre aristo-télicos y cartesianos sobre la menor o mayor imposibilidad del vacío, se apa-recieron nuevos contendientes en la cam-paña, que los obligaron a confederar-se en algún modo para resistir a sus comunes enemigos. Estos son muchos filósofos modernos (su mayor número compuesto de gasendistas, y maignanis-tas), los cuales, no sólo afirman ser el vacío posible, mas aun existente. Nues-tro dictamen se verá en las conclusio-nes siguientes.

§ II

5. Digo lo primero, que la razón con que prueba Aristóteles la imposi-bilidad del vacío, estriba en fundamen-to falso, y aun cuando se admita el fun-damento, no prueba su opinión. Consta nuestra conclusión de dos partes, que se probarán separadamente. Funda Aristóteles la imposibilidad del vacío en que en él no se podría dar movi-miento: pongo por ejemplo, que pues-

to en él algún cuerpo grave, no podría moverse hacia el centro, lo cual prueba así: un cuerpo grave se mueve con mayor velocidad a proporción aritmética que es menos denso o más raro el medio por donde se mueve: de suerte que si el medio *B* es de duplicada raridad que el medio *A*, el cuerpo se moverá con duplicada velocidad por el medio *B*, que por el medio *A*; aunque parece ser, que la velocidad del movimiento se ha de proporcionar a la mayor o menor resistencia del medio, y el medio, tanto menos resiste, cuanto es más raro o menos denso. De aquí infiere que en el vacío, donde no hay resistencia alguna en el medio, porque no hay medio, el cuerpo, si se moviese, se movería con infinita velocidad: infinita velocidad repugna: luego repugna movimiento alguno en el vacío.

6. Repito que la suposición que hace Aristóteles de que un cuerpo aumenta su velocidad en proporción aritmética de la mayor raridad del medio, es falsa. Demuéstrase esto claramente en dos medios desigualísimos en densidad, que son el aire y el agua, de los cuales el primero es ochocientas veces, poco más o menos, más raro que el segundo. Si la suposición de Aristóteles fuese verdadera, una piedra, bajando por el aire, tendría ochocientas veces más velocidad que bajando por el agua, lo que está tan lejos de ser verdad, que apenas el aumento de velocidad en el aire llegará a cuatro o cinco tantos de la que hay en el agua.

7. Pero demos que el supuesto de Aristóteles fuese verdadero: lo que puede seguirse de él es que una piedra u otro cuerpo grave colocado en el vacío no se movería, pero no que el vacío repugna; si no es que se pruebe primero que la quietud del cuerpo grave en él es repugnante, lo cual nunca se probará.

§ III

8. Digo lo segundo, que el fundamento con que prueba Descartes la repugnancia del vacío, es futilísimo y sobre eso infiere algunos dogmas cartarios a la Fe. El fundamento de Descartes se reduce, como ya apuntamos en otra parte, a que repugna espacio, en quien nuestro entendimiento no conciba naturalmente extensión actual; y esta idea, como innata, no está sujeta a engaño, porque las ideas innatas son impresas por el Autor de la Naturaleza, el cual no puede engañarnos: luego repugna espacio en quien no haya realmente extensión actual; por consiguiente, en todo espacio hay materia, porque según la sentencia de Descartes, la esencia de la materia consiste en la extensión actual: luego repugna espacio vacío o privado de todo cuerpo.

9. Es fútil este discurso, porque infiere del concebir al ser o del ser objetivo e imaginario al subjetivo y real. Ni aprovecha decir que aquella concepción es natural, porque lo que llama Descartes idea innata, no es otra cosa que una imperfección congénita de nuestro entendimiento, por la cual éste aprehende las privaciones a manera de entes positivos. Así concibe la ceguera como una cualidad existen en los ojos, la sombra como un tinte que ennegrece el espacio que ocupa, etc.

10. Es también fútil, porque supone Descartes, y no prueba, que el constitutivo de la materia es la extensión actual, lo cual tiene contra sí graves dificultades.

11. Pero lo peor que tiene este argumento cartesiano son los absurdos que de él se siguen, y que ya en otras partes hemos apuntado. Síguese lo primero, que el mundo es infinito, porque en toda la inmensidad del espacio que llamamos *imaginario* o en cualquier parte de él concebimos extensión; por consiguiente, hay allí materia o cuerpo. Véase tomo I, discurso XIII, núm. 17.

12. Síguese lo segundo, que la materia es *ab aeterno*, porque considerando antes de la creación este espacio que el mundo después de su creación ocupa, concebimos extensión en él; por consiguiente, antes de la creación había materia en él. Véase el mismo discurso citado, número 20.

13. Síguese lo tercero, que Dios no uede aniquilar la materia contenida a algún espacio, sin introducir o criar llí otra de nuevo, pues si lo hiciese, ya uedaría espacio vacío. Es verdad que lescartes se traga este absurdo, conceiendo que Dios no puede aniquilar nte alguno. Pero, ¿quién no ve que sta es una limitación indigna del poer divino, y que es una contradicción ıanifiesta el que no pueda reducir un nte a la nada el que hizo de la nada odos los entes? En el citado discurso, úmero 2, se podrá ver evidentemente ebatida la prueba con que pretende lescartes establecer tan ridícula paraoja.

§ IV

14. Digo lo tercero, que las razones e los aristotélicos, no prueban la impobilidad material del vacío. Dos fundaıentos tienen los aristotélicos, uno teóico, otro experimental. El primero es, ue habiendo vacío, se turbaría toda la rmonía del Universo, porque por el esacio vacío no podrían comunicarse a ı tierra los influjos celestes; y como ingún agente natural tiene fuerzas ara turbar todo el orden de la naturaeza, se infiere que ningún agente naıral puede introducir vacío en la naıraleza.

15. Este discurso claudica por dos ıdos. Lo primero, sería menester proar que los influjos celestes no pueden omunicarse por el vacío, lo cual se upone y no se prueba; pero no se suone bien. Confieso que si dichos inlujos consistiesen en meras cualidades, ue propagadas de sujeto en sujeto desendiesen de los astros a la tierra, no odrían comunicarse por el espacio vaío, porque no hallarían en él cuerpo lguno que sirviese como sujeto de inerencia para sustentarlas. Pero si consisten en efluvios substanciales, como ienten todos los filósofos modernos, o veo por qué éstos no puedan deriarse por el vacío.

16. Lo segundo, concedemos que el urbar el orden de la naturaleza en todas sus partes supera las fuerzas de todo agente natural, mas no el turbarle en alguna pequeña parte. A cada paso están los agentes naturales turbando de este modo el orden de la naturaleza. Turbar el orden de la naturaleza es calentar el agua, según la sentencia común, que concede al agua exigencia natural del frío, y esto a cada momento se hace. Turbar el orden de la naturaleza es alterar en algún individuo aquella organización que es debida a su especie; lo cual sucede en todos los monstruos. Alterar el orden de la naturaleza es tirar una piedra a lo alto, pues es contra su gravedad natural, etc. Concederemos consiguientemente, que ningún agente natural puede introducir un vacío tan grande que interceptase los influjos del cielo a toda la tierra, ni aun a una gran parte de ella, pero negaremos que no los pueda estorbar a una pequeña parte. De hecho, con cualquier edificio que se levanta, se estorba, respecto del terreno en que se fabrica, aquella parte del influjo solar que hace producir y crecer las plantas. Así, estas frases de estorbar los influjos celestes, turbar la armonía del Universo, deben contarse entre aquellas expresiones altísonas con aire de misterio, que hacen gran fuerza a los pobres estudiantes gritadas en las aulas, y no contienen dificultad alguna, si desembarazándolas de toda equivocación, se penetra bien su significado.

17. El segundo fundamento de los aristotélicos se toma de aquellos experimentos que hemos propuesto en el segundo tomo, discurso XI, números 2, 3 y 4, y de que pretenden inferir la imposibilidad natural del vacío. Pero en aquel discurso hemos mostrado con toda evidencia que no infieren eso, sí sólo el peso y fuerza elástica del aire. Véase todo el discurso, por excusarnos de repetir aquí lo que allí tenemos dicho.

18. Sin embargo, por supererogación añadiremos otra prueba concluyente tomada de la *máquina neumática*. En aquella máquina, donde con las repetidas introducciones y extraccio-

nes del émbolo se va sacando el aire del recipiente, se experimenta que a los principios se extrae el émbolo sin la menor dificultad; pero hechas algunas extracciones, ya es menester aplicar bastante fuerza para extraerle, y la dificultad va creciendo según crece el número de extracciones, de modo, que llega el caso que apenas hay fuerza bastante para extraerle. En este estado, en que para extraerle se aplica el último esfuerzo, después de la última extracción se tiene fuertísimamente asido el manubrio, para continuar los experimentos que se pretenden hacer en el recipiente de donde se ha sacado el aire. Puestas así las cosas, si los que tienen asido el manubrio le sueltan, el émbolo al momento, contra la natural inclinación de su gravedad, sube arriba con un ímpetu terrible a ocupar la cavidad de la antlia. Es claro que los aristotélicos están precisados a explicar este fenómeno por el mismo principio por donde explican el ascenso y suspensión de la agua en los tubos, diciendo que el émbolo sube a impedir el vacío en la cavidad de la máquina, pues no ven fuerza alguna que le mueva contra la inclinación de su gravedad, sino la necesidad de impedir el vacío. Pero ve aquí que por el mismo caso se hallan convencidos a conceder el vacío, que iban a evitar: porque si el émbolo sube por impedir el vacío, sube por impedir un vacío que ya estaba existente después de la última extracción del émbolo, no un vacío que amenaza de futuro. Es claro, porque cuando sube, ningún agente extrae el aire ni otro cuerpo alguno, ni aun está próximo o dispuesto a extraerle de la cavidad de la máquina. Bien lejos de eso, entonces ya se va introduciendo muy poco a poco alguna porción de aire por las tenuísimas rendijas que hay en las junturas de la máquina; de modo que pasado algún tiempo considerable, vuelve a llenarse de aire su cavidad, porque nunca pueden ajustarse tan perfectamente todas las piezas que se estorbe toda entrada al aire.

19. Es, pues, indispensable, que los aristotélicos concedan una de dos cosas: o que en aquel tiempo intermedio entre la última extracción del émbolo y su ascenso cuando sueltan el manubrio, había vacío en la cavidad de la máquina, o que digan con nosotros que no la necesidad de impedir el vacío, sino el peso y fuerza elástica del aire es quien hace subir el émbolo cuando se suelta el manubrio. Esto se entenderá fácilmente considerando que antes de empezar la evacuación, el aire contenido en la cavidad de la máquina resistía la presión del aire externo, porque la compresión de aquél estaba en equilibrio con la fuerza de éste, por cuya razón era preciso que el émbolo dejado a su libertad, como suspendido entre dos fuerzas iguales, no se moviese hacia dentro: que al paso que el aire de adentro se va evacuando, el que resta en la cavidad se va enrareciendo más y más, y a la misma proporción se va minorando su resistencia a la presión del aire externo; de aquí depende que cuantos más movimientos se dan al émbolo para extraer el aire, tanto con mayor facilidad se introduce y con mayor dificultad se baja, hasta que en fin, después que queda poquísima porción de aire en la cavidad de la máquina, la que se supone sumamente enrarecida, es menester grandísima fuerza para extraer el émbolo, porque se lidia contra la presión del aire externo, y éste, si se suelta el manubrio, le arroja con poderoso ímpetu hacia dentro.

§ V

20. Digo lo cuarto, que el vacío es naturalmente posible. Esta razón se prueba con las antecedentes, porque se debe dar por posible naturalmente todo aquello en que no se halla razón, ni metafísica ni física de imposibilidad: luego constando por lo dicho arriba que no se da razón alguna suficiente que pruebe la imposibilidad natural del vacío, se debe admitir su natural posibilidad.

§ VI

21. Digo lo último, que actualmente se da vacío en la naturaleza. Esta conclusión prueban muchos con los experimentos de la máquina neumática, donde se hace sensible la casi total extracción del aire, y por consiguiente, parece queda la cavidad de la máquina casi del todo vacía. Pero debemos confesar que estos experimentos no prueban la vacuidad, pues aunque se extraiga todo el aire de la máquina, queda lugar a que otra materia más sutil que el aire, que pueda penetrar por los poros de la máquina, se introduzca en su cavidad, al paso que se extrae el aire de ella. Tal pone Descartes a su *materia etérea*; y aun prescindiendo del cartesianismo, es, si no cierta del todo, por lo menos probabilísima la éxistencia de otro cuerpo mucho más flúido, sutil y delicado que este aire grosero que respiramos. Por lo cual, a esta materia sutilísima, a quien ningún cuerpo es impenetrable, recurrirán sin duda los *filósofos plenistas*, para evitar el vacío en la máquina neumática.

22. Lo mismo se puede responder a otro experimento vulgar, que es de un tubo de vidrio largo tres pies o más, cerrado por una parte y lleno de azogue, donde si se invierte el tubo, de modo que mire a la tierra la extremidad abierta, cae el mercurio un poco, de suerte que queda suspendido la altura de tres pies y unos cuantos dedos. Digo que aunque en este experimento queda aquella parte de la cavidad del tubo, comprehendida entre su extremidad superior y el azogue, vacía de aire, se puede recurrir para llenarla a la materia sutil, que penetra los poros del vidrio.

23. No siendo, pues, posible sacar de este atrincheramiento a los contrarios acometiéndolos de frente, tomaremos el sesgo de admitir esa misma materia sutil con que quieren impedir el vacío y con ella probaremos que realmente le hay. Arguyo así: la materia sutil es condensable: luego hay en ella poros o pequeños espacios vacíos de toda materia. Supongo cierto el antecedente por la regla general de que no hay cuerpo alguno que no sea capaz de poca o mucha condensación y rarefacción; y a la verdad, si el frío y el calor condensan y enrarecen aun el vidrio y los metales más duros, como consta de indubitables experimentos, ¿cómo podrá negarse que el calor enrarezca y el frío condense un cuerpo tan tenue como es la materia sutil? Pruebo, pues, la consecuencia: condensarse un cuerpo es juntarse o acercarse más unas a otras las partes del mismo cuerpo, pero esto no puede suceder sin que entre ellas hubiese antes algunas vacuidades: luego las había. La mayor es *per se nota*, y la menor se prueba, porque si entre ellas no hubiese algunos espacios vacíos, ya estarían todas juntas o inmediatas unas a otras; por consiguiente, no podrían acercarse más.

24. Ni puede decirse que los espacios intermedios estaban llenos de otra materia distinta, la cual se exprime y sale fuera al tiempo de la compresión, y así se pueden acercar unas a otras las partes de la materia sutil. Lo primero, porque sería preciso decir que esa materia es más sutil que la misma materia sutil, contra la suposición que hacen todos de que la materia etérea, de la cual procede el argumento, es el más sutil de todos los cuerpos. Digo que sería preciso decir eso; porque si la materia que ocupa los poros de la materia sutil fuese igualmente sutil que ella, sería homogénea a ella o sería todo un cuerpo homogéneo, por consiguiente incapaz de compresión por estar ya todas sus partes en la mayor inmediación; y si fuese menos sutil, no podría sostenerse entre los poros de la sutil, porque ningún cuerpo flúido es capaz de sostener entre sus poros otro que sea más compreso o menos leve que él.

25. Lo segundo, porque de esa materia que ocupa los poros de la sutil haremos el mismo argumento; esto es, que esa materia es también capaz de

comprimirse y dilatarse, por consiguiente hay en ella algunas vacuidades. Con que, o los contrarios han de dar un proceso infinito o confesar espacios vacíos en la materia sutil.

§ VII

26. Bien sé que muchos aristotélicos explican la rarefacción y condensación de modo que ni para aquélla es menester introducción de materia extraña en los poros de la materia que se enrarece, ni para ésta es menester expulsión de alguna materia extraña del cuerpo que se condensa, sin que por eso cencedan vacuidad alguna: porque, definiendo ellos el cuerpo raro *aquel que debajo de grandes dimensiones tiene poca materia,* y el denso *aquel que debajo de pequeñas dimensiones tiene mucha materia,* consiguientemente dicen que un cuerpo se enrarece, sin introducir en sus poros nueva materia, y se condensa, sin expeler alguna que estuviese contenida en ellos. Ni tampoco —añaden— se han de suponer algunos poros vacíos en el cuerpo raro; si fuese así, no aumentaría en realidad sus dimensiones el cuerpo, que se enrarece, pues cada parte suya no ocuparía más espacio que antes, porque los espacios que quedasen vacíos en sus intersticios, no serían ocupados por ellas, y así la extensión se aumentaría en la apariencia, mas no en la realida.

27. Dice Francisco Bayle, que es tan quimérica esta explicación de la rarefacción y condensación, que apenas puede creer que los mismos que la dan, la entiendan, y yo me conformo con su dictamen, porque si se mira bien, se hallará que envuelve contradicción manifiesta, así mucha materia con poca extensión, como poca materia con mucha extensión. Lo cual explico así: mucha materia con poca extensión, es mucha cantidad de materia con poca cantidad de materia; esto implica contradicción: luego, etc. Pruebo la mayor: la extensión de la materia es la cantidad de la materia, pues la cantidad no es otra cosa que la extensión; por otra parte, mucha materia no es otra cosa que mucha cantidad de materia: luego mucha materia con poca extensión es mucha cantidad de materia con poco cantidad de materia. El mismo argumento milita, como es claro, contra el otro extremo de poca materia con mucha extensión.

28. Más: si en los poros del cuerpo raro, ni hay vacuidades ni materia alguna extraña, sino que todas sus partes minutísimas están por todos lados con suma inmediación de unas a otras, es imposible que se condense, sin que entre algunas partes haya penetración: porque, concibamos con la mente (pues para esto no importa que sean o no designables) dos partes minutísimas inmediatas una a otra, de las cuales cada una por consiguiente ocupa un espacio minutísimo: es imposible, que entre éstas haya condensación sin penetración, pues no pueden reducirse a menor espacio, sino ocupando entrambas juntas un mismo espacio minutísimo, como antes ocupaban entrambas dos espacios minutísimos distintos; pero ocupar dos partes en mismo espacio, es estar penetradas: luego, etc. Lo mismo que se arguye de las partes minutísimas se infiere de otras de cualquiera magnitud que sean. Tomemos un cuerpo que ocupa un palmo cúbico de espacio, y consideremos que en toda su extensión no hay ni un espacio mínimo vacío. ¿Cómo podrá este cuerpo condensarse, o digámoslo así, apretarse más de lo que está, sin que algunas partes se penetren con otras? En aquel cuerpo no hay parte alguna grande ni chica, la cual por todos lados no esté inmediatísima a otras partes: luego es imposible apretarse más unas con otras sin que algunas se compenetren.

29. Esta es una demostración tan clara, que más parece matemática que física, y no dudo que cualquiera que la penetre bien, admirará que haya filósofos que defiendan la explicación de la rarefacción y condensación, que hemos impugnado. Pero yo nada admiro por la antigua observación que tengo

hecha desde que frecuento las aulas, de que son innumerables los filósofos, o que tienen nombre de tales, cuya solicitud única es llenarse de voces o frases facultativas, sin examinar si hay objeto verdadero y real correspondiente a ellas, lo que en algunos, y acaso los más, es disculpable, porque su rudeza no alcanza a más que tomar de memoria las voces como los papagayos, pero muy reprehensible en otros, que, o por no aplicarse a desentrañar las cosas en sí mismas o por mantener obstinadamente la errada doctrina en que los criaron, defienden lo mismo que no entienden.

§ VIII

30. Pruebo lo segundo la conclusión con otro argumento que muchos filósofos modernos tienen por demonstrativo, y pienso darle más vivas luces que las que le han dado hasta ahora. Si no hubiese vacuidades en el universo, no podría haber en él movimiento alguno, lo cual se explica así: no podría un cuerpo moverse en el aire sin mover juntamente el aire inmediato hacia la parte misma para donde el cuerpo se mueve; y este aire tampoco podría moverse, sin mover otro aire, y así continuamente: de modo que este impulso necesariamente se propagaría hasta los términos del mundo, a menos que dentro de esos mismos términos hubiese algunos vacíos donde reposase el aire movido. La razón es clara, porque suponiendo que el aire se mueve de Oriente a Poniente, necesariamente ha de imprimir su impulso al otro aire que mira en rectitud hacia el Poniente: de este segundo se debe decir lo mismo, lo mismo del tercero, y así consecutivamente, si todo está lleno. Como no hay, pues, fuerza alguna para mover tan inmenso volumen, se infiere que estarían en eterna quietud todos los móviles.

31. Entenderáse esto bien con el ejemplo siguiente: si pusiesen a un hombre dentro de una sala cerrada por todas partes y llena de piececillas de madera, perfectamente ajustadas unas con otras, es cierto que no podría moverse poco ni mucho, por no haber algún espacio vacío dentro de la cuadra, hacia donde moviese las piezas de madera cuando quisiese moverse; y así, si imprimiese algún impulso a las piezas que tiene delante de sí, éste se había de ir continuando en línea recta hasta la pared de enfrente; y no teniendo fuerza bastante para derribar la pared, necesariamente se había de quedar inmóvil. La aplicación al caso de la cuestión es literal.

32. Responden los contrarios que nuestro argumento sería concluyente, si los cuerpos por donde se hace el movimiento o progresión local, fuesen sólidos o firmes, pero no siendo líquidos o flúidos, como son el aire y agua, porque las partes de éstos ceden facilísimamente unas a otras, por lo cual no hay dificultad alguna en que cualquier cuerpo se mueva en ellos.

33. Pero esta respuesta procede de falta de inteligencia de la dificultad, y los que responden así, no advierten que los cuerpos sólidos resisten al movimiento, que haya vacuiddes en ellos, que no; pues aunque tengan varias vacuidades diseminadas o muchos poros vacíos, subsiste en ellos la cohesión o ligadura de las partes, que impide el movimiento de otro cuerpo por medio de ellos. Pero el impedimento para el movimiento, que resulta de la plenitud, es y no puede dejar de ser común a sólidos y líquidos. Supóngase una serie continuada de partículas de aire en derechura de Oriente a Poniente, y que un cuerpo quiere moverse de Oriente a Poniente, impeliendo la primera. Digo que no podrá moverse, sin mover toda aquella serie continuada de partículas, hacia donde imprime el impulso. La razón para mí es clara, porque para moverse cualquier partícula de toda aquella serie, es forzoso que mueva otra que esté inmediata a ella; y habiendo de mover alguna, debe ser aquella que mira en recta línea hacia Poniente, no alguna de las que están a los lados, porque la resistencia, prescindiendo de

la dirección del impulso, es igual de todas partes, pues hacia todas partes hay igual plenitud: luego habiendo de forzarse al movimiento alguna partícula, debe ser la que está puesta en rectitud hacia Poniente, pues hacia aquella parte se dirige el impulso. De ésta se hace el mismo argumento respecto de la otra inmediata hacia Poniente, y así infinitamente, hasta llegar a algún cuerpo sólido, v. gr. al primer cielo (si es sólido éste) o si no al firmamento; y si todos los cielos son flúidos, llegaría el movimiento de la materia movida hasta los espacios imaginarios. Pero si hay algún cielo sólido, continuándose hasta allí el movimiento, de allí refluctuaría hacia los lados, y así sucesivamente, por no hallar vacuidad alguna donde colocar las partículas movidas, sin que moviesen a otras, se movería toda esta gran masa líquida, que está contenida en la superficie cóncava del cielo; y por otra parte sería imposible moverse, por no haber espacio vacío hacia donde pudiese moverse; del mismo modo que las piezas de madera contenidas dentro de una cuadra y totalmente inmediatas unas a otras por todas partes, no podrían moverse sin romper las paredes o techo de la cuadra.

34. De aquí se infiere contra la suposición que hacen los contrarios en su respuesta, que si no hubiese vacuidades en el Universo, no habría en él cuerpo flúido alguno, antes todos serían infinitamente más sólidos que el bronce y el mármol: porque cuerpo flúido es aquel, cuyas partes se mueven promiscuamente con facilidad hacia todos lados; siendo, pues, imposible tal movimiento en el aire, v. gr., sería éste un cuerpo de extrema solidez.

35. Por conclusión advierto que nuestros argumentos sólo prueban el vacío diseminado o repartido en innumerables pequeñísimos espacios, que podemos llamar poros de los cuerpos más sutiles, pues éste sólo se requiere así para la rerafección y condensación, como para el movimiento o progresión local de los cuerpos. En cuanto al vacío que llaman coacervado o vacuidad que coja un considerable espacio, juzgo mucho más probable que no le hay, pero no hallo razón que me persuada su imposibilidad ni metafísica ni física.

INTRANSMUTABILIDAD DE LOS ELEMENTOS

Discurso XIV

§ I

1. Tomamos aquí como elementos (séanlo o no) aquellas cuatro especies de cuerpos, que en la escuela peripatética están admitidos como tales: aire, fuego, tierra y agua. Que estos cuatro cuerpos, por la acción recíproca de unos contra otros, pueden mutuamente transmutarse, de modo que la materia de cualquier elemento pase inmediatamente a tomar forma y especie de otro cualquiera, por la acción de éste sobre aquél, es comunísimo en la misma escuela. Algunos pocos lo niegan de los elementos disímbolos. Llaman así a los que en ninguna de las cuatro calidades primeras convienen; como símbolos, a los que concuerdan en alguna de ellas; v. gr., la tierra y el agua son elementos símbolos, porque aunque uno es seco y otro húmedo, convienen en que ambos son fríos. El fuego y el agua son disímbolos, porque aquél es caliente y seco, la agua fría y húmeda, y así discrepan en todas las cualidades primeras. Pero no tengo noticia de autor alguno que haya negado la transmutabilidad inmediata de todos los elementos, tanto símbolos, como disímbolos, sino el padre Arriaga, a quien en este discurso suscribo, aunque fundado principalmente en algunas razones particulares, que ni en este autor se hallan ni acaso en otro alguno, porque son tomadas de algunos nuevos experimentos físicos.

2. Aunque tengo en parte por falsa y en parte por incierta la distribución que hacen los aristotélicos de las cuatro primeras cualidades en los cuatro elementos, no me meto ahora en impugnarla: lo uno, porque en orden a algunos miembros suyos lo hicimos ya en las otras *Paradojas físicas*: la otro, porque para el asunto que seguimos ahora, nada nos perjudica el admitirla.

§ II

3. La razón más plausible con que los aristotélicos prueban que el fuego puede transmutar a su especie otro cualquier elemento, pongo por ejemplo el agua, es porque puede calentarla más y más, hasta llegar al octavo grado de calor, o al calor *in summo*; y siendo éste disposición conexa necesariamente con la forma de fuego, precisamente se ha de introducir ésta en la materia del agua, cuando llegue a calentarse en aquel grado. En este argumento dan por supuesto infalible el que el agua pueda adquirir aquel supremo grado de calor. Pero el mal es que la experiencia ha mostrado, no una, sino muchas veces, que el supuesto es falso. En la Academia Real de las Ciencias se ha averiguado con repetidos experimentos, que el agua, en llegando a hervir, adquiere todo el calor que puede adquirir: de modo, que aunque después le apliquen fuego mucho más violento y en mucho mayor copia, no se calienta más. Así han tomado el calor del agua hirviendo por

regla uniforme, para graduar todos los termómetros. También consta por muchos experimentos hechos con la mayor exactitud, tanto en la Academia Real de las Ciencias, como en la Sociedad Regia de Londres, que la agua hirviendo no calienta el aire más que una sexta parte de lo que calienta un fuego mediano; por consiguiente, no tiene más que una sexta parte de los grados de calor que tiene el fuego. Ve aquí, pues, el supuesto en que fundan los aristotélicos su grande argumento, totalmente arruinado.

§ III

4. Pero ya que el fuego no pueda convertir en fuego el agua, que es elemento disímbolo respecto de él, ¿podrá por lo menos convertir a la tierra y al aire, con quienes, según los aristotélicos, simboliza con aquélla por la sequedad, y con éste por el calor? Tampoco.

5. Lo primero se prueba: porque, ¿qué tierra (hablando de la que vemos acá en la superficie del globo) es atormentada por el fuego tan diuturnamente ni con tanto rigor como la de los ladrillos de que se forman los hornos? Sin embargo, aquélla subsiste muchísimos años, sin que un átomo suyo se transmute.

6. Si extendemos la consideración a la que circunda los volcanes, aún es más fuerte el argumento. Si el fuego transmutase la tierra en fuego, ya por la actividad de tantos volcanes estaría abrasado todo el mundo. Acaso se responderá, que en el continuado combate de estos dos elementos se alternan los triunfos, de modo que unas veces el fuego transmuta la tierra, otras la tierra el fuego, y por consiguiente subsistan sensiblemente en equilibrio. Pero esta respuesta carece de toda verisimilitud, pues se sabe que al fuego, una vez que empiece a vencer, no le delibita el combate, antes le aumenta la fuerza, de suerte, que no cesa hasta destruir enteramente a su enemigo.

7. No ignoro, que en el Etna y otros volcanes se ha observado, que sus aberturas son hoy mucho mayores que eran algunos siglos ha. Mas de aquí no puede inferirse que aquella porción de tierra que falta, se convirtió en fuego. Lo que se infiere, y lo que hace evidente la experiencia, es que el ímpetu de la llama, cuando se desborda, arrebata siempre, eleva y arroja fuera alguna cantidad de la tierra que la circunda. En la relación que como testigo de vista hizo Plinio al Menor de la trágica muerte que a su tío Plinio el Mayor ocasionó la ardiente curiosidad de examinar de cerca los incendios del Vesubio en una de sus mayores furias, se lee que hasta las naves de la armada romana, ancoradas en el puerto vecino, llegaban las piedras que la violencia de la llama arrancaba de la concavidad y hacía volar por grandes espacios de aire. ¿Qué no hará con la tierra un ímpetu que rompe y dispara peñascos?

8. Si fuese verdad lo del fuego central o grandioso depósito de llamas, que en el centro de la tierra quisieron establecer los padres Kirker, Casiti, Castel, y con ellos otros muchos, subiría mucho de punto la eficacia de esta razón probativa, pues siendo aquél como un océeano de fuego, que ocupa dilatadísimo espacio, y de quien se derivan hasta la superficie del globo estos arroyos de llamas que llamamos *volcanes*, a pocos días sería fuego todo el orbe, y a pocos más sería todo ceniza, si el fuego tuviese actividad para transmutar la tierra en su especie. Pero nada debemos fundar en lo que sólo se permite a físicas conjeturas.

§ IV

9. Contra la transmutación del aire en fuego ya es argumento anciano el qué toda la esfera del aire hace mucho tiempo estaría hecha esfera de fuego. A esto responden que el fuego que tenemos acá abajo, por ser muy impuro, necesita pábulo más denso o craso

que el aire. A los ojos se viene la réplica que contra los aristotélicos se puede hacer con el fuego, que constituyen entre la esfera del aire y el cielo de la luna, pues siendo aquél, como ellos quieren, purísimo, podrá muy bien cebarse con el delicado alimento del aire vecino, y de allí ir bajando sucesivamente hasta encender nuestra atmósfera.

10. Es de advertir, que cuando a los aristotélicos se les propone contra la existencia de la esfera del fuego el inconveniente de que abrasaría el aire, responden que aquél es un fuego tenuísimo y rarísimo, por tanto incapaz de quemar. Mas cuando aquí se les representa el mismo inconveniente en el fuego de acá abajo, ocurren con que es impuro y craso, y así el aire, por ser tan raro y tenue, no es para él alimento proporcionado. Conque unas veces por puro, otras por impuro, unas por tenue, otras por craso, deja el aire como se estaba. ¿Cuál se puede llamar contradicción, si ésta no lo es? Y el caso es, que aun admitidas estas soluciones, dejan el campo al enemigo, pues ya por una razón, ya por otra, nunca llegará el caso, ni puede llegar, de transmutarse el aire en fuego. ¿Cómo, pues, defienden, que no hay elemento alguno que no pueda transmutarse inmediatamente en otro cualquiera elemento, y mucho más fácilmente siendo elementos símbolos, como lo son en su sentir el aire y el fuego?

11. Pero demos un nuevo y eficacísimo golpe en esta contienda, que atajará toda evasión, proponiéndoles otro fuego, que ni tiene la impureza del de acá abajo, ni la falta de actividad del que imaginan allá arriba, y que con todo no convierte jamás el aire en fuego. Este fuego distinto es el del sol congregado en el foco del espejo ustorio. Todos asientan que este es un fuego purísimo, y nadie ignora que es extremadamente activo, tan puro por lo menos como el de allá arriba y más activo que el de acá abajo. Ve aquí un fuego que tiene bien hechas las pruebas de estar exento de las dos nulidades que los aristotélicos atribuyen a los otros dos fuegos, y que con todo jamás convirtió en fuego una pulgada de aire. Es claro: pues si empezase a encenderle, proseguiría en el de toda una región y después en el de todo el mundo, salvo que acudiese a tiempo una copiosa lluvia al socorro.

§ V

12. Si el fuego, que es el más activo y eficaz de todos los elementos, no puede transmutar otro alguno a su especie, parece que ni los demás podrán recíprocamente transmutarse. Creo firmemente que si en un vaso de agua, por grande que sea, se echa un poco de arena, ésta se irá al fondo y allí se estará años enteros en su ser de arena. Del mismo modo, si alguna cantidad de arena seca se rocía y humedece con un poco de agua y se cierra de modo que el calor no puede disipar o evaporar la humedad, me parece infalible que la arena se conservará siempre húmeda; lo que no sucedería, si convirtiese en su propia sustancia la agua con que la humedecieron.

13. Acaso se me argüirá con las concreciones que del agua se hacen en cristales, piedras comunes y preciosas. Pero a eso digo, lo primero, que ni los cristales ni las piedras son tierra y así la objeción no es del caso. cuando se disputa si la tierra puede hacerse del agua. Lo segundo, que aunque en el cristal y las piedras entre alguna porción de agua, concurren otros principios, como ácidos y álcalis, que íntimamente, y por minutísimas partículas mezclados con ella, la fijan. Lo de que el cristal no sea otra cosa que agua congelada, es error vulgar. Si lo fuera, se derretiría al fuego y sería más ligero que el agua, pues el agua helada es más leve que la flúida, y así nada sobre ella. Lo tercero, que aun cuando admitiésemos alguna conversión de agua en tierra, o de tierra en agua, no por eso lograrían nada los contrarios, mien-

tras no nos prueben que en la conversión de agua en tierra es el agente la misma tierra, y en la de tierra en agua lo es el agua, pues lo que aquí se disputa, no es si absolutamente un elemento se puede transmutar en otro, sino si virtud activa de la transmutación reside en el elemento a cuya especie se transmuta el otro. El que haya otro agente en la naturaleza que pueda hacerlo, no es del caso, y así puede permitirse sin riesgo.

§ VI

14. La conversión del agua en aire y del aire en agua está muy admitida. Pero no veo experiencia alguna que la pruebe. la vulgar de la *eolipila*, con que pretenden establecer la transmutación del agua en aire, está muy lejos de concluir cosa alguna. Dase el nombre de eolipila a un vaso de cobre o hierro, cerrado por todas partes, exceptuando un pequeño agujero, que se le deja a la punta de un pico o cola de bastante longitud. El uso de él es el siguiente. Caliéntase bien al fuego, para que se enrarezca el aire que tiene dentro. Luego, metiendo el pico en el agua, recibe toda lo que es menester para ocupar el espacio que deja el aire enrarecido al condensarse de nuevo con la frialdad del agua. En este estado se aplica otra vez al fuego, y luego que empieza a calentarse, empieza a soplar por el agujero, creciendo la fuerza del soplo a proporción de lo que crece el calor: de modo que está soplando con vehementísimo ímpetu por un buen rato, que es lo que tarda en disiparse totalmente el agua contenida en el vaso. La vehemencia del soplo, continuada por tanto tiempo, que puede encender toda una buena fragua, ha hecho creer que toda agua contenida en la eolipila se convierte en aire.

15. Aun cuando ello fuese así, nada lograban los aristotélicos para su pretensión, pues la supuesta transmutación del agua en aire en el caso presente no se haría por el aire, sino por el fuego, que con la fuerza del calor, enrareciendo mucho la agua, llegaría a darle tenuidad aérea, y lo que los aristotélicos pretenden, es que cada elemento transmute a su símbolo o disímbolo, no en otro tercer elemento distinto de los dos, sino en la sustancia del mismo elemento agente de la transmutación.

16. Pero realmente en el caso propuesto, ni por el aire ni por el fuego ni por otro algún agente se hace la transmutación de agua en aire. Esto se hace manifiesto, porque el agua se ve salir de la eolipila resuelta en vapor bastantemente denso, guardando figura cónica exactamente formada, cuya cúspide entá en la entrada del agujero, y de allí se va extendiendo en torno con gran regularidad y ocupando sucesivamente mayor espacio, hasta que enteramente se pierde de vista, como sucede a todos los vapores, cuando sus partículas se disgregan mucho unas de otras. Es evidente que aquel visible pirámide no es de aire: lo uno, porque el aire no es visible; lo otro, porque si al encuentro del pirámide se pone prontamente cualquier cuerpo denso y frío, se ve al momento bañada de agua su superficie, volviendo a congregarse en ella las partículas dispersas del vapor. Por otra parte, el vapor que sale es tanto, cuanto verisímilmente corresponde a toda el agua contenida en la eolipila, por lo cual no queda lugar a discurrir razonablemente que alguna porción de agua, ya que no toda, se haya convertido en aire.

17. Si se me opone que aquel soplo violento que enciende el fuego con tanta actividad, no puede ser sino de aire impelido, pues el vapor sólo no puede hacer este efecto, por consiguiente alguna porción considerable de agua se convierte en aire, respondo concediendo el antecedente y negando la consecuencia, porque sin recurrir a ese aire imaginario, término de la transmutación del agua, hay el que es menester, parte dentro de la eoli

lipila, parte fuera de ella. Dentro de la eolipila hay aquel aire, que antes se condensó al introducir la agua fría, y enrareciéndose después con el calor del fuego, sale con notable ímpetu, por necesitar mayor espacio. Pero concurre también el ambiente, que está enfrente del agujero de la eolipila, el cual es arrebatado con violencia, ya del aire de ella, ya del vapor, que también se mueve con mucha rapidez.

18. En cuanto a la transmutación del aire en agua, convence, al parecer, que no lo hay, el que en toda agua se ha hallado incluída alguna porción de aire dividida en minutísimas partículas, las cuales se perciben claramente, congregándose cuando el agua se hiela, y enrareciéndose cuando hierve. También en la *máquina neumática*, de cualquiera agua que se introduzca en ella, se saca alguna cantidad de aire. Pues si el agua no puede convertir en sustancia aquellas minutísimas partículas de aire, ¿cuándo llegará el caso de que le transmute?

NUEVA PRECAUCION CONTRA LOS ARTIFICIOS DE LOS ALQUIMISTAS Y VINDICACION DEL AUTOR CONTRA UNA GROSERA CALUMNIA

Discurso XVII

§ I

1. Dió motivo a este discurso, en cuanto al asunto primario, un error, que habiendo sido muchos años particular, de poco tiempo a esta parte, a toda prisa se va haciendo común. Este es la creencia de la transmutación del hierro en cobre por medio de la piedra lipis o vitriolo azul. La persuasión de que realmente se hace la transmutación dicha, es utilísima a los alquimistas, porque una vez que hagan creer que un metal se transmuta en otro (sea el que se quisiere), tienen ganado mucho terreno para que se les crea la existencia o por lo menos la próxima posibilidad de la deseadísima transmutación de los metales inferiores en la plata y el oro. Ahora vaya de historia, para que se vean los pasos, que de poco tiempo a esta parte dió el error expresado, y juntamente cómo se enlazó con él una grave injuria, que oculta pluma fabricó contra mi crédito, y cuya repulsa introduciremos como asunto secundario o parte accesoria del presente discurso.

2. Salió el año de 27 a luz un libro seudónimo con el título de *El mayor tesoro, Tratado de la Arte de la Alquimia, o Chrysopeya*, en quien el autor, que se disfrazó con el nombre supuesto de *Theóphilo*, con ocasión de traducir el tratado, que al mismo intento compuso *Æyreneo Philaletha* intitulado *la entrada abierta al cerrado palacio del Rey*, largamente se empeñó en probar, no sólo la posibilidad, más también la existencia de la chrisopeya o transmutación de los metales inferiores en oro. Luego que el autor dió a luz su libro, me regaló con un ejemplar, acompañado de carta firmada de su verdadero nombre y apellido, en la cual, favoreciéndome con expresiones muy honrosas, solicitaba que le manifestase el concepto que hacía de su obra. Respondí estimando el favor, y en cuanto al concepto del libro, prescindiendo de asenso o disenso a sus pruebas, sólo le dije que estaba muy bien escrito.

3. Escribiendo después el tercer tomo del *Teatro Crítico*, tomé por asunto de uno de sus discursos impugnar la existencia de la crisopeya. Era preciso para impugnarla hacerme cargo del nuevo escrito que la defendía. Así lo ejecuté, proponiendo contra él mis razones y respondiendo a sus argumentos, pero guardando escrupulosamente las leyes de la urbanidad, y elogiando al autor (sin descubrir su nombre y persona, por constarme ésto sólo de una carta privada) y al escrito, como se puede ver en el número 3 de aquel discurso.

4. Uno de los argumentos era la transmutación del hierro en cobre a favor del vitriolo azul, que el autor propone y explica a la página 43 y siguientes de su libro. Dos respuestas le

di. La primera, que no nos consta si lo que resulta de aquella operación es verdadero cobre o el mismo hierro, que depurado de sus más groseras partes, adquiere alguna semejanza al cobre. La segunda, que, aun admitida aquella transmutación, no se sigue la de los metales inferiores en oro, expresando el motivo de la disparidad.

5. Dado a luz mi tercer tomo opuso al mismo autor impugnando un pequeño escrito contra aquel discurso, insistiendo en que era verdadera la transmutación del hierro en cobre, y notándome de inconsecuencia, como que en el progreso del expresado discurso negaba la posibilidad de la crisopeya, que había concedido al principio. Omití responderle, no por desprecio de la impugnación, si sólo por no distraherme de la obra principal, la cual quedaría para siempre interrumpida, si yo hubiese respondido a la mitad de los papelones que a los principios salieron contra mí, y continuase en la misma tarea, pues los más ufanos de que saliese a contender en la palestra me incitarían con réplicas sobre réplicas a darles nuevas satisfacciones.

§ II

6. En este estado se quedó por entonces la crisopeya y la transmutación del hierro en cobre, prosiguiendo yo mi obra con algún recelo de que el autor de la impugnación atribuyese a desestimación de ella mi omisión en responderle, pero sin el menor cuidado de que juzgase que me faltaba respuesta y celebrase la victoria y como que quedaba el campo por suyo. Uno y otro podría imaginar. Sentiría yo lo primero, pero miraría con perfecta indiferencia lo segundo.

7. Con ánimo, pues, de no repetir jamás aquella lid, fuí prosiguiendo el *Teatro Crítico*, hasta que habrá como cinco o seis meses, llegaron a mis manos los ocho tomos de las *Memorias de Trevoux*, correspondientes a los años 30 y 31; ocupándome, luego que los recibí, en la agradable y erudita variedad de su lectura, llegué a las *Noticias literarias* del mes de septiembre del año de 30, donde, con grande admiración mía, encontré estampada una carta escrita (según suena) de Zaragoza a los autores de las *Memorias*, cuyo tenor, traducido literalmente del idioma francés al nuestro, es el siguiente:

8. «Lo que vos habéis previsto, cuando anunciásteis en vuestras sabias *Memorias de Trevoux* la obra del padre Feijoo (está estampado Feyzó), benedictino, se ha verificado grandemente, pues por todas las partes de España llueven escritos sobre este religioso, el cual ha sacado de vuestras *Memorias* lo mejor que ha empleado para el fondo de su obra. Pero con ocasión de lo que habéis publicado en el mes de agosto de 1729 al asunto de la transmutarción del hierro en cobre, os agradaréis de saber y manifestar al público, que el honor de este descubrimiento pertenece a Mr. Francisco Antonio de Tejada, gentilhombre español, que habiendo hecho esta transmutación ha algunos años, publicó generosamente el método en un libro impreso en Madrid en 1727, del cual se os ha pedido diéseis el extracto según cómodamente pudiéseis. El padre Feijoo, de quien se ha hablado, le elogia en su discurso octavo, donde trata de la piedra filosofal, y le impugna en su tercer tomo. Mr. Tejeda ha respondido a este autor que duda de la posibilidad de esta transmutación, y demás de muchas experiencias y razones, alega contra é lo que vos referís sobre este asunto en vuestras *Memorias*.

9. »El título del libro español es este: *El mayor tesoro, Tratado del arte de la alquimia, traducido en español del de Filaletha por Teófilo y ilustrado de varias cuestiones, y de análisis del mismo arte, y de una mantisa metalúrgica*. Tiene las aprobaciones del R. P. de la Reguera, profesor de matemática en el Colegio Imperial D. L. C. D. J. y de Mr. Martín Martínez, presidente de la Sociedad Real de Medicina en Sevilla, examinador, médico

le la familia real. Como se abomina n España hasta el nombre de la alquimia, por razón de los impostores que se han servido de este bello nombre para engañar, Mr. de Tejeda juzgó conveniente esconder su nombre, y no lamarse más que Teófilo, hasta que haya persuadido que la transmutación de os metales no es imposible, y que la criopeya es un arte real, y que haya declarado los motivos de la traduccion que emprendió. El capítulo 6 es donde se halla juntamente con las experiencias y razonamientos, que prueban la transmutación de los metales, un modo cierto de mudar el hierro en cobre fino, por medio de la piedra lipis o vitriolo azul.»

§ III

10. No es fácil adivinar quién fué el autor de esta carta. Lo más verosímil es que no se escribió de Zaragoza, sino de Madrid, y que se fabricó en aquel conciliábulo de tertulios de ínfima clase, que hicieron gavilla para inventar patrañas contra el *Teatro Crítico*, porque todo su contenido es un tejido de falsedades. Dejaré para lo último las que son en ofensa de mi persona, porque es lo primero y principal desengañar de las que pueden ser perjudiciales al público.

11. Yo le dejaría a salvo de muy buena gana al traductor de Filaletha el honor que en la Carta se le pretende de ser inventor a la transmutación del hierro en cobre, si el descubrimiento de esta falsedad no tuviese conexión necesaria con el desengaño de que no hay tal transmutación, que es lo que importa revelar al público, por que no se deje llevar de las vanas promesas de los alquimistas y piedra en inútiles esperanzan el tiempo y el dinero. Pero en el caso presente están los dos intentos tan ligados, que no se puede lograr el segundo sin el primero, fuera de que habiendo sido ya patentemente convencida por el padre Mro. Sarmiento en su excelente obra : *Demonstración Crítico-Apologética del Teatro Crítico Universal*, tomo 2, números 716 y 717, la falsedad de ser el traductor de Filaletha inventor de la transmutación del hierro en cobre, ya sería inutil mi silencio para sostener la patraña.

§ IV

12. Poco es lo que tengo que añadir sobre lo que el padre Mro. Sarmiento escribió a este asunto, pero eso poco es importantísimo, porque el mismo instrumento con que convenceré que el secreto en cuestión estaba divulgado antes que los estampase como nuevo el traductor de Filaletha en su libro de *Crisopeya*, prueba invenciblemente que la trasmutación del hierro en cobre es sólo aparente.

13. En las *Memorias de la Academia Real de las Ciencias* del año 1728 se halla una disertación del sapientísimo clínico Mr. Godofredo el Cadete sobre la formación artificial del vitriolo y el alumbre, donde trata ampliamente de la pretendida transmutación del hierro en cobre por medio del vitriolo azul y expone con todas sus circunstancias el modo de la operación. Hágome cargo de que este libro salió a luz un año después que el traductor de Filaletha, pero, ¿qué importa si habla de aquel artificio como es sabido muchos años años antes? Cita a Canepario, que en su tratado *De Atramentis* le publicó.

14. Prosigue Mr. Goofredo, después de la cita de Canepario, de este modo: *Estas operaciones, tomadas a la letra, han excitado la curiosidad de otros quimistas en diferentes tiempos: otras personas han concebido grandes esperanzas, sobre todo cuando se les han propuesto como secretos de transmutación. Há cerca de cincuenta años que un particular le anunció este* (*secreto*) *al marqués de Brandemburg, abuelo del rey de Prusia; pero habiendo sido esta pretendida transmutación del hierro en cobre explicada por Kunkel, como lo refiere él mismo en su* Laboratorio químico, *pág. 399, se abandonó la operación. Semejante secreto*

fué propuesto ha diez u doce años al landgrave de Hese-Casel, padre del rey de Suecia; hizose la prueba, y el artista conservó poco tiempo su crédito. Como de tiempo en tiempo se hallan personas que proponen semejantes secretos, he creído ser necesario explicar esta operación, la cual engaña cuando está desnuda de examen. Esta no es otra cosa que una precipitación del cobre contenido en el vitriolo azul por medio del hierro.

15. En este pasaje tenemos lo primero dos autores más, Canepario y Kunkél, que publicaron la pretendida transmutación antes que el traductor de Filaletha sobre los muchos que citó al mismo intento el padre Mro. Sarmiento. Lo segundo, tenemos citados, *suppresis nominibus* otros muchos quimistas y operantes. De aquí resulta más esforzada la juiciosa reflexión y eficaz dilema del padre Mro. Sarmiento. O el traductor de Filaletha leyó algunos o alguno de tantos libros en que está estampado el secreto o no. Si los leyó, luego no es inventor del secreto, pues le halló en ellos. Si no leyó ninguno de aquellos libros, luego es muy poco versado en los autores quimistas; por consiguiente, no es tan sabio en el arte de la transmutación como se quiere figurar, ni está en estado de poder escribir libros de crisopeya.

16. Este argumento no se propone ahora contra el traductor de Filaletha, aunque, es cierto que se vendió por inventor del secreto; sí sólo contra el anónimo que escribió la carta a los autores de las *Memorias de Trevoux*, pues en ella le atribuye la invención. Es, pues, la primera falsedad de la carta suponer al traductor de Filaletha inventor de la pretendida transmutación del hierro en cobre.

§ V

17. La segunda es suponer que en España se aborrece la alquimia o arte transmutatorio con alguna especialidad más que en otras naciones, como consta de aquella cláusula de la carta: *Cómo se abomina en España el nombre de alquimia, etc.* Antes bien, en España se padecen más ilusiones en esta materia que en alguna otra nación de las cultas de Europa. Cualquier charlatán extranjero que venga por acá (y vienen muchos) ostentando, con algún artificio, que posee el secreto de la Piedra Filosofal, logra engañar y sacar porción de dinero a algunos sujetos. He visto a personas de más que mediano carácter y doctrina, tan escaprichados de esta vanidad que uno u otro forastero les habían metido en la cabeza, enseñándoles tal cual preparación ilusoria con nombre de rudimentos y aun más que rudimentos del arte, que no podía oirlos con paciencia. Esto nace de lo poco que se escribe y sabe en España de química. En otras naciones hay charlatanes y embusteros, pero abundan también los desengañadores. Acá nos vienen los charlatanes de otras naciones, y se quedan en ellas los desengañadores y sus escritos.

§ VI

18. La tercera falsedad de la carta, esencialísima a nuestro propósito, es que haya verdadera transmutación del hierro en cobre por medio del vitriolo azul. El padre Mro. Sarmiento prescindió de esta controversia, porque, aun admitida la realidad de dicha transmutación, no se sigue la de los metales inferiores en oro. Pero como es posible que muchos, por no percibir el defecto de ilación de una transmutación a otra, después de asentir a la primera, consientan en la segunda, importa, no sólo mostrar el defecto de la consecuencia mas también la falsedad del antecedente.

19. Es cierto que hecha la operación propuesta por el traductor de Filaletha, se halla cobre en la redoma y al mismo paso se desaparece el hierro. Esto es lo que impone a los que no examinan con ojos físicos la operación. La verdad es que no hay transmutación alguna, sí sólo una precipitación del

bre contenido en el vitriolo y una di- lución del hierro, por medio de la ıal se hace dicha precipitación.

20. Nadie duda que el vitriolo azul ıntiene mucho cobre. Esto consta lo imero por la análisis química del vi- iolo. Consta lo segundo por el cobre, ıe se saca de varias fuentes vitriólicas Suecia y Dinamarca. Consta la ter- ro, porque el vitriolo azul ficticio o edra lipis artificial, se hace de cobre, gún el método que propone el tra- ıctor de Filaletha, desde la pág. 46; dicha piedra lipis artificial es tan icaz y aun más, según el mismo tra- ıctor, para la pretendida transmuta- ón, que la piedra lipis natural. Pues- ésto, fácilmente se entiende cómo n transmutación alguna, únicamente ır medio de la precipitación se halle ı la redoma aquel cobre engañabo- ıs; pero más hay que lo dicho.

21. Mr. Gofredo, citado arriba, hizo operación de este modo. Puestas en ervor diez pintas de agua en una olla e plomo, echó en ella cuatro libras de itriolo azul en polvos. Hecha la diso- ıción, entró en ella veinte onzas de ierro nuevo, dividido en delgados pe- azos, colocado en una cestica de mim- res, teniendo suspendida ésta en el li- ır. Después de un cuarto de hora de bullición y fermentación retiró la ces- ı, y halló los pedazos de hierro te- idos de rojo por el cobre que se había epuesto sobre ellos. Sumergió la cesta n un barreño vidriado lleno de agua resca, y agitándola, los pedazos de hie- ro depusieron en el agua un polvo rojo ıezclado con pajuelas de cobre, que or razón de su peso bajaron luego al ondo del barreño. Volvió la cesta a ı solución del vitriolo, y después de lgún tiempo los pedazos de hierro se argaron de nuevo cobre. Segunda ez hizo la diligencia de sumergirlos agitarlos en el agua fresca, con que oltaron el nuevo cobre que habían re- ibido en la segunda infusión. De esta uerte fué alternando, hasta que no de- ɔoniendo ya la solución de vitriolo ıueva porción de cobre sobre el hierro, alia éste como había entrado y sin aquella telilla, que antes le coloreaba. Aseguróse de que la solución de vitrio- lo no tenía ya cobre alguno, entrando en ella una lámina de hierro liso, la cual salió sin la menor inmutación.

22. Antes de pasar adelante, con lo dicho tenemos prueba clara de que en esta manufactura no hay producción nueva o transmutación de hierro en cobre, sí sólo la precipitación del co- bre contenida en el vitriolo. Sábese que en la solución vitriólica había cobre an- tes de introducir en ella el hierro. Sá- bese también por el experimento que acabamos de proponer, que después de las reiteradas fermentaciones del hierro con la solución vitriólica, no queda en ella cobre alguno. Luego no hay aquí más que una precipitación y traslación del cobre *de loco ad locum*.

23. El resto de la operación es como sigue. Vertió poco a poco el agua cla- ra, que sobrenadaba en el cobre preci- pitado en polvo al fondo del barreñón. Hizo secarle a fuego lento y halló que pesaba dieciséis onzas y seis adarmes. Mezcló este polvo, que se había puesto de color de café, con cuatro libras de tártaro rojo, detonado con dos libras de salitre. Hecha esta mezcla exacta- mente, la echó poco a poco en el cri- sol, colocado en el horno con fuego suficiente para la fundición, y perfeccio- nada ésta, salió una masa de cobre puro, que pesaba catorce onzas y tres adar- me. Pesó después el hierro que había quedado en la cesta después de la total extracción del cobre, y vió que no pe- saba más que tres onzas y dos adarmes: a esta pequeña cantidad se habían re- ducido las veinte onzas de hierro pues- tas al principio.

24. Esta tan notable disminución del hierro es la que acaba de alucinar a los que no examinan o no son capa- ces de examinar a fondo las cosas, per- suadiéndoles que el hierro que falta se convirtió en cobre, sin que pueda ser otra cosa; fuera de que la operación se puede hacer de modo que nada que- de de hierro, lo cual se logra sólo con echar más vitriolo a proporción. Pero este misterio está patentemente desci-

frado por el mismo Mr. Gofredo. Es el caso, que al mismo tiempo que el hierro recibe de la solución del vitriolo el cobre en su superficie, el ácido vitriolo va royendo y disolviendo poco a poco el hierro; de modo que éste, al fin, queda todo o casi todo en el licor, ocupando el lugar mismo que antes ocupaba el cobre. Esto consta claramente, lo primero, de la fermentación que sobreviene luego que el hierro se introduce en la solución de vitriolo, la cual no pudiera resultar sin disolución de algunas partículas de hierro. Lo segundo, de que la solución vitriólica va perdiendo poco a poco el color azul que resultaba de la mezcla del cobre, y últimamente la pierde del todo, adquiriendo en su lugar un bello verde, que resulta de la mezcla del hierro. Lo tercero, de que haciéndose nueva precipitación química de aquel licor en el estado dicho, ya no se extrae cobre de él, sino hierro. Es, pues, mera apariencia la pretendida transmutación del hierro en cobre por medio del vitriolo azul, y la realidad es que por medio del ácido vitriólico el hierro se disuelve, y por fermentación del ácido con el hierro, el cobre contenido en el vitriolo se precipita.

25. Añadamos a la autoridad de Mr. Gofredo la de un anónimo autor de un discurso, que se estampó en las *Memorias de Trevoux* del año 30, dividido en los meses de abril y mayo. Este autor, que parece doctísimo y versadísimo en la química, trata amplia y radicalmente de la pretendida transmutación del hierro en cobre, y resuelve lo mismo que Mr. Gofredo. Cuando escribió este anónimo, ya hacían gran ruido en Francia las transmutaciones hechas en presencia de muchos testigos por el conde de Salvañac, y así repetidas veces hace memoria de ellas, pero para descubrir la ilusión y hacer burla de sus grandes calderas de plomo y de sus polvos de proyección.

§ VII

26. La cuarta falsedad de la carta del anónimo a los autores de las *Memorias de Trevoux* es que el secreto de la transmutación, de que se habla en dichas *Memorias* en el mes de agosto de 1729, sea el mismo que el traductor de Filaletha publicó en su libro el año de 27. La prueba de que esto es falso es concluyente. El secreto de que se habla en el lugar citado de las *Memorias* consiste únicamente en unos polvos de proyección, de que usaba el conde de Salvañac, dueño del secreto, para transmutar el hierro en cobre. Los autores de las *Memorias* no dan más noticia del caso que una Carta que ponen, copiada al pie de la letra, de Mr. Chandé a Mr. Postel. Mr. Chandé dice expresamente que el secreto de la transmutación reside solamente en aquellos polvos: *A insi tout le secret de la transmutation ne reside très certainement que dans le pincée de poudre.* De estos polvos de proyección *nec verbum* en el traductor de Filaletha: luego es falso que éste publicase el año 27 el secreto o método mismo de transmutar, que en las *Memorias de Trevoux* se atribuye, como descubrimiento propio, al conde de Salvañac. Más: dice Mr. Chandé, que habiéndoles dado el conde a él y a otro compañero suyo, que fué con él testigo de repetidas operaciones del conde, a cada uno una pinta del agua donde estaba hecha la solución del vitriolo antes que se hiciese en ella operación alguna, y revolviéndola bien de alto a abajo antes de sacarla para las botellas, los dos llevaron aquel agua o solución del vitriolo a París, pero por más que tentaron, nunca pudieron extraer de ella cobre alguno o transmutar ni una mínima porción de hierro en cobre por medio del vitriolo disuelto. Esto es diametralmente opuesto a la receta que da el traductor de Filaletha, según cuya doctrina la solución del vitriolo, por sí sola, y sin aditamento alguno de polvos de proyección, hace que el hierro sumergido en ella se convierta en cobre. ¿Cómo, pues, afirma el anónimo autor de la carta que el secreto, cuya invención se atribuye en las *Memorias de Trevoux* al conde de Salvañac, e

el mismo, que el traductor de Filaletha publicó en su libro el año de 27?

27. Bien creeré yo que los polvos del conde de Salvañac eran un mero trampantojo, y Mr. Chandé y su compañero, testigos de las operaciones del conde, o poco sinceros o poco hábiles. Los experimentos de que del vitriolo disuelto en agua se precipita porción de cobre, sólo con la diligencia de introducir porción de hierro en la disolución, son tantos y testificados por personas tan fidedignas, que no queda lugar a la duda. Luego, o Mr. Chandé nos engaña cuando nos dice que de aquella solución de vitriolo, en que no había precedido operación alguna, no se pudo precipitar ni la mínima porción de cobre, por faltar el soberano influjo de los polvos de proyección, o el conde los engañó a él y a su compañero con algún juego de manos, dándoles por disolución de vitriolo otra cosa diferente.

28. Pero este engaño, o activo o pasivo de Mr. Chandé no puede servir de solución al anónimo autor de la carta, pues éste asintió a aquella relación como verdadera, y al método del conde de Salvañac como legítimo. ¿Cómo, pues, pudo, sin manifiesta falsedad, decir que el método que en aquella relación se atribuye al conde de Salvañac, es el mismo que el traductor de Filaletha había publicado el año de 27, siendo tan diferentes y aun contrarios uno a otro?

29. Dijo con verdad y con sal el padre Mro. Sarmiento, que sólo hay una prueba legítima de que alguno posee el secreto de la crisopeya, y es que el tal ande buscando talegos en que echar los doblones. Lo mismo a proporción digo de este otro secreto inferior. Al traductor de Filaletha vi en Madrid en la casa del doctor Martínez después que había dado su libro a luz, y no vi señales de que poseyese el pretendido secreto de crisopeya. Entretanto que lo que sabe de transmutar metales no le haga muy poderoso, nos permitirá creer lo que quisiéremos. Del conde de Salvañac ignoro cómo se halla en la constitución presente. Si hoy no es dueño de tres o cuatro millones de pesos, poco vale su secreto, pues habiendo logrado letras-patentes del duque regente difunto para trabajar el cobre por veinte años, con exclusión de todo otro artífice en todos los dominios de Francia, no sería mucho que ganase cada año un millón. Si verdaderamente se halla riquísimo, no por eso creeré que transmute el hierro en cobre, sí sólo que saca del vitriolo azul el cobre en mayor cantidad y con más facilidad. Y esto sólo que sepa, le será importantísimo a él y al Estado, por cuyo motivo se hará dignísimo de la estimación de cualquiera República, a cuyo beneficio aplique sus talentos, sin que le obste el que con algún artificio simule la transmutación, que no hay, o para ocultar su secreto o para hacerle más plausible. Este es levísimo inconveniente para contrapesar una conveniencia de tanta monta.

§ VIII

30. Habiendo notado ya las falsedades que hay en la carta del anónimo concernientes al asunto de la transmutación, vamos a ver las que tocan en mi persona. Cuatro hemos descubierto en el asunto de la transmutación. Cuatro hay también en lo que habla de mí o de mis escritos. Las tres primeras importaría poco que no lo fuesen.

31. Habían los autores de las *Memorias de Trevoux* estampado en el mes de noviembre del año de 28 una noticia retardada y diminuta del primer tomo del *Teatro Crítico*, que se les había comunicado de Madrid, no sé por quién, y es a la letra como se sigue: *El padre Feijoo, benedictino, ha abierto un gran campo de crítica por su Teatro Crítico Universal. Trata en él de Moral y de Política, de Química y Medicina, de Música y Astrología, de Eclipses y Cometas. El combate las preocupaciones, y en los Maestros de cada Facultad es donde las busca para combatirlas. También la guerra se ca-*

lienta contra él de día en día; de aquí viene el salir una multitud innumerable de respuestas y de defensas.

32. A la última cláusula de esta noticia hace relación aquella primera del anónimo, dirigida a los autores de las *Memorias: Lo que vos habéis previsto, cuando anunciásteis en vuestras sabias* Memorias de Trevoux *la obra del padre Feijoo, benedictino, se ha verificado grandemente, pues de todas las partes de España llueven escritos sobre este religioso.* Digo que en esta pequeña cláusula (o por mejor decir, mitad de cláusula, pues prosigue adelante sin mediar más que una coma) hay tres falsedades.

33. La primera es suponer que en aquella noticia estampada en las *Memorias* se habla por previsión, como de cosa futura, de la guerra de papelones suscitada contra mí. Claro que allí se habla de presente de la guerra que actualmente se estaba ejerciendo.

34. La segunda es atribuir aquella previsión a los autores de las *Memorias, lo que vos habéis previsto.* Aun cuando hubiese previsión, ésta no sería de los autores de las *Memorias*, sino del que les escribió de Madrid. Los autores de las *Memorias* no hablan allí palabra, ni hacen otra cosa que dar al público la noticia que se les comunicó de Madrid, en la forma misma que se les comunicó. Así, si en la cláusula última hay profecía de guerra futura, no son los profetas los autores de las *Memorias*, sí sólo el que de Madrid les escribió.

35. La tercera es que cuando el anónimo escribió la carta, saliese contra mía la multitud de escritos que afirma, cuando dice *de todas las partes de España llueven escritos sobre este religioso.* Pues habla de presente, es preciso, para que dijese verdad, que en el mismo año en que escribió la carta saliese esa multitud de escritos. Esto es falsísimo. La carta fué escrita el año de treinta. En ese año, y aun dos años antes, ya había cesado la inundación de papelones disminuyéndose más y más el número cada día; de modo, que de tantas plumas al fin sólo quedó una de grajo en la palestra, aunque es verdad que le daban aire varios soplones.

36. A este propósito, uno de los primeros hombres que hay en las iglesias de España aplicó con mucha gracia un suceso, que se refiere en la *Vida* del Beato Jácome de la Marca. Había el Santo, siendo en una ocasión preciso rezar el Oficio Divino con su compañero, junto a un charco lleno de ranas, mandado callar a aquellas sabandijas, porque no le estorbasen, y ellas obedecieron. Concluído el rezo, dijo al compañero que las diese en su nombre licencia para volver a su desapacible gritería. El compañero equivocándose, en vez de decir en plural, *canten las ranas*, dijo en singular, *cante la rana.* Lo que resultó fué que sólo una rana volvió a cantar; y lo más prodigioso es que hasta hoy, aunque aquel charco esté lleno de ranas, sólo la voz de una se oye. Es cierto que fueron muchísimas las ranas que cantaron a los principios contra el *Teatro Crítico*, a quienes, por ser su asunto sostener envejecidos y vulgarizados errores, se puede aplicar aquello de Virgilio:

Et veterem in lino ranae cecinere querelam

He leído que encendiendo una luz a las orillas del charco, enmudecen estos viles insectos. Pero yo he experimentado otra especie de ranas, que por el mismo caso que les ponen la luz delante, cantan que rabian. Mas, al fin, ya callaron las demás y sólo canta una rana (aunque con el poder de otras, que están en el mismo charco), y cantará, si algún siervo de Dios no hace otro milagro semejante al referido arriba. La luz la irrita y el alumbrarla la ciega. Por otra parte, leer, entender y escribir las cosas al revés, le cuesta poco y pretende que le valga mucho.

§ IX

37. La última falsedad de la carta del anónimo es decir que he sacado de las *Memorias de Trevoux* lo mejor que he empleado para el fondo de mi obra.

iva mil años por la buena intención ›n que me levanta ese falso testimonio. ;ta patraña ya ha años que se es- mpó en aquel desatinado papelón in- :ulado: *Tertulia Histórica.* Es verdad ıe el autor de él creo que no me ›jaba nada de propio, porque, si mal › me acuerdo, decía que todo cuanto ısta entonces había escrito, lo había cado de las *Memorias de Trevoux*, y ›l *Diario de los Sabios.* El anónimo ı se limita a *lo mejor que he emplea-* › *para el fondo de mi obra.* Es menos onstruosa la mentira, pero al mismo ıso es más maliciosa, porque como no ›demos averiguar cuál llama fondo de i obra, ni qué es lo que juzga ser lo ejor de ese fondo, no es tan fácil con- ›ncer la impostura. Si se descubriese, ı podríamos conjurarle hasta hacer ex- .icar el espíritu maligno que le posee. ero hacer preguntas a un diablo in- ›gnito, que, cuando más, sólo sabe- os que es de la legión de anticríti- ›s, es disparar exorcismos al aire.

38. Aquí quiero que advierta el lec- ›r el vicioso círculo de estos burdos ılumniadores de mis obras. Escribe ıo de los autores de las *Memorias de revoux*, que lo mejor que he emplea- › para el fondo de mi obra lo he sa- ıdo de aquellas *Memorias.* Estámpase ı las mismas *Memorias* esta carta, ›mo todas las demás pertenecientes a literatura que se dirigen a aquellos ıtores de todos los reinos de Europa. ›ela uno o dos años después otro an- crítico, y ve aquí que en un librote ıe saca a luz, cita a los autores de las *'emorias de Trevoux*, como que ellos irman que lo que he escrito lo he ıcado de sus *Memorias.* Uno envía la ılumnia de España a Francia, y otro vuelve mejorada en tercio y quinto › Francia a España. En virtud del em- ıste del primero, en Francia sólo se be que un anónimo español escribió › mí que era un ladrón de las *Memo-* *as de Trevoux.* Y por el embuste del ›gundo ya se lee en España que los ıismos autores de las *Memorias de* *revoux* afirman de mí este latrocinio. l primero me levanta a mí el falso testimonio del hurto; el segundo acha- ca a los escritores de las *Memorias de Trevoux* ser autores de falto testimo- nio. ¿No va buena la danza? ¿Cómo me entenderé yo con esta gente?

39. Los autores de Trevoux no ha- blaron palabra en la materia. Sólo im- primieron la carta del anónimo, *ut iacebat*, sin poner cosa alguna de suyo, sin afirmar ni negar, sin asentir ni di- sentir. Esto es lo que practican con todas las noticias literarias que se les suministran de varios reinos y estam- pan al fin de cada mes. Así muchas ve- ces se encuentran unas noticias contra- dictorias a otras. Si yo les escribiese ahora que el anónimo de Zaragoza es un impostor, que su carta está llena de falsedades, que el decir que yo co- pio ni en todo ni en parte las *Memo- rias de Trevoux*, es una horrenda ca- lumnia, etc., imprimirían mi carta en el mes correspondiente, como impri- mieron la del anónimo. Si les escribie- se también que aquí en Oviedo se están traduciendo sus *Memorias* en cas- tellano u otra cualquiera patraña per- teneciente a literatura, esto mismo im- primirían allá, porque su incumbencia es publicar las noticias que se les co- munican, sin asenso ni disenso, y aun sin examen (porque éste, por la ma- yor parte, les es imposible) de la ver- dad o falsedad que tienen.

40. Es, pues, una malignísima im- postura citar aquellos autores para la mentira de que yo copio sus *Memorias*, en que no puede haber otro fin que el depravado de autorizar la calumnia. Ya se ve, que sólo a mentecatos puede hacer fuerza que en una carta anó- nima se me imponga un hurto lite- rario; mas si se hace creer al públi- co que ese mismo hurto está testifi- blico que ese mismo hurto está testifi- cado por unos religiosos doctos y gra- ves, y lo que es más, por los mismos autores de los libros donde se supone hecho el hurto, todos creerán que el robo es cierto. Horroriza el ver que se cometen tales infamias sin el menor re- mordimiento. ¿Por ventura quitarme el crédito de autor, reduciéndome a un

mero copiante, no es robarme una cualidad estimabilísima y colocarme en un estado despreciable? ¿Esta no es injuria grave? ¿No es un pecado mortal como un monte? Pues, ¿cómo se pasa por encima de todo? ¿Cómo no se retractan los impostores y me restituyen el crédito que me han vulnerado con infinitos que los habrán creído? Pero bien lejos de haber algunas apariencias de la enmienda, apenas pueden esperarse sino nuevas imposturas y nuevas aseveraciones de las pasadas. Tanto como esto ciegan a estos miserables la rabia y el furor de verse tantas veces y con tanta evidencia concluídos: *furor arma ministrat.*

41. Si las *Memorias de Trevoux* fuesen unos libros muy vulgarizados, por sí misma se desharía la calumnia, o, por mejor decir, los impostores no se atreverían a fabricarla, Pero juegan sobre seguro. Saben que en España poquísimos hay que tengan estos libros. Apenas, aun contando solamente los literatos, entre diez mil hay diez que los posean. Aun esos poquísimos los manejan poquísimo, ya porque tienen grandes bibliotecas, y los distraen de su lectura otros libros más de su gusto; ya por estar destinados a otro género de letras, cuyo preciso estudio les consume el tiempo, ya porque tienen otras graves ocupaciones. De todo resulta, que apenas habrá en España tres o cuatro lectores, que por sí mismos descubran la impostura. Este mismo conocimiento les sirve para fingir citas de otros autores nada triviales contra mí, y negar que las mías sean legales. Sobre estos dos últimos capítulos ya se hace y hará evidencia a todo el mundo de las falsedades de mis contrarios con la pública promesa que hizo el padre M. Sarmiento de dar a todos los que quisieren ir a verlos al monasterio de San Martín registrados todos los autores que yo he citado, y cuyas citas acusan de ilegalidad mis contrarios, y asimismo registrados todos los que ellos citaron falsamente. Este es un tapaboca que no tiene quite.

42. Mas por lo que mira a la acusación de hurto de las *Memorias de Trevoux,* ¿qué haremos? Hágome cargo de que estos libros están en la Real Biblioteca patentes a todo el mundo. Pero esto de nada sirve: porque ¿quién hay tan interesado en la averiguación de esta calumnia, que quiera ir a la Biblioteca a gastar cuarenta o cincuenta días en revolver las *Memorias de Trevoux,* que hoy ya se componen de 128 tomos, para ver si el robo de que me acusan es fingido o verdadero?

43. La satisfacción que tienen mis contrarios de la indiferencia del público sobre averiguar quién trata verdad, si ellos, si yo, les ha dado aliento para mentir con extremo desahogo, aun en puntos donde era facilísimo el desengaño. A fines del año de 26 o principios de 27, salió un escrito, publicando que el libro de Lucrecia Marinela, de que yo había dado noticia en el discurso XVI del primer tomo, era fabuloso: esto es, que no había tal libro en el mundo ni le había habido jamás. Pareció luego contra este otro escrito, probando la existencia de aquel libro con demostración tan palpable como señalar el lugar donde se halla en la Real Biblioteca, que es el mismo donde yo le vi el año de 26, yendo en compañía del P. Fr. Angel Nuño, conventual que era entonces y aun es hoy en el monasterio de San Martín, y que le vió asimismo que yo. No cito testigo muerto ni ausente. Este era un tapaboca, contra el cual parece que nadie había de replicar. Pues no fué así. Salió habrá cosa de dos años otro escrito, cuyo autor volvió a afirmar que el libro de Lucrecia Marinela era ente de razón. Lo más admirable es que se hacía cargo de haberse citado en el segundo escrito de que hablamos el lugar de la Biblioteca donde se halla. ¿Y qué decía a esto? Que era falso, volviendo a afirmarse en que no había tal libro en el mundo. Si hay osadía para mentir con este descoco en materia en que cuantos entran en la Real Biblioteca pueden averiguar la verdad sólo con una ojeada, y sin duda la habrá averiguado muchos, ¿qué no se me

tirá en asuntos donde para el desengaño es menester revolver muchos libros? ¿Quién irá a hojear ciento veintitantos tomos de las *Memorias de Trevoux*, para convencer a mis contrarios de la calumnia?

44. Sólo me resta un recurso, y es el que pondré ahora. Desafío al anónimo autor de la carta (sea el que se fuere) y a todos los demás que quieran conspirar con él, para que en una o muchas hojas volantes den al público señalados los lugares de las *Memorias de Trevoux* de donde pretenden que haya sacado yo lo mejor que he empleado para el fondo de mi obra. En vista de las citas que ofrezco exhibir las *Memorias de Trevoux* (124 tomos son los que tengo), ante dos caballeros de los principales de esta ciudad y dos eclesiásticos de la primera distinción, que unos y otros entienden bien el francés, los cuales, leídos con exactitud los lugares señalados, darán certificacion pública, firmada de sus nombres, de que es falsa la acusación y fingido el robo que me imputan.

45. Entretanto, puede hacer juicio de la impostura el lector por las noticias repetidas que han venido de París, de la mucha estimación que se da a mis obras en aquel gran teatro de literatura. En poder del padre Mro. Sarmiento están los instrumentos originales. En una carta se dice que el *Teatro Crítico* fué admirado en París de cuantos le leyeron. *Il à etè admirè ici de tout le monde*. En otra, que los sabios benedictinos de la grande abadía de San Germán, entre ellos el padre Montfaucon, bien conocido en toda Europa por su grande obra de la *Antigüedad explicada*, solicitaron se les condujese de Madrid el *Teatro Crítico* para colocarle en su rica biblioteca. En otra, que mis aplausos suenan en toda la Francia. Considere, digo, el lector, si siendo las *Memorias de Trevoux* libros tan vulgarizados en Francia y especialmente en París, y en el resto de la Francia, se daría tanta estimación al *Teatro Crítico*, si fuese éste, o en todo o en lo principal, no más que una copia de aquellas *Memorias*. La natural obligación de defender mi honor me precisa a estampar mis propios aplausos: *Factus sum insipiens*; *vos me coegistis*. Hágolo y dígolo por el mismo motivo por quien lo hizo y lo dijo el Apóstol.

46. Pero ojalá la rabia de la gavilla tertuliana se hubiera contentado con la impostura de hacerme autor plagiario. Yo no he visto el último monstruoso parto de aquella hidra de siete o más cabezas, pero por algunos trozos destacados, que se hallan citados en la *Demonstración Apologética* del padre Mro. Sarmiento, se conoce que pasó mucho más allá la insolencia, tratándome de *ignorante*, de *falsario*, etc., usando para vilipendiarme de todos aquellos groseros modos, voces y frases, que sólo se oyen en cocinas, caballerizas y bodegones.

47. Todo esto provino de haber yo convencido con la mayor evidencia en mi *Ilustración Apologética* las imposturas, los errores, las citas falsas, las inteligencias torcidas, los raciocinios descabellados, de que tanto abunda el primer parto de aquella garulla. Siempre que la ignorancia se ve invenciblemente atacada, rompe furiosa en injurias y dicterios. ¿Qué hemos de hacer o decir a esto? Lo que hizo y dijo un sujeto de mi Religión estando arguyendo en cierta Universidad a un pobre mazacote de corto estudio y aún más corta habilidad. Redújole a tan estrechos términos con el argumento, que el infeliz, no hallando otro recurso, le plantó a cuestas una desvergüenza garrafal. A esto el arguyente, volviendo los ojos al concurso, dijo: *Séanme todos testigos de que no es lo mismo concluir a un ignorante, que darse él por concluído*; *y la desvergüenza vaya por amor de Dios*, y se sentó sin hablar más palabra. El mazacote, más irritado, añadió sobre la injuria dicha otras muchas, envueltas en mil embrollos, con que substituyendo en lugar del argumento hecho quimeras y confusiones, quería dar a entender que respondía a lo que no podía responder; pero el doctor benedictino se quedó inmóvil,

bien satisfecho de que el concurso hacía la justicia que debía a la ignorancia e insolencia de su contendiente. Esto es lo que se ha hecho hasta ahora conmigo, y esto es lo que se hará en adelante.

§ X

48. Volviendo ya al asunto principal, que es prevenir al público contra los artificios de los alquimistas, me pareció concluir este discurso copiando las importantísimas advertencias que sobre este asunto publicó Mr Gofredo, citado arriba, en la *Academia Real de las Ciencias* el año de 1722. Es utilísimo repetirlas aquí, porque como los libros de la *Historia y Memorias de la Academia Real de las Ciencias* son muy raros en España, poquísimos son los que pueden lograr por ellos el fruto del desengaño; como al contrario, andando mis escritos en manos de todo el mundo, fácilmente llegará a todos, por medio de éstos, lo que les conviene saber sobre tan importante asunto. Pondré las propias palabras de Mr. Gofredo, pues no puedo usar de otras más claras ni más precisas, aunque añadiré de letra cursiva tal cual advertencia mía a favor de los más tardos en entender.

49. «Sería conveniente que el arte de engañar fuese enteramente ignorado de los hombres en todo género de profesiones. Pero pues que el deseo insaciable de la ganancia empeña a una parte de los hombres a practicar este arte en infinitos modos diferentes, pertenece a la prudencia procurar el conocimiento de estas fraudes, para precaverse contra ellas.

50. »En la quimia la piedra filosofal abre vasto campo a la impostura. La idea de riquezas inmensas, que se nos promete por medio de ella, pica vivamente la imaginación de los hombres. Como por otra parte se cree fácilmente lo que se desea, la ansia de poseer esta piedra conduce bien presto el espíritu a creer su posibilidad.

51. »En esta disposición en que se hallan los más en orden a esta piedra, si sobreviene alguno que asegure haber hecho esta famosa operación o alguna otra preparación que conduzca a ella, que hable en tono persuasivo y con alguna apariencia de razón y que apoye sus razonamientos con algunas experiencias, le escuchan favorablemente, dan fe a sus discursos y se dejan sorprender por sus prestigios o por algunas experiencias engañosas, que contribuyen abundantemente la quimia. En fin, lo que admira más, se ciegan para arruinarse, adelantando sumas considerables a estos impostores, que debajo de diferentes pretextos piden dinero, el cual dicen necesitan, al mismo tiempo que se jactan de poseer un manantial de tesoros inagotable.

52. »Aunque haya algún inconveniente en publicar los engaños de que usan estos impostores, porque algunas personas podrían servirse de ellos, le hay, sin embargo, mucho mayor en no descubrirlos; pues descubriéndolos, se previene a muchísimos para que no se dejen engañar por sus juegos de manos. Con esta mira referiré aquí los principales medios de engañar que acostumbran emplear y que han llegado a mi noticia.

53. »Como su principal intención e[s] por lo ordinario hacer hallar oro o pla[-]ta en lugar de las materias mineral[es] que pretenden transmutar, se sirve[n] muchas veces de crisoles o copelas do[-]bles, en cuyo fondo han puesto cal d[e] oro o plata, y fácilmente vuelven [a] cubrir este fondo con una pasta hech[a] de polvo de crisol, incorporados co[n] agua engomada o con cera, lo cual acc[o]modan de manera, que éste parece e[l] verdadero fondo del crisol.»

Lo que resulta es que derritiéndos[e] al fuego la cera o la goma con que s[e] trababa el aparente fondo del criso[l,] éste se deshace, y el oro o plata que e[s]taban cubiertos con él, se aparecen de[s]pués de la operación incorporados e[n] el fondo verdadero, y la gente que n[o] está advertida del dolo, cree que aqu[el] oro o plata se formó por transmut[a]ción de alguna porción de la mater[ia]

mineral, que se arrojó en el mismo crisol.

54. «Otros agujerean un carbón, introduciendo en él polvos de oro o de plata, cierran el agujero con cera o bien embeben algunos carbones de disoluciones de estos metales, y moliéndolos hacen de ellos polvos de proyección para echarlos sobre los metales que pretenden transmutar.» *Estos polvos de proyección son siempre mera farándula y hacen el mismo papel en el ilusorio arte de los alquimistas, que los polvos de la madre Celestina en los juegos de manos.*

55. «También usan de varas o bastoncillos de madera agujereados en la extremidad, en cuyo hueco introducen limaduras de oro o de plata, y cierran el agujero con cerradura sutil de la misma madera. Menean con estos bastoncillos las materias fundidas, y quemándose su extremidad, sueltan el oro o plata en el crisol.

56. »Otros mezclan en mil modos diferentes la plata y oro con las materias sobre las cuales trabajan, porque una pequeña cantidad de oro o plata no se percibe estando mezclado con una gran cantidad de mercurio, de régulo de antimonio, plomo, cobre u otro cualquier metal. Mézclanse fácilmente el oro y plata calcinados con la cal de antimonio, plomo y mercurio. Pueden incluirse en el plomo algunas pequeñas masas de plata y oro. Blanquéase el oro con el mercurio y se le hace pasar por estaño o plata. Persuaden así que el oro o plata, que después de la operación se saca de estas materias, fué hecho por transmutación.» *Estos artificios, exceptuando los dos primeros, dejamos ya revelados en el tomo tercero de esta obra, discurso VIII, números* 35 y 36, *donde remitimos al lector para mejor inteligencia de lo que aquí se escribe. Advierto que en una misma opración se puede usar simultáneamente de todos los artificios referidos, con lo cual será más eficaz el engaño, porque se sacará mayor cantidad de oro o plata.*

57. «Es necesaria suma atención a todo lo que pasa por las manos de esta gente, porque frecuentemente las aguas fuertes o regias de que usan están ya cargadas de disoluciones de oro y plata. Los papeles mismos en que envuelven sus materias, están a veces penetrados de la cal de estos metales. La escritura o manchas que parecen en ellos pueden ser hechas con la tintura de los mismos metales. Se ha visto el mismo vidrio cargado de alguna porción de oro, que ellos sutilmente habían introducido al tiempo que estaba en fundición en el horno.

58. »Algunos han engañado con clavos, cuya mitad era hierro y la otra mitad plata u oro, haciendo creer que han hecho una verdadera transmutación de la mitad de estos clavos, metiéndola en una pretendida tintura. Todo esto no es más que un sutil engaño. Estos clavos, que antes de meterse en la tintura parecían ser enteramente de hierro, eran no obstante compuestos de dos piezas, la una de hierro, la otra de plata u oro, soldadas con grande exactitud una con otra y cubiertas de un color de hierro, que se disipaba entrándolas en el licor. Tal era el clavo mitad hierro y mitad oro, que había en el gabinete del Gran Duque de Florencia. Tales son los que hoy presento a la Academia mitad plata y mitad hierro. Tal es también el cuchillo que un religioso presentó a la reina Isabela de Inglaterra, la extremidad de cuya hoja era de oro. Como también los que un famoso charlatán esparció algunos años ha en Provenza, cuya hoja era mitad plata y mitad hierro. Es verdad que se añade que éste hacía la operación en cuchillos conocidos que le entregaban, los cuales, pasado algún tiempo, volvía convertida en plata la extremidad de la hoja. Pero es de creer que esta mutación no se hacía sino cortando la extremidad de la hoja y soldando exactamente otra de plata perfectamente semejante.» *Si el charlatán de que aquí se habla, hiciese verdadera transmutación, la ejecutaría delante de los mismos que le entregaban los cuchillos. Pues hacía la ope-*

ración a escondidas, según se insinúa en la relación, es fijo que intervenía el dolo.

59. «Del mismo modo se han visto monedas o medallas, mitad oro y mitad plata. Decíase que estas piezas habían sido antes enteramente de plata; pero mojando la mitad de ellas en una tintura filosofal o en el elixir de los filósofos, la mitad que se había mojado se había transmutado en oro, sin que la forma exterior de la medalla o sus caracteres se hubiesen alterado considerablemente. Yo digo que esta medalla nunca fué enteramente de plata, sino que éstas son dos porciones de medallas, la una de oro, la otra de plata, soldadas con gran destreza, de modo que las figuras y caracteres se correspondan exactamente, lo que no es muy difícil. Ve aquí el modo con que se hace esto, etc.»

60. Paréceme que sería nimia prolijidad proseguir copiando todo el discurso de Mr. Gofredo, aunque en lo que resta se explican otros más sutiles artificios para fingir la pretendida transmutación. Baste saber, que no sólo enseña cómo se componen dichas medallas, mas también añade el artificio de hacer la mitad, que es oro, tan esponjosa, que no pese más que igual volumen de plata; circunstancia eficacísima para persuadir que hubo verdadera transmutación de este en aquel metal. Propone también el método de preparar tres medallas totalmente semejantes en el exterior, de suerte, que infundiéndolas en la tintura, a proporción que están más o menos tiempo en ella, representarán mayor o menor transmutación. Esto es, una, que estará muy poco tiempo, sólo sacará en la superficie una delgada telilla de oro y todo el fondo será de plata: otra, que estará algo más tiempo, será de oro hasta alguna profundidad, quedando lo íntimo de ella en el ser de plata; y finalmente la última, que se detendrá mucho más en la tintura, saldrá de oro en toda su profundidad. Aunque parece que esta es la última sutileza a que puede llegar el embuste, sin embargo, sobre esta misma se puede refinar, porque los artes de engañar son infinitos *syncathegorematice*.

61. Otras muchas operaciones ilusorias de la quimia, que miran a persuadir la realidad del arte transmutatorio, se hallan en el discurso de Mr. Gofredo, entre ellas una muy ingeniosa, que representa la conversión de cobre en plata, pero las omito todas, persuadiéndome a que la explicación de las arriba propuestas abrirá los ojos de la gente crédula, para no dejarse cegar de las fascinaciones de los alquimistas, por más garatusas que les vean hacer. Una razón clara y generalísima convence que todas sus operaciones son engañosas y tanto más falaces, cuanto son más aptas para hacer creer que no hay engaño. Si ellos poseyesen verdaderamente el secreto de la crisopeya, bien lejos de ostentarle y persuadir que le poseen, procurarían esconderle, pues de ese modo adquirirían inmensos tesoros, librándose al mismo tiempo de muchos riesgos. Luego, cuanto más fuertes pruebas nos dieren (fuertes digo en la apariencia) de que poseen el gran secreto, más firmes debemos estar en que no le poseen.

NUEVA PRECAUCION CONTRA LOS ARTIFICIOS DE LOS ALQUIMISTAS

1. Porque en estos tiempos hizo gran ruido el Conde de Salvañac con su pretendida transmutación del hierro en cobre, lo que algunos, empeñados en favorecer los sueños de los alquimistas, tomaban como prenda de la transmutación de otros metales en oro; aunque en el discurso, que ahora adicionamos, hemos descubierto el fraude que había en esta operación, porque las noticias de que en París tuvo algún tiempo aceptación su manejo y después en la Corte de España, cuando ésta estaba en Sevilla, pueden tener preocupados algunos en su favor, manifestaremos aquí la triste catástrofe de esa aceptación, siguiendo los avisos que poco ha recibimos en carta de un reli

gioso capuchino, residente en la ciudad de Barcelona, cuyo contexto, en lo que habla de dicho Conde, es el siguiente

2. «Este no sólo engañó al duque de Orleáns en Francia, más también a N. acompañando los reyes en Sevilla, y con sus patentes se vino a Barcelona y engañó a diferentes personas, singularmente a un sastre, a quien llaman provenzal, por ser de la Provenza. Este le hizo tres garbosos vestidos: prevínole en su oficina en la calle del Carmen, que yo vi, con seis calderas de estaño. Hízole la vida competente más de seis meses, mientras que recogía sus fingidos ingredientes, entre los cuales era la rosada de mayo. Hizo finalmente su experiencia delante del capitán general, Audiencia, intendente y otras personas de este tamaño. A pocos días se descubrió su trampantojo por un médico clérigo, llamado el doctor (aquí está confusa la letra; dice *Geriu* o *Gerier* o cosa semejante), y un boticario Carlos Sanant. Sabido por el Excelentísimo señor Marqués de Risbourg, capitán general, quiso saber la cosa de raíz, y se halló no ser más que el vitriolo desleído en agua con hierro, que metía dentro: los polvos de proyección son las heces del hierro de las operaciones antecedentes, que no sirven sino de trampantojo. Escribióse a la corte y fué desterrado de estos reinos. Temió ir por Francia y se fué por mar a Génova.»

3. Hasta aquí el citado religioso, sobre cuya narración se ofrecen algunas reflexiones. La primera es, que acaso lo que dice de las calderas de estaño será equivocación, porque de las que usaba en Francia eran de plomo. Acaso también después juzgaría más cómodas las de estaño. Mas esta es para la substancia levísima diferencia. La segunda es, que el engaño que padeció el señor Duque Regente de Francia, paró al fin en desengaño. El descubrimiento de la ilusión hecho por Mr. Gofredo. de que dimos noticia en el discurso que adicionamos, se hizo notorio a todo el mundo; con que no podía ya ser creído de nadie el Conde de Salvañez. Esto convence asimismo su venida a España. ¿A qué propósito exponer su fortuna a los accidentes que podían sobrevenirle en otro reino, teniéndola constante en Francia? Convence lo mismo finalmente el miedo de pasar por Francia en la salida de España, el cual miedo no podía tener otro fundamento que ser ya conocido de aquella nación por embustero. La tercera reflexión es que también en la corte de España se desengañaron y conocieron la falsedad o la inutilidad de su manipulación. Si ella fuese legítima y útil, ¿le despacharían con letras patentes o le soltarían con esa facilidad, pudiendo aprovecharse de él en beneficio del Estado? Ni él dejaría el gran teatro de una corte, donde podía hacer gruesísimas ganancias, por irse a Dios y a la ventura a acomodarse con el primero con quien pegase, fuese un sastre provenzal o un zapatero flamenco. Así es de creer, que viendo en la corte descubierto su engaño se escapó con ánimo de ir a engañar a otra parte, y que las letras patentes que mostró en Barcelono, eran tan falsas como la transmutación del hierro en cobre.

APENDICE

4. Soy de sentir, que por lo que mira a las noticias en que en algún modo se interesa el público, ningún autor debe ser tan escrupuloso en la observancia del método, que si por falta de ocurrencia o de conocimiento dejó de poner alguna en el lugar correspondiente, omita colocarla en otra parte, aunque el sitio sea totalmente impropio. La utilidad del público debe siempre preponderar a todas las reglas de la crítica, o por mejor decir, no será buena crítica la que no prefiera la utilidad del público a las más constantes reglas del método.

5. Favorecido de una máxima tan racional y de la tal cual similitud de los asuntos, daré aquí una noticia que

tenía su propio asiento como adición a la que en el cuarto tomo, discurso XIV número 98 di del artífice Sebastián Flores, que descubrió modo de transmutar hierro en acero, y es que en Aragón vive hoy un caballero, que a fuerza de su genio inventivo ha logrado lo mismo. Acabo de tener ahora esta noticia, y cuando ya están impresas las adiciones al cuarto tomo, y aun casi al quinto, por el favor que me hizo de anticipármela el Rvmo. P. Mro. Fr. Juan Cristóbal Sancho y Larrán, lector jubilado de la nobilísima religión de Nuestra Señora de la Merced Calzada de la Provincia de Aragón, hijo del mismo caballero a quien debe España este importante descubrimiento, y es como se sigue:

6. Don José Sancho de Rodezno Infanzón (así se llama el caballero inventor), natural de la villa de Brea, y hoy residente en la ciudad de Calatayud, habiendo logrado felizmente el fruto de sus filosóficas reflexiones en la transmutación del hierro en acero (o, hablando con más propiedad, en dar al hierro aquella perfección que le constituye acero) por medio del fuego de reverbero y algunos ingredientes secretos, que mezcla en el material, exhibió el año de 1736 a la Real Junta de Comercio, por medio de su agente, las pruebas de su descubrimiento. Remitió la Real Junta el informe al fiscal real, y éste, dando el acero fabricado por don José a examen a los cuatro oficios, lo calificaron de bueno para todo uso, con bien fundadas esperanzas de que el autor le daría con el tiempo mayor perfección. En cuya consecuencia el rey nuestro Señor, por su real cédula dada en el Buen Retiro el día 6 de diciembre de 1737, dió facultad a don José para la construcción de las fábricas necesarias en la ciudad de Calatayud, tomándolas Su Majestad bajo su real protección, y concediéndole las exenciones de fuero y de Junta de Real Comercio. Hállanse ya dichas fábricas perfeccionadas, y se trabaja eficazmente en ellas, pidiendo de muchas partes el acero, cuya perfección se adelanta cada día.

7. Es nuestra nación interesada en este descubrimiento, ya por la parte de la conveniencia, pues no saldrá tanto dinero de la Península para buscar el acero en otros reinos, ya por la parte del honor, por la gloria que le resulta de haber producido un hijo tan ingenioso, que sin ser artífice de profesión, discurrió lo que se ocultó a tantos millares de artífices insignes, que manejando diariamente por muchos años el hierro, no han acertado a sacarle de hierro.

TOMO VI

TEATRO CRITICO

Dedicatoria que hizo el autor al Reverendísimo P. M. Fr. Bernardo Martín, General de la Congregación de San Benito de España, Inglaterra, etc.

Padre reverendísimo:

A V. Revma. dedico este sexto tomo y protesto que en ninguna dedicatoria me he visto tan desembarazado como en ésta de los estorbos que en semejantes obras suele poner el rubor a la pluma. Es práctica universal de los autores elogiar en ellas a sus Mecenas. Esto tiene, por lo común, dos escollos en que tropezar: uno el de ser aduladores; otro el de incurrir la nota de tales. Aun evitado el primer riesgo, porque el panegírico del elogiante no excede el mérito del elogiado, resta el segundo, porque ese mérito no es universalmente conocido; y la persuasión común de que en esta especie de culto se suele derramar con pródiga mano el incienso, fácilmente hace creer a los que no midieron la estatura del Mecenas, que el elogio le viene muy largo.

Ni uno ni otro riesgo me amenaza. ¿Cómo ser adulador ni parecerlo, si no digo ni puedo decir más que lo que todo el mundo dice? Ese complejo admirable de prudencia, sabiduría y bondad es tan notorio, que nadie le ignora; tan atractivo, que nadie le niega. Sólo una virtud muy brillante puede lograr el triunfo de que ni la ignorancia la desconozca ni la envidia la desfigure. Sólo V. Revma. acertó a obrar el milagro de hacer enamorados hasta a los envidiosos. En vez de la emulación ceñuda, que como sombra va siguiendo siempre los pasos de la virtud, la de V. Revma. por doquiera que camina la vemos únicamente acompañada del amor y el aplauso. ¿Quién no ha celebrado los raros talentos de V. Revma. en el ministerio de la predicación? ¿Quién no ha preconizado la discreción de V. Revma. en las conversaciones privadas? Aquella discreción, digo, conducida siempre con tan seguro acierto, tanto en los asuntos serios, como en los festivos, que jamás deja resbalar una palabra disonante a la censura más severa. ¿Quién no ha admirado aquella inviolable dirección, con que todas las acciones, todos los pasos de V. Revma. se encaminan, sin torcer jamás ni a la diestra ni a la siniestra, al servicio de Dios y al bien del prójimo? En fin, ¿a quién no ha hechizado, a quién no hechiza esa apacibilísima índole, esa entrañable benevolencia, esa virtud, que en lo dulce y amable trae estampado el carácter de celeste, esa regia nobleza de corazón, esa nativa propensión a hacer bien a todo el mundo, esa bondad sin retención alguna difusiva, y, por decirlo en una palabra, esa sanidad perfecta del alma?

A prendas tan dignas de ser amadas añadió el cielo el supremo complemento de eficacia, para conciliarse los ánimos en la hermosa circunstancia de traerlas siempre pintadas en el semblante. Apenas sujeto alguno hizo hasta

ahora más visible la alma en el rostro. Aquella gravedad apacible, aquella majestad dulce, aquella serenidad halagüeña, aquella modestia amorosa, muestran a todos desabrochado el corazón de V. Rvma., y a mí me traen a la pluma para dibujarlas aquel alto rasgo con que el gran poeta expresó el semblante de la que creyó suprema deidad del gentilismo:

Olli subridens hominum sator, atque Deorum
vultu, quo caelum, tempestatesque serenat.

Estas resplandecientes exterioridades son los colores con que la naturaleza pinta en la superficie del cuerpo los preciosos fondos del espíritu. Son rayos que del centro salen a la circunferencia, ahorrando, con lo que muestran a los ojos, el examen que de las calidades del ánimo habían de hacer los discursos. En ellas está constituído el resplandor propio de aquellos que el Cielo destinó para astros superiores de las repúblicas y sirven, no menos que para el lucimiento, para el influjo. Por herejes de la política he reputado siempre a los que confían al terror el respeto debido a la dignidad: mucho más a los que piensan que la obediencia útil está vinculada al miedo servil. Esto viene a ser lo mismo que imaginar que el cielo nubloso será más adorado que el sereno y que los turbulentos ceños del aire, con el impulso o con la amenaza del rayo, pueden ser provechosos a la tierra. La aspereza del que gobierna sólo inspira un temor, que se de la mano con el odio: con que en vez de mejorar a los súbditos, los empeora, añadiendo el vicio de la ojeriza al prelado sobre los males que antes padecían. Enmienda únicamente las apariencias, que son las que únicamente están expuestas a la jurisdicción de los castigos. Cura en falso las llagas, cicatrizando el cutis y dejando el interior corrompido. La doctrina moral sólo se insinúa ganando primero el afecto para el que la propone. La llave del alma está en el corazón, y éste la entrega a la blandura, nunca a la fiereza. Aquel celo, que el apóstol Santiago llamó amargo, irrita, no nutre (1). *Entre la condescendencia vil, que por todo pasa, y la severidad rígida, que todo lo atropella, está el celo sabio, dulce, benigno y cariñoso. Este, confeccionado con el buen ejemplo, hace aquella grande, admirable, eficacísima medicina, a quien ninguna dolencia del espíritu, por inveterada y contumaz que sea, se resiste.*

Cuando la verdad de esta máxima no estuviese tan comprobada por razón y por experiencia, el ejemplar de V. Reverendísima bastaría por sí sólo a persuadirla. ¿En qué casa de la Religión no se experimentan, después de visitada por V. Revma., los saludables efectos de sus benignos influjos? Con sólo ver a V. Revma. concibe ansias de mejorarse el bueno y siente ímpetus de enmendarse el malo. En el semblante, en la voz, en las acciones representa V. Revma. con tan bella cara la observancia religiosa, que hace enamorarse de ella el corazón más duro. El genio superior de V. Revma. pinta flores sobre las mismas espinas. Ser amado el sujeto por la virtud es lo que se ve cada día: ser amada la virtud por el sujeto es particularidad que parece se reservó sólo para V. Revma. La práctica de V. Revma. la ostenta tan hermosa, que arrastra hacia ella los mismos que atrae amantes a la persona. Aun los delincuentes quedan prendados de la corrección, porque la mano suavísima de V. Revma. toca las llagas con tal tino, que las cura con lo mismo que las halaga. Finalmente, Padre Reverendísimo, daré el último retoque a esta pintura con el pincel de Claudiano, aplicando a V. Revma. lo que él, acaso con menos verdad, dijo a su adorado cónsul Manlio Teodoreto. Es el pasaje largo, pero tan oportuno y tan comprehensivo de mi propósito, que me resuelve a no quitarle ni una letra:

Sevat inoffensam divina modestia vocem.
Temperiem servant oculi, nec lumina fervor
Asperat, aut rabidas diffundit sanguine venas;
Nullaque mutati tempestas proditur oris.

(1) *Quod si zelum amarum habebitis*, Jacob, cap. 3.

uin etiam fontes expulsa corrigis ira,
. placidus delicta domas: nec dentibus um-
[quam
strepis horrendum, fremitu, nec verbera
[poscis.
ui fruitur poena, ferus est, legumque videtur
indictam praestare sibi, cum viscera felle
nduerint, ardet stimulis, ferturque nocendi
rodigus, ignarus causae. Diis proximus ille
[est,
uem ratio, non ira movet: qui facta repen-
[dens
onsilio punire potest. Mucrone cruento
: iactent alii, studeant feritate timeri,
bductoque hominum cumulent eraria censu.
ene fluit Nilus, sed cunctis, omnibus exstat
tilior, nullas confessus murmure vires.
crior at rapidus tacitas praetermeat ingens
anubius ripas. Eadem clementia saevi
urgitis immensum deduxit in ostia Gangem.
orrentes immane fremant, lapsisque minentur
ontibus, involvant spumoso vertice silvas.
ax maiora decet, peragit tranquilla potestas
uod violenta nequit, mandataque fortius ur-
[get
nperiosa quies. Idem praedurus iniquas
ccepisse preces, rursus quae digna petitu
argitor, facilis, nec, quae cumitatur honores.
usa tuam leviter tentare superbia mentem:
rons privata manet: non se meruisse fatetur,
ui crevisse putat: rigidi sed plena pudoris
ulcet gravitas fastu iucunda modesto.
uae non seditio, quae non insania vulgi,
e viso lenita cadat? Quae dissona ritu
arbaries, media quam non reverentia frangat?
'el quis non sitiens sermonis mella politi,
)esertat Orphaeos blanda testudine cantus?

Nuestro Señor guarde a V. Revma. nuchos años. Oviedo y abril, 4 de 1734.

B. L. M. de V. Revma. su más renlido súbdito y siervo,

Fray Benito Feijoo

PROLOGO

Lector mío: resuelto estaba a dejar sin prólogo este libro, en atención a que en los de mis anteriores obras te tengo prevenido de todos los colirios necesarios para defender tus ojos de todos los que quieren cegarlos con ilusiones y te venden tinieblas por luces. Pero una noticia que recibí estos días me hizo precisa una nueva advertencia.

Cierto librero de Sevilla, que había comprado, juntamente con algunos juegos de mis obras, las de la tropa tertuliana, para vender unas y otras en su tienda, viendo que eran muchos los que acudían a comprar las primeras y nadie o rarísimos las segundas, se valió del ardid de no querer vender unas sin otras; y así, a cualquiera que llegaba a comprar mis libros decía que no se los daría, si juntamente no le tomaba los de los tertulios, con que le ponía en la precisión de comprar todos o ninguno. Parecióme justo ocurrir al perjuicio que esta superchería ocasiona a muchos. Por tanto, aunque hasta ahora no he sacado libros algunos de venta fuera de Madrid ni aun fuera de la portería de nuestro monasterio de San Martín, por no ser necesario, pues allí vienen a buscarlos de todas partes, siendo el despacho tan acelerado, cual se manifiesta por el cuantioso número de ejemplares que se sacan (del quinto y del sexto tomo se han tirado tres mil), y por la repetición de impresiones, estoy en ánimo de enviar a aquella ciudad una proporcionada cantidad de ejemplares de este sexto tomo y acaso de los antecedentes, que se vendan por mi cuenta, con que se evitará a los aficionados a mis obras la infeliz precisión en que quiere ponerlos aquel librero. Y si de otra alguna ciudad populosa hubiere aviso, por persona fidedigna, que algún librero practica el mismo estratagema, aplicaré respecto de ella el mismo remedio.

Juntamente, lector, si eres uno de los muchos que encarecidamente me han rogado que, despreciando todo género de impugnaciones, prosiga mi obra principal, representándome que defraudo a la instrucción y curiosidad del público todo el tiempo que gasto en respuestas, las cuales sólo sirven de persuadir a ignorantes, que merecen alguna atención las réplicas, te repito la protesta de que eres y serás obedecido; estando yo tan lejos de repetir apologías, que ni leo ni leeré ni he leído mucho tiempo ha ni un renglón solo de cuanto se estampa, estampará y ha estampado contra mis escritos, contentándome con las noticias que me dan algunos de que las impugnaciones de hoy son como las de ayer; y otros,

de que el deslumbramiento es mayor cada día, representándose en ellas la comedia de Calderón *Peor está que estaba*, y la de Moreto *Trampa adelante.*

Pero si eres de los que miran con una indignación celosa tales escritos y querrían la respuesta, no tanto como desengaño, cuanto como castigo de sus autores, procuraré aplacar la ira que has concebido contra ellos, manifestándote, con el testimonio del discretísimo jesuíta Daniel Bartoli, que en todos tiempos ha padecido la república literaria esta especie de débiles y osados invasores. Por tanto, debes tolerarlos con aquella resignación con que en el estío sufres las moscas, las pulgas. Así lo dice el citado padre en la segunda parte de su *Hombre de Letras*, página *mihi* 146.

«¡Que un hombre que no tiene sino lengua y vientre (como Antíprato dijo de Demades) quiera empeñarse a hacer del sabio con los escritos de oro de hombres eruditos! ¡Que pretenda averiguar en ellos, como químico de letras, cuánto tienen de puro y cuánto de liga, condenando lo que no entiende, despreciando lo que no alcanza y royendo lo que no puede mascar! ¡Que una vil mujercilla, tomando, en vez del huso, la pluma, escriba contra el divino Teofrasto, tachándole de ignorante, y renueve los monstruos antiguos de las fábulas! ¡Que una soberbia Onfala condene al grande Hércules de la clava a la rueca y del matar monstruos al torcer hilo! ¡Que un Demóstenes, cocinero del emperador Valente, como si la cocina fuera escuela de sabiduría y los platos los libros, censure la teología del gran Basilio, y la arroje como vianda sin sal y doctrina sin sabor! ¡Que un Juan Ludovico trate de ignorante al sabio Augustino, y pretenda (como un bruto a Minerva) enseñar las formas silogísticas a aquella águila sublime, toda entendimiento, y a aquel ingenioso Arquímedes, que contra los enemigos de la fe y verdad, supo hacer tantos rayos como argumentos, sacando las proposiciones de clarísimos principios, como luces del sol, y uniéndolas con modos dialécticos en premisas de infalible consecuencia! ¿No es esto lo mismo que ver salir los ratones de sus cavernas y correr con una pajuela por lanza contra los pechos de los leones? ¿Ranas de las lagunas, que no sólo enturbian el agua a Diana, pero que intentan tragársele entera y hermosa? ¿Jumentos que con las disonantes voces de sus roncas trompetas pretenden atemorizar y poner en fuga a los gigantes?

»En ver a estos y a otros semejantes borrar y corregir los escritos de hombres excelentes, me viene a la memoria, y se me pone delante de los ojos aquel indiscreto jumento que con su boca acostumbrada a comer raigones, y cardos espinosos se atrevió a despedazar y tragarse toda la *Ilíada* del poeta Homero, para mayor oprobio y desgracia de la noble Troya; porque (como dijo un poeta) primero fué abrasada con grande honra por la industria de un caballo, pero después fué deshecha con mayor vileza por los dientes de un jumento.

»Moría Aristides griego, hombre de espíritu y valor, famoso con la experiencia de muchos combates; moría del veneno que le había ocasionado el morderle una vil y pequeña sabandija No le afligía al valiente caballero e morir, sino el morir como vil por un infeliz bestezuela y el no haber sid destrozado de un león, hecho cuarto de un elefante y despedazado de u tigre. De esta suerte se podían queja con dolor aquellos grandes maestros de mundo, cuando se ven impugnados reprehendidos, no de hombres excelen tes por letras o ingenio, sino de u cocinero. de una mujer o de un pe dante.»

Por otra parte, esta gente no es tc talmente inútil en el mundo, porque muchos sirve de diversión. ¿Hay entr més como verá uno que no ha estudi do ni aun gramática, meterse a fil sofo y teólogo, y por no entender que lee en latín ni aun en romanc

escribir cosas que no están escritas? Oye este ejemplito: *Et crimine ab uno disce omnes*. No hay mucho, que uno de tales escritores, alegando un pasaje latino del P. Tosca en su *Filosofía*, donde leyó estas voces: *Grassante vento*, construyó: *el viento craso*, imputando inicuamente al viento y al pobre Tosca la crasitud del propio entendimiento, y estampando en romance un insigne disparate filosófico, por haber entendido tan ridículamente el latín. ¿No reventaría de risa el mismo Heráclito si leyese esto? ¿Que melancolía, por terca que sea, se resistirá a las tentaciones de carcajadas que inspira tan graciosa extravagancia? De esto hay infinito en ciertos impresos modernos. Lo mejor es que su autor o autores, aun en la inteligencia de los romancistas que leen, que padecen iguales crasitudes, como se les ha demostrado trescientas veces. Mas ni por esas ni por esotras. Su ignorancia, sin dejar de ser crasa, es justamente invencible. Déjalos, pues, amigo lector, escribir cuanto quisieren, y huélgate con la fiesta, que los libros son como las comedias, que dan gusto o por buenas o por muy malas. VALE.

FABULA DEL ESTABLECIMIENTO DE LA INQUISICION EN PORTUGAL

Discurso III

§ I

1. Esta es otra tal que la de las Batuecas. A portentosas quimeras da pasaporte la credulidad de los hombres; y lo peor es que cuando la multitud conspira en franquear puerta al embuste, por el mismo hecho le deja casi enteramente cerrada al desengaño. Tal vez todo un reino admite como constante un hecho de gran magnitud y de reciente data, que se dice pasó dentro de él. Los que vienen después, hallándole autorizado con el común asenso, se consideran justísimamente dispensados de todo examen, o por mejor decir, ni aun llegan a dudar de si la materia pide examen. Cuanto va corriendo el tiempo, tanto se va fortificando la mentira. Al principio sólo le dió acogida la inconsideración del vulgo; después ya la protegen las reglas de la crítica; porque si alguno tiene osadía para reclamar, luego le echan a cuestas la temeridad de contradecir una opinión tan común, que ya salió de la esfera de opinión. ¿Cómo (dicen) todo un reino pudo ser engañado en orden a un hecho, que si fuese falso, precisamente había de constar a todos los que vivían al tiempo en que se coloca su data la falsedad? Por cuanto la misma relación supone que fué cosa de grande estrépito, de largo negociado, en que intervinieron los primeros personajes de la nación; ni podía ser otra cosa, considerando el asunto y sus circunstancias.

§ II

2. Tal es el estado en que se halla la fabulosa historia del establecimiento de la Inquisición en Portugal, cuya narración es del tenor siguiente. Un mozo, llamado Pedro Saavedra, natural de Córdoba, no sólo de excelente pluma, mas de insigne acierto en imitar todo género de letras, se aplicó a usar de esta habilidad para engrandecer su fortuna: arte infeliz, cuyo uso apenas puede jamás dejar de ser delincuente. Su osadía era mucha, sus pensamientos altos; por lo cual, no contento con aquellos cortos o medianos intereses, que otros adquieren con tan infame medio, aspiró a otros mayores, donde a proporción del fruto va creciendo el riesgo. Así, fingiendo cédulas reales, despachos del Consejo y libranzas de los ministros de Hacienda, no sólo sacó de las arcas reales buenas cantidades de dinero, mas logró ponerse un hábito de Santiago y consiguió una encomienda de tres mil ducados. Suele ser traidora la fortuna de las primeras empresas, porque dando aliento a la temeridad para otras más arriesgadas, al fin abandona en el mayor peligro a los mismos que se metieron en él, fundados en su favor. Así sucedió a nuestro Saavedra. La casualidad de ver un Breve apostólico, que traía un religioso que venía de Roma, dirigido a don Juan el III, rey de Portugal, le puso en la senda del precipicio, excitándole la idea de emprender un alto asunto, mediante la habilidad que tenía para imitar los caracteres, fórmula

y estilo del Breve. Púsosele, pues, en la cabeza tomar el carácter de Nuncio apostólico, para introducir en el reino de Portugal el Santo Tribunal de la Inquisición. Debe creerse que esta intentona no fué motivada por el celo de la religión, sino que resuelto a todo trance a darse aquel aire de grandeza, no halló otro asunto más a propósito para pretextar la legacía, o le pareció que logrado el fin, como esperaba, la grande utilidad que de él resultaba a la religión y al reino, le facilitaría el perdón del delito. Fabricadas, pues, de su mano y letras, y despachos necesarios, y aprovechándose de los dineros, que había negociado con las trampas antecedentes, para echarse tren competente, se entró en Portugal muy puesto de Nuncio. Dispuso tan bien las cosas, e hizo el papel con tanto arte, que fué recibido y tratado como tal. Duró esta farsa seis meses, en los cuales logró el fin de entablar la Inquisición. Mas descubierta luego la maraña, aunque subsistió el efecto del embuste, fué preso el artífice, y después de varias competencias entre el Tribunal Real y el de la Inquisición, prevaleciendo éste, fué por él el reo condenado a galeras, en las cuales estuvo dieciocho años, al cabo de los cuales salió de ellas a petición del Pontífice Paulo IV, deseoso de conocerlo. Pone la relación la legacía del falso Nuncio y establecimiento de la Inquisición en el año 1539.

§ III

3. Esta es la historia del embustero Saavedra y de su decantada introducción del Tribunal de la Fe en el reino de Portugal. Lo que parece dió tanto curso a esta patraña entre los españoles fué una comedia de autor incierto (*un ingenio de esta Corte*), intitulada: *El falso Nuncio de Portugal*, donde, circunstancia más o menos, está vertida la historia que acabamos de referir. No quiero por eso decir que el autor de la comedia lo fué de la fábula, pues ésta ya antes estaba estampada por dos escritores españoles: el primero el doctor Luis de Páramo en su obra *De origine, etc., es progressu Sanctae Inquisitionis*; el segundo don Pedro Salazar de Mendoza en la vida que escribió del Cardenal Tavera. Lo que hizo el autor de la comedia fué propagar la noticia, de modo que se extendiese a todo género de gentes; porque no hay medio tan eficaz para vulgarizar una historia como plantarla en solfa en una comedia.

4. Tampoco se entienda que los autores dichos, o alguno de ellos, tramasen la fábula. Uno y otro fueron muy serios, para que pueda atribuírseles esa torpeza. El doctor Luis de Páramo, que fué quien primero la dió a luz, escribió lo que halló en una relación que dice le dió el P. Fr. Miguel de Santa María, religioso jerónimo, copiada de un manuscrito de la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial. Salazar de Mendoza siguió a Páramo, con que ni uno ni otro deben ser reconvenidos como fiadores de la verdad de la historia.

§ IV

5. Gustoso abrazo el empeño de rebatir esta fábula, no sólo por la razón general de ser error común, lo que derechamente la constituye debajo de mi jurisdicción, mas también por el particular motivo de vindicar la nación portuguesa de la injuria que se le hace en suponerla tan ruda, que se dejase engañar de un hombrecillo solo en negocio tan alto y en tales circunstancias que la más débil advertencia bastaría para descubrir el enredo. Amo y venero a esta nobilísima nación por todas aquellas razones que la hacen gloriosa en todo el orbe. El nacimiento me hizo vecino suyo y el conocimiento apasionado. Extrañarán lo segundo los que saben lo primero, porque entre los confiantes sujetos a distintas coronas suele reinar cierta especie de emulación, que los hace mal avenidos; pero como el cielo me dió un espírit

lesembarazado de estas preocupacio-
ies vulgares, igualmente estimo el mé-
ito en cualquier parte que le encuen-
ro. Ni el país donde el sujeto nace,
ıi el partido que sigue, añaden un gra-
ıo de peso en aquella balanza donde
:xamino lo que vale:

'ros, Tyriusque mihi nullo discrimine agetur.

6. Vuelvo a decir, pues, que vene-
:o la nación portuguesa por muchas re-
evantes cualidades que concilian mi-
:espeto. Blasones son que la caracteri-
:an su gloria militar, continuada has-
a hoy desde los más remotos siglos.
su ardiente celo por la conservación de
a Fe, su eminencia en las letras, su fe-
:undidad en producir excelentes inge-
nios; en fin, el amor paternal de sus príncipes a los vasallos, la inviolable lealtad de los vasallos a sus príncipes. No ignoro que está notada su arrogan-
:ia entre las naciones, como lunar que quita algo de lustre a aquellas virtudes, pero si bien se reflexiona, se hallará que por lo común esto que se llama en ellos jactancia, nada es en el fondo más que chiste y donaire, y en tal cual individuo un inocente desahogo de la vivacidad del espíritu. He visto en muchos que he tratado todo género de dulzura, atención y urbanidad, lo que no es compatible con la soberbia hinchazón que se les atribuye. En mi persona propia tengo experiencia palpable de que el desprecio y aversión que les imputan respecto de los súbditos de la Corona de Castilla, no tiene más fundamento que nuestra aprehensión. Altamente están impresas en mi corazón y en mi memoria las especialísimas honras que he debido a algunos señores portugueses, igualmente eminentes por su nobleza que por su agudeza y erudición, dignándose éstos de preconizar al mundo mis rudas tareas con elogios que sólo estarían bien colocados en los mismos panegiristas. ¿Dónde está, pues, esa altanería orgullosa, con que se dice que los portugueses pisan todo lo que no es suyo?

§ V

7. Volviendo al propósito, digo, que el embustero Saavedra se hiciese recibir en la corte de Portugal como Nuncio o Legado de su Santidad, es muy difícil de creer, y el que aun supuesta su admisión, pudiese sostener por espacio de seis meses el carácter de tal, es una quimera. Lo primero se prueba, porque aunque forjase el breve apostólico conducente a este efecto, guardando rigurosamente el estilo de la Curia, e imitase perfectamente la firma del secretario de Breves, nada haría con todo esto, mientras no le sellase con el anillo del Pescador, que es la nota o divisa esencial de los Breves de su Santidad, por lo menos de los que se dirigen a los príncipes. ¿Tan inexpertos o tan insensatos ministros tenía el rey don Juan el III, que no notasen esta falta? Y el suplir el sello, no entiendo cómo podría ajustarlo. Según el tiempo en que colocan este suceso, ya el rey don Juan llevaba dieciocho años de reinado, en los cuales consta, como se verá más abajo, que había recibido diferentes Breves de Roma. ¿Cómo, pues, se le podría engañar sólo con el trampantojo de la imitación de la letra, faltando lo más esencial para que pegase la trampa? Así, toda la grande habilidad de Saavedra en imitar letras o hurtar firmas, podría servirle para hacerse Nuncio de Su Santidad al rey de Siam o de Pegú, mas no a una corte católica.

8. La dificultad que hay en lo segundo es mucho más insuperable. Habiendo algunos estorbos que vencer en Portugal (como en la relación se supone que los había, y aun repugnancia por parte del mismo rey) para admitir el Tribunal de la Inquisición, era preciso que el rey, inmediatamente al arribo del fingido Nuncio, escribiese al Papa y también a su embajador en la corte romana: consiguientemente por las respuestas de éstos, que no podían tardar seis meses ni aun cuatro, se había de descubrir la maraña.

§ VI

9. Pero la más eficaz impugnación de todo lo dicho, así en cuanto a la primera parte como en orden a la segunda, la debemos a la diligencia del P. Fr. Antonio de Sousa, religioso dominicano, consejero de la Suprema Inquisición de Portugal, que en un tratado *De Origine Sanctae, Inquisitionis in Regno Lusitaniae*, que introdujo al principio del tomo que se escribió debajo el título: *Aphorismi Inquisitorum*, bate en ruina la fábula de que tratamos, sin dejar en su falsedad la menor duda, pues todas las noticias que da en aquel tratado son deducidas de las mismas Bulas apostólicas que se expidieron sobre el negocio de la Inquisición de Portugal, y de otros muchos instrumentos originales conservados, ya en la Secretaría Real, ya en los archivos de la Suprema Inquisición y de las Subalternas. Pondremos aquí lo que este docto religioso escribió sobre la materia, tomando las cosas desde su primer origen.

10. Refiere la expulsión de los judíos de España por los Reyes Católicos, año 1482, y cómo el rey don Juan el II de Portugal los permitió allí por tiempo limitado, pena de que no saliendo al término señalado fuesen hechos esclavos, como de hecho se vendieron muchos como tales por haber faltado al orden. Añade que el rey don Manuel, año 1497, renovó el mismo edicto; pero habiéndolo quebrantado algunos judíos, por piedad del rey no se llevó a ejecución la pena de la esclavitud, sino que salieron muchos; y que otros, o de miedo de las vejaciones que les hacían en los navíos, o por amor a la fertilidad del país que habitaban, recibieron fingidamente el bautismo, con lo que se quedaron, pactando que en veinte años no se les había de inquirir sobre su fe. Pero como esto sólo sirvió a que permaneciesen en su error y educasen en él a sus hijos, el rey don Juan el III, que entró en la Corona año de 1521, visto los grandes desórdenes que esto ocasionaba en el reino, pidió al Papa Clemente VII que estableciese la Inquisición en Portugal; mas por negociación de los judíos, dificultó mucho tiempo el Papa concederla, hasta que el año 1531, a 15 de diciembre, despachó Bula para su erección en toda forma: que el año 1533 lograron los judíos indulto de todos los delitos de fe que habían cometido; que muerto Clemente VII, gobernando la Silla Apostólica su inmediato sucesor, Paulo III, obtuvieron de él que se suspendiese la Inquisición el año 1534, y el año siguiente consiguieron indulto general de todos los delitos de que conoce el Santo Oficio. Pero que viendo don Juan el III que con estos indultos no se hacía otra cosa que deteriorarse el negocio de la Fe, y que en vez de enmendarse se multiplicaban los judíos, instó a Paulo III, trayéndole a la memoria lo que había sucedido en tiempo de su antecesor y lo que en su mismo tiempo se experimentaba, sobre que fundase la Inquisición, a cuyo intento le hizo presente, que su celo por la exaltación de la fe le había hecho permanecer quince años en esta pretensión: a cuya instancia, condescendiendo el Papa, expidió Bula el día 23 de mayo del año 1536, concediendo la erección del Santo Tribunal y nombrando por primer inquisidor general a don Fr. Diego de Silva, religioso de San Francisco, obispo de Ceuta y confesor del mismo rey don Juan III, el cual tomó posesión del oficio el día 5 de octubre de dicho año; desde cuyo tiempo se mantuvo el Santo Tribunal en aquel reino y el referido don Fr. Diego de Silva permaneció en el empleo de inquisidor general hasta el día 10 de julio de 1539, en que hizo dejación del empleo, y entró inmediatamente en él el infante don Enrique por facultad que había dado el Papa en la Bula de erección para que sucediese quien el rey nombrase.

§ VII

11. Esto es en suma lo que refiere el padre Fr. Antonio de Sousa, sacad

todo de instrumentos auténticos; a que se añade que este religioso, sobre ser natural de Lisboa, jué familiar del infante don Enrique, y muy inmediato al tiempo de la primera fundación de la Inquisición en aquel reino, circunstancias que aun sin el subsidio de los instrumentos, persuaden estaría muy enterado de la verdad del hecho.

12. A vista de esto, ¿qué fe debemos dar al manuscrito de El Escorial, que no sabemos cuándo, cómo, por quién se introdujo allí, ni está guarnecido de prueba alguna de su legalidad? Ninguna, pues el estar depositado en aquella biblioteca en ninguna manera le autoriza, sabiéndose que las mayores y más escogidas bibliotecas, en materia de manuscritos, son como la red del Evangelio, que pescan de todo, bueno y malo. Ninguna, digo, pues pugna diametralmente con las seguras noticias del padre Sousa, no por un capítulo solo, sino por dos, ambos muy capitales. El manuscrito pone la erección de la Inquisición en el año de 1539. Según la relación de Sousa, estaba ya erigida tres años antes. El manuscrito supone que había resistencia de parte del rey de Portugal; según la relación de Sousa, tan lejos estaba este príncipe de resistirla que antes la solicitaba, y esta solicitación había empezado muchos años antes.

13. Por otra parte, si el doctor Páramo copió, como se debe suponer, fielmente el manuscrito, hay en él un anacronismo garrafal, que le constituye merecedor de sumo desprecio, pues dice que Saavedra, con cédula fingida de Felipe II, consiguió la encomienda de que hablamos arriba, y la disfrutó por espacio de diecisiete años, todo esto antes de fingir la legacía; lo cual absolutamente repugna, porque la legacía se supone efectuada el año de 1539, y Felipe II no entró en la corona hasta el de 1555, en que la cedió Carlos V. Más cauto anduvo en esta parte el autor de la comedia que el del manuscrito de El Escorial y que el doctor Páramo, pues notando la incompatibilidad que expresamos, pone en el reinado de Carlos V la falsificación, que estotros señalan en el de Felipe II.

14. No es esto aún lo más fuerte y eficaz que hay en la materia, sino que el mismo Páramo, casi inmediatamente a la relación que hace del enredo de Saavedra, abiertamente se contradice y desbarata todo lo que acaba de referir; pues formando la serie cronológica de los inquisidores generales de Portugal, dice que el primero fué don Fr. Diego de Silva, obispo de Ceuta, confesor de don Juan el III, quien fué electo para este empleo el año de 1536, y que desde aquel año lo sirvió hasta el de 1539, que lo renunció, y entró en su lugar el infante don Enrique, hermano del rey don Juan el III, arzobispo de Ebora, cardenal que fué después y rey de Portugal: en que le vemos enteramente de acuerdo con lo que dice Fr. Antonio de Sousa, y que, por consiguiente, no deja la menor duda en que toda la relación antecedente es una patraña. ¡Notable inadvertencia de escritor, cuando no sólo acaba de referir aquel suceso, mas añade que le tiene por verdadero!

§ VIII

15. Sin embargo de todo lo dicho, una objeción difícil nos resta que desatar, y es que Gonzalo de Illescas, que escribió mucho antes que Páramo, da por constante el hecho que impugnamos, como cosa sucedida en su tiempo y de notoriedad pública, añadiendo que él vió al mismo Saavedra en las galeras pagando su delito. Así dice en el libro 6 de la *Historia pontifical*, capítulo 4: *Siempre que me acuerdo de este Nicolao Laurencio* (fué éste un pobre notario romano, que en tiempo del Papa Clemente VI, en fuerza de su valor e industria, se apoderó de la ciudad de Roma y la gobernó absoluto un pedazo de tiempo) *me parece su negocio al de aquel Nuncio, que vimos en nuestros días, que con letras falsas hizo creer al rey de Portugal que le enviaba el Sumo Potífice Paulo III a él por le-*

gado, y él se hubo tan discretamente en todo lo que pudo durar la disimulación y entre otras cosas muy señaladas que hizo, fué una introducir en el reino de Portugal el Santo Oficio de la Inquisición a modo de Castilla, de donde se ha seguido en aquel reino grande servicio de Dios. Llamábase este buen hombre Saavedra, y era, según oí, natural de la ciudad de Córdoba, grandísimo escribano, y tenía otras muchas habilidades; y después le vi yo en las galeras de Su Majestad remando, a donde estuvo muchos años, hasta que se le dió libertad y murió en ella pobremente.

16. He confesado que esta objeción es difícil por estar fundada en el testimonio de autor contemporáneo, y que no escribió, según parece, atenido a la dudosa fe del manuscrito de El Escorial, el cual es bien verisímil que no hubiese visto, sino a la voz común; a que añade mucho peso el haber visto al mismo delincuente en las galeras. Pero toda su dificultad subsiste precisamente entre tanto que se considera solitariamente el testimonio del autor alegado. Quiero decir, que la autoridad de Illescas sería bastante a persuadir la especie, a no estar contra su desposición, ya la grande inverisimilitud (que arriba hemos manifestado) del hecho, ya la poderosísima testificación del padre Sousa, ya la del mismo Páramo, que es *contra producentem*. Pero todos estos argumentos en contrario de tal manera debilitan el que se funda en la autoridad de Illescas, que le dejan sin fuerza alguna.

17. Mas, ¿cómo Illescas pudo padecer un error tan craso en orden a un suceso de su tiempo? Para satisfacer a esta pregunta, no he menester valerme de la crítica que de este escritor hizo Leonardo de Argensola, de quien no dudó decir que había sido *fácil de creer y ligero en escribir*. Digo que no he menester valerme de esta crítica, porque el autor más cauto puede caer tal vez en igual yerro. Varias veces hemos notado de cuán leves principios suele nacer un error popular, que cunde todo un reino, y cómo a veces echa tales raíces, que tarde o nunca llega el desengaño. En este reinado tenemos experiencia de algunos que corrieron mucho tiempo, y aunque después llegó el desengaño, subsisten los impresos que los publicaron; y en la posteridad hará su testimonio tanta o mayor fuerza, que en nuestro tiempo el de Illescas.

18. Tampoco debe movernos el que Illescas viese al mismo Saavedra en las galeras. Estaría en ellas por otros delitos de falsario que verdaderamente había cometido, sin que esto haga consecuencia para el principal, que le imputaba el rubor popular. Lo que pudo engañar más a Illescas, y lo que acaso engañó a toda España, es que el mismo Saavedra se adscribía aquel suceso. Esto se colige de que el manuscrito de El Escorial suena ser autor de él el mismo delincuente. Y aunque esto para muchos le añadirá fuerza y peso, eso mismo en mi dictamen le hace despreciable. ¿Qué crédito merece un embustero de profesión? ¡Oh!, que no se culparía a sí mismo, me dirán, si no fuese verdadera la culpa. Replico, que sí, y que esto es cosa que se ve muchas veces. Un delincuente, que se ve en estado de no tener ya más que perder, ni por lo que toca a la pena ni por lo que mira a la infamia, no rehusa adscribirse uno u otro delito más sobre los que verdaderamente ha cometido, y aun con estudio y de intento suele hacerlo cuando el delito es de tal naturaleza, que acredite más su industria o su valor. Este es el caso en que se hallaba el falsario Saavedra, cuando por sus embustes se vió condenado a galeras. Por tomar el carácter de Nuncio Pontificio en Portugal, ser venerado como tal en aquel reino e introducir en él, al abrigo de ese engaño, el Tribunal de la Inquisición, conocía que no se le había de agravar en Castilla la pena merecida por otros delitos. Respecto del reino donde no se había cometido la culpa, la grande importancia del fin suprimía la torpeza de los medios. Por otra parte, con la ficción de un delito de este género ostentaba una habilidad

singularísima, una osadía incomparable, que son las dos cosas que más lisonjean la imaginación de los hombres. Los que con repetidas maldades perdieron la vergüenza y la fama, suelen hacer jactancia de un heroísmo contrahecho, que consiste en tener corazón y astucia para emprender y lograr insultos arduísimos, porque sólo por ese camino se pueden hacer famosos. Esto se entiende, cuando esa vanagloria no hace de peor condición su fortuna. Tal era la situación de Saavedra al ver concluída su causa.

19. Lo único, pues, que puedo admitir como verdadero en esta historia, es aquello poco que se requiere para que la mentira fuese hija de algo. Creíble es que Saavedra se fingiese legado pontificio e hiciese el papel de tal en algunas aldeas o lugares cortos de Castilla y Portugal, donde sin mucha dificultad podría hacer valer el embuste y utilizarse mucho en él, ya pidiendo dineros prestados, ya beneficiando dispensaciones, y que después sobre el pie de esta verdad añadiese en su relación circunstancias fabulosas, que engrandeciesen la historia hasta el grado de hazaña heroica en la línea de la trampa.

§ IX

20. Es cosa notable que casi al mismo tiempo se representó en Italia otra comedia semejantísima. Un famoso ladrón, cuyo verdadero nombre ignoro, habiendo conocido que se parecía mucho en los lineamientos del rostro al cardenal Ludovico Simoneta, legado que fué en el Concilio Tridentino, luego que murió este purpurado, tomó su nombre adornose de los hábitos e insignias correspondientes a un cardenal legado, echó equipaje magnífico, circundóse de bastante número de domésticos, cuya representación hacían los compañeros de sus robos, y con este aparato discurrió por algunos pueblos, cometiendo insignes estafas con el pretexto de dispensaciones, en que se extendía a más de lo que pudiera un verdadero legado; pero no duró mucho la farsa. Habiendo tenido audacia para entrarse en el Boloñés, Donato de Cesia, vicelegado a la sazón de Bolonia, le mandó prender y ahorcar, usando en el suplicio del gracejo de hacerle llevar pendiente al cuello una bolsa vacía, y debajo de ella, para distinguirle del verdadero *Simoneta* y hacer escarnio del embuste de haber tomado su nombre aquel desdichado, un título, que alterando poco el mismo nombre, decía: *Sine moneta.*

21. Más hacia nuestros días, y con más dicha, logró otro pícaro pasar por embajador de un gran Rey, engañando a otro gran Monarca con toda su Corte. Por los años de trece o catorce del presente siglo se apareció en París uno, que se decía embajador del rey de Persia a Luis XIV, y el asunto de su embajada era proponer amistad y alianza entre los dos monarcas. En efecto fué admitido y cortejado como tal, y el rey Luis usó de la ostentosa formalidad de colocarse en su trono para darle audiencia: honor que se decía no haber acordado cincuenta años había a otro alguno. Había el supuesto embajador persa, porque no faltase color alguno a la figura que hacía, regalado algunos presentes nada viles al rey Luis, en que, sobre el interés del engaño, supo hacer bien su negocio; porque en la despedida recibió otros de más que duplicado valor. En fin, después de muy cortejado y regalado algún tiempo en París a costa ajena, porque toda se la hizo el rey de Francia, sin gastar él una blanca, y aumentado su caudal con los presentes recibidos, se salió de aquel reino, y ya estaba en Alemania, cuando empezó a ser olido el engaño. No se supo más de este hombre, ni quién ni de dónde era. Creo que donde pudiese explicarse sin riesgo, no dejaría de jactarse con vanidad y complacencia de haber inpunemente engañado y hecho burla de un príncipe tan advertido como fué Luis XIV.

22. Acaso alguno nos argüirá con este mismo hecho, sacando de él consecuencia para la posibilidad del que im-

pugnamos en el presente discurso. Pero es facilísima la solución. La ninguna correspondencia y larguísima distancia que hay entre las cortes de Francia y Persia facilitaban el embuste y dificultaban el desengaño, por lo menos hasta pasar largo espacio de tiempo. Entre Lisboa y Roma es poca la distancia y mucha la comunicación. Así, no podía durar el embuste o tardar el desengaño por espacio de seis meses, como la fábula supone. No disimularé que algunos quedaron en la fe de que el que hizo el papel de embajador de Persia en París, verdaderamente lo era; pero los que con más reflexión pesaron todas las circunstancias se persuadieron a que todo fué fingimiento. Y aun algunos llegaron a sospechar que la fábula se tramó dentro de la misma Francia y que fué invención áulica, para divertir con aquella extraordinaria representación de grandeza al rey Luis de las melancólicas aprehensiones en que le había puesto su muy avanzada edad (1).

---

(1) Poco ha salió a luz uno de estos impresos enanos, a quienes damos el nombre de *folletos*, con el título siguiente: *Breve relación, en que se refiere la vida del falso Nundio de Portugal Alonso Pérez de Saavedra, cio de Portugal Alonso Pérez de Saavedra, y el modo que tuvo para introducir en aquel reino pio escribió a instancias del Eminentísimo señor don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, cardenal de la Santa Iglesia de Roma, con su mano izquierda, después que le cortaron la derecha.* El que le saca a luz se nombra don Bernardino Antonio de Ochoa y Arteaga, que dice ser natural de la villa de Madrid.

2. Luego que vi el referido título en la *Gaceta* de la Corte, como yo en el sexto tomo del *Teatro Crítico* había escrito y probado ser fábula la historia del establecimiento de la Inquisición en Portugal por artificio del embustero Saavedra, hice juicio (¿y quién no haría el mismo?) de que el que la daba a luz incorporaría en el propio impreso tales cuales pruebas de ser verdadera la historia. Digo *tales cuales pruebas*, pues nunca podía esperarlas sólidas, siendo tan concluyentes las que yo había dado de ser fabulosa. Con esta persuasión hice venir de Madrid el escrito, resuelto a rebatirle y responder a lo que alegase contra mi sentir.

3. Ningún juicio, al parecer, más bien fundado que el mío, ninguno más errado. Llegó el escrito a mis manos. ¿Qué hallé en él? Nada más que la historia desnuda, sin más guarnición que la dedicatoria, una aprobación y prólogo. ¿Pero acaso en la dedicatoria o en el prólogo nos dice dónde halló esta historia o quién se la comunicó o alega a favor de ella algún testimonio, aunque sea de poco peso? Nada. Sin embargo, habla en la dedicatoria y prólogo con tanta satisfacción, y me insulta tan soberbiamente, como si verificase su historia con las más auténticas pruebas del mundo. Esta es una de aquellas cosas que no se creen, si no se ven; verdaderas, aunque sumamente inverisímiles. Son dignas del mayor reparo estas palabras de la dedicatoria, expresando al ilustrísimo personaje, a quien dedica la historia, el motivo que tiene para hacerlo: *Porque sólo a V. S. y por su dignidad corresponde protegerla, para que con tan gran Mecenas y supremo protector pueda salir a la plaza del mundo, libre del temor, que la amedrenta, de las mordaces lenguas de los que tienen tal condición, que viven más de lo que muerden que de lo que comen: pues aun antes de ver la luz, no ha faltado crítico que la haya procurado morder en público teatro, bien que como cobarde no se atrevió a hacerlo sino desde el sagrado de una cogulla.*

4. ¿Qué habré yo hecho a este don Bernardino Antonio de Ochoa y Arteaga (a quien protesto que no conozco ni he oído nombrar jamás) para que tan sin Dios ni ley me maltrate? ¿Cómo pude yo ofender a quien no conozco? Pero acaso heriría yo en alguna parte de mis escritos su ejercicio o profesión, porque quizá el don Bernardino será o saludador o investigador de la piedra filosofal o adivino por las rayas de las manos, o conjurador idiota o médico desjarretador; porque a estas cinco clases de gentes tengo algo resentidas.

5. Mas sea lo que fuere, aun cuando l historia que saca a luz fuese probable, ¿qu mérito haría yo para tratarme de mordaz, e capitularla de falsa? Antes bien, siempre se ría asunto propio de índole benigna y plum piadosa, procurar librar a la insigne nació portuguesa, especialmente al rey y sus prim ros ministros, de la nota de imprudencia, aun de fatuidad, que no pueden menos de in ponerle los que creyeren aquella historia, m mayormente quitando al mismo tiempo de cuenta de un español, que se dice hijo padres honrados, tantos atroces delitos con enuncia de él aquella historia, y la infan pena de galeras, como cuentan otros, o cortarle la mano, como refiere don Berna dino. La mordacidad antes estará en lo co trario; esto es, en imponer a la nación pc tuguesa aquella nota y a un español de hon do nacimiento estos delitos.

6. ¿Y cómo le podré yo tampoco pasar señor don Bernardino el que al ilustrísi Mecenas que busca, *por su dignidad corr ponde proteger* esa historia? ¿Al que presi el Tribunal de la Fe, al que continuame

ela en la defensa de las verdades infalibles, orresponde proteger una fábula, indigna de ›da creencia? ¡Qué monstruosidad! Aun uando fuese verdadera la historia, no corres- ondería a su dignidad (aunque por otro tulo pudiera) protegerla, porque la dignidad stá destinada a la protección de verdades de tra esfera más sublime y sería más humi- arla aplicarla a la defensa de una historieta e ninguna importancia.

7. Lo de que *como cobarde* no me atreví morder esa historia, sino desde el sagrado de na cogulla, ¿qué querrá decir? Significa, sin uda, que yo para morderla, sin incurrir la ota de cobarde, debía primero dejar la co- ulla y apostatar del hábito que visto. Pues erdone el señor don Bernardino, que aun- ue me tratase, no sólo de cobarde, mas un de hereje o judío, no lo haría jamás; si antes he mordido esa historia desde l sagrado de la cogulla, sin salir del mismo agrado la he de morder más ahora, como u merced verá luego.

8. Llamo *morderla más* (por usar de su ella frase), probar que toda ella es una ıal tejida patraña, con nuevas concluyentes azones, y éstas (para que tenga en ello más ıérito) deducidas del mismo contexto de la elación que dió a luz. Notable inconside- ación de caballero no advertir que los mis- ıos rasgos que estampa están mostrando cla- ísimamente la falsedad de lo que publica. penas hay suceso en toda la Relación que o peque algo de inverisímil. Mas por no ansar al lector elegiremos sólo algunos po- os capítulos, los que con más evidencia ıuestran la falsedad.

9. En la primera palabra de la Relación e encuentra una muestra clara de la im- ostura. La historia está en forma de carta, scrita y dirigida del supuesto embustero al ardenal de Quiroga, y empieza con la cor- esía arriba, *eminentísimo señor*. Digo que sta es una prueba ineluctable de que esa arta es supuesta, porque en tiempo del car- enal Quiroga, ni muchos años después, no e dió a los cardenales el tratamiento de *minentísimos*. Murió dicho cardenal el año 594, como se puede ver en la serie de los ardenales que trae Moreri en la edición el año de 25, pero los señores cardenales o tuvieron el tratamiento de *eminencia* y *minentísimos*, hasta Urbano VIII, que les ió ese honor, y Urbano ascendió a la Silla ontificia el año 1623, veintinueve años des- ués de muerto el cardenal Quiroga, como odo se puede ver en el mismo Moreri, v. car- enal, y v. Urbain VIII. El que los carde- ales antes de Urbano VIII, sólo gozaban los pítetos de *ilustrísimos* y *reverendísimos*, y ue dicho Papa les concedió el de *eminentí- imos*, es cosa que saben los niños de la es- uela. Con que el embustero Saavedra sólo n profecía pudo tratar de *eminentísimo* a quel cardenal. Y no hay que decir que ésta udo ser una equivocación de quien copió o de quien imprimió la carta, porque en toda ella, siempre que le dirige con expresión lo que lo que dice, que es muchas veces, es con el tratamiento de *eminentísimo* y *V. eminencia*. Con que aquí no hay que pensar o discurrir sino que el impostor que fingió dicha carta, es muy posterior al tiempo en que suena escrita, y pensaba el pobre que era mucho más añejo en los cardenales el epíteto de *eminentísimos*. Vamos adelante.

10. Páginas 12 y 13 refiere que estando el emperador Carlos V en Africa, fingió el mismo Saavedra una carta de este monarca a su hijo Felipe II, en que mandaba se le diese a Saavedra una encomienda de cuatro mil ducados de renta, que estaba vaca, como en efecto la logró y gozó por espacio de diecinueve años, hasta el día que se vistió de cardenal en Sevilla, que entonces la traspasó a su mayordomo por particular decreto, que fingió de Su Majestad; añade que el mayordomo la gozó otros diecinueve años, y concluye así: *Atribúyolo a particular juicio del cielo, por estar esta encomienda como añeja y perdida, según se supo después que yo fuí preso, porque entonces se la concedió a Su Majestad el papa Paulo III.*

11. Muy atrasado estaba en cosas de cronología el que supuso esta Relación. Vamos ajustando cuentas. Dos veces estuvo Carlos V en Africa, la primera el año 1535, en la expedición de Túnez; la segunda el de 1541, en la de Argel. Demos que el autor de la carta hable de la primera, que es para él lo más favorable. Contando desde el año 1535 diecinueve años que gozó la encomienda Saavedra, y otros diecinueve que la gozó su mayordomo, arribamos al año 1573, y entonces fué cuando, según lo que acabamos de leer, prendieron a Saavedra, y despojando a su mayordomo de la encomienda, se la dió la Santidad de Paulo III al rey de España. Ahora bien, Paulo III murió el año 1549, según todos los historiadores, como asimismo, según todos los historiadores, fué la expedición de Carlos V a Túnez el año dicho de 1535. Con que dió al Rey la encomienda Paulo III veinticuatro años después que murió. Conciérteme el señor don Bernardino estas medidas.

12. Ni cabe el refugio de que fué equivocación de la pluma o de la imprenta poner Paulo III en vez de Paulo IV o Paulo V, porque ninguno de estos papas lo era el año de 1573, *circum circa*. Paulo IV murió el año 1559 y Paulo V no subió al solio hasta el de 1605: conque no hay por donde escapar.

13. Más: según lo que dice al fin del escrito, seis meses después que se vistió de cardenal, le prendieron; esto es, luego que se descubrió el embuste. Supónese, y él lo insinúa en la cláusula que poco ha copiamos, que luego que le prendieron, despojaron a su mayordomo de la encomiénda, dándosela el papa al Rey. ¿Dónde hemos de poner, pues, los diecinueve años que dice gozó su mayordomo de la encomienda? Pues ni aun caben

para la posesión diecinueve meses. ¿Quién no ve que la trampa de la encomienda se venía a los ojos descubierta la de la legacía? Sólo alguno que escribiere durmiendo pudo ser autor de esta carta. De otro modo, ¿cómo podía dejar de advertir una contradicción tan palpable?

14. A la página 19 y siguientes explica el arbitrio que halló para suponer las letras apostólicas que le constituían legado a latere y le autorizaban para introducir el Tribunal de la Inquisición en Portugal. Dice que pasando a Madrid, encontró en Marchena a un jesuíta que venía de Roma con un Breve de Paulo III *para fundar una casa en España y dar principio a la Compañía de Jesús, y otra en Portugal*; que el padre le mostró a Saavedra el Breve; que éste tuvo modo para quedarse con él el tiempo que fué menester para copiarlo, y dicho Breve le sirvió de pauta para contrahacer forma de letra, estilo, y sello; del que luego fraguó para constituirse cardenal, legado a latere, y en virtud del cual, aviándose luego de cardenal y legado, después de la detención de pocos días en Sevilla, pasó a Badajoz, y de allí, escribiendo al rey de Portugal, vencidas algunas dificultades, logró su entrada en aquel reino.

15. Paremos, aquí un poco. Este encuentro co n el jesuíta en Marchena, fué, según se cuenta, el año 1554, porque es preciso dejar pasar los diecinueve, contados desde el año 1535, que gozó la encomienda, pues muy luego después de este encuentro, vistiéndose de cardenal, la traspasó a su mayordomo. Acabamos de ver que el jesuíta, según la Relación. era el primero que vino a fundar Colegios de su Religión en España y Portugal, de donde sale que la Compañía ningún Colegio tuvo en España ni Portugal, ni fundador de él. hasta el expresado año de 1554. Pues ve aquí, que por mal del pobre don Bernardino, que no reparó en dar a luz tan enorme tejido de patrañas, antes de dicho año tenían los jesuítas en España y Portugal muchos Colegios, habiendo recibido muchos años antes varios fundadores. El primer Colegio que tuvieron los jesuítas en nuestra Península fué el de San Antonio de Lisboa, fundado por el padre Simón Rodríguez el año 1541. El segundo el Conimbricense, fundado por el mismo padre en 1542. El tercero el Complutense, fundado por el padre Francisco de Villanueva, que había venido del Conimbricense, año 1543. El cuarto el de Valencia, fundado por el padre Antonio de Araoz, pero con caudales del padre Diego Mirón y de su padre. El quinto, el de Valladolid, por el padre Pedro Fabro el año 1545; pero no es la misma fábrica ni sitio de los que hay hoy día en aquella ciudad. Estas noticias son extraídas del padre Orlandino, historiador de la Compañía, a quien están conformes todos los demás de aquella ilustrísima Religión.

16. Fuera de esto, en la misma parte del escrito se repite el paracronismo de suponer a Paulo III vivo mucho tiempo después de muerto, y se añade al anacronismo de dar ya entonces por canonizado al glorioso San Ignacio de Loyola, pues el jesuíta hablando con Saavedra (pág. 19), le nombra *nuestro P. S. Ignacio de Loyola*, y es cierto que no lo fué hasta muchos años después, se entiende beatificado por Paulo V el año 1609, y canonizado por Gregorio XV el de 1622.

17. Más es, que suponiendo que el encuentro con el jesuíta fué el año de 1554, que es la cuenta que resulta contando los diecinueve años que gozó Saavedra la encomienda desde la expedición de Carlos V a Túnez, aún estaba entonces San Ignacio entre los mortales; pues este Santo, según refiere su compañero el padre Rivadeneyra, que sabía muy bien, no murió hasta el de 1559.

18. Página 22. Dice que el jesuíta, habiéndole descubierto su ánimo de plantar la Inquisición en Portugal y la habilidad que tenía de contrahacer todo género de letras, l animó a la empresa: *El religioso* —dice— *viendo que en mí ni faltaba habilidad ni in dustria, y sobre todo, cantidad de maña, qu ella sola bastaría para asistirme con la can tidad de maravedís, por tener genio de contra hacer firmas y cualquier género de carácte o letra; y supuesto que el papa, emperado y cuantos reyes había, tenía debajo de m mano, dijo, que por qué no el echaba l tijera, despachando los poderes necesarios d parte de su Cesárea majestad el señor Emper dor y de otros Príncipes de la Corte Roman*

19. Muy del caso serían los poderes d emperador y de otros príncipes para el reir de Portugal, solo dependiente entonces de particular soberano. ¡Raro cerrar los ojos d señor don Bernardino!

20. Pero todos los absurdos, contradicci nes y extravagancias que hasta aquí he señ lado, toleraría con más facilidad que la q voy a notar ahora. ¿Es posible, que el señ don Bernardino no tropezase en creer el d atino de que un Jesuíta, que con Breve Su Santidad venía a dar principio a la Re gión de la Compañía en España (comisión q necesariamente le supone muy sabio y m ejemplar) exhortase y cooperase al enormísi crimen de suponer Letras Apostólicas fals ¿Qué importa que el fin fuese bueno? ¿Ig raría ese padre la máxima fundamental: N *sunt facienda mala, unde veniant bona*? ¿Có es posible que el que fingió esta relación fuese un hombre extremamente tonto?

21. Página 39. Dice cómo puesto ya cardenal en Sevilla, con libramiento y fi fingida del marqués de Tarifa, embajado la sazón por España en Roma, cobró de mayordomo en aquella ciudad treinta mil cados. Vaya, que pudiese pegar el petar ¿pero el mayordomo dejaría de escribirlo go a su amo? ¿Este no le respondería tal libranza no había dado, ni tal carde

ıi otro con tal comisión había salido de Roma? Puesto esto, ¿el mayordomo no haьía de gritar el embuste y descubrir a todo el mundo la maraña? Pues ¿cómo tardó después seis meses en ser descubierto, y esto únicamente por la diligencia de un vicario del lugar de Mora, como dice a lo último?

22. Omito otros muchos reparos que califican la impostura, porque sobran los propuestos para convencer al entendimiento más preocupado. Con lo que ganó el que dió a luz este escrito fué hacer mucho más evidente que yo lo había puesto en mi sexto tomo, ser suceso fabuloso el mismo que pretende persuadir verdadero. Cierto que ocupó muy bien el tiempo, el cuidado y la prensa el señor don Bernardino Antonio Ochoa de Arteaga.

HALLAZGO DE ESPECIES PERDIDAS

Discurso IV

§ I

1. Entre los que creen que el mundo desde su creación hasta ahora está padeciendo una sucesiva decadencia mayor y mayor cada día (error comunísimo que hemos impugnado en el primer tomo, discurso XII), hay muchos, que entienden esta pérdida no sólo de los bienes muebles, mas también de los raíces: quiero decir, no sólo de los individuos mas también de las especies. Afirman, pues, que no sólo dentro de cada especie los individuos son menos robustos, activos o vigorosos, mas que también algunas especies absolutamente se extinguieron; y tales que debemos lamentar su falta y envidiar su posesión a los pasados siglos, por su ventajosa utilidad para el servicio del hombre. Señalan entre éstas en primer lugar la púrpura o múrice, aquel precioso pececillo, habitador del mar de Tiro, con cuyo rojo licor se teñían los mantos de los monarcas. Los que son muy crédulos, añaden a este animal marino entre los terrestres el *unicornio*; entre los volátiles, el *fénix*. De lo que puede servir a la pompa echan menos entre los minerales el metal llamado *auricalco*, y los vasos *murrhinos* o mirrinos (que de uno, y otro modo los nombran los Autores), tan apreciados de los antiguos romanos. Pero en lo que convienen que padeció la naturaleza el mayor estrago, y para nosotros más sensible, fué en las plantas, pues no sólo dicen nos robó la tiranía de los tiempos el aromático cinamomo y el verdadero bálsamo, mas otros muchos vegetables, recomendados de los antiguos por sus excelentísimas virtudes, las cuales hoy no hallan en planta alguna botanistas y médicos.

§ II

2. Pudiera esta opinión impugnarse con una doctrina teológica de Orígenes, San Agustín, Santo Tomás y otros padres y doctores, los cuales, fundados en algunos lugares de la Escritura, enseñan que la custodia de los ángeles, no sólo se extiende a los hombres, pero a todas las criaturas visibles; mas con esta diferencia: que para cada individuo de la especie humana está deputado su especial ángel de guarda. En las demás especies no están distribuídos por individuos, sino que de cada especie cuida un ángel solo. De este modo está repartida entre varios espíritus angélicos la custodia de los cielos, de los astros, de los elementos, de los brutos, plantas, metales, piedras, etcétera, descansando (que viene a ser la frase con que se explica el Damasceno) todo el orbe sobre sus hombros.

Pronaque ad obsequium pars altera sustinet [*Orbem*
auxilio servatque suo.

3. Parece que la custodia de los ángeles respecto de las especies sólo puede tener por fin la multiplicación y conservación de ellas, y así lo siente el eximio doctor; por consiguiente, si algunas pereciesen enteramente, se debe discurrir, o que no hay tal custodia o que los ángeles deputados para ella se descuidan tal vez (lo que no puede

ser) en el cumplimiento de su ministerio.

4. Este argumento, no sólo prueba que no pereció especie alguna en el Universo; más aún; que, según la providencia establecida, no puede perecer. Pero valga lo que valiere esta prueba teológica, y sin usar de todos los derechos que ella me da, reduciré mi pretensión únicamente a mostrar que sin fundamento se asegura la extinción total de algunas especies, y aun parte contra fundamento positivo, y claro en contrario.

§ III

5. Empecemos por la *púrpura*, cuya pérdida es la que con más seguridad se afirma. Esta, según la descripción de los antiguos naturalistas, era un pececillo del género testáceo o especie de ostra, que en una parte de la garganta contenía aquel rojo licor tan apreciado. Vena llama Plinio al receptáculo del licor; pero en realidad no podía ser tal, pues si fuese vena, por la ley de la circulación debiera el licor girar por todo el cuerpo, y así no en una parte sola de él, sino en todo se hallaría. Mejor, pues, Aristóteles la llama membrana, y dice, que ésta está embebida del rojo humor, el cual por expresión se saca de ella. No sólo en el mar de Tiro se hallaba, como tienen muchos aprendido, sino en otros algunos; aunque frecuentemente se lee nombrada sola la púrpura de Tiro, porque era la más preciosa. Ni tampoco era su especie uniforme; antes son muy diversas unas de otras en magnitud, figura, perfección del jugo y otros accidentes; aunque así Plinio, como Aristóteles atribuyen esta diversidad, no a distinción específica, sino al diverso suelo que habitan y alimento de que usan. Donde noto también, que tanto Plinio, como Aristóteles, hablan del múrice y púrpura como testáceos distintos, contra lo que comúnmente se cree, ora esta distinción sea sustancial o puramente accidental, como parece más probable.

6. Este pez, pues, que tantos siglos ha se llora como perdido, deponen varios testigos de vista que aun hoy existe. Rondelecio y Belonio, citados por Gesnero, dicen que le vieron y manejaron, y aun Belonio le anatomizó. Estos dos autores florecieron dos siglos ha. De los modernísimos dan noticia de haber visto la púrpura en varios parajes de la América, como en Nicoya, en las Antillas, etc., el irlandés Tomás Gage y el P. Labat, dominicano. Lo mismo se halla aseverado en el *Diccionario de Comercio*, de Jacobo Savari, y en el *Universal* de Trevoux. Finalmente, habiendo yo consultado sobre este punto al curiosísimo y eruditísimo caballero don José Pardo de Figueroa, que paseó buena parte de la América con una aplicación grande a informarse de todas las particularidades de aquel continente, me respondió que se hallaba la púrpura en abundancia en Guatemala, donde los naturales se sirven de ella abriendo la concha y pasando el hilo algodón o seda por aquel humor que encierra, hasta que le consumen; y hecho esto, la restituyen al agua, donde vuelve a adquirir nuevo humor. Añadióme que da aquel jugo un color muy fino; y que el hilo (a quien llaman *hilo del caracol*, porque generalmente dan allí este nombre a todo género de testáceos), es estimado en aquella provincia.

7. Estos testimonios nos aseguran que la púrpura existe, aunque no en Tiro ni acaso en los demás sitios, donde la hallaban los antiguos; sí en otros diferentes. Esto no es particular a este pez. En otros muchos se ha visto faltar de tal o tal puerto, donde era copiosa su cosecha, y lograrse en otro distante, donde antes no parecían. No sólo en los animales marinos, también en los terrestres hay alguna experiencia de esto. En la Siberia, aquella dilatadísima provincia sujeta al zar, que comprehende gran parte de la Tartaria septentrional, y áspero destierro de los infelices que arroja allí el enojo del soberano, hubo un tiempo muchísimos elefantes, como invenciblemente se co-

lige de la gran copia de dientes suyos, que hoy se encuentran en aquella vasta región. Hoy no parece un elefante en toda la extensión de la Siberia, aunque los hay en abundancia en otras partes de la Asia.

8. Una objeción está saltando a los ojos; y es, que si hoy se hallase la púrpura en varias partes de la América, el comercio habría traído su uso a Europa, pues aunque éste se puede suplir y suple con el tinte de la cochinilla, que vulgarmente llamamos *grana*, es de creer que el de la púrpura, según la recomiendan los antiguos escritores, era sin comparación más fino, y así siempre sería apetecido con ansia de tantos señores, que a todo coste solicitan la pompa de los hábitos.

9. A este argumento se puede responder, lo primero, concediendo la secuela. Tomás Gage dice que en España se hace algún consumo del paño tejido de púrpura, pero poco, por su mucho coste, pues sube a veinte escudos la vara; y así añade, que sólo los mayores señores de España hacen algún gasto de él. Pero esta noticia para mí es sospechosa, y creo que tanto los grandes señores como los chicos se sirven de la grana común o paño teñido de la cochinilla, con solo la diferencia de que a proporción del mayor o menor poder, usan de grana más o menos costosa, pues hay dentro de este género, gran diferencia de precios.

10. Mejor, pues, responderemos, lo segundo, que no iguala el tinte de la púrpura al de la cochinilla, y por eso es preferido éste a aquél. En esto convienen comúnmente los autores que testifican la existencia de la púrpura, exceptuando el citado Tomás Gage. Don José Pardo se contenta con decir que en nada excede el tinte de la púrpura de Guatemala al de la cochinilla, pero es más trabajosa su manifactura, la cual basta para que nunca venga a Europa y sólo tenga uso entre aquellos naturales, que hallándola a mano, ahorran el gasto de la conducción de la grana. Pero el P. Labat habla con mucha desestimación del tinte de púrpura, no por la debilidad del color o lustre, sino por su poca duración, pues dice que con las lavaduras se va gastando hasta disiparse enteramente; por lo cual se inclina, o a que la púrpura que hoy hay es distinta de la antigua de Tiro, o que los antiguos tenían alguna particular manipulación para fijar el tinte, cuyo secreto se ha perdido (1).

---

(1) 1. Puedo ahora hablar con más seguro conocimiento de la púrpura y color purpúreo, porque tengo en mi poder una madejilla de algodón teñida de la púrpura americana, que se me remitió juntamente con la pintura de aquel pececillo, y una disertación latina sobre el asunto, compuesta en Panamá por monsieur Jusieu, de la Academia Real de las Ciencias, a los principios del año de 1736. Este académico fué destinado con algunos compañeros a observar por la parte meridional la figura de la tierra, al tiempo que con el mismo designio se encaminaron a las partes septentrionales otros de la misma Real Academia.

2. Consta, así por la inspección de la madeja que tengo, como por las noticias que da monsieur Jusieu, que el tinte de la púrpura es muy inferior en hermosura al de la grana. Nada tiene a la verdad de brillante o alegre el color purpúreo. *Vergit ad faecum vini colorem*, dice monsieur Jusieu. Realmente es un color sanguíneo muy tibio, que se acerca bastantemente al morado. Así el citado académico constantemente afirma que la falta de uso de la púrpura (tan estimada entre los antiguos) no viene de que falte en los mares este pez testáceo o en los hombres el arte de aprovechar su jugo, sino lo uno de que se hallaron después otras materias, que dan colores más hermosos: lo otro, de que con mucho menos copia de materia se tiñe mucho mayor copia de paño: *Viginti libri cochenille* —dice—, *plus inficere possunt, quam valeant quotquot sunt simul collectae conchae purpuriferae*.

3. Opondráseme acaso, que lo que alegamos no prueba contra la excelencia de la púrpura, que tanto apreciaban los antiguos, pues pudo aquélla ser de muy distinta y superior calidad a la americana. Nada se ve más de ordinario que variar notablemente en calidad las producciones de distintos mares y distintas tierras.

4. El P. Luis de la Cerda (in *Virg*., lib. 4, *Georg*., v. 275) prueba con algunos pasajes de Plinio y otros autores, que el color purpúreo de la antigüedad era morado: *Coccinus aut coccineus* —dice— *proprie est rubicundus ille, et splendidus, quem nominat vulgus* color de grana: *Purpureus autem longe ab. hoc, nimirum* color morado. Pone luego las pruebas. Plin. lib. 21, cap. 6. *Violas triplicis coloris*

11. Fácil es componer esta discordia de opiniones, en atención a que en los antiguos naturalistas leemos que las púrpuras de distintos mares eran muy desiguales en la fineza del tinte. Sucederá, pues, y es preciso que suceda hoy lo mismo; con que habrá en una parte púrpuras que den tinte tan fino como el de la cochinilla, en otra que le den algo inferior, en otra muy infe-

---

constituit, purpureas, luteas, albas, moradas, amarillas, blancas: *Est autem nemo qui viderit coccineas.* Idem. Plin. *eodem* lib. cap. 5. *Dividit, lilia in alba, seu candida, in rubencia, in purpurea*, blancos, rojos, morados: *Quis est autem qui haec viderit coccinea:* Idem Plin. *ita scribit de colore purpureo: laus ei summa color sanguinis concreti nigricans aspectu... Horatius purpuram describens, and violas confugit: lana Tarentino violas imitata veneno... verba Cornelii Nepotis apud Plinium, cap.* 39, *lib.* 9: *Me in vene, violacea purpura vigebat...* Cita, finalmente, al sabio Antonio Agustino, *Dialog.* 5, *Iconum.*

5. Pero a la verdad, estos testimonios sólo prueban, cuando más, que el color purpúreo más frecuente y común era morado, no que no hubiese tinte purpúreo de color más brillante y encendido. Y aun la autoridad de Cornelio Nepos es *contra producentem.* Sus palabras parece ser se deben traducir al castellano en esta forma. Siendo yo joven, era más estimada o preferida a las demás la púrpura morada. Lo cual minisfiesta que había púrpura de otro o de otros colores, las cuales no eran digámoslo así, de la moda en la juventud del autor citado. Confírmase esto, viendo todo el pasaje de Cornelio Nepos, que es como se sigue: *Me juvem violacea purpurea vigebat, cuius libra denoriis cent um venibat: nec multo post rubra Tarentina.* Aquí tenemos demás de la púrpura morada, otra rubicunda, que parece se hizo de moda después de la juventud del autor. Confirmólo más con el símil de que usa Virgilio, figurando en el purpúreo el encendido color rosado de las mejillas de Livinia:

Indum sanguineo veluti violaverit ostro
Siquis ebur.

6. Es verdad que prosigue comparando la mezcla del rubor y candidez en las mejillas de la doncella a la de los lirios con rosas blancas *vel mixta rubent ubi lilia multa alba rosa*, pero esto no obsta; pues aunque diga el P. Cerda que no hay lirios rubicundos, Plinio lo afirma: *Est, et rubens lilium, quod Graeci crinon vocant* (lib. 21, cap. 5), los cuales distingue de los purpúreos, de que habla más abajo: *Sunt, et purpurea lilia.* Sin duda sería una grande impropiedad e injuriosa a la hermosura de Lavinia, pintar moradas sus mejillas. La púrpura de Tiro, que excedía mucho a todas las demás en estimación, dice Vitulio (lib. 7) que era rubicunda: *Puniceum colorem procreat Africa*; *Tyrus autem rubeum.* Lo mismo se colige de otros autores.

7. Parece, pues, cierto que el antiguo color purpúreo no era todo uniforme o precisamente morado, sino que variaba entre el morado y el rubicundo. El tinte de la madeja que tengo es, como dije, entre sanguíneo y morado. Esta diversidad provenía principalmente del diverso jugo de los peces de distintos mares, y en parte del diferente uso de él; lo que se colige de algunos pasajes de Plinio.

8. Esto no obstante, subsiste lo que hemos dicho y confirma monsieur Jusieu, que el antiguo color purpúreo era de inferior hermosura al de la grana. Plinio dice que el más precioso era el que se parecía al nigricante de la sangre cuajada: *Laus ei summa color sanguinis concreti nigricans aspectu*; y este color cede mucho en hermosura y esplendor al que da el tinte de la cochinilla. Aun el color de grana de los antiguos, que llamaban *coccineus color*, tomando la denominación del árbol *coccum*, de que se extrae, que es una especie de encina (nosotros llamamos kermes a la grana de aquel árbol) era más hermoso que el de la púrpura: *Gratius nihil traditur aspectu*, dice Plinio de este color (lib. 21, cap. 8).

9. Lo que el padre Labat, citado por nosotros en el mismo número, dice de la poca duración del tinte de la púrpura americana, se debe entender limitado, como advierte monsieur Jusieu, a la púrpura de la isla de Santo Domingo, que es la que experimentó el padre Labat. Monsieur Jusieu experimentó bastantemente firme el de la púrpura de Panamá; pues habiendo puesto a macerar en vinagre fuertísimo, por espacio de dos horas, un poco de hilo teñido de aquella púrpura, no padeció decadencia alguna en el color. Del contexto de monsieur Jusieu se colige que la púrpura de Santo Domingo es pez algo diverso del de Panamá. En efecto, tanto antiguos como modernos convienen en que hay bastante diversidad entre las conchas purpuríferas, llámese esta diversidad accidental o esencial, como cada uno quisiere.

10. Finalmente, es bien advertir aquí que no sólo en la América se halla la púrpura; también los mares de Europa la producen. En el siglo pasado se descubrió en grande abundancia en las costas de Inglaterra y de Irlanda. Constan también que la hay en las costas de Francia por la parte de Poitou Es verisímil que se hallará en otras muchas partes, como hay curiosos que la busquen. Lo que yo puedo asegurar es que se halla en este mar de Asturias. Habiéndom asegurado personas fidedignas haber visto hil teñido con el jugo de un pececillo testáce de la costa de Villaviciosa, del mismo colo que el que yo tengo en la celda de la púrp

rior. Consiguientemente cada autor habla diferentemente, porque cada uno vió diferentes púrpuras, uno en una parte, otro en otra. También la diferente manipulación que habrá en diferentes parajes, aun siendo igual en bondad el tinte, puede inducir una gran desigualdad en el color de la tela, lo que no advertido por los que notaron esa desigualdad, pudo ocasionar en ellos el error de atribuirla a la naturaleza, siendo toda del arte.

12. De la grande estimación que entre los antiguos tenía el tinte de la púrpura, no se infiere que fuese más ni aun tan precioso como el de la cochinilla. Era aquél el único que tenían, porque la cochinilla no estaba descubierta entonces; así, a falta de otro mejor ni aun igual, es preciso que apreciasen mucho aquél.

13. Concluyo con que las señas que da Tomás Gage de la púrpura americana coinciden perfectamente con la descripción que de este pez hace Plinio: como son que tiene el deseado licor en una blanca vena de la garganta; que vive siete años; que se sepulta en el orto de la canícula y está escondido hasta la primavera siguiente.

§ IV

14. La opinión de que hoy carecemos del verdadero bálsamo, creo que no tiene otro fundamento que haber afirmado Plinio que el árbol que le destila, es tan privativamente propio de la Judea, que no puede producirle otra alguna tierra. *Uni terrae Judeae concessum est,* dice, libro 12, capítulo 25, y *fastidit balsamum alibi nasci,* libro 16, capítulo 32. Como, pues hoy no se halla el bálsamo en Judea, se ha inferido que esta especie se perdió para todo el mundo. Pero en esta parte erró Plinio, porque Dioscórides dice que no sólo se procreaba el bálsamo en Judea, más también en Egipto, y este autor, como natural de la Cilicia, mucho más vecina a Egipto que Roma, donde escribió Plinio, estaba más proporcionado para tener noticia de las plantas de Egipto; así merece más fe que Plinio en esta materia.

15. Lo mejor es que ni los mismos hebreos atribuían a su patria el honor de ser producción suya el bálsamo, pues era tradición entre ellos que la reina Saba, cuando vino a visitar a Salomón, había traído aquella planta a Judea. Así lo refiere Josepho: *Aiunt etiam, quod balsami plantam, cuius* lomón, había traído aquella planta a *hodio quoque ferax est nostra Regio, illius Regina munificentia ferri acceptam oporteat* (*Antiquit. Judaic.*, lib. 8, cap. 2). Según esto, venía a ser el bálsamo de Judea originari o de la Africa, y si la reina Saba dominaba en Egipto, como escribe el mismo Josepho, coincide oportunamente esta noticia con la que da Dioscórides de que también en Egipto se produce el bálsamo.

16. Con todo, hoy no se halla el bálsamo en Egipto, o sólo se halla, como quieren algunos, en un jardín que tiene el Gran Señor a cuatro millas del Cairo, sitio venerado por los Cristianos orientales, entre quienes hay la tradición de que fué consagrado por la asistencia de María Señora nuestra y de su Divino Infante cuando estuvieron en Egipto, y que en una fuente o pilón de agua que hay en él, solía la Reina de los Angeles lavar los pañales del Niño Dios y Hombre, reinando en muchos la creencia de que en atención a tan respetable circunstancia, favorece el cielo aquel sitio con la procreación del bálsamo. Otros dicen que de la Arabia fué conducida esta planta a aquel sitio, y aun parece ser que es menester continuar la transplantación.

17. Lo que no tiene duda es, que en la Arabia crece esta planta con abundancia en las cercanías de Meca y de Medina, tanto en las tierras cultivadas, como en las incultas, con grande utilidad de los naturales, los cuales venden su precioso jugo a los peregri-

ra americana, pedí me enviasen algunas de aquellas conchas, y las hallé enteramente semejantes a la púrpura americana, según la representa la pintura que tengo.

nos de Meca, y por este medio se esparce a varios países. Que este bálsamo es de la misma especie del que un tiempo se criaba en Judea, consta de la conformidad de la planta con las señas que de aquél dejaron Plinio y Dioscórides. Es verdad, que sus efectos medicinales no corresponden ordinariamente a la alta recomendación que de ellos hacen los autores. Podría esto atribuirse a que en lugar del verdadero y legítimo opobálsamo (así se llama el jugo de la planta), el cual mana de ella por incisión que se hace en el tronco y es poquísimo lo que de este modo se resuda, venden los naturales comúnmente el zumo que ya de la grana, ya de las hojas, ya del leño mismo sacan al fuego, y aun éste le mezclan con la terebintina de Chipre y otras drogas. Pero estas trampas y otras muchas ya en tiempo de Dioscórides se hacían, como dejó escrito él mismo. Así es creíble que los antiguos ponderaban su bálsamo más de lo justo, lo que hacían también respecto de otros medicamentos, como veremos abajo.

18. De modo que en el hecho de bálsamo, bien lejos de que tengamos que envidiar a los antiguos, éstos tienen mucho que envidiarnos a nosotros, pues sobre gozar el bálsamo de Judea, que era el único que ellos conocían, sólo con la diferencia de nacer en distinto suelo, la América nos ministra otros, acaso nada inferiores a aquél. Tales son el del perú, el de tolú y el de copaiba, que todos tres vienen de distintas regiones del Nuevo Mundo, y todos se sacan por incisión de tres distintas especies de árboles.

§ V

19. Todos, o casi todos los que niegan que se haya perdido la especie del *cinimomo*, convienen en que esta planta no es otra que la que nosotros llamamos *árbol de la canela*. En efecto, la voz latina con que significamos este árbol o su corteza, no es otra que *cinnamomum*

20. Yo estoy persuadido a lo mismo por algunas fuertes conjeturas que me han ocurrido a favor de esta opinión. La primera es que las mismas virtudes que Dioscórides atribuye al cinnamomo, como son mover el menstruo y la orina, facilitar el parto, clarificar la vista, aprovechar a los hidrópicos, reconocen los modernos en la canela. La segunda, que lo que más se estimaba o se estimaba únicamente en el cinnamomo de los antiguos era la corteza. Consta esto de Plinio: *Vilissimum quod radicibus proximum, quoniam ibi minimum corticis, in quo summa gratiae. Quae de causa praeferuntur cacumina, ubi plurimus cortex.* Esta seña es específica del árbol de la canela, en cuya corteza está su mayor o casi todo su precio. La tercera es que según el mismo Plinio, el propio terreno que produce el cinnamomo produce también la casia lígnea: *Frutex, et cassia est, iuxtaque cinnamomi campos nascitur.* Seña que asimismo conviene a la canela, pues la isla de Ceilán, que produce la canela, nos da también la casia lígnea. La cuarta, que, según Galeno, en libro I *De los antídotos*, citado por el doctor Laguna, la más excelente casia lígnea es muy parecida al cinamomo, e imita su virtud, de modo que es suplemento de él y suele venderse en su lugar. Esto es puntualmente lo que hoy se experimenta respecto de la canela, a quien suple, administrada en mayor cantidad, la corteza de la casia lígnea; y aun aseguran los que entienden de drogas, que apenas se nos vende jamás la canela sin mezcla de alguna porción de casia.

21. No disimularé dos objecione[s] que se me pueden hacer. La primer[a] es que Plinio dice que el cinamom[o] no excedía de dos codos de elevación y el árbol de la canela, aunque no mu[y] crecido, excede considerablemente est[a] estatura. En el *Diccionario Universa[l]* de Trevoux se lee que el año de 166[.] se trasplantó un árbol de éstos de la[s] Indias Occidentales a Hamburgo, [el] cual creció a la altura de 15 ó 16 pie[s]. Respondo lo primero, que el incr[...]

mento de las plantas de la misma especie es desigualísimo en distintas regiones. La berza en Galicia crece a triplicada y cuadruplicada altura que en Castilla, y al contrario, el olivo en Galicia no tiene la sexta parte de cuerpo que en Navarra, a cuya proporción también el fruto es mucho menor. Plinio, pues, habla del cinamomo que venía de Etiopía, que no se conocía entonces, y acaso el de aquella región sería mucho menor que el de Ceilán, que es el que tenemos ahora.

22. Respondo lo segundo, que Plinio no habló por vista o experiencia, sí sólo por noticias; y las que daban del cinamomo los que manejaban este comercio no eran más que fábulas sobre fábulas, a fin de hacer más precioso el género y venderle más caro. Al principio decían que sólo se hallaba en los nidos de algunas exquisitas aves, especialmente del fénix, y esto sobre las cumbres de inaccesibles rocas, con la circunstancia agravantísima de que sólo en el sitio donde había sido criado el dios Baco se enriquecían los nidos con este precioso aroma. Desvanecida esta fábula, se sustituyó otra, ordenada al mismo fin, que era el que se conducía de tan remotas tierras, que los que traficaban en él consumían cinco años en la navegación, lo que circunstanciaban con otras dos insignes patrañas: la primera, que no se podía coger sin lograr primero licencia de no sé qué deidad, con el sacrificio de cincuenta bueyes, carneros y cabras: la segunda, que de lo que se cogía se consignaba una parte al Sol, la cual, expuesta a sus rayos al instante se encendía y resolvía en cenizas. Todo esto conspiraba a persuadir rarísimo y cortísimo el aroma. Y como conducía al mismo intento suponer muy pequeña la planta, podía esto ser fábula como lo demás.

23. La segunda objeción se toma de que en tiempo de Galeno, según refiere el doctos Laguna, había tan poco cinamomo, que con gran dificultad lograban uno u otro fragmentillo de él los mayores príncipes, cuya raridad no es compatible con la identidad que afirmamos del cinamomo y canela, pues de ésta hay dilatadísimas y espesísimas selvas en la isla de Ceilán; la cual Isla, suponiendo ser la misma que antiguamente se llamaba Taprobana, no era incógnita ni incomunicable a los europeos, pues no sólo había sido descubierta por la armada marítima de Alejandro Magno, cuyo prefecto era Onesicrito, mas en tiempo del emperador Claudio vinieron de ella cuatro embajadores a Roma.

24. Respondo concediendo, que Ceilán es la antigua Taprobana, lo que para mí no tiene duda; también, que abunda infinito de canela, y en fin, que aquella isla era bien conocida de los europeos en tiempo de Galeno. Pero de todo esto nada se infiere para el asunto. Abunda hoy infinito de canela. Es menester probar que también entonces abundaba, lo cual jamás se probará. Antes consta lo contrario, pues Plinio, que trata bastantemente de la fertilidad y riquezas de la Taprobana, nada apunta que pueda hacer alusión a la canela. O se multiplicó, pues, en los tiempos posteriores algún cortísimo plantío que había entonces, o llevándose la planta de otra parte, procreó felizmente en aquella isla.

§ VI

25. Julio César Escalígero, y Jerónimo Cardano, dos autores tan generalmente opuestos en los dictámenes, que parece se habían convenido en no convenirse jamás, o propuesto el uno al otro, como Abrahán a Lot, seguir siempre rumbo encontrado al que él eligiese, *Si ad sinistrani ieris, ego dexteram tenebo*; *si tu dexteram elegeris, ego ad sinistram pergam*; estos dos autores, digo, apasionadamente émulos y estudiosamente discordes, se conformaron donde menos debía esperarse; esto es, en el dictamen de que los vasos mirrhinos, famosos en la antigüedad, no eran otra cosa que aquella porcelana, que hoy llamamos de la China, porque sólo se fabrica en aquella re-

gión. Digo que en este asunto es donde menos se podía esperar que se conviniesen, porque es tan poco verisímil esta opinión, que al proponerla uno era natural que el otro, bien lejos de seguirle, se holgase de lograr tan bella ocasión de impugnarle.

26. No ignoro que no pocos eruditos siguen la opinión de Escalígero y Cardano. Todo su fundamento consiste en un verso de Propercio, que expresamente supone, que los vasos en cuestión se formaban por vía de cocimiento al fuego: *Murrheaque in Parthis pocula cocta focis.* Seña que viene puntual a la porcelana de China. Pero en el tomo IV, discurso XII, número 57, impugnamos esta opinión, porque las señas que da Plinio de los vasos mirrhinos, sobre indicar que eran obra de la naturaleza (salvo la figura), y no del arte, no son adaptables a la porcelana. A que añadimos ahora, que según testimonio del mismo Plinio, aquellos vasos eran gratamente olorosos: *Aliqua, et in odore commendatio est,* y los vasos de porcelana no tienen olor alguno. Plinio en la descripción de los vasos mirrhinos habla por experiencia. Era hombre poderoso y de calidad, que sin duda los tendría y vería muchas veces en su mesa. Propercio, en cuanto a la formación de ellos, sólo pudo hablar de oídas. Así nos parece justo preferir en esta parte la autoridad de Plinio a la de Propercio.

27. Algunos creyeron que aquellos vasos se hacían de mirra o de la goma que se destila del árbol de este nombre, y por esto se llamaban mirrhinos. Dictamen totalmente insubsistente, ya porque la mirra era muy conocida de los Romanos, y así no habría lugar a la persuasión, que, como testifica Plinio, había entre ellos de que la materia de los vasos mirrinos era cierto licor condensado en las entrañas de la tierra, ya porque la mirra es toda transparente, y dice Plinio que los vasos que tenían algo de transparencia eran poco estimados: ya porque así el color como la consistencia que Plinio les atribuye, son muy ajenos de la mirra.

28. Con mucha más verisimilitud discurren otros que aquellos vasos se hacían de una especie de ágata. Y esta opinión me place por tres motivos, tomados de la descripción que Plinio hace de ellos. El primero, es la variedad de colores que tenían los vasos mirrhinos, la cual variedad se encuentra en todas o en casi todas las ágatas. El segundo, que en parte de ellos se observaba alguna transparencia, aunque éstos eran los menos apreciados. Esta seña es muy propia de las ágatas, las cuales, aunque por la mayor parte opacas, tienen algunas porciones transparentes. El tercero, que la materia de aquellos vasos ofrecía en su aspecto la idea de ser humor coagulado en las entrañas de la tierra: *Humorem putant sub terra calori densari.* Y aunque esta representación es más propia de los cristales y de las piedras rigurosamente preciosas y perfectamente diáfanas, en todo el resto de mixtos, que tienen la textura y consistencia de piedras, ninguno hay que más bien ostente el encuentro o mezcla de varios jugos cuajados en las entrañas de la tierra, que la ágata.

29. Pero habiendo diferentes especies de ágatas, ¿a cuál de ellas podremos atribuir los vasos mirrhinos? Nada hallo escrito sobre este particular, con que es preciso caminar sin guía. Pero pienso que puedo congratularme de una feliz ocurrencia en el asunto.

30. Entre las varias especies de ágata, que enumera Plinio en el libro 37, capítulo 10, hay una que llama *Antachates*, y de quien no da otra seña particular, sino que al quemarse huele a mirra: *Antachates, cum uritur myrram redolens.* Bastaba esta circunstancia sola para creer que en esta piedra habíamos encontrado ya la materia de los vasos mirrhinos. La razón es, porque no de otra cosa alguna pudieron tomar esta denominación. No de la goma llamada mirra, como probamos arriba. Menos aún de una yerba llamada *myrrhis*, especie de cicuta. Tampoco de una piedra preciosa llamada *myrrhites* de quien trata Plinio, porque ésta tien

un color no más, que es el de la mirra, por donde se le dio aquel nombre, no la variedad, que había en los vasos mirrhinos. Estos son todos los sustantivos que hay, a quienes sea adaptable el adjetivo de mirrhino. Luego no pudiendo formarse de alguna de las expresadas materias los vasos mirrhinos, y hallando por otra parte una piedra, que sobre la variedad de colores, común a las ágatas y propia de los vasos mirrhinos, tiene una propiedad, de donde pudo derivarse a ellos esta denominación, debemos creer que de esta materia se hacían.

31. Pero a esta prueba, que por sí sola es muy buena, se le añade mucho vigor atendiendo a la circunstancia de que los vasos mirrhinos eran gratos al olfato: *Aliqua est in odore commendatio est.* Es de creer que aquella especie de ágata, que puesta al fuego exprime el olor de mirra, expira ese mismo olor, aunque más remiso, sin ser atormentada en la llama; porque esto es general a todos los mixtos, cuyo espíritu aromático disipa el fuego, que aun sin arrimarse a él derraman algunos efluvios olorosos. Todas las señas concurren, pues, para creer que los vasos mirrhinos se hacían de aquella especie de ágata: la variedad de colores, la conveniencia en el olor grato al sentido y, en fin, la denominación de mirrhinos, que parece no pudo tomarse sino del olor de mirra que se observa en aquella especie de ágata. *Cum uritur myrrham redolens.*

32. Supuesto que los vasos mirrhinos fuesen de la materia que decimos, no hay motivo para pensar que esta especie se perdió en cuanto a la naturaleza, sí sólo en cuanto al uso que hacía de ella el arte. Es de creer que la haya en las mismas regiones de donde antiguamente se extraía. Como antes del tercer triunfo de Pompeyo no se habían visto en el Occidente los vasos mirrhinos, sin que por eso faltase en Oriente su materia tampoco faltaría ésta después que en Roma faltó su uso. El gusto de los hombres, que siempre fué inconstante, cesó en el aprecio de los vasos mirrhinos; y dejando de ser la moda, poco a poco fueron pasando de la desestimación al olvido.

§ VII

33. Qué cosicosa fuese lo que los antiguos llamaban *auricalco* no es de muy fácil averiguación. Muchos creen que era un compuesto de oro y cobre, fundados en que la voz *auricalcum* es compuesta de la voz latina *aurum*, que significa *oro*, y de la griega *chalcos*, que significa *cobre*; pero éste es un error palmario. Nebrija y Paseracio advierten que *aurichalcum* se dice por abuso y corrupción. La voz genuina es *orichalcum.* Los griegos constantemente escriben *orichalcos*, y así escribían aun antes que los romanos supiesen tomar la pluma en la mano. Los más antiguos latinos no decían *aurichalcum*, sino *orichalcum.* Así se halla esta voz y no aquélla en Plauto y en Cicerón.

34. *Orichalchos* es voz adecuadamente griega, compuesta de dos: *oros*, que significa monte, y *chalcos*, que corresponde a la voz latina *aes*, y así lo propio dice en griego *orichalcos* que en latín *aes montanum*, y esta es la versión legítima de aquella voz. De aquí se puede colegir que el auricalco es una especie de cobre más brillante y precioso que el común. Digo *una especie de cobre*, porque aunque la voz castellana *cobre* viene originariamente del *aes Cyprium*, que es de una especie determinada, por falta de otra explicamos con ella lo que el latino significa con la voz genérica *aes.*

35. El más común sentir que reina en los diccionarios, es que auricalco se llamaba lo que nosotros decimos *latón*, el cual no era otra cosa que cobre mezclado con una tierra mineral, llamada calamina. Esta opinión me place, porque el aurichalco tenía en el color mucha semejanza con el oro, lo que consta de un pasaje de Cicerón (libro 3 *De offic.*): *Si quis aurum vendens orichalcum se putet vendere*, y no vemos metal alguno que pueda equivo-

carse en el color con el oro, sino latón. A que añado una eficacísima conjetura. En el tercero *De los Reyes*, capítulo 7, se lee que los vasos del Templo de Salomón eran de aurichalco (al original hebreo corresponde *aere terso*), y Josef dice que eran de cobre, que tenía color o resplandor de oro: *Fecit item vasa eius ex aere omnia, lebetes, et amulas, tenacula, et arpagones, et reliquia, auri fulgorem referentia.* Señas tan específicas del latón, que no permiten aplicarse a otra cosa.

36. Opondráseme lo primero, que el aurichalco era estimadísimo entre los antiguos, lo que no puede verificarse del latón, metal de bajo precio. Respondo que el precio y estimación de cosas suben y bajan según la variedad de tiempos, países y otras circunstancias. Si entre los antiguos había muy poco latón, sería muy estimado el latón; como por esta razón dijimos en otra parte, que los habitadores de la Isla de Formosa le estimaban más que el oro. El que haya mucho o poco, depende de estar descubiertas pocas o muchas, grandes o pequeñas, próximas o distantes las mineras de calamina. Acaso este mineral no se hallaba entonces sino en alguna región remota, y de aquí venía la preciosidad del latón. Hoy se halla en muchas partes y eso le ha envilecido.

37. Opondráseme lo segundo, que Plinio cuenta el auricalco, no entre los metales facticios o que resultan de mezcla, sino entre los nativos o simples. Respondo lo primero, que en esta parte pudo Plinio padecer engaño, y es natural le padeciese, si el auricalco era género muy extranjero, siendo cosa común en los que venden drogas compuestas o artificiales, cuya fábrica se ignora, fingirlas naturales y simples, para aumentar el precio. De esto tenemos un ejemplar reciente en el sal amoníaco, que viene de Levante, el cual se juzgaba acá nativo, hasta que por una carta del padre Sicard, misionero jesuíta en Egipto, escrita al conde de Tolosa, cuyo extracto se halla en las *Memorias de Trevoux*, del año de 1717, y otra de Mr. Lemere, cónsul del Cairo, a la Academia Real de las Ciencias, se supo ser artificial.

38. Respondo lo segundo, que acaso entre los antiguos había latón natural o que salía tal de la mina, trabajado por la naturaleza en sitio donde concurriesen los dos materiales, cobre y calamina. Hace verisímil esto la denominación de *aes montanum*, que parece alude a algún determinado monte donde hubiese esta minera; y adelantando la conjetura se puede discurrir que este monte era el Líbano, sobre el fundamento de que en el *Apocalypsi* (cap. 2, vers. 18), donde nuestra Vulgata lee *aurichalco*, el original griego dice, *Chalco Libano*, esto es *metal del Líbano*, bien que Nebrija da otra significación diferentísima a esta voz griega; pero es generalmente impugnado.

39. Ni aun asintiendo a que el auricalco fuese latón natural, se infiere que esta especie se haya perdido. Puede ser que en aquella parte donde le extraían los antiguos fuese el Líbano u otro monte, haya faltado. Pero ¿cómo se probará que no hay mineras semejantes en el resto del mundo? El padre Charlevoix (citado por el padre Sarmiento) dice que en la isla de Santo Domingo hay una especie de bronce natural ¿Por qué no habrá en otras partes latón natural, mayormente cuando se sabe que en la composición de bronce entra latón?

40. Noto aquí que algunos expositores de Ezequiel, donde se halla repetida tres veces la voz *electrum*, confunden el electro con el auricalco, juzgando que las dos voces significan una misma cosa; pero Plinio claramente los distingue. El electro, según este autor, es una mezcla de cuatro partes de oro con una de plata: mezcla, digo, o hecha por arte o fabricada en la mina, a quien los antiguos atribuían a utilísima virtud de descubrir los venenos, formándose en los vasos de esta materia, cuando contenían licor avenenado, unos arcos de varios colores, semejantes a los del ir

acompañados de un género de estridor; por lo que cantó Sereno:

Produnt electri variantia pocula virus.

§ VIII

41. La imaginación de que se han perdido algunas especies de yerbas medicinales, viene a mi parecer de tres principios. El primero, la falta de aplicación en inquirirlas o de dicha en encontrarlas. El segundo, la variación de los nombres. El tercero, las virtudes, que, o fabulosa o hiperbólicamente les atribuyen los antiguos.

42. Si porque hoy no hallamos en los catálogos de los botanistas modernos una u otra planta de que dan noticia los antiguos, fuese bueno inferir que esas especies existieron en otros siglos y no existen ahora, también, torciendo el argumento, de que en los antiguos no se hallan innumerables especies de que dan noticia los modernos, se debería inferir que ahora existen muchísimas que no existieron en los siglos anteriores; y siguiendo este modo de discurrir, hallaríamos que es poquísimo lo que perdimos, en comparación de lo que ganamos: por consiguiente, que hoy la naturaleza es más vigorosa y fecunda que en los tiempos pasados. El famoso botanista José Pitton de Tournefort llegó a conocer 8.846 especies de plantas, entre terrestres y marítimas. Ni a la décima parte de este número arribó el conocimiento de Dioscórides. ¿Diremos por eso que este prodigioso aumento de plantas se debe a los nuevos esfuerzos de la naturaleza? No, sino a la mayor aplicación de los modernos en inquirir lo que la naturaleza produce. Luego de la misma calidad, no porque hoy no se conozca una u otra planta que los antiguos conocieron, se ha de inferir que hoy no existe, sino que está retirada, o en regiones distantes o en senos poco accesibles, donde no llegó el examen de los botanistas modernos.

43. El árbol del café se creyó mucho tiempo tan propio de la Arabia Feliz que no nacía en otra parte alguna del mundo. El acaso le descubrió poco ha en región muy distante de la Arabia. Los habitadores de la isla de Borbón, llamada antes Mascareñas, habiendo aportado allí un navío francés que venía de la Arabia y traía algunas ramas del árbol del café con hojas y frutos, viendo la estimación, que de ellas hacían los franceses, dijeron que aquel árbol también nacía en sus montañas. En efecto, se halló que era así. Como, pues, el juicio de que esta planta sólo nacía en la Arabia, sólo porque no se había visto en otra parte, fué precipitado, lo es también el de que tal o tal planta conocida de los antiguos no existe hoy en el mundo, sólo porque ninguno de los modernos la encontró. ¿Han registrado por ventura los botanistas modernos todos los montes, valles y ensenadas del orbe? (1).

44. Lo mismo que en el árbol de café sucedió con el *ginseng*, planta famosa entre los chinos, a quien atribuyen singularísimas virtudes y adornan de ostentosísimos epítetos, llamándola el simple espiritoso, el espíritu puro de la tierra, receta de la inmortalidad, etcétera. Nace esta planta en unas sel-

(1) Carlos Jacobo Poncet, médico francés, residente en El Cairo, de donde fué a Etiopía el año de 1699, solicitado del emperador de los abisinios, a fin de que le curase de una enfermedad que padecía, halló árboles de café en aquella región, aunque poco apreciados de sus naturales, los cuales los conservan más por curiosidad que por juzgarlos útiles. Refiere el mismo Poncet que en aquel país están en la persuasión de que él pasó el café a la Arabia. La historia del viaje de este médico a la Etiopía ocupa todo el cuarto tomo de las *Cartas edificantes.*

2. En el *Diccionario Universal de Trevoux* se lee que en Batavia tienen también los holandeses de estos árboles, y que aun en Amsterdam han logrado y conservan su plantío; de donde monsieur Pancras, regente de la ciudad de Amsterdam, envió el año de 1719 al rey cristianísimo uno, alto de cinco pies, que el mismo año floreció y fructificó. Se advierte en el mismo *Diccionario*, que en Europa no se puede conservar esta planta, no teniéndola en invierno debajo de cubierto y vecina al fuego, que la comunique un calor templado.

vas de la Tartaria, sujeta al emperador de la China; y cuanta se coge se reserva para aquel Príncipe, parte como tributo, parte vendida a peso de plata fina, y él la revende a cuadruplicado precio. Ya ha tiempo que vinieron a Europa noticias del gingseng, comunicadas por algunos jesuítas misioneros de la China, extendiéndose con ellas la general persuasión de que sólo a aquel Imperio y sólo en las selvas de una porción de la Tartaria había comunicado el cielo este beneficio; pero pocos años ha la descubrió el padre José Francisco Lafitau, misionero jesuíta de los iroqueses, en las selvas de la Canadá, región de la América septentrional. La reflexión que sobre este descubrimiento se puede hacer a nuestro propósito es la misma que venimos de hacer sobre el hallazgo del árbol café en la Isla de Borbón.

§ IX

45. El segundo principio de equivocación en esta materia es la variedad de nombres. Una misma planta se nombraba un tiempo de un modo y hoy de otro. Llegándose a esto que las descripciones de las plantas hechas por los antiguos no son por lo común muy exactas y que la variación de terreno o clima induce alguna accidental diferencia dentro de la misma especie, fué fácil desconocer en los libros esta o la otra planta, que es muy conocida en los montes, juzgando que aquella voz con que la nombraban, significaba otra diversa, que ahora no se halla. Esta advertencia tiene la recomendación de una autoridad superior a la mía. Hácela el ilustre historiador y secretario de la Academia Real de las Ciencias (Mr. de Fontenelle) el año 1700.

46. No sólo la variedad de nombres de una misma planta, que ocasiona la diferencia de siglos y regiones, mas también la de un mismo siglo y una misma región, produce a veces el mismo error, y aun acaso más frecuentemente que la otra. Claudio Salmasio escribió un tratado de *Synonymis Hyles Jatriae*, cuyo asunto es mostrar que muchas plantas eran significadas de los antiguos (cada una en particular) con distintos nombres. Había tal planta, que tenía un nombre tomado de la región donde nacía, otro de su inventor, otro de su figura, otro de su efecto. Los modernos, pues, creyendo que aquellos nombres distintos significan distintos objetos, creen no haber hallado sino uno; esto es, la planta significada por todos, y se lastiman de que no parezcan o se hayan perdido otras especies que no hubo jamás.

§ X

47. El tercero y último principio de equivocación, es la atribución de singularísimas virtudes a algunas plantas. Es verdad que en esto no sé quiénes pecaron más, si los antiguos, si los modernos. La Medicina siempre fué facultad fanfarrona; siempre jactó extremadamente sus fuerzas; mas con esta diferencia: los antiguos, que no usaban tanto de composiciones, encarecían hiperbólicamente la actividad de los simples: los modernos sus artificiosas mixturas, a quienes honran con ostentísimos epítetos: de suerte, que el que entrando en una botica, lee los rótulos de los vasos, viendo tantas medicinas *áureas, celestes, angélicas, católicas, regias, imperiales, divinas,* se cree refugiado al templo de la inmortalidad, cuyas aras, y aun cuyos umbrales, respeta la guadaña de la muerte. Pero quien pusiese debajo de muchos de aquellos rótulos el mote de Bartolomé de Rubíes al ruiseñor: *Vos, nihil ultra,* no iría muy descaminado.

48. Como si no pudiese, pues, su propia arrogancia hacer desconfiar a los modernos de las promesas de los antiguos, tomaron a la letra los hipérboles (por no decir algo más) con que encarecieron las virtudes de algunas yerbas. De aquí es, que aunque tengan las mismas delante de los ojos, como ven que los efectos no corresonden,

imaginan que las de que ellos habla-n eran otras distintas, las cuales hoy) se hallan. Muchos se han quebrado cabeza sobre inquirir qué cosa era el *epentes* de Homero. Este poeta, en la *disea*, dice que Helena usaba de una rba de este nombre, la cual sólo ıce en Egipto, como de un divino medio contra la melancolía de los que ía muy afligidos, y que su eficacia a tal, que al momento ponía alegres los que estaban padeciendo los más ueles pesares. Toda la dificultad con-ste en que hoy no se encuentra, ni ı Egipto ni fuera de Egipto planta al-ına de tan extremada virtud: nudo r cierto fácil de desatar al primer ón, con decir, que Homero, o como eta fingió, o como médico (pues tam-én dicen algunos que lo fué, y aun ıímico insigne) encareció mucho más lá de lo justo la virtud del nepentes.

49. Cada día vemos caer los medi-mentos de aquel crédito en que al incipio los pusieron. El honor de los mpuestos apenas dura lo que la vi-ı de su inventor. Así se van suce-endo sin término unos a otros, y raro édico se halla de algo especiales cré-tos, que con alguna nueva combina-ón o con la adición de alguna cosilla,) se haga inventor de algunas nuevas ldoras, nuevo jarabe, nuevos pol-s, etc. Este predica los milagros que ıce con la nueva receta; ayúdanle ya s apasionados, ya algunos felices en-rmos, y se extiende su crédito en po-s días por todo un reino. Mas luego ıe hay algún espacio para hacer re-xión, se va advirtiendo la inutilidad l nuevo medicamento y haciéndose gar a que otro, de no mayor mérito, upe el honor que aquél tenía usur-ıdo.

50. Lo mismo sucede en los sim-es. ¡Qué campanada no dieron a los incipios todos los que vinieron de la mérica! ¡Cuánta turba de excelentes pecíficos para varias enfermedades! hoy, a la reserva de la quina, ha-ımos que apenas sirven de cosa; pues n la hipecacuana, tan celebrada para s disenterías, se ha experimentado que en muchas, no sólo es inútil, sino gravemente nociva. Poco ha que un ci-rujano francés, que estuvo en el Bra-sil y de allí vino a hacer su asiento a Lisboa, trajo de la América una yerba llamada *iquetaya*, la cual proclamó como remedio admirable para la pleu-resía, apoplejía y todo género de fie-bres intermitentes, juntamente como ex-celente correctivo del mal olor y gusto del sen. Envió a París a un amigo suyo alguna porción de hojas tan desmenu-zadas, que no se podía formar alguna idea de su formación o figura. Por otra parte, la cantidad enviada era tan pe-queña, que sólo pudo llegar para hacer experiencia de la última virtud que se le atribuía y se halló ser verdadera, lo que inducía una preocupación favora-ble para las demás que no podían ex-perimentarse. Pero por desgracia del cirujano, que quería entablarse un co-mercio provechoso sobre su decantada yerba, habiendo caído algunos frag-mentos de ella en manos de Mr. Hom-berg y Mr. Marchant, hábiles botanis-tas, descubrieron éstos entre las des-trozadas hojas, algunos granitos de su simiente, los cuales parecieron ser de alguna de las especies de *scrophularia*. Para mayor desengaño sembraron aquellos pocos granos, y salió a su tiem-po la que llaman *scrophularia aquatica*. En efecto, hallaron que no sólo la plan-ta traída del Brasil, mas también la *scrophularia aquatica* europea tiene la virtud de privar enteramente al sen de su mal olor y sabor, sin comunicarle otro olor ni sabor desapacible ni mi-norar su virtud purgativa, lo cual se hace poniendo en un puchero de barro al fuego un cuartillo de agua, y cuando ésta se calienta hasta el punto de no poder sufrir la mano, se echan en ella dos dracmas de sen y otro tanto de ho-jas secas de la escrofularia; retírase luego el agua del fuego, y en enfrián-dose todo, se saca el sen beneficiado en la forma que hemos dicho. El des-cubrimiento de esta virtud, antes ig-norada, pareció importante, porque está el sen reputado por uno de los mejores purgativos, y sólo su mal gus-

to hace su uso difícil. En orden a las demás pretendidas virtudes nada se descubrió, sino la falacia del que las había predicado. Pero es creíble que si la *iquetaya*, a la sombra de su nombre bárbaro, hubiese conservado la reputación de la planta privativa del Brasil, tendría la fortuna de las demás drogas de la América, y pasarían algunos años antes de desengañarse de sus imaginadas virtudes la Europa.

§ XI

51. Las plantas del Oriente han tenido con corta diferencia la propia fortuna que las de la América. ¡Qué maravillas no se dijeron del té y del café en su primer arribo a nuestras regiones! Mas ya su aprecio fue cayendo hasta el punto de tenerlos muchos por nocivos y los más por inútiles. Los holandeses, que supieron aprovecharse muy bien en este punto de la credulidad de los europeos, tuvieron habilidad para utilizarse mucho más en la de los Orientales. Es el caso, que les persuadieron a éstos que nuestra salvia, planta de que carece el Asia, tiene incomparablemente mayores virtudes que el té. Con esto logran que ella les den doblada porción de té (y aun cuadruplicada leí en un autor) por una de salvia. Este engaño por reflexión volvió de la Asia a Europa, aunque limitado a la salvia silvestre, de quien ya ha muchos años se extendió por acá, que posee con ventajas las mismas virtudes que el té. Lo que en esta materia puedo asegurar de propia observación es que en el té es palpable la facultad de firmar la cabeza por algún tiempo contra las baterías del sueño, y así es útil para los que se hallan en alguna precisión de desvelarse. Pero nunca en el uso de la salvia, ni hortense ni silvestre, reconocí tal efecto, aunque hice repetidos experimentos.

52. Es verdad, que aún algunos hoy están encaprichados de las utilísimas facultades del té y el café, especialmente el segundo. Dichosos, si su aprehensión suple la virtud que falta al medicamento: *Felices errore suo.* Leí de una señora francesa, devotísima del café, a quien tenía por su eficacísimo *quitapesares*, que habiéndole dado de golpe la no esperada noticia de la muerte de su marido, al momento empezó a gritar: *Traigan café, venga mi café, café, café, café.* Trajéronle su café, tomóle y quedó tan sosegada, con poca diferencia, como si no hubiese sucedido nada. Esta tenía su *quid pro quo* del nepentes homérico; y acaso el nepentes homérico no hacía más que el café, pero suplía Helena con su imaginación en la planta egipcia, como l señora, que hemos dicho, en la de l Arabia. ¡Oh infeliz Cleopatra, qu teniendo tan a mano el nepentes, pue nacía en sus dominios, no se sirvie de él para disipar los crueles dolor que le ocasionó la derrota y muerte d Antonio! Infeliz digo, si siendo tan di creta y sabia como aseguran los hist riadores, ignoraba la portentosa vi tud de una yerba que crecía a la son bra de su corona, habiendo llegad ésta siglos antes a la noticia de un dama griega. Ya veo que se podrá d cir que ya en tiempo de Cleopatra fa taba el nepentes. Pero más barato decir, y sin comparación más veri mil, que jamás hubo tal yerba, o q si la hubo, la hay también ahora bajo de otro nombre; pero su virt es muy inferior a las ponderacion de Homero.

53. En efecto, algunos imagin que la yerba llamada *helenium*, es l nepentes homérico, fundándose ya n la alusión del nombre, que parece e deriva del de Helena, ya en que Pli o le atribuye la misma virtud que al pentes de disipar la tristeza. Si és discurren bien, aún no hemos perd o el nepentes, pues el *helenium* existe. El doctor Laguna sin miste alguno habla de él como de pla conocida, y dice que en castellano se llama *ala*. Pero ¿qué milagros hace ta yerba? Es verdad que el mismo guna le atribuye la de *hacer olv las tristezas y congojas del cora*

as esto parece ser sin otro motivo
ue haberlo leído en Plinio, pues Dios-
órides sólo dice que confeccionada
on vino paso, conforta el estómago; lo
ue sobre poder atribuirse únicamente
vino paso, es muy diverso de hacer
lvidar todo pesar. Por otra parte, no
emos que los médicos en las confec-
iones cordiales se acuerden de tal
erba.

§ XII

51. Finalmente, yo no aseveraré
ue no se haya perdido alguna de las
species que Dios crió en el mundo,
on aquella confianza con que lo ase-
urara Pitágoras en la pluma de Ovi-
io:

on perit in toto quidquam, mihi credite,
ando.

Pero por lo menos esto es lo más pro-
able, especialmente cuando por la parte opuesta no se alega argumento, cuya solución no sea facilísima: pues aun cuando no podamos mostrar, o señalar con el dedo esta o la otra especie conocida de los antiguos e ignorada de los modernos, ¿qué probará esto? ¿Han registrado por ventura los modernos cuanto hoy existe en el mundo, campo por campo, risco por risco, selva por selva? Mr. de Tournefort en un viaje que hizo a Levante, en que no visitó ni aun la séptima u octava parte de la Asia, descubrió 1.356 especies de plantas ignoradas de los botanistas europeos. ¡Cuántas se les esconderían aun en las mismas regiones que visitó! Siendo preciso que le quedasen por examinar muchos y grandes espacios de terreno. ¡Cuántas más, con imponderable exceso, habrá en las demás regiones del Orbe, que no ha registrado algún botanista! Así es preciso confesar que de lo mismo que hoy produce la naturaleza en el mundo es infinito lo que se ignora.

CONSECTARIO DEL DISCURSO ANTECEDENTE, SOBRE LA PRODUCCION DE NUEVAS ESPECIES

Discurso V

§ I

1. Aunque los que pretenden que se han extinguido algunas especies de compuestos naturales, que Dios crió al principio, miran como consecuencia de su opinión el que la naturaleza perdió mucho de su vigor primitivo y el mundo de su antigua variedad y hermosura, creo que bien reflexionada la materia, de su opinión misma se sigue todo lo contrario; esto es, que hoy la naturaleza está más vigorosa y el mundo más vistosamente adornado. Lo cual demuestro de este modo.

2. No fundan la pretendida extinción de algunas especies, sino en que no vemos hoy algunas, cuya existencia en otro tiempo consta de los antiguos escritores. Digo que si esta prueba es buena, infiere que desde aquellos tiempos a los nuestros se han producido muchas especies que antes no existían, pues hay muchas conocidas ahora, de las cuales no tuvieron conocimiento los antiguos, y el número de éstas es sin comparación mayor que las que dice se perdieron. Nótese en el género vegetable el enorme exceso, que en el discurso pasado notamos de las especies que conocen los botanistas modernos, a las que conocieron los antiguos. No es menor el que hay en el reino animal. No tuvieron los antiguos noticia de la vigésima parte de los insectos que han explorado los físicos modernos, y cada día van descubriendo más y más. Luego, si de no conocerse hoy algunas especies conocidas en otros tiempos se infiere que en un tiempo existieron, y ahora no; de no conocerse en los tiempos antiguos muchísimas que hoy se conocen, se inferirá que existen ahora y no existieron entonces. Por consiguiente será hoy la naturaleza más fecunda y el mundo gozará mucho mayor variedad.

3. Este argumento sólo tiene fuerza por vía de retorsión, y así en nuestra sentencia y según la verdad, sólo prueba la mayor aplicación en examinar la naturaleza y dar noticia de ella en este siglo, que en los pasados; así como propuesto por la opinión contraria tampoco prueba lo que ella pretende, sí sólo lo que latamente expusimos en el discurso pasado.

§ II

4. Dos cosas, sin embargo, me ocurren, que pueden hacer alguna dificultad en esta materia. La primera toca al reino animal; la segunda al vegetable. Apenas hay en España quien no tenga noticia del cadáver del águila de dos cabezas, que vino de la América el año de 23 y se conserva en el Real Monasterio de El Escorial. Este raro pájaro, si no se gradúa de monstruo o se discurre que una de las dos cabezas fué con arte añadida al cadáver, se puede tener por una nueva es-

pecie entre los volátiles, por no haber parecido otro semejante en el mundo en todo el discurso de los siglos.

5. Muchos sospechan la adición artificiosa de una de las dos cabezas; y aun yo estuve inclinado a lo mismo, hasta que me desengañó el señor don Alejo Antonio Gutiérrez de Rubalcava, intendente de Marina del Mediterráneo y sus islas, quien me aseguró haber examinado con sus propias manos y con toda exactitud todas las partes del pájaro inmediatamente a su arribo a España, y reconocido sin la menor ambigüedad ser natural la unión de las dos cabezas. Que tampoco es monstruo, sino individuo de especie perfecta, se colige de la relación del que le hirió y cogió, el cual dijo le había visto en compañía de otros tres en todo semejantes, los dos grandes, que discurrió ser los padres, el otro menor y del mismo tamaño del herido.

6. Si es verdad lo que comúnmente se dice, que los monstruos son infecundos, se infiere bien que no eran monstruos los cuatro pájaros bicípites, pues su multitud no deja duda que habían provenido por generación regular. Mas como la esterilidad de los monstruos, a lo que yo entiendo, no conoce bastantemente por experiencia ni alguna razón física lo persuada, lugar queda para decir que dichos pájaros eran monstruos.

7. Mas aun en caso que se crean individuos de especie perfecta, no por eso hay necesidad de conceder que esa especie es nueva en la tierra. El que haya sido ignorada de toda la antigüedad, no prueba que no existiese desde el principio del mundo. No todo lo que había en el mundo vieron los antiguos, como ni tampoco los modernos, aunque más aplicados y proporcionados a registrar el mundo, ven todo lo que hay en él. Es verdad, que según la Relación que vino de América acompañando a la águila de dos cabezas, por todas las asperezas de la provincia de Guaxaca, donde se halló este pájaro y sus compañeros, no se pudo descubrir después otro alguno, por más diligencias que se hicieron. Pero tampoco esto prueba. Acaso tienen su habitación en parajes totalmente inaccesibles. Acaso se mudaron a otra parte todos los individuos de aquella especie, por evitar la desgracia que padeció el compañero. Acaso es especie de limitadísima fecundidad y que por consiguiente subsiste en cortísimo número de individuos.

8. Posible es, que algunos juzguen que esta especie fué incógnita a los antiguos, discurriendo que la insignia de las águilas imperiales donde se unen sobre un cuerpo dos cabezas, fué ocasionada de haber visto alguna o algunas águilas con duplicada cabeza. Pero esta conjetura está mal tejida, por la desemejanza manifiesta que hay entre la águila imperial y la americana. Aquélla tiene las dos cabezas encontradas y que miran a lados opuestos; ésta las tiene mirándose una a otra, como consta de la descripción y dibujo que me remitió el citado don Alejo. Fuera de que, según varios eruditos, el uso de aquella insignia se introdujo y ejerció privativamente, cuando estaban dos emperadores sobre el trono, gobernando de común acuerdo el imperio, como símbolo oportuno para significar esa unión. El uso del águila con una cabeza sola como insignia del imperio es muy antiguo. Practicáronle los primeros los persas; después poco a poco se fué comunicando a los romanos, los cuales al principio variaban tomando por blasón en sus estandartes, ya lobos, ya leopardos, ya águilas, según placía a cada general, hasta que en el segundo año del consulado de Mario se estableció el águila como insignia constante del imperio y armas romanas. Supuesto este uso, se ve claro que sin que la Naturaleza presentase a los ojos alguna águila de dos cabezas, era naturalísimo elegir este símbolo para significar la unión de dos emperadores en el gobierno del imperio. Muchos siglos después se hizo, no se sabe con qué ocasión, la águila bicípite blasón general de todos los emperadores romanos.

§ III

9. El segundo argumento, en prue- a de que se engendran especies nue- as, se puede tomar de un hecho que refiere en la *Historia de la Acade- ia Real de las Ciencias* al año de 1719. n el mes de julio de 1715 se apareció el jardín de Mr. Marchant, bota- sta de la Academia, una pequeña lanta, incógnita a él y a otros bota- stas. Desecóse, y pareció a los fines diciembre: pero al mes de abril del io siguiente nacieron cuatro plantas mejantes a la primera, y dos de tal odo diferentes, que podían constituir iversa especie, aunque no colocarse bajo de diverso género; hablo según idioma de los botanistas. Desecáron- estas seis plantas al fin de diciem- re, como la primera; pero los años guientes se fueron multiplicando su- sivamente en el espacio de siete u ho pies de terreno. Lo más notable nuestro intento es que jamás se les udo descubrir simiente alguna, cuya rcunstancia, junta con la certeza de ue nadie había hecho allí tal plantío, arece prueba haber sido producción ueva de aquel terreno, cuya radical cundidad se explicase en virtud de guna insólita concurrencia de otras iusas.

10. No obstante esto, se debe creer ue dichas plantas tienen semilla y na- en de ella. La prueba está clara en sucesiva producción y multiplica- ón en el mismo espacio de terreno, que verisímilmente no se puede tribuir a otro principio, sino a que abiendo caído en tierra la semilla de primera, de ella se produjeron las lantas del siguiente año, y de las se- illas de éstas se fueron multiplican- o en los siguientes. El que la semilla o haya podido descubrirse no obsta, ues se sabe que muchas plantas la enen menudísima, y como no se sabe asta qué término puede llegar esta iminución, no hay fundamento alguno ara negar que haya semillas tan pe- ueñas, que sean totalmente impercep- bles, mayormente cuando hay graví- simos fundamentos para creer que to- das las plantas nacen de semilla.

11. Supuesta la expresada pequeñez de la semilla, no hay dificultad en que el viento la transportase de otra parte a aquel sitio donde nació la planta. Y esto es lo que generalmente se debe discurrir que sucede siempre que, sin previa diligencia humana, se ve nacer cualquier género de yerbas en terre- no donde antes no las había. Así como en la imprevista producción, que mu- chas veces acaece, de plantas de ma- yor semilla, es naturalísima la conje- tura de que algunos pájaros condujе- ron las semillas en el pico.

12. No obsta tampoco que Mr. Mar- chant u otros botanistas de París no co- nociesen aquellas yerbas, pues ni hubo ni hay ni puede esperarse que haya jamás botanista alguno que conozca to- das las especies de plantas que hay en el Universo.

§ IV

13. No tenemos, a la verdad, certe- za de que todos los vivientes se produ- cen de semilla, pero esta es la opinión válida entre los físicos modernos, los cuales han mostrado con evidencia, que en algunas generaciones, que la vulgar filosofía atribuía únicamente a la pu- trefacción de algunas materias con el concurso de las causas generales, inter- viene verdadera semilla, y esto funda una prudente persuasión de que en to- das sucede lo mismo.

14. Así, muchos filósofos de es- tos tiempos desprecian como patrañas de los antiguos la generación de las abejas de la carne corrompida del buey, la de las avispas de la del caballo, etc. Sperlingio observó que en una gran mortandad de bueyes que hubo en Wi- temberga, de ninguno de tantos cadá- veres podridos de aquella especie se engendraron abejas. El doctor don José Ortiz Barroso, sabio médico de la ciudad de Utrera, observó lo mismo en dos temporadas de gran mortandad de esta especie de ganados, que hubo en el territorio de Sevilla. Con lo que

evidentemente se rebate la solución que quiso dar Francisco Sachs a la experiencia de Sperlingio, atribuyendo la falta de generación de abejas a la frialdad del país de Witemberga, habiendo sucedido lo mismo en la Andalucía, que es país caliente. Fuera de que en la Rusia, Podolia y otras regiones septentrionales frigidísimas hay gran copia de abejas, por lo que en aquellas partes se venden cera y miel a muy bajos precios.

15. Ni obstan las generaciones de gusanos y otros insectos, que frecuentemente se ven en carnes, plantas y frutos corrompidos, pues éstas vienen de otros insectos, que depusieron en ellos su semilla; a cuyo propósito son oportunísimos los experimentos del célebre Francisco Redi. Este diligentísimo físico puso a pudrirse a un mismo tiempo tres pedazos de carne recién cortados, mas con esta diferencia: uno, en un vaso totalmente cerrado; otro, en un vaso cubierto con un transparente velillo de Nápoles; otro, totalmente descubierto. Lo que sucedió fué que todos tres pedazos se pudrieron, pero en el que estaba totalmente cubierto, no había gusano alguno; en el que estaba totalmente descubierto, muchos; tampoco había gusanos en el cubierto con el velillo, pero en el velillo mismo, por la superficie exterior, se vieron muchos menudísimos huevecillos depositados por las moscas y moscardas, que allí acudían a hacer fuerza para penetrar a la carne. Esto hace creer que la putrefacción por sí sola nada hace para la generación de los gusanos, sino que éstos nacen de los huevecillos que en las carnes ponen las moscas. Y de aquí sale una presunción bien fundada de que en las demás generaciones, que se ven en materias corrompidas, sucede cosa equivalente.

16. Supuesta esta opinión, consiguientemente se debe decir que no puede hoy resultar en el reino vegetable alguna nueva especie, pues la semilla de que se forma cualquier planta, necesariamente vino de otra planta de la especie misma; y procediendo de este modo, sale por consiguiente fijo, que todas las especies de plantas, que hay hoy, fueron criadas en el principio del mundo.

§ V

17. He limitado la aserción al reino vegetable, porque en el reino animal, no obstante que todas las generaciones se hagan de semilla, queda lugar a la producción de nuevas especies. Pero, ¿qué especies? No primarias, sino secundarias. Llamo especies primarias aquellas que se propagan por la concurrencia de los dos sexos de la misma especie, v. gr., el león y caballo, etc.; secundarias, las que resultan conforme al proloquio antiguo: *siem* diferente (v. gr., el mulo), a quienes comúnmente se da el nombre de especies terceras.

18. En estas, pues, especies secundarias es innegable que puede habe muchas novedades, por las varias com binaciones que en la conmixtión de lo dos sexos pueden intervenir entre di ferentes bestias, como en efecto se dic que las hay en aquellos adustos terri torios del Africa, donde por la grand escasez de agua acuden a una mism fuente o arroyo muchos brutos de d versas especies, y conciliándose algú afecto o perdiendo su nativa oposició con la frecuencia del trato, promiscu mente se mezclan, de que resultan nu vas especies secundarias a cada pas conforme al proloquio antigua: *sien pre la Africa produce algo de nuev*

19. Estas combinaciones se debe considerar innumerables, porque pu de ir aumentándose su número sin té mino. La razón es, porque aunque l que se pueden hacer entre veinte e pecies de brutos (pongo por ejempl que se suponga congregarse a una fue te, no pasan de ciento ochenta, del hacerse cuenta de las nuevas especi que por aquellas conmixtiones van r sultando, las cuales pueden ir mul plicándose sin término, pues el indiv duo de una especie secundaria pue

mezclarse con otro de cualquier especie primaria, en cuyo caso, de la generación resultará otra especie secundaria, diversa de la que suponemos existente. El individuo de este nueva especie ya añade tantas combinaciones, cuantas son las especies que antes existían, y de este modo se van multiplicando sin límite. Es verdad que de las combinaciones expresadas habrán de rebajarse muchas para el efecto de la generación activa, porque no entre cualesquiera especies podrá haber conmixtión, por la inadaptabilidad de los miembros; y aunque la haya, podrá no seguirse la generación, por carecer de proporción activa los dos temperamentos.

20. Creo que muchos están en la inteligencia de que todas las terceras especies, que yo llamo secundarias, son infecundas, y por consiguiente negarán el proceso infinito de nuevas especies secundarias. Acaso la experiencia de que los mulos son infecundos indujo el mismo concepto hacia todas las terceras especies; pero esto es contra doctrina clara de Aristóteles, el cual generalmente pone por fecundas las terceras especies, haciendo únicamente excepción del mular (si bien aun contra esta excepción se pudieran oponer algunos casos raros): *sed cum caetera sic orta inter* (habla de los partes de especies diferentes) *rursus ipsa inter se cocant, generareque possint, genus unum mulorum sterile est; quippe quod necque secum neque cum aliis iunctum generet.* (*De Gener. Anim.*, lib. 2, capítulo 5.)

MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

Discurso VI

§ I

1. Demonia llamó a la Naturaleza Aristóteles: *Natura daemonia est, non Divina* (*Lib. de Praesens. per somnum*). Epíteto de notable energía, y que con poca o ninguna diferencia significa lo mismo en la propiedad de la lengua griega, que en el uso vulgar y figurado del idioma castellano. De un hombre que hace o dice cosas que por superar nuestra inteligencia excitan nuestra admiración, solemos decir que *es un demonio*. En este mismo sentido y por la misma razón se puede decir que es *demonia* la naturaleza. Son sus operaciones y efectos tan admirables, que es preciso reconocer en la actividad de sus causas un genio elevado, sublime y misterioso, que por más que vuele en su alcance el discurso, se queda siempre muy lejos de nuestra comprehensión.

2. Es así sin duda; pero los más de los hombres tan abajo quedan, que ni aun esto mismo alcanzan. ¿Qué digo yo los más? Casi todos parece que solo con los ojos corporales miran las obras de la naturaleza. No celebran lo excelente, sino lo raro, o sólo lo raro tienen por excelente. Nada hallan admirable en lo que diariamente miran, porque su rudeza no pasa de la superficie de lo que ven. Es sentencia común que la admiración es hija de la ignorancia, y yo, sin contradecirla absolutamente, afirmo que infinitas veces el no admirar, procede de estupidez. Toda la Grecia, dice Plutarco, admiraba los versos del lírico Simónides. Toda la Grecia, exceptuando la gente de Tesalia. Preguntado el mismo Simónides por la causa, no señaló otra que la rudeza de los tesalos.

3. No hay obra alguna en toda la naturaleza que no sea rasgo de una mano omnipotente y de una sabiduría infinita. Admira el vulgo el artificio de una muestra de Londres: incomparablemente es más delicada y sutil la fábrica de una hormiga. Lo que digo de la hormiga extiendo a otro cualquier compuesto natural. Ninguno hay, cuya composición no sea estupenda, no sea prodigiosa. Aristóteles conoció muy bien esta verdad. No hay cosa, dice, en todo el Universo, en quien no ocurra algo que admirar: *Cum nulla res sit Naturae, in quae non mirundum aliquid inditum videatur* (lib. 1 *De Part. Animal.*, cap. 5). Esta sentencia puede servir de comento para la otra suya, que citamos arriba.

4. La ignorancia de los hombres ha ceñido su admiración a muy limitado número de entes. Hablan, pongo por ejemplo, con asombro del movimiento del hierro a vista del imán, del flujo y reflujo del Océano, del estupor que causa en el brazo del pescador el contacto de la trimielga. Si les preguntas por qué, los más apenas te lo sabrán decir; pero yo lo diré por ellos. Su asombro nace únicamente de que no ven tales efectos en las demás especies contenidas debajo de los mismos géneros. Reputan prodigioso todo lo que es singular. Créeme que si todos los minerales, exceptuando ese que llamamos *piedra imán*, tuviesen virtud para mover el hierro hacia sí, nadie admiraría aquella virtud en los demás; antes

se admiraría en la piedra imán la falta de ella. Si no sólo el Océano, pero todas las fuentes, exceptuando una sola, tuviesen flujo y reflujo, nadie admiraría el flujo y reflujo en las aguas; sí sólo la falta de esos periódicos movimientos en aquella fuente que no los tuviese. Si todos los peces, a la reserva de uno solo, pasmasen el brazo del pescador, nadie se pasmaría del pasmo, sino de la carencia de él en aquella única especie.

§ II

5. Esto es por lo que mira al vulgo de los hombres. El vulgo de los filósofos (que en todas las facultades hay vulgo; y tanto, que respecto de los vulgares son poquísimos los nobles) te responderá que admira aquellos efectos, porque son ocultas sus causas; y sin decirte otra cosa, quedará con la satisfacción de que sobre la materia no respondería más un oráculo. Aquí quiero que pares conmigo un poco, para mostrarte que esta sentencia, que oyes pronunciar tantas veces con toda la gravedad filosófica del aula, y que te deja enteramente satisfecho, no es más que un trampantojo ridículo. Crees que es admirable, así la expansión del Océano hacia las orillas, como el regreso de ellas, porque después de todas las especulaciones de los filósofos, permanece oculta la causa de esos movimientos. Bien; pero dime, ¿por qué no admiras igualmente el movimiento de fuentes y ríos hacia el Océano? Reiráste de la pregunta y me dirás que la causa de ese movimiento es tan notoria, que el más rudo la alcanza; conviene a saber, la pesadez del agua, la cual, obligándola a correr hacia el lugar más bajo, entretanto que se le deja libre el curso, la va impeliendo sucesivamente hasta llegar al Océano, porque todo el camino, desde la fuente hasta el piélago, está puesto en continua declinación. ¿Juzgas que has dicho algo? Pues te aseguro con toda verdad, que bien lejos de darme respuesta, ni aun siquiera has entendido la pregunta. Por eso que llamas pesadez o gravedad, ¿entiendes otra cosa más que una inclinación innata de las aguas al movimiento hacia abajo? Nada más. Pues si no señalas otra causa de ese movimiento otro tanto ya te lo sabes de la causa del movimiento del Océano, en cuyas aguas reconocerás sin duda (según la filosofía que sigues) una inclinación innata a fluir y refluir periódicamente. Si te preguntan, pues, por qué el Océano fluye y refluye, ¿te parece que satisfarás bastantemente respondiendo que la causa es una inclinación innata que tiene a esos dos reciprocados movimientos? Cogido te tengo, que afirmes, que niegues. Si afirmas, infiero: luego tan notoria es para ti la causa del flujo y reflujo del Océano, como la del descenso de las aguas hacia él; por consiguiente, no tienes más razón para admirar aquel movimiento que este otro. Si niegas, deduzco: luego tan oculta es para ti la causa del descenso de las aguas, como la del movimiento del Océano; por consiguiente, igualmente debes admirar esto que aquello.

6. De modo que eso que llamas gravedad no es más que una voz inútil, la cual deja la materia tan oscura como se estaba. Llámase grave el cuerpo, que sin impulso manifiesto baja, como leve el que sin impulso manifiesto sube; y así, lo mismo es preguntarte por qué tal cuerpo baja, que preguntarte por qué es grave o inquirir la causa de la gravedad. Y para que veas cuán engañado estás en el concepto que haces de ser tan fácil explicar la causa del descenso de los graves, has de saber que los verdaderos filósofos, a quienes no alucinan las voces en la adquisición de los objetos, tienen por más difícil hallar la causa de ese descenso, que la del flujo y reflujo del mar. Así varios autores han explicado este fenómeno por diferentes rumbos, parte de ellos con alguna apariencia de verisimilitud; pero en orden a la causa de la gravedad todos han dado de ojos. El audaz ingenio de Cartesio tentó señalarla, pero su explicación.

re padecer grandes objeciones, no o más que trasladar la dificultad a a parte. Esto es: señaló por causa descenso de los graves la materia il, que girando rápidamente en tor- del globo terráqueo, los abate o pele hacia abajo. Pero luego se le gunta: ¿quién causa ese movimien- circular y rapidísimo de la materia il? A lo que es arduísimo dar res- esta que satisfaga; con que nos que- nos en igual embarazo que al prin- io.

7. Lo mismo digo del movimiento hierro hacia el imán: misterio es to oscuro, pero aún menos que el ómeno de la gravedad. En aquél lan a tientas los filósofos, y al fin han excogitado para descifrarlo va- s rumbos. En éste, ni aun a tientas mueven. Sólo Descartes habla algo, n o mal; todos los demás callan y esperan. Esto depende de que ha- ndo juicio cierto de que ningún rpo inanimado, que está quieto, ede empezar a moverse sin el impul- activo de otro cuerpo, no conciben inasequible el conocimiento de la usa impelente de este o el otro cuer- en particular, como de la que im- e a tantos cuerpos, tan diversos, tan tantes, tan inconexos entre sí, como todos los graves.

8. Si acaso te pareciere que haces o para componer esta gravísima di- ultad, que apenas la tiene igual toda filosofía, con el recurso vulgar de la inclinación de los graves al des- so viene del generante, sobre remi- e a lo dicho tomo II, Discurso XIV, nero 30, te prevengo que fácilmente nprehenderás la futilidad de este efu- , observando que del mismo modo ede servir para explicar todos los más misterios de la Naturaleza. En ejemplos señalados, ¿te parece que uarás la dificultad con decir que generante del hierro le imprimió ste la inclinación al imán, o el de las as del Océano al flujo y reflujo? ué diferencia hallas de uno a otro?

§ III

9. A quien no satisficiere la insinuada arduidad del fenómeno común del descenso de los graves, será fácil mostrarle otros muchos, donde pueda conocer que no tiene más razón para admirar los movimientos del Océano y el del hierro hacia el imán, que otros innumerables que cotidianamente tiene delante de los ojos. Contémplense en todas las plantas los dos movimientos encontrados de las raíces hacia abajo, de tronco y ramas hacia arriba. ¿Quién determina las distintas partes de una misma semilla a estos dos opuestos movimientos? Tendré por un Apolo a quien me responda. No es ciertamente la gravedad de las unas y la levidad de las otras, pues las raíces no son tan pesadas como la tierra por donde bajan, ni las ramas tan leves como el aire por donde suben. Preciso es recurrir a un agente incógnito o cualidad oculta, como en el Océano y en el imán; por consiguiente, tan misterioso se queda aquello como esto.

10. Todos los días, todas las horas están subiendo los vapores de la tierra a la esfera del aire. ¿Qué son los vapores? No otra cosa que el agua disuelta en partículas menudas, como se hace visible en la niebla. Pues ¿cómo siendo el agua sin comparación más grave que el aire, monta sobre él? Es regla constante de la hidrostática, que un líquido no puede nadar sobre otro que no sea de mayor gravedad específica que él; esto es, que cotejadas partículas iguales o de igual mole de uno y otro. sean más leves las del líquido, que sobrenada. ¿Cómo, pues, suben, y se remontan las partículas del agua sobre este aire inferior, cuyas partículas de igual mole son mucho más leves que aquéllas? Lo mejor es que aquí hay también su especie de flujo y reflujo, porque los mismos vapores que suben, después bajan, con que se aumenta la dificultad para conservar la misma naturaleza y cualidades en el descenso, que tenían en el ascenso. Algunos filósofos modernos, contemplando esta gran

dificultad, se imaginaron para evacuarla, que a cada particulilla minutísima de agua se pega mucho mayor porción de materia etérea, sutil o ígnea, o bien incluyéndose en ella como en una delicadísima ampollita o bien circundándola por la superficie externa; de modo que el complejo que resulta de agua y materia ígnea sea más leve que el aire inferior, y por eso ascienda sobre él; a la manera que un poco de hierro, aunque mucho más pesado que la agua, nada sobre ella, si le ligan o clavan en mucha mayor porción de madera, porque el complejo que resulta de madera y hierro unidos, es más leve, que igual volumen de agua. Consiguientemente se han imaginado que después se desliga o suelta la materia etérea del agua, y ésta, dejada a su natural gravedad, baja.

11. Ya se ve que este expediente, bien lejos de satisfacer a los filósofos comunes, les parecerá una algarabía semejante a la del mecanismo con que los cartesianos componen las propiedades del imán. ¿Pero ellos dicen algo sobre la materia? Nada. Lo peor es, que ni dicen ni pueden decir, pues ni aun pueden usar aquí del *fidelium* de sus cualidades ocultas, porque la agua las mismas cualidades tiene cuando está quieta, que cuando sube; y cuando sube que cuando baja. Con que esto se reduce a que los filósofos de la escuela más atollados se hallan en la contemplación de este fenómeno, que en la de las propiedades magnéticas, y los modernos, por lo menos, igualmente embarazados en uno que en otro, porque (omitiendo otras muchas dificultades gravísimas que se pudieran oponer) la adherencia de la materia etérea a las partículas de agua es totalmente ininteligible, por la perfecta fluidez que atribuyen a aquella materia. Del mismo modo, ¿cómo es posible permanecer por algún tiempo encarcelada la materia etérea en las ampollitas de agua, cuando a causa de su extrema sutileza, aseguran que no hay cuerpo alguno, por compacto y sólido que sea, por cuyos poros no se escape?

§ IV

12. Otros innumerables movimientos hay, cuyo principio impulsivo es igualmente ignorado. Todos los fermentativos son de este género. Está el mosto quieto algún tiempo, luego que le echan en la cuba. ¿Qué gente se introduce en la concavidad de aquel cerrado vaso, para mover las partículas del licor en aquella tumultuante lucha que después tienen unas con otras? ¿Quién impele la cal y agua mezcladas a una tan fervorosa intumescencia, como si les aplicasen fuego por defuera? ¿Quién a varios licores químicos, que estando fríos separados, luego que los mezclan, hierven, y aun algunos levantan llama? ¿Quién al heno acumulado en gran cantidad y humedecido, para arder violentamente?

§ V

13. ¿Pero qué andamos amontonando ejemplares? Cada hombre, cada animal, cada planta tiene dentro de sí un influjo y reflujo continuado, no menos admirable que el del Océano. En los animales fluye y refluye la sangre; en las plantas, el jugo nutricio. Fluye la sangre del corazón hasta las partes más remotas del cuerpo por las arterias, y refluye de éstas al corazón por las venas:

Non secus, ac liquidis Phrygius Maeander [und...
Ludit et ambiguo lapsu refluitque, fluitq...
Occurrensque sibi venturas aspicit undas.

¡Círculo portentoso, que confunde to... humano discurso! ¿De dónde provie... ese continuado movimiento? De la re... procada acción, dicen, de sólidos y ... quídos: aquéllos, que con su contr... ción impelen los líquidos; éstos, ... con su expansión restituyen a su an... cedente dilatación y resorte los s... dos. Pero no advierten los que lo ... cen que es imposible conservarse ... movimiento, dependiendo de este pr... cipio. La razón es evidente; por...

uando dos fuerzas motrices obran alernativamente una contra otra, reciırocándose la intensión y remisión de ada una, es preciso que la una bajan.o, la otra subiendo, lleguen a un puno en que estén perfectamente iguales; ıor consiguiente, equilibradas las fueras, se suspenderá totalmente el moimiento. Infinitamente me admiro de ıo haber hallado en ninguno de los ísicos que tratan de la causa de la irculación de la sangre (y he visto no ıocos), un reparo que se viene tan a os ojos. Ciertamente, si en el alternavo empuje de fuerzas encontradas, no uese preciso llegar al equilibrio, fácil ería construir una máquina de peretuo movimiento, la cual por esta raón sola juzgo que no sólo es difícil, ino absolutamente imposible; así conluyo, que tengo por más misterioso, i cabe más, el flujo y reflujo de la ıngre, que el flujo y reflujo del céano.

§ VI

14. Por decirlo en una palabra, es ierto que en todos los movimientos ue llamamos naturales, hay algún prinipio impelente; y es cierto también ue se ignora cuál es ese principio Quién mueve a los vientos? Nadie lo abe. Lo poquísimo que sobre esta maeria se ha cavilado está mucho más ejos de llenar la idea, que lo que se a discurrido sobre los fenómenos del céano y del imán. ¿Qué agente tan igoroso es aquel que al aire da fuerza ara derrribar árboles y edificios? Y que es más, ¿de qué puede depener que este líquido, movido a muchas eguas de distancia del sitio donde reibe el impulso, no pierde nada del npetu adquirido, Es la regla general, ictada por la experiencia y por la raón, que todo cuerpo impelido por otro l movimiento, cuanto más va camiıando, tanto va perdiendo de fuerza, moviéndose más lentamente. En el ire he observado varias veces lo conrario. Viene a esta orilla del mar Cánabro un aire meridiano de Castilla, que hace aquí grandes estragos, sin sentirse más impetuoso a veces, ni aun tanto, como en los términos de Castilla, distantes de aquí veinte leguas, por donde viene.

15. Bien sé que Cartesio juzgó desatar este problema, imaginando que el aire acelera su movimiento al embocarse por las estrechuras que forman en su división los montes confinantes, al modo que el agua de un río acelera el suyo al enfilarse por el ojo de un puente u otro cualquier sitio estrecho. Pero con su licencia no hay pariedad de uno a otro caso. No es dudable que un líquido que lleva inherente a sí mismo en la continuación de su curso la fuerza impelente, y ésta siempre igual prescindiendo de particulares circunstancias, aumentará su movimiento al meterse por un estrecho. Esto es lo que sucede en el agua de un río, la cual lleva siempre consigo su gravedad, que es la fuerza que la mueve; pero el aire no lleva consigo el agente que le mueve. Recibe de él el impulso en determinado espacio, y separándose del agente, es preciso que el impulso se vaya debilitando sucesivamente.

16. Sea enhorabuena que al meterse en un estrecho adquiera algo mayor impulso que el que traía en el espacio anterior inmediato. Pero si se hace comparación entre este aumento de impulso, adquirido en la estrechura, y el decremento de impulso, que es preciso, cuando se aleja mucho de la fuerza impelente, se hallará, según la regla arriba establecida, que éste es mucho mayor que aquél. Así, el aire que viene de Castilla a este país, por embocarse en el tránsito por algunos sitios estrechos, llegará aquí con algo más fuerza que si viniese por una campaña llana y espaciosa, pero con mucho menos, a lo que parece, que cuando le impelió la causa motriz allá en Castilla. Lo propio sucederá en el agua puesta en las mismas circunstancias. Supongámosla colocada en un vaso prolongado, cuya concavidad a trechos se dilate y a trechos se estreche, y que con la mano se agite desde la una extremidad. Es indubita-

ble que, sin embargo de algún grado de aceleración que adquiera en cada estrechura respectivamente al espacio anterior inmediato, su impulso se irá debilitando sucesivamente, de modo que a la extremidad opuesta llegará con menos ímpetu que aquel que recibió cuando le impelió la mano. Luego es preciso para explicar el aumento de ímpetu que adquiere el aire, recurrir a causa distinta de la que señala Cartesio.

17. ¿Quién arrancó de las profundidades de la tierra para las alturas del aire azufres y salitres, de que después se forman truenos y rayos? ¿Quién encamina por los ciegos conductos de las plantas el jugo que las nutre? ¿Quién por los poros de los minerales, de las conchas, de las peñas, el licor que las aumenta? ¿Quién en los animales guía por el conducto torácico aquella blanca masa, llamada quilo, que los repara? Pero esta materia de la nutrición pide que nos detengamos algo en ella. Contemplemos el origen de una planta en su semilla.

18. Luego que se sepulta en la tierra aquel misterioso ovillo, empieza a desplegarse. ¿Quién le despliega? ¿El a sí mismo? Eso es quimera. Agente hay sin duda que lo hace, pero de tan difícil averiguación, y acaso más que el que mueve el hierro en la presencia del imán. Si se mira con reflexión, se hallará que es más admirable la acción de aquél que la de éste. El agente que mueve al hierro no hace otra cosa que impelerle por línea recta y unirle al imán. Esta es una acción muy simple: nada, digámoslo así, artificiosa. Pero en el agente que despliega la semilla se requiere un tino, una destreza incomparable. Poco a poco la va desarrollando, colocando cada partecilla suya en el lugar correspondiente, sin barajar o trastornar alguna, sin romper sus delicadísimas fibras, sin confundir sus utilísimos canales, sin enredar aquéllas, sin obstruir estotros. ¡Oh, gran Dios! Degrádese de racional quien no ve claramente tu mano poderosa dirigiendo el agente criado, cualquiera que sea, para el acierto de tan sutil y delicada obra.

§ VII

19. Diráme acaso alguno que lo que admira en el hierro no es que se mueva por oculto impelente, sino que sólo se mueva en la presencia del imán. Yo le replico que tampoco por esta parte es más difícil explicar el movimiento del hierro que el de la semilla. Nótese que la semilla no se mueve o despliega en cualquiera parte que esté, hasta que se sepulta en la tierra, ni tampoco en toda tierra, porque *non omnis fert omnia tellus*, sino en tierra apropiada. ¿Esto por qué? Porque sólo en aquella región y en determinadas partes de ella encuentra el agente que puede desarrollarla. Pues lo mismo pasa puntualmente en el hierro. Está éste quieto en cualquiera parte que esté, como esté distante del imán; colócase en la presencia de él: eso es trasladarse a aquella región donde está el agente que puede moverle. Aquella región, digo, la cual no es otra que la atmósfera del imán o esfera, que se compone de los efluvios emanantes de este mineral, y que por todas partes le circundan; de modo que están en determinadas regiones, así el agente que mueve el hierro, como el que mueve la semilla, incógnito uno y otro; pero, según parece, más prodigioso éste que aquél.

20. Pasemos adelante. Luego que empieza a desplegarse la semilla, empieza a beber por los poros de sus raíces el jugo de la tierra, y continúa el chuparle desde sus más altas ramas y hojas, cuando la semilla creció a planta agigantada. ¿No podríamos llamar atracción a ésta, como se llama la del imán, y colocar en la planta una virtud magnética del jugo terrestre? Pero mayor maravilla nos llama. Todo me lleno de asombro al contemplar la fábrica portentosa de tantas y tan diversas cosas como se hacen en la breve oficina de una planta, sirviendo a todas de materia el mismo tenuísimo te-

restre jugo. De ése se hace la porosa ıstancia de las raíces; de ése la firıe solidez del tronco; de ése el tosco estido de la corteza; de ése la pompa e las ramas; de ése la alegre frescura e las hojas; de ése la vistosa hermoıra de las flores; de ése la sazonada tilidad de los frutos. ¡Cuánta varieád de cualidades en todos estos miemros! Distinto el color, distinto el olor, istinto el sabor, distinto el tejido, disnta la figura. ¿Qué hemos de decir esto, sino repetir lo de Aristóteles, ue *la naturaleza es demonia*? Ni meos grande se ostenta esta fábrica en › que tiene de uniforme, que en lo que ay en ella de vario. ¿No es prodigio, ue en tantos millares de hojas como ene un árbol, ninguna en la formaıón discrepe de otra? La misma figura, l mismo color, el mismo tejido, seıidas y acompasadas en la misma roporción las fibras rectas y transersas, mayores y menores.

§ VI

21. Otro movimiento hay en las lantas al formarse, no menos estupeno que todo lo dicho hasta ahora. Es e advertir que la raíz sale de una deırminada extremidad de la semilla, y l tallo o tronco de la extremidad conapuesta. Pongo por ejemplo: en la ellota de una encina la raíz brota empre de la punta y el tallo de la baı. Arrójense cantidad de bellotas en ı tierra, como las esparza el acaso: ırísima será la que se asiente con la unta abajo; muchas asentarán sobre ı basa; muchas más inclinadas diverımente o en situación horizontal, seún su longitud. Todas arrojarán la ıíz por la punta, de modo que las que enen la punta hacia arriba, hacia rriba sueltan la raíz, y hacia el lado ıs que la tienen ladeada. Aquí entra l prodigio: las mismas raíces que san hacia arriba, empiezan luego a enırvarse buscando la tierra, hasta que ı encuentran y prenden en ella, y úlımamente, girando en un medio círculo todo el cuerpo de la planta, el tallo, que estaba abajo, se coloca arriba, y la raíz, que estaba arriba, se coloca abajo. ¿Qué dirá a esto la vulgar filosofía, sino que aquí interviene una atracción magnética de la tierra a la raíz, o una inclinación simpática de la raíz a la tierra, y uno y otro viene a incidir en confesar este fenómeno tan misterioso como el del acceso del hierro al imán? Los filósofos modernos andarán buscando a tientas entre tinieblas un insensible mecanismo a qué atribuirle, del mismo modo que le buscan para los movimientos magnéticos. Y un rústico, si lo observase con alguna reflexión en una semilla sola, ignorando que lo mismo sucede en todas, diría que aquella vuelta no podía hacerse sino por encantamiento o arte del diablo. En algún sentido atinaría con la verdad, pues ya que no sea demonio quien lo hace, es por lo menos demonia: *daemonia est natura, non divina.*

22. Aun no para aquí. Si la bellota, cuya punta está hacia arriba, se voltea, cuando ya la raíz encorvándose va a tocar la tierra, de modo que con esta vuelta la extremidad de la raíz mire hacia arriba, de nuevo vuelve ésta a encorvarse y buscar la tierra; de suerte, que subsistiendo la primera dirección, y añadiéndose esta segunda curvatura, queda formada la raíz en arco. Dionisio Dodart, famoso médico y botanista de París, fué el primero que hizo esta observación. No sólo con ingenio, mas con estudio y tesón parece que obra la Naturaleza a veces contra los estorbos con que se pretende frustrar sus intentos.

§ IX

23. Otra observación de Mr. Dodart descubrió en los árboles otra nueva maravilla. Esta es el afectado paralelismo de las ramas con el suelo a quien hacen sombra. Es verdad que esto no sucede en todos los árboles, pero sí en muchos, como manzanos, perales, castaños, nogales, encinas y otros.

Esto es, que aunque el tronco no se dirija perpendicular al suelo en donde nace, sino inclinado de cualquiera manera, la basa (llamémosla así) del cúmulo de las ramas se dispone paralela a dicho suelo; de suerte que aquella es horizontal, si la postura de éste es horizontal, inclinada al horizonte, si ésta es inclinada al horizonte, siguiendo perfectamente dicha inclinación, sea la que fuere; y lo que es más, si el suelo a quien hace sombra el árbol, en parte es horizontal y en parte inclinado, la parte de ramas que cubren la parte de terreno que es horizontal, guarda la posición horizontal, y la otra se inclina según la inclinación del terreno que cubre. Lo mismo sucede si las inclinaciones del terreno son varias y aun encontradas. Con ellas se paralelizan respectivamente las porciones correspondientes de las ramas. ¿Esto es simpatía? ¿Es atracción? ¿O cómo lo hemos de llamar? Mr. de Fontenelle, refiriendo estas observaciones del Mr. Dodart, dijo excelentemente a nuestro propósito, que los objetos más comunes de la física se convierten en otros tantos milagros cuando se observan con ojos atentos.

§ X

24. Muchos físicos modernos, para disminuir la admiración de parte de lo que hemos dicho arriba en orden a la formación de las plantas, especialmente por lo que mira a la uniforme simetría de sus hojas, recurren al sistema, poco ha inventado, de la continencia formal de la planta en su semilla, que hemos explicado en el tomo I, Discurso XIII, núm. 39, adonde remitimos al lector, por evitar la prolijidad de repetirlo aquí. Pero sobre las dificultades que allí opusimos a este sistema, y aun admitiendo que sea verdadero, ¿qué se logra aquí con este recurso? No más que sustituir a una maravilla grande otra igual o mayor, pues la continencia de toda la planta formada en la semilla, y sucesivamente la de otra planta en la semilla de aquélla, etc., es un portento de tal magnitud, que no puede abarcarle la imaginación: fuera de que, ni aun admitida esa continencia, evacua enteramente la otra dificultad. Doy que esté la planta con todas sus partes formadas dentro de la semilla, aunque revueltas y arrolladas, y que después no hacen éstas más que irse desarrollando y aumentando su magnitud con el nutrimento que reciben de la tierra. Pregunto: ¿Cómo siendo las partes, por ejemplo, las hojas, en aquel primer estado de una pequeñez notabilísima, y sus fibras tan sutiles, que cien mil unidas no harán el grueso de un cabello, al desplegarse por un agente ciego no se rompen todas, mayormente cuando están padeciendo al mismo tiempo los varios choques de los elementos? ¿No es digno de asombro ver en una causa, enteramente desnuda de conocimiento, aquel tino, aquel acierto, aquella maña, que no cabe en toda humana industria?

25. Apuremos más a estos filósofos, mostrándoles nuevas maravillas de la naturaleza o la misma en otros compuestos naturales, donde no hay recurso al sistema de la continencia en las semillas. En varias especies de piedras figuradas guarda la naturaleza las mismas dimensiones, la misma simetría, la misma figura; de suerte que hay varios espacios de terreno, llenos de piedras figuradas del mismo modo. ¿Hácense esas piedras de semilla, para decir que con la misma configuración estaban contenidas en ella? A esta pregunta enmudecen casi todos. Tal cual de los modernos titubea, y solo el famoso botanista Mr. de Tournefort responde resueltamente que sí. A la verdad, habiendo yo esforzado en el tomo V, Discurso XV, núm. 17, esta singular opinión con algunas conjeturas, no debo insistir sobre este punto: y así, trasladaré la dificultad a otra parte, donde no se le puede dar salida con opinión alguna.

26. Es claro que la nieve, no siendo otra cosa que el agua que sube en vapores congelada, no se hace de semilla

ıhora, pues, cualquiera puede, exami-
ando los copos de nieve, recibidos en
ın paño seco, observar que por la ma-
or parte cada uno es un tejido de va-
ias estrellas de seis rayos cada una.
El primero que lo advirtió fué Keple-
o; después Gasendo observó otra es-
ecie de nieve más sólida, que se
ompone en figura hemisférica; de
nodo que siendo la basa plana, desde
l punto capital bajan dividiendo su
ircunferencia seis canalillos, que van
reciendo sucesivamente, hasta hacerse
astantemente sensibles en la margen
le la basa. ¿Qué artífice subió allá
rriba a componerla de este o aquel
nodo en tan perfecta y hermosa sime-
ría? ¿Acaso las aéreas potestades o es-
íritus malignos, que en la media re-
ión del aire conmueven los elementos,
e divierten en organizar de una o de
tra suerte la nieve? No interviene en
sta fábrica otra aérea potestad ni otro
lominio que la misma naturaleza: *laemonia est natura, non divina.*

27. En varias sales (tampoco se for-
nan de semillas) se ostenta el mismo
rodigio. El sal marino se conforma
n cubos o figuras cuadradas de seis
ados iguales; el nitro en columnas
exagonas; otras sales toman otras
iguras. ¿Qué mano invisible los ama-
a, de modo que todos los de una es-
pecie guarden constantemente la mis-
ma organización?

§ XI

28. No es esto andar buscando con curiosa investigación las maravillas. Ellas se me vienen a las manos y a los ojos. En todo objeto las encuentro: *Cum nulla res sit naturae, in qua non mirandum aliquid inditum videatur.* Discúrrase por los elementos. Todos presentan algo admirable: la tierra su virtud magnética, de que ya hablamos en otra parte, y que ya está constantemente recibida entre filósofos y matemáticos; de suerte, que viene a ser la tierra imán del hierro, y mucho más del mismo imán. ¿Qué se admira ya ver en una pequeña piedra o en una cantera esa virtud atractiva? Toda la tierra la tiene, y toda la tierra es una masa de piedra imán. La agua su diafanidad. Ahí es poca cosa. Todos los filósofos se han quebrado hasta ahora inútilmente la cabeza, sobre indagar en qué consiste la transparencia de los cuerpos que gozan esta prerrogativa. Parece que han discurrido algo los que la han atribuído a la rectitud de los poros. Pero ve aquí, que el agua agitada conserva la transparencia, siendo así que es preciso que en la agitación los poros se tuerzan y padezcan mil inflexiones diferentes. El aire su portentosa fuerza elástica, de que hemos hablado ampliamente en el tomo V, Discurso IX.

29. Pero añadiremos aquí una cosa notabilísima, y es que siendo así que todos los cuerpos elásticos o de resorte, estando comprimidos violentamente mucho tiempo, pierden, o en todo o en parte su fuerza expansiva, el aire sólo goza el singular privilegio de que. durando por larguísimos espacios de tiempo su compresión, nada se disminuye su fuerza elástica, Jacobo Bernardo tuvo un año entero comprimido el aire en aquel grado en que usaba de él para arrojar el agua hacia arriba, en una máquina hidráulico-neumática; y soltándole después, arrojó el agua a igual altura que el aire que estaba comprimido un solo momento. Este aire que nosotros respiramos está siempre comprimido del aire superior, que con su peso continuamente le grava; sin embargo de lo cual, sus valentísimos muelles jamás se rompen ni aflojan. El fuego; mas ¿qué diré del fuego? Por cuantas partes le miro, le admiro. Explicaréme con una hipótesis, para que todos admiren lo que admiro yo, y viene a ser dar luces más vivas al pensamiento que en otra parte propusimos de Fernelio.

30. Doy que sólo en una región muy distante de nosotros tuviese flujo y reflujo el mar, que sólo en otra hubiese piedra imán, y, en fin, que sólo en otra hubiese fuego. Añadamos que de

estas tres partes viniesen a un tiempo tres viajeros y concurriesen a contarnos cada uno la maravilla de la región donde había estado y de que acá no teníamos antes la menor noticia. Diría el primero: en tal región el agua del Océano no está muertamente estancada como por acá, antes tiene cuatro movimientos periódicos cada día: dos extendiéndose hacia las orillas y dos recogiéndose a sus senos. Diría el segundo: en tal tierra hay una piedra de tan singular naturaleza, que se endereza siempre hacia determinada parte del mundo, de tal modo, que si la remueven de aquella dirección, ella por sí misma la busca. Otra particularísima propiedad tiene, y es que poniendo un poco de hierro en presencia suya, al momento este metal se mueve y corre a abrazarse con ella. Todo eso no es nada, diría sin duda el tercero, en comparación de lo que yo he visto. Allá en lo último del Oriente hay un ente, una sustancia, un cuerpo, que no tiene determinada figura, sino inconstante, que a cada momento se varía. Es imposible estar quieto; y lo mismo sería cesar de moverse, que perecer. De tan ambiciosa naturaleza es, que aunque le coloquen en la mayor altura, siempre anhela a subir más. Aunque está siempre subiendo con rápido movimiento, apenas en siglos enteros subirá medio dedo más, sino en caso que su cuerpo se aumente. Tan dependiente es del aire, tan amigo y tan enemigo suyo es este elemento, que un soplo le produce, otro le aniquila. Siendo su ser tan débil, es por otra parte tan valiente, que destruye y deshace en menudo polvo cuanto se le acerca. Aunque es inanimado, necesita de alimento para su conservación, y casi cuanto hay en el Universo le sirve de alimento. No tiene cota alguna su magnitud, y como le subministren cebo sin límite, crecerá sin término hasta ocupar cuanto ámbito está contenido dentro de la concavidad del Cielo. Es tan amante de la libertad, que al instante que le encarcelan con estrechez perece. A ningún hombre, a ningún animal permite que se le acerque mucho, hiriendo fuertemente a cualquiera que tiene la osadía de tocarle. Lo más peregrino es, que a pesar de la ausencia del Sol, en cualquiera parte que esté, hace de la noche día.

31. Pregunto: ¿qué concepto haríamos de las relaciones de los tres viajeros constituídos en la hipótesis establecida? No me parece que tiene duda la materia. Hallaríamos lo que decía el primero y segundo muy difícil, mas no imposible, o cuando más, sobre la misma posibilidad, quedaríamos perplejos. Mas por lo que mira a la relación del tercero, resueltamente diríamos que era un tejido de quimeras, fabricado por una fantasía, nada regida del discurso, que, cuidadosa sólo de mover la admiración amontonando prodigios, había buscado la ficción, huyendo de la verisimilitud. Y si alguno quisiese ser muy piadoso con el relacionero, no hallaría arbitrio para serlo, sino levantando los ojos al poder infinito de la primera causa, que puede hacer mucho más que el hombre concebir; pero consiguientemente, diría que aquel cúmulo de cualidades prodigiosas, recogidas en un individuo ente, siendo verdadero, era la mayor obra, y juntamente el mayor crédito de la Omnipotencia que había en el Orbe.

32. Ahora bien. El fuego el mismo es y sus calidades las mismas que si estuviese, en la hipótesis expresada, recogido en un remotísimo rincón de este globo; luego, igualmente admirable y portentoso en éste que en aquél caso. Pues, ¿por qué no le admiramos? Porque no estimamos las obras de la naturaleza por lo que ellas son en sí mismas, sino según que son, o más raras o más frecuentes: *Assiduitate viluerunt* dice San Agustín, hablando de las más dignas de ser admiradas.

§ XII

33. Mas, ¿para qué nos cansamos? Resueltamente digo que no se me señalará cuerpo alguno de cuantos ha

en el Universo, donde yo no muestre algo admirable y verifique la sentencia de Aristóteles: *Cúm nulla res sit Naturae, in qua non mirandum aliquid inditum videatur.* No hay vulgo en la República de la Naturaleza. Todas sus obras tienen mucho de sublime. En todas, si se miran bien, se halla impreso el sello de la mano omnipotente, que auténticaments califica el alto origen de donde vienen. Pero demos un nuevo realce al asunto.

§ XIII

34. No sólo cuantos objetos se presentan a la vista dan motivo a la admiración, mas el mismo presentarse los objetos a la vista es una maravilla que, considerada bien, debe elevarnos en un extático asombro. ¿Sueño acaso cuando escribo esto? Nunca más despierto. ¿Cómo se hacen presentes los objetos a la vista? ¿Por sí mismos? No; porque muchos están distantísimos de ella, y aun si se colocaran muy inmediatos a ella, no se verían. No por sí mismos, pues, sino por una especie, representación o imagen suya, que imprimen en los ojos. Nota ahora, que al punto mismo que levantas de noche los ojos al Firmamento, ésta o la otra estrella estampa en ellos su imagen. Dista la estrella de ti más de cien millones de leguas. ¿Cómo a tan enorme distancia puede producir su imagen? Dirásme que no puedes comprehenderlo. Lo mismo te digo yo. Pero aún en mayor confusión quiero ponerte. Supongamos en torno a la estrella una esfera, cuya circunferencia sea de seiscientos millones de leguas, y que todo su ámbito esté ocupado de hombres en tal disposición, que todos puedan ver la estrella, los cuales serán sin duda muchos millones de millones de individuos y duplicado número de ojos. Supongamos también, que todos esos hombres en un mismo momento enderecen sus ojos hacia la estrella. En ese momento mismo producirá la estrella tantas imágenes suyas, cuantos son los millones de ojos distribuídos por el vastísimo ámbito de esa esfera. Míralo con reflexión, y habiéndolo considerado bien, confiésame con ingenuidad cuál admiras más, si el que la piedra imán mueva un pedacito de hierro que tiene cerca de sí, o que aquel cuerpo luminoso en un momento produzca tan innumerable multitud de imágenes suyas y en la enormísima distancia de tantos millones de leguas.

35. Y desde luego te desengaño, que aunque vayas a los filósofos a que te expliquen esto, tan mal satisfecho volverás a casa como habías salido de ella. Diránte unos que esas son las especies visibles que envían los objetos a los ojos, pero ni te explicarán de modo que los entiendas, qué *cosicosas* son esas especies visibles, ni cómo las envían los objetos, ni cómo en tanta multitud, ni cómo en un momento a tanta distancia. Con que la maravilla, maravilla se queda. Fuera de esto, pregúntales, si esas especies visibles son sustancias o accidentes. Si son sustancias, son cuerpos, pues no son sustancias espirituales: si cuerpos, es preciso que se penetren unos con otros, pues al mismo tiempo y por el mismo punto del medio diáfano se están cruzando las especies de distintísimos objetos; a no ser así, no pudieran esos objetos verse sino de un punto determinado cada uno. Si accidentes, será forzoso que muchos accidentes de la misma especie se sujeten a un mismo tiempo en el mismo punto del medio diáfano, contra lo que enseñan estos mismos filósofos. Otros te dirán que de todos los objetos se están desprendiendo todos los instantes unas delicadísimas superficies, las cuales, llegando a los ojos, los representan en ellos. No pienso que se haya excogitado hasta ahora absurdo filosófico igual a éste. ¿Qué objeto no se desharía en breve tiempo con una pérdida continuada de superficies suyas? Pues aunque estas sean delicadísimas, son también infinitas; para lo cual considera que una estrella del Firmamento despide en un momento tantas de sí, que llenan todo el espacio

que hay entre ella y nosotros. Esto se ve claro, pues en cualquiera parte del espacio intermedio que se colocase un hombre, vería la estrella; por consiguiente, allí tendría una superficie que la representase. ¿Cómo esas superficies interpuestas no embarazan la vista de otros objetos? ¿Cómo la superficie desprendida de una estrella, siendo de mucho menor extensión que toda la Tierra, se achica de modo que quepa en un ojo? Otros te dirán que no hay otra especie visible ni otra imagen que la misma luz, la cual modificándose de cierta manera en el objeto y haciendo reflexión de él a la vista, produce en éste un género de afección con que le percibe. Pero sobre que no te acomodarás a creer que los rayos de la luz formen en tus ojos una representación tan clara de cualquier objeto, pregúntales, por vida tuya: ¿cómo esa modificación, que reciben del objeto, no se baraja y confunde en las varias reflexiones, refracciones y aun inflexiones que padecen, ya en el diáfano interpuesto, por no ser homogéneas en densidad todas sus partes, ya en los corpúsculos opacos, que nadan en ese diáfano? ¿Cómo no se confunden también al tiempo que hieren los rayos en los ojos, recibiendo al mismo punto otra modificación distinta, pues en cada cuerpo que hieren o ilustran se modifican diferentemente? En fin, aun cuando lo acomodasen todo muy bien (lo que más se puede esperar), no harían otra cosa que trasladar tu admiración y tu embarazo a la contemplación de otro objeto, que es la misma luz. Objeto, digo, portentosísimo, el más claro y más obscuro del Universo, que da en los ojos de todos, y en quien todos dan de ojos, que desbarata a la filosofía todas sus medidas, viendo en él las propiedades de cuerpo con la agilidad y sutileza, que parece sólo pueden ser propias del espíritu, por lo que algunos la constituyen medio entre uno y otro. La experiencia del espejo ustorio, en cuyo foco congregados sus rayos, no sólo hacen los efectos de la llama, mas aun a la vista se representa claramente como tal, convence que es la luz corpóreo, formal y verdadero fuego. Mas, ¿cómo esa llama se enciende en un momento en dilatadísimos espacios, al punto que el Sol aparece sobre el horizonte? ¿En qué cuerpo se ceba? ¿Cómo se apaga al momento que el otro se esconde? ¿Ves ahora cómo queriendo los filósofos con sus explicaciones extraerte de las olas en que fluctuabas a la orilla, te meten en más profundo piélago?

§ XIV

36. La valentía y primor con que la naturaleza pinta los cuerpos en el órgano de nuestra vista se hace más visible en el dibujo que se hace de ellos en un espejo. ¡Qué poco nos hacemos cargo del valor intrínseco de las cosas! Pregunto: si hubiese un pintor tan primoroso, que sacase las efigies tan perfectas, tan parecidas a sus objetos, como las que se forman en un espejo de cristal, ¿a qué precio vendería cada lienzo o lámina de su mano? Apenas hallaría precio correspondiente en el erario de un gran Príncipe. Vendió Apeles la pintura que hizo de Alejandro con el rayo en la mano en veinte talentos de oro, que, reducidos a nuestra moneda, suman ciento veinte mil doblones, poco más o menos. Demos que aquella haya sido la más excelente efigie que hasta ahora produjo el arte: siempre será preciso confesar que sería muy inferior a las que en el espejo forma la naturaleza: ¿y cuánto más pediría Apeles por la pintura, si representase, no sólo el bulto de Alejandro, mas también sus movimientos? ¿Cuánto más, si dispusiese o preparase de tal modo el lienzo, que figurase, no solo Alejandro, sino indiferentemente, a cualquiera objeto que se pusiese delante del mismo lienzo? Todo esto es imposible a los más prolijos desvelos del arte, y todo lo ejecuta en un momento la naturaleza. Reíanse los españoles de la simpleza de los americanos, que les daban trozos de oro por unos pequeños

spejuelos. Yo me río de la rudeza de os españoles, que reputaban simpleza o que era discreción. Si no hubiese más ue un espejo en todo el mundo, no abría en todo el mundo precio para l. Si éstos no fuesen conocidos en Europa y trajesen acá los primeros de una rovincia remotísima o de la Asia o de a América, donde estuviese reservado l secreto de su fábrica, ¿a qué precio os comprarían los europeos? Desembarazadamente aseguro que darían por llos mucho más que en el descubrimiento del Nuevo Mundo daban los mericanos, y sólo hombres poderosímos tendrían caudal para la compra le un espejo. En esta situación se hallaban aquellas gentes, cuando los españoles aportaron a sus tierras, y así compraban a los españoles los espejos; con nucho oro sí, pero acaso no menos ue les darían los españoles a ellos. si llos los primeros hubiesen traído a uropa los espejos. Y si ni los ameri anos ni nosotros hubiésemos visto las mperfectas representaciones que se orman en las aguas y otros cuerpos de uperficie tersa, al ver el primer espeo, tanto nosotros como los americanos uzgaríamos firmemente que en aquella ápida producción de varias imágenes ntervenía ilusión diabólica.

§ XV

37. A esta luz deben mirarse las bras de la naturaleza. Para examinar us fondos, es menester colocarlos en a hipótesis de contemplarlas como raras. Este es el punto de vista que piden; y registradas de este punto de vista, las más comunes asombran: *Vir nsipiens non cognoscet et stultus non ntelligent haec.*

38. Es constante que cuantos lean el título de este discurso, antes de entrar en su contenido, juzgarán hallar en él un catálogo de las raridades más exquisitas del Orbe, como de varias especies de monstruos, de meteoros singulares, de vegetables y piedras de admirables virtudes (en que es fabuloso por la mayor parte lo primero, y no sé si en todo lo segundo); de las plantas, que llamen sensitivas; de animales de prodigiosa pequeñez o de portentosa magnitud; de fuentes que tienen flujo y reflujo como el mar; de peregrinas calidades de varias tierras; de las naturales metamorfosis de gusanillos en avispas, abejas y otros insectos volantes; de algunas especies de insectos, donde todos los individuos son hermafroditas, etc. Nada de eso hay aquí; antes todo lo contrario, porque mi intento sólo es descubrir lo prodigioso aun en lo más vulgarizado, para que se vea que naturaleza en todas sus obras admirable, en todas está mostrando la mano poderosa que la rige.

39. Para cuya mayor evidencia echaré la clave a las maravillas de la naturaleza, señalando una pasmosísima que es trascendente a cuantas sustancias corpóreas contiene en su dilatado ámbito. Esta es la composición del continuo. Tiende la vista por donde quisieres, de Oriente a Poniente, del Septentrión al Mediodía, desde la estrella más alta del Firmamento, hasta el lodo que sirve de lecho al grande cuerpo de Neptuno. Mira hombres, brutos, troncos, metales, peñas, agua, tierra, fuego, en fin todo lo que hay que mirar. No sólo en cada individuo, mas en cada porción suya, la más menuda que pueda percibir tu vista, hallarás un prodigio incomprehensible; esto es, la infinidad de partes que la componen. No tienes que dudar de esto. Si un ángel se pusiese a dividir el átomo más leve que lleva el viento, le podría dividir en cien mil millones de partecitas distintas; luego cada partecita de éstas en cien mil millones de otras; y aunque de esta suerte prosiguiese la división por cien mil millones de años, haciendo cien mil millones de divisiones cada día y aun cada hora en partes siempre menores y menores, le restaría siempre tanto que hacer, como si no hubiese empezado. Esto no cabe en tu imaginación. Tampoco en la mía. Pero por más que la imaginación resista, el entendimiento se convence en

fuerza de las demostraciones matemáticas que invenciblemente lo persuaden. Ni tienen los filósofos de la Aula que venirse con su distinción de partes alícuotas y proporcionales, pues no ignoran ni ignoramos todos los que somos del Arte, que ese es un mero trampantojo de voces, sin átomo de sustancia y sólo de provecho para engaitar muchachos. Es evidentísimo que si las partes del continuo (llámense como se quisieren) no fuesen actualmente infinitas, necesariamente llegaría en algún tiempo el Angel a su última división, y aun en un momento le podría dividir cuanto es divisible, pues sería finita su divisibilidad en ese caso.

40. Esta es una maravilla de tan enome magnitud, que en algún modo desaparecen en su sombra todas las demás, porque todo es menos que lo infinito. Pero con especial título pueden degradarse del orden de maravillas algunas que entre los filósofos están en la posesión de tales; hablo de aquellos minutísimos animalejos, que sólo son visibles por medio del microscopio; y cuanto por su pequeñez son menos perceptibles a la vista, tanto por eso mismo abultan más en la imaginación. Tales son los gusanillos, de que generalmente abunda el vinagre y la leche aceda, los que se hallan en la materia seminal de varios animales, entre ellos la humana. Mr. Heister, famoso oculista y anatómico alemán, que hoy vive, observó una especie de pulgas que infestan las moscas. Más es lo que refiere el padre Gaspar Schotto, que las pulgas que a nosotros nos molestan. son molestadas por otras pulguecillas, tan menudas, que discurren por los cuerpos de ellas y se alimentan de su sangre, como ellas de la nuestra. El holandés Antonio de Lewenhoek, célebre artífice de microscopios, halló que aquella masa blanca que inficiona los dientes, no es otra cosa que un cúmulo de innumerables gusanillos; y lo que encarece su portentosa pequeñez es lo que añade de sí mismo, que aunque con gran diligencia se limpiaba diariamente los dientes, podía asegurar que le quedaban en ellas más gusanos, que hay individuos humanos en las provincias Unidas.

41. Todos estos pequeñísimos animales tienen ojos, y en éstos toda aquella división de túnicas y humores que esencialmente se requiere para la visión. Tienen nervios, venas, arterias, músculos, y todas estas partes se componen, como es preciso, de innumerables fibras. ¿Dónde vamos a parar con tan portentosa pequeñez? Parece que hemos llegado a los últimos bordes, donde el ser confina con la nada. ¡Oh qué lejos estamos aún de las márgenes de aquel abismo! Aun resta infinito camino que andar para llegar a ellas. ¿Infinito? Sí. No menos que infinito; porque si se contempla una fibrecilla tan sutil, que no sea más que la milésima parte del nervio de uno de estos imperceptibles animalillos, esa misma fibrecilla es divisible en otras menores y menores sin término alguno. Así ésta que parece maravilla deja de serlo, comparada con la infinita divisibilidad del continuo, o en el océano profundísimo de ésta se ahoga la otra. Acaso si se inventasen microscopios mucho más perfectos que los que al presente hay, se descubrirían con ellos otros animalillos que mordiesen a las pulgas de las pulgas y que tuviesen con los cuerpecillos de ellas la misma proporción que las pulgas que nos molestan tienen con nuestros cuerpos. La infinidad de partes del continuo da anchura para esto y para muchísimo más; de modo que se deben contemplar posibles pulgas (digámoslo así) de cuarto, de quinto, de sexto orden, etc., yendo disminuyéndose siempre cada orden respecto de su inmediato antecedente, en la proporción misma en que es menor la pulga, llamada así vulgarmente, que el cuerpo humano.

Invectiva y demostración contra los ateístas

& XVI

42. ¡Oh grandeza, oh poder, oh sabiduría de aquel inefable, supremo

Ente, que es vida y alma de todo! Venga ahora el insensato ciego ateísta a decirnos que todas esas maravillas resultaron de la concurrencia casual de los vagantes átomos, o son mera producción de la naturaleza de las cosas: delirio el primero tan craso, que le honra el que le impugna; y el segundo, efugio, bien que confuso, tan superficial, que el primer rayo de la luz descubre su fertilidad. Pero como uno y otro fueron producción de algunos filosófos, que gozaron la opinión de agudos, no será inútil hacer una breve reflexión sobre ellos, para contrastar aquella poca o mucha preocupación, que puede influir la fama de sus autores.

43. El primero da poquísimo que hacer. Un soplo basta para ahuyentar de su injusta pretensión a los átomos. ¿Cómo de estas insensibles partículas que son inanimadas, puede componerse o resultar la alma de los vivientes? Luego, por lo menos, ésta viene de otro principio distinto de los átomos. Ni es menos absurdo que del casual concurso de éstos se formasen aun los cuerpos orgánicos de esos mismos vivientes. ¡Qué demencia pensar que esas prodigiosas máquinas, entre quienes aun las más pequeñas constan de innumerables piezas y cada pieza de otras innumerables, todas ajustadas con exquisitísima prooprción, cual es menester para tanta variedad de movimientos, no sólo diversos, mas aun encontrados, resultasen del accidental encuentro de tales partículas minutísimas en un sitio! ¿Cómo hasta ahora por esa casual concurrencia de los átomos no se hizo, no digo yo una muestra como las de Londres, pero ni aun el reloj más basto, ni una silla como la en que estoy sentado, ni un tintero como el que tengo presente, ni una vara de lienzo, ni un pliego de papel? Cuantas delicadezas hasta ahora produjo el arte no llegan, ni con inmensa distancia, a la primorosísima fábrica del cuerpo de una hormiga: ¿y ha de resultar de un acaso el cuerpo de una hormiga, no resultando jamás de un acaso una fábrica que iguale a las más groseras del arte? Mas vaya, aunque eso se pudiese imaginar, si en el mundo no se hubiese producido más que una hormiga sola. ¿Pero siendo tantos los millones de millones de hormigas, tal tino, tal acierto ha de tener el acaso, que todos esos cuerpecillos salgan tanto en la estrechura interior como en la figura tan semejantes? Ignominia es del entendimiento del hombre que quepan en él tales quimeras.

44. El segundo error, envolviéndose en su misma confusión, oculta algo su disonancia a la sombra de su propia oscuridad, pero fácil es sacarle a la luz. Esa que llaman Naturaleza, operatriz de todo, o es una Naturaleza universal, separada de los entes particulares, o la misma Naturaleza de los entes particulares, distinta en cada uno y con cada uno identificada. Si lo primero, estamos convenidos, porque esa Naturaleza universal es a quien llamamos *Dios*. Universal digo, por continencia física; esto es, que contiene eminentemente las perfecciones de todas las Naturalezas, y por eso puede producirlas todas; no por continecia lógica, pues la Naturaleza lógicamente universal es realmente indistinta de las Naturalezas particualres. Y si acaso a esa Naturaleza físicamente universal quisieren los contrarios negar la divinidad, constituyéndola un ente inanimado, que carece de mente y Providencia, digo que es a cuanto puede llegar la extravagancia: pues demás del palpable absurdo de que esa causa universal dé entendimiento al hombre y vida la bruto, no teniendo ella vida ni entendimiento, les preguntaré yo a estos ciegos, de dónde coligen que no le tiene. ¿Han tratado, han visto esa Naturaleza universal, para saber qué facultades goza o cuáles le faltan? Sólo ven sus obras; pero ésas dan testimonio tan claro de que la causa tiene, no sólo entendimiento, sino entendimiento infinito, que es menester cegarse voluntariamente para no verlo. Si a uno de estos ateístas, mostrándole una excelentísima pintura, le asegurasen con juramento mil testigos que la

había hecho un artífice ciego, cierto es que no lo creería; mucho menos si le dijesen que lo había hecho un bruto, aun muchísimo menos, si le quisiesen persuadir a que era obra de un agente inanimado, privado no sólo del entendimiento, pero aun de sentido. Pues ¿cómo creer que un agente sin entendimiento y sin sentido, cual quiere pintarnos esa Naturaleza universal, haya hecho otras obras, sin comparación más delicadas, más perfectas, que cuantas hasta ahora trabajaron los humanos artífices?

45. Si dicen lo segundo, esto es, que por Naturaleza entienden la de los entes particulares indistinta de ellos, caen en el mismo absurdo y se añaden sobre él otro no menor. Caen en el mismo absurdo, porque, ¿cómo la naturaleza de una flor, que no tiene entendimiento ni sentido, forma esa misma flor con tanto acierto, con tanta regularidad, con tan perfecta semejanza, aun en las últimas delicadezas, a las demás de su especie? Los hombres con todo su discurso sólo arriban a imitar tan imperfectamente un jazmín, que cuando logren engañar un sentido, al examen de otro se palpa una notabilísima diferencia entre el original y la copia; y la naturaleza del mismo jazmín, desnuda de todo género de conocimiento o percepción, ha de acertar a formar esa flor tan perfectamente parecida a los demás jazmines, que ningún sentido perciba la diferencia. Añaden, digo, sobre este absurdo otro igual o casi mayor, si cabe mayor, porque la naturaleza del jazmín es indistinta del mismo jazmín: con que decir, que la naturaleza del jazmín forma esta flor, es decir que la flor se forma a sí misma: quimera (si entre los imposibles hay más y menos) gigante entre las quimeras.

46. Fué sentencia digna del canciller Bacón que una filosofía superficial conduce los espíritus al ateísmo: una filosofía profunda lo vuelve a la Religión. El que considera los efectos naturales comunes sin una perspicaz reflexión, nada encuentra en ellos admirable. De aquí es, que en la inquisición de sus causas levanta poquísimo la mira o nada la levanta. Parécele que filosofa oportunamente con discurrir que para efectos naturales bastan causas naturales. Su gran raciocinio es que el efecto no pide en su causa mayor perfección que la que él tiene; de aquí infiere que el hombre basta para producir a otro hombre, la planta para producir otra planta. Pero yo le preguntaré a este vulgar filósofo: ¿cómo puede causa alguna hacer aquello que no sabe cómo se hace? ¿Creerá por ventura que hizo una muestra perfectísima un hombre que ignoraba totalmente cómo se hacen y de que piezas se componen las muestras? Es claro que no. ¿Cómo cree, pues, que para formar el cuerpo orgánico de un hombre, máquina mucho más compuesta y de incomparablemente mayor delicadeza que el más exquisito reloj, basta otro hombre, el cual totalmente ignora cómo se hace esta máquina? Lo mismo y con más razón digo del bruto, de la planta, etc. ¡Oh! que par esto me dirá, no es menester conocimiento, porque basta la virtud de la naturaleza; y no advierte el pobre que esto es dejar la obra, obra tan delicada y que pide tanto tino, en manos de un ciego. La naturaleza de un bruto tan bruta es como el mismo bruto. pues no es otra cosa que él mismo. ¿Cómo ha de acertar, pues, con la prodigiosa fábrica del cuerpo orgánico, que corresponde a su especie? No digo yo que esa naturaleza no concurra a la obra, pero es preciso que la dirija, que la mueva otra naturaleza superior, inteligente, de suprema sabiduría y de inmensa actividad; y esa naturaleza es la que llamamos *Dios*. Quien no lo entiende así, ¿dónde tiene el entendimiento?

SATIROS, TRITONES Y NEREIDAS

Discurso VII

§ I

1. Fueron estas tres especies famosísimas en el paganismo. Terrestre la primera, marítimas la segunda y la tercera. Pintaban los gentiles a los sátiros en la figura medio brutos medio hombres, pero en la estimación eran medio hombres y medio deidades. Tenían cuernos, cola y pies de cabras: en el resto humana toda la configuración. Habitaban las sedvas como fieras y eran adorados en los templos como semidioses.

2. Los tritones, medio hombres y medio peces, gozaban la misma prerrogativa de semideidades. Venían a ser los trompeteros de Neptuno, bajo de cuyas órdenes, inspirando su aliento a una concha retorcida en forma de bocina, con su ronco sonido aterraban el piélago.

3. Las nereidas no se distinguían de los tritones, sino en el sexo y en que no se les atribuía el uso de la bocina. Tenían la mitad del cuerpo de mujer, el resto de pez, y eran semidiosas marinas, como los tritones semidioses.

4. Suenan en el mundo sátiros, tritones y nereidas como meros entes fabulosos. Pero yo, sin negar que mezclo en ellos algo la fábula, siento que fueron entes verdaderos y reales.

§ II

5. Diodoro Sículo, autor recomendable, refiere que a Dionisio, tirano de Sicilia, fueron presentados unos monstruos, cuales pintaban los antiguos los sátiros; y Plutarco, que no es autoridad inferior a Diodoro, dice que a Sila, pasando por Albania, mostraron un sátiro, que en un bosque habían cogido

6. A los testimonios de estos dos autores profanos pueden añadirse los de otros dos escritores eclesiásticos. Estos son San Atanasio y San Jerónimo. Aquél en la vida de San Antonio Abad. y éste en la de San Pablo, primer ermitaño, cuentan, que el grande Antonio encontró en el desierto un monstruo de éstos, el cual, preguntado quién era, respondió ser uno de aquellos, que el vano error del gentilismo veneraba debajo del nombre de sátiros, silvanos e íncubos, y que de parte de los demás de su grey venía a pedirle que los encomendase a Dios, el cual creían que por la salud de los hombres había bajado a la tierra a tomar carne humana.

7. Pero confieso, que esta última noticia siempre me hizo tan grave dificultad, que me es imposible darle asenso. Yo creo que hubo sátiros, y acaso los hay hoy; pero no sátiros de esta nota, no sátiros racionales, y en caso que racionales, no cristianos, no con habla y que vivan hermanos y como en congregación. El que haya tal casta de hombres, no sólo distintísimos de nosotros en la organización, mas también totalmente separados en cuanto al comercio, naturalmente excita la idea de que no son hijos del mismo padre común que nosotros, lo cual es contra lo que enseña la fe, como notamos en el tomo V, tratando de los preadamitas.

8. Pero sean norabuena descendientes de Adán estos hombres: aún queda lleno de dificultades el caso. Pregun-

to: ¿por qué órgano se les comunicó el evangelio? Si alguno de los apóstoles tuvo especial misión para los sátiros, ¿cómo en ninguna de las antiguas *Actas* hay el más leve vestigio de la conversión de tales hombres? ¿Cómo después jamás pareció alguno, ni en los desiertos de Egipto ni en otra parte? ¿Pereció acaso toda la casta sin que nadie les hiciese guerra, pues de ésta no consta? Cierto que no merecía su ruina una gente tan devota, que de común acuerdo hacía una legacía al grande Antonio para que la encomendase a Dios. Preguntaré más: ¿En qué lengua habló a Antonio el sátiro legado? Precisamente sería en idioma ignorado del Santo, pues una gente incomunicable a todo el resto del mundo, necesariamente había de tener lenguaje diferente. Vuelvo a decir que el caso tiene todas las apariencias imaginables de conseja. ¿Pero qué hemos de decir a la autoridad de San Atanasio y San Jerónimo? No faltan modos de ocurrir a esta gravísima dificultad.

9. Lo primero, diciendo que la *Vida de San Antonio*, que hoy tenemos como escrita por San Atanasio, es supuesta a este santo doctor. De este sentir fueron Andrés Rivet y Abrahán Scultet, pero ambos autores protestantes, por consiguiente, malísimos fiadores para empeñarnos sobre su fe y palabra. Así es preciso recurrir a otra solución.

10. Lo segundo, puede decirse que San Atanasio recibiría aquella noticia de autor a quien tendría por verídico y bien informado, y le faltaría una u otra circunstancia o ambas juntas. En esto no hay imposibilidad alguna, ni física ni moral. Por lo que mira a San Jerónimo, no tiene alguna dificultad el caso, pues éste no hizo más que trasladar al latín lo que San Atanasio había escrito en griego.

11. Lo tercero, hay el recurso de que el sátiro aparecido a San Antonio sería algún demonio, que con fin depravado tomaría la figura de tal. Consta que a aquel santo molestaron y tentaron los espíritus infernales de muchas y diversísimas maneras. Así no hay inverisimilitud alguna en que tentasen, con la aparición del sátiro, precipitarle a algún error.

12. Finalmente, cabe que algún infiel copista, en cuyas manos cayese muy desde los principios la *Vida de San Antonio*, escrita por San Atanasio, introdujese en ella el cuento del sátiro, y que después, perdiéndose el original, de esta viciada copia se sacasen todas las demás.

§ III

13. Negados, pues, sátiros racionales y con uso de locución, sólo admitidos sátiros brutos o embrutecidos y mudos, cuales eran aquellos de quienes hablan Diodoro Sículo y Plutarco; éste con expresión refiere que habiendo hablado al sátiro presentado a Sila por intérpretes de varias lenguas no sólo no respondió a alguna, pero ni se le oyó son alguno articulado, ni aun la voz tiraba a humana, sí sólo a una confusa mezcla de caballar y caprina.

14. No sólo es posible la producción de estos monstruos, pero muy verisímil que hayan nacido algunos de la detestable comixtión de individuos de la especie humana con los de la caprina; y una fuerte conjetura me confirma en que los sátiros que veneró el Paganismo no eran otra cosa que los partos de estos concúbitos infames.

15. Muchos eruditos son de sentir que el dios Pan, sátiros, silvanos, incubos y faunos, todos eran una misma cosa debajo de diferentes nombres. Así dicen, que no hubo un Pan solo, sino muchos, para lo cual hay testimonios claros en los antiguos poetas. En efecto, el dios Pan era pintado por los gentiles en la misma forma que los sátiros; esto es, con cuernos, cola y pies de cabra; en lo demás humano el aspecto. Tenía el dios Pan especialísimo culto entre los pastores como singular patrono suyo. Así Ovidio le llama *dios del rebaño*; Virgilio y otros poetas, ya *dios de los pastores*, ya *dios de la Arcadia* (provincia pastoril por an-

onomasia). Nótese ahora que los pasores son la gente más ocasionada que hay en el mundo a los crímenes de bestialidad, ya por su ruda educación, ya por la continua asistencia a los ganados, ya por faltarles otro menos torpe desahogo a la lascivia. Todo lo dicho coincide a hacer creíble que habiendo nacido algunos individuos de esta tercera especie semicaprina y semihumana en la figura, por la abominable conmixtión de pastores con cabras, la barbarie, junta con la malicia de aquella rústica gente, quisiese autorizar el delito, atribuyendo una especie de divinidad al parto (lo que venía a ser producir otro monstruo mental harto más horroroso que el físico), y luego como cosa propia la constituyesen deidad tutelar suya, a quien después, por varios accidentes o motivos, apellidasen con distintos nombres. De aquí los panes, los sátiros, los silvanos, los faunos y los incubos.

16. Si se me opusiese que algunos filósofos niegan ser posible que provenga generación alguna del comercio de hombre y bruto, responderé lo primero, que contra la autoridad de esos pocos filósofos está la de muchos más que sienten lo contrario, y de más a más el común consentimiento de los teólogos, que cuando tratan del bautismo de los monstruos, suponen posibles tales generaciones. Lo segundo, que los que las niegan posibles, no dan razón que haga alguna fuerza. Lo tercero, que son muchas y muy autorizadas las historias que hay de semejantes generaciones, como saben todos los que manejan algo los libros. Esto supuesto, no hay el menos vestigio de inverisimilitud, antes muchas razones de congruencia para creer que los monstruos que los antiguos veneraban bajo el nombre de sátiros, fuesen producciones de la especie humana mezclada con la caprina.

17. No ignoro que Plinio da el nombre de sátiros a unos animales que hay en ciertos montes de la India, muy parecidos al hombre; por consiguiente parece que de ellos vendría el gentílico error de los sátiros. Pero obsta el que aquéllos eran cierta especie de monos, como el mismo Plinio manifiestamente insinúa, los cuales no tienen cuernos, y los sátiros generalmente se pintaban bicornes.

18. Noto aquí para los curiosos, que esta especie de monos, ni más ni menos que los describe Plinio, hoy se hallan en algunos parajes de la India. El padre Le Comte dice que navegando en la China a la costa de Coromandel, vió en el Estrecho de Malaca unos monos de figura mucho más parecida a la humana que los comunes, que se mueven levantados, como los hombres, sobre los pies de atrás, o digámoslo mejor, sólo sobre los pies. Aun la voz es parecida a la humana y semejante al chillido de los niños. Son cariñosísimos con las personas que tratan. De su agilidad dice cosas admirables. Es tanta, que de un brinco se avanzan treinta, cuarenta y cincuenta pies de distancia. Digo que esta descripción es perfectamente semejante a la que hace Plinio de los animales que llama sátiros. Véase lo que en el libro 7, capítulo 2, dice de su semejanza al hombre, de su portentosa agilidad y de la circunstancia de andar erguidos. Lo de ser animal afabilísimo, lo insinúa en el libros 8, capítulo 54.

§ IV

19. Esta noticia naturalmente me conduce a rectificar otra, que en la forma que hasta ahora se ha comunicado del Oriente a la Europa es de difícil creencia, pero bien entendida, no deja el menor tropiezo al asenso. Algunas relaciones de la isla de Borneo, situada en el mar de la India, dicen que en las selvas de aquella isla se hallan hombres salvajes o silvestres. Así los llaman, no sólo en el sentido en que se aplica este epíteto a algunas cerriles naciones de la América, sí con más propiedad, porque aunque en la disposición de todos los miembros y modo de usar de ellos nada desdicen de la es-

pecie humana, pero les falta la locución; y por otra parte, su modo de vivir carece de toda policía, ni más ni menos que el de las fieras.

20. Sobre esta noticia luego ocurre la dificultad que arriba propusimos contra la existencia de los sátiros. Tales hombres, si los hay, apenas se pueden considerar descendientes de Adán, pues si lo fuesen, sucesivamente se iría comunicando de unos a otros alguna policía y el uso de la habla. Añádese que sin milagrosa e infusa ilustración no se les podrá comunicar la luz del Evangelio, lo que en las leyes ordinarias de la benignísima providencia soberana no cabe.

21. Después de todo, estas dificultades no parecen insuperables. A la primera se puede satisfacer con la posibilidad del caso que dos tiernos infantes de distinto sexo, cuyos padres viviesen en algún retirado monte, por la muerte o por la fuga de éstos quedasen al abrigo de la Providencia en aquella soledad, que en ella creciesen y procreasen. Es para mí probabilísimo que ni ellos ni sus hijos hablarían idioma alguno; por consiguiente, aunque descendientes del mismo padre común, carecerían del uso de la locución.

22. No por eso siento que sea preciso comunicarse el lenguaje originariamente por infusión, como a nuestros primeros padres; pero me parece que en una familia o congregación de gente donde no hubiese ni inspiración ni enseñanza, pasarían algunas y aun muchas generaciones, antes que a fuerza de ingenio, estudio y práctica se formasen idioma para entenderse. Es esta una obra muy larga y difícil. Podrían pasar mil o dos mil años y aun muchos más, antes que a ninguno de aquella progenie ocurriese que con los varios movimientos de la lengua se podían explicar los pensamientos que tenía en el ánimo.

23. ¡Oh cuántos al leer esto juzgarán que les propongo una extravagante paradoja! ¿Hay cosa más fácil, dirán, que hablar? Habiendo infinitos hombres rudísimos para materias muy triviales, para el uso de la locución ninguno es rudo. Hasta los más fatuos le logran. O por mejor decir, todos, cuando lo logran, son fatuos, pues hablan todos los niños antes de llegar al uso de la razón. ¿Por qué, sino por ser una obra tan natural que apenas, ni aun apenas, tiene que hacer en ella el entendimiento? Esta réplica es hija de la falta de reflexión. Digo que el hablar por enseñanza es facilísimo; hablar por esfuerzo del propio discurso, sumamente arduo. Tiénese y con razón por un peregrino descubrimiento, una sutilíima ingeniada acaso la mayor que hasta ahora cupo en el humano entendimiento, como ya insinuamos en otra parte, la invención de las letras. Hácese palpable la suprema dificultad que esto tiene en que en ninguna de las naciones americanas se halló el uso de ellas. O porque los primeros que pasaron a aquel Continente no habían aprendido a escribir, o porque aún no se había inventado el escribir cuando pasaron; y así no hubo quien enseñase el uso de la pluma en la nueva Colonia. ¿Y qué sucedió? Que por más que se multiplicó la gente en aquellos vastísimos países, siglos y más siglos se estuvieron sin que nadie ocurriese que la pluma podía suplir la lengua o los caracteres las palabras. De tantos millares de millares y aun millares de millones de hombres nadie dió en ello, sin embargo de que la necesidad era grande y la importancia universalísima. Pregunto ahora: ¿cuál invención es más ardua, la de explicar las letras las palabras o la de explicar con las palabras los conceptos? Sienta cada uno como quisiere; yo decido que es mucho más ardua la segunda. La razón es, porque hay mucha mayor distancia del signo al significado en ella, que en la primera. Los rasgos de la pluma y los movimientos de la lengua convienen en ser uno y otro cosa material, pero de los conceptos del ánimo a los movimientos de la lengua hay la enorme distancia que se considera entre lo espiritual y lo corpóreo. Ni se me oponga que también

ı pluma explica los pensamientos, orque esto no lo hace sino mediante ıs palabras. Es mera copia de copia.

24. Aún resta más. Considérese que esde la invención o aquella primera currencia de que los movimientos de ı lengua pueden servir a explicar los onceptos del ánimo, hasta la formaión del idioma más imperfecto o más udo, hay larguísimo camino que anlar; no sólo larguísimo, pero escarosísimo. Así, computado todo, se haará sumamente verisímil que una rogenie, que ni por infusión ni por scuela hubiese adquirido idioma, se staría muchos siglos sin habla. Con ue queda resuelta la primera dificulıd que se propuso contra la noticia e los hombres salvajes de la isla de Borneo.

25. La segunda dificultad, que es uramente teológica, nos quiere meer en un piélago, cuya orilla ignoran os hombres: quiero decir en el abisno de la Divina Providencia, cuyos línites son incógnitos a todos los morales. Una cosa nos consta ciertamente e las sagradas letras; y es, que Dios on sincera voluntad quiere que todos os hombres lleguen al conocimiento le la verdad y se salven. Pero así como n esta voluntad *antecedente* y geneal (como la llaman los teólogos) es ompatible que tantos infantes perezan en los claustros maternos sin que on alguna humana diligencia pueda rocurarse su salvación por medio del acramento del bautismo, ¿por qué no erá compatible con esa misma volunad general y *antecedente* el que alguios adultos queden imposibilitados al eneficio de la enseñanza? Casi todos os teólogos, a la reserva de un corísimo número, afirman que aun a quéllos infantes se extiende la volunad *antecedente* de la salvación. La misna doctrina con que componen esto s idéntica para componer lo otro. Aun uando por la imposibilidad de lograr l beneficio de la predicación pereciese ına nación entera, deberíamos resigıados venerar los divinos decretos, onformándonos a aquella sagrada máxima: *Quis tibi imputabit, si perierint nationes, quas tu fecisti?* (*Sapient.*, cap. 12).

26. Esto es responder al argumento, aun sin salir de los límites de la común providencia. Pero, ¿quien sabe si Dios, respecto de gente incapaz de la predicación, usaría de otra providencia particular? Es sacrílega temeridad pretender apurar lo que Dios quiere y puede hacer. Lo que no tiene duda es que esta dificultad todos deben tragarla y digerirla, siendo cierto que muchos adultos que hay entre los bárbaros, sin culpa suya carecen del bautismo y de la predicación. ¿Qué dicen a esto los teólogos? Unos, por salvar en toda la extensión imaginable la sentencia de San Juan: *Illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*, dicen que si con algún pecado personal no lo desmerecen, Dios por medio de un ángel o infundiéndoles especies de los misterios, los ilumina; otros, que como respecto de éstos no está promulgado, el Evangelio o es lo mismo que si no se hubiese promulgado, no pertenecen a la ley de gracia, sino a la ley de la naturaleza, Aplique cada uno el que quisiere a los salvajes de la isla de Borneo.

27. Pero aunque lo dicho basta para salvar que no hay imposibilidad alguna en que los que se dicen hombres salvages de la isla de Borneo sean realmente hombres, no tengo esto por lo más verisímil, sino que son una especie de monos, o la misma o poco diferente de la que pintan Plinio y el padre Le Compte. Por eso dije arriba que mi intento era rectificar aquella noticia; y la rectificación consiste en degradar de hombres a los que se dicen tales, dejando en todo lo demás la relación en su ser.

28. El padre Le Comte, sobre las circunstancias de andar rectos y tener la voz semejante a la humana los monos que vió en el estrecho de Malaca, añade que en el rostro son muy parecidos a los hombres salvajes del Cabo de Buena Esperanza; que su estatura es alta cuatro pies por lo menos; que

son sumamente advertidos y explican con acciones y gestos cuanto quieren, también como los hombres mudos; en fin, que se nota en ellos una acción muy frecuente en los hombres, especialmente en los niños y que no se observa en ninguna otra bestia, que es patear cuando se enojan o se alegran con algún exceso.

29. Como concurran todas estas señas en los que se dicen salvajes de Borneo, sin dejar de ser monos, tendrán lo que basta para que los bárbaros de aquella isla los juzguen hombres. Aunque se acerquen más a la figura y acciones humanas, no por eso se debe hacer juicio de que son de nuestra especie; porque, ¿quién sabe hasta qué límites puede extenderse en alguna especie bruta la exterior imitación del hombre? En los animales marinos, de que vamos a tratar inmediatamente, se verá que a lo menos en la parte superior y principal del cuerpo cabe mayor semejanza entre el hombre y el bruto que la expresada.

§ V

30. En los tritones y nereidas hay poquísimo que purgar de fábula a la verdad. Cuales no los pintan los antiguos poetas, tales se hallan hoy en los mares a la reserva de la bocina, cuyo uso no han reconocido los modernos en los tritones. Digo que se hallan en los mares, bien que son infrecuentes a la vista, unos acuátiles, de medio abajo peces, que de medio arriba observan exactamente todos los lineamentos de la humana configuración, con todas las señas que distinguen los dos sexos, de suerte, que unos en cuanto a la figura son medio peces y medio hombres, otros medio mujeres y medio peces. Los modernos, tomando la denominación de la parte principal, llaman hombres marinos a aquellos y mujeres marinas a éstas. De los antiguos escritores, en Plinio, Eliano y Pausanias se leen algunas historias de estos hombres y mujeres marinas. Nauclero, Belonio, Lilio Giraldo, Alejandro de Alejandro, Gesnero y otros autores más modernos refieren historias semejantes.

31. Los dos sucesos más cercanos a nuestros tiempos que le leído, son: el primero, el que se ha esparcido en varias relaciones del hombre marino, descubierto el año 1671 cerca de la Gran Roca o isla Petrosa, llamada *el Diamante*, que dista una legua de la Martinica. Viéronle diferentes veces muy a la orilla dos franceses y cuatro negros que estaban sobre el borde de dicha roca, y unánimes depusieron después jurídicamente del hecho. Tenía desde la cintura arriba perfecta figura de hombre, la talla del tamaño de un muchacho de quince años, los cabellos mezclados de blancos y negros, pendientes sobre las espaldas, como si los hubiesen peinado, la cara llena, la barba parda y por todas partes igual, la nariz muy roma, cara, cuello y cuerpo medianamente blancos, y el cutis al parecer delicado. La parte inferior, que se veía entre dos aguas, era de pez y terminaba en una cola ancha y hendida.

32. El segundo, aún mucho más próximo al tiempo presente, es del hombre marino visto en Brest el año de 1725, y de que dan amplia noticia las *Memorias de Trevoux* del mismo año, tomo IV, página 1902. Viéronle largo tiempo treinta y dos personas que había en un bajel, cuyo capitán era Olivier Morin. Era perfectamente proporcionado y sus miembros en todo semejantes a los nuestros, salvo que entre dedos de manos y pies tenía una especie de aletas al modo de las ánades. Sería prolijidad referir los varios movimientos y ademanes que hizo todo el tiempo que duró la observación. Lo más notable fué que viendo la figura que había en la proa del bajel, que era imagen de una mujer hermosa, después de contemplarla, suspenso un rato, se abalanzó fuera del agua, en ademán de querer asirla. Hubo también dos circunstancias ridículas en este suceso. La primera de parte del monstruo,

ıal, como haciendo irrisión de la ente del navío, vueltas a ella las esaldas y levantando algo en el agua, xoneró el vientre a vista de todos. a segunda, de parte del contramaestre el bajel, el cual teniendo enarbolado a un arpón para tirarle, dejó de arroırle, sorprendido de un terror pánico. s el caso, que el año antecedente un ancés llamado *Lacommune*, en el misıo bajel se había desesperadamente uitado la vida y le habían arrojado al ıar en el mismo sitio. Ocurrióle, pues, l contramaestre, al tiempo que estaba ara lanzar el arpón, y se le imprimió ıertemente que el hombre marino ra no más que un espectro, fantasma aparición del desventurado Lacomıune.

§ VI

33. Pero se ha de advertir que enre las varias historias de mujeres y ombres marinos, se encuentran alguas en que el cuerpo era enteramente umano. Tal era el hombre marino que ice Plinio fué visto en su tiempo en l océano Gaditano, *toto corpore absouta similitudine*. Y porque no se piene que esta es alguna de las patrañas ue un vano rumor llevaba a Plinio le lejas tierras, él mismo advierte que o oyó a algunos caballeros romanos, estigos oculares del caso: *Auctores haeo in equestri ordine splendentes, viıum ab his, etc.* Tal el que refiere Mr. le Larrei en su *Historia de Inglaterra* ıaber sido pescado en aquella isla el ño 1187 y presentado al gobernador le Oxford, el cual le tuvo en su casa eis meses, a cuyo término, hallando ıcasión de volverse al mar, lo hizo y ıo pareció más.

34. Tal era también la mujer maina que en el *Diccionario Universal le Trevoux* se lee haberse hallado al ajar la marea en la orilla de Westrisia, después de una gran tempestad l año de 1430. Unas mujeres de la ciulad de Edam, que la hallaron, la llevaon al pueblo, la vistieron y enseñaron ı hilar. Fué después transferida a Harlem, donde vivió algunos años usando de nuestros alimentos, pero nunca perdió la inclinación a habitar en el agua.

35. Pero el hallazgo más plausible que ha habido en esta materia es el que en el mismo dicionario se lee haberse logrado el año de 1560, cerca de la isla de Manar, sobre la costa occidental de Ceilán. Unos pescadores en una redada sola cogieron siete hombres marinos y nueve mujeres. Algunos jesuítas, entre ellos el padre Enrique Enríquez, juntamente con Dimas Bosque de Valencia, médico del virrey de Goa, fueron testigos del hecho. No sólo la figura era enteramente humana, mas también las partes interiores eran perfectamente parecidas a las del hombre, lo que constó por el examen anatómico que hizo el médico.

36. Otro hombre marino, que Alejandro de Alejandro cuenta haber sido cogido en su tiempo en Epiro, y cuyo hecho afirma como autenticado por actas públicas, parece que también era de configuración perfectamente humana. Este se escondía a tiempos en una cueva próxima al mar, desde donde acechaba a la mujeres que iban a tomar agua a una fuente que estaba cerca de la cueva, y cuando observaba alguna sola y vueltas las espaldas, con silenciosos pasos se llegaba a ella y lascivamente la oprimía.

37. Estas historias, por el mismo caso que prueban más de lo que pide nuestro asunto, le persuaden eficacísimamente, pues si son posibles y existentes animales marinos en todo el cuerpo semejantes al hombre, con mucho mayor razón se hace increíbles lo que sólo en alguno o en algunos miembros son semejantes.

§ VII

38. Podrá argüirse contra las historias referidas que la total semejanza en la organización infiere total semejanza en la forma específica; por consiguiente, si los animales marinos de quienes se hizo memoria son totalmente seme-

jantes al hombre en la organización, se debe discurrir que verdaderamente son hombres; lo cual, siendo imposible por algunas razones que fácilmente se presentan al discurso, debemos concluir que aquellas narraciones son fabulosas.

39. Prescindiendo por ahora de si es o no posible que haya verdaderos hombres habitadores del mar como los peces (de que trataremos en el discurso siguiente), respondo por ahora al argumento, permitiendo el antecedente y negando la consecuencia. Asiento a que la total semejanza en la organización infiere conveniencia específica en la forma sustancial, pero no está averiguado, ni acaso es posible averiguarse, si aquellos animales son organizados en todo y por todo como el hombre. El examen que en esta materia hace la vulgar anatomía, no pasa de las partes de sensible extensión, y aunque haya en éstas toda la semejanza que pueden percibir nuestros sentidos, cabe que haya en las partes más sutiles de los órganos la desemejanza que basta para que sean proporcionadas a ellos otra forma sustancial y otras facultades diversas.

40. Puede comprobarse esto con la reflexión de que la mayor o menor semejanza de organización sensible entre diferentes especies no prueba mayor o menor semejanza en las facultades. La organización sensible del elefante es mucho más diversa de la del hombre que la de otros muchos brutos; no obstante lo cual, en las facultades animásticas es el elefante más semejante al hombre que aquéllos. Así como, pues, la mayor semejanza en la organización sensible no arguye mayor semejanza en las facultades, tampoco la total semejanza en la organización sensible argüirá a total semejanza en las facultades, y por consiguiente, ni en la forma específica a quien aquéllas son consiguientes.

§ VIII

41. No faltarán quienes me culpen la omisión de las sirenas en este discurso, juzgando que puede representarlas en los monstruos marinos medio mujeres y medio peces, con igual propiedad que a la nereidas, pues medio mujeres y medio peces se pintan también las sirenas. Pero esta acusación procede sobre un supuesto falso o por lo menos incierto. Es constante que los pintores unánimemente representan a las sirenas mujeres de medio arriba y peces de medio abajo; mas éste es uno de los muchos errores que cometen los profesores de este arte por ignorancia de la historia y la fábula. Los poetas y escritores antiguos, por lo menos los de mejor nota, describen las sirenas no medio mujeres y medio peces, sino medio mujeres y medio aves. Plinio las coloca entre las aves fabulosas (lib. 10, cap. 49). Lo mismo Servio, el cual comentando aquello de Virgilio en el quinto de la *Eneida*: *Jamque adeo scopulus sirenum advecta subibat*, dice: *Sirenes secundum fabulam partim virgines fuerunt, partim volucres*. Ovidio, *Metamorph.*, libro 5, hablando con ellas, les atribuye rostros de doncellas con plumas y pies de aves:

Plumas pedesque avium cum virginis ora feratis.

Ni más ni menos Claudiano en sus *Epigramas*:

Dulce malum pelago Siren, volucresque pue
[llae (1)

---

(1) 1. Llegó hace poco a mi mano un libro francés modernísimo, cuyo título es *Caprices d'imagination* o *Cartas sobre diferentes asuntos de historia, moral, crítica, historia natural*, etc., En una de estas Cartas (la tercera) un autor, que es anónimo, trata de las sirenas, tritones y nereidas, a cuyo propósito usando por la mayor parte de las mismas noticias de hombres y mujeres marinas que hemos propuesto tratando del mismo asunto añade dos que yo no había leído, y que, añadidas aquí, creo no desagraden a los lectores.

2. La primera es que el río de Tachn que corre sobre los confines de la provinci de Lucomoria, en las extremidades del imperio rusiano, se hallan muchos hombres marinos de uno y otro sexo, perfectamente semejantes en la configuración de todo el cuerpo a los individuos de nuestra especie, con desemejantes en el alma, por carecer de di

ıdvierto que la materia del discurso iguiente nos abrirá campo para filoofar de otro modo sobre algunos puntos principales de éste. Así no debe recibirse como última decisión lo que hemos razonado hasta aquí.

ırso y de locución. Cita el anónimo sobre sta noticia a Pedro Petoivitz de Erlesund en ı *Historia de Moscovia*, el cual añade que ı carne de estos animales es sumamente suae al gusto.

3 La segunda noticia será mucho más ıriosa, si fuese igualmente verisímil. Naveındo el año de 1619 unos consejeros del rey e Dinamarca de la Noruega a Copenhague, ieron caminar por el agua a un hombre mario, llevando un haz de hierba. Tuvieron modo e apresarle, pero apenas le tuvieron dentro e la nao, cuando la admiración de su figuı, perfectamente semejante a la nuestra, creió mucho, viendo que también tenía el uso e la locuela. No le dieron lugar a que halase mucho, porque habiéndoles amenazado ue si no le soltaban luego haría arruinarse l bajel, atemorizados le dejaron saltar al gua. Cita el anónimo a Juan Felipo Abelino, ue refiere este suceso en el primer tomo de u *Teatro de la Europa*, pero dándole poca o inguna fé, porque —dice— ¿quién había enenado al hombre marino la lengua danesa i otra alguna?. Así concluye que si hay alına verdad en el hecho, se debe reputar apaación de espectro o ilusión diabólica. Los ue por lo que han leído en algunos relacioıeros están en la persuasión de que en las ierras septentrionales hay innumerables hechieros, fácilmente asentirán a la narración de Abelino, discurriendo que el hombre marino ıparecido a los consejeros dinamarqueses era ılguno de tantos magos como hay en el Nore. Pero ya en otra parte hemos descubierto ue no hay más magia en el Septentrión que n el Mediodía, y que los que en aquellas egiones pasan o han pasado por hechiceros no eran más que unos tramposos, que a los navegantes extranjeros se vendían por tales, para venderles el viento que habían meneser; embuste que acreditaban ya a una u otra asualidad, ya el conocimiento práctico, que tal vez por algunas señas naturales tenían del viento, que se había de levantar a otro día Fuera de que, si el hombre marino era hechicero, ¿qué necesidad tenía de pedir a los navegantes que le soltasen?

4. Yo, a la verdad, sin recurrir a pacto o hechicería, tengo el hecho por posible. Las pruebas de la posibilidad se pueden ver en el Discurso VIII del mismo tomo (donde filosofamos sobre el peregrino suceso del montañés Francisco de la Vega), desde el núm. 53, hasta el 57 inclusive. Y aunque es verdad que en aquel lugar discurrimos conjeturalmente, que aun en caso de ser de nuestra especie los hombres marinos perfectamente semejantes a nosotros en la configuración interna y externa, después de alguna larga estancia en el mar, perderían el uso de la locución, ya se deja ver que aquel discurso no excluye la posibilidad de que algunos la conserven, pues no es preciso que todos se embrutezcan hasta el punto de olvidar enteramente las voces. Las causas que pueden turbar la razón al hombre no obran igualmente en todos los individuos. Pero de la posibilidad no se infiere la verisimilitud. El suceso que refiere Abelino carece enteramente de ésta. Todo lo extraordinario, prescindiendo de la fuerza de los testimonios que pueden acreditarlo es inverisímil en el mismo grado que extraordinario y el suceso en cuestión es sumamente extraordinario, pues no se halla en las historias otro semejante. ¿Qué fuerza tiene Abelino para hacerlo creíble?

5. Es bien de notar aquí que el autor anónimo, a quien debemos las dos noticias que acabamos de copiar, tratando asimismo de las sirenas como de los tritones y nereidas en la Carta citada, cayó en el vulgar error de que el nombre de sirenas fué aplicado por los antiguos a unos peces, que de medio cuerpo arriba tienen figura de mujeres. Al número 41 del Discurso que ahora adicionamos se pueden ver las pruebas de que eran, o por mejor decir, se fingían medio aves y medio mujeres, los monstruos a quienes llamaban sirenas.

EL ERROR UNIVERSAL

Discurso XIII

§ I

1. Si el amor, hablando en general, e pinta ciego, ¿cómo se deberá pintar l amor propio? Horacio, que fué do- ado de bella inteligencia, parece que ólo a éste tuvo por ciego, o por lo nenos con singularidad antonomásti- a le aplicó el epíteto: *Caecus amor sui* lib. 1, od. 18). Pero yo, con la venia le todos, dijera que ni el amor en ge- ieral es ciego, ni aun lo es el amor ropio. Tiene el amor ojos, tiene vista, vista sin defecto alguno, sino aquel le que no se exime aun la vista cor- órea más perspicaz. ¿Qué sucede en os ojos corpóreos? Que ven bien los bjetos que están a una determinada listancia; pero si están o muy remotos demasiadamente cercanos, o no los en o los ven sólo confusamente. Esto nismo sucede al amor.

2. La voluntad ve los objetos con los jos del entendimiento, o por mejor lecir, en el entendimiento están los jos de la voluntad. Así con grande mpropiedad se dice que la voluntad s potencia ciega: no es sino potencia on vista; pero su vista o su potencia visiva es el mismo entendimiento. Con mpropiedad se diría que el alma para ver los colores es ciega, porque sólo los ve con los ojos, que son una parte del cuerpo. ¿Qué importa si esa parte del cuerpo es para ese efecto órgano del alma? Con más razón se debe decir el entendimiento vista de la voluntad, porque no hay entre ellos la discrepancia que hay entre alma y cuerpo, ni aun distinción real en probabilísima sentencia.

§ II

3. Viniendo, pues, la voluntad con los ojos del entendimiento, veamos cómo ve con estos ojos los objetos. Con la misma proporción en orden a distancia o proximidad que los ojos corpóreos. Es menester que estén los objetos a una determinada distancia de la voluntad, para que ésta los vea claramente. Ni muy lejos, ni muy cerca. Si tan lejos, que respecto de la voluntad se consideren como totalmente extraños, no los ve bien. Si tan cerca, que se contemplen como propios, tampoco. En aquéllos se le ocultan las perfecciones; en éstos los defectos. Es precisa una distancia media y proporcionada para que ni la displicencia oculte lo que hay de bueno ni el propio interés esconda lo que hay de malo.

4. Sin embargo, esta analogía entre la vista espiritual y corpórea no es tan constante, que no padezca algunas excepciones. Sujetos hay que con los ojos del entendimiento ven muy bien aun lo más llegado, que disciernen claramente lo que hay de malo como lo que hay de bueno en el paisano, en el pariente, en el bienhechor, y lo que más, aun en sí mismos.

5. Digo que hay sujetos que conocen sus propios defectos. Pero en esta misma excepción entra otra excepción. Hay cierto defecto, el cual ningún hombre conoce en sí mismo. ¿Ninguno? Ninguno. Pues ¿qué defecto será éste? En una palabra lo digo: el defecto de

entendimiento. Esta es la piedra donde tropiezan todos; esta es la parte donde nadie se conoce a sí mismo, y aquí es donde vuelve a establecerse la analogía propuesta entre la vista espiritual y corpórea. Ni se ven a sí mismos los ojos corpóreos, ni se ve a sí mismo el entendimiento.

6. Son muchos los que conocen los defectos del propio cuerpo, aun cuando no son muy sobresalientes. Algunos conocen en sí mismos aun las malas disposiciones del alma. No ignora éste que padece el vicio de iracundo, aquél el de constante, el otro el de tímido, y así de los demás. Pero llegando al entendimiento, no hay que pensar que nadie se conozca. Todos se hacen merced a sí propios. Necios y entendidos, aunque no con igual ceguera, unos y otros caen en el mismo lazo. El necio piensa que es muy entendido y el entendido piensa que lo es mucho más de lo que realmente es. Por eso doy a este *error* el epíteto de *universal*, con lo cual está explicando el asunto de este Discurso: de modo que el error universal es el juicio ventajoso y no merecido que todos hacen del propio entendimiento. Después de tantos errores comunes, salga a este *Teatro* un error universal.

§ III

7. Para entender cómo es universal este error, se debe considerar que al entendimiento no le constituye bueno o malo el saber mucho o poco. El saber mucho consiste en tener muchas noticias, y el tenerlas depende de adquirirlas. Esto lo logran la buena memoria, la oportunidad y la aplicación. Por falta de alguna de estas tres circunstancias o de algunas o de todas tres juntas, hay excelentes entendimientos que son como tablas de hermosa y bien dispuesta materia para recibir las imágenes de los objetos, pero tablas rasas, como comúnmente se dice, en quienes nada se ha pintado o que cuando más, sólo se ve en ellas tal cual rudo diseño. Es cierto que la escasez de noticias cualquiera se la conoce en sí mismo, haciendo el cotejo con las que tienen otros, y así, no sólo el rústico confesará que no es teólogo, jurista o historiador; pero aun entre los mismos, que se aplican a estas Facultades, se hallan muchos, que advierten bastantemente que otros profesores están más instruídos en ellas. Así no es este el asunto de la errada aprehensión universal de que tratamos; sí sólo la capacidad intelectual tomada por sí sola.

8. Pero aun en esta misma capacidad intelectual hay mucho que distinguir. Hay entendimientos linces para una cosa y topos para otra. Hay entendimientos profundos, pero tardos. Hay entendimientos que perciben bien y se explican mal. Hay entendimientos que se enteran bellamente y hacen recto juicio de lo que discurren los demás; pero ellos por sí mismos apenas avanzan un paso sobre aquello que hallan discurrido por otros. Hay entendimientos muy hábiles para discurrir sofísticos enredos, pero enteramente desnudos de aquella sustancial y sólida perspicacia que se ha menester para tocar a punto fijo la verdad. Hay quienes tocan a punto fijo la verdad, pero no encuentran con razones para persuadirla. Hay quienes perciben bien un objeto simple, pero en las combinaciones de distintos objetos o cuestiones complejas se enredan y confunden. A este modo hay otras innumerables diferencias, y aun cada diferencia se divide y subdivide en otras, lo que me trahe ahora a la memoria una reflexión. está visto todo lo que es un espíritu. que mucho tiempo ha tengo hecha, y propondré aquí, porque sobre no ser incongrua al intento, puede hacérsele lugar, como a impugnación de otro error común.

§ IV

9. Muchos (si no todos) conciben en los espíritus una identidad tan simple, tan uniforme, que se imaginan que a la primera ojeada del entendimiento está visto todo lo que es un espíritu

y aun llega a parecerles, que visto un espíritu, están vistos todos, por lo menos los que son de la misma especie. De aquí resulta, que no pudiendo contemplar en los entes espirituales aquella variedad que tanto nos agrada en los materiales, sólo consideran en la vista clara de aquéllos (que se supone sernos imposible en el estado presente) un deleite de cortísima duración, por cuanto todo lo que hay que ver, está visto en un instante; y la repetida representación de un mismo objeto, en quien jamás se ve más que lo que se vió a la primera ojeada, bien lejos de ser grata, a corto espacio de tiempo llega a ser fastidiosa. Este es un error procedido de falta de reflexión. Si Dios nos diese luz para conocer claramente cualquiera alma humana, ¡qué teatro tan vasto y tan variado se presentaría de repente a los ojos de nuestro entendimiento! ¡Cuánto número de facultades diversas! En cada facultad, ¡cuánta multitud de distintas determinaciones! ¡Qué variedad tan prodigiosa de inclinaciones y afectos! Ninguna selva tiene tantas hojas, cuantas son las diferencias que hay que contemplar en cada una de las partes expresadas.

10. Para hacer bien comprehensible esto, siento una suposición, que pienso no me negará ningún hombre de mediano entendimiento; y es, que entre tantos millares de millares y aun millares de millones de hombres que hay en el mundo, no se hallará alguno que sea perfectamente parecido a otro, ni en el complejo de inclinaciones ni en el conocimiento de todos los objetos. cualquiera que lea esto, haga reflexión sobre si ha visto jamás dos individuos tan acordes en los afectos que a uno agradase todo lo que agradaba al otro, o tan conformes en entender, que nunca discrepasen en el dictamen. Es certísimo que no. Y de aquí se infiere con evidencia, que así la parte intelectiva como la apetitiva de cada hombre consta de un número innumerable de disposiciones distintas; pues a no ser así, sería imposible que entre tantos millares de millones de individuos no se repitiese en algunos y aun en muchos el mismo complejo.

11. Toda la variedad que hemos considerado en el entendimiento y voluntad del hombre es menor que la que hay que contemplar en el amplísimo seno de la memoria: aquel seno, digo, capaz de contener el ser inteligible de todo un mundo y aun de muchos mundos, y donde actualmente se contienen millares de millares de aquellas especies que la Escuela llama inteligibles o impresas. ¡Qué teatro tan vario, tan espacioso, tan augusto aquel donde se representa al vivo la inmensa mole del Cielo, el cuerpo, curso y resplandor de todos sus astros; la tierra el aire, el agua, con tanto número sinnúmero de cuerpos vivientes, inanimados, elementales y mixtos!

12. Todo esto y mucho más, que es imposible individuar aquí, hay que contemplar en el espíritu del hombre, que tan simple, tan uniforme se representa al común modo de entender. Yo me imagino que si Dios nos fuese mostrando sucesivamente todo lo que hay que ver en él, de modo que en cada minuto de tiempo sólo viésemos lo que es representable en un acto, el más precisivo del entendimiento, pasarían muchos centenares de años antes de verlo todo. Yo, sin duda, si se me diese opción, antes eligiría ver claramente una alma humana, que registrar cuantos entes visibles contienen el Cielo, la tierra, el aire y el agua. Si esto digo del espíritu humano, ¿qué diré del angélico, cuya amplitud de continencia es proporcional a la altura de su perfección, y en cada individuo, según su doctrina del divinísimo Tomás, está recogida la interminable extensión de la sepecie? Firmísimamente comprehendo que si los sentidos y potencias de un hombre se presentasen a un tiempo cuantos objetos delectables hay en el mundo, de modo que a un tiempo los gozase todos, no igualaría este deleite, ni con mucho, al que tendría en ver claramente al menor de todos los espíritus angélicos. Aun prescindiendo del asunto que seguimos, es conclu-

yente la razón que lo persuade. Un objeto tanto deleita más, cuanto es más agradable, y tanto es más agradable cuanto es más excelente. Pues ¿quién duda que junta la perfección de todos los objetos sensibles no iguala la perfección del menor de todos los espíritus angélicos? Pero aquí de la admiración. Si el deleite de ver uno solo y el menor de todos será tan grande, ¿cuál será el ver tantos millares de millares que sucesivamente van creciendo en excelencia, de modo que el supremo excede al ínfimo lo que un monte a un átomo? ¡Oh dichosos habitadores de la Celestial Patria, lo que gozáis! ¡Oh locos enamorados del mundo, lo que perdéis! Pero ¿dónde, paro yo, si resta un espacio infinito desde aquí hasta la cumbre de la felicidad? ¡Oh piélago de perfecciones y excelencias! ¡Oh Dios y Señor de las virtudes! ¡Oh gran Dios! ¡Oh Dios de los Dioses! Si tanto gozo resultará de ver aquellas criaturas tuyas, bien que nobilísimas, pero al fin criaturas, cuya perfección dista de la tuya infinitamente más que dista el más vil insecto de la tierra de la suprema inteligencia del Cielo, cuya hermosura es un borrón, cuyo resplandor es oscuridad si se comparan con tu hermosura y con tu resplandor, ¿qué será verte a Ti mismo? Mas aquí, detenida del asombro, vuelve la pluma al asunto.

§ V

13. Supuesto, pues, que, como hemos insinuado arriba, en el entendimiento hay que considerar muchas facultades distintas, digo, que el error universal no es respectivo a cualquiera de ellas y mucho menos a todas juntas; sí sólo en orden a una, pero la más esencial, que es la rectitud del juicio. Infinitos hombres hay que conocen lindamente que otros son más prontos en comprehender, más ágiles en discurrir, más felices en explicarse, de más genio para esta o aquella profesión, de más vasta extensión para abarcar a un tiempo varios objetos, de más inventiva, etc.; pero siempre le queda un recinto y el más importante de todos, donde salvar su vanidad, que es el juzgar rectamente de las cosas, una vez que se impongan en los términos. Este es el punto en que nadie cede a nadie. Búsquese al hombre que más modestamente sienta de sí mismo; confesará que es poquísimo lo que sabe; que es tardo en comprehender y aun en discurrir; que se explica mal, y a este modo otros muchos defectos de su entendimiento; pero al mismo tiempo se quedará en la presunción de que en orden a aquellos objetos, cuyos términos comprehende, dándosele el espacio necesario para meditar en ellos, nadie juzga con más acierto.

14. Que esto sea así, se prueba con evidencia, de que jamás vemos que hombre alguno ceda ordinariamente a otro, mudando de juicio en orden à aquellas cosas sobre las cuales, después de miradas y remiradas, estableció su dictamen. He dicho *ordinariamente*, por no negar que esto suceda una u otra vez. Pero nótese que aun entonces cede en virtud de que el que es de dictamen opuesto, le propone alguna noticia, reflexión o experimento que él ignoraba o no le había ocurrido. Así siempre se mantiene en el concepto de que el haber errado en el primer dictamen, no dependió de tener menos talento que el otro para juzgar rectamente, sino de que el otro tuvo la oportunidad de adquirir alguna noticia que él ignoraba, o la felicidad de que le ocurriese alguna reflexión que a él no había ocurrido.

15. Explicaráme un ejemplo. En esta dilatada obra del *Teatro Crítico* he *persuadido* a infinitos muchas máximas contrarias al dictamen que antecedentemente tenían formado sobre varios asuntos. ¿Cree por eso alguno de éstos que Dios me ha dado aquel principalísimo talento del alma, para juzgar rectamente de las cosas con algunas ventajas al suyo? Creo que no. Conocerán todos ellos que yo he acertado y ellos antecedentemente erraban. Pero

en unos asuntos atribuían esta desigualdad a mi mayor aplicación al estudio; en otros a la mayor oportunidad que he tenido para manejar libros y adquirir noticias; en otros a haberme dedicado más a meditar sobre ellos; en otros, finalmente, a mi mayor felicidad en que me ocurriesen algunas reflexiones que a ellos no ocurrirían; y todos, desde el primero al último, quedarán en la persuasión de que si en ellos hubiesen concurrido con igualdad las felices circunstancias que yo he tenido, habrían penetrado las verdades que yo les he descubierto y desengañándose por sí mismos de los errores de que los he sacado.

16. Podrá acaso en una u otra ocasión mudar alguno de dictamen sin atribuir el acierto del otro a quien cede, ni a la accidental felicidad de la ocurrencia, ni a mayor aplicación, ni a mayor oportunidad de averiguar lo que hay en la materia. Pero sobre que esto sucederá rarísima vez, no por eso le concederá más claro entendimiento. porque le queda el recurso de que un acierto no basta a graduar un entendimiento, ni basta a degradarle un yerro; y juntando este supuesto verdadero con la falsa estimación de que por una vez acierta el otro y yerra él, acierta diez veces él y otras tantas yerra el otro, se queda constantemente en el dictamen de que la ventaja sustancial del entendimiento está de parte suya.

§ VI

17. Por otro camino y en distintas circunstancias se engañan frecuentemente los hombres, para no conceder exceso en el entendimiento, aun a otros que se lo hacen muy grande. Oyen o leen una máxima bien fundada, una sentencia aguda, un discurso sólido sobre alguna de aquellas materias, en cierto modo extrafacultativas, en que todos entienden algo: pongo por ejemplo, en materia de costumbre, genios, gobierno o política. Supongo que nunca leyeron antes ni oyeron aquel pensamiento, pero al momento que lo leen, les cuadra como verdadero, como en efecto lo es: hácense cargo de la razón y asienten de plano a la nueva máxima; mas no por eso tributan algún particular elogio al autor. Pues ¿por qué no? Porque les parece que ya ellos alcanzaban lo mismo. Así con gran satisfacción propia, esto —dicen— ya yo acá me lo conocía. Es verdad que mil veces se habría tocado en las conversaciones en que ellos se hallaban la materia a que pertenece la máxima y nadie se la oyó ni cosa equivalente ni aun, si quieren confesar la verdad, pensaron en ello jamás. Pues ¿como esto? ¿Mienten cuando dicen que ya sabían aquello? No por cierto. No mienten, se engañan.

18. Es de advertir, que en estas circunstancias que son, digámoslo así, de la jurisdicción de todos los hombres, no hay verdad alguna, que no esté en algún modo estampada en los entendimientos de todos, por lo menos de aquellos que tienen el juicio bien puesto y son dotados de una buena razón natural. pero muy desigualmente según la desigualdad que hay en los mismos entendimientos. En unos está estampada con claridad y distinción; en otros confusamente y como en bosquejo; en unos pintada con toda perfección; en otros amagada sólo en un rudo diseño; en unos tan brillante, que gozan de lleno su luz, y aun la pueden participar a otros; en otros tan cubierta de sombras, que ni aun la perciben para sí, teniéndola dentro de sí mismos. Cuando, pues, estos segundos leen aquella verdad o la oyen a alguno que la goza claramente, la luz que éste les da disipa aquellas sombras que se la ocultaban, y entonces, viendo la verdad dentro de su propio entendimiento, quedan muy huecos con la presunción de que aquello ya se lo sabían; y de aquí infieren que su alcance no es inferior al de aquel que los alumbró.

19. ¡Oh, qué engañados viven éstos! Ahí es nada la diferencia. Apenas hay otro exceso sustancial de un entendimiento a otro, sino el de entender

aquél con claridad lo que éste percibe sólo confusamente. Corren parejas en esto la vista corpórea y la intelectual. Si de dos sujetos, que tienen a igual distancia de sus ojos un mismo objeto, uno le ve con claridad y otro confusamente, no dudamos en pronunciar que la vista de aquél es buena y la de éste corta. La misma desigualdad subsiste entre dos entendimientos, de los cuales uno entiende con claridad, otro con confusión el mismo objeto que está a igual distancia de entrambos; esto es, que en orden a su inteligencia no haya tenido más estudio o enseñanza uno que otro.

§ VII

20. Suelen los que alcanzan menos equivocarse, transfiriendo esta desigualdad de la facultad intelectiva a otra distinta; esto es, concibiendo que solo es claridad de explicación lo que es claridad de inteligencia. Así les parece que toda la ventaja que hay de parte del otro, es la de explicarse mejor. Pero lo primero, yo me imagino que la ventaja de explicarse mejor viene por la mayor parte de la de entender mejor. De dos pintores, que igualmente sepan el uso de los colores para pintar, pero sean muy desiguales en la claridad de la vista, si tienen un mismo objeto a tal distancia (aunque la supongo igual respecto de entrambos) que el uno le vea muy claramente y el otro con mucha confusión, aquél le pintará muy bien y éste muy mal. Y esto, ¿por qué? No más que porque aquél le vió muy bien y éste muy mal. Ahora bien: con las voces pintamos lo que entendemos. El uso de las voces igualmente le saben los que tienen igual crianza, estudio y ejercicio en el lenguaje. Con todo, vemos que tal hombre que ha tenido igual y aun más escuela en el lenguaje que otro, no explica algunos objetos que tiene en la mente tan bien como éste. ¿Por qué? Porque, aunque entrambos saben el uso de las voces, que son los colores que sirven a pintar los conceptos, aquél pinta mal el objeto, porque con los ojos del entendimiento le ve mal, esto es, confusamente; y éste le pinta bien, porque le ve bien.

21. Y para quitar toda duda en esta materia, pregunto: ¿cuándo uno, oyendo a otro, dice que se explica admirablemente y le concede en esta parte una gran ventaja, no le entiende prontamente todo lo que dice? Sin duda, y aun por eso alaba su explicación: luego sabía antecedentemente el uso y significación de todas las voces, con que el otro se explicó; por consiguiente, en esta parte están iguales. Luego toda la desigualdad viene de entender éste mejor que aquél. Generalmente digo que como posea bien el lenguaje, cualquiera que se explica bien a sí mismo alguna cosa, se la explica bien a otro, y no puede explicarla bien a otro, quien no se la explica bien a sí mismo.

22. Lo segundo digo, que en el caso en que estamos, es claro que no sólo falta la explicación, mas también el conocimiento. El que al oír un nuevo concepto, cuya verdad percibe al instante, juzga que aquello ya se lo sabía sólo porque entonces se le aclara en la mente una oscura idea del objeto que tenía encerrada en ella, es manifiesto que se engaña. Tenía la especie, pero sin uso. Tenía la idea, pero escondida aún al mismo depositario de ella. Faltábale al sujeto, no sólo la explicación externa del objeto, más también la interna. No sólo no se exprimía en los labios, mas ni aún en la mente. Dé, pues, las gracias al que con su luz le sacó aquella idea de la oscuridad en que yacía y su cultivo hizo fructificar aquella semilla sepultada.

§ VIII

23. Hasta aquí hemos discurrido en orden a los entendimientos cortos. De parte de los excelentes concurren los mismos principios para que se engañen en el concepto que hacen de sí mismos; no, a la verdad, en juzgarse ex-

celentes, pues siéndolo realmente, en esto no hay engaño, sino en pensar que su excelencia está colocada en más alto grado que el que realmente ocupa. Para entender que ello es así, no hay sino volver los ojos a los escritores más insignes de todos tiempos. Estos sin duda hacían concepto de que acertaban en cuanto escribían, pues si de alguna parte de lo que escribieron no hiciese ese concepto, no hubieran escrito esa parte. Sin embargo, ninguno fué tan feliz, que, según el común sentir de los sabios, no haya errado en algunas cosas: luego se estimaban en más de lo que eran. Ni vale responderme que acaso ellos acertaron en todo, y el yerro está de parte de los críticos, que hallan que censurar en sus obras. No vale, digo, lo primero, porque la razón natural dicta que nadie debe ser admitido por juez en propia causa. Así no debemos estar al juicio que los autores hicieron de sus obras, sino al que hacen otros, en quienes se supone alguna aptitud para juzgarlas. Lo segundo, porque aunque concedamos que alguno de aquellos autores deba preponderar en el juicio de sus obras al de otro cualquiera crítico tomado en particular, mas no al común sentir de todos o casi todos, por ser mucho más verisímil que se engañe uno, por excelente que sea, en causa propia, que muchos, aunque inferiores, en la ajena.

24. Hácese más visible esto, particularizando la reflexión hacia los antiguos filósofos. Y no consideremos entre éstos sino aquellos a quienes el consentimiento universal da la primacía del ingenio: Platón, digo, y Aristóteles. ¿Qué duda tiene que fueron estos dos entendimientos admirabilísimos? A cada paso se encuentran en sus obras rasgos que demuestran una sublimidad y penetración prodigiosa. ¿Pero quién negará que también se tropiezan grandes borrones en sus escritos? Muy lejos estaban ellos de pensar que lo fuesen; antes bien, acaso presumieron elevarse más sobre los demás mortales, donde erraron más torpemente y donde más importaba acertar, que fué en el concepto de la divinidad. Entrambos desbarraron aquí enormemente, aunque por diferentes caminos. De todo lo dicho parece debe concluirse que universalmente todos los hombres aprecian el propio entendimiento más de lo justo.

§ IX

25. Hemos probado el asunto. Pero no es razón ocultar dos objeciones que se nos pueden hacer: la una metafísica, la otra experimental y práctica. La primera se funda en la máxima filosófica de que el entendimiento es reflexivo sobre sí mismo; de donde parece se infiere que puede conocer y medir su propio tamaño. Por lo menos esta máxima anula la paridad propuesta arriba entre la vista corpórea y la intelectual, de que como los ojos corpóreos no se ven a sí mismos, tampoco el entendimiento, pues éste es reflexivo sobre sí mismo y aquéllos no.

26. Concedo que el entendimiento es reflexivo sobre sí mismo y sobre sus actos. Pero, ¿esto prueba que acierte en todas las reflexiones que hace a este asunto? En ningún modo. Si fuese así, ningún entendimiento dejaría de conocer sus yerros, porque con hacer un acto reflejo sobre el directo (que suponemos errado), conocería el error y le enmendaría. Lo comunísimo es que cuando el acto directo es errado, lo es también el reflejo. Es preciso que suceda así, si después de formado el directo no sobreviene al entendimiento alguna nueva luz en orden al objeto, porque los mismos principios en que se fundó para formar el directo, subsisten para moverle a pensar por él reflejo, que aquél fué acertado. Y de aquí se deduce con evidencia que yerra también el entendimiento en la reflexión que hace sobre su propia capacidad, pues creyendo que acierta en muchísimos actos de conocimiento, en los cuales realmente yerra, precisamente ha de creer que su perspicacia intelectiva es mayor de lo que realmente es.

27. En cuanto a la paridad entre la vista espiritual y corpórea, confieso que no es adecuada, pero se salva en lo que es necesario para el asunto. He dicho que ni los ojos se ven a sí mismos, ni se ve a sí mismo el entendimiento. En esta segunda parte de la proposición se toma el verbo *ver* rigurosamente; esto es, en cuanto significa un conocimiento claro, y éste es el que yo niego tenga el entendimiento respecto de sí mismo.

§ X

28. La segunda objeción que se nos puede hacer, es, como dije, experimental. Vemos algunos hombres de bello entendimiento, los cuales, no obstante, sienten muy modestamente de su capacidad; de modo que bien lejos de hacerse merced, parece que ni aun la estiman según su mérito: luego no es universal el error de que tratamos.

29. Respondo que el asunto del antecedente admite algunas grandes limitaciones. La primera es que los más de los que parecen sienten modestamente del propio entendimiento, no exprimen lo que sienten. Es afectada su modestia, a fin de granjear con esa afectación un nuevo aplauso, seguros de no perder por ella ni rebajar el concepto que los demás han hecho de su capacidad. La segunda es que esos mismos que realmente sienten con moderación de su talento, forman ese concepto moderado, no en orden a aquella más esencial y primitiva facultad intelectiva, que consiste en juzgar rectamente (y respecto de quien únicamente constituímos el error universal), sino en orden a otras menos sustanciales que hemos expresado arriba. La tercera excepción es de los santos, los cuales sin duda, en orden a todas sus facultades, forman un concepto humilde y aun inferior al justo. Pero esto proviene de una gracia especialísima, con que Dios los favorece, lo que no es del caso para nuestro intento, pues aquí hablamos de lo que siente el hombre de sí mismo, dejando a las fuerzas naturales del propio juicio, y prescindiendo de los auxilios preternaturales de la gracia.

30. Finalmente decimos que permitido que haya uno u otro sujeto rarísimo, el cual por ser extraordinariamente reflexivo haga concepto justo, perfecto y adecuado de su entendimiento, esto no obsta a la verdad de nuestra máxima, pues no pretendemos con todo empeño que el error de que tratamos sea universal metafísicamente. Bástanos que lo sea moralmente; y la universalidad moral no se falsifica por la excepción de uno u otro particular entre millares de millares de individuos.

§ XI

31. Ya que hemos descubierto esta enfermedad general del linaje humano, ¿podremos hallarle remedio? *Rem difficilem postulasti.* Gran beneficio haría al mundo cualquiera que nos descubriese algún específico para curar esta dolencia, pues de ella nacen varios síntomas perniciosísimos a la sociedad humana. De la presunción del propio entendimiento vienen tantas altercaciones, tantas furiosas disputas, que turban las conversaciones y los ánimos, y suelen parar en injurias, mientras satisfecho cada uno del propio talento, a todo trance quiere que valga su dictamen. De la presunción del propio entendimiento viene que tantos necios que ignoran disimular su vanidad, sean fastidiosos con ella a los demás hombres. De la satisfacción del propio entendimiento vienen tantas murmuraciones, tantas quejas contra el gobierno y contra todo género de gobiernos, donde el inferior, sin estudio y sin práctica, pretende corregir todas las operaciones y designios del príncipe, del ministro y del prelado, llegando esto a tal punto de ridiculez, que tal vez el eclesiástico más retirado del mundo censura con confianza suprema cuanto se dispone en el gabinete y cuanto se obra en la campaña. De la satisfacción

del propio entendimiento viene en infinitos, que profesan la obediencia, una obediencia violenta, que les estraga el mérito y desasosiega la vida, siendo muy difícil que ejecuten con gusto lo que imaginan ordenado sin acierto. De la satisfacción del propio entendimiento viene en gran parte la reinante pestilencia de la ambición, porque el que se juzga con capacidad superior para el mando, ardiente aspira siempre a ocupar la silla. De la satisfacción del propio entendimiento vienen los atrasos de la República Literaria en todas las facultades, porque, empeñándose necios osados en impugnar lo que discurren modestos entendidos, dejan dudoso al público quién tiene razón, y aun muchas veces hacen creer que la tienen ellos, porque para persuadir a los que no entienden las cosas, suele conducir más el orgullo que el ingenio. Sería muy prolijo, si quisiese referir todos los demás males que ocasiona al mundo este error universal.

32. Sería yo sin duda uno de los más achacosos de esta general dolencia, si presumiese haber discurrido eficaz remedio con que curarla. Sin embargo, propondré al público uno de propia experiencia, con alguna confianza de que el que quisiere usar de él, ya que no se cure perfectamente, podrá mejorar mucho.

33. En esta enfermedad más que en otra alguna de cuentas trata la Medicina de los cuerpos, se verifica el famoso aforismo *Cognitio morbi, inventio est remedii.* El que conoce en sí mismo esta enfermedad, ya está curado de ella. Pero en conocerla está la dificultad. Aunque el entendimiento es reflexivo, no alcanzan, como hemos probado, sus reflexiones a ver la limitación o defectos del propio juicio. Pues, ¿cómo podrá verlos? Como ven los ojos corporales los suyos, no en sí mismo, sino en un espejo, que por reflexión se los presente. Mas, ¿dónde está este espejo milagroso? Hay innumerables en el mundo. Los entendimientos de todos los demás hombres son otros tantos espejos, donde cada uno puede ver la imperfección del suyo. Ya he dicho que este remedio es de propia experiencia. Explicaré cómo uso de él, para instruir en el modo de aplicársele a los que quisieren gozar del mismo beneficio.

34. Quando el aire de la vanidad me infla el espíritu con la aprehensión de que logro algunas ventajas sobre otros en discurrir con agudeza y juzgar con rectitud, vuelvo los ojos a innumerables hombres, que he visto altamente poseído de la misma aprehensión, los cuales sin embargo yo conozco con perfecta claridad que piensan de sí mucho más de los que son. Pues si ellos —digo yo entonces hacia mí— se engañan en el ventajoso concepto que hacen de su entendimiento, ¿por qué no podré engañarme en el que hago del mío? Yo los he visto profundamente persuadidos a que discurrían con acierto en mil ocasiones, en que yo palpaba su error. Si aquella persuasión, aunque tan firme, era engañosa, ¿por qué no podrá serlo la mía, cuando de mis discursos hago el mismo juicio? ¿Qué testimonios tengo yo de que acierto, los cuales no tengan ellos del mismo modo? ¿Qué otra prueba hay de mi parte, más que un acto reflejo que hago, el cual me representa ser recto el juicio que antecedentemente hice en orden al objeto? Este mismo acto reflejo hacen los otros y también les representa recto el juicio que formaron. Digo que no hay otra prueba, pues aun cuando la materia es tal, que puede reducirse a disputa, se para en alguna proposición, la cual ellos juzguen falsa y yo verdadera o al contrario; y de allí no se puede adelantar cosa de sustancia. Fuera de que las ventajas, que se logran en el argumento, nada se infiere a favor de las ventajas del juicio, pues a cada paso sucede que a uno, que juzga rectísimamente de las cosas, le atorolla otro del entendimiento menos claro, pero más ágil y más tramposo. con sofismas. Conque hecha análisis de todo lo que hay en la materia, todo viene a parar de parte mía en aquel dictamen reflejo

de que yo he mirado las cosas a mejor luz. Pero este mismo dictamen reflejo está también de parte de los otros con igual firmeza. Luego, como el suyo es engañoso en muchas ocasiones, puede serlo también en muchos el mío. este es el espejo en que yo miro mi entendimiento. Qualquiera puede mirar en el mismo suyo.

§ XII

35. Confieso, no obstante, que este remedio, si no se le añaden los ingredientes de otras reflexiones, no alcanzan a curar a todo género de sujetos. Hay algunos que juzgan no habla con ellos el desengaño propuesto, por tener fundada en mejor finca su presunción. Hablo de los que se ven aplaudidos y oyen resonar sus alabanzas en las bocas de otros muchos. Verdaderamente ésta es una gente difícil de conquistar, porque sustenta en algún modo su vanidad a costa del público y tiene atrincherada la satisfacción propia tras de la estimación ajena. Si alguno se empeña en combatir su opinión, todo el pueblo les sirve de muro; tal vez toda la provincia y todo el reino; porque dicen entonces que el concepto que hacen de sí mismos, es el concepto mismo que de ellos hacen los demás; así no es su capricho propio, sino la voz pública, quien los persuade las ventajas de su entendimiento.

36. Con todo, también para estos daremos receta, la cual consiste únicamente en ladear un poco el espejo hacia la circunstancia misma que nos proponen a su favor. ¿Veste aplaudido, diré a cualquiera de éstos. Está bien. Pero, ¿te aplauden todos? Vives muy engañado si lo piensas, ni aun creo que lo pienses. No hubo hasta ahora hombre que gozase tal dicha. Ves los aplausos y no los vituperios, porque aquéllos te buscan por la frente, éstos por las espaldas. Es imposible que tu entendimiento parezca bien a todos, porque son muchísimos los que juzgan de las cosas muy diferentemente que tú, y éstos necesariamente piensan que yerras a cada paso. Siendo, pues, cierto, que unos te aplauden y otros te desestiman, ¿de qué sabes que tienen razón aquéllos y no éstos? Parecerante acaso aquéllos los más discretos. Este es el lazo en que caes. Pero repara en los demás hombres, y verás que siempre tienen por los más discretos aquellos que se conforman con su opinión. Pues los ves engañar a cada paso en este concepto, ¿por qué no podrás engañarte tú en el tuyo? Mas pasemos adelante. Doy que todos te aplaudan, o, por lo menos, que te aplaudan todos los entendidos o discretos. Pregunto: ¿hasta qué grado te aplauden o en qué altura colocan tu entendimiento? ¿Confiesan, por ventura, que en todo aciertas? Sin duda que no, y a la vista tienes la prueba, pues muchas veces impugnan tu dictamen en orden a varias cosas y son de contraria opinión. Luego tú, que juzgas que siempre aciertas, adelantas tu vanidad mucho más allá del término adonde llega la ajena estimación. Rebaja, pues, de tu presunción, hasta colocarte el grado donde te ponen los que te aplauden.

37. Pero lo peor es que aún tienes mucho más que rebajar, Has de rebajar de los mismos aplausos lo que añade la cortesanía, lo que la hipérbole, lo que la adulación. Rarísimo es el sujeto que elogiando a otro en su cara no engrandezca el panegírico algunos palmos sobre lo que tiene en la idea. Muchos son naturalmente exagerativos así en lo que aprueban, como en lo que reprueban, y casi todos lo son en los elogios de sujeto presente, porque el deseo de agradar al elogiado es trascendente a todo elogiante.

38. Pero sobre todo te encargo que defiendas con suma vigilancia tu juicio de los asaltos de los dependientes porque te le corromperán sin duda, si los crees. Una cosa bien notable voy a decirte. En el discurso de mi vida he visto ascender a innumerables hombres de inferior a superior fortuna. A muchos de éstos traté bastantemente en uno y otro estado. Asegúrote con tod

·rdad, que en todos ellos, todos, sin ·ceptuar alguno, conocí con entera ·rteza mucho mayor presunción de l propia capacidad después de eleva·s que la que tenían antes de su ele·ción. ¿En qué consiste ésto, sino en ·e creen a tantos aduladores, cuantos ·n los dependientes? Ayer que ya·n en fortuna humilde, nadie aplau·e su entendimiento. Hoy a cada mo·ento les repiten que tienen un genio ·berano, una comprehensión prodigio·, una prudencia consumada. Cuando ·s oyen hablar de chanza, celebran, ·mo sazonadísimos sus chistes; cuan·, de veras, todas son sentencias dig·s de estamparse en mármoles, los ·oran como ídolos y los escuchan ·mo oráculos. Conque los pobres, ce·dos del humo de los inciensos, si an·s erraban mucho, ahoran yerran mu·o más, porque persuadidos a que · inteligencia es muy superior a la · los demás hombres, sólo su capri·o toman por regla por todo; y en·anto, los mismos que públicamente · veneran como prudentes, y sabios ·ultamente los desprecian como estó·los y ridículos. ¡Ay, míseros de ellos, · dando otra media vuelta a la rueda · la fortuna, los precipita a la bajeza · que antes estaban! Entonces se re·a el aplauso y sale al público el ·uperio.

39. Tengo noticia de un religioso, quien habiendo ascendido sin mucho ·érito a una de las más estimadas pre·ías de su Orden, muchos súbditos ·yos le trastornaron enteramente por ·e camino, porque conociéndole de ·nio intrépido y duro, no hallaban ·o arbitrio para mitigar su ira o ga·r su afecto sino adularle, exagerando · cada paso el gran talento que Dios · había dado. Tragábaselo el cuitado, · sobre ese supuesto rajaba, hendía, ·aba y desataba, sin consultar otro ·tendimiento más que el suyo. Aca·se el tiempo de la prelacía, y se vió ·lucido al mismo estado en que antes · hallaba. Entonces, los mismos que ·tes le adulaban, sin mucho rebozo · daban a entender que cuanto hablaba y discurría era un continuado desacierto. Entonces, aunque con tardo desengaño, cayó en la cuenta, y con triste y desconsolado gracejo decía a los que le improperaban: *¿Es posible que tan tonto soy? Pues, padres míos, ¿no me dirán adónde se fué aquel grande entendimiento que yo tenía mientras fuí prelado?* No sé lo que respondían ellos. Yo le respondería que había venido con la prelacía y se había ido con la prelacía, como sucede a otros muchos, y que se quejase de sí mismo, pues no le habría causado daño alguno la adulación si no se hubiese puesto de parte de ella su credulidad.

40. Mírense, pues, los que ocupan puestos donde tienen dependientes, en el espejo de éste y de otros muchos. Ninguno dejará de conocer a algunos de bien corta capacidad, los cuales están persuadidos a que la tienen admirable, sólo porque se lo intima así la adulación. Dígase, pues, cada uno a sí mismo: ¿Por qué no podrá sucederme a mí lo que veo sucede a éste, a aquél y al otro? ¿Por qué no podré yo estar engañado como lo están ellos?

41. Esta lección sirve para infinitos de inferior fortuna, si quieren aprovecharse de ella. Vuelven muy huecos a su casa o a su celda, éste que acaba de presidir un acto en el aula, y aquél que acaba de orar en el templo. ¿Y ésto, por qué? Porque al pie de la cátedra y del púlpito recibieron mil enhorabuenas. ¡Oh incautos! ¿No habéis visto a algunos, a quienes reputáis casi del todo incapaces para uno y otro ministerio, recibir otras tantas en las mismas circunstancias? Diréis que aquéllas fueron dictadas de la cortesanía y éstas de la verdad. Pero también los otros se hacen esa merced a sí mismos, y unos y otros sois jueces incompetentes, porque juzgáis en causa propia.

42. ¡Oh, mortales! Con todos habla la sentencia: *Nosce te ipsum*, estampada en las puertas del templo délfico. Con todos hablan estos avisos del *Teatro Crítico.*

TOMO VIII

TEATRO CRITICO

)edicatoria que hizo el autor al Sr. D. Francisco Javier de Goyeneche, Caballero de la Orden de Santiago, Decano lel Real Consejo de Indias, Marqués de Belzunce, señor de as Villas de la Olmeda, del Nuevo Bastán, de Illana, de Saceda, etc.

Dijo un famoso crítico moderno que ·ra más fácil formar un libro que una ledicatoria. Daba la razón, que en la nultitud de dedicatorias que ha habilo, están apurados cuantos modos hay le elogiar: de modo, que ya parece im- oosible formar panegírico nuevo o que no se roce con alguno de los que han precedido. Mucho tiempo tuve esta sentencia por más graciosa que verdalera. Mi experiencia me bastaba para ludar de su solidez, porque, en efecto, llevando ya estampadas nueve dedicatorias, no pienso que en alguna de ellas me haya copiado a mí mismo ni a otro algún autor. Mas, en fin, ya llegó el caso, señor Marqués, de verme puesto en el empeño de una dedicatoria, en que no puedo decir cosa alguna de nuevo, en que, o he de callar o repetir. Notable apuro para un autor. Dediqué el V tomo de mi Teatro al gran padre de V. S. el señor D. Juan de Goyeneche; y en la dedicatoria, por cumplir con el estilo que ya hizo preciso en este género de escritos el elogio, definí, según mi cortedad, aquella alma incomparable, aquel espíritu en quien se apuró lo sublime, aquel ánimo de todos modos excelso. Aquí entra mi presente embarazo. Definido el padre, ¿qué he de decir del hijo? Si en nada es diverso el objeto, ¿cómo lo ha de ser el panegírico? En la pintura de las almas, como en la de los cuerpos, si no hay discrepancia alguna en los originales, preciso es usar de los mismos colores y tirar los mismos rasgos. En este estrecho me veo, habiendo de pintar a V. S., después de pintado su padre, pues de los dos puedo decir con plauto in Menaechmo:

Namque ego hominen homini similiorem
numquam vidi alterum.
Neque aqua aquae, nec lac est lacti, crede
mihi, usquam similius.

Cuando contemplo ese ánimo franco, ese corazón benéfico, ese semblante apacible, esa discreción portentosa, esa índole noble, ese dulcísimo agrado, apenas ni la lógica, ni la filosofía me prestan bastante luz para distinguir el alma de V. S. de la de su gran padre. Tanta es la semejanza, que logra visos de identidad. Y si antes de pasar aquel prodigioso hombre a mejor vida, no hubiese visto el mundo brillar en V. S. las sublimes virtudes que le hacen perfectísima copia suya, sería V. S. la tentación más fuerte que hasta hoy se vió en el mundo, para creer la transmigración pitagórica.

Acaso habrá quien eche de menos en V. S. la aplicación de su gran padre a enriquecer esta monarquía por medio de las manufacturas y el comercio. Pero grave inconsideración será no advertir que, animado del mismo celo, y lo mismo que sobre este punto importan-

tísimo hizo el grán padre de V. S. con la obra, ejecutó V. S. con la pluma. La traducción del libro intitulado Comercio de Holanda, y las bellas reflexiones con que, para aprovecharse del libro, previno V. S. al lector, es una obra, que, en orden a la utilidad pública, puede emular todas las de su gran padre. La instrucción que con este libro dió V. S. a España para el comercio, vino a ser una aurora boreal de otra especie, pues en él recibió nuestra Península las primicias de luz que necesitaba, traídas del Norte por mano de V. S.

Suponiendo a V. S. perfectamente semejante a su gran padre, le contemplo en la mayor elevación a que puede ascender mi discurso. Si acaso cabe más en esta clase de heroísmo, a este más no llega mi idea. El que fuere superior al gran padre de V. S. en el mérito, estará más allá de cuanto puede avanzar mi imaginación. Así estoy bien lejos de tributar a V. S. aquel elogio con que Ovidio aduló a Augusto, diciendo que su padre adoptivo el gran Julio desde el Cielo, donde le suponía glorioso, se complacía de verse excedido del hijo:

> ... natique videns benefacta, fatetur
> esse sui maiora, et vinci gaudet ab illo.
> (*Metam*, lib. 15)

Celebrarán otros en V. S. el abultado cúmulo de noticias históricas y políticas que ha adquirido, ya en la lectura de los libros, ya en su voluntaria peregrinación por varias cortes y reinos de Europa; el conocimiento y uso perfecto de cinco diferentes idiomas; el diestro manejo de las armas, sobre todo de aquella cuyos aciertos dan esplendor y vanidad aun a los príncipes; el primor con que tañe varios instrumentos músicos, dando nuevo lucimiento a su armonía el dulce y reglado consorcio de la voz; la feliz, y pronta ocurrencia de dichos festivos y agudos; la extensión del ingenio a las amenidades del Parnaso, prenda en que la parsimonia del ejercicio hace más admirable y juntamente más recomendable la excelencia en el uso. Digo que celebrarán muchos en V. S. estas y otras nobles partidas que le adornan. Y no dudo yo que el conjunto de ellas basta para hacer brillante y admirado a un caballero en la más populosa y culta corte del mundo. Sin embargo, afirmo que todas estas bellas prendas, comparadas con las otras sublimes cualidades, que representan en V. S. el heroico espíritu de su gran padre, se oscurecen, se anublan, se asombran, como a la vista del Sol las más lucientes estrellas: que siempre la mayor luz es sombra de la menor.

Fué proverbio de la antigüedad heroum filii noxae, para denotar que, comúnmente, los hijos de los hombres grandes degeneran. Con todo, aun entre los antiguos padeció el adagio muchos sectarios de la opuesta sentencia: Fortes creantur fortibus et bonis, dijo Horacio, y Marullo:

> Scilicet est olim vis rerum in semine certa,
> et referunt animos singula quoeque patrum.

Es cierto que de todo se ha visto mucho Pero estoy persuadido a que en los que degeneraron, no vino el dañ de la índole, sino de la educación, por mejor decir, de la falta de ella Los que llamaron héroes los antiguos unos hombres entregados entera y únicamente a procurar o por las arte políticas o por las armas, ya la glo ria propia, ya la grandeza de la patria De todo lo doméstico descuidaban Deslumbrados con el resplandor d asuntos grandes, despreciaban como em pleo de almas vulgares la educación d los hijos. ¿Qué resultaba de aquí? L que es natural que resultase. No te nía los hijos otra regla de sus accione que el desordenado ímpetu de la eda juvenil. De parte del padre no les ve nía corrección alguna, y la elevació del padre impedía toda otra corrección La República, en atención a su mérito no los castigaba; a los particulares con tenía el miedo de su grandeza para re batirlos. Así tal vez, los que, si hubie ran nacido de un hombre nada ilustre no serían malos, por ser hijos de u

sujeto esclarecido saldrán malísimos. Si los antiguos héroes poseyesen el heroísmo en el grado que don Juan de Goyeneche, no quedarían sus hijos expuestos a la nota de aquel infamante adagio. Otra vez lo digo y lo diré otras mil veces: sólo don Juan de Goyeneche fué para todos y para todo. ¿Cómo quien fué para todos olvidaría a los propios hijos? ¿Cómo quien fué para todo descuidaría en el cumplimiento de una obligación tan principal en la ética y política, como es la educación de ellos? Así en efecto atendió a la de V. S y con tanta diligencia como si no pensase en otra cosa. Lo que yo en esta parte admiro es, que venciendo las ternuras del amor paterno concurriese a mover a V. S. a la ausencia dilatada que hizo de estos reinos, para que en los extraños recibiese toda la cultura de que era capaz su grande espíritu. Admiro aquella resolución, porque fué una arduísima victoria del amor propio. Con todo (¿atreveréme a decirlo? sí) dudo de si fué afectada. Es cierto que si yo me hallase al lado de V. S. cuando estaba preparándose para aquel gran viaje, procuraría detenerle, aplicando al caso la famosa sentencia, que, según refiere Luciano, dijo el escita Toxaris a su compatriota el filósofo Anacharsis. Había tiempo que estaba Toxaris en Atenas, cuando arribó a aquella ciudad Anacharsis, deseoso de prefeccionar su espíritu con el trato de los sabios de Atenas y de toda la Grecia; y sabiendo su ánimo, le condujo inmediatamente a Solón, aquel insigne hombre, que fué el mayor ornamento de su patria y de su siglo: y puesto en su presencia le dijo a Anacharsis: viso Solone, omnia vidisti, hoc sunt Athenae, hoc est ipsa Graecia. En este mismo tenor me explicaría yo con V. S. si le viese cuando disponía su marcha a las naciones extranjeras. ¿Para qué es, señor, esa peregrinación? Visto a su padre, todo lo tiene visto V. S. En este hombre solo está recopilado cuanto para instruir y perfeccionar el ánimo, puede V. S. ver en los demás reinos de Europa. ¿Para qué salir de su casa, quien dentro de ella tiene una escuela universal? En don Juan de Goyeneche están incluídas, juntamente con la fe española, la política romana, la sinceridad flamenca, la policía francesa, la constancia alemana, el valor angélico, la habilidad bátava, la generosidad sueca: en fin, todas las virtudes intelectuales y morales, cuyos ejemplares va V. S. a buscar en otras regiones. Este es el Solón del prsente siglo, de de quien se puede con toda verdad decir lo que del otro dijo Demóstenes: Solonis, et viventis, et mortui summa gloria extitit. Así, señor, viso Solone omnia vidisti. Y no dudo yo, señor Marqués, que el finísimo oro de la noble índole de V. S. haya recibido más preciosos esmaltes del ejemplo y escuela paterna, que de cuantos documentos teóricos y prácticos pudo estudiar su observación en los reinos extraños.

Siendo V. S. copia tan perfecta de su glorioso padre, está patente el motivo de dedicarle este tomo, que es tributar a la imagen el mismo culto, que antes di al prototipo. Esto podrá disculparme con V. S., si acaso he mortificado con mi panegírico su modestia: pues bien ve V. S. que yo no pude evitar la necesidad de explicar en la Dedicatoria el motivo de rendirle este obsequio. Dije si acaso, porque todavía me lisonjeo de haber descubierto rumbo para elogiarle, sin ofenderle, que fué mezclar las alabanzas de V. S. con las de su glorioso padre. Esto vino a ser imitar aquel primor de los músicos diestros, que mezclando oportunamente las voces disonantes, o falsas con las consonantes, suavizan la aspereza de las primeras con la dulzura de las segundas. Son para la modestia de V. S. disonantes las voces que elogian su persona, pero al mismo tiempo tan consonantes y dulces para su amor las que cantan las virtudes heroicas de su gran padre, que espero que la melodía de éstas temple la aspereza de aquéllas. Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años. Oviedo y abril 14 de 1736.

B. L. M. de V. S. su más rendido capellán y servidor.

Fr. Benito Feijoo

PROLOGO AL LECTOR

Ya sé que muchos meses ha estás clamando por este tomo, como si yo te lo debiera de justicia. Es menester, lector mío, que ambos tengamos un poco de paciencia, yo para tolerar tus vivezas, tú para sufrir mis demoras. Debes considerar que tú tienes un oficio muy descansado; yo muy trabajoso. El ejercicio de leer es fácil y breve; el de escribir, penoso y prolijo. Las plumas vuelan colocadas en las alas de las aves, pero no hay movimiento más perezoso que el suyo, puestas en las manos de los hombres. Cuando sepas (y ya vas a saberlo), que Paulo Manucio, escritor famoso, tal vez acababa por el otoño una Carta latina que había empezado por la primavera, dejando ordinariamente en las que escribía cuatro dedos de intervalo entre renglón y renglón para las correcciones que después le ocurriesen; que el célebre poeta Sannazaro gastó veinte años en pulir su poema de *Partu Virginis:* y que el discreto conde Manuel Tesauro cuarenta en componer su libro *de Ingeniosa Eloquutione*, ya no me acusarás de muy tardo. Si sobre esto consideras que sigo senda más difícil que otros escritores, ligado en lo general de la obra a una idea nueva, pero variando los asuntos a cada paso, y que en la mayor parte de ellos, y aun en casi todos, camino sin más luz que la del propio entendimiento, acaso me tendrás por más veloz.

No ignoro un motivo especial de la impaciencia con que deseas la más pronta producción de mis obras, y es librarte de la magnanimidad de los émulos que a cada paso te están rallando los oídos con la impertinencia de que no tienes que esperar más tomos del *Teatro Crítico*, que ya se acabó mi caudal, que ya se consumieron todos los materiales que tenía. ¡Válgate el diablo por envidia (pues Dios no puede valerte), y qué terca que eres! Esta cantilena ya ha mucho tiempo que empezó. Luego que salió a luz mi primer tomo, un dotor venerando, a quien haya perdonado Dios los efectos de su tétrica condición, desahució al *Teatro Crítico* de la prosecución de *su vida*, y con gran satisfacción dió este pronóstico a la estampa, como que tenía bien averiguado que todo el húmido radical de mi pobre discurso se había consumido en aquel tomo. Después acá, así como fueron saliendo luz los demás tomos, a cada uno fueron echando otros sucesivamente el mismo fallo. Ello es preciso, que continuando en adelante el pronóstico, alguna vez acierten, que es lo que decía Séneca de los astrólogos de su tiempo, que como para todos los años y para todos los meses pronosticaban la muerte del emperador Claudio, alguna vez había de salir el fallo verdadero.

Lo que estos maliciosos adivinos solicitan, es que entiendan los que los oyen que cuanto llevo escrito es poca cosa, si no prosigo, y en cualquiera parte de la carrera que pare, procurarán persuadir al mundo que ha sido breve mi curso literario. Es cierto que ni ahora ni jamás diré lo que César, cuando en la tempestad que padeció transitando de Grecia a Italia, considerando cercana su muerte y con ella cortado el curso a sus victorias, le consolaba su jactancia con la grandeza de sus pasadas empresas (1).

... Licet ingentes abruperit actus
festinata dies fatis, sat magna peregi.

Conozco el corto valor de lo que hasta aquí he trabajado y que nunca tendrá mucho todo lo que en adelante puedo trabajar, pero quisiera que los que pretenden ser poco lo que llevo escrito, hicieran siquiera, no digo otro tanto, sino la séptima parte. Tengo impresos siete tomos del *Teatro Crítico* pues la materia es tan dilatada com[o]

---

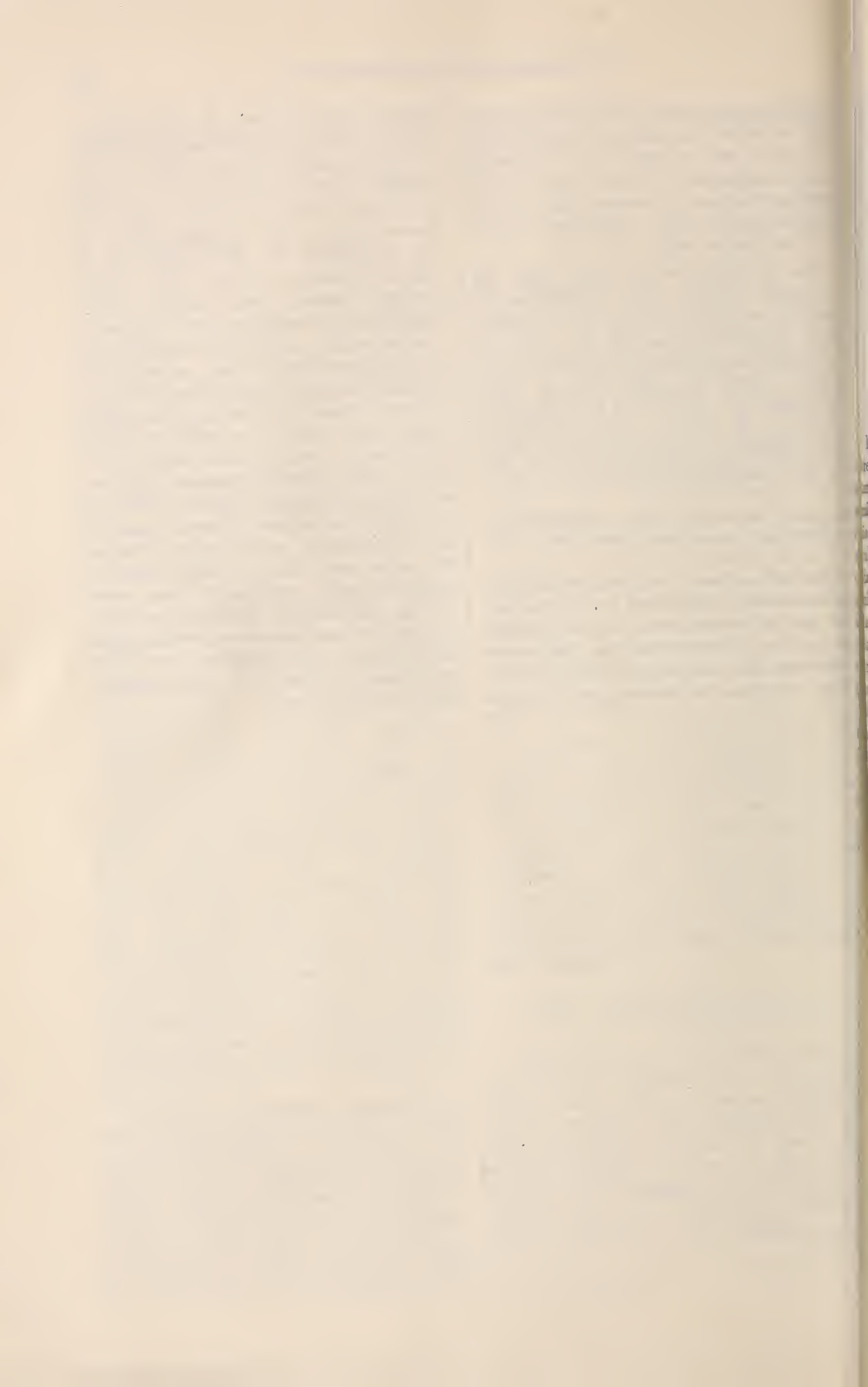
(1) *Lucan.*, lib. 5.

ellos quieren significar cuando insinúan que es poco lo trabajado hasta aquí, saquen a luz un tomo por lo menos, que comprehenda alguna parte de lo mucho que resta, y veremos cómo lo recibe el público; que no les estará mal, si él lo recibe bien.

Sin intento previo, y aun contra mi habitual designio, fué insensiblemente resbalando hacia esta queja la pluma, pues mucho tiempo ha que estoy en el constante propósito de observar como norma de mi proceder literario aquel emblema de Alciato, de la Luna, que prosigue su curso serena, insensible a los disonantes aullidos del perro, que la está ladrando importuno.

Et latrat, sed frustra agitur vox irrita ventis,
et peragit cursus surda Diana suos.

Dejando, pues, inútiles invectivas y permitiendo que ladren los perros hasta que se desgañiten, voy a hacerte, lector una advertencia que juzgo conveniente. En el discurso III, § V refiero y refuto la extravagante opinión de un autor moderno, de que dan noticia las *Memorias de Trevoux* del año de 1733, artículo 88, en orden al origen del color de los etíopes. No habían aún llegado entonces a mis manos las *Memorias* del año siguiente. Poco ha que las recibí. En el artículo 33 de ellas está inserto un escrito del P. Tournemine, jesuíta, bien conocido en la República Literaria por sus muchas y eruditas obras, donde con pruebas concluyentes muestra la clara oposición de aquella sentencia con lo que nos enseña la Escritura, en que hay poca diferencia de lo que yo escribo en el lugar citado: pero no debo omitir la noticia que da y que yo ignoraba, del primer autor de aquella opinión. Este fué el inglés Guillermo Wiston, autor no sólo protestante, mas también escritor de varias extrañas paradojas, que le hicieron pasar por hereje, aun entre los mismos herejes. Sabiendo que desciende de tan ponzoñosa fuente aquella doctrina, comprehenderás más bien el horror y desprecio que merece. *Vale et ora pro me.*



LO MAXIMO EN LO MINIMO

Discurso primero

§ I

1. El poder y el arte de los hom- res se han hecho admirar en dos dis- ıntísimos extremos: el poder en lo ıás grande, el arte en lo más peque- o. Las pirámides, los obeliscos, los olosos, los palacios mayores que ciu- .ades, los templos superiores en mag- ificencia a los palacios, las torres ému- as de la altura de las nubes, fueron os últimos esfuerzos del poder. Los ex- remos del arte buscaron el extremo puesto, ostentando sus primores en o mínimo. La suprema delicadeza de lgunos artífices dió grandes objetos l entendimiento, en los que por su equeñez apenas podían serlo de la ista; y tanto aumentó los aplausos, uanto disminuyó el tamaño de las bras.

2. Dijera yo que el mundo no se ıjustó mucho a la razón, cuando se de- .erminó a celebrar por sus mayores naravillas las pirámides de Egipto, el oloso de Rodas, el templo de Diana n Efeso, el mausoleo de Artemisia, el alacio de Ciro, los muros de Babilo- nia, el laberinto egipcíaco, la torre de Faro, la estatua de Júpiter Olímpico. Paréceme que en lugar de éstas o con preferencia a ellas, se debieran aplau- dir la carroza con cuatro caballos y el gobernador de ellos, que hizo Mirme- cides de marfil, tan pequeña, que todo lo cubría con sus alas una mosca; la nave del mismo Mirmecides, que ocul- taba con las suyas una abeja; las hor- migas de Calicratres, cuyos miembros no distinguían sino los de perspicacísima vista; la *Ilíada* de Homero incluída en la cáscara de una nuez, de que hace memoria Cicerón; éstas son maravillas de la antigüedad. De los dos últimos siglos el símbolo de los Apóstoles y el principio del Evangelio de San Juan, que Fr. Alumno, religioso italiano, escribió en espacio no mayor que el de una blanca; la representación de todos los pasos de la pasión de Cristo en madera, de Jerónimo Taba, sacerdote calabrés, que cabía en la cáscara de una nuez, del mismo una carroza de madera con dos personas dentro, el cochero que la conducía y dos bueyes que la tiraban, haciendo todo no mayor bulto que un grano de trigo; el principio del Evangelio de San Juan que se dice al fin de la Misa escrito por el caballero Spanucho, natural de Sena, sin abreviatura alguna y de primorosa letra, en pergamino no mayor que la uña del dedo pequeño; y la cadena de oro de cincuenta anillos aprisionando una pulga y haciendo todo el peso de tres granos no más, trabajada por un platero, natural de Amsterdam, que dice haber conocido Paulo Colomesio.

3. En esta ciudad de Oviedo hay otra maravilla de esta clase, nada inferior a la más prodigiosa de todas las expresadas. Consiste en treinta y cuatro cálices de marfil perfectamente labrados y tan menudos, que todos se contienen en una cajita redonda, igual por la superficie externa a un grano de pimienta y aún sobra hueco para otros diez o doce o más. Añádese la notable circunstancia de que cada uno de los cálices tiene una argollita también de marfil, de una pieza, que le ciñe por

la garganta y está suelta por toda la circunferencia. Es de mucho menor ámbito que el asiento del cáliz y que el labio de la copa. De modo que es preciso que argolla y cáliz todo se hiciese de una pieza: lo que aumenta en gran manera la dificultad. Vistos los cálices sin microscopio, sólo representan unos puntos blancos, sin especificar figura determinada. Aun vistos con microscopio, parece la copa más delicada que el cendal más sutil o que el más fino papel. Don José Miguel Heredia, caballero ilustre de este principado, dueño de esta alhaja, la recibió de mano de un extranjero, pero ignora quién fué el artífice.

4. Digo que con más razón debieran apellidarse maravillas del mundo estas exquisitas menudencias, que aquellas portentosas moles, cuya fábrica costearon las riquezas de muchos reinos. La mayor gala del arte es introducir en poca materia mucha forma, obrar con acierto las manos en lo que por su pequeñez resiste la dirección de los ojos. Elevemos ya esta máxima a más noble asunto.

§ II

5. El Criador de todo, el Supremo Numen, el Omnipotente, el Inmenso. el infinitamente Sabio e infinitamente Infinito, ostentó su poder y su arte con obras de una y otra clase en la producción de este Universo. En todo hizo brillar su omnipotencia y su sabiduría, pero más sensiblemente su poder en lo más grande, su arte en lo más chico.

6. ¿Quién al mirar con reflexión esa portentosa máquina de cielos y astros, no se llena de estupor? El globo de la tierra, que nos parece tan grande, es, respecto del globo celeste, menos que un átomo comparado con un monte. ¿Qué distancia hay de la tierra a la Luna? Noventa mil leguas, según los más hábiles astrónomos. Adviértase que en este y en los demás cómputos que se siguen, hablo de aquellas leguas, de las cuales caben veinte y cinco en un grado terrestre. De aquí se infiere que la superficie cóncava del primer cielo es más de 3.600 veces mayor que la superficie de la tierra. Pero esto es nada. ¿Cuánto hay de la tierra al Sol? Treinta y tres millones de leguas. Seguimos los cómputos recibidos por la Academia Real de las Ciencias. De aquí se colige que el globo del Sol es un millón de veces mayor que el globo terreste; de suerte que para hacer un cuerpo tan grande como el globo del Sol sería menester juntar un millón de globos terrestres. Siendo tan enorme el exceso que hace el Sol a la tierra en magnitud, ¿cuál será el que le hace el cuarto cielo por donde gira el Sol? Siendo cierto, que dividiendo la superficie del cuarto cielo en quinientas mil partes, aún no ocupa una de ellas el Sol. Pero, ¡oh, cuánto camino nos resta que andar! ¿Cuánta es la distancia del Sol al planeta Saturno? Diez veces mayor que la de la tierra al Sol. A esta cuenta sale que Saturno dista de la Tierra 330 millones de leguas. El célebre Hugens ajustó que una bala de artillería, volando siempre con igual velocidad, tardaría veinticino años en llegar desde la Tierra al Sol y desde la Tierra a Saturno doscientos cincuenta. Superiores a Saturno y muy superiores están las estrellas fijas. Pero, ¿a qué distancia? Eso no se sabe; se sospecha y se sospecha con notable variedad. En cuanto a magnitudes y distancias, en Saturno se acaba la ciencia astronómica, y en su lugar, de allí adelante, entra la conjetura. Aun a Saturno y aun a Júpiter no llega la ciencia sin contingencias de tener mucho de opinión. Veamos ya lo que se discurre en orden a la distancia de las fijas.

7. Casini el hijo, por el ángulo de la paralaje annua que observó en la estrella *Sirius*, una de las de primera magnitud, dedujo que su distancia a la Tierra es 43.700 veces mayor que la de la tierra al Sol, a cuya cuenta dista *Sirius* de la Tierra 1.442.100 millones de leguas. Pasando adelante con la especulación y suponiendo como verisímil (lo que también juzgó mayor Hu

gens), que las estrellas fijas todas son realmente iguales en magnitud y sólo se representan mayores o menores a proporción de su menor o mayor distancia de la Tierra, infirió que las estrellas de sexta magnitud, que son las menores, distan de la Tierra seis veces más que la estrella *Sirius*. Infirió también que cualquier estrella es un millón de veces mayor que el Sol, porque esta magnitud resulta en la *Sirius*, en suposición de la distancia asignada.

8. Es verdad que el cómputo del señor Casini va fundado enteramente sobre la observada paralaje de la estrella *Sirius*, la que tiene un gran tropiezo; porque si la observación fuese segura, probaría el sistema copernicano, que pone al Sol inmóvil en el centro del mundo, y a la Tierra con dos movimientos, uno diurno y otro annuo; el primero, con que en el espacio de veinticuatro horas se resuelve sobre su eje; el segundo, con que en espacio de un año gira alrededor del Sol por un círculo, cuyo diámetro es de 66 millones de leguas y la circunferencia más de ciento noventa y ocho. Esto tiene contra sí muchos lugares de la Escritura, que expresan el movimiento del Sol y la inmovilidad de la Tierra. Estos, por más que los copernicanos pretendan explicarlos, tienen fuerza muy superior a la observación del señor Casini, aunque confirmada con las de otros dos célebres astrónomos, Hook y Flamsteed, que le precedieron. Fuera de que tales observaciones son falibles por varios capítulos, como ya notaron otros hábiles matemáticos. Otros once capítulos numera Eusebio Amort, por donde están sujetas a falencia las observaciones de paralaje de las estrellas fijas (1).

§ III

9. Pero ¿qué necesitamos de este arriesgado sistema para nuestro asunto? Sin él asombran las portentosísimas moles de cielos y astros. Las observaciones que colocan a Saturno en la enorme distancia de la tierra, que insinuamos arriba, son totalmente inconexas con el sistema copernicano. ¡Qué magnitud tan prodigiosa resulta de aquí al cielo, por donde gira este planeta, y aun al planeta mismo! Siguiendo la progresión geométrica, con que se va aumentando la distancia de los astros, en todos aquellos adonde pudo llegar la observación, a proporción que se van colocando unos sobre otros, debemos suponer las estrellas fijas mucho más distantes de Saturno, que Saturno lo está de Júpiter. Las observaciones recientes suponen a Saturno distante de Júpiter 165 millones de leguas. Infiérese, según la progresión que hemos dicho, que las fijas disten de Saturno cerca de 300 millones.

10. ¿Hemos llegado ya al último término? Aún estamos, según lo que más verisímilmente se puede discurrir, muy lejos de él. Muchas bien fundadas conjeturas persuaden que no todas las fijas están en la misma altura, antes con inmensa desigualdad más elevadas unas que otras. En todos los astros inferiores a ellas nota la observación astronómica esta gran desigualdad. Sean diferentes cielos los que habitan los planetas, o como se tiene ya por cierto, uno solo; esto es, un inmenso cuerpo homogéneo, transparente, liquidísimo; es evidente que todos los planetas están en diferentísimas alturas, no siendo la distancia del más bajo a la tierra ni aun la treinta milmilésima parte de la distancia del más alto. Es naturalísima la conjetura de que los astros superiores a éstos, donde no puede llegar la observación de la altura, se vayan alejando más y más de la tierra en la misma conformidad. El número de las estrellas fijas, que se descubren a simple vista, no pasan de 1.400 ó 1.500. El número de las que se ven con los telescopios, es incomparablemente mayor. En la constelación llamada *Orión* no se descubren a ojos desnudos mas que 38 estrellas. Con el telescopio se reconocen en ella más de 2.000. El P.

(1) Sect. 1. de *Systemate univ.*, cap. 2.

Ricciolo dice que verisímilmente se puede creer que lleguen al número de dos millones las estrellas que se manifiestan por medio del telescopio. ¿Qué será si todas ellas están al modo que los planetas y siguiendo la misma progresión que ellos, en distintas y muy desiguales distancias de la tierra? Siendo así, habrá estrella que diste de Saturno 1.000 millones de veces más que Saturno dista de la Tierra y aun mucho más. Habrá asimismo estrella que sea mil millones de veces, y aun mucho más mayor que el Sol, el cual es ya un millón de veces mayor que la tierra. ¿Qué será, si hay incomparablemente mayor número de estrellas que las descubiertas y que por mucho más elevadas no se han descubierto hasta ahora, aun por medio de los mayores telescopios? Esto es tan digno de creerse, que nada más. Antes que se inventase el telescopio, se juzgaba que no había más estrellas que descubre la simple vista. Inventado el telescopio, se empezaron a ver muchas más. Este número se fué aumentando a proporción que se fueron perfeccionando y mejorando los telescopios. ¿Llegaron éstos a la suma perfección y magnitud que pueden tener? Es claro que no. Luego si la perfección y magnitud de ellos fuese creciendo en la misma proporción que hasta aquí, se irán descubriendo más y más estrellas. Es verisímil, pues, que haya estrella, no sólo 1.000 millones de veces mayor que el Sol, mas aun 1.000 millones de veces mayor que todo el globo celeste por donde gira el Sol. ¡Oh, qué insondable océano de luz se ofrece al discurso, donde no sólo los ojos, más aun la imaginación y el entendimiento pierden de vista la orilla! ¡Oh, Dios excelso! ¡Oh, Dios grande! ¡Oh, Dios omnipotente! ¡Ni entendimiento, ni imaginación, ni aun ojos parece que tienen los que en la innumerable copia de tanto asombro luminoso no reconocen la creativa virtud de una Esencia, cuya valentía es infinita, cuyo poder carece de márgenes! *Coeli enarrant Gloriam Dei, et opera manuum eius annuntiam Firmmamentum*.

11. Demos ahora un vuelo con el discurso, y con la pluma de lo más alto del cielo a lo más humilde de la tierra, de lo supremo a lo ínfimo de lo máximo a lo mínimo. En todo y por todo veo las manos del Artífice Soberano, mas con esta diferencia: que si en lo máximo resplandece más su poder, en lo mínimo brilla más su sabiduría.

12. Con cuanto menor porción de metal haga un artífice un reloj, tanto mayor valor le dará. El que hiciese uno tan pequeño que pudiese ser caja suya la cáscara de una avellana, dándole todos aquellos movimientos que tiene la más costosa muestra de Londres, y tan seguros, tan regulares, tan uniformes, le vendería a muy superior precio que el que se da por otro, que en mucho mayor porción de metal tiene los mismos movimientos ¿Por qué? Porque es más admirable el arte, cuanto la materia del artificio es más pequeña. Cuanto más delicadas son las piezas, tanto mayor destreza arguyen en las manos.

§ IV

13. No hay cuerpo alguno animado en el orbe, que por este capítulo no recomiende el primor del artífice Supremo. Examínese el cuerpo de un elefante, que es el mayor de todos los animales terrestres. ¿De qué se componen aquellas anchurosas venas y arterias, aquellos gruesos nervios, aquellos robustísimos músculos? De varias fibras, pero estas fibras de otras, las otras de otras, hasta llegar a las que son tan sutiles, que es menester el microscopio para verlas. ¿Quiénes son los instrumentos motores de esta grande máquina? Los espíritus animales. ¿Y qué son los espíritus animales? Unos cuerpecillos tan menudos, que ni la vista más perspicaz, usando del más excelente microscopio, los puede distinguir. ¡Extraña sutileza del Artífice! Mas todo esto es nada.

14. Vamos descendiendo de grada n grada desde este gigante de los rutos hasta los vivientes más pigmeos. ;s cierto que cuanto son menos corulentas estas máquinas animadas, tan-) las piezas de que se componen son ıás menudas. Siendo, pues, tan sutiıs las del elefante, ¿cuáles serán las el caballo? ¿Cuáles las del perro? Cuáles las del ratón? ¿Cuáles las de ı araña? ¿Cuáles, en fin, las de la ormiga? Tiene la hormiga los mismos ıovimientos internos y externos que el lefante, las mismas facultades natual, vital y animal que él; por consiuiente, los mismos instrumentos, los uales son tan pequeños, respecto del odo de la hormiga, como los del eleınte, respecto del todo del elefante; sto es, cuanto excede en magnitud el uerpo del elefante al de la hormiga, ınto exceden los instrumentos motoes, aunque delicadísimos, de aquél a os de ésta. Si los de aquél se nos huyen e la vista, a los de ésta no puede dares alcance ni aun la imaginación.

15. Sin embargo, aun la admiración ene una larguísima carrera que anar. ¿Cuánto hay que descender del uerpo de la hormiga al del arador, quel pequeñísimo insecto que por ıntos siglos se creyó ser el más menuo de todos los vivientes? Mucho sin uda: y otro tanto sin duda hay que escender de las minutísimas piezas de ı hormiga a las correspondientes del rador. ¿Hemos acaso llegado ya al ltimo término de la pequeñez? Aún ista de aquí prolongadísimos espacios.

§ V

16. Descendiendo del arador, entreıos en otra serie de vivientes, en otras oblaciones del mundo, incógnitas a odos los antiguos; en una región cuierta en todos los siglos precedentes, xceptuando el último, de densísimas nieblas, en el país de los invisibles.

17. Estuvo el arador por muchos iglos, como hemos dicho poco ha, en ı opinión de ser el más pequeño de todos los animales, haciéndole famoso su pequeñez, como su grandeza al elefante. Esto duró hasta fines del siglo décimosexto, en que inventó el microscopio, no Jacobo Mecio, como creen muchos y como un tiempo creí yo también, sino Zacarías Jansen en Middelburg, ciudad de Zelanda. Hecho el microscopio, se curó con él una gran parte de ceguedad que había dejado la naturaleza en los ojos humanos. Empezaron a verse innumerables entes que no se veían antes y empezaron a verse mejor los que ya antes se veían. Aparecieron nuevos colores, nuevos conductos, nuevos vasos en todos los cuerpos; aparecieron nuevas plantas y nuevos frutos; aparecieron nuevos vivientes, y de éstos tanta multitud, que incomparablemente exceden en número a los que antes eran conocidos. Pero, ¿qué vivientes? De tan enorme pequeñez, que se hiciera increíble a no ser tantos y tan graves los testigos de vista que deponen del caso.

18. A proporción que se fueron perficionado los microscopios, se fueron descubriendo animales menores y menores, habiendo llegado ya el caso de verse animalejos, cada uno de los cuales no es mayor que la veintisiete millonésima parte de un arador; esto ēs, que un arador es veintisiete millones de veces mayor que uno de aquellos animalejos. Testifícalo monsieur Malezieu, de la Academia Real de las Ciencias, que computó su tamaño por la proporción de lo que abultaba los objetos el microscopio de que usaba (1). No serían muy mayores que éstos aquéllos de quienes dice el P. Regnault que vió innumerables nadar en la centésima parte de una gota de agua (2). Antonio Leuwenhoek dice haber visto 50.000 en una gota de licor igual a un grano de arena (3). Supongo que esta cuenta no se pudo hacer con toda exactitud, sino, como dicen, a buen ojo. Semejantes cosas a estas se hallan escri-

(1) *Hist. de la Acad.*, 1718, pág. 9.
(2) *Entretiens Physiques*, tomo 3, entret. 10.
(3) *In Epist. ad Christophorum Wrem, Praesidem Societ. Reg.*

tas por el holandés mons. Hartsoeker, artífice peritísimo de microscopios y otros autores.

19. Yo consentiré en que se crea que en estas relaciones hay algo de hipérbole, y permitiré que se rebaje la mitad y aun mucho más, si se quisiere. Siempre sobra mucho de prodigio para llenarnos de sagrado horror. Sagrado dije, pues la admiración aquí es respectiva al soberano autor de la Naturaleza. Estos minutísimos animales tienen todas las oficinas, todos los instrumentos necesarios para el ejercicio de las tres facultades natural, vital y animal. Tienen venas, arterias, nervios, glándulas, tendones, músculos, etc., y todas estas partes compuestas de otras menores y menores. Tienen los conductos que sirven a la nutrición y excreción. Tienen sangre, la cual precisamente es compuesta de partes heterogéneas; sin ellas no fermentaría. Tienen, en fin, espíritus animales. Si aun la imaginación padece alguna violencia en concebir los minutísimos cuerpecillos de estos animales, ¿qué diremos de las piezas de que se componen esos cuerpecillos, habiendo necesariamente entre ellas muchas, de las cuales cada una no es aun ni con mucho, la millonésima parte del todo de cada cuerpecillo. ¿Qué diremos de los espíritus animales? Los del elefante son unos corpúsculos tan pequeños, que enteramente huyen de la vista. Los de estos animalejos tienen la misma proporción con el cuerpo de ellos que los del elefante con el cuerpo del elefante. ¡Santo Dios! ¿Dónde vamos a parar?

§ VI

20. Aquí llamo la atención de todos los lectores reflexivos, para el cotejo de los dos distantísimos extremos de los cuerpos; digo mayores del Orbe y los más pequeños. ¿Cuál de los dos extremos, pregunto, manifiesta con más claridad la existencia de un ser infinitamente inteligente, a cuyo imperio obedece con docilidad, en cierto modo infinita, toda la naturaleza? No los ojos, la razón es quien debe dar la sentencia. La excelencia del artífice se gradúa por la perfección y arduidad de la obra. En cuanto a la perfección, están convenidos los filósofos en que cualquiera viviente es una sustancia más perfecta que la de todos los cuerpos celestes. El exceso de arduidad es manifiesto: sobre que revoco a la memoria lo que se notó arriba en orden a las ventajas de destreza y arte que se necesitan, a proporción de la menor cantidad de materia en que se ha de introducir el artificio. El padre Gaspar Scotto refiere como cosa singularísima que vió una muestra tan pequeña, que ocupaba en un anillo no más lugar que el que ocupa en otras un diamante. ¿Qué artificio tenía esa muestra? El mismo y nada más que el que tienen las muestras más comunes. Sin embargo, era un milagro del arte, y el milagro consistía en reducir por medio de sutilísimas piezas a tan estrecho ámbito el artificio.

21. No hay animal, aun el más corpulento, cuya orgánica estructura no sea la admiración de los físicos. Fueron celebradísimas en la antigüedad, y aún lo son hoy, las estatuas de Dédalo, porque sin más impulso que el que las daba su interno mecanismo, se movían. Y cualquiera comprehenderá que para esto era preciso que constasen de innumerables piezas labradas con exquisito tino, dispuestas con ingeniosísimo orden. Pero ¿qué movimientos tenían esas estatuas? Sólo el progresivo, y éste limitado precisamente, a transportarse en rectitud de un lugar a otro dentro de una sala. Contémplese ahora cuánta variedad, cuántos linajes de movimiento tiene cualquiera animal. Los externos y que se representan a los sentidos, son tantos casi, cuantos quiere determinar su voluntad y cuantos puede concebir nuestra imaginación. Aun es mucho mayor el número de los internos y mucho mayor la variedad específica de sus caracteres. Después de innumerables observaciones, aun no han podido apurarlos los filósofos. Es preciso, pues, que la organización de cual-

uier animal conste de muchos millo-
es de millones de sutilísimas piezas nlazadas con un orden y disposición nuy superior a toda humana inteli-encia.

22. ¿Y la experiencia no lo muesra claramente? ¿Cuánto tiempo ha ue los profesores de Anatomía se deselan y desojan por apurar la estrucura del cuerpo humano? Han dado n esta empresa muchos pasos, ganando iempre mucha tierra, pero quedándoes siempre muchísima que andar. Pensaban los antiguos haber logrado randes progresos y se quedaron muy n los principios. Los anatomistas del iglo décimosexto y principios del déimoséptimo, Silvio, Vesalio, Fernelio, Falopio, Fabricio de Aquapendente, Ambrosio Pareo, Riolano y otros muhos adelantaron considerablemente sobre aquéllos. Siguiéronse a éstos otros ue los dejaron muy atrás, descubrienlo sucesivamente nuevos conductos, nuevos vasos, nuevas válvulas, nuevas oficinas. Llegaron ya a apurarse los microscopios, sin apurar los objetos. ¡Tanta es la delicadeza de éstos! Es claro que se huyó la delicadeza de os objetos a la abultada representación de los microscopios, pues se sabe on toda certeza que hay conducto por donde en brevísimo tiempo pasan algunos licores bebidos desde el estómago a la vejiga. Pero este conducto es an sutil, que hasta ahora no se pudo discernir. Sábese, asimismo, que la sangre que llega a las extremidades de las arterias se emboca por las extremidades de las venas, para absolver la circulación. Pero se sabe por discurso, no por inspección ocular, porque las últimas extremidades de arterias y venas son tan delicadas, que con ningún instrumento puede distinguir la vista las sutilísimas aberturas por donde la sangre pasa de aquéllas a éstas.

23. Siendo tan delicados los órganos del hombre, contémplese cuáles serán los de la hormiga, cuáles los del arador, cuáles, en fin, los de aquellos animalejos que son muchos millones de veces menores que el arador. Contémplese asimismo de cuánta multitud de piezas se componen aquellas minutísimas máquinas, en atención a los innumerables movimientos que ejercen, pues son los mismos que tienen los animales más abultados. ¿Qué manos hicieron tan admirables máquinas? ¿Qué manos pudieron hacerlas, sino aquellas que todo lo pueden? ¿Qué manos, sino aquellas que con un dedo mueven todo el Orbe? Manos de un artífice infinitamente inteligente, infinitamente sabio: *O, altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei*!

§ VII

24. Y aun si se mira bien, no sólo resplandece en estas obras una infinita sabiduría, mas también un poder infinito, pues sólo a un poder infinito cediera obediente la torpe rudeza de la materia, dejándose dividir mucho más allá de lo que nuestro entendimiento pudiera imaginar, y al mismo tiempo ligarse y tejerse con artificiosísima harmonía.

25. Vengan ahora los bárbaros sectarios de Epicuro a decirnos que todo esto lo hizo el ímpetu ciego del acaso: que del encuentro fortuito de los átomos, resultaron estas delicadísimas admirabilísimas máquinas. Sí: la casualidad del encuentro, no sólo les daría tanta perfección en tanta pequeñez, mas en tantos millares de millares y millones de millones de cada especie las sacaría tan perfectamente semejantes unas a otras, y a cada una de todas ellas conformaría de modo que de cada una resultasen otras máquinas y de éstas otras sin término, guardando siempre entera uniformidad. Yo creo que fué un grande don del Altísimo la invención del microscopio, pues los descubrimientos que se han hecho por medio de este precioso órgano, hacen más palpable la existencia de aquel Ente de infinitos modos infinito, a quien debemos el ser y de quien pende toda nuestra felicidad.

26. Hemos satisfecho al asunto pro-

puesto, descubriendo lo máximo en lo mínimo, el ente mayor de todos en los entes minutísimos, la infinita grandeza de Dios en esos átomos vivientes. Antes que se inventase el microscopio, Dios, aunque invisible, se hacía visible en los entes visibles: *Invisibilia Dei per ea, quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur.* Después que se inventó el microscopio, se hizo aun más visible en los entes invisibles; quiero decir, en los que eran invisibles antes de la invención del microscopio.

§ VIII

27. Mas ya que nos hemos introducido en esta nueva clase de vivientes, no es razón soltar la pluma hasta dar alguna más exacta noticia de ellos. Es materia que puede interesar la curiosidad de los lectores, especialmente en España, donde aún hoy casi son tan ignorados, como lo fueron en todo el mundo hasta el año de 1600.

28. Es imponderable la multitud que hay por todas partes de estos pequeñísimos insectos. Están divididos en muy varias especies, y los individuos de todas ellas juntas son tantos, que se puede asegurar que los de todas las especies de vivientes visibles no hacen ni aun la milésima parte de ellos. En todos los elementos habitables se encuentran. Así se puede dividir, no menos que los vivientes visibles, en las tres clases o géneros de terrestres, acuátiles y aéreos.

29. ¡Qué lejos estarán los más de los hombres de pensar que a expensas suyas nacen, crecen y se sustentan muchísimos millares de estos insectos! Muchísimos millares digo, a expensas de cada individuo humano. Basta para humillar el orgullo del hombre, el representarle que es tan corta la claridad de su entendimiento, tan imperfecto el informe de sus sentidos, que no llega a conocer ni aun sospechar la existencia de innumerables vivientes, no sólo vecinos suyos, sino huéspedes costosos, a quienes toda la vida está dando habitación y alimento. Pero ¿será esto alguna imaginaria paradoja? No, sino verdad constante.

30. Aquella blanca masa, que a todos se nos cría en los dientes, ya en los intersticios de ellos, ya en las dos superficies interna y externa, no es otra cosa (como dijimos en otra parte) que un agregado de diferentes gusanillos. Antonio Leeuwenhoek, que se aplicó con especialísimo cuidado a las observaciones microscópicas y examinó muchas veces esta masa blanca, hace la cuenta de que en la boca de un hombre que no cuida de su limpieza, sube el número de gusanos a no pocos millones. Y añade de sí, que aunque todos los días se limpiaba los dientes, hacía juicio que tenía en ellos más gusanos que había hombres en las siete provincias unidas: *De me ipso censeo, licet os meum quotidie eluam, non tot in his Unitis Provinciis vivere homines, quot viva animacula in ore meo gesto.*

31. Fuera de dichos insectos, que son huéspedes del cuerpo humanado por naturaleza, hay otros muchos que lo son de este y de aquel individuo por disposición morbosa, aunque acaso no todas las observaciones que hay sobre esta materia son tan seguras como la pasada.

32. El P. Bougeant en el primer tomo de *Observaciones curiosas* refiere haberse notado con el microscopio en la sangre de varios febricitantes muchos gusanos y haberse observado que cuando tienen las cabezas negras es señal de ser maligna la fiebre.

33. El mismo, citando el P. Kirquer, dice que la gangrena no es otra cosa que una infinidad de gusanillos venenosos, que royendo la carne, la corrompen; y que la razón por que la gangrena se extiende tan prontamente es porque estos gusanos son tan fecundos, que habiendo puesto uno de ellos sobre una hoja de papel blanco, en el espacio de un *miserere* produjo otros cincuenta; así creciendo por momentos su multitud, no es mucho que en breve tiempo hagan tanto estrago. E

P. Paulo Casati (1) confirma la sen-
encia de hallarse gusanillos en la san-
re de los febricitantes.

34. Según el testimonio de Mons. Mead, médico inglés, citado en la *República de las letras*, tomo 3, página 169, la sarna consiste únicamente en unos gusanillos o menudos insectos, uya figura es muy parecida a la de la ortuga. Estos gusanos viven dos o res días separados del cuerpo; por lo que es fácil contraer la sarna con el ontacto de la ropa o guantes del que adece esta infección. La misma sen-encia lleva Cosme Pronomo, citado por Lucas Tozzi, libro I, tratando de as fiebres malignas.

35. Mons. Deidier, profesor real le química en Mompeller, atribuye simismo el gálico a unos gusanos de specie particular. Es verdad que esta pinión no se funda en inspección ocu-ar, sino en mera conjetura, tomada le que el mercurio, que es el grande ntídoto de los gusanos, es el remedio specífico de esta dolencia.

36. Algunos físicos con el señor Paulini, citado en el *Diario de los Sabios* de París, año de 1704, extienden sto mucho más, aseverando que to-las o casi todas las enfermedades epi-lémicas consisten en unos insectos que pasan de unos cuerpos a otros, en los uales, por medio de la propagación, umentan su número; por lo cual no ay que admirar, que de un cuerpo olo tocado de enfermedad contagiosa e vaya extendiendo el daño a todo n reino. Abajo retocaremos este pun-o, tratando de la peste. El señor Pau-ini creyó tambien ser efecto de invi-ibles gusanillos las más de las fiebres nalignas.

37. Los brutos padecen no menos que los hombres sus incomodidades por stas menudísimas sabandijas sin exi-mirse aún aquellos, a quienes su pe-queñez parecía había de eximir de esta nodestia. En las *Memorias de Trevoux* le enero del año 1729, se refiere, que Monseñor Heister observó una especie de pulgas que infestan las moscas. Aun es más curioso lo que dice el P. Gaspar Scotto en su *Magia natural*, parte 1, lib. 10, que se ha visto con el microscopio que las pulgas son molestadas por otras minutísimas pulgas, las cuales se alimentan de su sangre, como aquellas de la nuestra.

38. Los vegetables están también poblados de insectos de diferentes especies. Apenas hay planta que no contenga muchísimos, como se ha reconocido por innumerables observaciones. Aun en algunos minerales se han hallado. Casi en todas partes se anidan, se nutren y deponen sus huevos. Los de una especie hallan nutrimento proporcionado en el jugo de una planta, los de otra, en otra; los de ésta, en este mineral, los de aquélla en aquél. En la *Historia de la Academia Real de las Ciencias* se lee, como cosa averiguada con toda evidencia, que hay una especie de pequeñísimas sabandijas, que roen las piedras y de ellas hacen todo su sustento. En fin, la inundación de vivientes invisibles sobre la tierra es tal, que Leeuwenhoek dice haber visto en una cuevecilla mayor número de ellos que puede haber de hombres en todo el mundo.

(1) *Disert. Physic.*, 5.

§ IX

39. De los insectos invisibles terrestres pasemos a los acuátiles. No sólo en el agua, en el vinagre, en la leche, en la orina, en otros muchísimos licores, aun en el espermático de muchos animales se han visto repetidas veces a millaradas. El P. Zahn refiere haberse reconocido con toda distinción en el esperma de mosquitos y pulgas. ¿Qué más puede decirse? En el agua pluvial es donde se encuentran infinitos. Mas no está exenta de ellos el agua de las fuentes. En la *República de las Letras* de 1699 (1) se lee que Monsieur Hakoucher aseguró con muchas experiencias

(1) *Jul.*, pág. 23.

que se hallan en ella innumerables animalejos.

40. De este principio, y no de otro, viene la corrupción del agua que llevan en los navíos. Sobre que, por ser materia muy curiosa, pondré aquí lo que he leído en la *Historia de la Academia Real de las Ciencias* del año de 1722. Corrómpese el agua de los navíos, no sólo una, sino repetidas veces, porque después de la primera corrupcion se purifica; pasado algún espacio de tiempo, vuelve a corromperse y sucesivamente a purificarse hasta tres o cuatro veces. En toda corrupción se ve llena de pequeños insectos; pero se ha notado que en cada corrupción son de diferente especie, lo que no puede atribuirse a otra cosa, sino a que el agua abunda de huevecillos de diferentes especies, de los cuales unos son más tardíos que otros. Es natural sospechar que estos insectos se engendran de la madera de los toneles; pero realmente no es así, porque en el agua guardada y cerrada en vasos de barro sucede lo mismo. Es menester algún considerable calor para lograrse la fecundidad de los huevos. Por esta razón se corrompe más presto y engendra mayor número de insectos la agua que se deposita en el fondo del navío, donde el calor es tan grande que los marineros no pueden trabajar allí sino desnudos y sólo por espacio de media hora. El académico Mons. Deslandes, cuya es esta relación, refiere haber experimentado en Brest que en el fondo de un navío, que hacía tres semanas que estaba armado, el licor del termómetro estaba más elevado que en el día más ardiente del estío en aquel puerto. Después de cada corrupción el agua se purifica, porque mueren los insectos y se disuelven perfectamente en el agua. Dos medios contra esta peste propone Mons. Deslandes, que dice experimentó, y que trasladaré aquí, por si quieren probarlos en nuestros bajeles. El uno es quemar un poco de azufre en las barricas después de lavarlas bien con agua caliente. El otro es mezclar con el agua una pequeñísima cantidad de espíritu de vitriolo. El azufre y espíritu de vitriolo hacen los huevos infecundos y matan antes de nacer los insectos. Se ha notado que el agua de diferentes parajes está más o menos sujeta a corrupción y engendra mayor o menor número de insectos.

41. He leído en las *Memorias de Trevoux* del año de 1730, art. 22, que el agua después de corrompida y purificada tres o cuatro veces, queda excelentísima, y que el famoso Roberto Boyle compraba la que tal vez aportaba a Londres en algunos bajeles de larga peregrinación, sin embargo de que Inglaterra abunda de buenas aguas; y el autor, cuyo extracto sacan en el citado artículos los autores de las *Memorias*, que es un comisario de Marina, miembro de la Academia Real de las Ciencias, añade, que en Brest conoció a un médico muy experimentado, que hacía lo mismo con grande utilidad suya, porque gozaba una sanidad florida.

§ X

42. Los animales invisibles aéreos no tienen tan ciertamente acreditada su existencia como los terrestres y acuátiles; sin embargo, hay bastantes motivos para creerlos. Mons. Hakoucher, citado arriba, como testigo de vista, aseguraba que los insectos que había en el agua se fecundan de otros insectos volátiles, los cuales, llegando a la superficie del agua, se juntaban con ellos. Pero el testimonio de este filósofo parece que tiene contra sí la experiencia de otro, alegado en la *Historia de la Academia Real de las Ciencias*, año de 1707. La experiencia fué ésta. Hizo hervir una porción de agua mezclada con el estiércol, la cual repartió en dos redomas. Depués de dar bastante tiempo para que se enfriase, en una de las dos redomas echó dos gotas de agua que estaban llenas de insectos, y ocho días después vió que el agua de esta redoma estaba toda hormigueando de insectos de la misma especie. Nin

gún insecto había en la otra redoma, aunque parecía que el estiércol debiera producirlos. Una y otra redoma estaban exactamente cerradas. De que se infiere que los insectos contenidos en las dos gotas de agua multiplicaron por sí mismos, sin mendigar el auxilio de algunos insectos volátiles para fecundarse.

43. Sin embargo, se pueden conciliar las dos experiencias, diciendo que en diferentes especies de insectos acuátiles cabrá uno y otro modo de fecundarse, y así pudo Mons. Hakoucher ver unos que se multiplicaban al favor de insectos aéreos, y el filósofo citado en la *Historia de la Academia* otros que no necesitan de este socorro. Mas por lo que mira a la existencia de aquellos minutísimos insectos volátiles, no hay oposición alguna. El primer filósofo dice que los vió. El segundo no niega que los hay, sí sólo que no se copulan con los acuátiles.

44. Aun prescindiendo del testimonio de Mons. Hakoucher, una fuertísima conjetura me persuade que hay animalejos aéreos invisibles. Esta se toma del sucesivo decremento por grados, desde los más agigantados brutos terrestres y acuátiles, hasta aquellos que sólo son visibles por medio del microscopio. Es naturalísimo que en los volátiles suceda lo mismo; y así como en los terrestres desde el elefante, y en los acuátiles desde la ballena, se va disminuyendo la corpulencia por grados, hasta terrestres y acuátiles invisibles, también desde el buitre o de otra ave mayor se vaya disminuyendo en los volátiles hasta algunos invisibles alados. En lo que puede percibir la vista, se observa en los volátiles la misma decrescencia por grados, desde el buitre hasta pequeñísimos mosquitos. ¿Por qué esta decrescencia ha de parar en los volátiles, donde para la actividad de nuestra vista, no parando ni en los terrestres ni en los acuátiles? Es verdad (porque preocupemos cierta objeción) que el microscopio no nos ha dado tantos o tan claros testimionios de volátiles enormemente pequeños como de acuátiles y terrestres. Pero a esto es clara la respuesta. A los acuátiles y terrestres los coge fácilmente el microscopio en aquel punto de distancia que ha menester para abultarlos, de modo que la vista los perciba, lo que si no por algún raro accidente, no puede suceder con los volátiles, a causa de su inquieta y rápida agitación por el aire. Y aun cuando tal vez se vea por medio del microscopio uno u otro, como no se detiene ni un momento a la vista, no se puede distinguir si es algún agitado átomo o algún alado viviente.

45. En dos autores modernos vi citado a Marco Varrón por una sentencia que, sin duda, parecerá absurdísima; esto es, que el aire está lleno de unos invisibles insectos, los cuales entrando por la respiración en nuestros cuerpos, son causa de todas las dolencias que padecemos. Es cierto que en tiempo de Varrón no había microscopios ni otro instrumento equivalente que la presentase a la vista estos menudísimos insectos. Pero no es imposible que por algunos sensibles efectos los rastrease. Lo que no debe dudarse es, que habiendo sido Varrón hombre gravísimo y doctísimo (el más docto de todos los romanos le llamó San Agustín: *Doctissimus romanorum*, y ésta es la opinión común), algún fundamento tuvo para creer su existencia.

46. Esta opinión limitada a las en fermedades epidémicas, señaladamente a la peste, recibió en estos tiempos y tiene bastantes sectarios que la comprueban; lo primero, porque siendo la peste originada de esta causa, se entiende bien cómo puede propagarse y ex-
Romanorum, y ésta . es la opinión co·
tenderse tanto. Es casi incomprehensible que un vapor maligno, introducido en una pieza de paño o seda, se transporte en un navío a la distancia de ochocientas leguas y más, y sacada a tierra, se comunique a todo un reino. Un vapor tan fácilmente transmisible de unos cuerpos a otros, ¿no se había de exhalar en tan dilatada navegación? Pero como la fecundidad de los insectos es prodigiosa, es fácil comprehender que

los que vienen de lejas tierras anidados en cualquier cuerpo, en el país adonde se trasladan vayan introduciendo sucesivamente otros, y de este modo llenen en breve tiempo una provincia.

47. Lo segundo, una cortísima cantidad de vapor extendida por todo un reino, necesariamente se debilitaría de modo que no produjese algún efecto sensible. Responderáse acaso que no se comunica el mal por la extensión de aquella corta cantidad de vapor, sino por la acción sucesiva de más y más vapor de la misma especie. Pero tampoco es muy inteligible que un vapor produzca otro vapor. Siendo la peste originada de insectos, cesa toda la dificultad, pues nadie niega a éstos la actividad para producir otros de su especie.

48. Lo tercero, se ha observado que en las vecindades de las minas de azogue hace la peste menor estrago que en otras partes, lo que aparentemente viene de que los vapores o exhalaciones del azogue, que es veneno para varias especies de insectos, matan los que son autores del mal. Del mismo principio se deduce naturalísimamente el que el alimentarse de carnes sea nocivo (como aseguran buenos físicos) en tiempo de peste; y al contrario, sea provechoso el uso del vino, del aguardiente, del tabaco, del vinagre, del zumo de ajos y cebollas, etc. Es verisímil que unas cosas son favorables, otras contrarias a la conservación y propagación de estos insectos.

49. Finalmente, un autor moderno añade, en confirmación de esta sentencia, que en la famosa peste de Marsella, a corta distancia de esta ciudad, fué visto por algunos un pequeño nublado de insectos volantes, el cual se dejó caer sobre un molino y luego murieron allí tres o cuatro personas.

50. Paréceme que las razones propuestas dan bastante probabilidad a esta sentencia, no obstante lo cual, no formo juicio resolutorio en el asunto. Pero el que no sólo las enfermedades epidémicas, mas todas provengan de invisibles insectos, lo juzgo absolutamente absurdo y mucho más lo que sobre el caso adelantó un filósofo moderno, a quien se antojó que no sólo venían de insectos las enfermedades, mas también la curación de ellas. Imaginaba éste, que así como hay unos insectos malignos que dañan nuestra salud, hay otros benéficos y enemigos de aquéllos, que matándolos nos la restituyen.

§ XI

51. Lastímome a veces de que éste o el otro filósofo moderno abusen de los útiles y sólidos descubrimientos que hacen los demás, sobreponiendo vanas imaginaciones a las legítimas observaciones de los otros, que viene a ser corromper la experimental filosofía y hacer con la ficción sospechosa la verdad. Cuatro clases, por lo poco que he leído, he observado de filósofos modernos. Los primeros son los que, observando con cuidadosa atención la naturaleza, no afirman sino lo que les muestra una experiencia constante, y lo que de la experiencia deduce una evidente ilación, dejando todo lo demás en duda. Hay muchos de este noble carácter en las naciones extranjeras, entre quienes especialísimamente resplandecen los que componen la más excelente escuela de física que tiene el Orbe; quiero decir, la Academia Real de las Ciencias. Son los segundos los que se adelantan a afirmar, no sólo lo que con certidumbre, mas también lo que sólo probablemente se infiere de la experiencia. De éstos hay algunos en todas partes. Los terceros son los que, dando rienda a la idea, venden a los lectores sueños o ilusiones por verdades. De éstos no faltan tal cual en las naciones, pero son muy pocos, porque el miedo de ser castigados con el desprecio (lo que sucede infaliblemente) contienen a muchos. Finalmente, los cuartos y peores que todos, son los que fingen experimentos que no han hecho. De éstos solos se halla uno u otro rarísimo.

52. En el asunto que tratamos hay

ejemplos de todas cuatro clases. Los primeros son los que descubriendo con el microscopio innumerables minutísimos insectos, se contentaron con dar noticia al mundo de lo que vieron. Los segundos, los que adelantaron que éstos eran causa de las enfermedades epidémicas. Los terceros, los que se avanzaron a atribuir a los insectos todas las enfermedades, la curación de ellas y otros muchos efectos.

53. Acaso podrá ser comprehendido en esta tercera clase el señor Paulini, el cual no sólo, como vimos arriba, creyó ser los insectos causa, por la mayor parte, de las enfermedades epidémicas y fiebres malignas, mas también dijo que los fuegos fatuos no son otra cosa que unas nubecillas compuestas de una gran multitud de lucientes animalejos aéreos. El que haya no sólo entre los insectos terrestres algunos que sean naturales fósforos, como aquellos gusanillos llamados *noctilucae* en latín y en castellano *luciérnagas*; mas también entre los aéreos o volátiles, no tiene la menor repugnancia. En efecto, en las Antillas y otras islas de la América hay unas moscas lucientes, que arrojan de noche mucho más resplandor que los gusanillos de que hemos hablado; en tanto grado, que en las Antillas se sirven los naturales de ellas para alumbrarse en las casas, y sin más luz que las que ellas ministran se lee una carta. Pero era menester que como la experiencia ha mostrado claramente la existencia de estos alados fósforos, nos mostrase la de esos otros menudísimos lucientes mosquitos, de que Paulini compone los fuegos fatuos, porque en la experiencia de los naturales fenómenos, sólo a más no poder se admiten adivinaciones. Acaso con más verisimilitud se podrá decir que el lucimiento que tiene de noche la madera podrida viene de unos pequeñísimos insectos que se crían en ella. Lo mismo de las escamas de los pescados y otros naturales fósforos.

54. De la cuarta clase sólo un ejemplo puedo proponer, aunque bien singular y curioso. Vigneul Marville, autor francés (aunque con nombre supuesto), conocido por su obra *De Miscelaneos de Historia, y Literatura*, leyendo y oyendo cada día los muchos descubrimientos de entes pequeñísimos, ya animados, ya inanimados, que hacían varios observadores, quiso de un golpe no sólo pujarles a todos sus curiosas observaciones, mas aun ponerse en tal altura, que nadie jamás pudiese pujárselas a él. Para esto inventó una portentosa fábula y la estampó en el segundo tomo de sus *Miscelaneos* con el designio de que pasase por verdad.

55. Dice que estando en Londres un matemático inglés, hombre muy hábil, le mostró y entregó para que hiciese experiencia de él, un microscopio prodigioso. Tomóle nuestro autor y mirando con él al inglés a la distancia de cinco o seis pasos, vió todos sus hábitos cubiertos de una multitud grande de gusanillos, que los estaban royendo incesantemente, de donde infirió, como cosa bien averiguada, que no son los hombres los que gastan sus vestidos, sino los innumerables gusanillos que todos anidan en ellos. ¡Bello descubrimiento filosófico y que merece los agradecimientos de todo el mundo! Mudó de situación, y tomando de otro modo el microscopio, vió al inglés todo envuelto en una espesa nube. Esta nube no era otra cosa que los efluvios que salían del cuerpo por la insensible transpiración, de que coligió con cuánta razón había establecido Santorio que por los poros sale mayor cantidad de excrementos que por todas las demás vías. Bajó a la cocina, y allí vió cómo las partículas de fuego, introduciéndose rápidamente en los poros de la leña, la hendían y destrozaban, arrancando de ella al mismo tiempo algunas partículas, que con la violencia de su movimiento disparaban como dardos contra la carne que estaba en un asador.

56. Todo esto es bueno, pero mejor lo que falta. Fué a un juego de pelota, y allí vió clarísimamente la causa, hasta entonces ocultísima, de las simpatías y antipatías. ¿Cómo es esto? Estaban jugando cuatro mozos, y al punto que

los vió o se acercó a ellos, sintió en sí una fuerte inclinación y deseo de que ganase uno de los cuatro, y al mismo tiempo aversión a otro y deseo de que perdiese. Luego advirtió que de su cuerpos y del mancebo amado salían unos corpúsculos, los cuales llegando a encontrarse en el aire, fácilmente se unían unos con otros; pero del mancebo aborrecido salían unos corpúsculos figurados en puntas, ya agudas, ya obtusas, los cuales, llegando a su cuerpo, le ofendían y molestaban. De aquí el amor a uno y adversión a otro.

57. Si ésto no basta, aún hay más. Veíanse, dice nuestro autor, con el referido microscopio las influencias de los astros: quiere decir unos sutilísimos efluvios, con que los astros obran en los cuerpos sublunares. Aún hay más. Veíanse también con él los átomos de Epicuro. Finalmente, porque nada quedase sin verse, también se veía con él la materia sutil de Descartes. Y pienso que si Dios no le tuviese de su mano, hiciera visibles por medio de su anglicano microscopio el alma racional, los demonios, los ángeles y los pensamientos ajenos.

58. Acaso me dirá alguno que Marville no tuvo *designio de que pasase por verdad* la relación de aquel microscopio. Pero nada de ésto obsta a lo que vamos diciendo. Pues, o habló en cabeza de otro y contra éste se hace el argumento, o habló por ironía, y en ese caso es reprehensible por no haber añadido a lo último el desengaño.

39. ¿De qué servirán estas patrañas en los libros, sino de llenar la memoria de los lectores simples de quimeras y de hacer sospechosos para los cautos los verdaderos y legítimos experimentos que los autores graves proponen en sus escritos? Cierto, que la bárbara ley que quería introducir Platón en su ideada República, de condenar a muerte todos los partos feos y disformes, se debiera practicar en la República Literaria con muchos partos del humano entendimiento, monstruos intencionales, condenándolos al fuego al momento que salen a luz.

COLOR ETIOPICO

DISCURSO TERCERO

§ I

1. Debe mirarse la Religión como el corazón del espíritu. En orden a su conservación, ninguna solicitud es nimia, ya porque toda herida en ella es peligrosa, ya porque por mil ocultos rumbos puede ser ofendida.

2. Parece a primera vista que de las opiniones filosóficas no puede recibir la Religión algún daño. Son claros los términos con que dividen sus judisdicciones la filosofía y la fe. Tiene aquélla por objeto las cosas naturales, ésta las sobrenaturales; dos clases tan diversas, tan separadas, que ni el entendimiento puede confundirlas. Sobre este fundamento han pretendido algunos filósofos una libertad de filosofar sin límites, no advirtiendo, o haciéndose desentendidos de que es imposible negar límites a la filosofía, sin romper los de la Religión.

3. La libertad en discurrir es utilísima. Sin ella no se hubiera adelantado un palmo de tierra en la física. Pero todas las cosas tienen su *medio* honesto y sus extremos viciosos. Es preciso dar algo de rienda al entendimiento, pero no dejarle sin rienda. La obediencia, o servil o ciega, que por tanto tiempo lograron Aristóteles y Platón, mayor y más prolongada el primero que el segundo, entre todos los estudiosos de la filosofía, tuvieron en grillos al entendimiento humano y en tinieblas la naturaleza. Mas en el otro extremo es mucho mayor el peligro. Una libertad incircunscripta fácilmente declina a libertinaje. Hay errores filosóficos incompatibles con los dogmas revelados; unos en quienes está la oposición a los ojos; otros donde está envuelta en varias consecuencias, que como otros tantos escalones llevan al precipicio. En los primeros sólo cae la malicia; en los segundos tropieza la inadvertencia. El campo de la filosofía es dilatadísimo, y muchas veces, donde menos se piensa, es tan infiel el terreno, que debajo de la superficie se oculta caverna, que conduce derechamente al abismo. El asunto que tenemos entre manos nos suministra un ejemplo.

§ II

4. Es hecho constante y notorio a todo el mundo que los etíopes son negros, aunque no generalmente como el vulgo juzga, pues en el vasto país que comprehende la alta y baja Etiopía, hay provincias, cuyos habitadores sólo son trigueños o morenos, y otras donde reina el color aceitunado. Cual sea el origen de la negrura de los etíopes, es cuestión que parece sólo pertenecer a la curiosidad filosófica. Sin embargo, en ella se interesa la Religión.

5. Dijeron algunos que el color negro de los etíopes es de tal modo natural y congénito a aquella raza de hombres, que por ningún accidente puede alterarse ni en ellos ni en sus sucesores. ¿Tendrá esta opinión algún tropiezo con lo que la divina revelación nos obliga a creer? Parece que no; con todo, le tiene y gravísimo.

6. El barón de la Hontan en la *Relación de sus nuevos viajes por la América Septentrional*, impresa en la

Haya el año de 1702, dice que en la conversación que tuvo con un médico portugués, éste le propuso varias dificultades contra el origen que traen todos los hombres de Adán y que tan claramente nos enseña la Escritura; una de ellas se fundaba en la opinión que acabamos de insinuar, en orden a la negrura innata de los etíopes. Este color, decía el médico, les es tan inherente, que aun trasladados a otros cualesquiera países y variando como quiera los alimentos, no sólo no le pierden, pero ni sus hijos y descendientes, que nacen ya en climas diversísimos de la Etiopía aun en reiteradas generaciones, dejan de heredarle: luego es preciso, que todos sus descendientes, sin excluir alguno, hayan tenido el mismo, pues si en los ascendientes, por cualquier accidente que fuese la causa, se hubiese mudado el color de blanco a negro, ¿por qué en los descendientes por otro accidente contrario no se mudaría de negro a blanco? De aquí, por consecuencia necesaria, se infiere, decía, que Adán no fué primer padre de esta gente, o si lo fué suyo, no lo fué nuestro. Si Adán fué negro, nosotros no somos hijos suyos; si blanco, no lo son ellos. Así, por ilación forzosa de una errada física, se viene a parar en el detestable error de los preadamitas, de que hemos tratado tom. V, Disc. XV, números 4 y 5.

7. Esforzaba el médico este argumento con la diferencia de genio, facciones y costumbres que había notado entre los africanos y americanos, y que pretendía no inmutarse por la traslación a otros climas, ni en ellos ni en sus descendientes. Añadía al mismo fin que la gran distancia de la América a nuestro Continente haría imposible el tránsito de los habitadores de éste para poblar aquél, en tiempo que faltaba el uso y conocimiento de la aguja náutica. Por consiguiente, los habitadores de la América no descienden de Adán.

8. El barón de la Hontan, que refiere estos argumentos del médico portugués, aunque se representa muy distante de darse por convencido de ellos, no dice qué solución les dió, que es lo mismo que poner voluntariamente en un riesgo a los lectores, sin darles arbitrio para evitarle.

9. A la dificultad de la población de la América hemos satisfecho largamente en el lugar citado arriba. La diferencia de genios, costumbres y facciones, viene a ser la misma que la del color, y aun propuesto en orden a aquellas propiedades, hace menos fuerza. Con que disuelta ésta, están disueltas aquéllas. Para disolver ésta, es preciso examinar cuál sea el origen o causa de la negrura de los etíopes, materia en que han discurrido variamente los que tocaron este punto.

§ III

10. Torielo, citado por el P. Juan Menochio, siente que el color negro de los etíopes les viene de su ascendiente *Chus,* hijo de Cam y nieto de Noé, que dice fué de este color. Pero el que lo fuese se dice voluntariamente, pues no consta de la Escritura, y para un hecho de tanta antigüedad, no puede hallarse otro monumento. Acaso el suponer a los etíopes descendientes de Chus, fué lo único que movió al padre Tornielo y a otros al creer negro a Chus. Es verdad que Josepho, S. Jerónimo, Eusebio y otros, dicen que vienen de Chus los etíopes, añadiendo que ellos mismos se daban el nombre de *chuseos.* También es cierto que la Vulgata, los Setenta y casi todos los intérpretes, tanto antiguos, como modernos, donde hallaron la voz *Chus* en el hebreo, con la significación de región o provincia vertieron *Etiopía.* Con todo es cierto, que esta voz hebrea en las Sagradas Letras, no sólo significa la Etiopía, hoy llamada así, mas también otra región distante y distinta de la Etiopía, de que hablamos, contérmina a Egipto, a la orilla oriental del mar Bermejo. Con que por esta parte queda incierto cuáles son los legítimos descendientes de *Chus*; y si lo son unos

y otros, queda indecisa la cuestión, porque si entre los descendientes de Chus hallamos unos que son negros, esto es, los de Etiopía, y otros blancos, que son los de la otra región, ¿por qué se ha de atribuir más el color negro que el blanco a *Chus*?

11. Pero demos que *Chus* fuese negro y que sus únicos descendientes sean los etíopes; es menester señalar causa especial de la conservación de la negrura. Si Chus fué negro, siendo su inmediato padre blanco, ¿por qué los descendientes no podrán ser blancos, siendo su remotísimo padre negro?

§ IV

12. Juan Ludovico Hannemann dió el año de 1677 a luz un libro con el título *Curiosum scrutinium nigredinis posterorum Cham,* cuyo extracto se halla en el *Diario de los Sabios* de París de 1679. En él traslada el origen de la negrura del hijo al padre, de Chus a Cham; y quiere que en éste resultase milagrosamente este color de la maldición que le echó Noé por el inverecundo ultraje que había practicado con él, manifestando su indecente desnudez a los otros dos hijos del patriarca, Sem y Jafet. De aquí pretende que venga la negrura de los etíopes, a quienes supone asimismo descendientes de Cam por su hijo Chus, aunque coadyuvándola para su conservación con causas naturales, v. gr., el excesivo calor, el clima, la contextura del cutis, la fuerza de la imaginación, etc.

13. Esta segunda opinión no es menos voluntaria que la primera. Que Noé maldijese a Cam no consta, por lo menos formal y expresamente, de la Escritura; en la cual la maldición literalmente suena caer no sobre Cam, sino sobre Canaam, su hijo: *Maledictus Chanaam* (1). Pero norabuena que la maldición del hijo comprehende interpretativa y equivalentemente al padre; ¿por dónde consta que la maldición produjese el efecto de la negrura en Cam? De la Escritura no se infiere; antes puede deducirse lo contrario, pues se señala únicamente otro efecto de ella, distantísimo de aquél; esto es, la servidumbre de los descendientes de Cam por Canaam: *Maledictus Chanaam, servus servorum erit fratribus suis.*

14. Añádese que teniendo Cam cuatro hijos, Chus, Mesraim, Phut y Canaam, la maldición sólo se determinó a este último; luego en caso de ser efecto de la maldición la negrura, ésta había de derivarse, no a los descendientes de Chus o etíopes, sino a los de Canaam o cananeos. Realmente a éstos comprehendió la maldición de la servidumbre expresada en el texto; lo que se colige de varios lugares de la Escritura.

§ V

15. Un autor citado con el nombre del R. P. Augusto *** en las *Memorias de Trevoux* de 1733, art. 88., busca aún más arriba la fuente o manantial de la tinta etiópica. Dice que lo fué Caín, y que aquella señal que expresa el Sagrado Texto le puso Dios para que todos le conociesen y distinguiesen, fué la negrura del cutis. De Caín, pues, quiere este autor que descienden y traen su color los etíopes. Puesto en esta altura, le pareció que podía desde ella dar vuelo a su imaginación, y en efecto se la dió, buscando asimismo el origen del color de los americanos, de los chinos, de los cafres, del común de asiáticos y europeos. Dice que los americanos vienen de Lamech; los chinos de la mezcla de los hijos de Set con los de Caín; los cafres, de la de los hijos de Caín con los de Lamech: y los demás hombres de los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet.

16. Lo menos que tiene contra sí esta tercera opinión es ser perfectamente voluntaria. Lo más es que no puede conciliarse, sin mucha violencia, con lo que nos enseña la Escritura, de la cual consta que el Diluvio inundó toda la tierra y sólo se salvó de la inunda-

(1) *Génes.*, cap. 9.

ción la familia de Noé; por consiguiente, todos los hombres que hay hoy en el mundo, incluyendo etíopes, chinos y americanos, descienden de los hijos de Noé; luego no hay lugar a la determinación de colores de algunas particulares naciones, atribuyéndolos a su descendencia de razas separadas de la familia de Noé.

17. Una dificultad tan visible no podía ocultarse al autor de esta opinión; y así, haciéndose cargo de ella, responde negando la universalidad del Diluvio y la total extinción del género humano, fuera de la familia de Noé. No asiente, antes impugna, a Isaac de la Peyrere, que limitó el Diluvio a la Judea y algunas regiones vecinas, pero tampoco consiente en que inundase toda la tierra; sí sólo nuestro Continente, y aun no todo éste; sí sólo lo que puede computarse por hemisferio de Judea, para que quedasen fuera no sólo los americanos, mas también chinos, etíopes y cafres. Dice que Moisés no habló en su posición de la esfericidad de la tierra y antípodas, y que así le siguieron los Padres.

18. Es cierto que esta sentencia dista mucho del erróneo sistema de La Peyrere y demás preadamitas, pues concede y afirma el autor, que Adán es padre de todos los hombres, que es lo que negó La Peyrere, y en que consiste la esencia de su errado dogma. Pero coincide a él exponer violentamente lo que enseña la Escritura en orden a la universalidad del Diluvio. Es verdad que no le reduce a tan estrechos límites, ni con mucho, como La Peyrere. Mas ¿qué importa? Siempre se violenta mucho la letra del Sagrado Texto. En él se expresa que las aguas cubrieron cuanto había en la superficie de la tierra: *Omnia repleverunt in superficie terrae;* que cubrieron cuantos montes hay debajo del Cielo: *Opertique sunt omnes montes excelsi sub universo caelo*; que perecieron cuantos hombres y brutos (supónense exceptuados los que entraron en el Arca) había en el mundo: *Universi homines, et cuncta, in quibus spiraculum vitae est in terra, mortua sunt.* ¿Cómo se salva todo esto, si la mitad del globo o más y en él muchos hombres y brutos se salvaron de la inundación?

19. Añádese que en el Sagrado Texto es expreso que el motivo que tuvo Dios para inducir sobre la tierra aquella extraordinaria calamidad, fué la perversidad de costumbres que reinaba en todo el linaje humano. Esta corrupción se explica tan general, que no deja lugar a la excepción de alguna gente, nación o raza, ni aun familia, sino la de Noé: *Omnis quippe caro corruperat viam suam super terram.* Mas quiero dar gratuitamente que con tan comprehensiva expresión sea conciliable la excepción de alguna gente. ¿Es creíble que los únicos que vivían bien en el mundo eran los hijos y nietos de los dos famosos delincuentes Caín y Lamech?

§ VI

20. La cuarta sentencia, recibidísima del vulgo, es que la negrura de los etíopes viene del calor del sol, el cual ardiendo violentísimo en aquellas tierras, los tuesta, abrasa y hace en ellos el efecto que el fuego de acá abajo en los carbones, que aun siendo de madera blanca, con la adustión se ponen negros. Este modo de opinar es muy antiguo. Plinio, libro 2, capítulo 78, dice: *Aetiopas vicini Sideres vapore torreri, adustisque similes gigni, barba et capillo vibrato, non est dubium.* Y Ovid., libro 2, *Metam.*, en la fábula de Faetón atribuye el mismo efecto al carro del sol descaminado, que entonces se acercó mucho a los etíopes; en que, aunque la sustancia de la narración es fabulosa, alude a la opinión que entonces se juzgaba verdadera, de que la cercanía del Sol es quien ennegrece a los etíopes,

Sanguine tunc credunt in corpora summa vocato
Aetiopum populos nigrum traxisse colorem.

21. Tampoco esta opinión puede sostenerse. Lo primero, porque dentro del vasto país que ocupan los etío-

pes, hay, aun debajo de la equinoccial, provincias o tierras bastantemente templadas, debiendo este beneficio a los vientos periódicos y otras causas. Lo segundo, porque en la América, debajo de la Tórrida, hay tierras tan ardientes como las abrasadas de la Etiopía, sin que por eso sus habitadores sean negros ni aun de color amulatado. Lo tercero, porque en el Cabo de Buena Esperanza, que está de 30 a 35° de la Equinoccial son los habitadores negros; y a la misma distancia de la Equinoccial y aun menor, hay infinitas provincias, aun en nuestro continente, cuyos habitadores son blancos.

§ VII

22. La quinta sentencia da por causa de la negrura de los etíopes la fuerza de la imaginación. No he visto autor alguno que propusiese con entera claridad esta opinión. El modo más apto de establecerla parece decir que la primera madre inmediata de los etíopes o del primer etíope, por tener al tiempo de la concepción o la preñez fijada intensísimamente la imaginación en algún objeto negro, parió el hijo negro; que después de adulto éste, comunicando a otra mujer blanca, llamó con la misma vehemencia la imaginación de ella a su atezado color, y por eso en el feto o fetos se imprimió el mismo, y así se fué extendiendo la negrura, por la misma causa, en multiplicadas generaciones. Acaso añadirán que cuando llegase ya a haber consorcio establecido entre negro y negra, ya no sería menester tan vehemente imaginación, pues supliría la continuación de ella por la intensión.

23. Son innumerables las historias que persuaden la posibilidad de este hecho y se hallan en innumerables libros apadrinados de sus autores; de modo que se ha hecho comunísima la opinión de que la vehemente imaginación de la madre al tiempo de la preñez, y principalísimamente del congreso marital, puede imprimir extraordinario color y aun extraordinaria figura en el feto. Algunos casos de los que refieren los autores son específicos al presente intento; esto es, de niños que salieron negros por tener la madre fija la imaginación, al tiempo del concepto, o en la pintura de un etíope o en una figura del demonio.

24. Confieso que siempre me fué muy difícil concebir tanta actividad en la imaginación, y todo lo he leído en algunos filósofos empeñados en explicar el modo con que la imaginación puede alterar en el feto o el color o la figura, ha quedado muy lejos de satisfacerme. Santo Tomás, 3. part. quaest. 13, art. 3 ad 3, me parece apadrina no oscuramente la negativa, pues concediendo a la imaginación actividad para las sensaciones y movimientos que dependen de las pasiones del alma, las cuales mueve la imaginación, se la niega para todas las demás inmutaciones corporales que no tienen este natural orden respecto de la imaginación: *Aliae vero dispositiones corporales, quae non habent naturalem ordinem ad imaginationem, non transmutantur ab imaginatione, quantumcumque sit fortis: puta figura manus, vel pedis, vel aliquid simile.* Donde es muy de notar que entre las historias que hemos insinuado, las más califican la fuerza de la imaginación para alterar la figura, y Santo Tomás expresamente le niega a la imaginación esta actividad.

25. Háceme también fuerza que la imaginación pueda alterar figura y color en ajeno cuerpo, cual lo es el del feto respecto de la madre, aunque contenido en ella, y no pueda causar estas inmutaciones en el propio. Ciertamente nadie con la imaginación vehemente de un etíope o de un hombre de extraordinarias facciones imprime en sí mismo el mismo color o figura. Ni aun los maniáticos, que con una imaginación firmísima se creen ser en la figura otra cosa de lo que son, inmutan en alguna manera la configuración propia.

26. Diráseme acaso que la imaginación sólo tiene esta fuerza al tiempo

de la formación del feto, porque sólo entonces está capaz de sellarse de cualquiera impresión. Pero esta solución nada vale, porque al tiempo del congreso es cuando comunísimamente se dice que se hacen estas impresiones, y en ese tiempo no se forma el feto. En la sentencia antigua y común se forma algunos o muchos días después. En la que hoy prevalece entre los modernos, en el huevo contenido en el ovario materno está formado desde el principio del mundo, como todos los demás vivientes animales y vegetables en sus semillas. Véase la explicación de esta sentencia, tomo I, discurso XIII, número 39.

27. Emilio Parisano siguió en esta materia un camino medio. Concede que a la presencia de tales o tales objetos se imprimen a veces en el feto algunas semejanzas a ellos. Mas niega que esto suceda por influjo de la imaginación de la madre, sí sólo por la emisión de no sé qué vapores o efluvios, que de aquellos cuerpos se transmiten al feto. Su grande argumento es que las señales impresas en el feto son materiales y las especies que existen en la imaginación, son espirituales; por consiguiente, no hay proporción en éstas para la producción de aquéllas.

28. Este rumbo medio parece, a mi parecer, más dificultad que alguno de los dos extremos. Tiene, contra sí, lo primero, que huyendo de un misterio filosófico, recurre a otro no menos incomprehensible, pues no menos imperceptible es que al feto cerrado en el color por la emisión de vapores de un claustro materno se le altere figura o cuerpo extraño, que por fuerza de la imaginación materna. Lo segundo, que el que las especies de que usa la imaginación sean espirituales o inmateriales tiene contra sí el común sentir de los metafísicos, los cuales no conceden inmaterialidad a las especies de que usa la imaginativa, sí sólo a las que depura o forma el entendimiento. Lo tercero y principal, que el que las especies que se agitan en la imaginativa, fuera de toda duda producen impresiones o efectos materiales en el cuerpo, pues excitan varias pasiones y mediante las pasiones varios movimientos, ya de los espíritus, ya de los humores, ya de las mismas partes sólidas. ¿Quién hay que ignore que las representaciones vivas de algunos objetos existentes en la imaginativa, excitan movimientos materiales en algunas partes de nuestro cuerpo? Así, pues, fuera más desembarazado seguir cualquiera de los dos extremos de la cuestión propuesta, que tomar este medio.

29. No ignoro los argumentos con que la común sentencia prueba el cuestionado influjo de la imaginación en el feto. El primero y más fuerte se toma del famoso suceso de las ovejas de Jacob (1), que mirando al tiempo de la generación las varillas teñidas de diversos colores, sacaban los partos con aquella variedad de colores. Pero si quisiéremos responder que aquel suceso no fué natural, sino sobrenatural y milagroso no nos faltan grandes patronos, el Crisóstomo, S. Cirilo, Teodoreto y S. Isidoro. El texto del capítulo siguiente del *Génesis* favorece grandemente este sentir, pues el mismo Jacob reconoce como don y efecto de una especial providencia de Dios aquel medio con que aumentó su ganado, y aun insinúa bastantemente que un ángel intervino como operante en aquel suceso.

30. El segundo argumento se forma de lo mismo que hemos dicho arriba contra Emilio Parisano. La imaginación de objetos venéreos excita movimientos de esta clase en los miembros corpóreos sujetos a padecerlos: luego puede también comunicar varias impresiones al feto. Concedo el antecedente y niego la consecuencia, señalando dos disparidades. La primera es que la imaginación naturalmente es más poderosa en el cuerpo propio que en el ajeno. La segunda es tomada de la doc-

(1) *Génes.*, cap. 30.

trina de Santo Tomás citada arriba. La imaginación excita pasiones, a las cuales, según el orden de la naturaleza, se siguen varios movimientos, que tienen correspondencia natural a las pasiones, como a la ira una conmmoción impetuosa de la sangre; al pavor, temblor del cuerpo; a la incontinencia, el movimiento de los miembros espermáticos. Pero el color o figura del feto no tiene esta natural correspondencia con las pasiones de la madre. Añádase que ésta con su imaginación excita las pasiones en el cuerpo propio, no en el del feto. Concederé de muy buena gana, que las pasiones violentas de la madre pueden alterar y alteran muchas veces el feto considerablemente, hasta ocasionarle tal vez la muerte, ya por viciar el licor de que el feto se sustenta, ya por inducir en la materia movimiento de que resulte al feto daño notable. Pero imprimir en el feto tal color o sellarle con tal figura son efectos de muy diversa clase y en que no puedo concebir proporción o correspondencia alguna natural con la imaginativa o pasiones de la madre.

31. El tercer argumento se toma de muchos sucesos, que, como hemos insinuado arriba, prueban la sentencia común. Respondo que los sucesos son inciertos y carecen de legítima prueba. La razón es clara, porque sólo se prueban con testigos singulares; esto es, cada suceso con un testigo, los cuales en juicio no hacen fe. En un autor se halla un suceso, en otro, otro; éstos son testigos singulares. Doy que cincuenta autores refieran un mismo hecho y que todos sean muy veraces; ¿de dónde les consta ser verdadero? Sólo de la deposición de la madre, porque sólo ella sabe qué objeto tuvo en la imaginación al tiempo del congreso. Con que siempre para cada hecho venimos a parar en un testigo singular, y testigo sospechoso, o por imprudente o por interesado, habiendo varios motivos para que las madres mientan o se engañen. Esta hace misterio de una casualidad, y quiere que la accidental ocurrencia o presencia de algún objeto sea causa de alguna extraña nota que ve en el parto, la cual depende de otro principio ignorado de ella y de todos. Aquélla, por ocultar la infamia de un adulterio, atribuye a su imaginación la semejanza que tiene el parto a su verdadero padre. La otra juzga que disminuye la nota de haber formado un hijo monstruoso, dando por causa de la fealdad la inevitable ocurrencia de alguna especie semejante. Muchas mentirán sólo por el deleite de que las oigan con admiración, y muchas porque con ocasión del prodigio se hable de ellas en el mundo.

32. Añado que algunos sucesos que se alegan a este intento o son fabulosos o no naturales. Citan algunos la *Historia etiópica* de Teágenes y Cariclea, en que ésta, de padre y madre negros, salió blanquísima, por tener la madre al tiempo de la generación fija la fantasía en una pintura de Andrómeda. Pero, ¿quién ignora que aquella historia es mera novela, compuesta por Heliodoro, obispo de Tricca en Tesalia? Alegan otros el caso que se halla en una declamación de Quintiliano, de una mujer que por la inspección de la pintura de un etíope parió un hijo negro. Pero sea norabuena. Es clarísimo que los asuntos que Quintiliano se propuso en sus declamaciones, todos son fingidos o de su invención. Tráese también para prueba lo que dicen acaeció en Bolduc, ciudad de Flandes, donde un hombre, con ocasión de no sé qué fiesta, enmascarado de demonio, estando ya borracho, usó de su mujer, diciendo que quería engendrar un diablo, y a los nueve meses dió la madre a luz un niño de figura demoníaca. Pero este suceso, en caso que haya sido verdadero, no fué natural, pues en la misma historia se refiere que el niño al momento que nació empezó a dar saltos y hacer movimientos extraordinarios, circunstancia que muestra que todo fué obra del demonio, permitiéndolo Dios para castigo de la insolente lascivia del padre.

§ VIII

33. He propuesto lo que me ocurrió contra la sentencia común de la fuerza de la imaginación y respondido a los argumentos que hay a favor de ella. Mas no por eso juzgue el lector que la declaro falsa. Dudo, no decido. Es, como dije arriba, incomprehensible para mí que la intencional representación de un objeto tenga actividad para imprimir la figura o color del objeto representado en el feto contenido en el claustro materno. Mas por otra parte hago la reflexión de que puede la Naturaleza ejecutar mucho de lo que yo no puedo comprehender.

34. Ni para impugnar la quinta opinión propuesta arriba en orden al origen del color de los etíopes es necesario negar generalmente la posibilidad de que la imaginación inmute el color o figura del feto. Sea esto posible norabuena; pero nadie niega que éste sea un posible de muy extraordinaria contingencia, y que sólo en uno u otro caso rarísimo se reduce a acto. Esto no basta para salvar la quinta opinión, cuya verificación necesariamente pide un complejo o serie continuada de muchísimos casos semejantes; la que se reputa moralmente imposible. ¿Cómo puede suceder que por este principio se pueble una región entera de negros sin que en todas las generaciones, que suman muchos millares, imprima, fuera del orden regular, ese color en el feto la valentía de la imaginación?

35. Ni vale decir que la continuación de ver un semblante negro suple la intensión. Ocurren a cada paso mujeres atezadas y feas, casadas con hombres blancos y hermosos, de quienes están, como es natural, prendadísimas. Estas no sólo ven continuada o casi continuadamente a sus maridos, pero es verisímil, que en el momento de la generación los contemplen con una atención vivísima. Aquí se juntan la continuación y la intensión. Con todo, ¿salen los hijos siempre ni aun ordinariamente blancos y hermosos como los padres? Nada menos. Diráse acaso que contrapesa la imaginación del padre contemplando la mujer fea, y así los hijos salen comúnmente medios entre los dos, ni tan hermosos como el padre ni tan feos como la madre. Pero, ¿quién no ve que de parte del padre no milita la misma razón? La hermosura del marido llama eficazmente la atención de la mujer, la fealdad de ésta no llama, antes enajena, la atención del marido; ¿y quién duda que muchos que están casados con mujeres feas y son de una conciencia estragada, al mismo tiempo que usan de ellas fijan la atención en esta o aquella mujer muy hermosa que han visto? Sin que por eso, aunque ellos sean de muy gentil disposición, salgan muy hermosos los hijos. Es bien verisímil que los negros y negras, recíprocamente casados en el estado de esclavitud, muchas veces padezcan una pasión vehemente por este o el otro individuo de la gente blanca que ven a cada paso y que su imaginación se dirija a el con gran viveza en el momento en que se atribuye el cuestionado influjo a la imaginación vehemente. Con todo, los hijos en la primera generación salen siempre, o casi siempre, del color de los padres.

36. A esta última razón se me responderá acaso que los negros no se apasionan por la gente blanca, antes la abominan porque tienen por feo el color blanco y por hermoso el negro. Así se sabe que los etíopes gentiles pintan negros a sus dioses: los cristianos a los ángeles y santos; y unos y otros pintan blancos a los demonios. Respondo que es verdad que gradúan en esa forma los dos colores mientras viven entre los suyos, pero a pocos años de esclavitud mudan de aprehensión, y poco a poco van declinando a la opuesta. Esto es naturalísimo, porque como en esta materia no hay razón que persuada más lo uno que lo otro, la continuación de ver preferir el color blanco los que vienen a ser el todo de la región donde son esclavos, insensiblemente les va inspirando la misma estimación. La circunstancia de la esclavitud coadyuva mucho. Ven envilecido (

color negro en el abatimiento de su estado, y al contrario, al blanco revestido del esplendor de la dominación. Esto para los dictámenes que se forman únicamente por la aprehensión tiene poderosísima fuerza.

§ IX

37. La sexta sentencia dice que la negrura de los etíopes viene de los efluvios fuliginosos y vitriólicos que despiden sus cuerpos hacia la superficie; y que estos efluvios proceden de las aguas y alimentos de que usan. Así Tomás Brown sobre los errores populares, compendiado en el tomo I de los suplementos de las Actas de Lipsia, página 279, quien en prueba de su opinión alega dos fuentes de la Hestiodides, de quienes dice Plinio (1) que la una hace blancas, la otra negras, respectivamente, a las ovejas que beben de ellas, y manchan con ambos colores a las que promiscuamente beben de una y otra. Mucho más decisivo y oportuno al intento es lo que Plinio poco más abajo añade, que en Turia, territorio del Peloponeso, hay dos fuentes, llamadas la una Cratis, la otra Sibaris, de las cuales la primera da candor, la segunda negrura, no sólo a los ganados, mas también a los hombres, con circunstancia de que la primera no sólo blanquea a los hombres, sino que los da una textura blanda y laxo el cabello: la segunda no sólo los ennegre mas los hace más duros y les encrespa o ensortija el cabello, que es puntualmente lo que sucede a los etíopes. Mas dudo de la verdad de uno y otro, pues ningún viajero de nuestro siglo nos dice haber visto en alguna parte del mundo fuentes que tengan tales propiedades. Plinio se descarga de salir por fiador de la verdad de ellas, porque la primera noticia la deja a cuenta de Eudico y la segunda a cargo de Teofrasto, a quien cita.

(1) Lib. 31, cap. 2.

38. Pero lo más fuerte que tiene contra sí esta opinión, es la grande inverisimilitud de que en muchas grandes provincias, cuyos habitadores todos son negros, todas las fuentes tengan esta rara propiedad. Una fuente sola que haya en el mundo que ennegrezca a quien beba su agua, se puede reputar por un prodigio. Hacerlo todas las que hay en muchas provincias (como es menester para que todos los habitadores sean negros) sin escrúpulo se puede colocar entre las más portentosas fábulas.

§ X

39. Impugnadas las demás sentencias, resta que propongamos la nuestra. Digo, pues, que la causa verdadera y única del color de los etíopes es el influjo del clima o país que habitan. Antes de probar la conclusión, es menester explicarla. Esta voz *influjo del clima* anda a cada paso en las bocas de todos: y si se les pregunta qué entienden por ella, apenas sabrán explicarlo. En un país hay muchas cosas que contemplar: el aire, la tierra, los frutos, las aguas, los vientos, los minerales, el frío, el calor, la humedad, la sequedad y otras cualidades: la elevación o depresión de la tierra, la positura del sol respecto de ella, etc. He dicho *la positura del sol*, sin hacer memoria de otros astros, porque de los demás no está averiguado que alteren sensiblemente los países por la varia positura que pueden tener respecto de ellos. Cuando, pues, se trata del influjo del país, se debe entender que la causa influyente es alguna cosa general a todo el país y es juntamente primitivo origen de las particularidades que se experimentan en él. Por lo cual el influjo del país no debe atribuirse ni a las aguas ni a los frutos ni otras cualesquiera producciones de la tierra, aunque tengan algunas particulares cualidades que no hay en cosas de la misma especie de otros países. La razón es, porque esas particulares cualidades dependen de otra causa general a

todo el país. Si todas las aguas de un país, pongo por ejemplo, son nocivas, hay sin duda en el país una causa general que las da la mala cualidad que tienen, o sea los minerales de que abunda o algún mal jugo que tiene penetrada toda la tierra. Puede también esta causa general influyente no consistir en una cosa sola, sino en combinación o complejo de varias cosas.

40. Creo que generalmente se puede decir que la causa común de las buenas o malas cualidades de un país, que no se reducen a las cuatro elementales, son los jugos, hálitos o efluvios de la tierra. Veo que para muchas cosas se constituye la causa común en la atmósfera; pero, ¿qué particularidad puede haber en la atmósfera de un país, que induzca particular temperie o intemperie en él? Sin duda los vapores, exhalaciones o complejos de varios corpúsculos, que nadan en el aire, porque fuera de éstos no hay en la atmósfera sino lo que es aire propiamente tal y probablemente otra materia más sutil que el aire: dos cosas que son comunes y uniformes en todos países. Y los vapores, exhalaciones o corpúsculos de la atmósfera, ¿qué son sino efluvios de la tierra? Luego éstos o los cuerpos de donde se exhalan se deben reconocer (regularmente hablando) por causa de las particulares cualidades buenas o malas del país.

41. Pueden estos hálitos comunicarse inmediatamente a los cuerpos humanos o comunicados inmediatamente a la atmósfera y combinados unos con otros, hacer después tal o tal impresion en los cuerpos humanos, o en fin, introducidos en las aguas y alimentos, mediante éstos alterar los cuerpos. De cualquier modo que sea, de los hálitos de la tierra viene, como de legítima causa, el daño o el beneficio, quedando la atmósfera, el agua o el alimento en razón de mero vehículo. Así la sentencia que constituye por causa de la negrura de los etíopes las aguas y alimentos, puede, modificada en esta forma, admitir alguna explicación congrua.

42. Tampoco es preciso que los hálitos o efluvios manen de toda la tierra que comprehende todo el país. Pueden, saliendo de una porción sola del país, extenderse e inficcionar toda la atmósfera de él. Lo que exhala una caverna o un lago hace tal vez daño a un gran pedazo de terreno. Pueden también salir los hálitos del mar vecino, o por mejor decir de la tierra, a la cual cubre el mar.

43. Puesto esto se prueba nuestra conclusión; lo primero, por la exclusión de todas las demás sentencias, y porque cualquiera otra causa física que se señale, fuera de las impugnadas, necesariamente se ha de reducir a ésta.

44. Lo segundo se prueba eficacísimamente por la experiencia de que diferentes países, por su diferente cualidad, inducen alguna diferencia en el color y aun en la configuración de sus habitadores de la Georgia generalmente son de color rosado y las mujeres las más bien faccionadas de toda la Asia. Las moscovitas de las provincias vecinas a los Tártaros Crimeos también son bellísimas con gran preferencia a las de otros países colocados en la misma latitud, por lo cual el más lucroso pillaje que hacen los tártaros en aquellos países, es el de mujeres para venderlas. Los ingleses son más blancos y de talla más delicada, no sólo que los de los países más meridionales, mas también que los de otros que están en la misma altura. Donde se debe advertir, que la blancura no puede atribuirse al frío, porque la Inglaterra, sin embargo de ser bastantemente septentrional, es país muy templado, a causa de viento oeste, que reina en él el invierno. ¿Porqué, pues, el particular influjo del país etiópico no produciría en sus habitadores, no sólo aquel particular color, más también aquella leve diferencia de configuración que consiste en labios gruesos, narices anchas y cabello ensortijado? Mucho más comprehensible es sin duda que el particular influjo del clima etiópico desvíe algo a sus habitadores, en una u otr

ıcción, del común de los hombres, que l que la Georgia saque la total confi-uración de las georgianas tan ajusta-a, que sean el hechizo de todos los ríncipes del Asia.

45. Ni puede decirse que el parti-ular color y configuración de algunas Naciones viene heredado de padres y buelos, por una continuada serie de nuchas generaciones y procedido de lgún principio ignorado. No puede, ligo, ser eso. Pues a tener ese antiguo rigen, señálese el que se quisiere, el olor y configuración particular de di-erentes Naciones, y ninguna Nación endría hoy color o configuración par-icular. La razón es, porque ninguna o asi ninguna Nación hay en el mundo, on la cual, ya por conquistas, ya por tros mil accidentes, no se hayan hecho nnumerables mezclas de otras Nacio-ıes; luego si cada país, por influjo ropio, no conservase en sus naturales al o tal color, tal o tal configuración, a todo se hubiera barajado y confun-lido.

46. Lo tercero se prueba con el sí-uil de brutos y vegetables, que con la nudanza de terreno se mudan muchas veces considerablemente en las siguien-es generaciones. En los ganados se e a cada paso, que trasladados a otro país, procrean los hijos de diferente ta-maño, de distinto pelo, etc. Las semi-llas de los vegetables, sembradas en terreno de cierta diversidad de aquel donde nacieron, se deterioran tanto sus producciones, que ya parecen plantas de otra especie. La semilla del trigo, trasladado a terreno no tan apto, pro-duce un grano muy inferior en figura, color, sabor, etc., que llaman centeno. La semilla del repollo criado en buen terreno, sembrada en otro no tan opor-tuno, a la primera generación produce repollo no tan bueno como aquel de donde se extrajo la semilla; a la se-gunda ya produce berza, y en la ter-cera y cuarta esta misma planta se va deteriorando, de modo que las berzas nieta y bisnieta del repollo parecen ve-getables de diversísima especie respecto de su abuelo y bisabuelo. ¿Por qué en los hombres no sucederá lo mismo a proporción?

§ XI

47. No veo que contra esta senten-cia pueda oponerse cosa de alguna en-tidad, sino la experiencia, de que ha-blamos al principio de este discurso, propuesta por el médico portugués al barón de la Hontan. Siendo cierta la observación de que a cualquier parte que pasen los etíopes se conserva en sus descendientes, aun por muchas ge-neraciones, el color negro, parece ser se debe inferir que éste no es efecto de su clima, pues a serlo, variando el clima, se variaría en sus descendientes el color.

48. Respondo lo primero, que la con-secuencia no es necesaria. Puede el cli-ma etiópico producir la negrura, sin ser necesario para conservarla. Las cau-sas segundas muy frecuentemente no son necesarias para la conservación de los efectos que producen. El oro se pro-duce en las entrañas de la tierra, que viene a ser como patria suya, y extrahí-do de ella se conserva siglos y más si-glos, sin que cosa alguna elemental al-tere su intrínseca textura. ¿Qué re-pugnancia hay en que la influencia del país etiópico induzca tal textura en el semen prolífico de sus naturales, que después en ningún país extraño pue-da alterarse, o por lo menos no pueda alterarse sino en mayor espacio de tiem-po que el que hasta ahora se pudo ob-servar? Por regla general (lo que es muy de notar para nuestro intento) la mudanza del color negro al blanco es muy difícil. Cualquiera paño blanco se tiñe facilísimamente de negro, pero nunca, o con grandísima dificultad, el negro admite el color blanco.

49. Lo segundo respondo, que tengo por falsa aquella experiencia. Lo pri-mero, porque autores más fidedignos dicen lo contrario. Los del *Diccionario de Trevoux* afirman que los etíopes tras-plantados a Europa, a segunda o ter-cera generación van blanqueando. En las *Memorias de Trevoux* tengo espe-

cie de haber leído lo mismo. Lo segundo, porque Jorge Maregravio, citado por el P. Menochio, dice vió a un joven de dieciocho años muy blanco, que era hijo de padre y madre negros. Es verdad que en la configuración de narices y cabellos, aun representaba a sus padres. Es creíble que nunca o muy rara vez se borran a la primera generación todas las señas del origen a los etíopes que nacen en Europa, sino que poco a poco se van extinguiendo, y no en igual número de generaciones a unos que a otros. Estos autores, no sólo por su número, más también por su calidad, son harto más dignos de fe que el médico portugués, el cual se me hace muy sospechoso, si no de impiedad, por lo menos de charlatanería, porque en la relación del barón de la Hontan le veo echar mano de cualquiera andrajoso argumento, al fin de probar que no todos los hombres descienden de Adán.

50. El primero es, como insinuamos arriba, la decantada dificultad de que la América se poblase por individuos de nuestro Continente, a la cual hemos satisfecho en nuestro quinto tomo, discurso XV. El segundo, la gran diferencia de genios y costumbres entre la gente de uno y otro Continente; como si dentro de aquel Continente no hubiese (como es notorio) una gran diferencia de genios y costumbres entre varios pueblos y lo mismo respecto del nuestro.

51. El tercer argumento puede hacer más armonía. Tomábale de que los descendientes de los primeros salvajes del Brasil que fueron trasplantados a Portugal, después de más de un siglo, carecen de barba como sus ascendientes. Respondo lo primero dudando del hecho, porque el testimonio del que le propone no es bastante para captar mi asenso.

52. Respondo lo segundo, que aun permitido el hecho, nada prueba. Acaso pedirá esa mutación más dilatado tiempo de estancia en Europa. ¿Quién sabe cuánto tiempo pasó antes de que los descendientes de los primeros pobladores de América careciesen de barba? Acaso pasarían tres o cuatro siglos y acaso serán menester otros tantos para que los descendientes de aquellos descendientes, restituídos a nuestro Continente, la recobren. Tal o tal clima puede hacer tal o tal inmutación en el temperamento en orden a alguna circunstancia, que sea menester el tránsito de muchas generaciones para volver al último estado, y en orden a otra circunstancia acaso se borrará muy presto la impresión recibida en otro país. Yo no sé, como he dicho, si es muy perezosa la inmutación que hacen la América y la Europa en orden a la barba, pero sé que es muy pronta la que producen en orden al color. En esta ciudad de Oviedo conocí dos sujetos nacidos en el reino de Méjico, hijos de padres españoles, y ambos tenían el color entre pálido y aceitunado, propio de aquella región. La circunstancia que voy a añadir es más notable. De los dos, el que salió de la América hombre hecho, que era el ilustrísimo señor don Manuel Endaya, obispo de esta Diócesis, conservó este color toda la vida: el otro que salió allá de siete años, hijo del capitán de navío de guerra don Isidoro de Antayo, y hoy tendrá nueve o diez, ya mejoró y prosiguió mejorando cada día sensiblemente de color.

53. Pero graciosamente doy que nunca recobren la barba los descendientes de los brasileños; no por eso se infiere que los brasileños no descienden de hombres barbados, pudiendo aplicarse aquí del mismo modo lo que en la primera solución dijimos en orden a la pretendida inmutabilidad del color de los etíopes. El símil de los vegetables puede ser también aquí oportuno. La semilla del repollo murciano trasladada a la tierra en que yo nací a la tercera o cuarta generación da una planta (que llaman berza gallega) en cuanto a tamaño, figura y casi todas las cualidades sensibles, distintísima de la planta bisabuela suya. ¿Quién me asegurará que la semilla de la berza gallega, vuelta a Murcia producirá repollo? Lo mismo digo del centeno, restituíd

al país de donde salió en forma de trigo. Es muy verosímil que en algunas especies degenerantes suceda lo mismo que en algunos individuos degenerantes. El vino degenera en vinagre, pero nunca el vinagre vuelve a recobrar la dulzura y generosidad del vino.

54. Respondo lo tercero, que el argumento tomado de la carencia de barba de los brasileños es inconducente al intento de probar que la América no fué al principio poblada por hombres de nuestro Continente, si esa carencia no es general en todos los americanos; lo cual, sin embargo de la persuasión común, es a mi parecer falso, pues el dominicano fray Gregorio García, en su *Origen de los Indios*, libro 2, capítulo 5, párrafo último, dice que en un pueblo del Perú vió indios barbados, aunque no mucho, y que en otros carecen de barbas, porque ellos, teniendo la barba por fealdad y afrenta, con gran cuidado se arrancan todos los pelos de ella con unas pinzas que siempre traen consigo para este efecto. También Henrico Gautier, tomo I de la *Biblioteca Filosófica*, cita al viajero Leonel Wafer, que afirma que los salvajes del Darien crian barbas, pero se las arrancan.

§ XII

55. Para complemento de este discurso expondremos aquí algunas particularidades en orden a la negrura de los etíopes, que pueden interesar la curiosidad de los lectores. La primera es que los etíopes todos son blancos al nacer, a la reserva, lo primero, de una pequeña mancha negra que tienen los varones en la extremidad de la glande, y después poco a poco se va extendiendo por toda la superficie del cuerpo; y lo segundo, de las extremidades de las uñas, que tanto en hembras como en varones, ya al nacer son negras. Uno y otro consta de la *Historia de la Academia Real de las Ciencias*, año 1702, página 32

56. La segunda es que esta negrura sólo reside en la piel o pellejo de los etíopes. Muchos habían creído que residían en la sangre y aun algunos llegaron a decir que el esperma que sirve a su generación es negro. Pero se ha hallado, que así en la sangre, como en todas las partes internas, no discrepa el color de los etíopes del de los europeos (1).

57. La tercera, que no en toda la piel, sino en una parte suya reside la negrura. Para cuya inteligencia se advierte que la piel se compone de tres partes. La más interior es la piel propiamente dicha, en cuya superficie interna están las raíces de los pelos y unos granos glandulosos de figura oval o redonda, y en la externa los conductos excretorios de estos granos glandulosos, por donde sale el sudor, y una infinidad de pezoncillos más menudos que cabezas de agujas, que se cree ser los órganos del sentido del tacto. Sobre la piel propiamente dicha está la membrana reticular, llamada así porque está toda traspasada de pequeños agujeros, al modo de red. Sobre la membrana reticular está el cutis o cutícula, que llaman los anatómicos *epidermis*, la cual es insensible, porque carece enteramente de venas, arterias y nervios. Separadas, pues, con anatómica destreza en un etíope estas tres túnicas, se ha hallado que la primera y tercera, esto es, la más interna y la más externa, en nada difieren de las de los blancos, y la negrura sólo reside en la membrana reticular, sin que obste para percibirse fuera la cutícula, por ser ésta muy delicada y transparente.

58. El famoso Marcelo Malpighi, primer médico del papa Inocencio XII, creyó que la negrura de la membrana reticular venía de un jugo negro, espeso y glutinoso contenido en ella. pero Mons. Litre, de la Academia Real de las Ciencias, probó lo contrario con algunos experimentos. Tomados dos pedazos de la membrana reticular del cadáver de un etíope, puso el uno en infusión en agua tibia, el otro en espíritu de vino por espacio de siete días, sin

(1) *Academ. Real de las Ciencias*, ibi.

que en tanto tiempo uno ni otro disolvente tomase la más leve tintura de negro. Lo mismo sucedió echando otro pedazo en agua hirviendo, lo que prueba que la negrura pende, no de algún jugo negro, sino de la textura propia de la membrana (1).

---

(1) Por la semejanza que hay entre las dos cuestiones del origen de los que llamamos *gitanos* y el de los *etíopes*, habiendo por olvido dejado de poner en lugar correspondiente una opinión singular sobre la primera, adicionando con ella el Discurso III del II tomo, núm. 11, la colocaremos aquí, por no privar al lector de una noticia curiosa y nada vulgarizada.

Juan Cristóforo Wagenselio, en el cuarto tomo de sus *Synopsis Geografica,* lleva una opinión particular en orden al origen de los que llamamos gitanos; en que entran la historia y la conjetura, de modo que resulta de esta mezcla una gran verisimilitud en la opinión de dicho autor.

El año de 1348 —dice Wagenselio— hubo una terrible pestilencia en Alemania y algunas vecindades suyas, de modo que algunas tierras se despoblaron enteramente. Vino a uno u otro del vulgo el pensamiento de que la mortandad era causada de la infección del agua de fuentes y pozos, y de aquí se pasó a discurrir que los judíos la habían inficionado con la mezcla de materias venenosas, para excidio de la Cristiandad. El odio, generalmente concebido contra esta gente, con facilidad hace creer de ella cualquiera maldad, y aun en circunstancias en que falte toda verisimilitud. Así esta creencia se propagó por Alemania, y de ella resultó una furiosísima persecución contra todos los judíos. Cuantos pudieron ser aprehendidos, fueron sin distinción de edad o sexo y entregados al lazo, al cuchillo y al fuego. En esta desolación, los que pudieron escapar del furor de los pueblos, se retiraron a los senos más escondidos de las selvas, donde la necesidad y el miedo de ser descubiertos les sugirieron, abriendo cavernas, constituirse habitaciones subterráneas. En ellas vivieron y procrearon por espacio de medio siglo o poco más; hasta que, sabiendo por sus emisarios que la Alemania estaba muy turbada con los sediciosos movimientos de los husitas, les pareció aquella confusión oportuna para salir de las selvas, mayormente cuando después de tanto tiempo nadie pensaba en ellos. Confirieron maduramente el modo de parecer en público sin riesgo. Para ello compusieron la ficción de que eran egipcios de origen, que andaban prófugos por la tierra, en pena de haber negado hospedaje a María, Señora Nuestra, cuando fugitiva de la persecución de Herodes, por salvar la vida de su Divino Hijo, se acogió a aquella región. Era menester también formarse algún idioma particular, pues ni podían usar de alemán los que se habían de fingir forasteros, ni del hebreo, por no darse a conocer por lo que eran. Fabricaron, pues, una nueva especie de jerga, en que entraban confundidas, y en parte desfiguradas, una y otra lengua. Armados, pues, con estas prevenciones, salieron al público y se esparcieron por varias partes, sin que nadie los inquietase, y aun haciéndose recibir bien de la gente crédula con otras dos ficciones, que añadieron: una, de que conocían los sucesos venideros de cualesquiera personas, por la inspección de las rayas de la mano: otra, de que las casas donde se hospedaban estaban libres de padecer incendio. Es natural que contribuyese también no poco para su pasiva tolerancia, el lisonjear mucho los oídos de los cristianos la relación de su castigo, por la sacrílega desatención de que habían cometido con María, Señora Nuestra, y su Santísimo Hijo. Después de esparcidos, se les fué sucesivamente agregando en todas partes mucha gente perdida, y continuándose esta agregación, vino a desaparecer enteramente el origen judaico.

Esta es en suma la relación de Wagenselio, la cual, en cuanto a la pestilencia de Alemania, sospecha de ser autores de ella los judíos e intentado exterminio de ellos con este motivo, consta de varios autores fidedignos. El retiro a las selvas de los que pudieron escapar, y su aparición después de medio siglo o algo más con el color que se ha dicho, aunque el autor no se explica bien precisamente, más parece conjetura, que hecho leído por él en alguna historia; pero conjetura al parecer muy fundada. Lo primero, por la gran verisimilitud de que muchos de aquellos míseros tendrían la comodidad de huir; y en caso de hacerlo, viendo la persecución encendida en todas las poblaciones, ¿dónde podrían salvarse, sino en las selvas? Lo segundo, porque en las de Alemania se encuentran (dice el mismo Wagenselio) muchas cavernas, que parecen formadas al intento de habitarlas. Lo tercero, porque el autor vió un breve diccionario del idioma de aquellos vagabundos, compuesto por un Juan Miguel Moscherosch, en el cual notó muchas voces hebreas, que copia en el citado libro.

Algunas objeciones se podrán hacer contra este sistema, pero sin duda de más fácil solución que las que padecen los demás que se han discurrido en orden al origen de esta gente. La que puede hacer más fuerza es cómo pudieron ocultar su religión a los cristianos, que se les fueron agregando. A que respondo lo primero, que no hay inconveniente en decir que cuando se resolvieron a dejar sus cavernas, se formaron la teología de dispensarse de sus ritos, en cuanto fuese necesario para salvar la vida, como hacen los que entre nosotros están ocultos: y después

con el comercio íntimo con los cristianos agregados, fueron perdiendo poco a poco la adhesión a su creencia, hasta abandonarla del todo. Consta de la Sagrada Escritura la facilidad con que el comercio con los gentiles los inclinaba a la idolatría. Respondo lo segundo, que también es muy posible que la vida salvaje de tan dilatado tiempo los fuese disponiendo poco a poco a vivir sin religión, de modo que cuando salieron de las selvas, no profesando ya ninguna, resolviesen acomodarse hipócrita o afectadamente a la cristiana, discurso que se conforma bastantemente con la que en el teatro decimos de la poca apariencia de religión que se descubre en esta gente.

LAS DOS ETIOPIAS Y SITIO DEL PARAISO

Discurso cuarto

§ I

1. En el discurso pasado, núm. 10, notamos que aunque la voz *Chus*, que se halla en original hebreo, fué traducida en la voz *Aetiopia* por la Vulgata y los Setenta, realmente aquella voz en varios lugares de la Escritura significa dos regiones distintas. Que se dé el nombre de etiópica o no a una y otra, es discrepancia de leve momento; pero importa mucho, como veremos en este Discurso, el no confundirlas.

2. El que en muchos lugares de la Escritura la voz *Chus* del hebreo, y la voz *Aetiopia* de la Vulgata no significan la región que hoy tiene este nombre, se puede probar con la mayor evidencia. En el libro 2 del *Paralipomenon*, capítulo 14, se refiere que habiendo venido Zara, rey de los etíopes, contra los judíos con un ejército extremamente numeroso, no sólo le derrotaron éstos, sino que le desolaron muchas ciudades. ¿Cómo podría venir el rey de la Etiopía, llamada hoy así, a hacer la guerra a los judíos? Median el Egipto y otras muchas tierras, que era menester conquistase primero el rey de Etiopía. ¿Qué motivo podía tener o qué querella el rey de la Etiopía, que está al Mediodía de Egipto, para venir a hacer la guerra a una gente tan apartada de él? ¿Cómo pudieron los judíos desolar las ciudades de aquella Etiopía, si consta del mismo texto que apenas se apartaban de los confines de Palestina? Luego se habla allí de otra Etiopía distinta y distante de la africana, que está al Mediodía de Egipto. Con más expresión consta esto mismo del capítulo 21 del mismo libro, donde, describiendo una irrupción de los filisteos y árabes contra los judíos, dice que los árabes son confinantes de los etíopes: *Suscitavit ergo Dominus contra Joram spiritum Philistinorum, et Arabum, qui confines sunt Aetiopibus.* La Arabia, por cualquiera parte que se mire, dista mucho de la Etiopía africana. En el libro 4 *De los Reyes*, capítulo 19, se dice que estando Sennacherib, rey de los asirios, sitiando a Lobna en el tribu de Judá, supo que Tharaca, rey de los etíopes, estaba cerca con su ejército para combatirle; lo que tiene la misma dificultad o imposibilidad que hemos notado sobre el mismo texto del *Paralipomenon.* Sefora, mujer de Moisés, que en el capítulo 12 de los *Números* es llamada etiopisa, consta del capítulo 2 del Exodo que era madianita; y la tierra de Madián incontestablemente era porción de la Arabia, según los términos que hoy señalan los geógrafos a esta región. Omito otros muchos lugares, especialmente de Isaías, donde es nombrada la Etiopía, y del contexto se colige infaliblemente que no se habla de la Etiopía africana. Bien que es muy probable que en algunos otros lugares de la Escritura la Etiopía de que se habla es la que hoy tiene este nombre, como es aquel de *Jeremías*, capítulo 13: *Si mutare potest Aetiops pellem suam, etc.*

3. Hasta estos últimos tiempos fué advertida de muy pocos esta distinción de Etiopías en la Vulgata y en los Setenta. O lo que coincide a lo mismo, pocos advirtieron que la voz *Chus*, de que usa el original hebreo, no signi-

fica una región sola, sino distintas en distintos textos. ¿Y qué siguió de aquí? Hacer sumamente difícil un texto de la Vulgata en una cuestión de gravísima importancia y resolver dicha cuestión con una incongruidad notable.

§ II

4. En el capítulo 2 del Génesis, describiendo el historiador sagrado el Paraíso Terreno, dice que es regado con una copiosísima fuente que desde allí se divide en cuatro ríos, de los cuales el primero se llama Phisón, el segundo Gehón, el tercero Tigris, el cuarto Eufrates. En cuanto al tercero y cuarto no ocurre dificultad. Respecto del primero hay alguna. Pero el gran tropiezo está en el segundo. Dice el Sagrado Texto de la Vulgata, que este río circunda toda la tierra de Etiopía: *Nomen secundi fluvii Gehon: ipse est qui circumit omnem terram Aetiopiae.* Este es el caso, que la voz *Aetiopia* tomada en este texto por la que hoy tiene este nombre, ocasionó buscar en ella el río Gehón, y como ocurre la circunstancia de ser el Gehón de un dilatadísimo curso, sin el cual no podría dar vuelta a toda la Etiopía, como expresa el historiador sagrado, no hallaron otro a quien fuese adaptable esta circunstancia, que al Nilo. De aquí vino que todos o casi todos los expositores convinieron en que el río Gehón de que habla la Escritura, perdido el nombre que tenía en el tiempo de Moisés, es el mismo que hoy, con el nombre de Nilo, riega la Etiopía. Pero es casi insuperable la dificultad que se viene a los ojos. La fuente del Nilo, tan conocida de los modernos como ignorada de los antiguos, dista de las del Eufrates y el Tigris, que nacen en las montañas de la Armenia mayor, seiscientas leguas españolas, poco más o menos. ¿Cómo, pues, puede tener un origen común con aquellos dos ríos? Cuantos trataron la cuestión del sitio del Paraíso se hicieron cargo de esta dificultad. ¿Y qué responden? Que el Nilo no nace donde tiene su origen aparente, sino donde nacen el Tigris y el Eufrates, y caminando por conductos subterráneos el larguísimo tramo que hemos dicho, va a salir a luz dentro del Imperio de los abisinios.

5. Confieso que no hay en esto imposibilidad alguna física; pero hay una suma inverisimilitud, lo que siempre es un gran tropiezo para el inviolable respeto que se debe a la infalibilidad de la Escritura Sagrada. Y en este escollo se dió por no haber reparado que la voz *Aetiopía* en la Vulgata y los Setenta, las más veces no significa aquella región, que hoy generalmente tiene este nombre, sino otra muy distinta y distante de aquélla, la cual no precisa a ir a buscar el Nilo, cuya fuente está tan remota, para completar los cuatro ríos del Paraíso.

6. Lo que me admira más en esta equivocación es que, aun tragado el inconveniente de tener su fuente el Nilo tan distante de la de los otros ríos del Paraíso, no se advirtiese que no podía verificarse de él lo que la Escritura dice del Gehón. De éste se expresa en el texto que da vuelta a toda la tierra de Etiopía: *Ipse est, qui circumit omnem terram Aetiopiae.* ¿Y esta circunstancia se verifica en el Nilo? Nada menos. Nace el Nilo dentro de la Abisinia, más acá de la Línea, en los doce grados de latitud septentrional; inmediatamente a su nacimiento retrocede algo a Mediodía; luego, con una breve inflexión, toma hacia el Norte, y desde allí sigue su curso sin retroceso alguno, caminando siempre al Septentrión, hasta salir de los términos de la Abisinia, de suerte, que todo lo que puede correr por la Abisinia con curso casi derecho, será el espacio de ciento setenta leguas españolas. Considérese ahora que la Etiopía, comprehendiendo la alta y baja, medida desde la parte más septentrional de la Abisinia (que es la Etiopía alta) hasta la parte más austral de la baja, que es el Cabo de Buena Esperanza, se extiende cerca de mil leguas españolas. ¡Qué traza ésta de dar el Nilo vuelta a toda la tierra de Etio

pía! Aun cuando se quisiese restringir el Sagrado Texto a sólo la Etiopía alta, lo que sería muy voluntario, falta muchísimo pero su verificación, porque bien lejos de circundar el Nilo toda la Etiopía alta, ni forma arco o parte de círculo por alguna de sus extremidades, sino que corre muy metido dentro de sus tierras, ni su curso dentro de la Etiopía alta se extiende más que a la tercera parte cuanto más de la extensión de ella del Septentrión al Mediodía; de suerte, que aun cuando el curso del Nilo por la alta Etiopía se fingiese trasladado del diámetro a la circunferencia, no comprehendería o daría vuelta sino a la novena parte de ella, poco más o menos.

7. Es verdad que los antiguos creyeron más dilatado el curso del Nilo, porque le daban nacimiento más allá de la Línea, en los Montes de la Luna a ocho grados de latitud austral. Pero ni este error geográfico disculpa a los expositores que entendieron en el Gehón el Nilo, pues ni aun supuesto aquel error, se verificaba que el Nilo circundase toda la Etiopía ni aun parte de ella, porque los antiguos geógrafos no le describían dando vuelta a la Etiopía, sino cortándola por medio. Esto es hablando de la alta Etiopía, porque la baja, aun en sentir de los antiguos, no la tocaba el Nilo en parte alguna. Dividen los Montes de la Luna las dos Etiopías, dejando la baja al Mediodía y la alta al Septentrión; con que naciendo el Nilo en los Montes de la Luna y tomando desde allí siempre al Septentrión, es consiguiente que no tocaría en la baja Etiopía. Así de cualquiera modo que se tome, estamos lejísimos de verificarse que el Nilo dé vuelta a toda la tierra de Etiopía, que es lo que el Sagrado Texto del Génesis nos dice del Gehón.

§ III

8. Es, pues, preciso para salvar la verdad del Sagrado Texto, buscar otro Gehón distinto del Nilo y otra Etiopía diversa de la africana. El hallar otra Etiopía es fácil. Algunos lugares de la Escritura la muestran como con el dedo en la Arabia a la orilla del Mar Bermejo. Ya notamos arriba que Sefora, que en el libro de los *Números* se llama etiopisa, era madianita, y la tierra de Madián convienen Josepho, Ptolomeo y San Jerónimo que estaba en la Arabia al Oriente del Mar Bermejo. En el capítulo 3 de *Habacuc* son nombradas las regiones de Etiopía y Madián como una misma: *Pro iniquitate vidi tentoria Aetiopiae, turbabuntur pelles terrae Madian.* En el capítulo 28 de Job se nombra el topacio de Etiopía, y los antiguos, como consta de Plinio y Estrabón, no conocieron otros topacios que los de una Isla del Mar Bermejo, vecina a la región de que hablamos, que abunda de ellos; y aun de ella, que se llama *Topazos*, tomaron el nombre. Los reyes de Etiopía, Taraca y Zara, de quienes en el libro 4 de los *Reyes*, y en el segundo del *Paralipómenon* se dice que movieron guerra, el primero contra Sennacherib, el segundo contra Judea, por todas las circunstancias de la historia se colige que reinaban en una región contérmina a Egipto y Palestina, y por consiguiente, comprehendida en los términos de la Arabia.

9. He visto que algunos modernos atribuyen al famoso protestante Samuel Bochart el descubrimiento de esta segunda Etiopía en la Escritura. Pero manifiestamente se engañan, porque en San Agustín (1) se halla claramente reconocida la Etiopía arábiga y probada con el argumento mismo tomado de la mujer de Moisés de que usa Samuel Bochart y que hemos propuesto arriba. Y aun por lo que el Santo dice en el lugar citado, parece que Eusebio le precedió en la misma advertencia. Aún más claro desengaño de que no fué Bochart autor de este descubrimiento, hallará el lector leyendo al eruditísimo P. Benito Pereyra, tomo I, *in Gen.*, libro 3, donde tratando del

(1) Lib. 1 de *Mirab. Sacr. Scr.*, cap. 28.

río Gehón trae todas las pruebas que hemos propuesto arriba y de que usa Samuel Bochart a favor de la existencia de la Etiopía asiática; y este docto jesuíta fué sin contoversia anterior a Bochart.

10. Quieren otros modernos que algunos autores antiguos profanos hayan conocido esta segunda Etiopía. Citan para ello a Plinio y Homero. Mas entiendo que padecen equivocación. Es verdad que Plinio distingue dos Etiopías, una occidental otra oriental, alegando para esta división a Homero. Pero de lo que dice en el libro 5, capítulo 8, consta claramente que coloca ambas Etiopías en el Africa, y que la división que hace de ellas en oriental y occidental, es sólo respectiva a partes oriental y occidental de la misma Africa; así ninguna de ellas toca a la Arabia, que según todos los geógrafos, tanto antiguos como modernos, es parte del Asia.

11. Alegan también que Memnón, hijo de la Aurora, llamado así por haber venido de las partes orientales al socorro de Troya, dicen Hesíodo y Píndaro, antiguos poetas griegos, que era Rey de los etíopes. Luego conocían estos autores alguna Etiopía asiática, porque la africana no era país oriental, sino meridional, respecto de Troya. Pero, lo primero, leve fundamento es el que se toma del testimonio de poetas, y poetas griegos, sospechosos de todo género de ficciones por la profesión y por la patria. Lo segundo, Plinio, libro 6, capítulo 29, hablando con expresión de la Etopía, que está al Mediodía de Egipto, que es la austral y africana, conocida hoy por este nombre, dice que en ella reinó Memnón. Y en el libro 5, capítulo 10, pone la casa real de Memnón en la misma parte. Asimismo Tácito libro 2, *Annal.*, refiriendo la expedición de Germánico por aquella región, entre las cosas notables de ella señala la estatua marmórea de Memnón, que herida de los rayos del Sol expiraba un suave sonido. Esta circunstancia comúnmente se tiene por fabulosa, mas nada hay de imposible en ella, siendo factible que estuviese interiormente organizada de modo que el aire contenido en su cavidad, enrarecido por el calor del Sol, saliese formando ese sonido.

12. Lo tercero. Si Memnón era rey de una Etiopía oriental respecto de Troya, esta Etiopía, así como no es la africana, tampoco puede ser la arábiga, porque el Mar Bermejo y la Arabia no eran orientales, sino meridionales respecto de Troya. Con que es menester fingir o suponer otra Etiopía distinta de las dos dichas, situada hacia la India. En efecto, no faltan quienes allí conciban la Etiopía donde reinaba Memnón; y lo que es más, San Agustín, en el lugar citado arriba, pone de opinión de Eusebio el primer origen de los etíopes en las márgenes del río Indo, de quien tomó su nombre la India Oriental.

13. Con más verisimilitud pudiera colocarse la Etiopía de Memnón en el Chusistán, que llaman Susiana los antiguos, provincia de la Persia, y bastantemente oriental, respecto de Troya. Da para ello fundamento Estrabón, pues dice que Susa, capital de la provincia y corte antigua de los reyes de Persia, fué edificada por Titón, padre de Memnón. Y el nombre de *Chusistán*, que con tanta natulidad puede imaginarse derivado de *Chus*, voz que en la Vulgata se halla siempre vertida en la de *Aethiopia*, parece que acaba de allanarlo todo, para que entendamos que aquella provincia es la Etiopía de quien habla la Escritura en la descripción del Paraíso.

14. El mal es que aun descubiertas dos Etiopías, una cierta, otra dudosa, distintas ambas de la que hoy conserva este nombre y en quienes se evita el absurdo de colocar el Nilo entre los ríos del Paraíso, estando su fuente distante de las de los otros tres 600 leguas poco más o menos, queda aún muy difícil encontrar río cuya fuente esté poco distante de las de los otros y de quien se verifique que riega la Etiopía, que es la circunstancia con que caracteriza la Escritura a Gehón; siendo cierto que ni a la Arabia ni al Chusis-

án baña río alguno que no tenga su origen bastante distante, aunque mucho menos que el Nilo, de las fuentes del Tigris y el Eufrates.

§ IV

15. Reconocida esta dificultad por nuestro grande expositor D. Agustín Calmet, le pareció preciso para completar el cuaternión de los ríos del Paraíso, buscar otra Etiopía distinta de las que hemos mencionado, o por mejor decir, otro país, a quien sea adaptable la voz *Chus* de que usa el original hebreo para nombrar la tierra a quien baña el río Gehón, y creyó hallarle en las vecindades del mar Caspio, en aquel pedazo de tierra que baña el Araxes.

16. Parece no hay sitio en el mundo que dé tanto motivo para creer que estuvo en él el Paraíso, como aquel que comprehende las fuentes del Eufrates y el Tigris. El nacer con él estos dos ríos es una seña tan específica, que ninguna otra puede contrarrestarla, pues estos dos, que hoy retienen los mismos nombres, dice Moisés que salían del Paraíso. Pero resta hallar otros dos, que son el Phisón y el Gehón. Los más de los antiguos expositores, viendo que al primero se da por seña en la Escritura bañar un país productivo de oro (*Ipse est qui circuit omnem terram Hevilat, ubi nascitur aurum*), y al segundo regar la Etiopía (*Ipse est qui circumit omnem terram Aetiopiae*), pensaron ser el primero el Ganges, que discurre gran parte de la India Oriental, y el segundo (por la razón que hemos dicho) el Nilo. Ya vimos que la enorme distancia de la fuente del Nilo hace inverisímil que éste sea el Gehón. El mismo inconveniente ocurre en el Ganges para que sea el Phisón, por estar también distantísima su fuente, aunque algo menos que la del Nilo. Y no sé cómo no dieron antes con el Indo que con el Ganges, pues no está, aunque mucho, tan alejado como el Ganges de Eufrates y el Tigris.

17. El P. Calmet, pues, hallando otros dos ríos cuyas fuentes no distan mucho de las del Eufrates y el Tigris, que son el Phasis y el Araxes, y pareciéndole encontrar felizmente en ellos el Phisón y el Gehón, se resolvió a colocar en aquel sitio el Paraíso. Nacen, como he dicho, el Araxes y el Phasis no muy distantes del Eufrates y el Tigris, pero siguen curso bastantemente opuesto. El Eufrates y el Tigris, tomando al Mediodía, aunque el primero con bastante inflexión al Poniente, van a meterse por el seno pérsico en el Océano. El Araxes, caminando hacia Oriente, se introduce en el mar Caspio, y el Phasis, tomando hacia el Septentrión, hace después una inflexión al Poniente, que le conduce al mar Negro o Ponto Euxino.

18. Como no bastaba hallar estos dos ríos si no se hallasen en ellos las señas que Moisés da del Phisón y del Gehón, que son correr el primero por un país fértil de oro, y el segundo por la Etiopía, ajustó el P. Calmet al Phasis y al Araxes respectivamente las dos señas. Corre el Phasis por la Mingrelia, que es la antigua Colchis tan celebrada en la antigüedad por la abundancia de oro, lo que ocasionó la fábula del vellocino de oro, por el cual navegó Jasón con los demás Argonautas a aquella tierra, con que ya se encuentra la seña del Phisón; y la mucha semejanza que tiene la voz *Phisón* con la de *Phasis* ayuda mucho a confirmar la identidad de los dos ríos.

19. No es tan perceptible la seña del Gehón en el Araxes. Con todo, se ha de advertir que según la mente del P. Calmet, para la identidad del Gehón con el Araxes no es menester que éste bañe algún país, que ahora o en otro tiempo haya tenido el nombre de Etiopía, sí sólo el de *Chus*; porque éste y no el de Etiopía, se da en el original hebreo a la tierra que circunda el Gehón, siendo para el intento accidentalísimo, que la Vulgata, la versión de los Setenta y otras sustituyesen por la voz *Chus* la voz *Aethiopia*. Supuesta esta advertencia, no le falta a nuestro autor más que probar que el país que

baña el Araxes se haya llamado *Chus* en algún tiempo, aunque nunca haya tenido el nombre de Etiopía. Esto lo prueba suponiendo que *Chus* es lo mismo que *Chut*, porque dice suelen los Chaldeos transformar la letra *schin* de los hebreos en la letra *tau*, por lo cual por *Chus* dicen *Chut*. Sienta, pues, que se llamaba *Cutha* aquella región que baña el Araxes y Cutheos los que la habitaban; los cuales de allí fueron trasladados por Salmanasar a Samaria, como consta del libro 4 *de los Reyes*, capítulo 17. Mas ¿de dónde se infiere (porque en el capítulo alegado no se expresa ni aun puede colegirse) que Cutha era la tierra que baña el Araxes? Del parentesco que tiene la voz *Cutha* con *Escitia* y *Cutheos* con *escitas*, y de que los escitas habitaron al principio aquella región, lo cual prueba nuestro autor con la autoridad de Herodoto, Justino y Diodoro Sículo. Añade que en las vecindades de aquella región se conservan algunos vestigioh del antiguo nombre de ella, como *Quitios*, *Cheteos*, las ciudades *Caetatis*, *Cetemine*, *Cithano*, *Cyta*, *Cetena*, etcétera.

20. Este sistema, aunque por su ingeniosidad y por los grandes créditos de su autor se ha hecho muy plausible, padece algunas graves dificultades. Lo primero que se ofrece contra él, es que explica con suma violencia lo que la Escritura dice en orden al río del Paraíso. El Sagrado Texto nombra un río en su origen, que después se divide en cuatro ríos: *Et fluvius egrediebatur de loco voluptatis ad irrigandum Paradisum, qui inde dividitur in quatuor capita: nomen uni Phison, etc.* En el sistema del P. Calmet no hay un río que se divida en cuatro, sino cuatro ríos desde su origen, con fuentres distintas y separadas, y tan separadas, que aun según la tabla geagráfica del Paraíso, inserta en el *Diccionario* de Calmet para demostración de su sistema, dista la fuente del Phasis cuarenta leguas españolas, poco más o menos de la fuente del Tigris. He dicho que aun según aquella tabla hay toda esta distancia, porque según la tabla geográfica de la Asia de Mons. de Fer. ajustada a las observaciones de la Academia Real de las Ciencias, distan las dos fuentes más de cincuenta leguas españolas.

21. Lo segundo, según la tabla geográfica del P. Calmet, sólo del Eufrates, cuya fuente pone en el centro del Paraíso, se verifica que le riega, las fuentes de los otros tres ríos pone en sus extremidades, especialmente la del Phasis, de modo que al punto que nace sale del ámbito del Paraíso. ¿Es esto regarle, como dice el Sagrado Texto?

22. Lo tercero, para dar el nombre de *Chus* al país que baña el Araxes, procede el discurso por ambages de etimologías, que es un modo de conjeturar sumamente falible, especialmente cuando las etimologías no son muy naturales. Añado que es inconveniente multiplicar los significados de la voz *Chus* de la Escritura de modo que signifique tres regiones distintas y separadas, como quiere el P. Calmet: la Etiopía africana, la Arabia o parte de ella y el país por donde camina el Araxes, porque estos es imponer en algún modo confusión o falta de claridad a los escritores sagrados.

§ V

23. Otro sistema del sitio del Paraíso que ha atrahído mucho séquito, es el que le coloca en la Mesopotamia en aquella parte donde se juntan en un común canal el Eufrates y el Tigris. Muchos creen autor de esta opinión al eruditísimo prelado Daniel Huet, otros a Samuel Bochart, que precedió a Huet; pero es cierto, que la misma habían llevado antes los PP. Benito Pereyra y Cornelio Alapide en sus *Comentarios sobre el Génesis*.

24. Para su inteligencia se advierte que el Tigris y Eufrates, que nacen en la Armenia mayor, después de correr más de 120 leguas de país, se juntan en la Mesopotamia, y volviendo a dividirse, entran separados en el seno pér-

sico. Quiere, pues, esta sentencia, que el Paraíso estuviese en aquella parte donde se juntan los dos ríos; y de este modo juzgan los autores que la siguen satisfacer cumplidamente a la letra del texto, que pone un río dividido en cuatro, porque dicen que el que se nombra un río, es el agregado del Tigris y Eufrates, juntos en una misma madre, y los cuatro en que se divide, los cuatro brazos: dos el Eufrates y el Tigris antes de juntarse, y otros dos los mismos Eufrates y Tigris después de dividirse; de suerte, que con las mismas aguas que se juntan y se dividen y forman sólo dos ríos, así antes de juntarse como después de dividirse, quieren ajustar lo cuartos ríos, en que, según el Sagrado Texto, se esparce el río común que sale del Paraíso.

25. Pero, ¿quién no ve la violencia suma de esta explicación? Esto propiamente (permítaseme esta jocosidad) es ajustar cuatro, con dos de la vela y de la vela dos. El texto expresamente dice que desde el Paraíso el río se divide en cuatro cabezas, *qui inde dividitur in quatuor capita.* Cuatro principios se llaman en la versión de los Setenta: *Quod inde dividitur in quatuor initia.* Con propiedad se dice que se divide el agregado de los dos ríos cuando se esparcen a la parte de abajo o siguiendo el descenso hacia el Océano, más no hacia la parte de arriba o siguiendo el ascenso. ¿Cómo puede decirse que se hace allí esta división, si ya vienen divididos desde sus fuentes? Aun permitido que ésta se llame división, no será división en cabezas, como las llama el texto, porque cabeza de un río es su fuente, por ser lo más alto de él; tampoco por lo mismo división en principios, voz de que usan los Setenta.

26. Omito la dificultad que queda pendiente, de no tocar el Tigris ni el Eufrates, ni juntos ni divididos, ninguna de las dos Etiopías o tierra alguna, a quien se pueda adaptar el nombre de *Chus.* Todas las aguas de que esta sentencia quiere formar los cuatro brazos o ríos, paran en el Seno Pérsico. sin bañar parte alguna de la Etiopía arábiga, y mucho menos de la africana, que está distantísima de ellos.

§ VI

27. Ocioso es impugnar otras sentencias que ha habido en orden al sitio del Paraíso, porque son tan extraviadas y tan visiblemente opuestas a las circunstancias que expresa el Sagrado Texto, que ya hoy no hallan sectario alguno. Hubo quien colocó el Paraíso en la Luna; quien en la cumbre de un monte vecino a ella, como si hubiese o pudiese haber en la tierra tal monte; quien debajo del Polo ártico, quien debajo del antártico, quien en la isla de Ceilán, quien en Flandes, quien en la Andalucía, quien en todo el globo de la tierra, afirmando que el Paraíso no era un sitio determinado, sino toda la tierra adornada de una extraordinaria fecundidad y hermosura, de que fué privada por el pecado de Adán.

28. Así de la extravagancia de estas opiniones, como de las grandes objeciones, que, como hemos visto, padecen las dos más plausibles que hoy hay entre los expositores del Génesis, colegirá el lector la grande arduidad de esta controversia, y esto mismo le tendrá en una curiosa expectación de ver lo que siento yo en ella, lo que no quiero ya dilatarle.

§ VII

29. Digo, pues, que lo que juzgo más probable es que el Paraíso estuvo en el sitio en que le coloca la segunda sentencia que acabo de impugnar. Mas, ¿cómo puedo seguir lo mismo que impugno? Variando las circunstancias y el modo, de suerte que no haya cabimiento a los objeciones que he propuesto. Verá aquí el lector un arbitrio semejante al que practicó Juanelo con el huevo y Alejandro con el nudo de Gordio. Suele una ocurrencia feliz

vencer dificultades que se hicieron insuperables a los mayores ingenios. Ya con otro arbitrio semejante dimos corte en otra dificultosísima cuestión, en que (permítaseme decirlo así) habían dado de ojos infinitos hombres eruditísimos.

30. El sitio donde se juntan el Eufrates y el Tigris es aptísimo para colocar en él el Paraíso, ya por su fertilidad, ya por su situación. De la fertilidad da claro testimonio Quinto Curcio en el libro 5, donde escribe: *Que el suelo que media entre el Tigris y el Eufrates es tan pingüe, que se dice que es menester retraher los ganados de pasto, porque no los sofoque la copia de nutrimento*; *y que la causa de esto es el humor que de uno y otro río resuda por las venas de toda la tierra vecina.*

31. La situación es la más cómoda; y tanto que apenas se puede discurrir en otra. Hallamos allí el Tigris y el Eufrates, lo que hace preciso el Sagrado Texto de la Vulgata, que nombra estos dos ríos como dos miembros de los cuatro en que se divide el río del Paraíso, y los hallamos haciendo los dos, antes de la división, un solo río, lo que también era necesario para salvar la letra del texto, que nombra un río en sigular en el ministerio de regar el Paraíso: *Et fluvius egrediebatur de loco voluptatis ad irrigandum Paradisum.* Esto no se puede verificar poniendo el Paraíso más arriba, hacia las fuentes del Tigris y el Eufrates, pues no hallamos allí un río que se divide en los dos, siendo cierto que de fuentes bien distantes salen divididos y separados, continuando después su curso, aun con mucha mayor separación, hasta que doblándose uno hacia otro, poco a poco viene a juntarse en el sitio de que hablamos.

32. Añádase que poner el Paraíso donde nacen el Tigris y el Eufrates, es colocarle en un sitio áspero, destemplado, lo que no conviene a la dulce temperie y deliciosa amenidad del Paraíso. Nacen estos dos ríos en los altísimos montes de Armenia, donde el suelo necesariamente es muy desigual y el frío excesivo. Este inconveniente sube mucho de punto en el sistema del P. Calmet (otros le juzgan de monsieur Relando), el cual pone la fuente del Eufrates en el centro del Paraíso, que es lo mismo que hacer centro del Paraíso uno de los montes más altos del mundo, esto es, el Ararat, donde ciertamente nace el Eufrates y donde muy probablemente descansó el Arca de Noé. La Escritura dice que paró sobre los montes de Armenia, y el más alto de la Armenia es el Ararat. Sobre esto quiere el P. Calmet que el Paraíso comprehenda en su circunfenrencia las fuentes del Tigris, el Phasis y el Araxes, que todos nacen en otros elevados montes de la Armenia; con que a buena cuenta todo el Paraíso a la reserva de uno u otro estrecho vallecito, vendría a estar en sitio muy áspero y destemplado.

§ VII

33. Teniendo el sitio que hemos señalado las ventajas expresadas para el intento, lo que resta es hallar en él otros dos ríos, en que se divida aquel agregado de aguas y sean brazos suyos, como lo son el Tigris y el Eufrates. Resta también que de estos dos ríos uno ciña la Etiopía, otro haga tránsito por alguna tierra productiva de oro. Pero, ¡oh que no se encuentran tales ríos! con que da consigo en tierra el sistema. Este es el argumento único que hay contra nosotros: argumento que ha hecho hasta ahora grandísima fuerza y que bien mirado, ninguna fuerza tiene, sino la que le ha dado la falta de reflexión de los que han tratado esta materia. Con dos preguntas haré manifiesta la futilidad de esta objeción.

34. Pregunto lo primero: ¿para la verificación del Sagrado Texto es menester que hoy se hallen esos dos ríos? ¿O bastará que los hubiese cuando Moisés escribió su historia? Pregunto lo segundo: de que hoy no se hallan esos dos ríos, ¿se infiere que no lo hubo cuando Dios formó el Paraíso ?

cuando Moisés escribió el libro del Génesis?

35. A la primera pregunta es clarísima la respuesta. Moisés habló de presente de los ríos, como estaban en su tiempo, no respectivamente a todos los siglos venideros, como es visible en la letra del texto. Escribió historia, no profecía. A la segunda pregunta, ¿qué lógico, ni físico responderá que aquella ilación es buena? Desde Moisés acá pasaron tres mil y trescientos años, poco más o menos, según la más ceñida cronología. ¿Qué imposibilidad, ni aun qué dificultad o inverisimilitud hay en que en tan dilatado curso de siglos, algunos ríos dejasen sus antiguos lechos y se mezclasen con otros? No sólo no hay dificultad alguna en esto, sino que antes sería un gran prodigio que todos los ríos llevasen hoy su curso por donde lo llevaban ha tres mil años. Atreveréme a decir resueltamente que no hay alguno en el mundo que no haya variado poco o mucho su antigua senda. De muchos lo sabemos con entera certidumbre. Apenas hay alguna grande avenida en que el Rhin en ciertos parajes no la varíe, arruinando algunas islas y formando otras nuevas. En este país el río Nalón ha muchos años que torció el curso junto al lugar de Olloniego, distante legua y media de esta ciudad de Oviedo: de modo que hoy corre apartado más de trescientos pasos del puente, que antes tenía, y que hoy subsiste; y el mismo, hacia la Pola de la Viana, pueblo distante de aquí cinco leguas, todos los años sucesivamente va ganando algo de tierra hacia una orilla y apartándose de la otra, lo que ha ocasionado no leve pérdida de hacienda a este mi Colegio.

36. Siendo, pues, tan factible y aun tan fácil que los ríos, mudando de lecho, mezclen sus aguas con otros, se debe dar por hecho constante y cierto que así sucedió al Phisón y al Gehón. De suerte, que en esta materia de la imposibilidad se infiere el hecho. La razón es clara. Hoy no vemos tales ríos. Es cierto que en tiempo de Moisés lo había, porque esto consta de su canónico historia. Luego es cierto que desde entonces acá se desaparecieron. ¿Y cómo pudieron desaparecerse? Sólo del Eufrates o con uno de los dos. Luego modo que hemos dicho: mudando de lecho y mezclándose con el Tigris y el Eufrates o con uno de los dos. Luego efectivamente sucedió así.

37. El modo de hacerse esta traslación es naturalísimo y facilísimo. Dividióse aquel agregado de aguas en cuatro brazos o ríos: el Eufrates, el Tigris, el Phisón y el Gehón. Con algunas grandes avenidas pudo acumularse tanta arena y broza hacia las bocas o aberturas por donde se daba expediente a las aguas que formaban estos dos últimos ríos, que las bocas se cerrasen; de que necesariamente se seguiría que las aguas que fluían por los canales de éstos, se vertiesen por los canales de los dos primeros o de uno de ellos. Con que dividiéndose un tiempo aquel río o agregado de aguas en cuatro brazos, hoy sólo se divide en dos.

38. Un ejemplar idéntico de esto tenemos en el Nilo. Dividióse el Nilo un tiempo en siete brazos para desaguarse por otras tantas bocas en el Mediterráneo:

Et septem gemini turbant trepida ostia Nili.

Que cantó Virgilio, con quien están conformes los antiguos geógrafos. Plinio dice que se dividía en quince brazos (1), pero solían nombrarse solo los siete por más célebres: El Canópico, el Bolbitino, el Sebennitico, El Phatnitico, el Mendesico, el Tanitico y el Pelusiaco. El día de hoy sólo se divide en tres brazos naturales y uno artificial, que sólo lleva agua un mes en todo el año. Si el Nilo, habiéndose en un tiempo dividido en quince brazos, hoy sólo se divide en cuatro, ¿qué mucho que el río compuesto del Eufrates y el Tigris, dividiéndose en otro tiempo en cuatro brazos, hoy sólo se divida en dos? Esto no es dejas las cosas en estado de mera conjetura, sino que es pre-

(1) Lib. 5, cap. 10.

ciso creer que así sucedió, para conciliar el estado presente de aquellos ríos, que consta por experiencia, con el que tenían tiempo de Moisés y que nos consta de la Escritura (2).

39. Y es de advertir que en esta materia, no sólo se debe hacer cuenta de las variaciones que induce por accidente la naturaleza, más también de las que hace de intento el arte. Muchas veces han juntado los hombres ríos que estaban divididos, ya para hacer uno navegable, ya para otros fines; como también muchas veces han separado ríos que iban juntos, ya para impedir las inundaciones, ya para procurar el riego a diferentes países.

§ IX

40. Superada la dificultad de encontrar los cuatro brazos del río del Paraíso, no tiene alguna el que uno de ellos ciñese la Etiopía arábiga, y otro bañase algún país fértil de minas de oro. La Etiopía arábiga está tan a mano para este efecto, que al mismo Eufrates, si desde que toca en Bir, ciudad del Diarbec o Mesopotamia no torciese notablemente el curso hacia Oriente, se entraría en la Arabia; con que otro brazo que hubiese allí algo occidental respecto del Eufrates, naturalísimamente se entraría en la Arabia, ciñendo con su curso aquel país, que tuvo nombre de Etiopía, hasta desaguarse hacia la boca del Mar Bermejo.

41. Tampoco hay dificultad en que el otro brazo que se perdió, confundiéndose o con el Eufrates o mucho más verisímilmente con el Tigris, pasase por alguna tierra fértil de oro. Yo, a la verdad, no tengo noticia específica de que hacia aquellos países haya minas de este metal; mas esto no prohibe que las haya o por lo menos que algún tiempo las haya habido.

42. Para cuya inteligencia noto, lo primero que en el mundo hay muchas más minas de oro que lo que comúnmente se piensa. Esto se colige claramente de los muchos ríos que conducen arenas o granos de oro. Sólo en la Francia se encuentran diez entre arroyos y ríos donde se hallan estos granos, sin que esto sea cuenta alegre de poetas, sino observación experimental de físicos modernos, como puede verse en las *Memorias de la Academia Real de las Ciencias* del año 1718, pág. 70, no tiene duda que estos granos vienen de minas de donde los desprende el ímpetu porfiado de las corrientes.

43. Noto, lo segundo, que las más de las minas de oro están sin uso por varias razones: ya por no poder comprehenderse en qué sitio se hallan, ya por ser tan profundas, que no pueden explotarse sin aventurar inmenso gasto por una ganancia incierta, ya por estar sepultadas debajo de mucha copia de agua inagotable.

44. Noto, lo tercero, que es muy verosímil que muchas de las minas que hoy están sin uso, le tuvieron algún tiempo. Esto por varios principios. Ya porque llegaron a profundarse de modo que el coste de la extracción vino a ser mayor que la utilidad, ya porque la vena en su progreso se fué experimentado más pobre que en el principio, de que resultaba el mismo inconveniente; ya porque dejando su cultivo o por guerras o por deserción de los naturales o por otro accidente, se perdió después su memoria, ya, en fin porque abandonada por cualquier accidente el uso de las minas en algún tiempo considerable, se perdió en los naturales la pericia necesaria para la extracción y purificación del oro.

45. Noto, po cuarto, que es igualmente verísimil que falten muchas minas que existieron en algún tiemp

(2) Lo que en este lugar decimos del número de las bocas del Nilo, es tomado del *Diccionario* de Moreri. Tomás Cornelio dice que muchos son del mismo sentir. El P. Sicard, misionero jesuíta en Egipto, refiere que hoy subsisten todas siete bocas y las nombra. Pero en un mapa hecho en El Cairo el año de 1715, que está incorporado en el tomo 2 de las nuevas *Memorias de Misiones* de los PP. de la Compañía de Levante, sólo se hallan notadas cinco, de las cuales la una es artificial y sólo en un mes del año tiene agua.

por haberse evacuado enteramente la vena y agotado juntamente en la tierra el jugo necesario para su formación. No sólo la posibilidad de estas dos cosas es tan notoria que es ocioso probarla, mas aun se puede dar alguna prueba del hecho. En la antigüedad fué celebradísimo el Pactolo, río de la Lidia en la Asia Menor, no sólo en las plumas de los poetas, más también en las de historiadores y geógrafos, por la copia de sus arenas de oro. Pero el día de hoy, como afirma Jacob Spon en la *Relación de su viaje del Levante*, ni un grano de metal precioso se halla en su corriente. La causa más verisímil (aunque alguna otra se puede discurrir) de esta mutación, es que el Pactolo haya en la sucesión de tantos siglos roído toda la mina y juntamente haya faltado en la tierra el jugo para la producción del oro.

46. Es constante que el algunas regiones donde hubo en otro tiempo muchas minas de oro no parecen ahora ni muchas ni pocas. Plinio y Estrabón celebraron a España como copiosa de estas minas. ¿Dónde están hoy? Qué hay algunas es cierto, como consta de los granos de oro que arrastran el Sil y el Tajo. Pero son minas profundamente sepultadas, de que no hablan aquellos dos autores, sino de las que se beneficiaban. Silio Itálico da a entender, que con alguna especialidad y preferencia a otros provincias de España, era rica de minas de oro esta de Asturias, pues dice que era ocupación ordinaria de sus naturales beneficiarlas.

Astur avarus
visceribus lacerae telluris mergitur imis,
reddit infelix effoso concolor auro.

¿Qué noticia hay al presente en Asturias ni que seña de alguna mina de oro? Jorge Agrícola, en el tratado *De Veteribus et novis metallis*, prueba lo mismo de Alemania y Francia, con la distinción de que en Francia, habiéndolas habido algún tiempo, ninguna hay hoy; en Alemania las hay, pero pocas, respecto de las que en un tiempo hubo.

47. Esta falta de minas en los países donde antiguamente las hubo, necesariamente depende de alguno de los capítulos arriba expresados o de todos distributivamente. Unas realmente se habrán acabado, otras se habrán olvidado, otras habrán quedado en tanta profunlidad, que no pudiesen beneficiarse: otras por su pobreza se despreciarían como inútiles. Y últimamente, después de la sucesión de algunos siglos, de casi de todas éstas se habrá perdido la memoria.

48. De todo lo dicho se infiere necesariamente que el que en tal o tal país no se vea hoy alguna mina de oro, no prueba que en tiempos muy antiguos no hubiese copia de ellas y los naturales las beneficiasen con grande utilidad suya. Luego, aunque hoy no se hallen minas de oro en alguno de los países vecinos al Tigris y al Eufrates, no estorba que hubiese muchas y muy copiosas en tiempo de Moisés, lo que basta para la verificación de que el Phisón, aunque tuviese su curso por tierras donde hoy no se halla un grano de oro, pasaba por un país abundante de este metal.

§ X

49. Este principio sirve igualmente para el desembarazo de otras dos cuestiones que hasta ahora agitaron no con menor conato los expositores sagrados que la del sitio del Paraíso: la primera, qué tierra sea la que en la Escritura se llama *Ophir*, de donde Salomón condujo por medio de sus naves tanta copia de oro; la segunda, cuál la de *Tharsis*, de donde traía oro, plata, dientes de elefantes, monas y pavones. Los autores que tratan estas dos cuestiones tienen por requisito esencial para la decisión buscar dos países, el uno de los cuales abunde de oro y el otro, sobre abundar de oro y plata, críe monas, pavones y elefantes. Decimos que estas circunstancias son inconducentes para hallar por ellas las re-

giones de Tarsis y Ofir, pues que hoy tal región produzca aquellos géneros, no infiere que los produjese en tiempo de Salomón, ni el que los produjese en tiempo de Salomón infiere que los produzca ahora. En cuanto a las minas de oro (la misma razón milita en las de plata), ya hemos probado que de unos siglos a otros ha habido gran variedad. En cuanto a la producción de tales o tales animales en tal o tal país, tenemos también pruebas específicas de que también en esto ha habido gran variedad. En la Siberia, país septentrional del Asia, de la dominación del Czar, es constante que mubo el algún siglo gran copia de elefantes, cuya prueba invencible se toma de la prodigiosa copia de dientes de estos brutos que se halla en aquel país. El pececillo llamado *púrpura*, que se cogía en el mar de Tiro, ha mucho tiempo que no parece en él ni en alguna de sus cercanías. Así pudieron ser aquellos países, de donde Salomón traía oro, plata, pavones, monas y dientes de elefantes, distintos de todos los que hoy producen estos géneros minerales y animales.

50. Con esta ocasión notaré aquí que algunos expositores, por cierta equivocación, han concebido mucho más difícil que en realidad lo es, la cuestión sobre señalar qué país se llamaba Tarsis, y de aquí se han movido a inventar opiniones acaso muy distantes de la verdad. Es el caso que en el libro 3 *de los Reyes*, capítulo 10, se dice que la flota de Salomón en cada trienio hacía un viaje a Tarsis: *Classis Regis per mare cum classe Hiram semel per tres annos ibat in Tharsis.* Este texto le han entendido muchos como que la flota tardaba tres años en la ida y vuelta de este viaje, por lo que consiguientemente discurrieron unos en colocar a Tarsis en la América, otros en hacer aquella navegación sumamente heterogénea y prolija por varios y distintísimos puertos de Europa, Africa y Asia. Es claro que el texto no pide entenderse de ese modo. Aunque la flota fuese y volviese de Tarsis en dos meses, como en cada tres años no hiciese más de un viaje, queda íntegra y sana en todo rigor natural la verdad del texto, como con toda verdad se dice que un mercader de este país va una vez cada año a Bilbao, aunque no tarde más que un mes en ida y vuelta.

§ XI

51. No veo que contra nuestra sentencia pueda oponerse cosa de algún momento, antes juzgo que está perfectamente acorde con el Sagrado Texto de la Vulgata en todas sus circunstancias, sin que en ella se explique ni una palabra con violencia, lo que me parece no se verifica en otra alguna de todas las demás opiniones que hay sobre esta materia.

52. He dicho que nuestra sentencia está perfectamente acorde con el Sagrado Texto de la Vulgata. En esto está la gran dificultad de la cuestión, porque si se quiere decir (como han dicho muchos expositores, aun de los más católicos) que la Vulgata en algunas voces y aun cláusulas inconducentes para la doctrina de fe y costumbres, se aparta de la genuina significación del original hebreo, es mucho más fácil resolver la cuestión del sitio del Paraíso y se podrá elegir éste sin estorbo en distintos y distantes países. La razón es porque en el original hebreo no hay las voces de Tigris y Eufrates, sino en lugar de Tigris, *Chiddechel*, y en lugar de Eufrates, *Perath*. Como hoy ningunos ríos del mundo se apellidan con estos nombres, como ni tampoco con los de Phisón y Gehón, el que no se atare para la versión de las dos primeras voces a la Vulgata podrá escoger para el sitio del Paraíso los cuatro ríos que le parecieron más cómodos, tengan hoy los nombres que quisieren, y por consiguiente, estar a su arbitrio colocar el Paraíso en distintos y distantes países. Al contrario, estando atados a la versión Vulgata nos vemos precisados a poner el Paraíso en sitio donde le bañasen los mi

mos ríos que hoy se llaman Tigris y Eufrates, porque estos mismos nombres tenían cuando se hizo la versión Vulgata.

53. De discurrir en esta materia con independencia de la Vulgata procedió tanta variedad de opiniones, que colocan el Paraíso en sitios diversísimos y distantísimos de todo el curso del Eufrates y el Tigris, libertad que se tomaron algunos expositores más que de mediana nota. De aquí procedió llevarle unos a la isla de Ceilán y otros a la tórrida zona, otros a continente distinto del nuestro, etc.

54. No ignoro que muchos doctísimos teólogos y expositores sienten que la declaración del Concilio Tridentino, ses. 4, capítulo 2, en orden a la autenticidad de la Vulgata, sólo fué difinitiva en cuanto a que la Vulgata esta exenta de todo error *in rebus fidei, et morum*, pero no de erratas introducidas por incuria en algunas cosas insustanciales y leves. Aun algunos de los gravísimos teólogos que asistieron al Concilio explicaron ser de este sentir, como Vega, libro 5 *de Justificat.*, Cano, *de Locis*, libro 2, capítulos 13, 14, 15: Diego de Payva, *in defensa Vulgatae*, libro 2: Salmerón, *Prolegom.* 3. Añade Vega que al cardenal de Santa Cruz Marcelo Corvino, uno de los legados y presidentes del Concilio, oyó decir que ésta había sido la mente de los padres en aquella declaración. Tampoco ignoro que aun después de la corrección de la Biblia, hecha por Sixto V, posterior al Concilio Tridentino, y la última por Clemente VIII, varones grandes sienten que aún hay lugar a más correcciones, bien que en cosas tan insustanciales, que por justas causas pareció más conveniente dejarlas como estaban. Esto expresó claramente el gran Berlamino en una epístola a Lucas Brugense: *Scias velim Biblia Vulgata non esse a nobis accuratissime castigata: multa enim de industria iustis de causis pertransivimus, quae correctione indigere videbantur*. Y lo que es más, el mismo Clemente VIII, en la Bula que precede al Prólogo de su edición, significa lo propio por estas palabras: *In hac Vulgata editione vissa sunt nonnulla mutanda, quae consulto mutata non sunt.*

55. Añado que parece que hoy reina en Roma este mismo sentir: lo que colijo de que habiendo el P. Natal Alejandro en el siglo IV de su *Historia Eclesiástica*, disertación 39, artículo 5, no sólo afirmado que en la Vulgata restan aún muchas erratas que corregir (de las cuales especifica un gran número en el artículo siguiente), mas también que parte de ellas vienen, no de los copistas o impresores, sino del mismo intérprete que tradujo la Sagrada Biblia del hebreo al latín, examinando después severamente en Roma toda la *Historia Eclesiástica* de este autor los censores romanos, que nada indulgentes anduvieron con él, antes le notaron y borraron innumerables proposiciones, en este punto no tocaron poco o mucho, antes dejaron aquellos dos artículos totalmente indemnes.

56. Con todo lo dicho no apruebo ni puedo aprobar la libertad que algunos se toman para enmendar la Vulgata por el hebreo, sin urgentísimo motivo; esto es, cuando la Vulgata parece que pugna consigo misma y según el texto hebreo cese la contradicción; con cuya ocasión enmendaron uno u otro lugar algunos varones píos y eruditos. ¿Y qué mucho, si también hay texto, que por el motivo de oposición con otro, grandes hombres juzgaron se debía enmendarlo, no sólo en la Vulgata, mas también en el hebreo? En el libro 4 *de los Reyes*, capítulo 8, se dice que Ochocias era de veintidós años cuando empezó a reinar. En el segundo del *Paralipómenon*, capítulo 22, se lee que era Ochocias de cuarenta y dos años cuando empezó a reinar. Cayetano, Tornielo, Saliano, Spondano, Petavio, Cornelio Alapide, Natal Alexandro y otros muchos han juzgado ser estos dos textos totalmente irreconciliables, por lo cual quieren que se corrija el segundo por el primero. Pero esta antilogia, no sólo se halla en la Vulgata, mas también en el hebreo. El ori-

ginal hebreo fué copiado muchas veces, como también la Vulgata; así pudo por inadvertencia de algún copista introducirse en él esa errata, como por lo mismo se introdujeron muchas en la Vulgata. En las Biblias siriacas, de que antiguamente usó la Iglesia de Antioquía, y en algunos manuscritos griegos está conforme el texto del *Paralipómenon* con el de los *Reyes*.

57. Algunas veces, aunque en el fondo no haya oposición, hay necesidad de explicar las expresiones de la Vulgata por las del hebreo. Pongo por ejemplo: en el capítulo 34 del *Exodo* hay esta cláusula hablando de Moisés al bajar del monte Sina: *Et ignorabat quod cornuta esset facies sua ex consortio sermonis Domini.* Y luego inmediatamente: *Videntes autem Aaron, et filii Israel cornutam Moysi faciem*, etc. En el hebreo se lee: *Non cognovit quod resplenduisset cutis faciei eius, cum loqueretur cum eo, et vidit Aaron, et omnes filii Israel Moysem, et ecce resplenduit cutis faciei eius.* Es cierto que la expresión de la Vulgata es metafórica y para los más tan oscura, que la dan un sentido totalmente dísono. El hebreo la declara; y que se deba entender en el texto lo que directamente exprime el hebreo, consta también de San Pablo, epístola 2, *ad Corinth.*, capítulo 3, por aquellas palabras: *Ita ut non possent intendere filii Israel in faciem Moysi propter gloriam vultus eius.*

58. Como quiera que se hallen algunas voces o sentencias en la Vulgata no correspondientes a las que tiene el hebreo, nunca dijera yo que la falta viene de la ignorancia del intérprete traductor (sea S. Jerónimo u otro padre más antiguo), sino de los copistas o impresores. Dicen que hay algunas de tal naturaleza, que no pueden proceder de yerro de la imprenta ni de inadvertencia del copista. Vengo en ello. Pero ¿quién quitará que procedían de malicia, infidelidad o bachillería y capricho de uno o de otro? Henrico Christiano Henninio, en unas de sus notas sobre las *Epístolas itinerarias* de Jacobo Tollio, dice que en Gonda, ciudad de Holanda, se imprimió el año de 1479 una Biblia, en cuya frente y título se puso que esta edición era *corregida y aumentada.* Y porque no se piense que esta sería una mera equivocación del impresor, añade que efectivamente aquella edición introdujo en el Sagrado Texto gran número de fábulas. Nótese el año de la impresión, porque se vea que no todas las corrupciones de esta clase se deben atribuir a los herejes, pues en aquel tiempo aún toda Holanda era católica.

59. Pero todo lo dicho, de cualquier modo que se tome, nada indemniza a los que, para colocar el Paraíso en sitios muy distantes del Tigris y el Eufrates, voluntariamente sustituyen a estos ríos otros diversísimos. En el caso presente no hay motivo que precise a desviarse de la Vulgata. Es verdad que el hebreo significa los dos ríos Tigris y Eufrates con otras voces, mas esto no induce oposición alguna entre el original y la versión. Llamáronse los dos ríos *Chiddechet* y *Perath* cuando Moisés escribió; mudáronse después estos nombres (lo que es verisímil acaeció a todos los demás del mundo) en los de Tigris y Eufrates, y hallándolos ya el intérprete que tradujo el Génesis del hebreo al latín en la posesión de estos dos nombres, los apellidó con ellos, lo que hizo justísimamente para dar idea menos confusa del sitio del Paraíso. Por otra parte, la senda que he tomado en este discurso está exenta (si no me engaño) de todos los tropiezos que hasta ahora se encontraron en el Sagrado Texto de la Vulgata

VENIDA DEL ANTICRISTO Y FIN DEL MUNDO

Discurso quinto

§ I

1. Consta claramente de las Sagradas Letras que llegará tiempo, en que cortando la Providencia el hilo al largo tejido de las generaciones humanas, vendrá el Hijo de Dios a juzgar vivos y muertos. Este término fatal será precedido de funestas turbaciones en los cielos, en los elementos, en los negocios humanos. Pero la primera de todas será la terrible persecución que padecerán todos los justos y verdaderos creyentes debajo de la opresión de un tirano iniquísimo y poderosísimo, que obrará en la tierra con amplísimos poderes de todo el infierno, y cuyo carácter expresó el apóstol San Juan, dándole previamente el nombre de *Anti Christus*, esto es, *Contra Christo*; porque todas sus acciones se dirigirán a desterrar enteramente del mundo el culto del Redentor.

2. Mas ¿cuándo será esto? Nadie lo sabe. Aun a los ángeles del cielo se esconde este secreto (1), porque Dios le reservó para Sí solo: *De die autem illa et hora nemo scit, neque Angeli Caelorum, nisi solus Pater.* Con todo, a tanto se arroja la temeridad humana, que lo que es incomprehensible a los Angeles, presumen averiguar los hombres.

§ II

3. Los que más descaminadamente discurrieron en esta materia son los que por observaciones astronómicas o astrológicas quisieron determinar la duración del mundo. De este número fué el cardenal Pedro Aliacense, varón por otra parte doctísimo, pero tan encaprichado de la vanidad astrológica que pretendía, que aun los sucesos sobrenaturales y sólo dependientes de la absoluta y extraordinaria potencia de Dios, como el Diluvio Universal, nacimiento y milagros del Redentor, se podían adivinar por las estrellas. Este, pues, sin otro principio o fundamento, determinó el fin del mundo para el año de 1789; Jerónimo Cardano, que alejándose poco del Aliacense, le señaló para el año de 1800, y Arnaldo de Villanova, que anticipando a aquella cuenta más de cuatrocientos años, le colocó, dicen unos, en el de 1326, otros en el de 1335, otros en el de 1345, otros en el de 1376, no consultaron para sus predicciones otros oráculos que los mismos del Aliacense; esto es, los luminares celestes. Puede agregarse a éstos un rabí, llamado Isaac Azán, que floreció en tiempo del rey D. Alonso el Sabio, el cual medía la duración del mundo por la del año magno de Platón. Dan este nombre a aquel espacio de tiempo que se requiere para que todos los astros vuelvan al sitio y positura que tenían al principio, y unos le componen de quince mil años solares, otros de treinta y seis mil, otros de más y otros de menos.

4. Con motivo, aunque no tan ridículo, harto insubsistente, computaron otros la duración del mundo, ya por levísimas conjeturas, ya por siniestra interpretación de las Sagradas Letras. S. Jerónimo dice que Apolina-

(1) *Matth.*, cap. 24.

rio Laodiceno interpretaba las semanas de Daniel de modo que resultaba la venida del Anticristo el año 490 de la Encarnación del Verbo. Filastro cita otros que anticipaban el fin del mundo al año 365 de nuestra Redención. Otros, regulando la duración del mundo por una proporción numérica, voluntaria a la de su creación, decían, que como la creación había sido hecha en seis días, su existencia duraría seis mil años. San Ambrosio y el venerable Beda citan otros que proporcionando también a cada día un milenario de años, echaban la cuenta por otro camino, para sacar que pasados siete mil años, sería el Juicio final. Otros, de quien hace mención el P. Benito Pereyra en el libro primero de su *Comento sobre el Génesis*, discurriendo que desde la venida de Cristo hasta el fin del mundo correría igual espacio de tiempo que desde la creación hasta el Diluvio, pronosticaban la ruina del orbe para el año de 1656 de nuestra Redención. San Agustín refiere otras tres sentencias; la primera, que señalaba por término de la duración del mundo el año de 400 de Cristo; la segunda, el de 500; la tercera, el de 1.000. Finalmente, otros de quienes habla San Vicente Ferrer, querían (no sé por qué) que el número de años desde el nacimiento de Cristo hasta su segunda venida, fuese no mayor ni menor que el de los versos de los Salmos de David; de modo que en el sentir de éstos, la colección de aquéllos versos constituyen una serie sucesiva de profecías, relativa según el orden numérico en que están colocados todos los años después del nacimiento de Cristo hasta el fin del mundo; esto es, el primer verso es profecía para el primer año; el segundo, para el segundo, etc.

5. Todos estos son sueños de gente despierta, y es la más benigna censura que se les puede aplicar. Muchos de los cómputos referidos se hallan ya falsificados. Lo mismo sucederá a todos los demás, salvo que una mera casualidad haga encontrar el pronóstico con el suceso.

§ III

6. Con algo más de verosimilitud discurrieron los que ponen igual distancia de tiempo entre la venida del Redentor y fin del mundo, a la que hubo desde el principio del mundo hasta la venida de Cristo. Fúndanse éstos en aquellas palabras del Profeta *Habacuc*, capítulo 3: *Domine, opus tuum in medio annorum vivifica illud, in medio annorum notum facies*; *cum iratus fueris, misericordiae recordaberis.* La obra de Dios por antonomasia, dicen, es la Encarnación del Verbo, y mediante ella, la Redención del hombre. Luego en medio de los años, esto es, con igual distancia de tiempo respecto al principio y fin del mundo, hizo Dios esta grande obra. Pero las dos expresiones, la primera *opus tuum*, y la segunda *in medio annorum*, son tan equívocas, oscuras y de tan varios modos las interpretan los expositores sagrados, que queda en una suma incertidumbre el cómputo que por este texto se hace de la distancia del Juicio final.

§ IV

7. Otro modo de errar distinto y mucho más frecuente hubo en esta materia, que fué el de imaginar próximo el Juicio final, ya por creer revelaciones fabulosas o rumores vanos, ya por juzgar que en los sucesos ocurrentes se hallaba el carácter propio de aquellos que, según el testimonio de las Sagradas Letras, precederán la ruina del orbe.

8. Prevaleció en algunos tiempos un prurito notable de anunciar o ya existente en el mundo o próximo a venir el Anticristo. Hasta los sagrados púlpitos se atrevió a subir esta patraña en las lenguas de predicadores temerarios, que desahogaban su imprudente o fingido celo aterrando con ella a sus oyentes. Propagóse tanto este desorden, que el Sumo Pontífice León X le halló digno de remediarse en un Concilio general, el último Lateranense, donde en

su Bula *Supernae maiestatis*, eficacísimamente intima a todos los predicadores, que por ningún caso anuncien al pueblo la venida del Anticristo o el tiempo fijo del Juicio final. Aun este remedio no debió ser suficiente a atajar el mal, pues vemos, cerca de cincuenta años después, que el primer Concilio provincial Mediolanense, que presidió San Carlos Borromeo, en la Constitución sexta *De Praedicatione verbi Dei*, trató de corregir este abuso, entre otros, en que caían muchos predicadores: *Ne certum tempus Anti-Christi adventus, extremi iudicii diem praedicent.*

9. Ya en los principios de la Iglesia había empezado a oírse esta cantilena, pues de San Pablo en la carta 2 *a los de Tesalónica*, capítulo 2, consta, que en su tiempo había impostores que anunciaban próximo el Juicio final, y el Apóstol en el lugar citado rebate esta ficción.

10. El error de creer próximo el Juicio final; por imaginar estampadas en los sucesos ocurrentes algunas señas de las que la Escritura insinúa como previas a aquel día fatal, comprehendió en diferentes tiempos a muchos hombres grandes en virtud y letras. Las persecuciones de la Iglesia, la relajación grande de costumbres, guerras sangrientas, esterilidades, terremotos y otras calamidades públicas, se les representaban preludios de la tragedia universal. Este juicio hicieron las Iglesias de León de Francia y de Viena del Delfinado, con ocasión de la persecución de Marco Aurelio, y se lo escribieron a las Iglesias asiáticas, como refiere Eusebio. En la persecución de Septimio Severo creyó también Tertuliano próxima la venida del Anticristo, como consta de él mismo en el libro *De Fuga in persecutione*, capítulo 2. San Dionisio, obispo de Alejandría, cayó en la misma aprehensión en la persecución de Decio. San Cipriano, al ver la persecución de Galo y Volusiano, no como quiera aprehendió cercana la venida del Anticristo, sino que la dió por fija y constante. Así escribe en la epístola 66 a los Tibaritanos: *Debéis saber y creer como cosa cierta, que el día fatal ya empezó a estar sobre nuestras cabezas, y se ha acercado el ocaso del siglo y tiempo del Anticristo.* Lo propio sucedió a San Hilario en la persecución movida por el emperador Valente, que favorecía la secta de Arrio contra los católicos. San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande, cada uno respectivamente en su tiempo, se creyeron cercanos al fin del mundo, pareciéndoles ver en las calamidades públicas las notas de su próxima ruina. Consta esto de muchas expresiones formalísimas de los cuatro padres citados. San Martín, Sumo Pontífice, sintió lo propio, con ocasión de la persecución de Constante, emperador monotelita. San Bernardo, contemplando la corrupción de costumbres que reinaba en su tiempo, juzgó haber llegado el común desorden a tal extremo, que ya no podía tardar el Anticristo: *Superest ut reveletur homo peccati, filius perditionis* (1). Otros muchos que omito, y en diversos tiempos, fueron del mismo sentir.

§ V

11. Mas no puedo dejar en silencio dos casos singularísimos pertenecientes a este asunto. Son dos fenómenos raros de la historia, que pueden motivar algunas útiles reflexiones a la más delicada crítica. Entre los que creyeron (al parecer) próximo en su tiempo el fin del mundo son comprehendidos dos sujetos eminentísimos en santidad: San Martín de Turón y San Vicente Ferrer, con la singularidad de juzgar existente ya en el mundo al Anticristo. Consta lo primero de Sulpicio Severo, que dice habérselo oído al mismo San Martín. Estas son sus palabras, como las copian el dominicano Maluenda. libro I *de Anti Christo*, capítulo 36, y el benedictino Calmet, *Dissert. de Anti Christo*, artículo 4: *Non esse au-*

(1) *Serm.* 6 in Psalm. 90.

tem dubium, quin Anti Christus malo spiritu conceptus, esset etiam in annis puerilibus constitutus, aetate legitima sumpturus imperium. Quod autem haec ab illo audivimus annus octavus est. Vos autem aestimate, quo in praecipitio consistunt, quae futura sunt. Según este testimonio de Sulpicio Severo, aquel gran Santo estuvo en la creencia de que ya el Anticristo era nacido y estaba en los años pueriles, cuando le participó esta especie al mismo autor que la escribe. ¿Qué diremos a esto? Que aquel incomparable espejo de virtud y prudencia padeció en esta materia alguna especie de ilusión. ¿Quién se atreverá a pensarlo? Que faltase a la verdad el autor que lo refiere: ¿quién lo creerá de la gravedad y vida ejemplar de Sulpicio, digno discípulo del mismo San Martín de Turón? Puede ser que el maestro lo pronunciase sólo como una falible conjetura, fundada en algunas observaciones de los sucesos de aquel tiempo, y el discípulo lo equivocado lo recibiese como aserción positiva.

§ VI

12. Lo de San Vicente Ferrer no es menos admirable y está la noticia fuera de toda duda, porque consta de carta del mismo santo a Benedicto XIII o don Pedro de Luna, a quien entonces creía verdadero Papa. En dicha carta no sólo propone su opinión, mas también los fundamentos que tiene para ella. Traduciré en castellano lo que de esta carta copia el P. Maluenda, el cual, omitiendo los tres primeros fundamentos, empieza por el cuarto. «Lo cuarto —dice el santo—, se muestra la misma conclusión por otra revelación que me refirió cierto varón a lo que me parece devoto y santo. Porque predicando yo la primera vez en las partes de la Lombardía, ahora hace nueve años cumplidos, vino a mí de la Toscana aquel varón, enviado, según él decía, por ciertos ermitaños santísimos, que en las partes de la Toscana vivían con grandísima austeridad, refiriéndome que aquellos varones habían tenido expresas revelaciones de que el Anticristo era ya nacido, y que esto debía denunciarse al mundo para que los fieles se preparasen para tan terrible guerra; y que por tanto, dichos santos ermitaños me enviaban aquel mensajero, para que yo denunciase esto al mundo. Infiérese, pues, claramente de dichas revelaciones, si son verdaderas, que ya el Anticristo es nacido y tiene cumplidos nueve años de su maldita edad.

13. »Lo quinto, se prueba la misma conclusión por cierta otra revelación expresa, que oí en el Piamonte por relación de un mercader veneciano muy fidedigno, a lo que creo. Este me dijo que estando él en las partes ultramarinas, en un monasterio de frailes menores, asistiendo a unas vísperas solemnes, al fin de ellas dos novicios del mismo monasterio, habiendo cantado, según la costumbre, *Benedicamus Domino,* inmediatamente arrebatados a vista de todo el pueblo que asistía visiblemente por grande espacio de tiempo, finalmente concordes clamaron con voz terrible: *Hoy a esta hora nació el Anticristo, destruidor del mundo*... y yo, preguntando y haciendo pesquisa del tiempo de esta visión, manifiestamente hallé que ya pasaron desde ella aca nueve años cumplidos.

14. »Lo sexto, se infiere la misma conclusión por otras muchas revelaciones hechas a muchísimas personas devotas y espirituales. Porque andando yo predicando por diversas regiones, provincias, reinos, ciudades, villas y aldeas, me ocurrieron frecuentemente diversas personas devotas y espirituales, refiriéndome y aseverándome con certeza diversas revelaciones suyas concordes a lo que se ha dicho acerca del tiempo del Anticristo y del fin del mundo.

15. »Lo séptimo, se prueba la misma conclusión por la forzada confesión de innumerables demonios. Porque habiendo yo visto en muchas partes del mundo muchos energúmenos, que eran traídos a un sacerdote de nuestra Com-

pañía para que los conjurase, luego que empezaba a conjurarlos, manifiestamente decían del tiempo del Anticristo, concordando con lo que se dijo arriba, voceando terriblemente a todos los circunstantes, que por la virtud de Cristo contra la propia voluntad y malicia, se veían forzados a predicar esta verdad a los hombres, para que se preparasen por una verdadera penitencia... Pero preguntados los demonios y conjurados para que dijesen el lugar del nacimiento del Anticristo, jamás quisieron declararlo.

16. »Lo octavo, se muestra la misma conclusión por los anuncios del Anticristo que ya empiezan a predicar por el mundo contra la doctrina evangélica: de los cuales muchos son demonios en hábitos de ermitaños, de religiosos y de personas honestas, apareciéndose a los hombres, los cuales, cuando parece que los fieles los aprehenden y juzgan los tienen cogidos, de repente se desaparecen, como frecuentísimamente se ha experimentado en muchos lugares. Por lo cual, de todos los motivos dichos formo para mí la opinión y creencia verísimil, aunque no ciencia cierta o predicable, de que ha ya nueve años que nació el Anticristo. Pero la conclusión que dice que presto y muy presto y brevísimamente será el tiempo del Anticristo y fin del mundo, en todas partes la predico cierta y seguramente... Esto es, Santísimo Padre, lo que del tiempo del Anticristo y fin del mundo predico, discurriendo por la tierra, bajo la corrección y determinación de vuestra Santidad, la cual el Altísimo conserve felizmente lo que deseáis. Amén. Escrita en la Villa de Alcañiza, a 17 de julio del año de 1412.»

17. No han faltado quienes, blasfemamente atrevidos, hayan discurrido y aun osado propalar que San Vicente fingió todas las cosas, movido del celo de aterrar los pueblos y traerlos por medio del terror a la penitencia de los vicios y reforma de costumbres. Es cierto que se han visto y aun acaso se ven hoy no pocos predicadores, que usaron del indigno artificio de amenazar a los oyentes con algunas graves calamidades que los esperaban, en términos de tal modo compuestos, que les dejaban entender que lo sabían por revelación y con cierta ambigüedad misteriosa para precaverse de ser reconvenidos de impostura. Detestable abuso y sumamente injurioso al sagrado ministerio de la predicación, tomar la mentira, que tiene por padre al demonio, por instrumento para intimar la verdad, que es hija de Dios! *Quae conventio Christie ad Belial* (1)? La palabra de Dios, que como clama el mismo Apóstol en otra parte, es viva, eficaz y más penetrante que el más afilado cuchillo de dos cortes, necesita del auxilio de la ficción par insinuarse en las almas: *Numquid Deus indiget vestro mendacio, ut pro illo loquamini dolos* (2)? Mas por lo mismo que un tal abuso es pernicioso y abominable, cuanto tiene de abominable, otro tanto tiene de increíble en el santísimo apóstol de Valencia. Bien sé que se han escrito algunas apologías a favor suyo sobre este punto, pero sólo he visto la justificación que hace por él San Antonino.

18. Lo que este santo dice, en suma se reduce a que muchas veces las revelaciones no se entienden plenamente, y aunque se entiendan plenamente, Dios, tal vez, por justísimos motivos, abrevia o alarga los plazos prescriptos a los sucesos revelados. De esto segundo no faltan ejemplares canonizados. Son formalísimos el de la profecía de la muerte del rey Ezequías, intimada por Isaías. Y el de la predicción de la ruina de Nínive, clamada por Jonás. Pero como estos ejemplares son rarísimos, así no se debe frecuentar la aplicación de ellos a fin de justificar predicciones, cuyo cumplimiento falta al término señalado; ¿y quién no ve que este es un recurso bellísimo para librarse de todo embarazo, cualesquiera impostores que se metan a profetas?

19. Cuanto a lo primero, aun con-

(1) Paul. epist. 2, *Ad Corinth.*, cap. 6.
(2) *Job*, cap. 13.

viniendo en que tal vez suceda así, no basta para evacuar la presente dificultad. Bien está que aquel a quien Dios revela alguna cosa, no entienda plenamente la revelación, pero que la entienda en un sentido en que la revelación es falsa, no es creíble, siendo evidente que Dios la propondrá de modo que no induzca error alguno en el que la recibe; y el error es inevitable, si la revelación tiene por objeto alguna cosa diversa de lo que sus expresiones natural y literalmente significan. Este es el caso en que estamos. Dos aserciones o conclusiones hay en la Carta de San Vicente Ferrer. La primera propone el Anticristo existente ya en el mundo: la segunda muy próxima su venida. La primera se funda en revelaciones hechas a otras personas; la segunda, según parece del contexto, así de la carta, como de la apología de San Antonino, en revelación hecha al mismo San Vicente. Tanto en aquéllas como en ésta el error sería inevitable, siendo concebidas en aquellos términos.

20. A la verdad, en cuanto a las primeras no nos ofrece el contexto de la carta dificultad alguna de momento. El mismo santo duda de su verdad. Y ahora nadie puede dudar de que todas aquellas revelaciones fueron supuestas. La revelación propia del santo es la que puede angustiar, y en efecto angustia el discurso. San Antonino responde que aquella expresion, *presto y muy presto y brevísimamente será del tiempo del Anticristo, y fin del mundo*, no significaba en la intención de Dios un plazo tan breve como San Vicente entendió, sino algo más dilatado. Pero esta solución podía ser admitida en tiempo de San Antonino, no ahora. San Antonino escribió su Apología (como él mismo expresa) cuarenta años después que San Vicentes predicó próxima la ruina del mundo; y así aun podía entonces tenerse por verdadera la profecía, entendiendo que la expresión *presto y muy presto*, etc., podía comprehender plazo algo más dilatado que los cuarenta años que habían pasado. Pero desde que San Vicente escribió la carta a don Pedro de Luna hasta nuestro tiempo, pasaron ya trescientos veintitrés años. ¿Quién dirá que la proposición y expresiones, *presto y muy presto y muy brevemente será el tiempo del Anticristo y fin del mundo*, se verifican o pueden verificar, no habiendo venido el Anticristo hasta ahora?

21. Es cierto, como advierte el gran director de espíritus nuestro maestro Fr. Antonio de Alvarado, libro 2 *Del Arte del bien vivir*, capítulo 51, que aun los Santos están expuestos a padecer una u otra vez engaños en materia de visiones y revelaciones, singularmente los que son muy abstinentes y de poco sueño, circunstancias que a veces disponen el celebro para recibir una impresión tan viva de las especies imaginadas, como si fuesen reales sus objetos. Así parece que sin inconveniente se podría decir que San Vicente Ferrer en esta materia se engañó, juzgando revelada una noticia que no lo era.

22. Si esta solución no agradare, confieso que no hallo otro modo de desatar el nudo, sino el que practicó Alejandro con el gordiano; esto es, cortarle, diciendo que lo que toca a la predicción positiva de la próxima venida del Anticristo y fin del mundo no fué escrito por San Vicente Ferrer, sino intruso en su carta por algún copiante infiel. San Antonino es cierto que insinúa tener alguna duda en orden a esto.

23. La manifiesta falsedad de las demás revelaciones que San Vicente refiere y a él le refirieron de otras personas conspirantes todas a persuadir existente en aquel tiempo el Anticristo, es un insigne ejemplar de las muchas ilusiones y engaños que hay en materia de revelaciones y profecías particulares, y que es bien de tener presente para no caer en la indiscreta facilidad de muchos, que respetan como voces de Dios las imaginaciones de cualquier beata. También es razón tener presente la multitud de energúmenos que afirmaban lo mismo que aquellas revela-

ciones, como preservativo contra los frecuentes engaños que se padecen en esta materia y a que da motivo la ciega credulidad de muchos exorcistas. No recae la nota de crédulo o de fácil en el gloriosísimo apóstol de Valencia, el cual aun con tantas noticias adquiridas por varias partes de revelaciones, testificaciones de energúmenos, apariciones y desapariciones de demonios, no pasó de una *creencia verisímil*, como él mismo la llama, de la existencia del Anticristo; antes resplandece la alta prudencia del santo en que con tantos y tan repetidos motivos no colocase su asenso en el grado de certeza moral.

24. Y no se debe omitir aquí que la calamitosa cismática constitución en que se hallaba la Iglesia en aquel tiempo, divida primero en dos facciones y después en tres, por la duda de cuál era verdadero Papa, al principio entre dos, y al fin entre tres contendientes, era ocasionadísima para creer próxima la venida del Anticristo, como se juntasen algunos adminículos al mismo fin. Es cierto que San Vicente no apartaba los ojos de aquel estado funesto de la Iglesia cuando pensaba o asentía a la próxima ruina del mundo, lo que se colige de una ingeniosa alusión que hace en un sermón de la segunda Dominica de Adviento de aquel gran cisma a las señales, que según consta del Evangelio precederán el Juicio final. Como una de ellas es la oscuridad del Sol, dice el santo que esta señal ya la tenían presente, pues siendo el vicario de Cristo el Sol místico que ilustra la Iglesia, este Sol estaba entonces oscurecido a la vista de los hombres, ignorando éstos, de tres que se decían Papas, cuál era el verdadero. Debemos suponer al santo afligidísimo por la grave dolencia que entonces padecía la Iglesia. Su dolor en este caso se debe medir por la grandeza de su celo; y la tristeza que causa algún mal grave es una disposición del ánimo para temer y creer otros males diversos. No hay que admirar que viendo al santo en esta disposición, llegasen a él muchos o ilusos o embusteros, con varios cuentos de revelaciones, apariciones y prodigios, que afirmaban y confirmaban la existencia o próxima venida del Anticristo. Añádese que el candor propio de los varones de eminente virtud suele dar osadía a los autores de fábulas, debajo del supuesto que hacen de que quien nunca miente, con dificultad cree que otros mienten.

§ VII

25. Aún nos resta otra clase de errores muy extravagantes en orden al Anticristo. Estos son de los que llegaron a señalar persona, de quien decían que lo era o sería. San Agustín (1) refiere que algunos sentían que el emperador Nerón había de resucitar y sería el Anticristo, pero otros, consintiendo en que Nerón sería el Anticristo, afirmaban que no era muerto, sino que milagrosamente se conservaba oculto, manteniendo siempre el vigor juvenil, hasta que llegase el tiempo de mostrarse al mundo y ejercer en él su impía y tirana dominación. Sulpicio Severo, varón por otra parte muy grave, se mostró inclinado a esta ridícula opinión en el libro segundo de *Sacra Historia*.

26. En el tomo IV, discurso XIV, número 73, copiamos la noticia que nuestro abad Tritemio da de aquel portentoso español Fernando de Córdoba, refiriendo que en consideración de su milagrosa extensión en ciencias, artes y lenguas, algunos imaginaron que era el Anticristo.

27. Pero a cuantas opiniones extravagantes ha habido en orden al tiempo y persona del Anticristo, excede el delirio de los herejes modernos, del cual trataremos con alguna extensión, porque se vea a qué absurdos o quimeras despeña a estos miserables el ciego y furioso odio que profesan a la Sagrada Iglesia Católica Romana.

(1) Lib. 20 *De Civit.*, cap. 19.

Opinión de los herejes modernos en orden al Anticristo

§ VIII

28. Aunque en la grande oficina de errores, la escuela digo de Lutero, comprehendiendo en ella para este efecto la de Calvino, se fraguaron tantos y tan agigantados mentales monstruos, entiendo que ninguno cuya deformidad sea más visible y palpable que la designación del Anticristo. Prepárese el lector para entender una cosa admirable, que no sé si le moverá más a indignación o a risa. ¿Quién pensará que en la escuela luterana es el Anticristo (ya lo digo) el Pontífice Romano? Así lo afirmó Lutero, así Calvino, siguiendo a estos dos jefes innumerables doctores de ambas sectas, cuyas citas podrá ver el curioso en el gran Belarmino (1), y en el obispo Bosuet (2). Donde se debe advertir que ninguno de ellos aplicaba este carácter a la persona de tal o tal Papa en particular, sino al oficio o por razón del oficio a todos los Papas que hubo de muchos siglos a esta parte.

29. Juzgarán muchos que esta sería acaso sola una expresión metafórica, para denotar o error de doctrina o perversidad de costumbres, semejante a aquellas del evangelista San Juan: *Nunc Anti-Christi multi facti sunt* (3); no es así. Con todo rigor y propiedad usaban de la voz *Anticristo* al aplicársela al Romano Pontífice. Así pretendían los sectarios, como aún hoy lo pretenden, que de él se verifican literalmente todas las notas distintivas del Anticristo que se expresan proféticamente en las Sagradas Letras.

30. A la verdad, mucho antes de Lutero, Wiclef, y mucho antes de Wiclef, Gerberto, intruso obispo de Rems, habían dado al Soberano Pontífice el nombre de Anticristo. Consta lo primero de la proposición 30 de aquel heresiarca, condenada en el Concilio Constanciense, y lo segundo de Baronio al año de Cristo de 992. Pero parece claro que uno y otro hablaron en tono declamatorio y con locuciones figuradas. Así no se debe quitar a Lutero la gloria de tan bella invención, aunque en las blasfemas expresiones de aquellos dos precursores suyos hallase como un apuntamiento o vestigio de tan soberana máxima.

31. No sólo clamoreó Lutero en sus escritos que el Papa era el Anticristo, mas hizo introducir esta fatuidad entre los artículos del Sínodo de Esmalcalda, celebrado por él y los demás luteranos el año de 1537, sin embargo de la oposición que a ello hizo Felipe Melancton, el cual, no sólo no quiso suscribir a este artículo, pero ni aun negar la suprema autoridad en la Iglesia al Papa, bien que poniéndole la restricción de que esta superioridad era de derecho humano y no divino. Consta esto de varios escritos de Melancton, que publicó a vista de Lutero y de todo el partido luterano. Por lo cual no podemos asentir al gran Berlamino en la conjetura que hizo de que el libelo *De potestate, et Primatu Papae, seu Regno Anti-Christi*, que salió a luz en nombre del Sínodo de Esmalcalda, era compuesto por Melancton. Fué este hombre el más templado de cuantos herejes hubo hasta ahora. Perplejo siempre en algún modo entre la verdad y el error, seguía el partido de Lutero, ni bien impelido ni bien voluntario. Metido entre tinieblas, recibía a tiempos algunos débiles rayos de luz con que distinguía las tinieblas mismas. Deseaba ardientemente la paz de la Iglesia, lloraba amargamente la discordia, pero quería un medio entre la doctrina romana, y luterana; un medio, digo, en que él juzgaba estar el punto de la verdad, siendo realmente no más que una diminución del error.

32. Si el lector se admira (como sin duda se admirará y con muchísima razón) de ver autorizada por un Sínodo la quimera de graduar al Papa

(1) Lib. 3 *De Summ. Pontif.*
(2) *Hist. de Variat.*, lib. 13.
(3) *Epíst. 1*, cap. 2.

de Anticristo, ¿qué hará cuando sepa que en otro Sínodo, celebrado mucho tiempo después, no sólo se confirmó la misma máxima, mas se declaró como artículo de fe y como fundamento sustancial de la separación que de la Iglesia Romana hicieron los sectarios? En efecto, este portento se vió en el Sínodo de calvinistas, congregado en Gap, ciudad del Delfinado, el año de 1603. En el artículo 31 de la confesión de fe de dicho Sínodo se lee la magistral decisión de que *el Papa es propiamente el Anticristo y el hijo de perdición señalado en las Sagradas Letras, y la bestia vestida de púrpura, que el Señor despedazará, etc.* Y en el capítulo *de Disciplina* pronuncia aquellos dementados lo que se sigue: *Porque muchos se han inquietado de que se haya nombrado al Papa Anticristo, el Sínodo protesta que esta es la creencia y confesión común de todos nosotros, y que este es el fundamento de nuestra separación de la Iglesia Romana; fundamento tomado de la Escritura y sellado con la sangre de tantos mártires.* ¡Y qué buenos mártires!

33. Las pruebas en que fundan los protestantes este disparatado dogma son tan ridículas, tan despreciables, que no puedo menos de admirar que algunos de nuestros controversistas hayan tomado muy de intento su impugnación y respuesta. Todo se reduce a que las señas y expresiones con que en las Sagradas Letras se caracteriza el Anticristo, convienen con toda propiedad al Papa. Daniel llama al Anticristo *la abominación de desolación sentada en el Templo.* San Pablo (1) le llama *el hombre del pecado, el hijo de perdición, contrario a Dios*; *que se ensalza sobre todo lo que dice Dios, y que sentado en el Templo, se muestra como Dios, y hace adorar como tal.* Todo esto, dicen los protestantes, cuadra con toda propiedad al Papa. ¡Raro modo de delirar! ¿Es contrario a Dios quien es el más firme apoyo de su culto, quien procura conservarle y aumentarle, y cuanto es de su parte le extendería por toda la haz de la tierra rra? ¿Ensálzase sobre Dios y quiere ser adorado como tal, quien se postra delante de sus altares, quien humildemente en el Sacrificio de la Misa le reconoce, adora y pide humildemente perdón de sus pecados: quien finalmente, en los instrumentos públicos se nombra *siervo de los siervos de Dios*? No paran aquí las blasfemias de estos frenéticos: la bestia del Apocalipsis, vestido de púrpura, en quien reconocen los expositores figurado el Anticristo, es, dicen, puntualísimamente el Papa. El vestido de púrpura significa su regia y tiránica potestad; los siete cuernos de la bestia, los siete Sacramentos; el carácter que imprime en la frente de los suyos es la señal de la Cruz y el santo Crisma, con que se imprime; la grande Babilonia, de que se hace memoria hablando de la bestia, es Roma; los prodigios engañosos de la bestia son los milagros que Roma atribuye a los santos y a sus reliquias. Sólo la impudencia incitada del furor puede exponer de este modo la Escritura, y sólo con el desprecio, con la mofa, con el asco se debe responder a tal especie de argumentos.

34. Es más claro que la luz meridiana que las expresiones de que usa la Escritura hablando del Anticristo, denotan un individuo, una persona determinada, no una serie sucesiva de sujetos revestidos de una misma dignidad. Mas ya que los herejes quieren que sea lo segundo, es preciso nos digan cuándo empezó esa serie anticristiana. Punto es éste en que han variado tanto como desvariado. No hay que extrañar porque se ven metidos en tal estrecho, que no pueden revolverse en él sin hacerse pedazos. Ya se ve que no pueden empezar esta serie desde los tres o cuatro siglos primeros, por dos razones: la una, que en esos primeros siglos, según ellos, la Iglesia estaba incorrupta y todos sus pastores seguían y mantenían la doctrina sana y verdadera. La otra, que si se pone tan atrás la venida del Anticristo, no sale

(1) 2 *ad Tessal.*, cap. 2.

bien la cuenta de la duración de su reinado, que señala el *Apocalipsis*, para acomodarse al sistema de los protestantes. En este sagrado libro se expresa que la tiránica dominación del Anticristo durará mil doscientos sesenta días. Los protestantes quieren que estos días sean años, porque no pueden salvar su sistema sin sacar a cada paso los pasajes de la Escritura de sus quicios. Con que si pusiesen la venida del Anticristo en los primeros siglos, era preciso, para ir consiguientes, decir que ya el reinado del Anticristo se había acabado, lo que ellos no dirán mientras ven subsistir el imperio pontificio. De hecho, por este capítulo se ven ya falsificados los cómputos de algunos de los primeros protestantes.

35. La gran dificultad de la materia está en que quieren señalar los protestantes para el nacimiento del Anticristo aquel tiempo en que, según ellos, la doctrina de la Iglesia se corrompió y los obispos de Roma (este es su lenguaje) se intrusaron en la dominación tiránica sobre todos los demás obispos. Este punto de tiempo no está bien ajustado entre ellos: unos le ponen más allá, otros más acá. Pero el caso es que el inconveniente de que se hayan pasado los mil doscientos sesenta años del reinado del Anticristo, no solo le incurren los primeros, mas aun los segundos. Quieren ellos que el reinado del Anticristo haya empezado en el primer obispo de Roma, que se arrogó el título de obispo universal o la monárquica dominación sobre toda la Iglesia. Esta universal dominación se hallan precisados a reconocerla ya establecida en tiempo de San León el Grande, con que la data más atrasada que pueden señalar al nacimiento del Anticristo debe ser algo anterior al pontificado de San León, o por lo menos coetánea al mismo San León, constituyendo a este santísimo Pontífice el primer Anticristo. En efecto, en el prontificado de San León colocó el nacimiento del Anticristo el famoso ministro de Roterdam Pedro Juriú, el más ardiente partidario de la facción protestante que hubo en estos últimos tiempos.

36. Pedro Juriú, calvinista, natural de Francia y refugiado en Holanda, viendo el infeliz y mísero estado a que se había reducido en Francia su secta por la revocación del edicto de Nantes, hecha el año de 1685, procuró desde luego buscar algún consuelo a su dolor y al de todos los calvinistas desterrados, y le halló en la pronta o inminente ruina del imperio pontificio e Iglesia romana, viéndola a su parecer claramente delineada en la duración que a la tiranía del Anticristo señala el *Apocalipsis*. Suponía para esto que en el año de 450 o a la mitad del siglo V, había empezado el imperio del Anticristo, con que sumando aquel número con el de 1260 años de la duración de su reinado, concluía que por buena cuenta en el año de 1710 había de arruinarse el imperio pontificio y con él toda la Iglesia romana, empezando desde entonces a triunfar gloriosa la religión protestante.

37. A la verdad, no fué original en este cómputo el ministro de Juriú. Ya había hecho el mismo el inglés José Mede a los principios del siglo pasado, en un libro que intituló *Clave del Apocalypsi*. Mas como esta diferencia, que José Mede había formado, como problemáticamente, cuatro cálculos diferentes. El primero sentenciaba la ruina de la Iglesia romana para el año 1620. El segundo para el de 1653. El tercero para el de 1690. Y el último para el de 1710. Pero Juriú, que escribía su *Cumplimiento de las Profecías* el año de 1686, ya no podía adoptar ni el primero ni el segundo cálculo, cuyos plazos habían expirado, subsistiendo muchos años después el imperio pontificio. El plazo del tercer cálculo le veía muy cercano y no reconocía las cosas dispuestas para que tan en breve acaeciese tan grande revolución. Así se explica el mismo: *No parece que las cosas están maduras el día de hoy para un suceso tan grande, ni se debe imaginar, que el imperio del Anticristo y de la idolatría se derribe tan fáci*

nente, y sea destruído en cuatro o cinco años (1). Por esta razón se atuvo al último cálculo, que fijaba esta gran revolución para el año de 1710. Bien que Juriú no tomó con tanta precisión este plazo, que no alargase probablemente a cuatro o cinco años más adelante. Ve aquí otro pasaje suyo: *Este imperio* anticristiano) *nació cerca del año de* 450, *morirá cerca del año* 1710, *justamente* 1260 *años después de su nacimiento. Puede ser que muera algún tiempo antes..., pero no veo que pueda durar más, sino es acaso hasta el año* 1714. Murió Juriú el año de 1713. Si hubiera vivido uno o dos años más, padecería la vergüenza de ver enteramente falsificado su cómputo.

38. Entiendo que Dios, con especialísima providencia, para beneficio nuestro permite que estos desdichados abracen como verdades tan visibles quimeras. Su ceguedad nos sirve de luz para conocer más claramente el error y advertir que los que se separan de la Iglesia católica, parece que no sólo pierden la fe, mas el juicio y el sentido común. Asombran las monstruosidades de tan desatinado dogma. Con él constituyen los sectarios por Anticristo, no a un hombre o individuo determinado, como las expresiones de la Escritura claramente demuestran, sino a una serie sucesiva de muchísiversal. Comprehenden en la serie de Anticristos a muchos varones de eminentímundo, cuando con igual evidencia consta de las mismas Sagradas Letras que precederá pocos años al juicio universal. Comprenden en la serie de Anticristos a muchos varones de eminentísima santidad. ¿Quién no se horroriza al ver que los apítetos de *hijos de la perdición*, de *hombre del pecado*, de *contrario a Dios*, de *voracísima bestia*, se adaptan a un San León el Grande, a un San Gelasio, a un San Gregorio el Magno y otros semejantes? Finalmente, se obstinan en cerrar los ojos, aun cuando experiencias repetidas les dan en ellos con sus mismos errores. Ven los sectarios de hoy que cuantos tuvieron la osadía de pronosticar, como deducida de la Sagrada Página, la ruina del imperio pontificio, todos erraron. Esto convence demonstrativamente que todo su sistema va errado y que entienden al revés los santos vaticinios de la Escritura. Mas ni por eso se desengañan o enmiendan, antes temosamente acumulan errores a errores, queriendo reparar los antiguos con otros nuevos. Como el ministro Juriú alargó al último plazo de la ruina del papismo señalado por José Mede, monsieur Allix, viendo el infeliz suceso de los pronósticos de uno y otro, alargó también el último plazo de Juriú, pero con alguna latitud, anunciando al público que el Anticristo pontificio perecería el año de 1716 o el de 1720 o a más tardar, en el de 1736. Ya pasaron los dos primeros plazos, y el último le estamos tocando con el dedo, sin apariencia o disposición alguna para esta revolución. Pero ya está en la palestra otro protestante, Nicolás Gutlero, profesor de Teología en Deventer, alargando el plazo de monsieur Allix a todo el curso del siglo en que estamos.

39. Parece entremés, comedia o juego instituído por los protestantes, a fin de divertir y dar que reír a los católicos. Aun si esto fuese una materia de leve importancia, en que el yerro o el acierto se aventurase poco o nada, no había tanto que reír o que admirar. Pero, como ya vimos arriba, la doctrina del anticristianismo papal se estableció como dogma fundamental del protestantismo en el Sínodo de Gap: y poco ha el famoso partidario Juriú, respetado entre los calvinistas, como héroe de su secta, le reconoció por tan capital, que sin él no podía subsistir su creencia. Véanse estas sentencias suyas extrahídas del tomo primero. *Avisos a los refugiados.* Primera: *Si los reformados* (así se llaman a sí mismos los protestantes) *tuviesen continuamente delante de los ojos esta grande e importante verdad, que el papismo es el anticristianismo, no hubieran caído en la relajación en que los vemos el día de*

(1) *Acomplis, des Propheties*, t. 2, cap. 2.

hoy. Segunda, hablando de la misma máxima: *Esta es una verdad tan capital, que sin ella nadie puede ser verdadero cristiano*. Tercera: *Francamente yo miro con tanta firmeza esto como artículo de fe, que no tendría por buenos cristianos los que negasen esta verdad*. Cuarta: *Este es el fundamento de toda nuestra reforma*. No se ha menester saber más para comprehender, que todo lo que llaman Reforma es un tejido de doctrina disparatada, sin fundamento, sin apoyo, sin pies ni cabeza.

APENDICE PRIMERO

Sobre el origen del Anticristo

§ IX

40. Siendo siempre nuestro principal intento desterrar errores populares, no es razón que tratando del Anticristo omitamos uno, que sobre su origen ha tomado mucho vuelo entre la gente desnuda de doctrina. Este es que el Anticristo nacerá de padre y madre consagrados a Dios con el voto de castidad. Este vulgar error no tiene otro fundamento más que la idea general de que la perversidad singularísima del Anticristo, que el Apóstol explica admirablemente con el atributo antonomásico de *Hombre del pecado*, parece que pide con cierto modo de proporción que aun su generación sea pecaminosa, y pecaminosa no como quiera, sino gravísima y enormísimamente.

41. En efecto, la feísima idea que la Escritura da del Anticristo, por este principio conjetural, ha ocasionado varias opiniones, algunas bien extrañas, en orden a su nacimiento. No faltaron quienes dijesen, que como Cristo nació de Madre Virgen por obra del Espíritu Santo, el Anticristo nacerá de madre virgen por obra del demonio. Pero este es error manifiesto, porque siendo la generación uno de los milagros mayores de la Omnipotencia, y tanto, según San Agustín (1), que no se puede discurrir otro mayor, es imposible ejecutarse por influjo del demonio.

42. Otros dijeron que nacería de una mujer perdidísima, por la detestable cooperación de un demonio incubo. Algunos impugnan esta opinión, por juzgar el hecho físicamente imposible. Otros, por el inconveniente teológico de que debilita la prueba de que Jesús es el verdadero Mesías, tomada de su nacimiento de Madre Virgen. Mas a lo primero decimos que no hay razón física que pruebe la imposibilidad de aquella generación; antes sí algunas muy fuertes que prueban la posibilidad, como tenemos demonstrado en una carta, que con otras doctrinales, saldrá a luz en algún tiempo, queriendo Dios. A lo segundo, que no veo por dónde se deduce tal inconveniente. Si la milagrosa generación de Cristo no nos constara sino por fe humana, esto es, por deposición de testigos que afirmasen que María, señora nuestra, en el tiempo de su Concepción, no había tenido comercio con hombre alguno, es cierto que podría refundir aquella opinión alguna incertidumbre en nuestra creencia, porque podrían oponer los que la impugnasen, que sin milagro y sin comercio alguno con el otro sexo, podía haber concebido, sólo por la operación de un Angel, o bueno o malo. Pero como la milagrosa generación de Cristo, a influjo mero y puro de la Omnipotencia, nos consta por fe sobrenatural, ¿qué inconveniente nos trae para esto aquella opinión? Así la generación del Anticristo por obra de demonio íncubo la tenemos por posible. Lo que será, Dios lo sabe.

43. Otros, por hacerle aún de peor condición, no quisieron que fuese hijo del demonio en ninguno de los dos modos dichos, sino él mismo un demonio encarnado o vestido de carne humana; de suerte que en la misma forma que el alma racional informa nuestros cuerpos, se imaginaron, que un espíritu infernal informará y animará un cuerpo

---

(1) Epíst. 3 *ad Volusianum*.

orgánico de nuestra especie, y éste será el Anticristo. Esta opinión, ni aun como hipótesis puede ser admitida, por incluir el error de Filón, Orígenes, y Tertuliano, de que de los demonios pueden unirse a los cuerpos humanos e informarlos del mismo modo que el alma racional.

44. Otros, atendiendo a la proporción de contrariedad del Anticristo a Cristo, o por hacerle contrario en todo, dijeron, que como Cristo nació de una Madre purísima y castísima, el Anticristo nacerá de una vilísima prostituta, manchada con todo género de lascivia y la más libidinosa que jamás ha habido. Otros por la regla de hacer muy pecaminosa su generación, quieren que nazca del incestuoso concúbito de padre con hija o madre con hijo. Finalmente, por la misma regla, se ha venido a dar en la opinión o aprehensión de que nacerá de padre y madre ligados con profesión religiosa.

45. Entre todas estas opiniones hay, como ya se ha notado, algunas damnables y ninguna que tenga positiva probabilidad. Cuanto se ha dicho y cuanto se dirá sobre los padres del Anticristo, es y será, cuando no otra cosa peor, una mera voluntariedad, por carecer de fundamento en las Sagradas Letras. El que él haya de ser perversísimo, no tiene conexión con que su generación sea torpe en esta o en aquella manera. La Providencia no se gobierna por las proporciones que nosotros ideamos. A cada paso se ven hijos malísimos de padres bonísimos, y al contrario.

46. A las opiniones damnables que arriba hemos notado, podemos agregar la última, que es la que ahora tratamos de impugnar. La razón es porque los PP. de la Iglesia unánimamente convienen en que el Anticristo será de la progenie judaica, y aun añaden la especificación de que nacerá del tribu de Dan. Así entienden del Anticristo aquello de Jeremías (1): *A Dan auditus est fremitus equorum eius, a voce hinnituum eius commota est omnis terra, et venerunt et devorarerunt terram, etc.* Y la profecía de Jacob (2): *Fiat Dan coluber in via, Cerastes in semita, etc.* El venerable Beda, Ruperto y otros muchos expositores discurren que el omitir San Juan el tribu de Dan en el capítulo 7 del Apocalipsis, numerando todas las demás tribus, procedió de que con espíritu profético sabía que de aquella tribu había de nacer el Anticristo.

37. Sea de esto último lo que se fuere, y prescindiendo de las razones que, tuvieron los padres para sentir uniformemente que el Anticristo ha de nacer de padres judíos, que sin duda no se convinieran en ello, a no juzgarlas muy fuertes, el unánime consentimiento de los padres debe ser siempre regla inviolable de nuestra creencia. Este es, pues, el argumento grande con que impugnamos aquella vulgar opinión. Según el unánime consentimiento de los Padres de la Iglesia, del cual no podemos apartarnos, el Anticristo ha de nacer de padres judíos, luego no ligados con profesión religiosa, porque ésta, ni la hay ni se admite entre la gente judaica. Así la opinión dicha se debe despreciar como vana hablilla de la ignorante plebe.

APENDICE SEGUNDO

Sobre la esperanza judaica del Mesías

§ X

48. Aunque el asunto de este Apéndice, mirado a primera vista, no parece tener la menor conveniencia con cosa alguna de lo que hemos tratado en el cuerpo del Discurso, si se hace alguna reflexión, se hallará que tiene mucha y muchísima con la opinión ya refutada de los herejes, en orden al Anticristo. Propónense los judíos, como futuro, un Cristo que no habrá, como los herejes, como existente, un

(1) *Jerem.*, cap. 8.

(2) *Génes.*, cap. 49.

Anticristo, que no hay. Esperan los judíos en la venida de su Cristo la exaltación de su abatida secta como los herejes en la ruina de su imaginado Anticristo el triunfo de la herejía. El suceso ha desmentido muchas veces y mostrado engañosa la esperanza de los herejes en orden a la ruina de su Anticristo, y muchas ha desmentido la esperanza de los judíos en orden a la venida de su Cristo. Lo ajustado de este paralelo, junto con el interés de nuestra Religión común a ambos asuntos, nos mueve a tocar éste, como apéndice del otro, aunque casi precisamente reducido a términos históricos. Esto es, como arriba hemos visto que la esperanza de los herejes en orden a la ruina del imperio pontificio se ha frustrado en todos los plazos que hasta ahora le señalaron, veremos ahora que la esperanza de los judíos en orden al Mesías, se fustró en muchos sujetos que sucesivamente fueron creyendo que lo eran. Seguiremos en la enumeración de ellos a varios autores bien acreditados, pero especialmente al P. D. José Imbonato, monje cisterciense, que prosiguió y acabó la *Biblioteca Rabínica* del P. Bartoloccio, y en la segunda parte del tomo V de dicha *Bibliotheca* trata por modo de digresión de *Pseudo-Mesiis a Judaeis pos Iesu-Christi adventum receptis.*

49. El primer falso Mesías admitido por los judíos, fué Herodes Ascalonita, bien que parece que a este príncipe más le erigió en Mesías la adulación, que la ilusión. Pero la adulación logró una bella coyuntura. Es el caso que los judíos veían cumplido el plazo de la profecía de Jacob (1), de que el Mesías vendría luego que el cetro judaico saliese del tribu de Judá: *Non auferetur sceptrum de Iuda et Dux de femore eius, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium.* Viendo ya el cetro de Judea en la mano de un forastero, a ese mismo forastero hicieron su Mesías, que fué lo mismo que aclamar por redentor suyo al que era tirano suyo. Es verdad que esta opinión no fué de todos, sino de una particular facción de los judíos, que de aquí tomaron la denominación de *Herodianos.* Ni aun esto es tan constante, que no haya autores que deriven de otro principio esta denominación.

50. Poco después se vendieron por Mesías los dos impíos samaritanos Dositeo y Simón Mago, como testifica Orígenes, sin que les faltasen secuaces.

51. Reinando el emperador Adriano el año de Cristo de 130, se levantó a hacer el papel de Mesías un judío llamado *Bar-cochab* (otros dicen *Bar-cochebas*), sirviéndose de su mismo nombre, que significa *hijo de la Estrella,* para insinuar su embuste; porque decía que en él se verificaba el vaticinio de Balaam: *Orietur stella ex Jacob.* Este célebre impostor, autorizado por el crédito de Akiba, célebre rabino, se hizo gran número de sectarios, conquistó cincuenta fortalezas y muchos más pueblos abiertos, persiguió furiosamente a los cristianos, en quienes ejerció grandes crueldades. Aprovechóse de una coyuntura favorable, para concitar a los judíos a revolverse contra la dominación romana. El emperador Adriano había hecho construir en Jerusalén un templo a Júpiter en el mismo sitio que había ocupado el templo del verdadero Dios, edificado por Salomón, y colocado su estatua en el mismo lugar donde había estado el Santuario. Esta abominación encendió en furia a los judíos y la sedición llegó a tal punto, que no pudiendo apagarla Rufo, gobernador de Judea, se vió precisado Adriano a enviar, sacándole de Inglaterra, a Julio Severo, famoso capitán, el cual, después de una porfiadísima resistencia de Bar-cochab y los suyos, hizo en ellos tan terrible destrozo, que cuentan los autores hasta quinientos ochenta mil sacrificados al furor de Marte, en quienes fué incluído el jefe, fuera de otros infinitos que acabaron la hambre, las enfermedades y el fuego. Los judíos, desengañados en parte, ya no le nombraban de ahí adelante *Bar-cochab*, esto es, *hijo de la es*

(1) *Génes.*, cap. 49.

rella, sino *Bar-coziba*, que significa *hijo de la mentira*.

52. El año de 432, imperando Teodosio el Junior, se apareció en la isla de Creta otro impostor que decía ser Moisés venido del cielo, a fin de conducir los judíos, que había en gran número en aquella isla, a Palestina, haciendo que caminasen sobre las ondas sin riesgo alguno, así como había hecho a sus antecesores romper por el Mar Bermejo a pie enjuto, para lograr el arribo al mismo país. Aquella gente igualmente crédula que incrédula, pero siempre para su mal, dió asenso a la magnífica promesa, y en el día señalado por el Moisés cretense, fueron todos los judíos de la isla siguiéndole hasta la cumbre de un promontorio avanzado sobre el mar, de donde les dijo se arrojasen seguramente a las olas. Ejecutáronlo los delanteros en no poco número, que serían los más crédulos o los que con más impaciencia deseaban arribar cuanto antes a la Tierra de Promisión, ahogándose miserablemente los más; y se hubieran ahogado todos, si algunos pescadores cristianos que estaban en el sitio no hubiesen salvado a los más que pudieron. Los judíos que quedaban sobre el promontorio, desengañados con la tragedia de sus compañeros, fueron a echar mano a su Moisés para matarlo, pero éste ya se había escabullido. Esta aventura tuvo la resulta feliz de que muchos judíos de la Isla, desengañados, se convirtieron a nuestra Santa Fe.

53. El año de 522 Dunaan hebreo, en la Etiopía persuadió a muchos que era hijo de Moisés, enviado de Dios para libertar a su pueblo. Ejecutó crueldades inauditas con los cristianos, entre quienes padecieron martirio Aretas y un niño de cinco años, de que hace memoria el Martirologio Romano al día 24 de octubre. En fin, a ruego del Patriarca de Alejandría, Elesbaam, rey de Etiopía y cristiano, movió contra él, y hechas pedazos sus tropas, le cogió e hizo morir.

54. El año de 529 los judíos, y samaritanos se amotinaron en Palestina contra el emperador Justiniano. Eligieron a un tal Juliano por Rey, y le proclamaban por Mesías. En breve él y muchos de sus secuaces fueron vencidos y muertos.

55. El año de 721 engañó a muchos hebreos un embustero sirio, persuadiéndoles que era el Mesías prometido.

56. El año de 933, un judío mago, llamado *David el Rey* en Persia, con sus embustes y encantamientos, adquirió la reputación de Mesías entre todos los judíos. El rey de Persia Razi-Bila le hizo prender; pero él, usando de sus diabólicas artes, salió de la prisión y tendiendo su capa sobre las aguas, pasó sobre ella un gran río llamado Gozen. Añádese que caminó ocho jornadas de un golpe, sin detenerse para comer ni para dormir. El rey de Persia, irritado de que se le hubiese escapado el impostor, escribió a todas las sinagogas establecidas en sus Estados que si no le impedían el ejercicio de la magia, las exterminaría a todas. Amedrentados los judíos, procuraron persuadirle que no usase más de sus encantamientos. Mas no dejando él de continuarlos, su suegro, ganado con una gran suma de dinero, cogiéndole dormido dentro de su casa, le mató a puñaladas. Esta relación es del rabino español Benjamín de Tudela. Por su cuenta, y no por la mía, quedan los encantos y diabluras de *David el Roy*.

57. El doctísimo rabino Moisés Maimónides refiere de otro embustero, que en Francia se metió a hacer papel de Mesías el año de 1137 y pagó el embuste con la vida.

58. En el año de 1138 salió otro fingido Mesías en Persia, que se hizo creer verdadero de muchos judíos y fué degollado por orden del rey.

59. En Córdoba se apareció otro el año de 1157. Pero así él como los judíos que le proclamaban, lo pagaron. De éste da también noticia el rabino Maimónides, que alcanzó en su tiempo así a éste como al otro de Francia.

60. En el reino de Fez se levantó otro en el año de 1167.

61. El mismo año se mostró otro en

Persia, llamado *David el David*. Pero éste, más que embustero, debía ser iluso o loco, porque en prueba de que era el verdadero Mesías, se ofreció a que le degollasen, asegurando que luego resucitaría. Degolláronle y hasta ahora está muerto y lo estará hasta el Juicio final.

62. Poco tiempo después un judío, más allá del Eufrates se metió a Mesías, y lo quería persuadir refiriendo el milagro de que una noche se había acostado leproso y había amanecido sano; pero no cogió cuerpo su embuste.

63. El año de 1174 apareció otro mago en Persia con el mismo carácter. Bien lejos de lograr el intento de redimir los judíos, fué ocasión de que esta gente padeciese mucho.

64. El año de 1176 se levantó otro en la Moravia. Llamábase *David Almuser*. Fingíase invisible. Pero le cogieron y mataron, y a los judíos, en pena de su credulidad, sacaron una multa.

65. En este mismo siglo, sin que se sepa el año, dice Imbonato que Juan Lentio pone otro pseudo Mesías.

66. El año de 1497 vió España otro falso Mesías, que se llamaba *Ismael Sophi*. No se expresa su paradero.

67. A otro embustero, llamado *David Leemleim*, creyeron los judíos que ya había venido el Mesías, y con tan firme asenso, que deshicieron los hornos que tenían para cocer los ázimos, con la esperanza de cocerlos en la Palestina. Pero viendo frustrada su esperanza, quiso mantener en algún modo el embuste, diciendo que su redención se había retardado por los nuevos pecados de los judíos.

68. El año de 1532 en España otro judío, llamado *rabí Salomón Molcho*, se erigió en Mesías. Tuvo atrevimiento para sugerir a Carlos V y a Francisco I, que abrazasen la religión judaica, por lo cual fué condenado al fuego y quemado en Mantua el año de 1533.

69. El de 1615 se ostentó otro Mesías en la India Oriental, a quien creyeron muchos de los indios portugueses.

70. De Esmirna salió otro el año de 1666, que alucinó a todos los de su secta; lo que no es mucho de admirar, porque en efecto era doctísimo en la doctrina hebrea. Pero acusado ante el Gran Señor por revoltoso, para evitar el castigo, mudando religión, se hizo mahometano.

71. Finalmente, de Eysenstadt, lugar de Alemania, salió otro a luz el año de 1682. Llamábase *rabí Mardochai*. Pretendía, no sólo respetos, sino admiraciones. Mas los mismos judíos muy presto se desengañaron y le declararon embustero (1).

---

(1) Juan Cristóforo Wagenselio me ministra la especie de otra nueva ilusión judaica, extremadamente ridícula, sobre su esperado Mesías. Esta fué que tuvieron por tal al famoso Oliverio Cromuel, Protector que se dijo y tirano que fué de la Gran Bretaña. Tuvo su origen dicha ilusión, de que habiendo sido expelida la nación hebrea de Inglaterra en tiempo de Eduardo I, Cromuel, por intereses políticos, y acaso más personales que públicos, trató de restablecerla en aquella isla. No llegó a la ejecución, por haberle prevenido la muerte. Pero los Judíos, que cuando lo trazaba no ignoraban su intento, considerando por otra parte el gran poder y habilidad de Cromuel (como en efecto el poder era grande, y la habalidad mayor) empezaron a lisonjearse con el alegre pensamiento de que aquel sería su suspirado Mesías. Elevó el pensamiento al grado de persuasión no sé qué impostor que les embutió que Cromuel era hijo de cierto judío, a quien había amado su madre. Testifica el autor que cito, haber leído algunas cartas de judíos sobre este asunto. Añade, que cómodamente, para radicar más en ellos tan grata esperanza, pareció por aquel tiempo un libro de Isaac la Peyrere (aquel autor de la herejía de los preadamitas, de quien hablamos en el tomo V, disc. XV), en que su autor, en tono cuasi o sin cuasi profético, hace una magnífica apóstofre a los judíos, prometiéndoles su pronta restauración. Parte de ella son las siguientes cláusulas, que copio aquí por que el lector se entere más de la extravagante fantasía de aquel visionario: *Natio sancta, et electa! Filii Adam, qui fuit filius Dei, atque adeo, et ipsi filii Dei. Salutem vestram vobis pretatur nescio quis: atque utinam ex vobis unus. Magna sunt quae de vobis dixi in tractatu hoc, ubi egi de electione vestra. Multo maiora, quae de vobis dicam in sequenti, ubi agam de restauratione vestra: quam futuram esse scio, et si quid Deus brevi futuram spero, et confido*. Esta apóstrofe, traducida en la lengua hebrea, como si hubiera bajado del cielo, con sumo consuelo suyo, fueron pasando los judíos de una mano en otra. *Agnoscimus interim ex istis* (concluye

§ XI

72. En la propuesta serie de falsos lesías, admitidos como verdaderos por os judíos, se ve con la mayor claridad qué punto suben la ceguedad y obsinación de esta gente. De error en rror camina, palpando tinieblas, abraando sombras por realidades. Vió al erdadero Mesías, tratóle, oyóle, vió us prodigios, y prodigios cuales y uantos no había ejecutado alguno de uantos profetas le precedieron. Hallaon en él todas las señas de Redentor lel mundo, que estaban y están estamadas en las Divinas Escrituras. Para nayor cumplimiento del desengaño, el iempo en que vino este Redentor al nundo, fué puntualmente el que corespondía como plazo a la famosa prelicción de las setenta semanas de Daiel. Nada de esto bastó para que reonociesen por Mesías al que verdaderamente lo era y es. Y después de aquel acrílego desconocimiento, para hacerse la risa y oprobio de las gentes, reiben por Mesías a cuantos osados imostores se les presentan con este nomre, sin que los errores pasados los escarmienten para evitar los venideros.

73. Y ya que se tocó el punto de las semanas de Daniel, no será inútil advertir aquí, que en orden a la inteligencia de aquel divino oráculo y cómputo que se puede hacer por él en orden al tiempo de la venida del Mesías, ya ha tiempo que perdieron el tino los judíos. Los antiguos es cierto que le esperaban para aquel tiempo, poco más o menos, en que vino Cristo al mundo, porque el plazo de las semanas de Daniel, genuina y literalmente entendidas, caía en aquel tiempo. Fueron alargándole después los judíos que se siguieron; y alargándole más y más, a proporción que su esperado Mesías pereceaba más y más la venida, hasta que ya las setenta semanas, por más que pospusiesen su principio o estirasen su espacio, no podían alcanzar al tiempo en que le esperaban. ¿Qué resultó de aquí? Una gran variedad de errores o delirios entre estos desdichados. Unos, sin hacer memoria ni darse por entendidos de la profecía de Daniel, se obstinan en esperar; otros, no pudiendo sacudir de sí el remordimiento que les ocasiona aquella profecía, como desesperados, arrojan maldiciones sobre todos los que se detienen a calcular las setenta semanas: *Alii diris devovent* (dice nuestro Calmet) *quicumque tempoda supputarint.* Otros dicen que el Mesías vino ya en tiempo de Ezequías. Otros, que el Mesías, según los divinos oráculos, ya ha mucho tiempo que debía haber venido, pero se detuvo y detiene por los nuevos pecados de los judíos. Otros dan en otros dislates.

74. Lo que parece se debe tener por cierto, en virtud de ser sentencia unánime de los Santos Padres, es que cuando venga el Anticristo, los judíos le recibirán y adorarán como Mesías. Así se reciprocan los errores de judíos y herejes. Estos tienen por Anticristo al Cristo visible o vicario de Cristo que hay en la tierra; aquéllos tendrán por Cristo suyo al que verdaderamente será Anticristo.

Wagenselio) *quantopere judei, longae immanisque servitutis pertaesi, libertatem suspirent, ac omnes etiam minimos rumusculos, meliorem sortem, vel leviter et quomodocumque pollicentes, aucupentur* (*).

(*) *Synopsis Geograph.*, t. 4, lib. 2, cap. 1.

ADVERTENCIA PREVIA A LOS DISCURSOS SIGUIENTES

Protesto, que cuanto dijere en los discursos que se siguen, no quiero que tenga otra fuerza o carácter que el de humilde represtación hecha a todos los sabios de las religiones y universidades de nuestra España. No se me considere como un atrevido ciudadano de la República Literaria, que satisfecho de las propias fuerzas, y usando de ellas, quiere reformar su gobierno, sino como un individuo celoso, que ante los legítimos ministros de la enseñanza pública, comparece a proponer lo que le parece más conveniente, con el ánimo de rendirse en todo y por todo a su autori-

dad y juicio. No hay duda en que el particular, que violentamente pretende alterar la forma establecida de gobierno, incurre la infamia de sedicioso. Pero asimismo, el magistrado que cierra los oídos a cualquiera que con el respeto debido quiere representarle algunos inconvenientes que tiene la forma establecida, merece la nota de tirano. Mayormente, cuando el que hace la representación no aspira a la abrogación de leyes, sí sólo a la reforma de algunos abusos que no autoriza ley alguna y sólo tienen a su favor la tolerancia. Aun si viese yo que mi dictamen en esta parte era singular, no me atreviera a proferirle en público; antes me conformaría con el universal de los demás maestros y doctores de España, así como en la práctica de la enseñanza los he seguido todo el tiempo que me ejercité en las tareas de la Escuela, por evitar algunos inconvenientes que hallaba en particularizarme. Pero en varias conversaciones, en que he tocado este punto, he visto, que no pocos seguían mi opinión, o por hacerles fuerza mis razones o por tenerlas previstas de antemano. Así, con la bien fundada esperanza de hallar muchos que leyendo este escrito apoyen mi dictamen, propondré en él las alteraciones que juzgó convenientes en el ministerio de la enseñanza pública. Y porque la materia es dilatada, la dividiré en varios discursos.

DE LO QUE CONVIENE QUITAR EN LAS SUMULAS

Discurso undécimo

§ I

1. Consúmense en el curso de Artes tres años, con poquísima utilidad de los oyentes, la cual podría ser sin comparación mayor y aprovecharse con grandes ventajas aquella preciosa porción de la edad juvenil. Esta mayor utilidad se lograría, quitando en el curso de Artes mucho que en él se enseña y es superfluo, y añadiendo mucho que no se enseña y sería muy provechoso. Propondremos en este Discurso lo que conviene quitar en las Súmulas.

2. En algunas escuelas se da un curso entero al estudio de las súmulas. ¡Qué tiempo tan perdido! En dos pliegos puede comprehenderse cuanto hay útil en las Súmulas. Dos y medio gasté yo en las que formé para mi curso de Artes cuando las leí, y pude ahorrar algún papel, sin que por eso dejase de tener entre mis discípulos tan buenos lógicos como los mejores que hubo en aquel tiempo en la Religión. Las siete partes de ocho, que se gastan en tantas divisiones de términos y proposiciones, modales, exponibles, exceptivas, reduplicativas, suposiciones, apelaciones, ampliaciones, restricciones, alineaciones, disminuciones, conversiones, equipolencias y reducciones, de nada sirven; lo primero, porque todo esto luego se olvida, de modo que apenas entre cien teólogos juristas o médicos se hallará uno que conserve todas aquellas baratijas en la memoria; lo segundo, porque aunque no se olvide, apenas tiene jamás uso en la disputa.

3. El P. Arriaga, que fué sin duda un gran lógico, testifica que en cuarenta años que frecuentó las disputas escolásticas, jamás le ocurrió lance en que necesitase de reducir algún silogismo de modo imperfecto a perfecto. Yo protesto asimismo que ni en las aulas de mi religión, u otras, ni en la Universidad de Salamanca, ni en esta de Oviedo, vi hacer jamás tal reducción. ¿De qué depende esto? De que cualquiera profesor medianamente racional al punto que ve un silogismo bien formado, aunque sea en modo imperfecto, conoce que la consecuencia es buena, y así se guarda de conceder ambas premisas. Y cuando a primera vista no comprehenda la fuerza de la ilación, reconvenido segunda vez con el mismo silogismo, cae en la cuenta, y sin conocer ambas premisas, busca alguna escapatoria para no ser cogido en el lazo de la consecuencia. Pero si fuere tan bestia que ni a la primera ni a la segunda lo entienda, pronuncio que será incapaz de que nadie dispute con él.

4. Lo primero sucede y aun con más fuerte razón, en orden a la barahunda de reglas de modales, exponibles, apelaciones, conversiones, equipolencias, etc. ¿Qué profesor hecho, para mostrar o la fuerza de su argumento o la verdad de su respuesta, recurre a tales reglas? Sólo los pobres principiantes, o porque no saben otra cosa o porque no les ocurre otro modo de proseguir el argumento, echan mano de aquellas fruslerías; las cuales tal vez ocasionan el gravísimo inconveniente de acreditar a un mentecato y deslucir a un docto con la ignorante multitud de los asistentes, cuando aquél por tener

presentes estos argadillos se mete con el argumento en ellos, y éste, que del todo los ha olvidado y apenas entiende ya ni aun los significados de las voces, se ve perplejo y enredado, sin saber qué decir a ellos. ¿No es cosa lastimosa, y aun infamia de la Escuela, ver entonces salir de la aula una tropa de necios proclamando ¡*Gran mozo es fulano*! *Apretó de tal modo con el argumento a tal maestro, que lo atorrolló.*

§ II

5. Pero acaso a los principiantes serán necesarias las reglas expresadas, aunque después se hayan de olvidar o no tenga uso, del modo que los andamios son precisos para formar el edificio, y después se derriban, porque él se sostiene por sí mismo sin ese auxilio. Digo que en parte convengo en ello, como aquellos preceptos se den muy sucintamente, pues en ellos se aprenden las voces facultativas propias para expresar las buenas o malas condiciones de los argumentos. Estoy persuadido a que todo hombre de buena razón, al momento que sobre materia que tiene estudiada se le propone un silogismo vicioso, sin atención a regla alguna y aun sin memoria y estudio de ella, conoce que es defectuoso, esto es, que la ilación no es buena, y aun dará alguna explicación del vicio que tiene, aunque no con voces propias y facultativas. Pongo por caso que se varía de apelación: que el medio no se identifica con las dos extremidades en la premisa, etc. ¿Quién al oír aquel vulgar sofisma: *Mus est vox monosyllaba, sed vox monosillaba non manducat caseum: Ergo mus non manducat caseum*, no conocerá, que es un modo de argüir defectuosísimo y se reirá del que lo propone? Pero no sabrá decir que el vicio que tiene es la variación de suposición.

6. Y si se mira bien, se hallará que ningún escolástico sea principiante o no, toma en disputa las reglas sumulísticas como medio para examinar si algún silogismo es vicioso o no. La prueba es clara, porque para eso sería menester detenerse en el examen de cada silogismo una o dos horas, pues todo este tiempo sería menester para ir repasando mentalmente todas las reglas y contemplando si en la aplicación falta o no la observancia de cada una. Lo más, pues, que pueden servir las reglas al escolástico, es para dar razón del vicio del silogismo, cuando el arguyente se la pide. Mediante la luz natural, y precisamente por ella, luego que ve un defectuoso silogismo, conoce que lo es; sobre cuyo supuesto concede o permite una y otra premisa y niega la consecuencia. Instale el contrario sobre que diga qué vicio tiene el silogismo, y aquí entra el ver a qué regla sumulística contradice.

7. Pero ni aun esta utilidad se logra sino en una mínima parte. Rarísimo es el escolástico que tiene presentes todas las reglas. A este rarísimo no se le da espacio para reflexionar lo que es menester, para ver a qué regla se falta en el silogismo; con que ya por falta de tiempo, ya por falta de memoria, sólo a unas poquísimas reglas generales se recurre en la disputa: pongo por caso, si se varió la apelación, si se varió la suposición, si se infiere la consecuenca de dos proposiciones negativas, si se deduce de dos particulares, si hay algún término en el consiguiente que no parezca en las premisas, etc. Luego convendría instruir sólo en estas reglas generales, que son las que han de tener en uso, y no descender a tanta menudencia, cuya enseñanza consume mucho tiempo y después no es de servicio.

§ III

8. Confieso que si se pudiesen dar reglas para desenredar todo género de sofismas, sería utilísimo aprenderlas y conservarlas prontas en la memoria, aunque fuese a costa de mucho estudio. Pero el mal es que todas las que dan los que con más prolijidad escriben las

Súmulas no alcanzan a manifestar ni aun la centésima parte de las trampas de que se puede usar en la disputa. Aquellos antiguos dialécticos, Crisippo, Euclides de Megara y Eubulides, inventaron varios sofismas, cuyo desenredo no se ha logrado con todas las reglas sumulísticas prólijamente estampadas en tantos libros. Tales son aquéllos de la invención de Eubulides, a quienes él, con alusión a la materia de que trataban, dió los nombres de *el mentiroso, el engañador, la electra, el sorites, el velado, el cornuto, el calvo.*

9. Pongo por ejemplo: el sofisma llamado el *calvo* probaba, que un hombre no quedaría calvo aunque le quitasen todos los pelos de la cabeza, discurriendo así: si a un hombre que tiene toda la cabeza cubierta de cabello, le quitan un pelo, no por eso quedará calvo, porque la carencia de un pelo sólo a nadie puede constituir calvo: por esa misma razón tampoco lo será porque le quiten otro pelo. Tampoco por quitarle el tercero, y progrediendo así de pelo en pelo hasta llegar al último, siempre subsistirá la misma razón de que por quitar un pelo sólo no puede hacerse calvo el que antes de quitarle aquel pelo no lo era.

10. El sofisma llamado el *mentiroso* probaba que una indivisible proposición podía ser a un mismo tiempo falsa y verdadera, como si un hombre profiere ésta: *Yo miento.* En la cual se infiere que si dice verdad miente, porque eso es lo que afirma en la proposición; y del mismo modo se infiere que si miente dice verdad. De este sofisma descienden aquellas proposiciones que los dialécticos llaman *se ipsas falsificantes*, y si se mira bien, todos o casi todos los enredos sofísticos con que algunos autores de Súmulas muy prolijas llenan muchas páginas, como que son producciones de caviladores modernos, lo fueron de dialécticos antiquísimos, especialmente de los de la secta megárica.

11. El ingenio humano siempre fué más fértil en cavilaciones para oscurecer la verdad que en discursos para descubrirla. Reinó en muchos filósofos de aquellos retirados siglos una furiosa manía de ocuparse totalmente en las argucias lógicas, y lo que sucedía era que enredaban mucho más de lo que podían desenredar. Diodoro, discípulo de Eubulides y gran fabricante de sofismas, no pudo disolver algunos que le propuso el filósofo Estilpon lo que le apesaró de tal modo, que rindió la vida al dolor de quedar vencido. Cuéntalo Diógenes Laercio. Aún más notable es lo que refiere Ateneo de Fileas Coo, tan perdidamente entregado al enredo y desenredo de estos mentales palillos, que no pudiendo apenas reposar de día ni de noche, se fué consumiendo y secando, hasta dar consigo en el sepulcro, donde para memoria de su tragedia se fijó este epitafio:

Hospes, Philetas sum; mendax et captiosa ratio me perdidit, vespertinaeque. ac nocturnae studiorum curae

12. Crisipo fué el que más trabajó en el arte lógico de cuantos hubo en el mundo. Dice Diógenes Laercio que compuso trescientos y once libros de esta facultad. Parece que éste sería el hombre más capaz (mayormente cuando todos sientan que era muy sutil), que nunca hubo, para desatar todo género de sofismas. Bien lejos de eso, no acertó a dar solución a muchos que él mismo formó a favor de la secta académica. No deja duda en ello el testimonio de Cicerón (1): *De quo* (Crisipo) *queri solent Stoici, dum studiose omnia conquisierit contra sensus, et perspicuitatem, contraque omnen consuetudinem, contraque rationem, ipsum sibi respondentem inferiorem fuisse: itaque ab eo armatum esse Carneadem.* Y en el libro 4 de las mismas *cuestiones Académicas: Haec Chrysippea sunt, ne ab ipso quidem solutae.*

13. El mismo Cicerón dice que Crisipo trabajó mucho y con grande afán en buscar solución al sofisma llamado *sorites* y no pudo hallarla. ¿De qué le sirvió, pues, tan prolijo estudio de la lógica? Así se ve la insuficiencia de es-

(1) *Academ. Quaest.*, lib. 2.

te arte para desenredar los argumentos capciosos, por más que se multipliquen sus preceptos. Lo cual, siendo así, convendría estrecharlos a algunos pocos y generalísimos y no consumir mucho tiempo en lo que ha de tener poco o ningún uso.

§ IV

14. Mas entre todas las baratijas sumulísticas nada juzgo tan inútil como el capítulo de las equipolencias. Llámanse proposiciones equipolentes aquellas que siendo opuestas, vienen a hacerse equivalentes la una a la otra, esto es, significar lo mismo, añadiendo una negación, tal vez dos, a una de ellas anteponiendo o posponiendo la negación según la diferente oposición que tienen las proposiciones. Como estas dos proposiciones contradictorias: *Todo hombre es blanco, algún hombre no es blanco* se hacen equivalentes y se reducen a una misma significación, anteponiendo una negación a una de ellas, o bien a la primera. De este modo: *No todo hombre es blanco*, o bien a la segunda de éste: *No algún hombre es blanco.*

15. Lo primero, al momento se deja ver que el discernir si dos proposiciones tienen la misma o distinta significación pertenece a la gramática o hablando más generalmente, a la comprehensión del idioma en que se profieren las proposiciones. ¿Qué lógica es menester para percibir que esta proposición: *No todo hombre es blanco*, no es opuesta, antes quivalente a ésta: *Algún hombre no es blanco?* ¿Habrá algún racional, inteligente de la lengua castellana, que no perciba esto? ¿Hay cosa más graciosa que darnos reglas para que entendamos que esta proposición, *nonnullus homo currit*, es equivalente de ésta, *aliquis homo currit*; y ésta *non possibile est hominem esse equum*, equivalente de estotra, *impossibile esse hominem esse equum*? Como si hubiese algún latino, por ínfimo que sea, que ignore, que, *nonullus* significa lo mismo que *aliquis*; y non *possibile* lo mismo que *impossibile.* Es verdad que en otras no está tan clara la equivalencia, porque son tantos los argadillos que hay en esta materia, especialmente cuando se trata de la equivalencia de las modales, que a veces es menester parar algo la atención en las proposiciones para discernir si son equivalentes. Pero insisto en que todo esto pertenece a la gramática, y que no hay hombre alguno inteligente del idioma en que le hablan que no se haga capaz de la oposición de la equivalencia de las proposiciones sin el subsidio de la dialéctica.

16. Lo segundo pregunto: ¿Qué fruto se puede sacar de estas instrucciones? Sólo estos tres que voy a señalar. Fatigar con el estudio de ellas a los principiantes, introducir un lenguaje de algarabía en las Escuelas, y dar ocasión a que arguyentes ignorantísimos y que no saben sino estas fruslerías, reduciendo a ellas sus argumentos, enreden y alucinen a los que comprehenden muy bien la materia que se cuestiona, pero están olvidados o nunca pusieron estudio especial en tales bagatelas. Pongo por ejemplo. Niega el sustentante al arguyente una proposición de significación muy clara y que toda el aula entiende; y el arguyente, que no tiene con qué probarla, ¿qué hace? Tomando los términos de la misma proposición, les inserta dos o tres negaciones, ya por el derecho, ya por el envés, y proponiendo por premisa mayor de otro silogismo, que esta segunda proposición es equivalente de la primera, prosigue así el silogismo: *Sed sic est, que la segunda es verdadera, luego también la primera.* Ve aquí lo primero, introducido el lenguaje de algarabía en la equipolente, sembrada de negaciones. Lo segundo, embrollado el argumento y el sustentante. Cualquiera cosa que éste quiera responder le meterá el arguyente en el embolismo de las reglas canónicas de equipolencias, contenidas en aquellos versos sumulísticos:

Non omnis, quidam non: omnis non, quasi [nullus;
Nonnullus, quidam: sed nullus non, valet [omnis;
Non aliquis, nullus: non quidam non, valet [omnis.
Non alter, neuter: neucer non, praestat [uterque.

Si las equipolentes son de las modales, se pasa a los otros de igual armonía.

Omne, necessum valet: impossibile, nullum;
Possibile, quiddam; quiddam non, possibile [non.

Luego estos versos se adjetivan con la prosa de aquellas cuatro misteriosas dicciones, *purpurea, iliace, amabimus, edentuli,* cuyas vocales rigen o señalan las varias oposiciones de las modales y sus equipolentes, como las vocales de aquel verso. *Populeam vigam mater regina firebat,* el orden con que se han de colocar cristianos y moros, para que la fatalidad del cuchillo caiga sólo sobre éstos. Finalmente, uno y otro se cose con aquel versículo *Possibile, contingens, imposibile, necesse.* Que todo ello a los que no están en el misterio parecerán conjuros mágicos.

17. No niego que esta disposición artificiosa de voces es un auxilio oportunísimo de la memoria, pero quisiera que sólo se usara de él para lo que es útil conservar en ella, no para lo que es mejor para olvidado. ¿Qué se sacará de un argumento reducido a estos términos? Que se llenará la aula de polvo, de modo que cuantos están en ella no vean gota, sino algún raro que tenga presentes aquellos argadillos; que en la opinión de todos los circunstantes aje, atropelle, confunda y aun concluya un arguyente ignorante a un sustentante docto; en fin, se acabe el acto sin tocar palabra de la cuesión. Así se debiera impedir tal modo de disputar como pernicioso a la Escuela.

18. Si yo me hallase presidiendo en un acto público, donde el arguyente, después de negársele esta proposición: *Los futuros están físicamente presentes a la eternidad,* la probase de este modo: *Esta proposición, la no presencia física de los futuros a la eternidad es carencia de un predicado, el cual necesariamente en cuarto modo conviene a los futuros, es equipolente de ésta: los futuros están físicamente presentes a la eternidad: sed sic est que esta proposición, la no presencia física de los futuros a la eternidad es carencia de un predicado, el cual necesariamente en cuarto modo conviene a los futuros, es verdadera, luego esta proposición, los futuros están físicamente presentes a la eternidad, también es verdadera.* Si me hallase, repito, presidiendo en tal acto, les diría al arguyente: señor bachiller, hable cristianamente y déjese de algarabías. La proposición que se le ha negado al actuante está bien clara y no necesita de comentarse con equipolentes, que en vez de explicarla la oscurecen. Si tiene con qué probar la equipolente, tendrá con qué probar aquélla. Vamos, pues, derechamente a la prueba, sin gastar tiempo en esos circunloquios. Y si no tiene prueba, deje el argumento y váyase a estudiar la cuestión, con el aviso de que otra vez no se venga a un teatro tan serio con esos enredos pueriles.

§ V

19. Las reglas de las conversiones allá se van, poco más o menos, con las de las equipolencias. Un entendimiento claro, sin fatigar la memoria y la atención con esas reglas, luego ve si por la transposición de los extremos hay consecuencia de una proposición a otra, y el que no le tiene tal, a cada paso se equivoca o alucina en la aplicación de las reglas. Casi se puede decir lo mismo de todos los demás preceptos sumulísticos. Lo que he visto y observado siempre es que cada uno razona según la cantidad de entendimiento que Dios le ha dado. Un ingenio perspicaz, con poquísimas, y aun con ningunas Súmulas, discurre oportunamente y sin perder el hilo en las materias que ha estudiado; y el embarazado y confuso, aunque esté estu-

diando Súmulas toda la vida, dará trompicones a cada paso. No por eso concluyo que las Súmulas son inútiles, sino que la utilidad que se puede sacar de ellas se logrará con los poquísimos preceptos generales que se reducen a dos pliegos. Con ellos y una buena lógica natural, se puede cualquiera andar arguyendo por todo el mundo. Y si la lógica natural no es buena, no sirve la artificial sino para embrollar y confundir.

DE LO QUE CONVIENE QUITAR Y PONER EN LA LOGICA Y METAFISICA

Discurso duodécimo

§ I

1. Si la lógica es un arte instrumental, cuyo fin es dirigir al entendimiento para adquirir las demás ciencias, no veo por qué se hayan de tratar en la lógica con tanta difusión cuestiones totalmente inútiles para ese fin. En aquellas oficinas donde se fabrican los instrumentos de varias artes mecánicas, no se trabajan sino precisamente aquellos que tienen algún uso en ellas. ¿Por qué en las aulas de lógica, que son las oficinas de los intrumentos mentales con que ha de trabajar el discurso en las materias de otras ciencias, se ha de sudar en cavilaciones, que jamás han de servir ni en la física, ni en la jurisprudencia, ni en la teología, ni en la medicina?

2. Estoy bien con que en el tratado que llaman de Proemiales de lógica se enseñe con toda distinción qué es hábito científico, en qué se distingue el práctico del especulativo; que se explique exactamente todo lo que pertenece a la razón del objeto, tanto de la potencia, como de la ciencia y todas sus divisiones, de modo que los principiantes queden con una idea clara de lo que es objeto motivo, terminativo, próximo, remoto, adecuado, inadecuado; qué es en él razón *quae*, qué razón *sub qua*, etcétera, porque toda esta doctrina se aplica y sirve a las demás facultades teóricas. Estoy bien asimismo con que a vueltas de ella se mueva alguna cuestión para dar ejercicio y uso en la disputa. Pero, ¿qué conducencia tendrán tantas y tan prolijas controversias como se agitan en aquella parte de la lógica, llegando a dividir Escuelas, sogica, jamás se tocan en otra parte? bre puntos, que en saliendo de la ló-Dispútase porfiadísimamente sobre si el objeto de la lógica es ente real o de razón. Si es el modo de saber formal o el objetivo. Jamás en otra facultad se tocan estos asuntos ni otros que necesiten su inteligencia.

3. ¿Qué diré de los amplios tratados del ente de razón? ¿Qué escolástico negará que Aristóteles fué un gran dialéctico, ni que trató en varios libros de cuanto juzgó importante para hacer completo este arte? Sin embargo, ni una palabra nos dejó escrita del ente de razón. Pues, ¿cómo se quiebran tanto las cabezas sus sectarios por averiguar los progenitores, el nacimiento, la educación y las travesuras de este imaginario duende? De los autores extranjeros que han escrito cursos enteros de filosofía, algunos ni una palabra hablan del ente de razón; otros, con notable parsimonia y rarísimo muy de intento. ¿Dejan por eso en las demás naciones de adelantar tanto en todas las ciencias teóricas como en España? Antes pueden adelantar más, porque no consumiendo tiempo o consumiendo poquísimo en lo superfluo, les queda más espacio para empléarle en lo útil.

4. De los universales, tanto en común como en particular, es preciso se trate, porque sin algún conocimiento de ellos, mal se puede averiguar la esencia metafísica de los objetos de

cualquiera de las ciencias teóricas. Pero casi todas las cuestiones que en unos y otras se introducen, debieran excusarse (exceptuando una u otra para ejercicio de los oyentes en la disputa, como se dijo arriba), o tocarse muy ligeramente, para dar alguna noticia de ellas.

5. Dicen que todas esas cuestiones son útiles para aguzar los ingenios. Pero yo repongo que los ingenios hacen lo que los cuchillos, que de demasiado aguzarse se gastan, se destruyen, se aniquilan.

Si nimis exacuas ferrum, non ensis acutus, nullus erit.

6. Yo no sé si una invectiva del padre Rapin, jesuíta francés, contra el modo que tienen los españoles de tratar la dialéctica, pretendiendo que de ella contrahen un hábito vicioso de raciocinar vanamente, o por mejor decir, quimerizar, será absolutamente verdadera. Pero en todo caso vaya allá, para que el lector haga el juicio que quisiere. *Los españoles* —dice—, *que son los maestros de los demás pueblos en materia de reflexiones, refinaron tanto sobre la lógica en el siglo pasado, que alteraron la pureza de la razón natural por la sutileza de sus raciocinios, arrojándose a especulaciones vanas y abstractas, que nada tenían en realidad. Sus filósofos hallaron el arte de tener razón contra lo que dicta el buen juicio, y dar no sé qué color especioso a la que más dista de lo razonable. No era en examen de las cosas mismas donde apuraban el discurso, sino en los conceptos y en los términos, etc.* Es verdad que el P. Rapin habla de los filósofos españoles que florecieron ha un siglo o siglo y medio. Pero, ¿quiénes eran aquéllos, sino los mismos cuyo método se sigue hoy como regla en nuestras Escuelas?

§ II

7. Pero norabuena con la frecuencia de la disputa se afilen y se afilen bien los ingenios (porque no es ahora ocasión explicar el modo que debe haber en esto). ¿Qué? ¿Son menester para eso tantas cuestiones como se excitan en la lógica, especialmente tratadas con tanta prolijidad? Tres o cuatro bastarían para tener en qué ejercitarse, mientras dura la doctrina de todos los preceptos logicales, pues para éstos, si no se entreverasen en ellos tantas cuestiones, bastaría el tiempo de dos meses.

8. Y nótese que respecto de algunas cuestiones que se tratan en la lógica, les falta a los principiantes la luz necesaria para discurrir en ellas, con que es preciso disputen a ciegas. Pongo por ejemplo: en los proemiales se disputa si la lógica docente y utente se distinguen realmente o si son un mismo hábito con identidad real y sólo distintos *per rationem.* Para esto es menester tener bien entendido qué cosa es identidad real, qué distinción real, qué distinción de razón. ¿Y esto se les enseña antes? No por cierto. Toda esta doctrina se guarda para mucho después y se les enseña en la metafísica: otros la dan en el tratado de los universales, que para el caso es lo mismo, porque es posterior al de proemiales. Esto viene a ser como si a unos principiantes en astronomía se les hiciese disputar sobre qué planetas tienen paralaje y cuánto cada uno, pero no se les enseñase qué cosa es paralaje hasta cinco o seis meses después. Dispútase en el tratado de ente de razón si la imaginativa los hace. Pero qué facultad es esta que llamamos imaginativa, en qué se distingue del entendimiento, qué oficio tiene, no se le explica hasta lo último del curso, en los que llaman *Libros de Anima.* Más: El tratado de los predicables de porfirio, por tanto se ingiere en la lógica por cuanto se juzga indispensablemente necesario para evitar toda confusión en la disputa, la cual frecuentemente se incurriría, si no se supiese bien qué es lo que se predica como género, qué como especie, qué como diferencia, etc. Pero es bueno que esta materia se trata allá hacia lo último de la lógica,

antes de llegar allí, los hacen contender a los muchachos en continuas disputas.

9. Juzgaráse acaso que aquella brevísima noticia que se da en los notables de la cuestión de los términos de ella, basta para que los principiantes se hagan bastantemente capaces del asunto. Pero realmente no es así. Lo que he visto y palpado es que en queriendo salir en el argumento de aquellos preciosos silogismos o entimemas que tienen escritos en el cartapacio, todo es desbarrar y lo que tiene escrito lo recitan casi sin más inteligencia que si fuesen papagayos.

10. Por esto yo fuera de sentir que todo lo que pertenece a la dialéctica o arte de raciocinar, se les diese en preceptos seguidos, explicados lo más claramente que se pudiese con ejemplos oportunos, sin introducir cuestión alguna. Todo esto se podría hacer en dos meses o poco más. ¿Qué importaría que entretanto no disputasen? Más adelantarían después en poquísimo tiempo, bien instruídos en todas las noticias necesarias, que antes en mucho sin ellas. La disputa es una guerra mental y en la guerra aun los ensayos o ejercicios militares no se hacen sin prevenir de armas a los soldados.

§ III

11. En la metafísica abstracta especialmente como la tratan muchos, también hay harto que cercenar. El famoso REVBAU ha abierto campo a larguísimos tratados y muchísimas cuestiones, que sin perder nada pudieran omitirse, porque no conducen ni para la física ni para la ética, ni para la teología, ni para otra alguna ciencia. Es bien que se dé una noticia clara de las propiedades del ente, singularmente de aquella a quien se da el nombre de *bondad*, en que hay bastante que decir muy sustancial y muy útil para varios asuntos teológicos. De la perfecta identidad que hay entre la bondad y la entidad, bien entendida la entidad y bien entendidos los dos extremos, colijo yo por consecuencias o inmediatas o mediatas, muchas verdades importantes.

12. De aquí deduzco que la malicia, así como es carencia de bondad, es también carencia de entidad, y todo lo que es malo se denomina tal, no por lo que tiene, sino por lo que le falta; que la limitación de la criatura no es otra cosa que una carencia de toda la entidad, que le falta; por consiguiente que toda ciatura es un pequeñísimo ente y un casi infinito no ente, que tiene infinito más de mala que de buena, porque así como carece de la entidad de todas las demás criaturas existentes y posibles, carece también de su bondad; que Dios al contrario, como ilimitado, no sólo es ente excelentísimo, sino que él por sí solo es toda la entidad; no sólo bonísimo, sino toda la bondad, sin que se pueda decir, que hay entidad o bondad posible, de la cual Dios carezca. De aquí con sólo un brevísimo paso del discurso me avanzo a la inteligencia de aquella sublimísima, divinísima definición que Dios dió de sí mismo hablando con Moísés: *Yo soy el que soy*; definición que en la superficie dice nada y examinado el fondo explica infinito. Si sólo Dios es el que es, las criaturas son las que son. Dios es el que es, porque es todo el ser, comprehendido en una indivisible simplicidad, todo el ser sin que le falte ni un indivisible de todo lo que puede llamarse entidad. Las criaturas son las que no son, porque el ser que tienen es como nada respecto del ser de que carecen.

13. Esta máxima de que Dios es el que es, que el ser mismo, que es toda la plenitud del ser, no sólo da a quien lo reflexiona un concepto digno de la deidad, mas es un principio fecundísimo para deducir de él todas las perfecciones divinas, permitidas a nuestra inteligencia; como en efecto infirió muchas de este principio el angélico entendimiento de Santo Tomás. Y el cotejo de esta plenitud de ser con el no ser de la criatura, nos coloca en la inte-

ligencia justa de nuestra extremada pequeñez y oprime nuestro orgullo hasta aquel profundo abatimiento correspondiente a un ser que dista casi nada de la nada.

14. Infiero también del mismo principio metafísico (aun separados los teológicos, que eficacísimamente prueban lo mismo) que Dios no puede ser autor de ningún mal ni físico ni moral, tomado formalmente, porque siendo el mal en esta acepción una mera carencia de entidad, un mero defecto de bondad, no puede venir de una causa que es plenitud de ser y de bondad, pues así como no puede producir algún ser quien en sí no tiene ser, tampoco puede causar alguna carencia de ser quien en sí no tiene alguna carencia de ser, sin que de aquí se infiera que hay otro Dios avieso y maligno, como pretendían los pérfidos maniqueos, autor de todos los males, pues el mal para la existencia de que es capaz, esto es, de pura carencia, no ha menester causa eficiente, sino deficiente, cual es la criatura, por la mucha nada o infinitas carencias de que está llena. De modo que el ser Dios causa universalísima está tan lejos de inferir que como tal haya de producir, no sólo los bienes, mas también los males, que antes prueba lo contrario. Es la razón, porque el ser causa universalísima lo tiene por comprehender en su indivisible ser todo el ser, y quien es todo el ser, sin mezcla de carencia alguna, no puede producir el mal, que es carencia de ser.

15. A este modo, y siguiendo el mismo hilo, con la debida penetración de aquellos predicados universalísimos, y trascendentes, *entidad* y *bondad*, se pueden adquirir utilísimas luces para varios puntos muy esenciales de teología escolástica, dogmática y ética, en que me extendiera más, si no fuese salir de mi asunto. Pero los que forman cursos de artes para leer en las aulas, sin dar siquiera una azadonada en un suelo tan fértil, se extienden latísima y fastidiosísimamente en las cuestiones de si el ente trasciende las diferencias, si es unívoco, equívoco o análogo y otras aún de inferior utilidad.

16. El dejar de tratar de intento del ente infinito en la metafísica, es falta no sólo a lo conducente y útil, mas también a lo necesario y esencial. La razón es, porque Dios es objeto de la metafísica, no sólo debajo de la razón común de ente, mas también debajo de la de tal ente: y no como quiera objeto, sino objeto, aunque inadecuado, principal. Esta es la sentencia más corriente entre los filósofos; y aun Aristóteles la enseña claramente en el libro 11 *De los Metafísicos,* capítulo 6, donde da a la metafísica el nombre de teología, y consiguientemente añade que mira por objeto al más excelente de todos los entes: *Circa namque honorabilisimum entium est.* Ni tiene duda que la metafísica es verdaderamente teología: Teología, digo, natural, que estriba en principios dictados por la luz natural del hombre, a diferencia de la Sagrada, que se funda toda en principios revelados: porque el que hay entre las ciencias naturales, una a quien se da este nombre, porque mira a Dios en razón de tal, como principal objeto, nadie lo duda ni puede dudarlo. Sería sin duda un portentoso defecto, que habiendo hábitos científicos naturales para todos los objetos criados, faltase para el Criador. Pregunto ahora, ¿en qué parte del mundo se enseña esa teología natural, si es distinta de la metafísica? Así esto debe suponerse, y por consigúiente, extrañarse mucho que tantos que se llaman metafísicos, y leen en las aulas la ciencia que llaman metafísica, tan poco o tan nada hablen de su principal objeto, que es el ente increado.

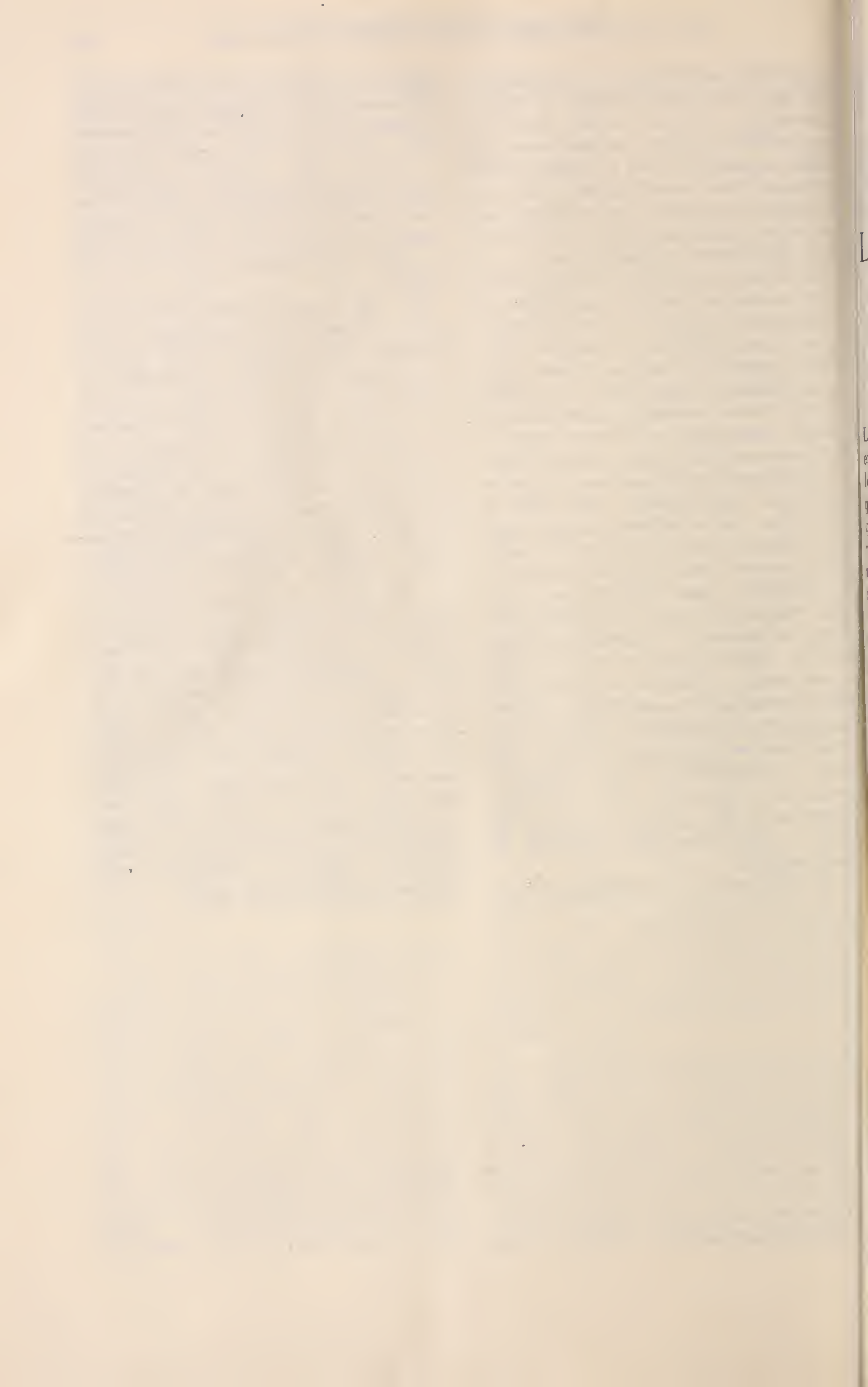
17. Diráseme que por esta parte no están defectuosos los cursos de Artes, pues aunque en la metafísica nada se enseña, o casi nada del ente infinito, se suple este defecto en la física, donde se trata de la primera causa, de su acción principal, que es la creación, de la subordinación que a ellas tienen las causas segundas, etc. Respondo lo pri-

uero, que este es abuso. A la física no oca tratar de Dios, porque su objeto decuado es el ente moble, fuera de uya esfera está Dios constituído como notor inmoble, y por la misma razón ertenece éste derechamente a la metafísica, a quien toca tratar del primer rincipio, como en efecto de él trató nuy de intento Aristóteles en los liros de los metafísicos. ¿Y cómo nuesros escolásticos dan a la metafísica el ombre de *sabiduría*, y definiendo a a sabiduría *Scientia rerum per altisimas causas*, con todo no tratan de la ausa Altísima entre todas las metafíicas? ¿Cómo diciendo Aristóteles (1) que la metafísica es contemplativa de os primeros principios y causas: *Oporet primorum principiorum, et causarum eam speculativam esse*, todo lo le causas, tanto primera como segundas, reservan para la física? No sólo de la primera causa debieran tratar en la metafísica, mas también de la razón común de causa, de la causa eficiente en general, la ejemplar y la final. La razón es clara, pues todos ellos o casi todos convienen en que el objeto adecuado de la metafísica comprehende todo lo que abstrae de toda materia; esto es, de materia singular, sensible e inteligible; y las razones de causa en común, de causa eficiente, ejemplar, y final, pues se verifican de Dios, es manifiesto que abstrahen de toda materia.

18. Respondo lo segundo, que lo que en la física se trata de Dios, mira precisamente a sus operaciones o a su potencia activa, nada a su ser y perfecciones absolutas, y de aquél y de éstas se debiera tratar primera y principalmente, porque como de parte del objeto *primero es el ser que el obrar*, también de parte de la ciencia antes es tratar de lo primero que de lo segundo.

19. De lo que acabamos de decir, que el objeto de la metafísica comprehende todo lo que abstrahe de materia singular, sensible e inteligible, se infiere que a esta ciencia toca tratar no sólo de Dios, mas de todas las sustancias espirituales, por lo menos de las completas y separadas esencialmente de la materia, como son los ángeles. Pero aun al alma racional la extienden los más y mejores metafísicos, entendiendo aquella abstracción del objeto de la metafísica de las tres materias, no sólo de la abstracción precisiva o lógica, mas también de la abstracción real, que es la que compete a las sustancias espirituales, según todo su ser. Pero ¿quién trata de los ángeles en la metafísica? De los cursos que se leen en las aulas ninguno he visto que diga una palabra de ellos. De los impresos, muy raro, y ese muy raro muy poco. Del alma racional se trata algo, pero con esta escasez, que quedan los oyentes casi tan ignorantes de qué es alma racional y cuáles sus potencias y operaciones, como estaban antes.

(1) I. *Metaph.* cap. 20



LO QUE SOBRA Y FALTA EN LA FISICA

Discurso décimotercio

§ I

1. Entro en un amplísimo asunto. Lo que sobra en la física que se trata en las Escuelas es mucho; mucho más lo que falta. Lo primero, casi todo lo que se comprehende en los ocho libros que llaman *De Naturali Auscultatione*, muchos lo estiman una pura y rigurosa metafísica. Es cierto que el padre Suárez, a quien nadie negará ser un escolástico muy metódico, y que sabía colocar cada cosa en el lugar correspondiente, incluyó en sus metafísicas gran parte y no sé si la mayor de las cuestiones que los lectores de las aulas controvierten en dichos ocho libros. Esto es conforme a lo que en el capítulo pasado dijimos de la extensión del objeto de la metafísica, el cual comprehende, no sola la universalísima razón de ente, mas también todas aquellas diferencias y predicados menos universales, que prescinden del ente material e inmaterial; por consiguiente, no a la física, sino a la metafísica toca tratar de la razón de causa en común, de la eficiente, ejemplar y final en particular, de la acción, del infinito, del primer motor, etc.

2. Mas a la verdad, en esta incongruencia no insistiré mucho. Porque, ¿qué importará que lo que conviene tratar en el curso de Artes, como se trate bien, se incluya en esta parte o en aquella del curso? Hay sin duda en esto mucho de arbitrario, según los diferentes visos a que se mira la materia, y según la mayor o menor extensión, que cada autor quiere dar a cada una de las tres ciencias que componen el curso, por cuya razón unos tratan de las categorías en la metafísica, otros en la lógica, lo que es más conforme a Aristóteles, que del libro de las *Categorías* hizo una parte de la dialéctica.

3. Lo que me disuena, pues, no es que en los ocho libros *De Naturali Auscultatione* se traten materias que pudieran incluirse en la metafísica, sino que las mismas materias físicas se traten tan metafísicamente y sólo metafísicamente. Dispútase mucho del compuesto natural, de la materia, de la forma, de la unión, del movimiento, etcétera. Todos estos son objetos verdaderamente físicos. Mas ¿qué importa, si se tratan idealmente, no sensiblemente? ¿Qué importa si se examina sólo la superficie, no el fondo? ¿Qué importa, si en nada se corre el velo a la naturaleza y no se hace sino palparle la ropa? ¿Qué importa, si cuanto se lee, se escribe y se estudia en los ocho libros, se queda en razones comunes y comunísimas, sin descender jamás a las diferenciales?

§ II

4. Acaso se me dirá, que a la física, como ciencia, no le toca tratar las cosas de otro modo. Pero este es un efugio cuya vanidad mostraré, usando de las mismas máximas y términos de la Escuela. Es constante que todas las ciencias naturales deben mirar sus objetos con alguna abstracción, porque no se da ciencia de los singulares. Pero esta abstracción es varia en distintas ciencias. La física, dicen los escolásti-

cos, mira su objeto como abstracción de la materia singular; pero no de la materia sensible, ni de la inteligible. La matemática mira el suy abstraído de la materia singular y de la sensible, mas no de la inteligible, porque siendo su objeto la cuantidad, considera ésta, no sólo como prescindida de los singulares, más también de la sujeción que tiene a los sentidos; pero no de su esencial materialidad, como representable al entendimiento. ¿Quién no ve ahora que la física, del modo que se enseña en las escuelas, mira su objeto con tanta abstracción, como la matemática el suyo? Esto es, no sólo abstraído de la materia singular, mas también de la sensible. ¿Qué más tienen de sensibles en el modo de tocarse el compuesto natural, la materia, la forma, el movimiento, etcétera, considerados sólo debajo de estas razones comunísimas; que la latitud, la longitud, el círculo, el cuadro, el cubo, el cilindro, la pirámide, etcétera, considerados asimismo debajo de estas razones comunes?

5. Explicaréme más y siempre en términos escolásticos, porque los profesores o desprecian o no entienden a quien no les habla en su lenguaje. La física, dicen, mira su objeto sólo con abstracción de los singulares, porque las demás abstracciones pertenecen a otras ciencias; luego le mira abstrahído sólo de los individuos, mas no de las especies, o abstrahído sólo de las diferencias individuales, mas no de las específicas. Pues ¿cómo los profesores tratan del objeto de la física, no sólo abstraído de los individuos, mas también de las especies, y no sólo de las especies ínfimas, más aun de las subalternas? ¿No es clara la inconsecuencia? ¿Y no es claro también que lo hacen así? Tratan, por ejemplo, del compuesto natural, pero sólo debajo de este concepto generalísimo. No sólo no descienden al hombre, al caballo y al águila, que son especies ínfimas, mas ni aun a la razón común de animal, que es género o especie subalterna. No sólo no bajan al oro, a la plata, al cobre, que son especies ínfimas, mas ni aun a la razón común de metal, que es género o especie subalterna.

6. De aquí depende que esta física, con todo el cúmulo de sus máximas, esparcidas en ocho libros, no da luz para explicar algún fenómeno, para disolver algún problema, aunque sea el más patente, el más fácil de cuantos ocurren en el dilatado ámbito de la naturaleza. ¿No se demuesta esto en los escritos del mismo Aristóteles? Compuso este filósofo (como quieren muchos) el libro de los *Problemas*, donde pasan de ochocientos los que propone, pertenecientes a la materia física. Véanse las soluciones que da a todos ellos, y se hallará que jamás recurre a principio alguno o máxima estampada en los ocho libros, para dar salida a cuestión alguna. Ni podría hacerlo, aunque quisiese, porque las generalidades de que tratan los ocho libros se quedan en la externa superficie: digámoslo así, de las puertas afuera de la naturaleza. Después de tanto razonar de los principios del ente natural, de causas, acciones, pasiones, efectos, etc., si le preguntan al que gastó su calor natural en estos tratados cómo se enciende el fuego, cómo se disuelven las nubes en agua, cómo fecunda ésta la tierra, cómo se engendran, cómo se nutren las plantas, se halla el pobre en densísimas tinieblas. Y es el caso que de las proposiciones muy comunes en materia física se verifica a su modo aquel axioma que vulgarmente se aplica a las políticas y morales: *Sermo communis neminem tangit.* No tocan en el pelo de la ropa esas máximas generales el modo que tienen de obrar las causas particulares cada una dentro de su especie.

§ III

7. Diráme alguno que la averiguación del modo con que obra cada causa particular dentro de su especie pertenece a la física experimental, no a la científica, que es la que se enseña y debe enseñar en las Escuelas. Pero lo pri-

mero preguntaré yo, ¿qué física científica es esa? ¿No hablan de la física científica los escolásticos, cuando dicen que su objeto es el ente natural sensible, de tal modo que en razón de objeto no prescinde de la sensibilidad? Es claro; pues afirman que el objeto de la física, a distinción del de la matemática y del de la metafísica, no prescinde de la materia sensible. Pregunto más: ¿el objeto, en razón de sensible, no dice respecto a la percepción de los sentidos? No hay duda. Pregunto lo tercero: el objeto material, en cuanto dice respecto a la percepción de los sentidos, ¿no dice respecto a la experiencia? O de otro modo: el objeto material, en cuanto sensible, ¿no es experimentable, y en cuanto experimentable sensible? Es manifiesto, porque no hay otra experiencia que la que se tiene mediante la percepción de los sentidos, o no hay otra acción experimental que la misma percepción sensitiva: luego esa misma física científica de quien hablan es física experimental. Si los escolásticos la ciñen a unas máximas puramente teóricas y abstractísimas no es culpa de la ciencia, la cual por sí esencialmente pide más extensión o en sí es más extensa, sino escasez de los profesores.

§ IV

8. El caso es, si se mira bien, que aun esas mismas noticias abstractas, o en toda o en la mayor parte, las deben a la experiencia, aunque ellos están muy lejos de pensarlo. Todos siguen las huellas de Aristóteles en cuanto dicen del compuesto natural, de la materia, de la forma sustancial, de las accidentales, de la educción, etc. Y pregunto: ¿De dónde le vino a Aristóteles la idea que formó de esos objetos? Sólo de la experiencia. Veía Aristóteles que una misma materia sucesivamente iba adquiriendo varias formas; pongo por ejemplo, que de la tierra se forman las plantas, de las plantas fuego, del fuego ceniza, de los alimentos carne, de la carne gusanos, etc., de aquí formó el concepto de que en los compuestos naturales hay una parte que es sujeto o materia, capaz de varias formas, indiferente para todas, la cual por consiguiente no constituye alguna especie determinada, y otra parte que es forma, la cual da el ser pacífico. Veía asimismo la unión de las dos. Veía que, al introducirse una forma, perdía el ser la otra. Veía que a esta introducción de nueva forma precedía una alteración sensible en las cualidades del sujeto, como en el color, olor y sabor de la carne, antes de convertirse ésta en gusanos. De esta y otras esperiencias le vinieron a Aristóteles todas las ideas que formó del ente natural, de sus principios, de su generación y corrupcion. de la potencia, del acto, de las disposiciones para la forma, etc. Así se ve que donde le faltó la guía de la experiencia erró miserablemente. Tuvo por imposible la creación, por consiguiente, imaginó el mundo existente *ab aeterno*. ¿Por qué esto? Porque la creación no pudo experimentarla, antes lo que experimentaba, lo que veía, lo que palpaba, todas eran producciones *ex praesupposito sujecto*. Así concluyó que era imposible producirse cosa alguna de la nada, formando su famoso axioma: *Ex nihilo nihil fit*. Dió por sentada la absoluta imposibilidad de que los accidentes existan sin sujeto. ¿Por qué? Porque la experiencia se los mostraba siempre inherentes a algún sujeto. Y si a nosotros nos enseñara lo contrario la fe, le seguiríamos en esto como en lo demás.

9. Mas, ¿para qué nos fatigamos en inútiles enumeraciones? Con un rasgo solo de pluma se hace patente, que Aristóteles no tuvo conocimiento alguno que no fuese fundado en la experiencia. ¿No es axioma suyo que el entendimiento no percibe objeto alguno, cuya especie no haya adquirido por la vía del sentido? Todo escolar lo sabe: *Nihil est in intellectu, quin prius fuerit in sensu.* ¿Qué quiere decir esto, sino que el entendimiento no tiene conocimiento alguno que no sea experimental

o deducido a lo menos por ilación de la experiencia de los sentidos?

10. Y valga la verdad. Pongamos que Dios criase un hombre perfecto en la organización y en todas las facultades, pero suspendiéndole por algún espacio de tiempo el uso de todos los sentidos. Díganme: ¿qué concepto haría este hombre de materia, de forma, de cuantidad, de movimiento? Ninguno, sin duda, porque suspendido el uso de todos los sentidos, no podía adquirir especie alguna de estos objetos. Ni aun de su propio cuerpo tendría idea alguna, porque éste no puede conocerse sino mediante la percepción sensitiva. Sólo conocería por reflexión el ser de su alma, sus potencias y operaciones espirituales. Este es conocimiento experimental. Inferiría por discurso que otro algún ente le había dado el ser, pues él no podía dárselo a sí mismo. Podría pasar de aquí a inferir que un ente necesario, existente por sí mismo y autor de todo. Pero así es esto como todo lo demás que se me diga, que este hombre, puesto este principio, podría deducir iría fundado sobre aquel primer concepto experimental, y en todo lo demás en que le faltase la luz de la experiencia, se hallaría en densísimas tinieblas.

11. Creo que generalmente se puede decir que no hay conocimiento alguno en el hombre, el cual no sea mediata o inmediatamente deducido de la experiencia. ¿Qué verdad puede dictar más inmediatamente la luz natural al alma que la existencia del Autor que la dió el ser? Con todo, esta verdad no la alcanza ni puede alcanzar el alma naturalmente sin el subsidio de la experiencia. No es ésta alguna exquisita paradoja, sino doctrina clara del Angel de las Escuelas Santo Tomás, el cual (1) afirma que esta verdad *Dios existe* o *hay Dios*, no nos es notoria por sí misma; esto es, no podemos alcanzarla sino por ilación o discurso. ¿Y qué discurso será éste? Discurso fundado precisamente sobre principios experimentales. Consta del mismo Santo Doctor en el artículo tercero de la misma cuestión, donde propone cinco demonstraciones de la existencia de Dios, que son las únicas que como eficaces halló dignas de escribirse; y en efecto, los escolásticos sólo éstas han abrazado como tales. Pero todas estas cinco demonstraciones estriban en el fundamento de la experiencia, porque todas proceden en alguna manera de los efectos a la causa: la primera se funda en el movimiento, la segunda en el orden de las causas eficientes, la tercera en la posibilidad de no ser de los entes criados, la cuarta en los grados de bondad que hay en las cosas, la quinta en el gobierno del universo. Todos estos fundamentos o principios del discurso sólo nos constan por experiencia, como es claro.

§ V

12. Es, pues, preciso que confiesen que la física, sin excluir aun aquella parte abstractísima que se dicta en las escuelas, estriba en la experiencia: luego injustamente y contra toda razón fasquean la experiencia, como indigna de la nobleza de las Escuelas. Por consiguiente no pueden valerse de este motivo para dejar de tratar la física contrahida a las especies subalternas y aun ínfimas del ente natural.

13. ¿Y no acuden los mismos profesores a la experiencia en tal cual caso? Sin duda. Cuando pretenden probar la repugnancia del vacío, recurren a la experiencia del ascenso del agua en la bomba y otros. Cuando tratan de la impenetrabilidad de la cuantidad, proponen por argumento el experimento del oro echado en un vaso lleno de agua, que dicen no ocupa lugar en el distinto del que ocupa el agua. Pues como se sirven de estos, ¿por qué no se valdrían de otros muchísimos para indagar varias verdades físicas? El caso es que dar tan poca atención a los experimentos, aun esos pocos que tocan los tienen tan mal digeridos, que en el primero, viendo el efecto, yerran la causa, atribuyendo a la repugnancia del vacío lo que únicamente depende del

(1) I. *Part. queest.* 2, art. I.

peso del aire; y en el segundo conceden comúnmente un efecto o hecho que no hay; esto es, que el oro no ocupe en el agua espacio distinto del que ocupa el agua. Este error dependió de haber hecho la experiencia con tan corta cantidad de oro, que no podía elevar el agua sensiblemente en el vaso. Echen la cantidad de ocho o diez onzas, y verán como la elevan tanto como la de cinco o seis de plata. Yo hice la experiencia con ocho onzas de oro y desbordó el agua fuera del vaso.

§ VI

14. No pretendo yo que no se lea en las Escuelas la doctrina que Aristóteles enseñó en los ocho mencionados libros, sino que esa doctrina se dé purgada de tantas inútiles cuestiones, en quienes se consume buena porción de tiempo, el cual fuera más justo emplear en explorar más de cerca la naturaleza. Explíquense norabuena, los principios del ente natural según la mente de Aristóteles. Dense aquellas generales ideas de lo que es materia, de lo que es forma substancial y accidental. Trátese de los cuatro géneros de causas, y el modo de obrar de cada una. Asimismo del movimiento del lugar, del vacío, etc. Todo lo que en esto hay de doctrina, propuesto con limpieza y claridad, ocupará muy pocos días; y todo aquel grande espacio que ocupan tantas cuetiones muy excusables, se puede emplear en descender de esas ideas generales a más física y específica explicación de esas mismas materias.

15. Trátase, pongo por ejemplo, en el tercero o cuarto libro del movimiento. ¡Oh, cuánto hay, no sólo útil, sino necesario que decir sobre esta materia! Cuanto hace la naturaleza, lo hace mediante el movimiento. Por lo cual el mismo Aristóteles advirtió que el que no conoce el movimiento, necesariamente ignora la naturaleza: *Necessarium enim est ignorato ipso* (motu) *ignorati, naturam* (1). Ni esto se debe entender sólo del movimiento, tomando generalísimamente en cuanto es común a toda mutación física, tanto substancial, como accidental mas aun en cuanto supone particularmente por el movimiento local, porque aunque no convengamos con los filósofos modernos en que no hay en la naturaleza otro movimiento que local, no podemos menos de concederles que nada se hace sin movimiento local. También lo conoció esto Aristóteles. Véase (2) donde hablando de la *lación*, voz de que usa para explicar el movimiento local, después de decir que éste es el primero de todos los movimientos, tratando después de los movimientos de alteración y acreción, añade que éstos no pueden ejercerse sin movimiento local: *At haec absque latione nequeunt esse*, y poco más abajo, por el título de ser el movimiento local el primero de todos los movimientos, generalísimamente afirma que ningún movimiento puede subsistir sin el local: *Dicitur autem prius, id quo sublato cetera tolluntur.*

16. A aquellos a quienes no haga fuerza la autoridad de Aristóteles, o lo que es ordinarísimo, estén resueltos a intepretar, aunque sea violentísimamente, las sentencias de Aristóteles de modo que no perjudiquen a sus preocupaciones, ruego que tendiendo los ojos por todas las operaciones de la naturaleza, vean si encuentran alguna donde no haya movimiento local. Muchas hallarán sin duda, si las miran con la debida reflexión, que no consisten sino en movimiento local, ya de unos cuerpos totales hacia otros, ya de las partículas de un cuerpo hacia otras del mismo cuerpo; pero, por lo menos sin movimiento local, o antecedente o concomitante, me atrevo a asegurar que no encontrarán ninguna.

§ VII

17. Siendo esto así, ¿no se debe extrañar mucho que contentándose en nuestros cursos de Artes con dar una

(1) Lib. 3. *Physic.*, cap. 1.

(2) Lib. 8, *Physic.* cap. 7.

ligera y superficial noción del movimiento en común, nada o casi nada nos digan del movimiento local en particular? Pues ahí que es poco o inútil lo que hay que saber de él, no sino mucho y utilísimo. Son infinitas las operaciones, así naturales como artificiales, que es imposible explicarse ni entenderse, sin saber cuáles son las causas del movimiento local, cuáles sus diferencias, sus propiedades, sus efectos, las leyes que observa en su dirección, aceleracion, comunicación, etc. ¿No sería mucho más importante expender en esto algún tiempo, que en aquellas cuestiones puramente metafísicas, cuál es el definido en la definición del movimiento, si se distingue, y cómo el movimiento de la acción y pasión, de quién se toma la unidad del movimiento: a que predicamentos se da *per se* movimiento?

18. Aun cuando no tuviésemos en ello otro interés que el de entendernos con los filósofos modernos, ya en la disputa, ya en una simple conversación, bastaba éste para tratar las cosas de otro modo. ¡Cuántas veces sucederá hallarse corrido un filósofo puro de la Escuela, si concurriendo en un corrillo con otro que ha estudiado físicamente la materia del movimiento, cae la conversación sobre este asunto! Pónese éste, v. g. a explicar, porque ocurrió motivo para ello, cómo los cuerpos movidos circularmente, durando el ímpetu y cesando el estorbo que los precisaba al movimiento circular, se apartan del centro por la línea tangente del círculo; cómo en el movimiento reflejo de los cuerpos esféricos el ángulo de reflexión es igual al ángulo de incidencia; qué rumbo sigue el moble en la refracción, ya cuando pasa del fluído denso al raro, ya cuando pasa del raro al denso y otras cosas de este género. Todo esto será una algarabía para mi pobre escolástico, pues ni aun las voces entiende, y si quiere entenderlas, le ha de pedir al otro que se las explique; ni más ni menos que un rústico que se halle en el corrillo. Lo más es que al explicársele estas reglas del movimiento, tan prontamente las entenderá el rústico como él, porque cuanto se le ha enseñado en la aula, nada conduce para facilitarle la inteligencia.

§ VIII

19. El motivo de entendernos con los filósofos modernos debiera asimismo excitarnos a explicar con toda claridad los principios de su física. Hablo aquí de los filósofos modernos que forman sistema teórico, porque para los experimentales (que en la realidad son los únicos verdaderos filósofos) son indiferentes todos los principios teóricos. Que haya formas substanciales y accidentales, que no las haya; que todo se componga o no se componga de átomos; que dependa o no la máquina del Universo de los elementos cartesianos, para ellos todo es uno: las leyes experimentales del mecanismo, que son las únicas o las últimas a donde reducen los fenómenos, en todo sistema teórico subsisten.

20. ¿Y no es sin duda cosa vergonzosa para un filósofo del aula, que sucediendo el caso de concurrir en algún teatro (pongo por ejemplo) con un cartesiano, y disponiéndose las circunstancias de modo que no pueda evitar la disputa, o haya de enmudecer, porque ni aun entiende las voces de que el otro usa o, lo que a veces sucede, sólo haya de altercar con injurias?

21. Ocurrióme tal vez hallarme en una conversación, donde habían concurrido dos religiosos de otra Orden, dos eclesiásticos Seculares de distinción y algunos caballeros, de los cuales el uno, que era muy discreto y agudo, después de haber estudiado muy bien la filosofía aristotélica en el aula, se había aplicado a la cartesiana y estaba cabalmente enterado de sus principios. Nadie ignoraba esto en el pueblo, porque él, cuando se ofrecía la ocasión, filosofaba según el sistema cartesiano, bien que en el fondo, nie ra cartesiano
bien que en el fondo, ni era cartesiano Uno de los religiosos, pues, insultándole fuera de propósito sobre este capítulo, dijo algunas palabras de mofa en

general contra los que seguían la filosofía cartesiana. El caballero, solicitándole luego a disputa, empezó a razonar alguna cosa en defensa de Descartes y contra Aristóteles. Mi religioso, que no sabía de la filosofía cartesiana mas que el nombre, se halló tan embarazado, que yo, por evitar su confusión, sin ser provocado, me arrojé a la disputa con el caballero, como el torero que llama al toro por estorbar que haga pedazos al compañero que ya tiene cogido entre las astas. Pero no valió la precaución, porque el caballero, volviéndose a mí cortesanamente, me dijo que pues la disputa no era conmigo, dejase reñir la lid al que había sido provocante; con que me fué preciso hacerme fuera de la contienda y dejar al otro en las astas del toro: lo cual paró en que el pobre religioso, no pudiendo revolverse ni a un lado ni a otro, porque sabía tanto del sistema cartesiano como de la lengua china, dió a conocer a todos, no sólo su ignorancia, más también su imprudencia en insultar, sin saber qué ni por qué insultaba.

22. De estos lances sucederán muchos por la impericia y temeridad de algunos profesores, a quienes justamente, se puede aplicar aquella increpación del Apóstol San Judas: *Queacumque ignorant, blasphemant*. ¿No es indignidad en unos hombres que se precian de sabios, el que impugnen las doctrinas contrarias a las suyas, del mismo modo que las impugnarían los rústicos; esto es, con baldones contra sus autores? Con decir que Descartes y Gasendo fueron unos quimerizantes ilusos y otras injurias de este tenor, quedan muy satisfechos: y si les preguntan, qué dijeron Descartes y Gasendo, o nada responden o responden mil disparates.

23. Aun los que piensan saber algo de los doctrinas modernas tienen una inteligencia tan superficial y confusa, que es lástima oírlos. Frecuentemente confunden la doctrina de Gasendo con la de Descartes, y una y otra con la de los filósofos experimentales, como yo mismo he visto no pocas veces. Lo ordinario es poner a cuenta de Descartes cuantas para ellos son novedades en la filosofía. Si se les habla de átomos, ese es un disparate de Descartes; y Descartes, que supone infinitamente divisible la materia, ¿qué traza tenía de admitir átomos? Si alguno se pone a probarles que hay vacío existente a Descartes echan la culpa, y Descartes, bien lejos de admitirle existente, le reputó imposible aun a la potencia absoluta de Dios. Aun muchas verdades, que invenciblemente prueba una constante experiencia y que no admiten en su Escuela, v. g. que el aire es pesado, que no hay antiperístasis, se las imputan como a primer autor a Descartes; y lo peor es que les parece que las impugnan bastantemente sólo con decir que Descartes es el autor de esas opiniones, lo que sobre ser falso, es una impugnación ridícula, mientras Dios no revela que jamás Descartes dijo verdad alguna de su cabeza; lo que ni de Descartes ni de hombre alguno es creíble.

24. Todo esto viene de meterse a hablar de lo que no entienden ni han estudiado. Oyeron las voces de átomos, turbillones, materia sutil, mecanismos, etcétera, sin saber qué cosa son, o por lo menos ignorando enteramente los fundamentos con que se prueban. Pero no han menester más que haber oído aquellas voces y creer que Descartes es autor de todo, a quien precisamente, por tener entendido que fué en la doctrina contrario de Aristóteles, reputan por un delirante, para arrojar con desprecio y risa átomos, turbillones, materia sutil y mecanismos a la oscura región de las quimeras.

§ IX

25. No le faltan en las demás naciones defensores a Aristóteles, pero defensores racionales, defensores con conocimiento de causa, que bien instruídos en los sistemas opuestos, saben las partes flacas por donde pueden atacar los que combaten a Descartes y a Gasendo, haciendo la justicia que deben a la sutil enventiva del primero y a la

sólida perspicacia del segundo; y por otra parte dejan libre el campo de la naturaleza a los filósofos experimentales, como verdaderos y aun únicos colonos de su fertilísimo terreno. Donde se advierte que a estos nadie los mira como facción opuesta, sino o como suyos o como neutrales, porque los experimentos y las consecuencias legítimas de ellos a todo sistema se pueden acomodar, o por mejor decir, todo sistema se puede acomodar a ellos.

26. No sólo esto, más aún se puede decir que en las demás naciones no hay algún aristotélico puro. Todos conceden aquellas verdades físicas, que legítimamente se prueban con los experimentos, que pugnen que no con algunas máximas aristotélicas. Todos admiten las explicaciones de los efectos sensibles, por lo menos de muchos, por las reglas de mecanismo, en cuanto son independientes de particular sistema. Y aun ellos mismos usan de esas explicaciones, siempre que se aplican a resolver algún problema físico sensible o señalar la causa de algún fenómeno. De modo que a cada paso se ven salir de los claustros de varias religiones, que son ciudadelas guarnecidas de sectarios de Aristóteles, resoluciones de problemas físicos, propuestos ya por esta, ya por aquella Academia, atendiendo precisamente a las leyes mecánicas y sin acordarse de formas, virtudes, cualidades, que a todo vienen igualmente y nada explican.

27. ¿Qué digo yo resoluciones de problemas particulares? Muchísimos tratados de varias partes de física, explicada puramente a lo moderno, tuvieron su nacimiento en los claustros. Sólo de los de la Compañía salieron muchos y excelentes. Tales son los del P. Casati, placentino, del P. de Lanis, del P. Castel, del P. Auberto, del P. Sarrabat, del P. Souciet, del P. Dechales, etc. El P. Regnault dió a luz pocos años ha un curso entero de rigurosa física moderna en tres tomos, sin tocar un ápice de las ideas abstractas de la Escuela. En todo él sigue las nuevas opiniones, comprehendiendo aun algunas de aquellas que más revuelven los estómagos de nuestros profesores. Prueba esforzadamente la existencia de la materia sutil, a cuya extrema delicadeza y rapidísimo movimiento atribuye todos los efectos que señaló su inventor Descartes, que viene a ser poco menos que constituirla árbitra de toda la naturaleza. Apoya las más de las reglas del movimiento, que, como fundamentales para su sistema, estableció el mismo Descartes. Y ni más ni menos que este filósofo, estatuye un turbillón de materia magnética, que discurriendo de un polo de la tierra al otro, causa todos los movimientos que admiramos en el imán. Atribuye con el mismo el descenso de los cuerpos graves al impulso extrínseco de la materia sutil. Generalísimamente explica todas las cualidades sensibles por mero mecanismo, excluyendo toda forma accidental distinta de materia, figura y movimiento. Favorece abiertamente la opinión de la continencia formal de las plantas en las semillas, negando toda nueva producción y concediendo sólo que sucesivamente se van desarrollando las plantas unas en pos de otras y adquiriendo aumento aquellos minutísimos cuerpos, de los cuáles produjo Dios en el principio del mundo innumerables millones de millones en cada semilla. Finalmente (dejando otras muchas cosas), se declara a favor de la opinión, de que así el hombre como todos los animales vivíparos, no menos que los ovíparos, se engendran de huevo, si bien que este es punto que aun hoy se litiga entre los anatómicos modernos y están no pocos por la negativa.

28. Al P. Regnault puede agregarse el P. Bougeant, también jesuíta francés, autor del primer tomo de *Observaciones curiosas sobre todas las partes de la física* (obra que después prosiguió en otros dos tomos el P. Grozelier del Oratorio), pues en todas las materias que toca en dicho primer tomo discurre según los dichos modernos, sin acordarse jamás de formas, cualidades, etc. Así el P. Regnault como el P. Bougeant se hallan aplaudidos y celebrados (aunque más y con más justicia el primero) por

los doctos jesuítas, autores de las *Memorias de Trevoux.*

§ X

29. No ignoro que en España extrañarán muchos que tantos tratados filosóficos de este género hayan salido de mano de jesuítas, y no a hurtadillas o a sombra de tejado, sino a los ojos de toda su Religión y con aprobación suya. Esto depende de que aca se ignora por lo común el estado presente de la física en las demás naciones. Es verdad que has a la mitad del siglo pasado y aún algo más adelante, reinaba una universal o casi universal conspiración de los sujetos doctos de todas las Religiones, a que concurrían muchos de fuera de ellas, a favor de Aristóteles, contra todos los filósofos innovadores, en cuya guerra eran comprehendidos como enemigos, no sólo Descartes, Gasendo, el P. Maignan y los sectarios de estos, más también todos aquellos, que consultando por medio de los experimentos la naturaleza en sí misma, proponían cualquiera novedad filosófica extraña a las ideas de los peripatéticos.

30. Estos últimos, como patrocinaban mejor causa y con armas mucho más fuertes y sólidas que todos los filósofos sistemáticos, no sólo se defendieron vigorosamente, mas fueron abriendo campo y ganando mucha gente, no sólo de los neutrales, mas aun de sus propios enemigos. Mostraban sus experimentos; muchas consecuencias, que sacaban de la combinación de ellos, eran tan visibles, como los experimentos mismos. ¿Quiénes habían de resistir esta fuerza? Sólo los que por ser muy cerrados de mollera, o por cerrarse de campiña (como sucede aún hoy por acá a muchos), o creían más a Aristó eles que a sus mismos ojos o no entendían lo que veían o no querían verlo o, en fin, con vanísimos efugios pretendían eludir las verdades más patentes. Mas, al fin, estos mismos, o desengañados o corridos de la irrisión que hacían de ellos los desengañados, fueron cediendo poco a poco, y vino a quedar enteramente libre el campo a la filosofía experimental, concediendo ya los más finos sectarios de Aristóteles muchas verdades escondidas al Estagirita y descubiertas por la experiencia.

31. La brecha que en la doctrina de Aristóteles abrieron los experimentales sirvió indirectamente a los sistemáticos, porque habiéndose manifestado a la luz de los experimentos que las máximas aristotélicas flaqueaban en algunos puntos de la física, flaqueó asimismo la veneración del autor, que hasta entonces tenía casi del todo oprimida la libertad para filosofar, y persuadidos muchos a que como Aristóteles había errado en algunas cosas en que veían contraria a él la experiencia, podía haber errado en otras muchas, empezaron a escuchar con atención y sin desprecio a Descartes, Gasendo, Maignan, etc. Sirviólеs también directamente, porque habiendo mostrado la experiencia que muchos efectos que los aristotélicos atribuían a sus formas y cualidades, ya ocultas, ya manifiestas, eran meras producciones del mecanismo de la materia, acreditó en parte a los que generalmente desterraban de la naturaleza todas las cualidades y formas materiales. Disipada con esto la antigua preocupación, y hecha país libre la filosofía, no sólo cesó enteramente aquella gritería de *muera, muera* contra cualquiera que impugnaba a Aristóteles, pero empezó a oírse a todos en el tribunal de la razón.

32. Todo lo dicho se debe entender respectivamente a las familias religiosas, porque de los seculares muy desde los principios habían hecho los filósofos capitales modernos, especialmente Descartes, gran número de sectarios. Pero en los claustros, donde aun la libertad honesta para discurrir se concede con mucha cuenta y razón, muy tarde y muy poco a poco se abrió la valla a la nueva filosofía. Ni la abertura fué de mucha amplitud, pues aunque es verdad que el P. Maignan en su Religión (que es la del glorioso San

Francisco de Paula) se hizo ilustres discípulos que en todo y por todo le siguen, no tengo noticia de que (exceptuando la Congregación del Oratorio, cuyo miembro fué el P. Malebranche) en ninguna Religión se diese entrada al sistema entero, ni de Descartes ni de Gasendo. Admitieron sólo muchos particulares varias máximas de uno y otro. Y este es el estado presente de la filosofía en los regulares de otras naciones. Todos dan oídos a la filosofía experimental. Llegando a tratarse de fenómenos o efectos particulares, apenas hay quien no los explique por puro mecanismo. Muchos conceden a Descartes la existencia y movimiento de la materia sutil, como indispensablemente necesaria en la naturaleza, y algunas otras novedades suyas. Gasendo es venerado como hombre sapientísimo, y dejando aparte el sistema de los átomos, en quien se encuentran muchas arduidades, en todo lo que pudo prescindir del sistema, es reconocido por un filósofo excelentísimo y absolutamente admirable.

§ XI

33. No será mucho que en España desee yo el mismo temperamento. Y porque no se piense que a vueltas de esta razonable libertad dolosamente pretendo introducir otra mayor, desde luego declaro que no me conformo ni conformaré jamás con alguno de los sistemas modernos, porque en todos (aun separadas las especiales dificultades que en varias partes he propuesto contra el cartesiano) encuentro un grande escollo, y a mi parecer inevitable. Todos tres sistemas concuerdan en excluir de los compuestos naturales (a la reserva sola del hombre) toda forma sustancial y accidental entitativamente distinta de la materia. Todos tres, aunque por distintos rumbos, conspiran a componerlo todo con las partículas de la materia variamente combinadas y movidas.

34. De aquí es que aunque comúnmente sólo suena como adicto peculiarmente al sistema cartesiano el grave inconveniente de constituir a las bestias máquinas inanimadas, bien mirado, tanto el de Gasendo, como el de Maignan, vienen a incidir en el mismo. Concedieron uno y otro autor alma a los brutos, pero una alma sólo en el nombre: porque preguntados qué entidad es la de esa alma, responden que no es otra cosa que los átomos o partículas más sutiles, más delicadas y más móviles de la materia. Todo esto es pura, purísima materia, más o menos atenuada, más o menos movida. ¿Quién dirá que esto se puede llamar alma? ¿Quién dirá que las partículas de la materia, precisamente por su tenuidad y movimiento, son capaces de influir en todas aquellas acciones que notamos en los brutos? La materia, de cualquiera modo que se sutilice y se mueva, ¿puede sentir los objetos, conocer lo que le es conveniente y desconveniente, apetecer aquello y buscarlo, aborrecer estotro y huirlo? Nadie me lo hará creer, y quien lo creyere, ¿qué dificultad hallará en creer asimismo que la materia precisamente en virtud de la disposición maquinal (que es el principio que señala Descartes para todas las acciones de los brutos) siente y conoce? Claro se ve que para el caso todo es uno. Pero si los sectarios de Maignan y Gasendo niegan verdadera percepción y sentimiento a los brutos, cargados quedan de todas las dificultades que comúnmente se objetan a Descartes, como también del gravísimo inconveniente que como secuela dedujimos contra Descartes en el tomo II, discurso I, números 44 y 45, pues del mismo modo milita contra ellos.

35. Así yo, ciudadano libre de la República Literaria, ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada lo que me dictaren la experiencia y la razón. Veo por el capítulo expresado y aun por otros claudicantes todos los sistemas modernos. Conozco la insuficiencia del aristotélico, porque verdaderamente no es

sistema físico, sino metafísico; y así todos los modernos salvan su verdad, explicándole cada uno a su modo. Dicen que no lidian con Aristóteles, sino con sus comentadores los escolásticos, que de sus formas y cualidades han querido hacer unas entidades absolutas, distintas adecuadamente de la materia, lo que Aristóteles no expresó ni es necesario para verificar aquellas denominaciones. Por tanto, el sistema aristotélico, como le propuso su autor, nadie puede condenarle como falso, sí sólo como imperfecto y confuso, porque conteniéndose en unas ideas abstractas, no desciende a explicar físicamente la naturaleza de las cosas.

36. Y verdaderamente en lo poco que cuesta la explicación de los efectos naturales que se logra con este sistema, se conoce lo poco que vale. Juzgo que en el espacio de media hora o una hora cuando más, haría yo filósofo, al modo peripatético, a un hombre de buena razón, que jamás hubiese estudiado palabra de facultad alguna. Con explicarle lo que significan estas voces: materia prima, forma sustancial, accidental, potencia o virtud radical y remota, próxima y formal, cualidad y muy pocas más, ya no queda que hacer, sino instruirle en que cuando le pregunten por qué tal cosa produce tal efecto, responda, que porque tiene una virtud o cualidad productiva de él. Si le preguntan qué cualidad es ésa, responda dándola una denominación tomada del efecto: v. gr. si la causa produce calor, diga que tiene cualidad calefactiva; si frío, que la tiene frigefactiva o refrigerante; si le preguntan por qué tiene esa cualidad, responda que porque tiene una forma sustancial que exige o radica esa cualidad. ¿Qué más responde que esto el más consumado escolástico? ¿Y qué sabe el que sólo sabe esto? Nada, sino unas voces particulares de la Escuela y unas nociones comunísimas, como dice el sapientísimo P. Dechales, citado ya por nosotros en otro lugar.

§ XII

37. La omisión por una parte y superfluidad por otra, que hemos notado en los escolásticos respectivamente a los ocho libros *De Naturali Auscultationes*, comprehende asimismo los demás tratados de física que se dictan en las Escuelas. Cualquiera que leyendo solamente los títulos de ellos, viere que se trata de la generación, de la corrupción, de la alteración, de la nutrición y aumentación, de los cielos, de los elementos, de los mixtos, etc., juzgará hallar allí descubierta hasta sus más íntimos senos o desenvuelta hasta sus intrincados pliegues la naturaleza, porque no menos que eso suenan o premeten las inscripciones. Pero si se aplica a leer lo que está debajo de ellas, bien lejos de encontrar lo que la naturaleza oculta en el fondo, ni aun hallará lo que ostenta en la superficie. Todo o casi todo se llena con unas cuestiones de mera metafísica, como si la generación es esencialmente mutación; cuales son el sujeto y término de la generación; si las disposiciones provienen eficientemente de la forma para quien disponen; si la naturaleza intenta *per se* la corrupción, y otras del mismo tenor ¿Esto es darnos ni aun rudísimo diseño de las admirables operaciones con qué la naturaleza prepara, y perfecciona la producción de las cosas? ¿Sirve todo esto para explicarnos, ni aun groseramente, cómo de una porción menudísima de masa inanimada se hace un agigantado viviente? ¿Qué disposiciones pide en la matriz? ¿Cómo, de qué y por qué vías se nutre en ella? ¿Cómo y con qué instrumento se extiende aquella al parecer pasta informe en tanta variedad de órganos, tan desemejantes entre sí y tan sutilmente fabricados? ¿O cómo de una menudísima semilla se hace, no un árbol sólo, sino innumerables árboles? ¿Con qué jugos se nutre? ¿Quién se los prepara, quién los mueve y encamina? ¿Qué mecánica la desenvuelve y ordena, de modo que todas las plantas que nacen de una

especie de semilla, tengan la misma contextura de parte, el mismo color, la misma proporción? ¿Satisfaráse a esto sólo con decir que todo ente natural tiene por su forma específica virtud productiva de su semejante y que esta virtud reside como en agente instrumental en la semilla?

38. ¡Oh grande Augustino (1), que hallaste tan admirable el que de los granos se produzcan las espigas, como de que cinco panes se hiciese alimento bastante para saciar cinco mil hombres! Debiste de ignorar esta facilísima filosofía, que con dos o tres voces explica tan grande obra. Si uno, habiéndose ofrecido a explicar cómo se producen todos los movimientos de un reloj, no dijese otra cosa sino que aquellos movimientos son causados por la forma artificosa de la máquina, la cual tiene virtud artificial para causar esos movimientos, todos se reirían de él y le opondrían con razón que esa explicación (aun cuando pudiese llamarse tal) sobre ser puramente metafísica, era universalísima para todos los movimientos que dependen del arte en cualquier máquina que sea, por lo cual no les daba conocimiento alguno de las causas del movimiento particular del reloj; sin embargo, nuestros filósofos nada más nos explican la generación de cada ente, que aquel hombre explicaría el movimiento del reloj.

§ XIII

39. El tratar de este modo la física, no sólo es inútil para el fin mediato que en ella se pretende, esto es, el conocimiento de la naturaleza, más también para conducirnos al conocimiento, amor y veneración del último fin, que el racional debe buscar en todas sus operaciones. Bien creo yo que ninguno de los filósofos que hasta ahora por el camino competente, que es el de la experiencia acompañada de la reflexión, buscaron el conocimiento de las causas físicas, llegó a averiguar las razones primogénitas de las operaciones o reconocer aquellos instrumentos que dan el primer impulso a los movimientos de las naturales máquinas. No sólo los primeros pasos de la naturaleza se les esconden, mas aun muchas veces, después de descubierto el rumbo que sigue, cuando menos piensan, se les desaparece de los ojos, alternando, como para buscarlos, las operaciones patentes con las arcanas o revelándoles unos secretos y ocultándoles otros. Pero esa misma oscuridad, en que a cada paso se ven sumergidos, les presenta otra luz más útil que la que buscan. Al momento mismo que el conocimiento pierde de vista a la naturaleza, con más claridad descubre la infinita sabiduría del Autor de la naturaleza.

40. Para demostrar sensiblemente esta importantísima ventaja de una sobre otra filosofía, concibamos la admirable fábrica del cuerpo humano, expuesta a los ojos de un filósofo escolástico y de un anatómico científico, y examinemos las ideas de uno y otro sobre tan bello objeto. El escolástico, advirtiendo las operaciones vitales y animales de este compuesto, todo lo que infiere es para cada especie de ellas hay una facultad o virtud distinta: v. gr.: este compuesto se nutre, luego tiene facultad nutritiva. Crece, luego tiene virtud aumentativa o acretiva. Se mueve, luego tiene facultad locomotiva, etc. ¿Qué más discurre? Que estas facultades son propiedades dimanantes de la forma sustancial del compuesto y que en el cuerpo hay órganos proporcionados para el ejercicio de ellas. Todo esto hacia la filosofía nada explica, hacia la religión nada adelanta, pues esta contemplación genérica de operaciones, facultades y órganos no infiere más ni con más viveza y claridad la existencia de una primera causa, que la contemplación de cualquier otro ente criado, tomado a bulto.

41. Vamos al anatómico. Este empieza por donde acaba el escolástico

(1) Trac. 24, *in Joan.*

Supone las facultades correspondientes a las operaciones: ni aun ha menestre tomarlas en la boca; porque decir que quien se nutre tiene facultad nutritiva, sólo es decir que quien se nutre puede nutrirse, lo cual es una mera perogrullada filosófica. Entrase, pues de golpe en los órganos, que es donde está todo el busilis, porque las facultades no son otra cosa que la disposición, ya activa, ya pasiva, que en virtud de su estructura y conexión tienen esos órganos para innumerables movimientos. Aquí es donde no da paso, al cual no encuentre alguna maravilla: cuantas especies de vasos y conductos llenan los laboratorios de química, cuantos instrumentos inventaron la mecánica y la estática, tantos y muchos más, labrados con mucha mayor perfección y delicadez, se hallan comprehendidos en el breve ámbito de esta portentosa máquina. A esta consideración sola vuela ya sin libertad la imaginación a aquel sapientísimo Artífice, cuya infinita habilidad fué capaz de fabricarla, y a este rayo de luz huyen como sombras los ánimos regidos del acaso, la mal entendida fuerza de la naturaleza, y la imaginaria alma del mundo: quimeras, que inventó una delirante filosofía, para descartar como ociosa o inútil la Deidad. ¿Cómo la concertada harmonía de tantos y tan varios instrumentos, fabricados con tanta delicadeza, unidos con tanta proporción y tan oportunos todos para sus respectivos usos, pudo ser obra de una causa desnuda de toda luz y conocimiento? ¿O cómo pudo dejar de serlo de un agente infinitamente sabio?

42. La admiración que excita, mirado junto el todo de esta excelente fábrica, no se disipa; antes crece, cuando se llega a explicar cada parte de por sí. En la contextura de cada una se van descubriendo piezas más y más sutiles, sin término, hasta que su extremada delicadeza se huye al examen de todo microscopio. En la averiguación de cualquiera glándula se encuentra un nudo de más difícil solución que el Gordianano: un laberinto de más senos que el de Tebas.

43. Mas si aquí pierde el tino la vista, pasando la contemplación anatómica a otra parte, la pierde aun la imaginación. Es cierto, por las seguras ideas que ministra la misma ciencia anatómica, que en los más pequeños animalillos, pongo por ejemplo una pulga, hay unos instrumentos, vasos y conductos proporcionales a los que se ven en el cuerpo humano. La pulga se mueve, se nutre, excreta, goza del movimiento circular de la sangre, generalmente ejerce todas las funciones vitales y animales que el hombre; luego indispensablemente tiene los mismos instrumentos que en el cuerpo humano observa la anatomía y que a proporción de la cantidad incomparablemente menor del todo que componen, son también incomparablemente menores. Siendo, pues, tan delicada la estructura de los del hombre, que sus menudísimas piezas son insensibles a la vista ayudada del microscopio, ¿cuáles serán las piezas proporcionales a aquéllas en la pulga? O yo soy muy rudo, o este objeto descubre más eficazmente la grandeza, poder y sabiduría de Dios, que la agigantada mole, no sólo de todo el globo terráqueo, mas aun de los celestes orbes: así como acreditó más al famoso escultor Mirmecidas el navío de marfil, que cubría una abeja con sus alas, que a su artífice el bajel de doscientos ochenta codos de longitud de Ptolomeo Filopator. ¿Quién, reflexionándolo debidamente, no se arrebatará con un sagrado estupor a la contemplación de aquella portentosa habilidad y sabiduría que se requiere para fabricar unos instrumentos muchos millones de veces menores que aquellos que en el hombre son por su pequeñez invisibles, y sin embargo todos de una estructura artificiosísima? No me detengo más en esto, porque ya lo he ponderado muy de intento en otra parte. ¡Oh Dios mío! no hay criatura que no me sirva de espejo, para ver en ella por reflexión vuestra grandeza. ¡Pero cosa par-

ticularísima, que os veo más grande, cuanto el espejo es más pequeño!

44. Esto es mostrar no más que una de las innumerables sendas por donde la experimental y verdadera filosofía conduce al conocimiento de la infinita perfección del Autor de la naturaleza. El carácter más seguro de la verdadera filosofía es darse la mano con la religión y ser como ministra y aliada suya: y es indispensable la ventaja que en esta parte goza la experimental filosofía.

§ XIV

45. Si justamente hemos capitulado los últimos tratados de física que dictan en las Aulas, por lo que tienen de inútil y diminuto, no con menos razón podemos acusarlos por lo que envuelven de improbable. Apenas en cuanto dicen de los elementos, de su transmutabilidad, de los sitios respectivos que ocupan, de las cualidades propias de cada uno, hay cosa cierta, y lo más ni aun probable, como suficientísimamente hemos persuadido en varias partes de los tomos antecedentes. En la explicación y división de cualidades primeras, segundas y terceras, por mil caminos se yerra. En las definiciones de las primeras, sobre darse por efectos muy accidentales, no hay ni una que se convierta con el definido. Sin fundamento las que llaman cualidades segundas se proponen como resultantes de la varia combinación de las primeras, y las terceras de la varia combinación de las segundas. Se supone ser cualidades muchas (según los modernos todas) que no lo son, como la sequedad, la humedad, la raridad, densidad, gravedad, levidad, etc. A este modo hay otras cosas que corregir. Los que tratan algo de los cielos, siguen ciegamente las rancias y ya proscritas máximas de Ptolomeo. En vano tantos astrónomos modernos con la prolijidad de sus observaciones, y al favor de sus excelentes instrumentos, han demostrado que Ptolemeo en orden al sitio, distancia y curso de los astros, padeció muchos errores: estos errores se siguen, como si fuesen verdades inconcusas.

46. Es verdad que ya algunos de los mismos filósofos escolásticos han reclamado contra varias doctrinas que reinan en las Escuelas, especialmente sobre el punto de cualidades, así de los elementos, como de los mixtos: ya impugnando que los elementos tengan las cualidades que les asignó Aristóteles, ya negando que sean cualidades algunas que se gradúan de tales: entre quienes resplandeció con generosa libertad el ingenioso jesuíta Rodrigo de Arriaga. Pero los demás prosiguen su camino tan satisfechos del acierto, sólo porque los guía Aristóteles, que tratan como temerarios a los que con eficacísimos argumentos pretenden mostrarles que van errados. *Así concluímos, que en la filosofía de las Escuelas hay mucho que quitar, mucho que añadir y mucho que enmendar.*

APENDICE AL DISCURSO SOBRE LA FISICA

47. Teniendo concluído este Discurso, llegó a mis manos el *Curso Filosófico*, que poco ha dió a luz el reverendísimo P. M. Luis de Losada, de la Compañía de Jesús, obra digna de tal maestro, como el maestro digno de que aquella Religión, cuya sabia providencia siempre proporciona los destinos a los talentos de los sujetos, fiase a su pluma la formación de un Curso, que ha de reglar la enseñanza de la juventud en todos los Colegios de esta Provincia. Gloria singular del autor ser sólo el escogido, donde hay tanto en que escoger, y gloria que le constituye muy superior a cuantos panegíricos yo puedo tributarle. Así, no el deseo de elogiarle, sino la materia de este Discurso, me precisa a hacer memoria de sus obras, pues habiéndome quejado del desprecio con que en España se miran las novedades filosóficas de los extranjeros, debo a la justicia advertir que el Curso del Rvmo. P. M

Losada no está comprehendido en esta nota, pues aunque impugna vigorosísimamente todos los sistemas de los corpusculistas, sobre ejecutar esto muy ajeno de aquellos insultantes dicterios que por acá estilan los filósofos pedantes, antes mezclado con la impugnación de las doctrinas el elogio de sus ingeniosos autores, al mismo tiempo con generosa mano abre la puerta de la aula española al mérito de la experimental filosofía. No sólo en el Prólogo de la física recomienda a los estudiosos que no nieguen el asenso a aquellas máximas filosóficas que los extranjeros han probado con firmes experimentos, aunque contrarias a varias opiniones recibidas en nuestras Escuelas, mas tanto en dicho Prólogo como en el discurso de la obra, admite y establece muchas de esas máximas. Halla muy probable la existencia de la materia sutil, reconoce al aire su peso, derriba al fuego del alto trono en que le colocaban vecino a la luna, establece la fluidez del cielo planetario, concede la razón de fuego formal al sol, asiente a los firmes fundamentos, con que se prueba que hay generaciones y corrupciones en los cuerpos celestes, duda de la vulgar distribución de las cuatro primeras cualidades entre los cuatro elementos, tiene por probable el vacuo diseminado, rechaza las definiciones escolásticas de la raridad y densidad, y explica una y otra según el sentir de los modernos, niega la antiperistasis propiamente tal, no quiere atribuir el ascenso de la llama al conato nativo de buscar lugar más elevado, ni el de la agua en la bomba al miedo del vacío, sino uno y otro al peso del aire. Concede, en fin, la producción de todas las semillas, no sólo de las plantas, mas aun de todos los animales ovíparos, en el principio del mundo, y desde entonces delineada en ellas la organización de plantas y animales: opinión, que yo he impugnado en el tomo I, discurso XIII, párrafo 10. Pero ingenuamente confieso que después acá, por varias reflexiones que hice sobre la materia, le hallé mayor probabilidad que la que entonces imaginaba, como manifestaré cuando dé a luz mis adiciones y correcciones del *Teatro Crítico.*

48. Este noble procedimiento literario es parto legítimo de una índole sincera y de un entendimiento superior a toda preocupación, junto uno y otro con la dicha de vivir en una República, cuyo gobierno rige, no tiraniza los entendimientos de sus súbditos.

49. No sólo por este capítulo es recomendable la obra del Revmo. padre Maestro Losada: ninguno hay por donde no lo sea. El método, la agudeza, la claridad, la fuerza, la solidez, todo en ella es grande, todo excelente.

50. Mas lo que sobre todo me admira es una cosa, que hasta ahora a todos pareció impracticable, o a lo menos, por arduísima, nadie hasta ahora osó o acertó a practicarla, que es escribir todo un curso filosófico escolástico con una pura y bella latinidad. Como el Revmo. P. Losada tenga imitadores, ya no se dirá lo que hasta ahora decían casi todos los extranjeros, con Barclayo, de los españoles: *Veterem, ac pene barbaram in quaerendis scientiis rationem obtinent.* No ignoro que por acá hay algunos censores desabridos, que juzgan o pretenden persuadir que la majestad de la ciencia se humaniza demasiado con la amenidad del estilo y el vigor del argumento se debilita con la cultura de la frase: como si a Minerva, diosa de la sabiduría, la hubiese pintado nadie tosca y desaliñada, o como si Palas por fuerte dejase de ser hermosa. Lo que sé es que Dios plantó el Arbol de la Ciencia, no en la rústica aspereza de una montaña, sino en la florida amenidad de un Paraíso, y que Judit en un cuerpo hermosísimo encerraba un espíritu extremadamente valiente.

51. He oído también que no faltan uno u otro que acusan el elegante estilo del P. Losada, por el capítulo de arduo para la corta inteligencia de la lengua latina, de que comúnmente adolecen los que empiezan a estudiar las artes. ¡Qué diferentemente entiendo

yo las cosas! Este capítulo de acusación es en mi dictamen motivo de alabanza. Es cierto que de las escuelas de gramática el que más aprovecha en ellas, no sale más que un mero gramático; esto es, no sabe más que una latinidad ruda, inculta, informe, desnuda de toda la viveza, gracia, energía, y propiedad con que escriben los buenos autores latinos. Por eso mismo les es utilísimo hallar, luego que salen de la gramática, la enseñanza de la pura latinidad en los mismos libros donde estudian la filosofía. El que no los entenderán, es un sueño. Lo primero, porque el estilo del P. Losada, no por elegante deja de ser natural y claro. Lo segundo, porque aunque tropiecen en uno u otro período, el maestro que les explica la sentencia, al mismo tiempo les hará inteligible la frase. Lo tercero, porque esa dificultad sólo subsistirá al principio y se hallará vencida en poco tiempo.

DE LO QUE SOBRA Y FALTA EN LA ENSEÑANZA DE LA MEDICINA

Discurso décimocuarto

§ I

1. Aquella sentencia hipocrática, la primera entre las aforísticas, que el arte del médico es tan largo, que para adquirirle es corta la vida del hombre: *Vita brevis, ars longa,* teóricamente es recibida de casi todos los médicos como verdadera; pero prácticamente tratada como falsa, pues con poquísimo estudio en él se reputan los profesores hábiles para ejercerle. ¿Cuántos años se destinan a adquirir el arte médico? Regularmente seis en todos: cuatro se dan a la teórica en el aula pública, y dos a la práctica al lado de un médico aprobado. Esta no es más que la décima parte de la vida regular del hombre: Pues, ¿cómo se dice, que la vida del hombre es corta, respecto de lo mucho que hay que estudiar en la Medicina? Como se dicen otras muchas cosas, que se dicen bien y se ejecutan mal.

2. No faltarán quienes digan que aquella sentencia es hiperbólica, o que si se ha de tomar a la letra, se debe entender del arte médico perfecto, cual acaso es imposible entre los hombres, o por lo menos para adquirirle, ni una ni aun muchas vidas son bastantes; pero sin llegar a ese grado, puede ser útil a los enfermos en otro muy inferior, que pida sólo un moderado estudio. A no ser así, nunca llegaría el caso de ejercerse útilmente la Medicina, pues el que más se aplicase a ella por el discurso de una larga vida, sólo al tiempo de morir sabría lo que es menester para curar.

3. No negaré que el conocimiento médico que logra un profesor de buen entendimiento y mucha aplicación, bien que distantísimo de la perfección del Arte, sea en muchas enfermedades bastantemente útil. Pero jamás asentiré a que el corto estudio que hay en las escuelas baste para esto.

§ II

4. He dicho que lo que regularmente se da al estudio teórico y práctico de la Medicina, son seis años. Pero aun de este tiempo se debe rebajar mucho. Yo distingo y todos deben distinguir dos partes teóricas en la Medicina, la una útil, la otra meramente curiosa. La primera es la que dirige para la práctica, la segunda la que es totalmente inútil para ella, y sólo sirve para pompa o exornación. A esta segunda parte pertenece mucho de lo que se trata de la Medicina en el aula.

5. Casi todo lo que se dicta de elementos, de temperamentos, de mixtos, de las edades, de espíritus, de humores, de la cocción, de la putrefacción, es inútil para la práctica médica. He dicho *casi todo,* no todo absolutamente. En cuatro o seis días se puede enseñar cuanto en estas materias puede ser conducente. Pero ¿qué le importarán ni al médico ni al enfermo tantas cuestiones de mera especulación y tratadas a veces con harta prolijidad, como si los elementos permanecen for-

malmente en el mixto? ¿Si es posible intemperie sin materia? ¿Si los cuatro humores se contienén formalmente en las venas? ¿Si la generación de los espíritus pertenece a la facultad natural conocitiva? ¿Si los espíritus animales son lúcidos? ¿Si la enfermedad pertenece al predicamento de cualidad a al de relación? ¿Si toda enfermedad es preternatural al viviente? ¿Si la enfermedad *per consensum* es verdadera y propia enfermedad? ¿A qué grado del alma pertenece la facultad pulsífica? Y otras muchas de este jaez.

6. ¿Qué le importarán ni al médico ni al enfermo aquellas disputas en que se controvierten los predicados esenciales de las cosas, como cuál es la razón formal constitutiva de enfermedad? ¿En qué consiste la esencia del dolor? Por ventura, por opinar dos médicos distintamente sobre el constitutivo del dolor, ¿le aplicarán distinto mitigante?

7. Es, pues, manifiesto, que es poquísimo el tiempo que se emplea en el estudio de la Medicina útil; de modo, que, separado lo que se consume en vanas teóricas curiosidades, apenas restarán dos años enteros gastados en lo que es conducente.

§ III

8. Pero si lloramos como perdido el tiempo que se destina a las disputas expresadas, ¿qué diremos del que se gasta en los cursos de Artes? Es notable y comunísimo el error que padecen los hombres en esta parte. Generalmente tienen aprehendido que nadie, sin ser buen filósofo, puede ser buen médico: y suponiendo que la filosofía se enseña en el curso de Artes, creen aquel estudio conducentísimo para la Medicina; de tal modo, que del médico, de quien oyen que es buen artista, sin más examen creen que es en su facultad excelente. A esta aprehensión los guía, o por lo menos los confirma en ella, aquella trilladísima sentencia: *Ubi desinit fysicus, incipit medicus. Donde acaba el físico, empieza el médico.*

9. Yo concederé sin mucha dificultad que alguna filosofía es útil, y aun en alguna manera necesaria para la Medicina, pero ¿qué filosofía? La que se enseña en las Escuelas? Ninguna más inconducente ni más fuera de propósito. ¿Qué hará al caso saber que los principios del ente natural son tres (doy que ello sea así), materia, forma y privación? Que la materia es pura potencia; que tiene apetito a todas las formas; que la forma sustancial es acto primero; que la sustancia es o no es *immediate* operativa; que las causas pueden o no pueden ser *ad invicem* causas; que el movimiento fué bien definido por Aristóteles; que el lugar consiste en la última superficie del cuerpo ambiente; que el continuo es *in infinitum* divisibile. ¿Qué hará al caso, digo, todo esto y todo lo demás que se dicta en las Aulas, para discernir o curar alguna de tantas enfermedades a que está expuesto el cuerpo humano?

10. Sin embargo, es tal la ceguera o la ignorancia de los hombres, que en viendo a un mediquillo poner con aire tres o cuatro silogismos en una disputa pública sobre si la materia existe por la existencia de la forma u otra inutilidad semejante, luego le conciben grande en su facultad, y sin más conocimiento de su ciencia, le buscan los mejores partidos. Y si concurre con él a la pretensión un profesor de juicio, experiencia y aplicación, que ha estudiado la práctica en los mejores autores y observado con diligencia en el ejercicio de su arte todo lo que se debe observar, pero por considerarla superflua no se ha adiestrado en la esgrima dialéctica de las aulas, prefieren el primero, que es un mero charlatán, al segundo, que es médico verdaderamente.

11. Los mismos profesores, que deben todos los cerditos que gozan a este error, procuran, como interesados en él, mantenerle con todas sus fuerzas. Pocos años ha que uno de éstos, hombre ancianísimo, que disfruta un copioso sueldo en partido sumamente honroso, compuso, únicamente a fin de

confirmar al mísero vulgo en su ceguera, un libro lleno y relleno de inepcias y trampantojos. Quien le creyere, juzgará que la lógica y física (metafísica diremos mejor) de Aristóteles, en la forma que se enseñan en nuestras escuelas, son dos astros, con cuyo esplendor se ilustra, y de cuyo influjo recibe todo su vigor la Medicina.

12. Así a éste, como a todos los demás de su opinión, los redarguyo con una convención clarísima. No niegan ellos que Hipócrates fué un médico excelentísimo. Pregúntoles si estudió la lógica y física de Aristóteles. Si no quieren delirar, dirán que no. Y dirán bien: porque Hipócrates fue anterior a Aristóteles. Ni pueden recurrir al efugio de que la lógica, y física de Aristóteles existían en otros autores anteriores a Aristóteles: no pueden, digo, recurrir a este efugio, porque en cuanto a la lógica, es cierto que Aristóteles fué original: y en cuanto a la física pretenden todos sus secuaces que también lo fué. ¿Ni cómo podrían darle el glorioso título de príncipe de los filósofos, si su filosofía fué cogida de otros? Si Hipócrates, pues, fué un insigne médico sin estudiar la dialéctica y física de Aristóteles, podrán verlo otros del mismo modo, sin estudiarlas: y podrán con mucha más facilidad que el mismo Hipócrates, por las luces que éste les dejó en sus escritos.

§ IV

13. No es sola la filosofía aristotélica la que consideramos inútil para la Medicina. A todos los sistemas filosóficos extendemos la misma censura. Tan fuera de propósito es para la curación la filosofía corpuscular como la peripatética. ¿Qué harán jamás al caso, ni los átomos de Gasendo, ni los turbillones de Descartes, para determinar si a tal enfermo en tal enfermedad se ha de sangrar o purgar o dar la quina? La filosofía sistemática, tomada en toda su extensión, sólo puede servir para que el médico, conforme al sistema que sigue, dé razón de los efectos que palpa. Mas para reglar la curación, si no es totalmente fatuo, atenderá precisamente a lo que, o por lectura o por experiencia sabe que en semejantes casos ha aprovechado o dañado, practicando lo primero y evitando lo segundo. Concurren infinitas veces dos médicos galénicos, jurados y ardientes sectarios de Aristóteles, y discrepan infinito en la curación. Al contrario, concurren del mismo modo un aristotélico y un cartesiano y concuerdan en los medicamentos que deben usar: prueba evidente de que ni una ni otra filosofía dirige la práctica médica.

14. No faltan a la verdad entre los médicos que siguen la filosofía corpuscular uno u otro, que quieren hacer valer en la Medicina el sistema filosófico que siguen. Juan Jacobo Waldschmidt, encaprichado en extremo del cartesianismo, pretende que no puede ser buen médico, quien no siguiere la filosofía cartesiana. ¡Rara extravagancia! de la cual se sigue que no hubo médico alguno bueno, hasta que Descartes vino al mundo, y que el mismo Hipócrates fué un pobre hombre, que no merecía estar asalariado en una corta Villa. ¿Qué luz nos da este autor para la curación de las fiebres, con decirnos que la fiebre consiste en la perturbada mixtión de la sangre, ocasionada de la introducción de un éter peregrino? Lo primero, esto es dudosísimo. Son innumerables los médicos que señalan causa diferentísima a las fiebres: tanto que apenas la centésima parte de los autores la atribuye a la que señala Waldschmidt. Lo segundo, el éter peregrino es una jerigonza semejante a la de las cualidades ocultas de la escuela peripatética. La voz *éter* significa entre todos los modernos la materia sutil cartesiana; pero el adjetivo añadido *peregrino* es quien confunde la claridad que por sí sólo tiene el sustantivo. En la doctrina de Descartes no hay ni cabe la distinción de éter peregrino y doméstico, porque la materia sutil es toda uniforme: y así no hay lugar a decir que un éter, que por ser aco-

modado a los poros de la sangre, mientras se mantiene en ellos la conserva en la natural y debida mixtión, y otro, que por no ser acomodado a los poros de la sangre descompone la natural positura y combinación de sus partículas. Esto es lo que parece quiere insinuar el autor alegado, pero esto mismo es manifiestamente opuesto a los principios de su adorado Descartes, el cual supone su materia sutil en toda su extensión tan extremamente tenue y fluída, que se pueda acomodar a los poros de todos los cuerpos, aun los minutísimos, sin turbar o alterar su textura; y así pasa rapidísimamente por los poros del vidrio y de los metales más compactos, sin ocasionar en ellos la menor descomposición, porque respecto a su exquisita sutileza, los poros más estrechos vienen muy anchos. Asimismo es opuesto a la doctrina cartesiana concebir una porción determinada de éter, añadida en la sangre todo el tiempo que dura la fiebre; porque toda la materia sutil, según la sentencia de Descartes, está puesta siempre en continuo y rapidísimo movimiento, sin que jamás se detengan en los poros de algún cuerpo. Lo tercero, aun dado caso que la sentencia del autor citado sea la verdadera, para la curación de las fiebres es inútil. Esto se ve claro en que este autor, para curar todo género de fiebres, a cada paso usa de los mismos medicamentos que vió en otros autores, los cuales no pensaron ni se acordaron jamás de la introducción del éter peregrino en la sangre.

§ V

15. Siendo verdad clarísima todo lo que llevamos dicho, es sin duda digno de lamentarse el triste malogro de aquel tiempo que se da al estudio de la filosofía, debajo del errado supuesto de que ésta es un preliminar indispensable de la Medicina. Sólo una parte de la física exceptuó, que es la que trata de la composición y mecanismo de todas las partes del cuerpo humano.

16. Pero ve aquí otro mayor desorden; y es, que siendo esta parte de la física la única que es útil para la Medicina, no sólo en las aulas donde se dicta a los que se disponen para médicos la filosofía, no se les enseña palabra de esto; mas aun los mismos autores que escriben Cursos enteros de Medicina (exceptuando uno u otro), no la tratan sino superficialísimamente. Todo se reduce a dividir las partes del cuerpo humano en similares y disimilares: subdividirlas después en espermáticas y carnosas (en que se comete uno o dos crasísimos errores filosóficos, suponiendo que unas partes del cuerpo humano se forman del semen y otras de la sangre menstrua), y en orgánicas y no orgánicas, y finalmente decirnos algo de las facultades, pero en términos tan generales y abstractos, que es lo mismo que si nada se dijese.

17. El estudio de la Medicina debiera, según mi dictamen, empezar por una descripción particularizada, clara y sensible de todas las partes, tanto sólidas como líquidas, de que se compone el cuerpo humano, juntamente con la explicación de la acción y uso de cada una. Es evidente que no acertará ni podrá reparar una máquina descompuesta el que ignora la colocación y uso de sus partes en el estado de integridad: luego primero se debe instruir en la disposición natural, acción y uso de las partes de esta máquina viviente, que en el modo de repararla cuando declina de su estado natural.

18. A esto se seguirá la explicación de todos los desórdenes que pueden arribar, tanto en los sólidos, como en los líquidos, que es lo mismo que manifestar las diferenter dolencias a que están expuestos nuestros cuerpos, proponiendo sus señales, sus prognósticos y sus remedios.

19. En fin, se propondrá un régimen de vida oportuno para precaver las enfermedades y desembarazado de preceptos inútiles, en que están prolijos muchos autores; a cuyo fin nos remitimos al Discurso VI de nuestro

primer tomo; estando firmes siempre en la persuasión de que las máximas que allí establecimos son las más conducentes y seguras.

20. Esto es todo lo que en orden a la Medicina se debe enseñar en las Aulas; y todo lo que sale de aquí, no es Medicina.

21. Donde advierto que asimismo todas las conferencias y disputas públicas conciernan a los asuntos propuestos. Todo se ordene a la práctica, pues todo lo demás es perder tiempo. La Regia Sociedad de Sevilla da en orden a esto un bello ejemplo a todas las escuelas médicas. Vi estampadas las series de sus actos propuestos para el año próximo pasado de treinta y cuatro y el presente de treinta y cinco, y con gran complacencia mía noté que todos los asuntos son rigurosamente prácticos y ordenados inmediatamente a la curación de varias enfermedades. Con bien fundada confianza espero que la grande y oportuna aplicación de los sabios que componen aquella Academia, mejorará y adelantará considerablemente la Medicina en nuestra España. Años ha que aquel noble cuerpo me revistió del estimabilísimo carácter de miembro honorario suyo. Duélome de no poder compensar tanto honor, sino con esta protestación pública de mi agradecimiento.

22. Pero las altas esperanzas que para el adelantamiento de la Medicina en España fundó en la Regia Sociedad de Sevilla, han recibido estos días un insigne esfuerzo, con la noticia que se me ha dado de la reciente erección de la Academia Médica Matritense, cuyos estatutos están ya aprobados por el Real y Supremo Consejo de Castilla, después de obtenido el privilegio de su Majestad, que se expidió el día 13 de septiembre de 1734. Todas las circunstancias de esta noble Compañía conspiran a influir una grande idea de la utilidad que ha de producir a España. Es su presidente el señor don José Cervi, médico primario de ambas Majestades, de cuyos raros talentos, conocidos y aplaudidos en toda Europa, nos debemos prometer que comunicado a todos los miembros de la Academia el grande espíritu de la cabeza, se haga tan fertil el terreno de nuestra Península para producir otros Cervis como el de Parma. Los académicos en las tres clases de número, ejercicio y honor, divididos en varias Facultades, pertenecientes o conduncentes a la Medicina, son en todos noventa y seis. Donde advierto, que excede en el número de veinte y seis académicos la Regia Academia Matritense a la Academia Real Parisiense de las Ciencias, en cuya instauración el año de 1699 no se señalaron más de setenta académicos entre todas clases.

23. El destino de la Academia está perfectamente explicado en el estatuto cincuenta y último, que pondré aqui a la letra y dice así: *El fin primario e idea general de la Academia será manifestar las verdaderas y provechosas máximas de la Medicina y Cirugía, por el camino de la observación y experiencia; proponer las utilidades de la Física mecánica; adelantar los descubrimientos de la Anatomía; distinguir sin confusión los experimentos químicos, y finalmente averiguar cuanto pueda ser útil y conveniente de la variedad admirable de la historia natural, en cuya consecuencia se propondrá con claridad lo verdadero como seguro, lo provechoso como útil, lo verisímil como opinable y lo experimental como demonstrable.*

24. Ya España (gracias al Altísimo) con la luz que la dan las dos Academias, ve el camino recto por donde se puede arribar a la verdadera y útil Medicina. Nada falta a los genios españoles para avanzarse tanto a lo más difícil y sublime de las ciencias como los de las naciones más despiertas del mundo, sino ponerse en la verdadera senda. La nación francesa, tan preciada y tan celosamente amante de la excelencia de espíritu de sus naturales, reconoce y confiesa la grande agudeza y penetración de los españoles, de que me dan testimonio varios escritores franceses. Lástima es que por lo que toca a la Medicina hayan empleado grandes espacios

de tiempo muchos de sus bellos ingenios en inútiles metafísicas especulaciones. Ya está descubierto el rumbo por donde se debe navegar a las Indias de tan notable Facultad, que es el de la *observación y experiencia.* ¡Cuántas veces he gritado esto mismo! Ya no se quejarán más de mis invectas los médicos españoles que se aprovechen de las luces de las dos Academias. Sólo resta que el Rey nuestro señor, tan puntual imitador de las virtudes de su grande abuelo Luis décimocuarto, siga también sus huellas, concediendo a la Matritense la generosa protección con que el gran Luis favoreció a la de su capital.

NOTA. *O ros discursos pertenecientes al gobierno Literario de las Escuelas, se estamparán, queriendo Dios, en el octavo tomo.*

INDICE DEL TOMO

TEATRO CRITICO

TOMO IV

Págs.

TOMO V

TOMO VI

TOMO VII


ACADEMIA
REAL
ESPAÑOLA
LIMPIA FIJA Y
DA ESPLENDOR